LOS TRES MOSQUETEROS

Alejandro Dumas

InfoLibros.org



SINOPSIS DE LOS TRES MOSQUETEROS

Los Tres Mosqueteros es una de las novelas cumbres del escritor francés Alejandro Dumas y que se ha convertido en el clásico universal favorito de millones de lectores en el mundo. Fue publicada, originalmente, en folletines durante 1844.

La trama inicia en Francia (1625) cuando el joven gascón, llamado D'Artagnan, viaja a París para cumplir su meta de ser mosquetero. Apenas llega se enfrenta con el conde de Rochefort, cuya identidad desconoce en ese momento.

Una vez en la capital francesa, es interceptado por tres mosqueteros (Athos, Porthos y Aramis) que lo retan a un duelo. Sin embargo, la hazaña se ve frustrada porque los duelos estaban prohibidos. A partir de ese momento, todos se hacen amigos inseparables y se ponen al servicio del rey Luis XIII, cambiando así la historia de Francia.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

Los Tres Mosqueteros por Alejandro Dumas en InfoLibros.org

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: The Three Musketeers author Alejandro Dumas
- Portugués InfoLivros.org: Os Tres Mosqueteiros autor Alejandro Dumas
- Francés InfoLivres.org: Les Trois Mosquetaires auteur Alejandro Dumas

---

Si quieres leer y descargar más libros de Alejandro Dumas en formato PDF te invitamos a que visites está página:

- Libros de Alejandro Dumas en formato PDF en InfoLibros.org

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites está página:

- +3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org

C A P Í T U L O I

Los tres presentes del señor D'Artagnan padre

El primer lunes del mes de abril de 1625, el burgo de Meung, donde nació

el autor del Roman de la Rose, parecía estar en una revolución tan completa como si los hugonotes hubieran venido a hacer de ella una segunda Rochelle. Muchos burgueses, al ver huir a las mujeres por la calle Mayor, al oír gritar a los niños en el umbral de las puertas, se apresuraban a endosarse la coraza y, respaldando su aplomo algo incierto con un mosquete o una partesana, se dirigían hacia la hostería del Franc Meunier, ante la cual bullía, creciendo de minuto en minuto, un grupo compacto, ruidoso y lleno de curiosidad.

En ese tiempo los pánicos eran frecuentes, y pocos días pasaban sin que una aldea a otra registrara en sus archivos algún acontecimiento de ese género. Estaban los señores que guerreaban entre sí; estaba el rey que hacía la guerra al cardenal; estaba el español que hacía la guerra al rey. Luego, además de estas guerras sordas o públicas, secretas o patentes, estaban los ladrones, los mendigos, los hugonotes, los lobos y los lacayos que hacían la guerra a todo el mundo. Los

burgueses se armaban siempre contra los ladrones, contra los lobos, contra los lacayos, con frecuencia contra los señores y los hugonotes, algunas veces contra el rey, pero nunca contra el cardenal ni contra el español. De este hábito adquirido resulta, pues, que el susodicho primer lunes del mes de abril de 1625, los burgueses, al oír el barullo y no ver ni el banderín amarillo y rojo ni la librea del duque de Richelieu, se precipitaron hacia la hostería del Franc Meunier.

Llegados allí, todos pudieron ver y reconocer la causa de aquel jaleo.

Un joven…, pero hagamos su retrato de un solo trazo: figuraos a don Quijote a los dieciocho años, un don Quijote descortezado, sin cota ni quijotes, un don Quijote revestido de un jubón de lana cuyo color azul se había transformado en un matiz impreciso de heces y de azul celeste. Cara larga y atezada; el pómulo de las mejillas saliente, signo de astucia; los músculos maxilares enormemente desarrollados, índice infalible por el que se reconocía al gascón, incluso sin boina, y nuestro joven llevaba una boina adornada con una especie de pluma; los ojos abiertos e inteligentes; la nariz ganchuda, pero finamente diseñada; demasiado grande para ser un adolescente, demasiado pequeña para ser un hombre hecho, un ojo poco acostumbrado le habría tomado por un hijo de aparcero de viaje, de no ser por su larga espada que, prendida de un tahalí de piel, golpeaba las pantorrillas de su propietario cuando

estaba de pie, y el pelo erizado de su montura cuando estaba a caballo.

Porque nuestro joven tenía montura, y esa montura era tan notable que fue notada: era una jaca del Béarn, de doce a catorce años, de pelaje amarillo, sin crines en la cola, mas no sin gabarros en las patas, y que, caminando con la cabeza más abajo de las rodillas, lo cual volvía inútil la aplicación de la martingala, hacía pese a todo sus ocho leguas diarias. Por desgracia, las cualidades de este caballo estaban tan bien ocultas bajo su pelaje extraño y su porte incongruente que, en una época en que todo el mundo entendía de caballos, la aparición de la susodicha jaca en Meung, donde había entrado hacía un cuarto de hora más o menos por la puerta de Beaugency, produjo una sensación cuyo disfavor repercutió sobre su caballero.

Y esa sensación había sido tanto más penosa para el joven D’Artagnan (así se llamaba el don Quijote de este nuevo Rocinante) cuanto que no se le ocultaba el lado ridículo que le prestaba, por buen caballero que fuese, semejante montura; también él había lanzado un fuerte suspiro al aceptar el regalo que le había hecho el señor D’Artagnan padre. No ignoraba que una bestia semejante valía por lo menos veinte libras; cierto que las palabras con que el presente vino acompañado no tenían precio.

—Hijo mío —había dicho el gentilhombre gascón en ese puro patois de Béarn del que jamás había podido desembarazarse Enrique IV—, hijo mío, este caballo ha nacido en la casa de vuestro padre, tendrá pronto trece años, y ha permanecido aquí todo ese tiempo, lo que debe llevaros a amarlo. No lo vendáis jamás, dejadle morir tranquila y honorablemente de viejo; y si hacéis campaña con él, cuidadlo como cuidaríais a un viejo servidor. En la corte — continuó el señor D'Artagnan padre—, si es que tenéis el honor de ir a ella, honor al que por lo demás os da derecho vuestra antigua nobleza, mantened dignamente vuestro nombre de gentilhombre, que ha sido dignamente llevado por vuestros antepasados desde hace más de quinientos años. Por vos y por los vuestros (por los vuestros entiendo vuestros parientes y amigos) no soportéis nunca nada salvo del señor cardenal y del rey. Por el valor, entendedlo bien, sólo por el valor se labra hoy día un gentilhombre su camino. Quien tiembla un segundo deja escapar quizá el cebo que precisamente durante ese segundo la fortuna le tendía. Sois joven, debéis ser valiente por dos razones: la primera, porque sois gascón, y la segunda porque sois hijo mío. No temáis las ocasiones y buscad las aventuras. Os he hecho aprender a manejar la espada; tenéis un jarrete de hierro, un puño de acero; batíos por cualquier motivo; batíos, tanto más cuanto que están prohibidos los duelos, y por consiguiente hay dos veces valor al batirse. No tengo, hijo mío, más que quince escudos que daros, mi caballo y los consejos que acabáis de oír. Vuestra madre añadirá la receta de cierto bálsamo que supo de

una gitana y que tiene una virtud milagrosa para curar cualquier herida que no alcance el corazón. Sacad provecho de todo, y vivid felizmente y por mucho tiempo. Sólo tengo una cosa que añadir, y es un ejemplo que os propongo, no el mío porque yo nunca he aparecido por la corte y sólo hice las guerras de religión como voluntario; me refiero al señor de Tréville, que fue antaño vecino mío, y que tuvo el honor siendo niño de jugar con nuestro rey Luis XIII, a quien Dios conserve. A veces sus juegos degeneraban en batalla, y en esas batallas no siempre era el rey el más fuerte. Los golpes que en ellas recibió le proporcionaron mucha estima y amistad hacia el señor de Tréville. Más tarde, el señor de Tréville se batió contra otros en su primer viaje a París, cinco veces; tras la muerte del difunto rey hasta la mayoría del joven, sin contar las guerras y los asedios, siete veces; y desde esa mayoría hasta hoy, quizá cien. Y pese a los edictos, las ordenanzas y los arrestos, vedle capitán de los mosqueteros, es decir, jefe de una legión de Césares a quien el rey hace mucho caso y a quien el señor cardenal teme, precisamente él que, como todos saben, no teme a nada. Además, el señor de Tréville gana diez mil escudos al año; es por tanto un gran señor. Comenzó como vos: idle a ver con esta carta, y amoldad vuestra conducta a la suya, para ser como él.

Con esto, el señor D'Artagnan padre ciñó a su hijo su propia espada, lo besó tiernamente en ambas mejillas y le dio su bendición.

Al salir de la habitación paterna, el joven encontró a su madre, que lo esperaba con la famosa receta cuyo empleo los consejos que acabamos de referir debían hacer bastante frecuente. Los adioses fueron por este lado más largos y tiernos de lo que habían sido por el otro, no porque el señor D'Artagnan no amara a su hijo, que era su único vástago, sino porque el señor D'Artagnan era hombre, y hubiera considerado indigno de un hombre dejarse llevar por la emoción, mientras que la señora D'Artagnan era mujer y, además, madre. Lloró en abundancia y, digámoslo en alabanza del señor D'Artagnan hijo, por más esfuerzo que él hizo por aguantar sereno como debía estarlo un futuro mosquetero, la naturaleza pudo más, y derramó muchas lágrimas de las que a duras penas consiguió ocultar la mitad.

El mismo día el joven se puso en camino, provisto de los tres presentes paternos y que estaban compuestos, como hemos dicho, por trece escudos, el caballo y la carta para el señor de Tréville; como es lógico, los consejos le habían sido dados por añadidura.

Con semejante vademécum, D'Artagnan se encontró, moral y físicamente, copia exacta del héroe de Cervantes, con quien tan felizmente le hemos comparado cuando nuestros deberes de historiador nos han obligado a trazar su retrato. Don Quijote tomaba los molinos de viento por gigantes y los carneros por

ejércitos: D’Artagnan tomó cada sonrisa por un insulto y cada mirada por una provocación. De ello resultó que tuvo siempre el puño apretado desde Tarbes hasta Meung y que, un día con otro, llevó la mano a la empuñadura de su espada diez veces diarias; sin embargo, el puño no descendió sobre ninguna mandíbula, ni la espada salió de su vaina. Y no es que la vista de la malhadada jaca amarilla no hiciera florecer sonrisas en los rostros de los que pasaban; pero como encima de la jaca tintineaba una espada de tamaño respetable y encima de esa espada brillaba un ojo más feroz que noble, los que pasaban reprimían su hilaridad, o, si la hilaridad dominaba a la prudencia, trataban por lo menos de reírse por un solo lado, como las máscaras antiguas. D’Artagnan permaneció, pues, majestuoso e intacto en su susceptibilidad hasta esa desafortunada villa de Meung.

Pero aquí, cuando descendía de su caballo a la puerta del Franc Meunier sin que nadie, hostelero, mozo o palafrenero, hubiera venido a coger el estribo de montar, D’Artagnan divisó en una ventana entreabierta de la planta baja a un gentilhombre de buena estatura y altivo gesto aunque de rostro ligeramente ceñudo, hablando con dos personas que parecían escucharle con deferencia. D’Artagnan, según su costumbre, creyó muy naturalmente ser objeto de la conversación y escuchó. Esta vez D’Artagnan sólo se había equivocado a medias: no se trataba de él, sino de su caballo. El gentilhombre parecía enumerar a

sus oyentes todas sus cualidades y como, según he dicho, los oyentes parecían tener gran deferencia hacia el narrador, se echaban a reír a cada instante. Como media sonrisa bastaba para despertar la irascibilidad del joven, fácilmente se comprenderá el efecto que en él produjo tan ruidosa hilaridad.

Sin embargo, D'Artagnan quiso primero hacerse idea de la fisonomía del impertinente que se burlaba de él. Clavó su mirada altiva sobre el extraño y reconoció un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de ojos negros y penetrantes, de tez pálida, nariz fuertemente pronunciada, mostacho negro y perfectamente recortado; iba vestido con un jubón y calzas violetas con agujetas de igual color, sin más adorno que las cuchilladas habituales por las que pasaba la camisa. Aquellas calzas y aquel jubón, aunque nuevos, parecían arrugados como vestidos de viaje largo tiempo encerrados en un baúl.
D'Artagnan hizo todas estas observaciones con la rapidez del observador más minucioso, y, sin duda, por un sentimiento instintivo que le decía que aquel desconocido debía tener gran influencia sobre su vida futura.

Y como en el momento en que D'Artagnan fijaba su mirada en el gentilhombre de jubón violeta, el gentilhombre hacía respecto a la jaca bearnesa una de sus más sabias y más profundas demostraciones, sus dos oyentes estallaron en carcajadas, y él mismo dejó, contra su costumbre, vagar visiblemente, si es que se puede hablar así, una pálida sonrisa sobre su rostro. Aquella vez no había duda, D'Artagnan era realmente insultado. Por

eso, lleno de tal convicción, hundió su boina hasta los ojos y, tratando de copiar algunos aires de corte que había sorprendido en Gascuña entre los señores de viaje, se adelantó, con una mano en la guarnición de su espada y la otra apoyada en la cadera. Desgraciadamente, a medida que avanzaba, la cólera le enceguecía más y más, y en vez del discurso digno y altivo que había preparado para formular su provocación, sólo halló en la punta de su lengua una personalidad grosera que acompañó con un gesto furioso.

—¡Eh, señor! —exclamó—. ¡Señor, que os ocultáis tras ese postigo! Sí, vos, decidme un poco de qué os reís, y nos reiremos juntos.

El gentilhombre volvió lentamente los ojos de la montura al caballero, como si hubiera necesitado cierto tiempo para comprender que era a él a quien

se dirigían tan extraños reproches; luego, cuando no pudo albergar ya ninguna duda, su ceño se frunció ligeramente y tras una larga pausa, con un acento de ironía y de insolencia imposible de describir, respondió a D’Artagnan:

—Yo no os hablo, señor.

—¡Pero yo sí os hablo! —exclamó el joven exasperado por aquella mezcla de insolencia y de buenas maneras, de conveniencias y de desdenes.

El desconocido lo miró un instante todavía con su leve sonrisa y, apartándose de la ventana, salió lentamente de la hostería para venir a plantarse a dos pasos de D'Artagnan frente al caballo. Su actitud tranquila y su fisonomía burlona habían redoblado la hilaridad de aquellos con quienes hablaba y que se habían quedado en la ventana.

D'Artagnan, al verle llegar, sacó su espada un pie fuera de la vaina.

—Decididamente este caballo es, o mejor, fue en su juventud botón de oro

—dijo el desconocido continuando las investigaciones comenzadas y dirigiéndose a sus oyentes de la ventana, sin aparentar en modo alguno notar la exasperación de D'Artagnan, que sin embargo estaba de pie entre él y ellos—; es un color muy conocido en botánica, pero hasta el presente muy raro entre los caballos.

—¡Así se ríe del caballo quien no osaría reírse del amo! —exclamó el émulo de Tréville, furioso.

—Señor —prosiguió el desconocido—, no río muy a menudo, como vos mismo podéis ver por el aspecto de mi rostro; pero procuro conservar el privilegio de reír cuando me place.

—¡Y yo —exclamó D'Artagnan— no quiero que nadie ría cuando no me place!

—¿De verdad, señor? —continuó el desconocido más tranquilo que nunca

—. Pues bien, es muy justo —y girando sobre sus talones se dispuso a entrar de nuevo en la hostería por la puerta principal, bajo la que D’Artagnan, al llegar, había observado un caballo completamente ensillado.

Pero D’Artagnan no tenía carácter para soltar así a un hombre que había tenido la insolencia de burlarse de él. Sacó su espada por entero de la funda y comenzó a perseguirle gritando:

—¡Volveos, volveos, señor burlón, para que no os hiera por la espalda!

—¡Herirme a mí! —dijo el otro girando sobre sus talones y mirando al joven con tanto asombro como desprecio—. ¡Vamos, vamos, querido, estáis loco!

Luego, en voz baja y como si estuviera hablando consigo mismo:

—Es enojoso —prosiguió—. ¡Qué hallazgo para su majestad, que busca valientes de cualquier sitio para reclutar mosqueteros!

Acababa de terminar cuando D’Artagnan le alargó una furiosa estocada que, de no haber dado con presteza un salto hacia atrás, es probable que hubiera bromeado por última vez. El desconocido vio entonces que la cosa pasaba de broma, sacó su espada, saludó a su adversario y se puso gravemente en

guardia. Pero en el mismo momento, sus dos oyentes, acompañados del hostelero, cayeron sobre D’Artagnan a bastonazos, patadas y empellones. Lo cual fue una diversión tan rápida y tan completa en el ataque, que el adversario de D’Artagnan, mientras éste se volvía para hacer frente a aquella lluvia de golpes, envainaba con la misma precisión, y, de actor que había dejado de ser, se volvía de nuevo espectador del combate, papel que cumplió con su impasibilidad de siempre, mascullando sin embargo:

—¡Vaya peste de gascones! ¡Ponedlo en su caballo naranja, y que se vaya!

—¡No antes de haberte matado, cobarde! —gritaba D’Artagnan mientras hacía frente lo mejor que podía y sin retroceder un paso a sus tres enemigos, que lo molían a golpes.

—¡Una gasconada más! —murmuró el gentilhombre—. ¡A fe mía que estos gascones son incorregibles! ¡Continuad la danza, pues que lo quiere! Cuando esté cansado ya dirá que tiene bastante.

Pero el desconocido no sabía con qué clase de testarudo tenía que habérselas; D’Artagnan no era hombre que pidiera merced nunca. El combate continuó, pues, algunos segundos todavía; por fin, D’Artagnan, agotado dejó escapar su espada que un golpe rompió en dos trozos. Otro golpe que le hirió ligeramente en la frente, lo derribó casi al mismo tiempo todo ensangrentado y casi desvanecido.

En este momento fue cuando de todas partes acudieron al lugar de la escena. El hostelero, temiendo el escándalo, llevó con la ayuda de sus mozos al herido a la cocina, donde le fueron otorgados algunos cuidados.

En cuanto al gentilhombre, había vuelto a ocupar su sitio en la ventana y miraba con cierta impaciencia a todo aquel gentío cuya permanencia allí parecía causarle viva contrariedad.

—Y bien, ¿qué tal va ese rabioso? —dijo volviéndose al ruido de la puerta que se abrió y dirigiéndose al hostelero que venía a informarse sobre su salud.

—¿Vuestra excelencia está sano y salvo? —preguntó el hostelero.

—Sí, completamente sano y salvo, mi querido hostelero, y soy yo quien os pregunta qué ha pasado con nuestro joven.

—Ya está mejor —dijo el hostelero—: se ha desvanecido totalmente.

—¿De verdad? —dijo el gentilhombre.

—Pero antes de desvanecerse ha reunido todas sus fuerzas para llamaros y desafiaros al llamaros.

—¡Ese buen mozo es el diablo en persona! —exclamó el desconocido.

—¡Oh, no, excelencia, no es el diablo! —prosiguió el hostelero con una mueca de desprecio—. Durante su desvanecimiento lo hemos registrado, y en su paquete no hay más que una camisa y en su bolsa nada más que doce escudos, lo cual no le ha impedido decir al desmayarse que, si tal cosa le hubiera ocurrido en París, os arrepentiríais en el acto, mientras que aquí sólo os arrepentiréis más tarde.

—Entonces —dijo fríamente el desconocido—, es algún príncipe de sangre disfrazado.

—Os digo esto, mi señor —prosiguió el hostelero—, para que toméis precauciones.

—¿Y ha nombrado a alguien en medio de su cólera?

—Lo ha hecho, golpeaba sobre su bolso y decía: «Ya veremos lo que el señor de Tréville piensa de este insulto a su protegido».

—¿El señor de Tréville? —dijo el desconocido prestando atención—.

¿Golpeaba sobre su bolso pronunciando el nombre del señor de Tréville?... Veamos, querido hostelero: mientras vuestro joven estaba desvanecido estoy seguro de que no habréis dejado de mirar también ese bolso. ¿Qué había?

—Una carta dirigida al señor de Tréville, capitán de los mosqueteros.

—¿De verdad?

—Como tengo el honor de decíroslo, excelencia.

El hostelero, que no estaba dotado de gran perspicacia, no observó la expresión que sus palabras habían dado a la fisonomía del desconocido. Este se apartó del reborde de la ventana sobre el que había permanecido apoyado con la punta del codo, y frunció el ceño como hombre inquieto.

—¡Diablos! —murmuró entre dientes—. ¿Me habrá enviado Tréville a ese gascón? ¡Es muy joven! Pero una estocada es siempre una estocada, cualquiera que sea la edad de quien la da, y no hay por qué desconfiar menos de un niño que de cualquier otro; basta a veces un débil obstáculo para contrariar un gran designio.

Y el desconocido se sumió en una reflexión que duró algunos minutos.

—Veamos, huésped —dijo—, ¿es que no me vais a librar de ese frenético? En conciencia, no puedo matarlo, y sin embargo —añadió con una expresión

fríamente amenazadora—, sin embargo, me molesta. ¿Dónde está?

—En la habitación de mi mujer, donde se le cura, en el primer piso.

—¿Sus harapos y su bolsa están con él? ¿No se ha quitado el jubón?

—Al contrario, todo está abajo, en la cocina. Pero dado que ese joven loco os molesta…

—Por supuesto. Provoca en vuestra hostería un escándalo que las gentes honradas no podrían aguantar. Subid a vuestro cuarto, haced mi cuenta y avisad a mi lacayo.

—¿Cómo? ¿El señor nos deja ya?

—Lo sabéis de sobra, puesto que os he dado orden de ensillar mi caballo.

¿No se me ha obedecido?

—Claro que sí, y como vuestra excelencia ha podido ver, su caballo está en la entrada principal, completamente aparejado para partir.

—Está bien, haced entonces lo que os he pedido.

—¡Vaya! —se dijo el hostelero—. ¿Tendrá miedo del muchacho?

Pero una mirada imperativa del desconocido vino a detenerle en seco.

Saludó humildemente y salió.

—No es preciso advertir a Milady sobre este bribón —continuó el extraño

—. No debe tardar en pasar; viene incluso con retraso. Decididamente es mejor que monte a caballo y que vaya a su encuentro… ¡Sólo que si pudiera saber lo que contiene esa carta dirigida a Tréville!…

Y el desconocido, siempre mascullando, se dirigió hacia la cocina.

Durante este tiempo, el huésped, que no dudaba de que era la presencia del muchacho lo que echaba al desconocido de su hostería, había subido a la habitación de su mujer y había encontrado a D'Artagnan dueño por fin de sus sentidos. Entonces, tratando de hacerle comprender que la policía podría jugarle una mala pasada por haber ido a buscar querella a un gran señor — porque, en opinión del huésped, el desconocido no podía ser más que un gran señor—, le convenció para que, pese a su debilidad, se levantase y prosiguiese su camino. D'Artagnan, medio aturdido, sin jubón y con la cabeza toda envuelta en vendas, se levantó y, empujado por el hostelero, comenzó a bajar; pero al llegar a la cocina, lo primero que vio fue a su provocador que hablaba tranquilamente al estribo de una pesada carroza tirada por dos gruesos caballos normandos.

Su interlocutora, cuya cabeza aparecía enmarcada en la portezuela, era una mujer de veinte a veintidós años. Ya hemos dicho con qué rapidez percibía

D'Artagnan una fisonomía; al primer vistazo comprobó que la mujer era joven y bella. Pero esta belleza le sorprendió tanto más cuanto que era completamente extraña a las comarcas meridionales que D'Artagnan había habitado hasta entonces.

Era una persona pálida y rubia, de largos cabellos que caían en bucles sobre sus hombros, de grandes ojos azules lánguidos, de labios rosados y manos de alabastro. Hablaba muy vivamente con el desconocido.

—Entonces, su eminencia me ordena… —decía la dama.

—Volver inmediatamente a Inglaterra, y avisarle directamente si el duque abandona Londres.

—Y ¿en cuanto a mis restantes instrucciones? —preguntó la bella viajera.

—Están guardadas en esa caja, que sólo abriréis al otro lado del canal de la Mancha.

—Muy bien, ¿qué haréis vos?

—Yo regreso a París.

—¿Sin castigar a ese insolente muchachito? —preguntó la dama.

El desconocido iba a responder; pero en el momento en que abría la boca, D'Artagnan, que lo había oído todo, se abalanzó hacia el umbral de la puerta.

—Es ese insolente muchachito el que castiga a los otros —exclamó—, y espero que esta vez aquel a quien debe castigar no escapará como la primera.

—¿No escapará? —dijo el desconocido frunciendo el ceño.

—No, delante de una mujer no osaríais huir, eso presumo.

—Pensad —dijo Milady al ver al gentilhombre llevar la mano a su espada

—, pensad que el menor retraso puede perderlo todo.

—Tenéis razón —exclamó el gentilhombre—; partid, pues, por vuestro lado; yo parto por el mío.

Y saludando a la dama con un gesto de cabeza, se abalanzó sobre su caballo, mientras el cochero de la carroza azotaba vigorosamente a su tiro. Los dos interlocutores partieron pues al galope, alejándose cada cual por un lado opuesto de la calle.

—¡Eh, vuestro gasto! —vociferó el hostelero, cuyo afecto a su viajero se trocaba en profundo desdén al ver que se alejaba sin saldar sus cuentas.

—Paga, bribón —gritó el viajero, siempre galopando, a su lacayo, el cual arrojó a los pies del hostelero dos o tres monedas de plata, y se puso a galopar tras su señor.

—¡Ah, cobarde! ¡Ah, miserable! ¡Ah, falso gentilhombre! —exclamó

D’Artagnan lanzándose a su vez tras el lacayo.

Pero el herido estaba demasiado débil aún para soportar semejante sacudida. Apenas hubo dado diez pasos, cuando sus oídos le zumbaron, le dominó un vahído, una nube de sangre pasó por sus ojos, y cayó en medio de la calle gritando todavía:

—¡Cobarde, cobarde, cobarde!

—En efecto, es muy cobarde —murmuró el hostelero aproximándose a D'Artagnan, y tratando mediante esta adulación de reconciliarse con el obre muchacho, como la garza de la fábula con su limaco nocturno.

—Sí, muy cobarde —murmuró D'Artagnan—; pero ella, ¡qué hermosa!

—¿Quién ella? —preguntó el hostelero.

—Milady —balbuceó D'Artagnan. Y se desvaneció por segunda vez.

—Es igual —dijo el hostelero—, pierdo dos, pero me queda éste, al que estoy seguro de conservar por lo menos algunos días. Siempre son once escudos de ganancia.

Ya se sabe que once escudos constituían precisamente la suma que quedaba en la bolsa de D'Artagnan.

El hostelero había contado con once días de enfermedad, a escudo por día; pero había contado con ello sin su viajero. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, D'Artagnan se levantó, bajó él mismo a la cocina, pidió, además de otros ingredientes cuya lista no ha llegado hasta nosotros, vino, aceite, romero, y, con la receta de su madre en la mano, se preparó un bálsamo con el que ungió sus numerosas heridas, renovando él mismo sus vendas y no queriendo admitir la ayuda de ningún médico. Gracias sin duda a la eficacia del bálsamo de Bohemia, y quizá

también gracias a la ausencia de todo doctor, D’Artagnan se encontró de pie aquella misma noche, y casi curado al día siguiente.

Pero en el momento de pagar aquel romero, aquel aceite y aquel vino, único gasto del amo que había guardado dieta absoluta mientras que, por el contrario, el caballo amarillo, al decir del hostelero al menos, había comido tres veces más de lo que razonablemente se hubiera podido suponer por su talla, D’Artagnan no encontró en su bolso más que su pequeña bolsa de terciopelo raído así como los once escudos que contenía; en cuanto a la carta dirigida al señor de Tréville, había desaparecido.

El joven comenzó por buscar aquella carta con gran impaciencia, volviendo y revolviendo veinte veces sus bolsos y bolsillos, buscando y rebuscando en su talego, abriendo y cerrando su bolso; pero cuando se hubo

convencido de que la carta era inencontrable, entró en un tercer acceso de rabia que a punto estuvo de provocarle un nuevo consumo de vino y de aceite aromatizados; porque, al ver a aquel joven de mala cabeza acalorarse y amenazar con romper todo en el establecimiento si no encontraban su carta, el hostelero había cogido ya un chuzo, su mujer un mango de escoba, y sus criados los mismos bastones que habían servido la víspera.

—¡Mi carta de recomendación! —gritaba D'Artagnan—. ¡Mi carta de recomendación, por todos los diablos, u os ensarto a todos como a hortelanos!

Desgraciadamente, una circunstancia se oponía a que el joven cumpliera su amenaza; y es que, como ya lo hemos dicho, su espada se había roto en dos trozos durante la primera refriega, cosa que él había olvidado por completo. Y de ello resultó que cuando D'Artagnan quiso desenvainar, se encontró armado pura y simplemente con un trozo de espada de ocho o diez pulgadas más o menos, que el hostelero había encasquetado cuidadosamente en la vaina. En cuanto al resto de la hoja, el chef la había ocultado hábilmente para hacerse una aguja mechera.

Sin embargo, esta decepción no hubiera detenido probablemente a nuestro fogoso joven, si el huésped no hubiera pensado que la reclamación que le dirigía su viajero era perfectamente justa.

—Pero, en realidad —dijo bajando su chuzo—, ¿dónde está esa carta?

—Sí, ¿dónde está esa carta? —gritó D'Artagnan—. Os prevengo ante todo que esa carta es para el señor de Tréville, y que es preciso que aparezca; porque si no aparece él sabrá de sobra hacerla aparecer.

Esta amenaza acabó por intimidar al hostelero. Después del rey y del señor cardenal, el señor de Tréville era el hombre cuyo

nombre era quizá el repetido con más frecuencia por los militares e incluso por los burgueses. También estaba el padre Joseph cierto; pero su nombre a él nunca le era pronunciado sino en voz baja, ¡tan grande era el terror que inspiraba la eminencia gris, como se llamaba al familiar del cardenal!

Por eso, arrojando su chuzo lejos de sí, y ordenando a su mujer hacer otro tanto con su mango de escoba y a sus servidores con sus bastones, fue el primero que dio ejemplo en buscar la carta perdida.

—¿Es que esa carta encerraba algo precioso? —preguntó el hostelero al cabo de un instante de investigaciones inútiles.

—¡Diablos! ¡Ya lo creo! —exclamó el gascón, que contaba con aquella carta para hacer su carrera en la corte—. Contenía mi fortuna.

—¿Bonos contra el Tesoro? —preguntó el hostelero inquieto.

—Bonos contra la tesorería particular de Su Majestad —respondió

D'Artagnan que, contando con entrar en el servicio del rey gracias a esta recomendación, creía poder dar aquella respuesta algo aventurada sin mentir.

—¡Diablos! —dijo el hostelero completamente desesperado.

—Pero no importa —continuó D'Artagnan con el aplomo nacional—, no importa; el dinero no es nada, pero esa carta sí lo

era todo. Hubiera preferido perder antes mil pistolas que perderla.

Nada arriesgaba diciendo veinte mil, pero cierto pudor juvenil lo contuvo.

Un rayo de luz alcanzó de pronto la mente del hostelero, que se daba a todos los diablos al no encontrar nada.

—Esa carta no se ha perdido —exclamó.

—¡Ah! —dijo D’Artagnan.

—No; os la han robado.

—¿Robado? ¿Y quién?

—El gentilhombre de ayer. Bajó a la cocina, donde estaba vuestro jubón.

Se quedó allí solo. Apostaría que ha sido él quien la ha robado.

—¿Lo creéis? —respondió D’Artagnan poco convencido, porque sabía mejor que nadie la importancia completamente personal de aquella carta, y no veía en ella nada que pudiera provocar la codicia.

El hecho es que ninguno de los criados, ninguno de los viajeros presentes hubiera ganado nada poseyendo aquel papel.

—Decís, pues —respondió D’Artagnan—, que sospecháis de ese impertinente gentilhombre.

—Os digo que estoy seguro —continuó el hostelero—; cuando yo le anuncié que Vuestra Señoría era el protegido del señor de

Tréville, y que teníais incluso una carta para ese ilustre gentilhombre, pareció muy inquieto, me preguntó dónde estaba aquella carta, y bajó inmediatamente a la cocina donde sabía que estaba vuestro jubón.

—Entonces es mi ladrón —respondió D'Artagnan—; me quejaré al señor de Tréville, y el señor de Tréville se quejará al rey.

Luego sacó majestuosamente dos escudos de su bolsillo, se los dio al hostelero, que lo acompañó, sombrero en mano, hasta la puerta, y subió a su caballo amarillo, que le condujo sin otro accidente hasta la puerta Saint- Antoine, en París, donde su propietario lo vendió por tres escudos, lo cual era pagarlo muy bien, dado que D'Artagnan lo había agotado hasta el exceso durante la última etapa. Además, el chalán a quien D'Artagnan lo cedió por las nueve libras susodichas no ocultó al joven que sólo le daba aquella exorbitante

suma debido a la originalidad de su color.

D'Artagnan entró, pues, en París a pie, llevando su pequeño paquete bajo el brazo, y caminó hasta encontrar una habitación de alquiler que convino a la exigüidad de sus recursos. Aquella habitación era una especie de buhardilla, sita en la calle des Fossoyeurs, cerca del Luxemburgo.

Tan pronto como hubo gastado su último denario, D'Artagnan tomó posesión de su alojamiento, pasó el resto de la jornada cosiendo su jubón y sus calzas de pasamanería, que su madre

había descosido de un jubón casi nuevo del señor D'Artagnan padre, y que le había dado a escondidas; luego fue al paseo de la Ferraille, para mandar poner una hoja a su espada; luego volvió al Louvre para informarse del primer mosquetero que encontró de la ubicación del palacio del señor de Tréville que estaba situado en la calle del Vieux- Colombier, es decir, precisamente en las cercanías del cuarto apalabrado por D'Artagnan, circunstancia que le pareció de feliz augurio para el éxito de su viaje.

Tras ello, contento por la forma en que se había conducido en Meung sin remordimientos por el pasado, confiando en el presente y lleno de esperanza en el porvenir, se acostó y se durmió con el sueño del valiente.

Aquel sueño, todavía totalmente provinciano, le llevó hasta las nueve de la mañana, hora en que se levantó para dirigirse al palacio de aquel famoso señor de Tréville, el tercer personaje del reino según la estimación paterna.

CAPÍTULO II

La antecámara del señor de Tréville

El señor de Troisville, como todavía se llamaba su familia en Gascuña, o el señor de Tréville, como había terminado por llamarse él mismo en París, había empezado en realidad como D'Artagnan, es decir, sin un cuarto, pero con ese caudal de audacia, de ingenio y de entendimiento que hace que el más pobre hidalgucho gascón reciba con frecuencia de sus esperanzas de la herencia paterna más de lo que el más rico gentilhombre de Périgord o de Berry recibe en realidad. Su bravura insolente, su suerte más insolente todavía en un tiempo en que los golpes llovían como chuzos, le habían izado a la cima de esa difícil escala que se llama el favor de la corte, y cuyos escalones había escalado de cuatro en cuatro.

Era el amigo del rey, que honraba mucho, como todos saben, la memoria de su padre Enrique IV. El padre del señor de Tréville le había servido tan fielmente en sus guerras contra la Liga que, a falta de dinero contante y

sonante —cosa que toda la vida le faltó al bearnés, el cual pagó siempre sus deudas con la única cosa que nunca necesitó pedir prestada, es decir, con el ingenio—, que a falta de dinero

contante y sonante, decimos, le había autorizado, tras la rendición de París, a tomar por armas un león de oro pasante sobre gules con esta divisa: Fidelis et fortis. Era mucho para el honor, pero mediano para el bienestar. Por eso, cuando el ilustre compañero del gran Enrique murió, dejó por única herencia al señor su hijo, su espada y su divisa. Gracias a este doble don y al nombre sin tacha que lo acompañaba, el señor de Tréville fue admitido en la casa del joven príncipe, donde se sirvió también de su espada y fue tan fiel a su divisa que Luis XIII, uno de los buenos aceros del reino, solía decir que si tuviera un amigo en ocasión de batirse, le daría por consejo tomar por segundo primero a él, y a Tréville después, y quizá incluso antes que a él.

Por eso Luis XIII tenía un afecto real por Tréville, un afecto de rey, afecto egoísta, es cierto, pero que no por ello dejaba de ser afecto. Y es que, en aquellos tiempos desgraciados, se buscaba sobre todo rodearse de hombres del temple de Tréville. Muchos podían tomar por divisa el epíteto de fuerte, que formaba la segunda parte de su exergo; pero pocos gentileshombres podían reclamar el epíteto de fiel, que formaba la primera. Tréville era uno de estos últimos; era una de esas raras organizaciones, de inteligencia obediente como la del dogo, de valor ciego, de vista rápida, de mano pronta, a quien el ojo le había sido dado sólo para ver si el rey estaba descontento de alguien, y la mano para golpear a ese alguien enfadoso: un Besme, un Maurevers, un Poltrot de Méré, un Vitry. En fin, en el

caso de Tréville, había faltado hasta aquel entonces la ocasión; pero la acechaba y se prometía cogerla por los pelos si alguna vez pasaba al alcance de su mano. Por eso hizo Luis XIII a Tréville capitán de sus mosqueteros, que eran a Luis XIII, por la devoción o mejor por el fanatismo, lo que sus ordinarios eran a Enrique III y lo que su guarda escocesa a Luis XI.

Por su parte, y desde ese punto de vista, el cardenal no le iba a la zaga al rey. Cuando hubo visto la formidable élite de que Luis XIII se rodeaba, ese segundo, o mejor, ese primer rey de Francia también había querido tener su guardia. Tuvo por tanto sus mosqueteros como Luis XIII tenía los suyos, y se veía a estas dos potencias rivales seleccionar para su servicio, en todas las provincias de Francia e incluso en todos los Estados extranjeros, a los hombres célebres por sus estocadas. Por eso Richelieu y Luis XIII disputaban a menudo, mientras jugaban su partida de ajedrez, por la noche, sobre el mérito de sus servidores. Cada cual ponderaba los modales y el valor de los suyos; y al tiempo que se pronunciaban en voz alta contra los duelos y contra las riñas, los excitaban por lo bajo a llegar a las manos, y concebían un auténtico pesar o una alegría inmoderada por la derrota o la victoria de los suyos. Así al menos lo dicen las Memorias de un hombre que estuvo en algunas de esas derrotas y

en muchas de esas victorias.

Tréville había captado el lado débil de su amo, y gracias a esta habilidad debía el largo y constante favor de un rey que no ha dejado reputación de haber sido muy fiel a sus amistades. Hacía desfilar a sus mosqueteros entre el cardenal Armand Duplessis con un aire burlón que erizaba de cólera el mostacho gris de Su Eminencia. Tréville entendía admirablemente bien la guerra de aquella época, en la que, cuando no se vivía a expensas del enemigo, se vivía a expensas de sus compatriotas: sus soldados formaban una legión de jaraneros, indisciplinada para cualquier otro que no fuera él.

Desaliñados, borrachos, despellejados, los mosqueteros del rey, o mejor los del señor de Tréville, se desparramaban por las tabernas, por los paseos, por los juegos públicos, gritando fuerte y retorciéndose los mostachos, haciendo sonar sus espuelas, enfrentándose con placer a los guardias del señor cardenal cuando los encontraban; luego, desenvainando en plena calle entre mil bromas; muertos a veces, pero seguros en tal caso de ser llorados y vengados; matando con frecuencia, y seguros entonces de no enmohecer en prisión, porque allí estaba el señor de Tréville para reclamarlos. Por eso el señor de Tréville era alabado en todos los tonos, cantado en todas las gamas por aquellos hombres que le adoraban y que, bandidos todos como eran, temblaban ante él como escolares ante su maestro, obedeciendo a la menor palabra y prestos a hacerse matar para lavar el menor reproche.

El señor de Tréville había usado esta palanca poderosa en favor del rey en primer lugar y de los amigos del rey, y luego en favor de él mismo y sus amigos. Por lo demás, en ninguna de las Memorias de esa época que tantas Memorias ha dejado se ve que ese digno gentilhombre haya sido acusado, ni siquiera por sus enemigos —y los tenía tanto entre las gentes de pluma como entre las gentes de espada— en ninguna parte se ve, decimos, que ese digno gentilhombre haya sido acusado de hacerse pagar la cooperación de sus secuaces. Con un raro ingenio para la intriga, que lo hacía émulo de los mayores intrigantes había permanecido honesto. Es más, a pesar de las grandes estocadas que dejan a uno derrengado y de los ejercicios penosos que fatigan, se había convertido en uno de los más galantes trotacalles, en uno de los más finos lechuguinos, en uno de los más alambicados habladores ampulosos de su época; se hablaba de las aventuras galantes de Tréville como veinte años antes se había hablado de las de Bassompierre, lo que no era poco decir. El capitán de los mosqueteros era, pues, admirado, temido y amado, lo cual constituye el apogeo de las fortunas humanas.

Luis XIV absorbió a todos los pequeños astros de su corte en su vasta irradiación; pero su padre, sol pluribus impar, dejó su esplendor personal a cada uno de sus favoritos, su valor individual a cada uno de sus cortesanos. Además de los resplandores del rey y del cardenal, se contaban entonces en

París más de doscientos pequeños resplandores algo solicitados. Entre los doscientos pequeños resplandores, el de Tréville era uno de los más buscados.

El patio de su palacio, situado en la calle del Vieux-Colombier, se parecía a un campamento, y esto desde las seis de la mañana en verano y desde las ocho en invierno. De cincuenta a sesenta mosqueteros, que parecían turnarse para presentar un número siempre imponente, se paseaban sin cesar armados en plan de guerra y dispuestos a todo. A lo largo de aquellas grandes escalinatas, sobre cuyo emplazamiento nuestra civilización construiría una casa entera, subían y bajaban solicitantes de París que corrían tras un favor cualquiera, gentilhombres de provincia ávidos para ser enrolados, y lacayos engalanados con todos los colores que venían a traer al señor de Tréville los mensajes de sus amos. En la antecámara, sobre altas banquetas circulares, descansaban los elegidos, es decir, aquellos que estaban convocados. Allí había murmullo desde la mañana a la noche, mientras el señor de Tréville, en su gabinete contiguo a esta antecámara, recibía las visitas, escuchaba las quejas, daba sus órdenes y, como el rey en su balcón del Louvre, no tenía más que asomarse a la ventana para pasar revista de hombres y de armas.

El día en que D’Artagnan se presentó, la asamblea era imponente, sobre todo para un provinciano que llegaba de su provincia: es cierto que el provinciano era gascón, y que sobre todo en esa época los compatriotas de D’Artagnan tenían fama

de no dejarse intimidar fácilmente. En efecto, una vez que se había franqueado la puerta maciza, enclavijada por largos clavos de cabeza cuadrangular, se caía en medio de una tropa de gentes de espada que se cruzaban en el patio interpelándose, peleándose y jugando entre sí. Para abrirse paso en medio de todas aquellas olas impetuosas habría sido preciso ser oficial, gran señor o bella mujer.

Fue, pues, por entre ese tropel y ese desorden por donde nuestro joven avanzó con el corazón palpitante, ajustando su largo estoque a lo largo de sus magras piernas, y poniendo una mano en el borde de su sombrero de fieltro con esa media sonrisa del provinciano apurado que quiere mostrar aplomo. Cuando había pasado un grupo, entonces respiraba con más libertad; pero comprendía que se volvían para mirarlo y, por primera vez en su vida, D'Artagnan, que hasta aquel día había tenido una buena opinión de sí mismo, se sintió ridículo.

Llegado a la escalinata, fue peor aún; en los primeros escalones había cuatro mosqueteros que se divertían en el ejercicio siguiente, mientras diez o doce camaradas suyos esperaban en el rellano a que les tocara la vez para ocupar plaza en la partida.

Uno de ellos, situado en el escalón superior, con la espada desnuda en la mano, impedía o al menos se esforzaba por impedir que los otros tres subieran.

Estos tres esgrimían contra él sus espadas agilísimas. D'Artagnan tomó al principio aquellos aceros por floretes de esgrima, los creyó botonados; pero pronto advirtió por ciertos rasguños que todas las armas estaban, por el contrario, afiladas y aguzadas a placer, y con cada uno de aquellos rasguños no sólo los espectadores sino incluso los actores reían como locos.

El que ocupaba el escalón en aquel momento mantenía a raya maravillosamente a sus adversarios. Se hacía círculo en torno a ellos; la condición consistía en que a cada golpe el tocado abandonara la partida, perdiendo su turno de audiencia en beneficio del tocador. En cinco minutos, tres fueron rozados, uno en el puño, otro en el mentón, otro en la oreja, por el defensor del escalón, que no fue tocado, destreza que le valió, según las condiciones pactadas, tres turnos de favor.

Aunque no fuera difícil, dado que quería ser asombrado, este pasatiempo asombró a nuestro joven viajero; en su provincia, esa tierra donde sin embargo se calientan tan rápidamente los cascos, había visto algunos preliminares de duelos, y la gasconada de aquellos cuatro jugadores le pareció la más rara de todas las que hasta entonces había oído, incluso en Gascuña. Se creyó transportado a ese país de gigantes al que Gulliver fue más tarde y donde pasó tanto miedo, y sin embargo no había llegado al final: quedaban el rellano y la antecámara.

En el rellano no se batían, contaban aventuras con mujeres, y en la antecámara historias de la corte. En el rellano, D'Artagnan se ruborizó; en la antecámara, tembló. Su imaginación despierta y vagabunda, que en Gascuña le hacía temible a las criadas e incluso alguna vez a las dueñas, no había soñado nunca, ni siquiera en esos momentos de delirio, la mitad de aquellas maravillas amorosas ni la cuarta parte de aquellas proezas galantes, realzadas por los nombres más conocidos y los detalles menos velados. Pero si su amor por las buenas costumbres fue sorprendido en el rellano, su respeto por el cardenal fue escandalizado en la antecámara. Allí, para gran sorpresa suya, D'Artagnan oía criticar en voz alta la política que hacía temblar a Europa, y la vida privada del cardenal, que a tantos altos y poderosos personajes había llevado al castigo por haber tratado de profundizar en ella: aquel gran hombre, reverenciado por el señor D'Artagnan padre, servía de hazmerreír a los mosqueteros del señor de Tréville, que se metían con sus piernas zambas y con su espalda encorvada; unos cantaban villancicos sobre la señora D'Aiguillon, su amante, y sobre la señora de Combalet, su nieta, mientras otros preparaban partidas contra los pajes y los guardias del cardenal-duque, cosas todas que parecían a D'Artagnan monstruosas imposibilidades.

Sin embargo, cuando el nombre del rey intervenía a veces de improviso en medio de todas aquellas rechiflas cardenalescas,

una especie de mordaza calafateaba por un momento todas aquellas bocas burlonas; miraban con

vacilación en torno, y parecían temer la indiscreción del tabique del gabinete del señor de Tréville; pero pronto una alusión volvía a llevar la conversación a Su Eminencia, y entonces las risotadas iban en aumento, y no se escatimaba luz sobre todas sus acciones.

—Desde luego, éstas son gentes que van a ser encarceladas y colgadas — pensó D'Artagnan con terror—, y yo, sin ninguna duda, con ellos porque desde el momento en que los he escuchado y oído seré tenido por cómplice suyo. ¿Qué diría mi señor padre, que tanto me ha recomendado respetar al cardenal, si me supiera en compañía de semejantes paganos?

Por eso, como puede suponerse sin que yo lo diga, D'Artagnan no osaba entregarse a la conversación; sólo miraba con todos sus ojos, escuchando con todos sus oídos, tendiendo ávidamente sus cinco sentidos para no perderse nada, y, pese a su confianza en las recomendaciones paternas, se sentía llevado por sus gustos y arrastrado por sus instintos a celebrar más que a censurar las cosas inauditas que allí pasaban.

Sin embargo, como era absolutamente extraño el montón de cortesanos del señor de Tréville, y era la primera vez que se le veía en aquel lugar, vinieron a preguntarle lo que deseaba. A esta pregunta, D'Artagnan se presentó con mucha humildad, se

apoyó en el título de compatriota, y rogó al ayuda de cámara que había venido a hacerle aquella pregunta pedir por él al señor de Tréville un momento de audiencia, petición que éste prometió en tono protector transmitir en tiempo y lugar.

D'Artagnan, algo recuperado de su primera sorpresa, tuvo entonces la oportunidad de estudiar un poco las costumbres y las fisonomías.

En el centro del grupo más animado había un mosquetero de gran estatura, de rostro altanero y una extravagancia de vestimenta que atraía sobre él la atención general. No llevaba, por de pronto, la casaca de uniforme, que, por lo demás, no era totalmente obligatoria en aquella época de libertad menor pero de mayor independencia, sino una casaca azul celeste, un tanto ajada y raída, y sobre ese vestido un tahalí magnífico, con bordados de oro, que relucía como las escamas de que el agua se cubre a plena luz del día. Una capa larga de terciopelo carmesí caía con gracia sobre sus hombros, descubriendo solamente por delante el espléndido tahalí, del que colgaba un gigantesco estoque.

Este mosquetero acababa de dejar la guardia en aquel mismo instante, se quejaba de estar constipado y tosía de vez en cuando con afectación. Por eso se había puesto la capa, según decía a los que le rodeaban, y mientras hablaba desde lo alto de su estatura retorciéndose desdeñosamente su mostacho, admiraban con entusiasmo el tahalí bordado, y D'Artagnan más que ningún otro.

—¿Qué queréis? —decía el mosquetero—. La moda lo pide; es una locura, lo sé de sobra, pero es la moda. Por otro lado, en algo tiene que emplear uno el dinero de su legítima.

—¡Ah, Porthos! —exclamó uno de los asistentes—. No trates de hacernos creer que ese tahalí te viene de la generosidad paterna; te lo habrá dado la dama velada con la que te encontré el otro domingo en la puerta Saint-Honoré.

—No, por mi honor y fe de gentilhombre: lo he comprado yo mismo, y con mis propios dineros —respondió aquel al que acababan de designar con el nombre de Porthos.

—Sí, como yo he comprado —dijo otro mosquetero— esta bolsa nueva con lo que mi amante puso en la vieja.

—Es cierto —dijo Porthos—, y la prueba es que he pagado por él doce pistolas.

La admiración acreció, aunque la duda continuaba existiendo.

—¿No es así, Aramis? —dijo Porthos volviéndose hacia otro mosquetero.

Este otro mosquetero hacía contraste perfecto con el que le interrogaba y que acababa de designarle con el nombre de Aramis: era éste un joven de veintidós o veintitrés años apenas, de rostro ingenuo y dulzarrón, de ojos negros y dulces y mejillas rosas y aterciopeladas como un melocotón en otoño; su mostacho fino dibujaba sobre su labio superior una línea

perfectamente recta; sus manos parecían temer bajarse, por miedo a que sus venas se hinchasen, y de vez en cuando se pellizcaba el lóbulo de las orejas para mantenerlas de un encarnado tierno y transparente. Por hábito, hablaba poco y lentamente, saludaba mucho, reía sin estrépito mostrando sus dientes, que tenía hermosos y de los que, como del resto de su persona, parecía tener el mayor cuidado. Respondió con un gesto de cabeza afirmativo a la interpelación de su amigo.

Esta afirmación pareció haberle disipado todas las dudas respecto al tahalí; continuaron, pues, admirándolo, pero ya no volvieron a hablar de él; y por uno de esos virajes rápidos del pensamiento, la conversación pasó de golpe a otro tema.

—¿Qué pensáis de lo que cuenta el escudero de Chalais? —preguntó otro mosquetero sin interpelar directamente a nadie y dirigiéndose por el contrario a todo el mundo.

—¿Y qué es lo que cuenta? —preguntó Porthos en tono de suficiencia.

—Cuenta que ha encontrado en Bruselas a Rochefort, el instrumento ciego del cardenal, disfrazado de capuchino; ese maldito Rochefort, gracias a ese disfraz, engañó al señor de Laigues como a necio que es.

—Como a un verdadero necio —dijo Porthos—; pero ¿es seguro?

—Lo sé por Aramis —respondió el mosquetero.

—¿De veras?

—Lo sabéis bien, Porthos —dijo Aramis—; os lo conté a vos mismo ayer, no hablemos pues más.

—No hablemos más, esa es vuestra opinión —prosiguió Porthos—. ¡No hablemos más! ¡Maldita sea! ¡Qué rápido concluís! ¡Cómo! El cardenal hace espiar a un gentilhombre, hace robar su correspondencia por un traidor, un bergante, un granuja; con la ayuda de ese espía y gracias a esta correspondencia, hace cortar el cuello de Chalais, con el estúpido pretexto de que ha querido matar al rey y casar a Monsieur con la reina. Nadie sabía una palabra de este enigma, vos nos lo comunicasteis ayer, con gran satisfacción de todos, y cuando estamos aún todos pasmados por la noticia, venís hoy a decirnos: ¡No hablemos más!

—Hablemos entonces, pues que lo deseáis —prosiguió Aramis con paciencia.

—Ese Rochefort —dijo Porthos—, si yo fuera el escudero del pobre Chalais, pasaría conmigo un mal rato.

—Y vos pasaríais un triste cuarto de hora con el duque Rojo — prosiguió Aramis.

—¡Ah! ¡El duque Rojo! ¡Bravo bravo el duque Rojo! —respondió Porthos aplaudiendo y aprobando con la cabeza—. El «duque Rojo» tiene gracia. Haré correr el mote, querido, estad tranquilo. ¡Tiene ingenio este Aramis! ¡Qué pena que no hayáis podido

seguir vuestra vocación, querido, qué delicioso abad habríais hecho!

—¡Bah!, no es más que un retraso momentáneo —prosiguió Aramis—: un día lo seré. Sabéis bien, Porthos, que sigo estudiando teología para ello.

—Hará lo que dice —prosiguió Porthos—, lo hará tarde o temprano.

—Temprano —dijo Aramis.

—Sólo espera una cosa para decidirse del todo y volver a ponerse su sotana, que está colgada debajo del uniforme, prosiguió un mosquetero.

—¿Y a qué espera? —preguntó otro.

—Espera a que la reina haya dado un heredero a la corona de Francia.

—No bromeemos sobre esto, señores —dijo Porthos—; gracias a Dios, la reina está todavía en edad de darlo.

—Dicen que el señor de Buckingham está en Francia —prosiguió Aramis con una risa burlona que daba a aquella frase, tan simple en apariencia, una significación bastante escandalosa.

—Aramis, amigo mío, por esta vez os equivocáis —interrumpió Porthos

—, y vuestra manía de ser ingenioso os lleva siempre más allá de los límites; si el señor de Tréville os oyese, os arrepentiríais de hablar así.

—¿Vais a soltarme la lección, Porthos? —exclamó Aramis, con ojos dulces en los que se vio pasar como un relámpago.

—Querido, sed mosquetero o abad. Sed lo uno o lo otro, pero no lo uno y lo otro —prosiguió Porthos—. Mirad, Athos os lo acaba de decir el otro día: coméis en todos los pesebres. ¡Ah!, no nos enfademos, os lo suplico, sería inútil, sabéis de sobra lo que hemos convenido entre vos, Athos y yo. Vais a la casa de la señora D'Aiguillon, y le hacéis la corte; vais a la casa de la señora de Bois-Tracy, la prima de la señora de Chevreuse, y se dice que vais muy adelantado en los favores de la dama. ¡Dios mío!, no confeséis vuestra felicidad, no se os pide vuestro secreto, es conocida vuestra discreción. Pero dado que poseéis esa virtud, ¡qué diablos!, usadla para con Su Majestad. Que se ocupe quien quiera y como se quiera del rey y del cardenal; pero la reina es sagrada, y si se habla de ella, que sea para bien.

—Porthos, sois pretencioso como Narciso, os lo aviso —respondió Aramis

—, sabéis que odio la moral, salvo cuando la hace Athos. En cuanto a vos, querido, tenéis un tahalí demasiado magnífico para estar fuerte en la materia. Seré abad si me conviene;

mientras tanto, soy mosquetero: y en calidad de tal digo lo que me place, y en este momento me place deciros que me irritáis.

—¡Aramis!

—¡Porthos!

—¡Eh, señores, señores! —gritaron a su alrededor.

—El señor de Tréville espera al señor D'Artagnan —interrumpió el lacayo abriendo la puerta del gabinete.

Ante este anuncio, durante el cual la puerta permanecía abierta, todos se callaron, y en medio del silencio general el joven gascón cruzó la antecámara en una parte de su longitud y entró donde el capitán de los mosqueteros, felicitándose con toda su alma por escapar tan a punto al fin de aquella extravagante querella.

C A P Í T U L O III

La audiencia

El señor de Tréville estaba en aquel momento de muy mal humor; sin embargo, saludó cortésmente al joven, que se inclinó hasta el suelo, y sonrió al recibir su cumplido, cuyo acento bearnés le recordó a la vez su juventud y su región, doble recuerdo que hace sonreír al hombre en todas las edades. Pero acordándose casi al punto de la antecámara y haciendo a D'Artagnan un gesto con la mano, como para pedirle permiso para terminar con los otros antes de comenzar con él, llamó tres veces, aumentando la voz cada vez, de suerte que recorrió todos los tonos intermedios entre el acento imperativo y el acento irritado:

—¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!

Los dos mosqueteros con los que ya hemos trabado conocimiento, y que respondían a los dos últimos de estos tres nombres, dejaron en seguida los grupos de que formaban parte y avanzaron hacia el gabinete cuya puerta se cerró detrás de ellos una vez que hubieron franqueado el umbral. Su continente, aunque no estuviera completamente tranquilo, excitó sin embargo, por su abandono lleno a la vez de dignidad y de sumisión, la admiración de D'Artagnan, que veía en aquellos

hombres semidioses, y en su jefe un Júpiter olímpico armado de todos sus rayos.

Cuando los dos mosqueteros hubieron entrado, cuando la puerta fue cerrada tras ellos, cuando el murmullo zumbante de la antecámara, al que la llamada que acababa de hacerles había dado sin duda nuevo alimento, hubo empezado de nuevo, cuando, al fin, el señor de Tréville hubo recorrido tres o cuatro veces, silencioso y fruncido el ceño, toda la longitud de su gabinete pasando cada vez entre Porthos y Aramis, rígidos y mudos como en desfile se detuvo de pronto frente a ellos, y abarcándolos de los pies a la cabeza con una mirada irritada:

—¿Sabéis lo que me ha dicho el rey —exclamó—, y no más tarde que ayer noche? ¿Lo sabéis, señores?

—No —respondieron tras un instante de silencio los dos mosqueteros—; no, señor, lo ignoramos.

—Pero espero que haréis el honor de decírnoslo —añadió Aramis en su tono más cortés y con la más graciosa reverencia.

—Me ha dicho que de ahora en adelante reclutará sus mosqueteros entre los guardias del señor cardenal.

—¡Entre los guardias del señor cardenal! ¿Y eso por qué? —preguntó vivamente Porthos.

—Porque ha comprendido que su vino peleón necesitaba ser remozado con una mezcla de buen vino.

Los dos mosqueteros se ruborizaron hasta el blanco de los ojos. D'Artagnan no sabía dónde estaba y hubiera querido estar a cien pies bajo tierra.

—Sí, sí —continuó el señor de Tréville animándose—, sí, y Su Majestad tenía razón, porque, por mi honor, es cierto que los mosqueteros juegan un triste papel en la corte. El señor cardenal contaba ayer, durante el juego del rey, con un aire de condolencia que me desagradó mucho que anteayer esos malditos mosqueteros, esos juerguistas (y reforzaba estas palabras con un acento irónico que me desagradó más todavía), esos matasietes (añadió mirándome con su ojo de ocelote), se habían retrasado en la calle Férou, en una taberna, y que una ronda de sus guardias (creí que iba a reírse en mis narices) se había visto obligada a detener a los perturbadores. ¡Diablos!, debéis saber algo. ¡Arrestar mosqueteros! ¡Erais vosotros, vosotros, no lo neguéis, os han reconocido y el cardenal ha dado vuestros nombres! Es culpa mía, sí, culpa mía, porque soy yo quien elijo a mis hombres. Veamos vos, Aramis, ¿por qué diablos me habéis pedido la casaca cuando tan bien ibais a estar bajo la sotana? Y vos, Porthos, veamos, ¿tenéis un tahalí de oro tan bello sólo para colgar en él una espada de paja? ¡Y Athos! No veo a Athos. ¿Dónde está?

—Señor —respondió tristemente Aramis—, está enfermo, muy enfermo.

—¿Enfermo, muy enfermo, decís? ¿Y de qué enfermedad?

—Temen que sea la viruela, señor —respondió Porthos, queriendo terciar con una frase en la conversación—, y sería molesto porque a buen seguro le estropearía el rostro.

—¡Viruela! ¡Vaya gloriosa historia la que me contáis, Porthos!...

¿Enfermo de viruela a su edad?... ¡No!... sino herido sin duda, muerto quizá... ¡Ah!, si ya lo sabía yo... ¡Maldita sea! Señores mosqueteros, sólo oigo una cosa, que se frecuentan los malos lugares, que se busca querella en la calle y que se saca la espada en las encrucijadas. No quiero, en fin, que se dé motivos de risa a los guardias del señor cardenal, que son gentes valientes, tranquilas, diestras, que nunca se ponen en situación de ser arrestadas, y que, por otro lado, no se dejarían detener..., estoy seguro. Preferirían morir allí mismo antes que dar un paso atrás... Largarse, salir pitando, huir, ¡bonita cosa para los mosqueteros del rey!

Porthos y Aramis temblaron de rabia. De buena gana habrían estrangulado al señor de Tréville, si en el fondo de todo aquello no hubieran sentido que era el gran amor que les tenía lo que le hacía hablar así. Golpeaban el suelo con el

pie, se mordían los labios hasta hacerse sangre y apretaban con toda su fuerza la guarnición de su espada. Fuera se había oído llamar, como ya hemos dicho, a Athos, Porthos y Aramis, y se había adivinado, por el tono de la voz del señor de Tréville, que estaba completamente encolerizado. Diez cabezas curiosas

se habían apoyado en los tapices y palidecían de furia, porque sus orejas pegadas a la puerta no perdían sílaba de cuanto se decía, mientras que sus bocas iban repitiendo las palabras insultantes del capitán a toda la población de la antecámara. En un instante, desde la puerta del gabinete a la puerta de la calle, todo el palacio estuvo en ebullición.

—¡Los mosqueteros del rey se hacen arrestar por los guardias del señor cardenal! —continuó el señor de Tréville, tan furioso por dentro como sus soldados, pero cortando sus palabras y hundiéndolas una a una, por así decir, y como otras tantas puñaladas en el pecho de sus oyentes—. ¡Ay, seis guardias de Su Eminencia arrestan a seis mosqueteros de Su Majestad! ¡Por todos los diablos! Yo he tomado mi decisión. Ahora mismo voy al Louvre; presento mi dimisión de capitán de los mosqueteros del rey para pedir un tenientazgo entre los guardias del cardenal, y si me rechaza, por todos los diablos, ¡me hago abad!

A estas palabras el murmullo del exterior se convirtió en una explosión; por todas partes no se oían más que juramentos y blasfemias. Los ¡maldición!, los ¡maldita sea!, los ¡por todos los diablos! se cruzaban, en el aire. D'Artagnan buscaba una tapicería tras la cual esconderse, y sentía un deseo desmesurado de meterse debajo de la mesa.

—Bueno, mi capitán —dijo Porthos, fuera de sí—, la verdad es que éramos seis contra seis, pero fuimos cogidos traicioneramente, y antes de que hubiéramos tenido tiempo de sacar nuestras espadas, dos de nosotros habían caído muertos,

y Athos, herido gravemente, no valía mucho más. Ya conocéis vos a Athos; pues bien, capitán, trató de levantarse dos veces, y volvió a caer las dos veces. Sin embargo, no nos hemos rendido, ¡no!, nos han llevado a la fuerza. En camino, nos hemos escapado. En cuanto a Athos, lo creyeron muerto, y lo dejaron tranquilamente en el campo de batalla, pensando que no valía la pena llevarlo. Esa es la historia. ¡Qué diablos, capitán, no se ganan todas las batallas! El gran Pompeyo perdió la de Farsalia, y el rey Francisco I, que según lo que he oído decir valía tanto como él, perdió sin embargo la de Pavía.

—Y tengo el honor de aseguraros que yo maté a uno con su propia espada

—dijo Aramis— porque la mía se rompió en el primer encuentro… Matado o apuñalado, señor, como más os plazca.

—Yo no sabía eso —prosiguió el señor de Tréville en un tono algo sosegado—. Por lo que veo, el señor cardenal exageró.

—Pero, por favor, señor —continuó Aramis, que, al ver a su capitán aplacarse, se atrevía a aventurar un ruego—, por favor, señor, no digáis que el propio Athos está herido, sería para desesperarse que llegara a oídos del rey, y como la herida es de las más graves, dado que después de haber atravesado el hombro ha penetrado en el pecho, sería de temer…

En el mismo instante, la cortina se alzó y una cabeza noble y hermosa, pero horriblemente pálida, apareció bajo los flecos:

—¡Athos! —exclamaron los dos mosqueteros.

—¡Athos! —repitió el mismo señor de Tréville.

—Me habéis mandado llamar, señor —dijo Athos al señor de Tréville con una voz debilitada pero perfectamente calma—, me habéis llamado por lo que me han dicho mis compañeros, y me apresuro a ponerme a vuestras órdenes; aquí estoy, señor, ¿qué me queréis?

Y con estas palabras, el mosquetero, con firmeza irreprochable, ceñido como de costumbre, entró con paso firme en el gabinete. El señor de Tréville, emocionado hasta el fondo de su corazón por aquella prueba de valor, se precipitó hacia él.

—Estaba diciéndoles a estos señores —añadió—, que prohíbo a mis mosqueteros exponer su vida sin necesidad, porque las personas valientes son muy caras al rey, y el rey sabe que sus mosqueteros son las personas más valientes de la tierra. Vuestra mano, Athos.

Y sin esperar a que el recién venido respondiese por sí mismo a aquella prueba de afecto, al señor de Tréville cogía su mano derecha y se la apretaba con todas sus fuerzas sin darse cuenta de que Athos, cualquiera que fuese su dominio sobre sí mismo, dejaba escapar un gesto de dolor y palidecía aún más, cosa que habría podido creerse imposible.

La puerta había quedado entreabierta, tanta sensación había causado la llegada de Athos, cuya herida, pese al secreto guardado, era conocida de todos. Un murmullo de satisfacción

acogió las últimas palabras del capitán, y dos o tres cabezas, arrastradas por el entusiasmo, aparecieron por las aberturas de la tapicería. Iba sin duda el señor de Tréville a reprimir con vivas palabras aquella infracción a las leyes de la etiqueta, cuando de pronto sintió la mano de Athos crisparse en la suya, y dirigiendo los ojos hacia él se dio cuenta de que iba a desvanecerse. En el mismo instante, Athos, que había reunido todas sus fuerzas para luchar contra el dolor, vencido al fin por él, cayó al suelo como si estuviese muerto.

—¡Un cirujano! —gritó el señor de Tréville—. ¡El mío, el del rey, el mejor! ¡Un cirujano! Si no, maldita sea, mi valiente Athos va a morir.

A los gritos del señor de Tréville todo el mundo se precipitó en su gabinete sin que él pensara en cerrar la puerta a nadie, afanándose todos en torno del herido. Pero todo aquel afán hubiera sido inútil si el doctor exigido no hubiera sido hallado en el palacio mismo; atravesó la multitud, se acercó a Athos, que continuaba desvanecido y como todo aquel ruido y todo aquel movimiento le molestaba mucho, pidió como primera medida y como la más urgente que el mosquetero fuera llevado a una habitación vecina. Por eso el señor de Tréville abrió una puerta y mostró el camino a Porthos y a Aramis, que llevaron a su compañero en brazos. Detrás de este grupo iba el cirujano, y detrás del cirujano la puerta se cerró.

Entonces el gabinete del señor de Tréville, aquel lugar ordinariamente tan respetado, se convirtió por un momento en una sucursal de la antecámara. Todos disertaban, peroraban, hablaban en voz alta, jurando, blasfemando, enviando al cardenal y a sus guardias a todos los diablos.

Un instante después, Porthos y Aramis volvieron; sólo el cirujano y el señor de Tréville se habían quedado junto al herido.

Por fin, el señor de Tréville regresó también. El herido había recuperado el conocimiento; el cirujano declaraba que el estado del mosquetero nada tenía que pudiese inquietar a sus amigos, habiendo sido ocasionada su debilidad pura y simplemente por la pérdida de sangre.

Luego el señor de Tréville hizo un gesto con la mano y todos se retiraron excepto D'Artagnan, que no olvidaba que tenía audiencia y que, con su tenacidad de gascón, había permanecido en el mismo sitio.

Cuando todo el mundo hubo salido y la puerta fue cerrada, el señor de Tréville se volvió y se encontró solo con el joven. El suceso que acababa de ocurrir le había hecho perder algo el hilo de sus ideas. Se informó de lo que quería el obstinado solicitante. D'Artagnan entonces dio su nombre, y el señor de Tréville, trayendo a su memoria de golpe todos sus recuerdos del presente y del pasado, se puso al corriente de la situación.

—Perdón —le dijo sonriente—, perdón, querido compatriota, pero os había olvidado por completo. ¡Qué queréis! Un capitán

no es nada más que un padre de familia cargado con una responsabilidad mayor que un padre de familia normal. Los soldados son niños grandes; pero como debo hacer que las órdenes del rey, y sobre todo las del señor cardenal, se cumplan…

D'Artagnan no pudo disimular una sonrisa. Ante ella, el señor de Tréville pensó que no se las había con un imbécil y, yendo derecho al grano, cambiando de conversación, dijo:

—Quise mucho a vuestro señor padre. ¿Qué puedo hacer por su hijo? Daos prisa, mi tiempo no es mío.

—Señor —dijo D'Artagnan—, al dejar Tarbes y venir hacia aquí, me proponía pediros, en recuerdo de esa amistad cuya memoria no habéis perdido, una casaca de mosquetero; pero después de cuanto he visto desde hace dos horas, comprendo que un favor semejante sería enorme, y tiemblo de no merecerlo.

—En efecto, joven, es un favor —respondió el señor de Tréville—; pero quizá no esté tan por encima de vos como creéis o fingís creerlo. Sin embargo, una decisión de Su Majestad ha previsto este caso, y os anuncio con pesar que no se recibe a nadie como mosquetero antes de la prueba previa de algunas campañas, de ciertas acciones de brillo, o de un servicio de dos años en algún otro regimiento menos favorecido que el nuestro.

D’Artagnan se inclinó sin responder nada. Se sentía aún más deseoso de endosarse el uniforme de mosquetero desde que había tan grandes dificultades en obtenerlo.

—Pero —prosiguió Tréville fijando sobre su compatriota una mirada tan penetrante que se hubiera dicho que quería leer hasta el fondo de su corazón

—, pero por vuestro padre, antiguo compañero mío como os he dicho, quiero hacer algo por vos, joven. Nuestros cadetes de Béarn no son por regla general ricos, y dudo de que las cosas hayan cambiado mucho de cara desde mi salida de la provincia. No debéis tener, para vivir, demasiado dinero que hayáis traído con vos.

D’Artagnan se irguió con un ademán orgulloso que quería decir que él no pedía limosna a nadie.

—Está bien, joven, está bien —continuó Tréville— ya conozco esos ademanes; yo vine a París con cuatro escudos en mi bolsillo, y me hubiera batido con cualquiera que me hubiera dicho que no me hallaba en situación de comprar el Louvre.

D’Artagnan se irguió más y más; gracias a la venta de su caballo, comenzaba su carrera con cuatro escudos más de los que el señor de Tréville había comenzado la suya.

—Debéis, pues, decía yo, tener necesidad de conservar lo que tenéis, por fuerte que sea esa suma; pero debéis necesitar también perfeccionaros en los ejercicios que convienen a un gentilhombre. Escribiré hoy mismo una carta al director de la

Academia Real y desde mañana os recibirá sin retribución alguna. No rechacéis este pequeño favor. Nuestros gentileshombres de mejor cuna y más ricos lo solicitan a veces sin poder obtenerlo. Aprenderéis el manejo del caballo, esgrima y danza; haréis buenos conocimientos, y de vez en cuando volveréis a verme para decirme cómo os encontráis y si puedo hacer algo por vos.

Por desconocedor que fuera D'Artagnan de las formas de la corte, se dio cuenta de la frialdad de aquel recibimiento.

—¡Desgraciadamente, señor —dijo— veo la falta que hoy me hace la carta de recomendación que mi padre me había entregado para vos!

—En efecto —respondió el señor de Tréville—, me sorprende que hayáis emprendido tan largo viaje sin ese viático obligado, único recurso de nosotros los bearneses.

—La tenía, señor, y, a Dios gracias, en buena forma —exclamó D'Artagnan—; pero me fue robada pérfidamente.

Y contó toda la escena de Meung, describió al gentilhombre desconocido en sus menores detalles, todo ello con un calor y una verdad que encantaron al señor de Tréville.

—Sí que es extraño —dijo este último pensando—. ¿Habíais hablado de mí en voz alta?

—Sí, señor, sin duda cometí esa imprudencia; qué queréis, un nombre como el vuestro debía servirme de escudo en el camino. ¡Juzgad si me puse a cubierto a menudo!

La adulación estaba muy de moda entonces, y el señor de Tréville amaba el incienso como un rey o como un cardenal. No pudo impedirse por tanto sonreír con satisfacción visible, pero aquella sonrisa se borró muy pronto, volviendo por sí mismo a la aventura de Meung.

—Decidme —repuso—, ¿no tenía ese gentilhombre una ligera cicatriz en la sien?

—Sí, como lo haría la rozadura de una bala.

—¿No era un hombre de buen aspecto?

—Sí.

—¿Y de gran estatura?

—Sí.

—¿Pálido de tez y moreno de pelo?

—Sí, sí, eso es. ¿Cómo es, señor, que conocéis a ese hombre? ¡Ah, si alguna vez lo encuentro, y os juro que lo encontraré, aunque sea en el infierno…!

—¿Esperaba a una mujer? —prosiguió Tréville.

—Al menos se marchó tras haber hablado un instante con aquella a la que esperaba.

—¿No sabéis cuál era el tema de su conversación?

—Él le entregaba una caja, le decía que aquella caja contenía sus instrucciones, y le recomendaba no abrirla hasta Londres.

—¿Era inglesa esa mujer?

—La llamaba Milady.

—¡Él es! —murmuró Tréville—. ¡Él es! Y yo le creía aún en Bruselas.

—Señor, sabéis quién es ese hombre —exclamó D'Artagnan—. Indicadme quién es y dónde está, y os libero de todo, incluso de vuestra promesa de hacerme ingresar en los mosqueteros; porque antes que cualquier otra cosa quiero vengarme.

—Guardaos de ello, joven —exclamó Tréville—; antes bien, si lo veis venir por un lado de la calle, pasad al otro. No os enfrentéis a semejante roca: os rompería como a un vaso.

—Eso no impide —dijo D'Artagnan— que si alguna vez lo encuentro…

—Mientras tanto —prosiguió Tréville—, no lo busquéis, si tengo algún consejo que daros.

De pronto Tréville se detuvo, impresionado por una sospecha súbita. Aquel gran odio que manifestaba tan altivamente el joven viajero por aquel hombre que, cosa bastante poco verosímil, le había robado la carta de su padre, aquel odio ¿no ocultaba alguna perfidia? ¿No le habría sido enviado aquel joven por Su Eminencia? ¿No vendría para tenderle alguna

trampa? Ese presunto D'Artagnan ¿no sería un emisario del cardenal que trataba de introducirse en su casa, y que le habían puesto al lado para sorprender su confianza y para perderlo más tarde, como mil veces se había hecho? Miró a D'Artagnan más fijamente aún que la vez primera. Sólo se tranquilizó a medias por el aspecto de aquella fisonomía chispeante de ingenio astuto y de humildad afectada.

«Sé de sobra que es gascón —pensó—. Pero puede serlo tanto para el cardenal como para mí. Veamos, probémosle».

—Amigo mío —le dijo lentamente— quiero, como a hijo de mi viejo amigo (porque tengo por verdadera la historia de esa carta perdida), quiero — dijo—, para reparar la frialdad que habéis notado ante todo en mi recibimiento, descubriros los secretos de nuestra política. El rey y el cardenal son los mejores amigos del mundo: sus aparentes altercados no son más que para engañar a los imbéciles. No pretendo que un compatriota, un buen caballero, un muchacho valiente, hecho para avanzar, sea víctima de todos esos fingimientos y caiga como un necio en la trampa, al modo de tantos otros que se han perdido por ello. Pensad que yo soy adicto a estos dos amos todopoderosos, y que nunca mis diligencias serias tendrán otro fin que el

servicio del rey y del señor cardenal, uno de los más ilustres genios que Francia ha producido. Ahora, joven, regulad vuestra

conducta sobre esto, y si tenéis, bien por familia, bien por amigos, bien por propio instinto, alguna de esas enemistades contra el cardenal semejante a las que vemos manifestarse en los gentileshombres, decidme adiós y despidámonos. Os ayudaré en mil circunstancias, pero sin relacionaros con mi persona. Espero que mi franqueza, en cualquier caso, os hará amigo mío; porque sois, hasta el presente, el único joven al que he hablado como lo hago.

Tréville se decía aparte para sí:

«Si el cardenal me ha despachado a este joven zorro, a buen seguro, él, que sabe hasta qué punto lo execro, no habrá dejado de decir a su espía que el mejor medio de hacerme la corte es echar pestes de él; así, pese a mis protestas, el astuto compadre va a responderme con toda seguridad que siente horror por Su Eminencia».

Ocurrió de muy otra forma a como esperaba Tréville; D'Artagnan respondió con la mayor simplicidad:

—Señor, llego a París con intenciones completamente idénticas. Mi padre me ha recomendado no aguantar nada salvo del rey, del señor cardenal y de vos, a quienes tiene por los tres primeros de Francia.

D'Artagnan añadía el señor de Tréville a los otros dos, como podemos darnos cuenta; pero pensaba que este añadido no tenía por qué estropear nada.

—Tengo, pues, la mayor veneración por el señor cardenal —continuó—, y el más profundo respeto por sus actos. Tanto mejor para mí, señor, si me habláis, como decís, con franqueza; porque entonces me haréis el honor de estimar este parecido de gustos; mas si habéis tenido alguna desconfianza, muy natural por otra parte, siento que me pierdo diciendo la verdad; pero, tanto peor; así no dejaréis de estimarme, y es lo que quiero más que cualquier otra cosa en el mundo.

El señor de Tréville quedó sorprendido hasta el extremo. Tanta penetración, tanta franqueza, en fin, le causaba admiración, pero no disipaba enteramente sus dudas; cuanto más superior fuera este joven a los demás, tanto más era de temer si se engañaba. Sin embargo, apretó la mano de D'Artagnan, y le dijo:

—Sois un joven honesto, pero en este momento no puedo hacer nada por vos más que lo que os he ofrecido hace un instante. Mi palacio estará siempre abierto para vos. Más tarde, al poder requerirme a todas horas y por tanto aprovechar todas las ocasiones, obtendréis probablemente lo que deseáis obtener.

—Eso quiere decir, señor —prosiguió D'Artagnan—, que esperáis a que vuelva digno de ello. Pues bien, estad tranquilo, —añadió con la familiaridad del gascón—, no esperaréis mucho tiempo.

Y saludó para retirarse como si el resto corriese en adelante de su cuenta.

—Pero esperad —dijo el señor de Tréville deteniéndolo—, os he prometido una carta para el director de la Academia. ¿Sois demasiado orgulloso para aceptarla, mi joven gentilhombre?

—No, señor —dijo D'Artagnan—; os respondo que no ocurrirá con esta como con la otra. La guardaré tan bien que os juro que llegará a su destino, y

¡ay de quien intente robármela!

El señor de Tréville sonrió ante esa fanfarronada y, dejando a su joven compatriota en el vano de la ventana, donde se encontraba y donde habían hablado juntos, fue a sentarse a una mesa y se puso a escribir la carta de recomendación prometida. Durante ese tiempo, D'Artagnan, que no tenía nada mejor que hacer, se puso a batir una marcha contra los cristales, mirando a los mosqueteros que se iban uno tras otro, y siguiéndolos con la mirada hasta que desaparecían al volver la calle.

El señor de Tréville, después de haber escrito la carta, la selló y, levantándose, se acercó al joven para dársela; pero en el momento mismo en que D'Artagnan extendía la mano para recibirla, el señor de Tréville quedó completamente estupefacto al ver a su protegido dar un salto, enrojecer de cólera y lanzarse fuera del gabinete gritando:

—¡Ah, maldita sea! Esta vez no se me escapará.

—¿Pero quién? —preguntó el señor de Tréville.

—¡El, mi ladrón! —respondió D'Artagnan—. ¡Ah, traidor! Y desapareció.

—¡Diablo de loco! —murmuró el señor de Tréville—. A menos —añadió

— que no sea una manera astuta de zafarse, al ver que ha marrado su golpe.

C A P Í T U L O IV

El hombro de Athos, el tahalí de Porthos y el pañuelo de Aramis

D’Artagnan, furioso, había atravesado la antecámara de tres saltos y se abalanzaba a la escalera cuyos escalones contaba con descender de cuatro en cuatro cuando, arrastrado por su camera, fue a dar de cabeza en un mosquetero

que salía del gabinete del señor de Tréville por una puerta de excusado; y al golpearle con la frente en el hombro, le hizo lanzar un grito o mejor un aullido.

—Perdonadme —dijo D’Artagnan tratando de reemprender su carrera—, perdonadme, pero tengo prisa.

Apenas había descendido el primer escalón cuando un puño de hierro le cogió por su bandolera y lo detuvo.

—¡Tenéis prisa! —exclamó el mosquetero, pálido como un lienzo—. Con ese pretexto golpeáis, decís: «Perdonadme», y creéis que eso basta. De ningún modo, amiguito. ¿Creéis que porque habéis oído al señor de Tréville hablarnos un poco bruscamente hoy, se nos puede tratar como él nos habla? Desengañaos, compañero; vos no sois el señor de Tréville.

—A fe mía —replicó D'Artagnan al reconocer a Athos, el cual, tras el vendaje realizado por el doctor, volvía a su alojamiento—, a fe mía que no lo he hecho a propósito, ya he dicho «Perdonadme». Me parece, pues, que es bastante. Sin embargo, os lo repito, y esta vez es quizá demasiado, palabra de honor, tengo prisa, mucha prisa. Soltadme, pues, os lo suplico y dejadme ir a donde tengo que hacer.

—Señor —dijo Athos soltándole—, no sois cortés. Se ve que venís de lejos.

D'Artagnan había ya salvado tres o cuatro escalones, pero a la observación de Athos se detuvo en seco.

—¡Por todos los diablos, señor! —dijo—. Por lejos que venga no sois vos quien me dará una lección de buenos modales, os lo advierto.

—Puede ser —dijo Athos.

—Ah, si no tuviera tanta prisa —exclamó D'Artagnan—, y si no corriese detrás de uno…

—Señor apresurado, a mí me encontraréis sin correr, ¿me oís?

—¿Y dónde, si os place?

—Junto a los Carmelitas Descalzos.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—A las doce, de acuerdo, allí estaré.

—Tratad de no hacerme esperar, porque a las doce y cuarto os prevengo que seré yo quien corra tras vos y quien os corte las orejas a la camera.

—¡Bueno! —le gritó D'Artagnan—. Que sea a las doce menos diez.

Y se puso a correr como si lo llevara el diablo, esperando encontrar todavía a su desconocido, a quien su paso tranquilo no debía haber llevado muy lejos.

Pero a la puerta de la calle hablaba Porthos con un soldado de guardia. Entre los dos que hablaban, había el espacio justo de un hombre. D'Artagnan creyó que aquel espacio le bastaría, y se lanzó para pasar como una flecha entre ellos dos. Pero D'Artagnan no había contado con el viento. Cuando iba a pasar, el viento sacudió en la amplia capa de Porthos, y D'Artagnan vino a dar precisamente en la capa. Sin duda, Porthos tenía razones para no abandonar aquella parte esencial de su vestimenta, porque en lugar de dejar ir el faldón que sostenía, tiró de él, de tal suerte que D'Artagnan se enrolló en el terciopelo con un movimiento de rotación que explica la resistencia del obstinado Porthos.

D'Artagnan, al oír jurar al mosquetero, quiso salir de debajo de la capa que lo cegaba, y buscó su camino por el doblez. Temía sobre todo haber perjudicado el lustre del magnífico tahalí que conocemos; pero, al abrir tímidamente los ojos, se encontró con

la nariz pegada entre los dos hombros de Porthos, es decir, encima precisamente del tahalí.

¡Ay!, como la mayoría de las cosas de este mundo que sólo tienen apariencia el tahalí era de oro por delante y de simple búfalo por detrás. Porthos, como verdadero fanfarrón que era, al no poder tener un tahalí de oro, completamente de oro, tenía por lo menos la mitad; se comprende así la necesidad del resfriado y la urgencia de la capa.

—¡Por mil diablos! —gritó Porthos haciendo todo lo posible por desembarazarse de D'Artagnan que le hormigueaba en la espalda—. ¿Tenéis acaso la rabia para lanzaros de ese modo sobre las personas?

—Perdonadme —dijo D'Artagnan reapareciendo bajo el hombro del gigante—, pero tengo mucha prisa, corro detrás de uno, y...

—¿Es que acaso olvidáis vuestros ojos cuando corréis? —preguntó Porthos.

—No —respondió D'Artagnan picado—, no, y gracias a mis ojos veo incluso lo que no ven los demás.

Porthos comprendió o no comprendió; lo cierto es que dejándose llevar por su cólera dijo:

—Señor, os desollaréis, os lo aviso, si os restregáis así en los mosqueteros.

—¿Desollar, señor? —dijo D'Artagnan—. La palabra es dura.

—Es la que conviene a un hombre acostumbrado a mirar de frente a sus

enemigos.

—¡Pardiez! De sobra sé que no enseñáis la espalda a los vuestros.

Y el joven, encantado de su travesura, se alejó riendo a mandíbula batiente.

Porthos echó espuma de rabia e hizo un movimiento para precipitarse sobre D'Artagnan.

—Más tarde, más tarde —le gritó éste—, cuando no tengáis vuestra capa.

—A la una, pues, detrás del Luxemburgo.

—Muy bien, a la una —respondió D'Artagnan volviendo la esquina de la calle.

Pero ni en la calle que acababa de recorrer, ni en la que abarcaba ahora con la vista vio a nadie. Por despacio que hubiera andado el desconocido, había hecho camino; quizá también había entrado en alguna casa. D'Artagnan preguntó por él a todos los que encontró, bajó luego hasta la barcaza, subió por la calle de Seine y la Croix Rouge; pero nada, absolutamente nada. Sin embargo, aquella carrera le resultó beneficiosa en el sentido de que a medida que el sudor inundaba su frente su corazón se enfriaba.

Se puso entonces a reflexionar sobre los acontecimientos que acababan de ocurrir; eran abundantes y nefastos: eran las once de la mañana apenas, y la mañana le había traído ya el disfavor del señor de Tréville, que no podría dejar de encontrar algo brusca la forma en que D'Artagnan lo había abandonado.

Además, había pescado dos buenos duelos con dos hombres capaces de matar, cada uno, tres D'Artagnan; en fin, con dos mosqueteros, es decir, con dos de esos seres que él estimaba tanto que los ponía, en su pensamiento y en su corazón, por encima de todos los demás hombres.

La coyuntura era triste. Seguro de ser matado por Athos, se comprende que el joven no se inquietara mucho de Porthos. Sin embargo, como la esperanza es lo último que se apaga en el corazón del hombre, llegó a esperar que podría sobrevivir, con heridas terribles, por supuesto, a aquellos dos duelos, y, en caso de supervivencia, se hizo para el futuro las reprimendas siguientes:

—¡Qué atolondrado y ganso soy! Ese valiente y desgraciado Athos estaba herido justamente en el hombro contra el que yo voy a dar con la cabeza como si fuera un morueco. Lo único que me extraña es que no me haya matado en el sitio; estaba en su derecho y el dolor que le he causado ha debido de ser atroz. En cuanto a Porthos…, ¡oh, en cuanto a Porthos, a fe que es más divertido!

Y a pesar suyo, el joven se echó a reír, mirando no obstante si aquella risa aislada, y sin motivo a ojos de quienes le viesen reír, iba a herir a algún viandante.

—En cuanto a Porthos, es más divertido; pero no por ello dejo de ser un miserable atolondrado. No se lanza uno así sobre las personas sin decir cuidado, no, y no se va a mirarlos debajo de la capa para ver lo que no hay. Me habría perdonado de buena gana, seguro; me habría perdonado si no le hubiera hablado de ese maldito tahalí, con palabras encubiertas, cierto; sí, bellamente encubiertas. ¡Ah, soy un maldito gascón, sería ingenioso hasta en la sartén de freír! ¡Vamos, D'Artagnan, amigo mío —continuó, hablándole a sí mismo con toda la confianza que creía deberse— si escapas a ésta, cosa que no es probable, se trata de ser en el futuro de una cortesía perfecta! En adelante es preciso que te admiren, que te citen como modelo. Ser atento y cortés no es ser cobarde. Mira mejor a Aramis: Aramis es la dulzura, es la gracia en persona.

¡Y bien!, ¿a quién se le ha ocurrido alguna vez decir que Aramis era un cobarde? No desde luego que a nadie y de ahora en adelante quiero tomarle en todo por modelo. ¡Ah, precisamente ahí está!

D'Artagnan, mientras caminaba monologando, había llegado a unos pocos pasos del palacio D'Aiguillon y ante este palacio había visto a Aramis hablando alegremente con tres

gentileshombres de la guardia del rey. Por su parte, Aramis vio a D'Artagnan; pero como no olvidaba que había sido delante de aquel joven ante el que el señor de Tréville se había irritado tanto por la mañana, y como un testigo de los reproches que los mosqueteros habían recibido no le resultaba en modo alguno agradable, fingía no verlo. D'Artagnan, entregado por entero a sus planes de conciliación y de cortesía, se acercó a los cuatro jóvenes haciéndoles un gran saludo acompañado de la más graciosa sonrisa. Aramis inclinó ligeramente la cabeza, pero no sonrió. Por lo demás, los cuatro interrumpieron en aquel mismo instante su conversación.

D'Artagnan no era tan necio como para no darse cuenta de que estaba de más; pero no era todavía lo suficiente ducho en las formas de la alta sociedad para salir gentilmente de una situación falsa como lo es, por regla general, la de un hombre que ha venido a mezclarse con personas que apenas conoce y en una conversación que no le afecta. Buscaba por tanto en su interior un medio de retirarse lo menos torpemente posible, cuando notó que Aramis había dejado caer su pañuelo y, por descuido sin duda, había puesto el pie encima; le pareció llegado el momento de reparar su inconveniencia: se agachó, y con el gesto más gracioso que pudo encontrar, sacó el pañuelo de debajo del pie del mosquetero, por más esfuerzos que hizo éste por retenerlo, y le dijo devolviéndoselo:

—Señor, aquí tenéis un pañuelo que en mi opinión os molestaría mucho perder.

En efecto, el pañuelo estaba ricamente bordado y llevaba una corona y armas en una de sus esquinas. Aramis se ruborizó excesivamente y arrancó más que cogió el pañuelo de manos del gascón.

—¡Ah, ah! —exclamó uno de los guardias—. Encima dirás, discreto Aramis, que estás a mal con la señora de Bois-Tracy, cuando esa graciosa dama tiene la cortesía de prestarte sus pañuelos.

Aramis lanzó a D'Artagnan una de esas miradas que hacen comprender a un hombre que acaba de ganarse un enemigo mortal; luego, volviendo a tomar su tono dulzarrón, dijo:

—Os equivocáis, señores, este pañuelo no es mío, y no sé por qué el señor ha tenido la fantasía de devolvérmelo a mí en vez de a uno de vosotros, y prueba de lo que digo es que aquí está el mío, en mi bolsillo.

A estas palabras, sacó su propio pañuelo, pañuelo muy elegante también, y de fina batista, aunque la batista fuera cara en aquella época, pero pañuelo bordado, sin armas, y adornado con una sola inicial, la de su propietario.

Esta vez, D'Artagnan no dijo ni pío, había reconocido su error, pero los amigos de Aramis no se dejaron convencer por sus negativas, y uno de ellos, dirigiéndose al joven mosquetero con seriedad afectada, dijo:

—Si fuera como pretendes, me vería obligado, mi querido Aramis, a pedírtelo; porque, como sabes, Bois-Tracy es uno de mis íntimos, y no quiero que se haga trofeo de las prendas de su mujer.

—Lo pides mal —respondió Aramis—; y aun reconociendo la justeza de tu reclamación en cuanto al fondo, me negaré debido a la forma.

—El hecho es —aventuró tímidamente D'Artagnan—, que yo no he visto salir el pañuelo del bolsillo del señor Aramis. Tenía el pie encima, eso es todo, y he pensado que, dado que tenía el pie, el pañuelo era suyo.

—Y os habéis equivocado, querido señor —respondió fríamente Aramis, poco sensible a la reparación.

Luego, volviéndose hacia aquel de los guardias que se había declarado amigo de Bois-Tracy, continuó:

—Además, pienso, mi querido íntimo de Bois-Tracy, que yo soy amigo suyo no menos cariñoso que puedas serlo tú; de suerte que, en rigor, este pañuelo puede haber salido tanto de tu bolsillo como del mío.

—¡No, por mi honor! —exclamó el guardia de Su Majestad.

—Tú vas a jurar por tu honor y yo por mi palabra, y entonces evidentemente uno de nosotros dos mentirá. Mira, hagámoslo mejor, Montaran, cojamos cada uno la mitad.

—¿Del pañuelo?

—Sí.

—De acuerdo —exclamaron los otros dos guardias— el juicio del rey Salomón. Decididamente, Aramis, estás lleno de sabiduría.

Los jóvenes estallaron en risas, y como es lógico, el asunto no tuvo más continuación. Al cabo de un instante la conversación cesó, y los tres guardias y el mosquetero, después de haberse estrechado cordialmente las manos, tiraron los tres guardias por su lado y Aramis por el suyo.

—Este es el momento de hacer las paces con ese hombre galante —se dijo para sí D'Artagnan, que se había mantenido algo al margen durante toda la última parte de aquella conversación. Y con estas buenas intenciones, acercándose a Aramis, que se alejaba sin prestarle más atención, le dijo:

—Señor, espero que me perdonéis.

—¡Ah, señor! —le interrumpió Aramis—. Permitidme haceros observar que no habéis obrado en esta circunstancia como un hombre galante debe hacerlo.

—¡Cómo, señor! —exclamó D'Artagnan—. Suponéis…

—Supongo, señor, que no sois un imbécil, y que sabéis bien, aunque lleguéis de Gascuña, que no se pisan sin motivo los pañuelos de bolsillo. ¡Qué diablos! París no está empedrado de batista.

—Señor, os equivocáis tratando de humillarme —dijo D'Artagnan, en quien el carácter peleón comenzaba a hablar más alto que las resoluciones pacíficas—. Soy de Gascuña, cierto, y puesto que lo sabéis, no tendré necesidad de deciros que los gascones son poco sufridos; de suerte que cuando se han excusado una vez, aunque sea por una tontería, están convencidos de que ya han hecho más de la mitad de lo que debían hacer.

—Señor, lo que os digo —respondió Aramis—, no es para buscar pelea. A Dios gracias no soy un espadachín, y siendo sólo mosquetero por ínterin, sólo me bato cuando me veo obligado, y siempre con gran repugnancia; pero esta vez el asunto es grave, porque tenemos a una dama comprometida por vos.

—Por nosotros querréis decir —exclamó D'Artagnan.

—¿Por qué habéis tenido la torpeza de devolverme el pañuelo?

—¿Por qué habéis tenido vos la de dejarlo caer?

—He dicho y repito, señor, que ese pañuelo no ha salido de mi bolsillo.

—¡Pues bien, mentís dos veces, señor, porque yo lo he visto salir de él!

—¡Ah, con que lo tomáis en ese tono, señor gascón! ¡Pues bien, yo os enseñaré a vivir!

—Y yo os enviaré a vuestra misa, señor abate. Desenvainad, si os place, y

ahora mismo.

—No, por favor, querido amigo; no aquí, al menos. ¿No veis que estamos frente al palacio D'Aiguillon, que está lleno de criaturas del cardenal? ¿Quién me dice que no es Su Eminencia quien os ha encargado procurarle mi cabeza? Pero yo aprecio mucho mi cabeza, dado que creo que va bastante correctamente sobre mis hombros. Quiero mataros, estad tranquilo, pero mataros dulcemente, en un lugar cerrado y cubierto, allí donde no podáis jactaros de vuestra muerte ante nadie.

—Me parece bien, pero no os fieis, y llevad vuestro pañuelo, os pertenezca o no; quizá tengáis ocasión de serviros de él.

—¿El señor es gascón? —preguntó Aramis.

—Sí. El señor no pospone una cita por prudencia.

—La prudencia, señor, es una virtud bastante inútil para los mosqueteros, lo sé, pero indispensable a las gentes de Iglesia; y como sólo soy mosquetero provisionalmente, tengo que ser prudente. A las dos tendré el honor de esperaros en el palacio del señor de Tréville. Allí os indicaré los buenos lugares.

Los dos jóvenes se saludaron, luego Aramis se alejó remontando la calle que subía al Luxemburgo, mientras D'Artagnan, viendo que la hora avanzaba, tomaba el camino de los Carmelitas Descalzos, diciendo para sí:

—Decididamente, no puedo librarme; pero por lo menos, si soy muerto, seré muerto por un mosquetero.

CAPÍTULO V

Los mosqueteros del rey y los guardias del señor cardenal

D’Artagnan no conocía a nadie en París. Fue por tanto a la cita de Athos sin llevar segundo, resuelto a contentarse con los que hubiera escogido su adversario. Por otra parte tenía la intención formal de dar al valiente mosquetero todas las excusas pertinentes, pero sin debilidad, por temor a que resultara de aquel duelo algo que siempre resulta molesto en un asunto de este género, cuando un hombre joven y vigoroso se bate contra un adversario herido y debilitado: vencido, duplica el triunfo de su antagonista; vencedor, es acusado de felonía y de fácil audacia.

Por lo demás, o hemos expuesto mal el carácter de nuestro buscador de aventuras, o nuestro lector ha debido observar ya que D’Artagnan no era un

hombre ordinario. Por eso, aun repitiéndose a sí mismo que su muerte era inevitable, no se resignó a morir suavemente, como cualquier otro menos valiente y menos moderado que él hubiera hecho en su lugar. Reflexionó sobre los distintos caracteres de aquellos con quienes iba a batirse, y empezó a ver más claro en su situación. Gracias a las leales excusas que

le preparaba, esperaba hacer un amigo de Athos, cuyos aires de gran señor y cuya actitud austera le agradaron mucho. Se prometía meter miedo a Porthos con la aventura del tahalí, que, si no quedaba muerto en el acto, podía contar a todo el mundo, relato que, hábilmente manejado para ese efecto, debía cubrir a Porthos de ridículo; por último, en cuanto al socarrón de Aramis, no le tenía demasiado miedo, y suponiendo que llegase hasta él, se encargaba de despacharlo aunque parezca imposible, o al menos señalarle el rostro, como César había recomendado hacer a los soldados de Pompeyo, dañar para siempre aquella belleza de la que estaba tan orgulloso.

Además había en D'Artagnan ese fondo inquebrantable de resolución que habían depositado en su corazón los consejos de su padre, consejos cuya sustancia era: «No aguantar nada de nadie salvo del rey, del cardenal y del señor de Tréville». Voló, pues, más que caminó, hacia el convento de los Carmelitas Descalzados, o mejor Descalzos, como se decía en aquella época, especie de construcción sin ventanas, rodeada de prados áridos, sucursal del Pré-aux-Clers, y que de ordinario servía para encuentros de personas que no tenían tiempo que perder.

Cuando D'Artagnan llegó a la vista del pequeño terreno baldío que se extendía al pie de aquel monasterio, Athos hacía sólo cinco minutos que esperaba, y daban las doce. Era por tanto puntual como la Samaritana y el más riguroso casuista en duelos no podría decir nada.

Athos, que seguía sufriendo cruelmente por su herida, aunque hubiera sido vendada a las nueve por el cirujano del señor de Tréville, estaba sentado sobre un mojón y esperaba a su adversario con aquella compostura apacible y aquel aire digno que no le abandonaban nunca. Al ver a D'Artagnan, se levantó y dio cortésmente algunos pasos a su encuentro. Éste, por su parte, no abordó a su adversario más que con sombrero en mano y su pluma colgando hasta el suelo.

—Señor —dijo Athos—, he hecho avisar a dos amigos míos que me servirán de padrinos, pero esos dos amigos aún no han llegado. Me extraña que tarden: no es lo habitual en ellos.

—Yo no tengo padrinos, señor —dijo D'Artagnan—, porque, llegado ayer mismo a París, no conozco aún a nadie, salvo al señor de Tréville, al que he sido recomendado por mi padre, que tiene el honor de ser uno de sus pocos amigos.

Athos reflexionó un instante.

—¿No conocéis más que al señor de Tréville? —preguntó.

—No, señor, no conozco a nadie más que a él…

—¡Vaya…, pero… —prosiguió Athos hablando a medias para sí mismo, a medias para D'Artagnan—, vaya, pero si os mato daré la impresión de un traganiños!

—No demasiado, señor —respondió D'Artagnan con un saludo que no carecía de dignidad—; no demasiado, pues que me

hacéis el honor de sacar la espada contra mí con una herida que debe molestaros mucho.

—Mucho me molesta, palabra, y me habéis hecho un daño de todos los diablos, debo decirlo; pero lucharé con la izquierda, es mi costumbre en semejantes circunstancias. No creáis por ello que os hago gracia, manejo limpiamente la espada con las dos manos; será incluso desventaja para vos: un zurdo es muy molesto para las personas que no están prevenidas. Lamento no haberos participado antes esta circunstancia.

—Señor —dijo D'Artagnan inclinándose de nuevo—, sois realmente de una cortesía por la que no os puedo quedar más reconocido.

—Me dejáis confuso —respondió Athos con su aire de gentilhombre—; hablemos pues de otra cosa, os lo suplico, a menos que esto os resulte desagradable. ¡Por todos los diablos! ¡Qué daño me habéis hecho! El hombro me arde…

—Si permitierais… —dijo D'Artagnan con timidez.

—¿Qué, señor?

—Tengo un bálsamo milagroso para las heridas, un bálsamo que me viene de mi madre, y que yo mismo he probado.

—¿Y?

—Pues que estoy seguro de que en menos de tres días este bálsamo os curará y al cabo de los tres días, cuando estéis

curado, señor, será para mí siempre un gran honor ser vuestro hombre.

D’Artagnan dijo estas palabras con una simplicidad que hacía honor a su cortesía, sin atentar en modo alguno contra su valor.

—¡Pardiez, señor! —dijo Athos—. Es esa una propuesta que me place, no que la acepte, pero huele a gentilhombre a una legua. Así es como hablaban y obraban aquellos valientes del tiempo de Carlomagno, en quienes todo caballero debe buscar su modelo. Desgraciadamente, no estamos ya en los tiempos del gran emperador. Estamos en la época del señor cardenal, y de aquí

a tres días se sabría, por muy guardado que esté el secreto se sabría, digo, que debemos batirnos, y se opondrían a nuestro combate... Vaya, esos trotacalles

¿no acabarán de venir?

—Si tenéis prisa, señor —dijo D’Artagnan a Athos con la misma simplicidad con que un instante antes le había propuesto posponer el duelo tres días—, si tenéis prisa y os place despacharme en seguida, no os preocupéis, os lo ruego.

—Es esa una frase que me agrada —dijo Athos haciendo un gracioso gesto de cabeza a D’Artagnan—, no es propia de un hombre sin cabeza, y a todas luces lo es de un hombre valiente. Señor, me gustan los hombres de vuestro temple y veo que si

no nos matamos el uno al otro, tendré más tarde verdadero placer en vuestra conversación. Esperemos a esos señores, os lo ruego, tengo tiempo, y será más correcto. ¡Ah, ahí está uno según creo!

En efecto, por la esquina de la calle de Vaugirard comenzaba a aparecer el gigantesco Porthos.

—¡Cómo! —exclamó D'Artagnan—. ¿Vuestro primer testigo es el señor Porthos?

—Sí. ¿Os contraría?

—No, de ningún modo.

—Y ahí está el segundo.

D'Artagnan se volvió hacia el lado indicado por Athos y reconoció a Aramis.

—¡Qué! —exclamó con un acento más asombrado que la primera vez—.

¿Vuestro segundo testigo es el señor Aramis?

—Claro, ¿no sabéis que no se nos ve jamás a uno sin los otros, y que entre los mosqueteros y entre los guardias, en la corte y en la ciudad, se nos llama Athos, Porthos y Aramis o los tres inseparables? Bueno como vos llegáis de Dax o de Pau…

—De Tarbes —dijo D'Artagnan.

—…os está permitido ignorar este detalle —dijo Athos.

—A fe mía —dijo D'Artagnan—, que estáis bien llamados, señores, y mi aventura, si tiene alguna resonancia, probará al menos que vuestra unión no está fundada en el contraste.

Entre tanto Porthos se había acercado, había saludado a Athos con la mano; luego, al volverse hacia D'Artagnan, había quedado estupefacto.

Digamos de pasada que había cambiado de tahalí, y dejado su capa.

—¡Ah, ah! —exclamó—. ¿Qué es esto?

—Este es el señor con quien me bato —dijo Athos señalando con la mano a D'Artagnan, y saludándole con el mismo gesto.

—Con él me bato también yo —dijo Porthos.

—Pero a la una —respondió D'Artagnan.

—Y también yo me bato con este señor —dijo Aramis llegando a su vez al lugar.

—Pero a las dos —dijo D'Artagnan con la misma calma.

—Pero ¿por qué te bates tú, Athos? —preguntó Aramis.

—A fe que no lo sé demasiado; me ha hecho daño en el hombro. ¿Y tú, Porthos?

—A fe que me bato porque me bato —respondió Porthos enrojeciendo.

Athos, que no se perdía una, vio pasar una fina sonrisa por los labios del gascón.

—Hemos tenido una discusión sobre indumentaria —dijo el joven.

—¿Y tú, Aramis? —preguntó Athos.

—Yo me bato por causa de teología —respondió Aramis haciendo al mismo tiempo una señal a D'Artagnan con la que le rogaba tener en secreto la causa del duelo.

Athos vio pasar una segunda sonrisa por los labios de D'Artagnan.

—¿De verdad? —dijo Athos.

—Sí, un punto de San Agustín sobre el que no estamos de acuerdo —dijo el gascón.

—Decididamente es un hombre de ingenio —murmuró Athos.

—Y ahora que estáis juntos, señores —dijo D'Artagnan—, permitidme que os presente mis excusas.

A la palabra «excusas», una nube pasó por la frente de Athos, una sonrisa altanera se deslizó por los labios de Porthos, y una señal negativa fue la respuesta de Aramis.

—No me comprendéis, señores —dijo D'Artagnan alzando la cabeza, en la que en aquel momento jugaba un rayo de sol que doraba las facciones finas y osadas—: os pido excusas en caso de que no pueda pagaros mi deuda a los tres, porque el señor

Athos tiene derecho a matarme primero, lo cual quita mucho valor a vuestra deuda, señor Porthos, y hace casi nula la vuestra, señor

Aramis. Y ahora, señores, os lo repito, excusadme, pero sólo de eso, ¡y en guardia!

A estas palabras, con el gesto más desenvuelto que verse pueda, D'Artagnan sacó su espada.

La sangre había subido a la cabeza de D'Artagnan, y en aquel momento habría sacado su espada contra todos los mosqueteros del reino, como acababa de hacerlo contra Athos, Porthos y Aramis.

Eran las doce y cuarto. El sol estaba en su cenit y el emplazamiento escogido para ser teatro del duelo estaba expuesto a todos sus ardores.

—Hace mucho calor —dijo Athos sacando a su vez la espada—, y sin embargo no podría quitarme mi jubón, porque todavía hace un momento he sentido que mi herida sangraba, y temo molestar al señor mostrándole sangre que no me haya sacado él mismo.

—Cierto, señor —dijo D'Artagnan—, y sacada por otro o por mí, os aseguro que siempre veré con pesar la sangre de un caballero tan valiente; por eso me batiré yo también con jubón como vos.

—Vamos, vamos —dijo Porthos—, basta de cumplidos, y pensad que nosotros esperamos nuestro turno.

—Hablad por vos solo, Porthos, cuando digáis semejantes incongruencias

—interrumpió Aramis—. Por lo que a mí se refiere, encuentro las cosas que esos señores se dicen muy bien dichas y a todas luces dignas de dos gentileshombres.

—Cuando queráis, señor —dijo Athos poniéndose en guardia.

—Esperaba vuestras órdenes —dijo D'Artagnan cruzando el hierro.

Pero apenas habían resonado los dos aceros al tocarse cuando una cuadrilla de guardias de Su Eminencia, mandada por el señor de Jussac, apareció por la esquina del convento.

—¡Los guardias del cardenal! —gritaron a la vez Porthos y Aramis—.

¡Envainad las espadas, señores, envainad las espadas!

Pero era demasiado tarde. Los dos combatientes habían sido vistos en una postura que no permitía dudar de sus intenciones.

—¡Hola! —gritó Jussac avanzando hacia ellos y haciendo una señal a sus hombres de hacer otro tanto—. ¡Hola, mosqueteros! ¿Nos estamos batiendo?

¿Para qué queremos entonces los edictos?

—Sois muy generosos, señores guardias —dijo Athos lleno de rencor, porque Jussac era uno de los agresores de la antevíspera—. Si os viésemos

batiros, os respondo que nos guardaríamos mucho de impedíroslo. Dejadnos pues hacerlo, y podréis tener un rato de placer sin ningún gasto.

—Señores —dijo Jussac—, con gran pesar os declaro que es imposible.

Nuestro deber ante todo. Envainad, pues, por favor, y seguidnos.

—Señor —dijo Aramis parodiando a Jussac—, con gran placer obedeceríamos vuestra graciosa invitación, si ello dependiese de nosotros; pero desgraciadamente es imposible: el señor de Tréville nos lo ha prohibido. Pasad, pues, de largo, es lo mejor que podéis hacer.

Aquella broma exasperó a Jussac.

—Cargaremos contra vosotros si desobedecéis.

—Son cinco —dijo Athos a media voz—, y nosotros sólo somos tres; seremos batidos y tendremos que morir aquí, porque juro que no volveré a aparecer vencido ante el capitán.

Entonces Porthos y Aramis se acercaron inmediatamente uno a otro, mientras Jussac alineaba a sus hombres.

Este solo momento bastó a D’Artagnan para tomar una decisión: era uno de esos momentos que deciden la vida de un hombre, había que elegir entre el rey y el cardenal; hecha la elección, había que perseverar en ella. Batirse, es decir, desobedecer la ley, es decir, arriesgar la cabeza, es decir, hacerse de un solo golpe enemigo de un ministro más poderoso que el rey mismo, eso es lo que vislumbró el joven y, digámoslo en alabanza suya, no dudó un segundo. Volviéndose, pues, hacia Athos y sus amigos dijo:

—Señores, añadiré, si os place, algo a vuestras palabras. Habéis dicho que no sois más que tres, pero a mí me parece que somos cuatro.

—Pero vos no sois de los nuestros —dijo Porthos.

—Es cierto —respondió D’Artagnan—; no tengo el hábito, pero sí el alma.

Mi corazón es mosquetero, lo siento de sobra, señor, y eso me entusiasma.

—Apartaos, joven —gritó Jussac, que sin duda por sus gestos y la expresión de su rostro había adivinado el designio de D’Artagnan—. Podéis retiraros, os lo permitimos. Salvad vuestra piel, de prisa.

D’Artagnan no se movió.

—Decididamente sois un valiente —dijo Athos apretando la mano del joven.

—¡Vamos, vamos, tomemos una decisión! —prosiguió Jussac.

—Veamos —dijeron Porthos y Aramis—, hagamos algo.

—El señor está lleno de generosidad —dijo Athos.

Pero los tres pensaban en la juventud de D'Artagnan y temían su inexperiencia.

—No seremos más que tres, uno de ellos herido, además de un niño — prosiguió Athos—, y no por eso dejarán de decir que éramos cuatro hombres.

—¡Sí, pero retroceder...! —dijo Porthos.

—Es difícil —añadió Athos.

D'Artagnan comprendió su falta de resolución.

—Señores, ponedme a prueba —dijo—, y os juro por mi honor que no quiero marcharme de aquí si somos vencidos.

—¿Cómo os llamáis, valiente? —dijo Athos.

—D'Artagnan, señor.

—¡Pues bien, Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan, adelante! — gritó Athos.

—¿Y bien? Veamos, señores, ¿os decidís a decidiros? —gritó por tercera vez Jussac.

—Está resuelto, señores —dijo Athos.

—¿Y qué decisión habéis tomado? —preguntó Jussac.

—Vamos a tener el honor de cargar contra vos —respondió Aramis, alzando con una mano su sombrero y sacando su espada con la otra.

—¡Ah! ¿Os resistís? —exclamó Jussac.

—¡Por todos los diablos! ¿Os sorprende?

Y los nueve combatientes se precipitaron unos contra otros con una furia que no excluía cierto método.

Athos cogió a un tal Cahusac, favorito del cardenal; Porthos tuvo a Bicarat y Aramis se vio frente a dos adversarios.

En cuanto a D'Artagnan, se encontró lanzado contra el mismo Jussac.

El corazón del joven gascón batía hasta romperle el pecho, no de miedo, a Dios gracias, del que no conocía siquiera la sombra, sino de emulación; se batía como un tigre furioso, dando vueltas diez veces en torno a su adversario, cambiando veinte veces sus guardias y su terreno. Jussac era, como se decía entonces, un enamorado de la espada, y la había practicado mucho; sin embargo, pasaba todos los apuros del mundo defendiéndose contra un adversario que, ágil y saltarín, se alejaba a cada momento de las reglas

recibidas, atacando por todos los lados a la vez, y precaviéndose además como hombre que tiene el mayor respeto por su epidermis.

Por fin la lucha terminó por hacer perder la paciencia a Jussac. Furioso de ser tenido en jaque por aquel al que había mirado como a un niño, se calentó y comenzó a cometer errores. D'Artagnan que, a pesar de la práctica, poseía una profunda teoría, redobló la agilidad. Jussac, queriendo terminar, lanzó una terrible estocada a su adversario tirándose a fondo; pero éste paró primero, y mientras Jussac se ponía en pie, deslizándose como una serpiente bajo su acero, le pasó su espada a través del cuerpo. Jussac cayó como una mole.

D'Artagnan lanzó entonces una mirada inquieta y rápida sobre el campo de batalla.

Aramis había matado ya a uno de sus adversarios; pero el otro le acosaba vivamente. Sin embargo, Aramis estaba en buena situación y aún podía defenderse.

Bicarat y Porthos acababan de hacer un golpe doble: Porthos había recibido una estocada atravesándole el brazo, y Bicarat atravesándole el muslo. Pero como ninguna de las dos heridas era grave, no se batían sino con más encarnizamiento.

Athos, herido de nuevo por Cahusac, palidecía a ojos vistas, pero no retrocedía un ápice: se había limitado a cambiar de mano su espada, y se batía con la izquierda.

Según las leyes del duelo de esa época, D'Artagnan podía socorrer a uno; mientras buscaba con los ojos qué compañero tenía necesidad de su ayuda sorprendió una mirada de Athos. Aquella mirada era de una elocuencia sublime. Athos moriría

antes que pedir socorro; pero podía mirar, y con la mirada pedir apoyo. D'Artagnan lo adivinó, dio un salto terrible y cayó sobre el flanco de Cahusac gritando:

—¡A mí, señor guardia, que yo os mato!

Cahusac se volvió, justo a tiempo. Athos, a quien sólo su extremado valor sostenía, cayó sobre una rodilla.

—¡Maldita sea! —gritó a D'Artagnan—. ¡No lo matéis, joven, os lo suplico; tengo un viejo asunto que terminar con él cuando esté curado y con buena salud! Desarmadle solamente, quitadle la espada. ¡Eso es, bien, muy bien!

Esta exclamación le había sido arrancada a Athos por la espada de Cahusac, que saltaba a veinte pasos de él. D'Artagnan y Cahusac se lanzaron a la vez, uno para recuperarla, el otro para apoderarse de ella; pero D'Artagnan, más rápido llegó el primero y puso el pie encima.

Cahusac corrió hacia aquel de los guardias que había matado Aramis, se apoderó de su acero y quiso volver a D'Artagnan; pero en su camino se encontró con Athos, que durante aquella pausa de un instante que le había procurado D'Artagnan había recuperado el aliento y que, por temor a que D'Artagnan le matase a su enemigo, quería volver a empezar el combate.

D’Artagnan comprendió que sería contrariar a Athos no dejarle actuar. En efecto, algunos segundos después, Cahusac cayó con la garganta atravesada por una estocada.

En ese mismo instante, Aramis apoyaba su espada contra el pecho de su adversario derribado, y le forzaba a pedir merced.

Quedaban Porthos y Bicarat: Porthos hacía mil fanfarronadas preguntando a Bicarat qué hora podía ser, y le felicitaba por la compañía que acababa de obtener su hermano en el regimiento de Navarra; pero, mientras bromeaba, nada ganaba. Bicarat era uno de esos hombres de hierro que no caen más que muertos.

Sin embargo, había que terminar. La ronda podía llegar y prender a todos los combatientes, heridos o no, realistas o cardenalistas. Athos, Aramis y D’Artagnan rodearon a Bicarat y le conminaron a rendirse. Aunque solo contra todos y con una estocada que le atravesaba el muslo, Bicarat quería seguir; pero Jussac, que se había levantado sobre el codo, le gritó que se rindiera. Bicarat era gascón como D’Artagnan; hizo oídos sordos y se contentó con reír, y entre dos quites, encontrando tiempo para dibujar con la punta de su espada un lugar en el suelo, dijo parodiando un versículo de la Biblia:

—¡Aquí morirá Bicarat, el único de los que están con él!

—Pero están cuatro contra ti; acaba, te lo ordeno.

—¡Ah! Si lo ordenas, es distinto —dijo Bicarat—; como eres mi brigadier, debo obedecer.

Y dando un salto hacia atrás, rompió la espada sobre su rodilla para no entregarla, arrojó los trozos por encima de la tapia del convento y se cruzó de brazos silbando un motivo cardenalista.

La bravura siempre es respetada, incluso en un enemigo. Los mosqueteros saludaron a Bicarat con sus espadas y las devolvieron a la vaina. D'Artagnan hizo otro tanto, y luego, ayudado por Bicarat, el único que había quedado en pie, llevó bajo el soportal del convento a Jussac, Cahusac y a aquel de los adversarios de Aramis que sólo había sido herido. El cuarto, como ya hemos dicho, estaba muerto. Luego hicieron sonar la campana y llevando cuatro de las cinco espadas se encaminaron ebrios de alegría hacia el palacio del señor de Tréville.

Se les veía con los brazos entrelazados, ocupando todo lo ancho de la calle, y agrupando tras sí a todos los mosqueteros que encontraban, por lo que, al fin, aquello fue una marcha triunfal. El corazón de D'Artagnan nadaba en la ebriedad, caminaba entre Athos y Porthos apretándolos con ternura.

—Si todavía no soy mosquetero —dijo a sus nuevos amigos al franquear la puerta del palacio del señor de Tréville—, al menos ya soy aprendiz, ¿no es verdad?

CAPÍTULO VI

Su majestad el rey Luis XIII

El suceso hizo mucho ruido. El señor de Tréville bramó en voz alta contra sus mosqueteros, y los felicitó en voz baja; pero como no había tiempo que perder para prevenir al rey el señor de Tréville se apresuró a dirigirse al Louvre. Era demasiado tarde, el rey se hallaba encerrado con el cardenal, y dijeron al señor de Tréville que el rey trabajaba y que no podía recibir en aquel momento. Por la noche, el señor de Tréville acudió al juego del rey. El rey ganaba, y como su majestad era muy avaro, estaba de excelente humor; por ello, cuando el rey vio de lejos a Tréville, dijo:

—Venid aquí, señor capitán, venid que os riña; ¿sabéis que Su Eminencia ha venido a quejárseme de vuestros mosqueteros, y ello con tal emoción que esta noche Su Eminencia está enfermo? ¡Pero, bueno, vuestros mosqueteros son incorregibles, son gentes de horca!

—No, Sire —respondió Tréville, que vio a la primera ojeada cómo iban a desarrollarse las cosas—; no, todo lo contrario, son buenas criaturas, dulces como corderos, y que no tienen más que un deseo, de eso me hago responsable: y es que su espada no salga de la vaina más que para el servicio de Vuestra Majestad. Pero, qué queréis, los guardias del señor cardenal

están buscándoles pelea sin cesar, y por el honor mismo del cuerpo los pobres jóvenes se ven obligados a defenderse.

—¡Escuchad al señor de Tréville! —dijo el rey—. ¡Escuchadle! ¡Se diría que habla de una comunidad religiosa! En verdad, mi querido capitán, me dan ganas de quitaros vuestro despacho y dárselo a la señorita de Chemerault, a quien he prometido una abadía. Pero no penséis que os creeré sólo por vuestra palabra. Me llaman Luis el Justo, señor de Tréville, y ahora mismo lo veremos.

—Porque me fío de esa justicia, Sire, esperaré paciente y tranquilo el capricho de Vuestra Majestad.

—Esperad pues, señor, esperad —dijo el rey—, no os haré esperar mucho.

En efecto, la suerte cambiaba, y como el rey empezaba a perder lo que había ganado, no era difícil encontrar un pretexto para hacer —perdónesenos esta expresión de jugador, cuyo origen, lo confesamos, lo desconocemos— para hacer el carlomagno. El rey se levantó, pues, al cabo de un instante y, metiendo en su bolsillo el dinero que tenía ante sí y cuya mayor parte procedía de su ganancia, dijo:

—La Vieuville, tomad mi puesto, tengo que hablar con el señor de Tréville por un asunto de importancia… ¡Ah!…, yo tenía ochenta luises ante mí; poned la misma suma, para que quienes han perdido no tengan motivos de queja. La justicia ante todo.

Luego, volviéndose hacia el señor de Tréville y caminando con él hacia el vano de una ventana, continuó:

—Y bien, señor, vos decís que son los guardias de la Eminentísima los que han buscado pelea a vuestros mosqueteros.

—Sí, Sire, como siempre.

—Y ¿cómo ha ocurrido la cosa? Porque como sabéis, mi querido capitán, es preciso que un juez escuche a las dos partes.

—Dios mío, de la forma más simple y más natural. Tres de mis mejores soldados, a quienes Vuestra Majestad conoce de nombre y cuya devoción ha apreciado más de una vez, y que tienen, puedo afirmarlo al rey, su servicio muy en el corazón; tres de mis mejores soldados, digo, los señores Athos, Porthos y Aramis, habían hecho una excursión con un joven cadete de Gascuña que yo les había recomendado aquella misma mañana. La excursión iba a tener lugar en Saint-Germain, según creo, y se habían citado en los Carmelitas Descalzos, cuando fue perturbada por el señor de Jussac y los señores Cahusac, Bicarat y otros dos guardias que ciertamente no venían allí en tan numerosa compañía sin mala intención contra los edictos.

—¡Ah, ah!, me dais que pensar —dijo el rey—; sin duda iban para batirse ellos mismos.

—No los acuso, Sire, pero dejo a Vuestra Majestad apreciar qué pueden ir a hacer cuatro hombres armados a un lugar tan

desierto como lo están los alrededores del convento de los Carmelitas.

—Sí, tenéis razón, Tréville, tenéis razón.

—Entonces, cuando vieron a mis mosqueteros, cambiaron de idea y olvidaron su odio particular por el odio de cuerpo; porque Vuestra Majestad no ignora que los mosqueteros, que son del rey y nada más que para el rey, son los enemigos de los guardias, que son del señor cardenal.

—Sí, Tréville, sí —dijo el rey melancólicamente—, y es muy triste, creedme, ver de este modo dos partidos en Francia, dos cabezas en la realeza; pero todo esto acabará, Tréville, todo esto acabará. Decís, pues, que los guardias han buscado pelea a los mosqueteros.

—Digo que es probable que las cosas hayan ocurrido de este modo, pero no lo juro, Sire. Ya sabéis cuán difícil de conocer es la verdad, y a menos de estar dotado de ese instinto admirable que ha hecho llamar a Luis XIII el Justo…

—Y tenéis razón, Tréville, pero no estaban solos vuestros mosqueteros,

¿no había con ellos un niño?

—Sí, Sire, y un hombre herido, de suerte que tres mosqueteros del rey, uno de ellos herido, y un niño no solamente se han

enfrentado a cinco de los más terribles guardias del cardenal, sino que aun han derribado a cuatro por tierra.

—Pero ¡eso es una victoria! —exclamó el rey radiante—. ¡Una victoria completa!

—Sí, Sire, tan completa como la del puente de Cé.

—¿Cuatro hombres, uno de ellos herido y otro un niño decís?

—Un joven apenas hombre, que se ha portado tan perfectamente en esta ocasión que me tomaré la libertad de recomendarlo a Vuestra Majestad.

—¿Cómo se llama?

—D'Artagnan, Sire. Es hijo de uno de mis más viejos amigos; el hijo de un hombre que hizo con el rey vuestro padre, de gloriosa memoria, la guerra partidaria.

—¿Y decís que se ha portado bien ese joven? Contadme eso, Tréville; ya sabéis que me gustan los relatos de guerra y combate.

Y el rey Luis XIII se atusó orgullosamente su mostacho poniéndose en jarras.

—Sire —prosiguió Tréville—, como os he dicho, el señor D'Artagnan es casi un niño, y como no tiene el honor de ser mosquetero, estaba vestido de paisano; los guardias del señor cardenal, reconociendo su gran juventud, y que además era extraño al cuerpo, le invitaron a retirarse antes de atacar.

—¡Ah! Ya veis, Tréville —interrumpió el rey—, que son ellos los que han atacado.

—Exactamente, Sire; sin ninguna duda; le conminaron, pues, a retirarse, pero él respondió que era mosquetero de corazón y todo él de Su Majestad, y que por eso se quedaría con los señores mosqueteros.

—¡Bravo joven! —murmuró el rey.

—Y en efecto, permaneció a su lado; y Vuestra Majestad tiene a un campeón tan firme que fue él quien dio a Jussac esa terrible estocada que encoleriza tanto al señor cardenal.

—¿Fue él quien hirió a Jussac? —exclamó el rey—. ¡Él, un niño! Eso es imposible, Tréville.

—Ocurrió como tengo el honor de decir a Vuestra Majestad.

—¡Jussac, uno de los primeros aceros del reino!

—¡Pues bien, Sire, ha encontrado su maestro!

—Quiero ver a ese joven, Tréville, quiero verlo, y si se puede hacer algo, pues bien, nosotros nos ocuparemos.

—¿Cuándo se dignará recibirlo Vuestra Majestad?

—Mañana a las doce, Tréville.

—¿Lo traigo solo?

—No, traedme a los cuatro juntos. Quiero darles las gracias a todos a la vez; los hombres adictos son raros, Tréville, y hay que recompensar la adhesión.

—A las doce, Sire, estaremos en el Louvre.

—¡Ah! Por la escalera pequeña, Tréville, por la escalera pequeña. Es inútil que el cardenal sepa…

—Sí, Sire.

—¿Comprendéis, Tréville? Un edicto es siempre un edicto; está prohibido batirse a fin de cuentas.

—Pero ese encuentro, Sire, se sale a todas luces de las condiciones ordinarias de un duelo: es una riña, y la prueba es que eran cinco guardias del cardenal contra mis tres mosqueteros y el señor D'Artagnan.

—Exacto —dijo el rey—; pero no importa, Tréville; de todas formas, venid por la escalera pequeña.

Tréville sonrió. Pero como era ya mucho para él haber obtenido que aquel niño se revolviese contra su maestro, saludó respetuosamente al rey, y con su licencia se despidió de él.

Aquella misma tarde los tres mosqueteros fueron advertidos del honor que se les había concedido. Como conocían desde hacía tiempo al rey, no se enardecieron demasiado; pero D'Artagnan, con su imaginación gascona, vio

venir su fortuna y pasó la noche haciendo sueños dorados. Por eso, a las ocho de la mañana estaba en casa de Athos.

D'Artagnan encontró al mosquetero completamente vestido y dispuesto a salir. Como la cita con el rey no era hasta las doce, había proyectado con Porthos y Aramis ir a jugar a la pelota a un garito situado al lado de las caballerizas del Luxemburgo. Athos invitó a D'Artagnan a seguirlos, y pese a su ignorancia de aquel juego, al que nunca ha jugado, éste aceptó, sin saber qué hacer de su tiempo desde las nueve de la mañana que apenas eran hasta las doce.

Los dos mosqueteros hablan llegado ya y peloteaban juntos. Athos, que era muy aficionado a todos los ejercicios corporales, pasó con D'Artagnan al lado opuesto, y los desafió. Pero al primer movimiento que intentó, aunque jugaba con la mano derecha, comprendió que su herida era demasiado reciente aún para permitirle semejante ejercicio. D'Artagnan se quedó, pues, solo, y como declaró que era demasiado torpe para sostener un partido en regla, continuaron enviando solamente pelotas sin contar los tantos. Pero una de aquellas pelotas, lanzada por el puño hercúleo de Porthos, pasó tan cerca del rostro de D'Artagnan que pensó que, si en lugar de pasarle de lado, le hubiera dado, su audiencia se habría probablemente perdido, dado que le hubiera sido del todo imposible presentarse ante el rey. Y como, según su imaginación gascona, de aquella audiencia dependía todo su porvenir, saludó cortésmente a Porthos y Aramis, declarando que no proseguirla la partida sino

cuando estuviera en situación de hacerles frente, y se volvió para situarse junto a la soga y en la galería.

Por desgracia para D’Artagnan, entre los espectadores se encontraba un guardia de Su Eminencia, el cual, todo enardecido aun por la derrota de sus compañeros, y llegado la víspera solamente, se había prometido aprovechar la primera ocasión de vengarla. Creyó, pues, que la ocasión había llegado y, dirigiéndose a su vecino, dijo:

—No es sorprendente que ese joven tenga miedo de una pelota, es sin duda un aprendiz de mosquetero.

D’Artagnan se volvió como si una serpiente lo hubiera mordido y miró fijamente al guardia que acababa de decir aquella insolente frase.

—¡Pardiez! —prosiguió aquél rizándose insolentemente el mostacho—.

Miradme cuanto queráis, mi querido señor, he dicho lo que he dicho.

—Y como lo que habéis dicho está demasiado claro para que vuestras palabras necesiten una explicación —respondió D’Artagnan en voz baja—, os ruego que me sigáis.

—Y eso, ¿cuándo? —preguntó el guardia con el mismo aire burlón.

—Ahora mismo, si os place.

—Y ¿sabéis por casualidad quién soy?

—Lo ignoro completamente, y no me inquieta.

—Pues os equivocáis, porque si supieseis mi nombre, quizá no tuvierais tanta prisa.

—¿Cómo os llamáis?

—Bernajoux, para serviros.

—Pues bien, señor Bernajoux —dijo tranquilamente D'Artagnan—, voy a esperaros a la puerta.

—Id, señor, os sigo.

—No os apresuréis, señor, que no se den cuenta de que salimos juntos; comprended que, para lo que vamos a hacer, demasiada gente nos molestaría.

—Está bien —respondió el guardia asombrado de que su nombre no hubiera producido más efecto sobre el joven.

En efecto, el nombre de Bernajoux era conocido de todo el mundo, a excepción quizá de D'Artagnan solamente; porque era uno de esos que figuraba la mayoría de las veces en las riñas cotidianas que todos los edictos del rey y del cardenal no habían podido reprimir.

Porthos y Aramis estaban tan ocupados con su partido y Athos los miraba con tanta atención que no vieron siquiera salir a su joven compañero, que, como había dicho al guardia de Su Eminencia, se detuvo en la puerta; un momento después, éste

bajaba a su vez. Como D’Artagnan no tenía tiempo que perder, dado que la audiencia del rey estaba fijada para las doce, echó una ojeada en torno suyo y, viendo que la calle estaba desierta, dijo a su adversario:

—A fe mía que, aunque os llaméis Bernajoux, es una suerte para vos tener que habérosla sólo con un aprendiz de mosquetero; pero tranquilizaos, lo haré lo mejor que pueda. ¡En guardia!

—Pero —dijo aquel a quien D’Artagnan provocaba de ese modo— me parece que el lugar está bastante mal escogido, y que estarían mejor detrás de la abadía de Saint-Germain o en el Pré-aux-Clercs.

—Lo que decís está muy puesto en razón —respondió D’Artagnan—; desgraciadamente, no me sobra el tiempo, tengo una cita a las doce en punto.

¡En guardia, pues, señor, en guardia!

Bernajoux no era hombre para hacerse repetir dos veces semejante cumplido. En el mismo instante su espada brilló en su mano y lanzó sobre su

adversario al que, gracias a su gran juventud, espera intimidar.

Pero D’Artagnan había hecho la víspera su aprendizaje, y recién salido de su victoria, todo henchido de su futuro favor, había resuelto no retroceder un paso; por eso los dos aceros se encontraron metidos hasta las guardas, y como D’Artagnan se

mantenía firme en su puesto fue su adversario el que dio un paso en retirada. Pero D'Artagnan aprovechó el momento en que, en ese movimiento, el acero de Bernajoux se desviaba de la línea, libró, se lanzó a fondo y tocó a su adversa en el hombro. En seguida D'Artagnan dio un paso hacia atrás a su vez y levantó su espada; pero Bernajoux le gritó que no era nada, y tirándose ciegamente sobre él, se ensartó él mismo. Sin embargo, como no caía, como no se declaraba vencido, sino que sólo se iba acercando hacia el palacio del señor de la Trémouille a cuyo servicio tenía un pariente, D'Artagnan, ignorando él mismo la gravedad de la última herida que su adversario había recibido, le acosaba vivamente, y sin duda lo iba a rematar de una tercera estocada cuando, habiéndose extendido el rumor que se alzaba en la calle hasta el juego de pelota, dos de los amigos del guardia, que le habían oído intercambiar algunas palabras con D'Artagnan y que le habían visto salir a raíz de aquellas palabras, se precipitaron espada en mano fuera del garito y cayeron sobre el vencedor. Pero al momento Athos, Porthos y Aramis aparecieron a su vez, y en el momento en que los guardias atacaban a su joven camarada, los forzaron a volverse. En aquel momento Bernajoux cayó; y como los guardias eran sólo dos contra cuatro, se pusieron a gritar: «¡A nosotros, palacio de la Trémouille!». A estos gritos, todos los que había en el palacio salieron, abalanzándose sobre los cuatro compañeros que por su parte se pusieron a gritar: «¡A nosotros, mosqueteros!».

Este grito era atendido con frecuencia; porque se sabía a los mosqueteros enemigos de su Eminencia, y se los amaba por el odio que sentían hacia el cardenal. Por eso los guardias de otras compañías distintas a las que pertenecían al duque Rojo, como lo había llamado Aramis, por lo general tomaban partido en esta clase de querellas por los mosqueteros del rey. De tres guardias de la compañía del señor Des Essarts que pasaban, dos vinieron, pues, en ayuda de los cuatro compañeros, mientras el otro corría al palacio del señor de Tréville, gritando: «¡A nosotros, mosqueteros, a nosotros!». Como de costumbre, el palacio del señor de Tréville estaba lleno de soldados de esa arma, que acudieron en socorro de sus camaradas. La refriega se hizo general, pero la fuerza estaba del lado de los mosqueteros: los guardias del cardenal y las gentes del señor de La Trémouille se retiraron al palacio, cuyas puertas cerraron justo a tiempo para impedir que sus enemigos hicieran irrupción a la vez que ellos. En cuanto al herido, había sido transportado dentro al principio y, como hemos dicho, en muy mal estado.

La agitación llegaba a su colmo entre los mosqueteros y sus aliados, y se deliberaba ya si, para castigar la insolencia que habían tenido los criados del señor de La Trémouille de hacer una salida contra los mosqueteros del rey, no se prendería fuego a su palacio. La proposición había sido hecha y acogida con

entusiasmo cuando afortunadamente sonaron las once; D'Artagnan y sus compañeros se acordaron de su audiencia y, como habrían sentido que se diera un golpe tan hermoso sin ellos, consiguieron calmar los ánimos. Se contentaron, pues, con arrojar algunos adoquines contra las puertas, pero las puertas resistieron; entonces se cansaron; por otro lado, aquellos que debían ser mirados como cabecillas de la empresa habían abandonado hacía un instante el grupo y se encaminaban hacia el palacio del señor de Tréville, que los esperaba, al corriente ya de esta algarada.

—Deprisa, al Louvre —dijo—, al Louvre sin perder un instante, y tratemos de ver al rey antes de que sea prevenido por el cardenal; nosotros le contaremos las cosas como una continuación del asunto de ayer, y los dos pasarán juntos.

El señor de Tréville, acompañado de los cuatro jóvenes, se encaminó pues hacia el Louvre; pero, para gran asombro del capitán de los mosqueteros, le anunciaron que el rey habla ido a montería del ciervo en el bosque de Saint- Germain. El señor de Tréville se hizo repetir dos veces aquella nueva, y a cada vez sus compañeros vieron su rostro ensombrecerse.

—¿Acaso Su Majestad —preguntó— tenía desde ayer el proyecto de esta cacería?

—No, Excelencia —respondió el ayuda de cámara—. Ha sido el montero mayor el que ha venido a anunciarle esta mañana que la pasada noche habían apartado un ciervo para él. Al principio

respondió que no iría, luego no ha sabido resistir al placer que le proponía esa caza, y después de comer ha partido.

—¿Ha visto el rey al cardenal? —preguntó el señor de Tréville.

—Lo más probable —respondió el ayuda de cámara—, porque esta mañana he visto los caballos de carroza de Su Eminencia, he preguntado dónde iba, y me han contestado: «A Saint-Germain».

—Estamos prevenidos —dijo el señor de Tréville—. Señores, veré al rey esta noche; en cuanto a vos, os aconsejo no arriesgaros.

El aviso era demasiado razonable y sobre todo venía de un hombre que conocía demasiado bien al rey para que los cuatro jóvenes trataran de discutirlo. El señor de Tréville les invitó pues a volver cada uno a su alojamiento y a esperar sus noticias.

Al entrar en su palacio, el señor de Tréville pensó que había que tomar la

delantera quejándose el primero. Envió a uno de sus criados a casa del señor de La Trémouille con una carta en la que rogaba echar fuera de su casa al guardia del señor cardenal, y reprender a sus gentes por la audacia que habían tenido de hacer una salida contra los mosqueteros. Pero el señor de La Trémouille, ya prevenido por su escudero, del que, como se sabe, Bernajoux era pariente, le hizo responder que no correspondía ni al señor de Tréville ni a sus mosqueteros

quejarse, sino más bien al contrario, a él, contra cuyas gentes habían cargado los mosqueteros y cuyo palacio habían querido quemar. Como el debate entre estos dos señores habría podido durar largo tiempo, porque cada uno debía, naturalmente, mantenerse en sus trece, al señor de Tréville se le ocurrió un expediente que tenía por meta acabar con todo, y era ir a buscar él mismo al señor de La Trémouille.

Se dirigió; pues, en seguida a su palacio, y se hizo anunciar.

Los dos señores se saludaron cortésmente, ya que, si no había amistad entre ellos, había al menos estima. Los dos eran personas de ánimo y de honor, y como el señor de La Trémouille, protestante y que sólo veía rara vez al rey, no era de ningún partido, no llevaba por lo general a sus relaciones sociales prevención alguna. Aquella vez, sin embargo, su acogida, aunque cortés, fue más fría que de costumbre.

—Señor —dijo el señor de Tréville—, ambos creemos tener motivo de queja uno del otro, y yo mismo he venido para que juntos saquemos este asunto a la luz.

—De buen grado —respondió el señor de La Trémouille—, pero os prevengo que estoy bien informado, y toda la culpa es de vuestros mosqueteros.

—Sois un hombre demasiado justo y demasiado razonable, señor —dijo el señor de Tréville—, para no aceptar la propuesta que voy a haceros.

—Hacedla, señor, os escucho.

—¿Cómo se encuentra el señor Bernajoux, el pariente de vuestro escudero?

—Pues muy mal, señor. Además de la estocada que ha recibido en el brazo y que no es nada peligrosa, ha pescado otra que le ha atravesado el pulmón, al punto de que el médico dice tristes cosas.

—Pero ¿ha conservado el herido su conocimiento?

—Perfectamente.

—¿Habla?

—Con dificultad, pero habla.

—Pues bien, señor, vayamos a su lado; conjurémosle, en nombre del Dios ante el que quizá va a ser llamado, a decir la verdad. Le tomo por juez de su propia causa, señor, y lo que diga lo creeré.

El señor de La Trémouille reflexionó un instante; luego, como era difícil hacer una proposición más razonable, aceptó.

Ambos bajaron a la habitación donde estaba el enfermo. Éste, al ver entrar a estos dos nobles señores que venían a visitarlo, trató de levantarse en el lecho, pero estaba demasiado débil y, agotado por el esfuerzo que había hecho, volvió a caer casi sin conocimiento.

El señor de La Trémouille se acercó a él y le hizo respirar sales que le devolvieron a la vida. Entonces el señor de Tréville, no queriendo que se le pudiese acusar de haber influenciado al enfermo, invitó al señor de La Trémouille a interrogarle él mismo.

Lo que había previsto el señor de Tréville ocurrió. Colocado entre la vida y la muerte como Bernajoux estaba, no tuvo siquiera la idea de callar un instante la verdad; contó a los dos señores las cosas exactamente tal como habían ocurrido.

Era todo lo que quería el señor de Tréville; deseó a Bernajoux una pronta convalecencia, se despidió del señor de La Trémouille, volvió a su palacio e hizo avisar a los cuatro amigos que les esperaba a cenar.

El señor de Tréville recibía a muy buena compañía, por supuesto anticardenalista. Se comprende, pues, que la conversación girase durante toda la cena sobre los dos fracasos que acababan de sufrir los guardias de Su Eminencia. Y como D'Artagnan había sido el héroe de aquellas dos jornadas, fue sobre él sobre el que cayeron todas las felicitaciones, que Athos, Porthos y Aramis le dejaron no sólo como buenos amigos sino como hombres que habían tenido con bastante frecuencia su vez para dejarle a él la suya.

Hacia las seis, el señor de Tréville anunció que se veía obligado a ir al Louvre; pero como la hora de la audiencia concedida por Su Majestad había pasado, en lugar de solicitar la entrada por

la escalera pequeña, se plantó con los cuatro hombres en la antecámara. El rey no había vuelto aún de caza. Nuestros jóvenes hacía apenas media hora que esperaban, mezclados con el gentío de los cortesanos, cuando todas las puertas se abrieron y se anunció a Su Majestad.

A este anuncio, D'Artagnan se sintió temblar hasta la médula de los huesos. El instante que iba a seguir debía, con toda probabilidad, decidir el resto de su vida. Por eso sus ojos se fijaron con angustia en la puerta por la que debía entrar el rey.

Luis XIII apareció marchando el primero; iba vestido con el traje de caza, lleno de polvo aún, con botas altas y con la fusta en la mano. A la primera ojeada, D'Artagnan juzgó que el ánimo del rey se hallaba en plena tormenta.

Esta disposición, por visible que fuera en Su Majestad, no impidió a los cortesanos alinearse a su paso: en las antecámaras reales más vale ser visto con mirada irritada que no ser visto en absoluto. Los tres mosqueteros no titubearon pues y dieron un paso hacia adelante, mientras que D'Artagnan por el contrario permaneció oculto tras ellos; pero aunque el rey conocía personalmente a Athos, Porthos y Aramis, pasó ante ellos sin mirarlos, sin hablarles y como si jamás los hubiera visto. En cuanto al señor de Tréville, cuando los ojos del rey se detuvieron un instante sobre él, sostuvo aquella mirada con

tanta firmeza que fue el rey quien apartó la vista; tras ello, siempre mascullando, Su Majestad volvió a sus habitaciones.

—Las cosas van mal —dijo Athos sonriendo—, y todavía no nos harán caballeros de la orden esta vez.

—Esperad aquí diez minutos —dijo el señor de Tréville—, y si al cabo de diez minutos no me veis salir, regresad a mi palacio, porque será inútil que me esperéis más tiempo.

Los cuatro jóvenes esperaron diez minutos, un cuarto de hora, veinte minutos; y viendo que el señor de Tréville no aparecía, se fueron muy inquietos por lo que fuera a suceder.

El señor de Tréville había entrado osadamente en el gabinete del rey, y había encontrado a Su Majestad de muy mal humor, sentado en un sillón y golpeando sus botas con el mango de su fusta, cosa que no le había impedido pedirle con la mayor flema noticias de su salud.

—Mala, señor, mala —respondió el rey—, me aburro.

En efecto, era la peor enfermedad de Luis XIII, quien a menudo tomaba a uno de sus cortesanos, lo atraía a una ventana y le decía: Señor tal, aburrámonos juntos.

—¡Cómo! ¡Vuestra Majestad se aburre! —dijo el señor de Tréville—.

¿Acaso no ha recibido placer hoy de la caza?

—¡Vaya placer, señor! Todo degenera, a fe mía, y no sé si es la caza la que no tiene ya rastro o son los perros los que no tienen

nariz. Lanzamos un ciervo de diez años, lo corremos durante seis horas, y cuando está a punto de ser cogido, cuando Saint-Simon pone ya la trompa en su boca para hacer sonar el alalí, ¡crac!, toda la jauría se deja engañar y se lanza sobre un cervato. Como veis me veré obligado a renunciar a la montería como he renunciado a la caza de vuelo. ¡Ay, soy un rey muy desgraciado, señor de Tréville! No tenía más

que un gerifalte y se murió anteayer.

—En efecto, Sire, comprendo vuestra desesperación, y la desgracia es grande; pero según creo os queda todavía un buen número de halcones, gavilanes y terzuelos.

—Y ningún hombre para instruirlos; los halconeros se van, sólo yo conozco ya el arte de la montería. Después de mí todo estará dicho, y se cazará con armadijos, cepos y trampas. ¡Si tuviera tiempo todavía de formar alumnos! Pero sí, el señor cardenal está que no me deja un momento de reposo, que me habla de España, que me habla de Austria, que me habla de Inglaterra. ¡Ah!, a propósito del señor cardenal, señor de Tréville, estoy descontento de vos.

El señor de Tréville esperaba al rey en este esguince. Conocía al rey de mucho tiempo atrás; había comprendido que todas sus lamentaciones no eran más que un prefacio, una especie de excitación para alentarse a sí mismo, y que era a donde había llegado por fin a donde quería venir.

—¿Y en qué he sido yo tan desafortunado para desagradar a Vuestra Majestad? —preguntó el señor de Tréville fingiendo el más profundo asombro.

—¿Así es como hacéis vuestra tarea señor? —prosiguió el rey sin responder directamente a la pregunta del señor de Tréville—. ¿Para eso es para lo que os he nombrado capitán de mis mosqueteros, para que asesinen a un hombre, amotinen todo un barrio y quieran incendiar París sin que vos digáis una palabra? Pero por lo demás —continuó el rey—, sin duda me apresuro a acusaros, sin duda los perturbadores están en prisión y vos venís a anunciarme que se ha hecho justicia.

—Sire —respondió tranquilamente el señor de Tréville—, vengo por el contrario a pedirla.

—¿Y contra quién? —exclamó el rey.

—Contra los calumniadores —dijo el señor de Tréville.

—¡Vaya, eso sí que es nuevo! —prosiguió el rey—. ¿No iréis a decirme que esos tres malditos mosqueteros, Athos, Porthos y Aramis y vuestro cadete de Béarn no se han arrojado como furias sobre el pobre Bernajoux y no lo han maltratado de tal forma que es probable que esté a punto de fallecer? ¿No iréis a decir luego que no han asediado el palacio del duque de La Trémouille, ni que no han querido quemarlo? Cosa que no habría sido gran desgracia en tiempo de guerra, dado que es un nido de hugonotes, pero que en tiempo de paz es un ejemplo molesto. Decid, ¿vais a negar todo esto?

—¿Y quién os ha hecho ese hermoso relato, Sire? —preguntó

tranquilamente el señor de Tréville.

—¿Quién me ha hecho ese hermoso relato, señor? ¿Y quién queréis que sea, si no aquel que vela cuando yo duermo, que trabaja cuando yo me divierto, que lleva todo dentro y fuera del reino, tanto en Francia como en Europa?

—Su majestad quiere hablar de Dios, sin duda —dijo el señor de Tréville

—, porque no conozco más que a Dios que esté por encima de Su Majestad.

—No, señor; me refiero al sostén del Estado, a mi único servidor, a mi único amigo, al señor cardenal.

—Su eminencia no es Su Santidad, Sire.

—¿Qué queréis decir con eso, señor?

—Que no hay nadie más que el papa que sea infalible, y que esa infalibilidad no se extiende a los cardenales.

—¿Queréis decir que me engaña, queréis decir que me traiciona? Entonces le acusáis. Veamos, decid, confesad francamente de qué le acusáis.

—No, Sire, pero digo que se equivoca; digo que ha sido mal informado; digo que se ha apresurado a acusar a los

mosqueteros de Vuestra Majestad, para con los que es injusto, y que no ha ido a sacar sus informes de buena fuente.

—La acusación viene del señor de La Trémouille, del duque mismo. ¿Qué respondéis a eso?

—Podría responder, Sire, que está demasiado interesado en la cuestión para ser un testigo imparcial; pero lejos de eso, Sire, tengo al duque por un gentilhombre, y me remito a él, pero con una condición, Sire.

—¿Cuál?

—Que Vuestra Majestad le haga venir, le interrogue pero por sí misma, frente a frente, sin testigos, y que yo vea a Vuestra Majestad tan pronto como haya recibido al duque.

—¡Claro que sí! —dijo el rey—. ¿Y vos os remitís a lo que diga el señor de La Trémouille?

—Sí, Sire.

—¿Aceptáis su juicio?

—Indudablemente.

—¿Y os someteréis a las reparaciones que exija?

—Totalmente.

—¡La Chesnaye! —gritó el rey—. ¡La Chesnaye!

El ayuda de cámara de confianza de Luis XIII, que permanecía siempre a la puerta, entró.

—La Chesnaye —dijo el rey—, que vayan inmediatamente a buscarme al señor de La Trémouille; quiero hablar con él esta noche.

—¿Vuestra Majestad me da su palabra de que no verá a nadie entre el señor de Trémouille y yo?

—A nadie, palabra de gentilhombre.

—Hasta mañana entonces, Sire.

—Hasta mañana, señor.

—¿A qué hora, si le place a Vuestra Majestad?

—A la hora que queráis.

—Pero si vengo demasiado de madrugada temo despertar a Vuestra Majestad.

—¿Despertarme? ¿Acaso duermo? Yo no duermo ya, señor; sueño algunas cosas, eso es todo. Venid, pues, tan pronto como queráis, a las siete; pero ¡ay de vos si vuestros mosqueteros son culpables!

—Si mis mosqueteros son culpables, Sire, los culpables serán puestos en manos de Vuestra Majestad, que ordenará de ellos lo que le plazca. ¿Vuestra Majestad exige alguna cosa más? Que hable, estoy dispuesto a obedecerla.

—No, señor, no, y no sin motivo se me ha llamado Luis el Justo. Hasta mañana pues, señor, hasta mañana.

—Dios guarde hasta entonces a Vuestra Majestad.

Aunque poco durmió el rey, menos durmió aún el señor de Tréville; había hecho avisar aquella misma noche a sus tres mosqueteros y a su compañero para que se encontrasen en su casa a las seis y media de la mañana. Los llevó con él sin afirmarles nada, sin prometerles nada, y sin ocultarles que el favor de ellos y el suyo propio estaba en manos del azar.

Llegado al pie de la pequeña escalera, les hizo esperar. Si el rey seguía irritado contra ellos, se alejarían sin ser vistos; si el rey consentía en recibirlos, no habría más que hacerlos llamar.

Al llegar a la antecámara particular del rey, el señor de Tréville encontró a La Chesnaye, quien le informó de que no habían encontrado al duque de La Trémouille la noche de la víspera en su palacio, que había regresado

demasiado tarde para presentarse en el Louvre, que acababa de llegar y que estaba en aquel momento con el rey.

Esta circunstancia plugo mucho al señor de Tréville, que así estuvo seguro de que ninguna sugerencia extraña se deslizaría entre la deposición de La Trémouille y él.

En efecto, apenas habían transcurrido diez minutos cuando la puerta del gabinete se abrió y el señor de Tréville vio salir al duque de La Trémouille, el cual vino a él y le dijo:

—Señor de Tréville, Su Majestad acaba de enviarme a buscar para saber cómo sucedieron las cosas ayer por la mañana en

mi palacio. Le he dicho la verdad, es decir, que la culpa era de mis gentes, y que yo estaba dispuesto a presentaros mis excusas. Puesto que os encuentro, dignaos recibirlas y tenerme siempre por uno de vuestros amigos.

—Señor duque —dijo el señor de Tréville—, estaba tan lleno de confianza en vuestra lealtad que no quise junto a Su Majestad otro defensor que vos mismo. Veo que no me había equivocado, y os agradezco que haya todavía en Francia un hombre de quien se puede decir sin engañarse lo que yo he dicho de vos.

—¡Está bien, está bien! —dijo el rey, que había escuchado todos estos cumplidos entre las dos puertas—. Sólo que decidle, Tréville, puesto que se quiere uno de vuestros amigos, que yo también quisiera ser uno de los suyos, pero que me descuida; que hace ya tres años que no le he visto, y que sólo lo veo cuando le mando buscar. Decidle todo eso de mi parte, porque son cosas que un rey no puede decir por sí mismo.

—Gracias, Sire, gracias —dijo el duque—; pero que Vuestra Majestad esté seguro de que no suelen ser los más adictos, y no lo digo por el señor de Tréville, aquellos que ve a todas horas del día.

—¡Ah! Habéis oído lo que he dicho; tanto mejor, duque, tanto mejor — dijo el rey adelantándose hasta la puerta—. ¡Ay sois vos, Tréville! ¿Dónde están vuestros mosqueteros? Anteayer os había dicho que me los trajeseis.

¿Por qué no lo habéis hecho?

—Están abajo, Sire, y con vuestra licencia La Chesnaye va a decirles que suban.

—Sí, sí, que vengan en seguida; van a ser las ocho y a las nueve espero una visita. Id, señor duque, y volved sobre todo. Entrad Tréville.

El duque saludó y salió. En el momento en que abría la puerta, los tres mosqueteros y D'Artagnan, conducidos por La Chesnaye, aparecían en lo alto de la escalera.

—Venid, mis valientes —dijo el rey—, venid; tengo que reñiros.

Los mosqueteros se aproximaron inclinándose; D'Artagnan les siguió detrás.

—¡Diablos! —continuó el rey—. Entre vosotros cuatro, ¡siete guardias de Su Eminencia puestos fuera de combate en dos días! Es demasiado, señores, es demasiado. A esta marcha, Su Eminencia se verá obligado a renovar su compañía dentro de tres semanas, y yo a hacer aplicar los edictos en todo rigor. Uno por casualidad, no digo que no; pero siete en dos días, lo repito, es demasiado, es muchísimo.

—Por eso, Sire, Vuestra Majestad ve que vienen todo contritos y todo arrepentidos a presentaros excusas.

—¡Todo contritos y todo arrepentidos! ¡Hum! —dijo el rey—. No me fío una pizca de sus caras hipócritas; hay ahí detrás, sobre todo, una cara de gascón. Venid aquí, señor.

D'Artagnan, que comprendió que era a él a quien se dirigía el cumplido, se acercó adoptando su aspecto más desesperado.

—Bueno, pero ¿no me decíais que era un joven? ¡Si es un niño, señor de Tréville, un verdadero niño! ¿Y ha sido él quien ha dado esa ruda estocada a Jussac?

—Y las dos bellas estocadas a Bernajoux.

—¿De verdad?

—Sin contar —dijo Athos—, que si no me hubiera sacado de las manos de Bicarat, a buen seguro no habría tenido yo el honor de hacer en este momento mi más humilde reverencia a Vuestra Majestad.

—¡Pero entonces este bearnés es un verdadero demonio! Voto a los clavos, señor de Tréville, como habría dicho el rey mi padre. En este oficio, se deben agujerear muchos jubones y romper muchas espadas. Pero los gascones suelen ser pobres, ¿no es así?

—Sire, debo decir que aún no se han encontrado minas de oro en sus montañas, aunque el Señor les deba de sobra ese milagro en recompensa por la forma en que apoyaron las pretensiones del rey vuestro padre.

—Lo cual quiere decir que son los gascones los que me han hecho rey a mí mismo, dado que yo soy el hijo de mi padre, ¿no es así, Tréville? Pues bien, sea en buena hora, no digo que no. La Chesnaye, id a ver si, hurgando en todos mis bolsillos, encontráis cuarenta pistolas; y si las encontráis, traédmelas. Y ahora, veamos, joven, con la mano en el corazón, ¿cómo ocurrió?

D'Artagnan contó la aventura de la víspera en todos sus detalles: cómo no habiendo podido dormir de la alegría que experimentaba por ver a Su Majestad, había llegado al alojamiento de sus amigos tres horas antes de la audiencia; cómo habían ido juntos al garito, y cómo por el temor que había manifestado de recibir un pelotazo en la cara, había sido objeto de la burla de Bernajoux, que había estado a punto de pagar aquella burla con la pérdida de la vida, y el señor de La Trémouille, que en nada se había mezclado, con la pérdida de su palacio.

—Está bien eso —murmuró el rey—; sí, así es como el duque me lo ha contado. ¡Pobre cardenal! Siete hombres en dos días, y de los más queridos; pero basta ya, señores, ¿me entendéis? Es bastante; os habéis tomado vuestra revancha por lo de la calle Férou, y más; debéis estar satisfechos.

—Si Vuestra Majestad lo está —dijo Tréville—, nosotros lo estamos.

—Sí, lo estoy —añadió el rey tomando un puñado de oro de la mano de La Chesnaye y poniéndolo en la de D'Artagnan—. He aquí, dijo, una prueba de mi satisfacción.

En esa época, las ideas de orgullo que son de recibo en nuestros días apenas estaban aún de moda. Un gentilhombre recibía de mano a mano dinero del rey, y no por ello se sentía humillado en nada. D'Artagnan puso, pues, las cuarenta pistolas en su bolso sin andarse con melindres y agradeciéndoselo mucho por el contrario a Su Majestad.

—¡Bueno! —dijo el rey, mirando su péndola—. Bueno, y ahora que son ya las ocho y media, retiraos; porque, ya os lo he dicho, espero a alguien a las nueve. Gracias por vuestra adhesión, señores. Puedo contar con ella, ¿no es cierto?

—¡Oh, Sire! —exclamaron a una los cuatro compañeros—. Nos haríamos cortar en trozos por Vuestra Majestad.

—Bien, bien, pero permaneced enteros; es mejor, y me seréis más útiles. Tréville —añadió el rey a media voz mientras los otros se retiraban—, como no tenéis plaza en los mosqueteros y como, además, para entrar en ese cuerpo hemos decidido que había que hacer un noviciado, colocad a ese joven en la compañía de los guardias del señor Des Essarts, vuestro cuñado. ¡Ah, pardiez, Tréville! Me regocijo con la mueca que va a hacer el cardenal; estará furioso, pero me da lo mismo; estoy en mi derecho.

Y el rey saludó con la mano a Tréville, que salió y vino a reunirse con sus mosqueteros, a los que encontró repartiendo con D'Artagnan las cuarenta pistolas.

Y el cardenal, como había dicho Su Majestad, se puso efectivamente furioso, tan furioso que durante ocho días abandonó el juego del rey, lo cual no impedía al rey ponerle la cara más encantadora del mundo, y todas las veces que lo encontraba preguntarle con su voz más acariciadora:

—Y bien, señor cardenal, ¿cómo van ese pobre Bernajoux y ese pobre Jussac, que son vuestros?

C A P Í T U L O VII

Los mosqueteros por dentro

Cuando D'Artagnan estuvo fuera del Louvre y hubo consultado a sus amigos sobre el empleo que debía hacer de su parte de las cuarenta pistolas, Athos le aconsejó que encargase una buena comida en la Pomme de Pin, Porthos que tomase un lacayo, y Aramis que se echase una amante conveniente.

La comida se celebró aquel mismo día, y el lacayo sirvió la mesa. La comida había sido encargada por Athos y el lacayo proporcionado por Porthos. Era un picardo al que el glorioso mosquetero había contratado aquel mismo día y para esta ocasión en el puente de la Tournelle, mientras hacía círculos al escupir en el agua.

Porthos había pretendido que tal ocupación era prueba de una organización reflexiva y contemplativa, y lo había llevado sin más recomendación. La gran cara de aquel gentilhombre, a cuya cuenta se creyó contratado, había seducido a Planchet —tal era el nombre del picardo—; hubo en él una ligera decepción cuando vio que el puesto estaba ya ocupado por un cofrade llamado Mosquetón y cuando Porthos le hubo manifestado que la situación de su casa, aunque grande, no soportaba dos criados, y que tenía que entrar al servicio de D'Artagnan. Sin embargo, cuando asistió a la comida que daba su amo y le vio

sacar para pagar un puñado de oro de su bolsillo, creyó labrada su fortuna y agradeció al cielo haber caído en posesión de semejante Creso; perseveró en esa opinión hasta después del festín, con cuyas sobras reparó largas abstinencias. Pero al hacer aquella noche la cama de su amo, las quimeras de Planchet se desvanecieron. La cama era lo único del alojamiento, que se componía de una antecámara y de un dormitorio. Planchet se acostó en la antecámara sobre una colcha sacada del lecho de D'Artagnan, de la que D'Artagnan prescindió en adelante.

Athos, por su parte, tenía un criado que había hecho ingresar a su servicio de una forma muy particular, y que se llamaba Grimaud. Era muy silencioso aquel digno señor. Hablamos de Athos, por supuesto. Desde hacía cinco o seis años vivía en la más profunda intimidad con sus compañeros Porthos y Aramis, los cuales recordaban haberle visto sonreír a menudo, pero jamás le habían oído reír. Sus palabras eran breves y expresivas, diciendo siempre lo que querían decir, nada más: nada de adornos, nada de florituras, nada de arabescos. Su conversación era un hecho sin ningún episodio.

Aunque Athos apenas tuviera treinta años y fuese de gran belleza de cuerpo y espíritu, nadie le conocía amantes. Jamás hablaba de mujeres. Sólo que no impedía que se hablase de ellas delante de él, aunque fuera fácil ver que tal género de

conversación, al que no se mezclaba más que con palabras amargas y observaciones misantrópicas, le era completamente desagradable. Su reserva, su hurañía y su mutismo hacían de él casi un viejo; para no ir contra sus costumbres había habituado a Grimaud a obedecerle a un simple gesto o a un simple movimiento de labios. No le hablaba más que en las circunstancias supremas.

A veces, Grimaud, que temía a su amo como al fuego, teniendo a la vez por su persona un gran apego y por su genio una gran veneración, creía haber entendido perfectamente lo que deseaba, se apresuraba para ejecutar la orden recibida y hacía precisamente lo contrario. Entonces Athos se encogía de hombros y sin encolerizarse vapuleaba a Grimaud. Esos días hablaba un poco.

Porthos, como se habrá podido ver, tenía un carácter completamente opuesto al de Athos: no sólo hablaba mucho, sino que hablaba a voz en grito; poco le importaba por otro lado, hay que hacerle justicia, que se le escuchase o no; hablaba por el placer de hablar y por el placer de oírse; hablaba de todo salvo de ciencias, alegando a este respecto el odio inveterado que desde su infancia tenía, según decía, a los sabios. Tenía menos estilo que Athos, y el sentimiento de su inferioridad a este respecto a menudo le había hecho, desde el comienzo de su relación, injusto con ese gentilhombre, al que se había esforzado por superar con sus espléndidos trajes. Pero con una simple casaca de mosquetero y sólo por su forma de

echar atrás la cabeza y dar un paso, Athos ocupaba en el mismo instante el sitio que le era debido y relegaba al fastuoso Porthos a segunda fila. Porthos se consolaba llenando la antecámara del señor de Tréville y los cuerpos de guardia del Louvre con el estruendo de sus aventuras galantes, de las que Athos no hablaba nunca; y por el momento, tras haber pasado de la nobleza de ropa a la nobleza de espada, de la fontanera a la baronesa, no había para Porthos otra cosa que una princesa extranjera que le quería una_ enormidad.

Un viejo proverbio dice: «A tal amo, tal criado». Pasemos, pues, del criado de Athos al criado de Porthos, de Grimaud a Mosquetón.

Mosquetón era un normando a quien su amo había cambiado el pacífico nombre de Boniface por el infinitamente más sonoro y belicoso de Mosquetón. Había entrado al servicio de Porthos a condición de ser vestido y alojado

solamente, pero de modo magnífico; no exigía más que dos horas diarias para consagrarlas a una industria que debía bastarle a satisfacer sus demás necesidades. Porthos había aceptado el trato: la cosa iba de maravilla. Hacía cortar para Mosquetón jubones de sus vestidos viejos y de sus capas de repuesto, y gracias a un sastre muy inteligente que le ponía sus pingajos como nuevos dándoles la vuelta, y de cuya mujer se sospechaba que quería hacer descender a Porthos de sus

costumbres aristocráticas, Mosquetón hacía muy buena figura detrás de su amo.

En cuanto a Aramis, cuyo carácter creemos haber expuesto suficientemente —carácter que, por lo demás, como el de sus compañeros, podremos seguir en su desarrollo—, su lacayo se llamaba Bazin. Debido a la esperanza que su amo tenía de recibir un día las órdenes, iba vestido siempre de negro, como debe estarlo el servidor de un eclesiástico. Era un hombre del Berry, de treinta y cinco a cuarenta años, dulce, apacible, regordete, que ocupaba los ocios que su amo le dejaba leyendo obras pías, haciendo si acaso para dos una cena de pocos platos pero excelente. Por lo demás, era mudo, ciego, sordo y de una fidelidad a toda prueba.

Ahora que conocemos, aunque no sea más que superficialmente, a amos y criados, pasemos a las viviendas ocupadas por cada uno de ellos.

Athos vivía en la calle Férou, a dos pasos del Luxemburgo; su alojamiento se componía de dos pequeñas habitaciones, muy decentemente amuebladas, en una casa adornada, cuya hospedera aún joven y realmente todavía bella le ponía inútilmente ojos de cordera. Algunos retazos de un gran esplendor pasado se manifestaban aquí y allá en las paredes de este modesto alojamiento: era, por ejemplo, una espada, ricamente damasquinada, que remontaba por la forma a los tiempos de Francisco I y cuya empuñadura solamente, incrustada de piedras preciosas, podía valer doscientas pistolas

y que sin embargo, en sus momentos de mayor penuria, Athos no había consentido nunca en empeñar ni en vender. Aquella espada había sido durante mucho tiempo la ambición de Porthos. Porthos habría dado diez años de su vida por poseer aquella espada.

Cierto día que tenía una cita con una duquesa, trató incluso de pedirla en préstamo a Athos. Athos, sin decir nada, vació sus bolsillos, amontonó todas sus joyas: bolsas, cordones y cadenas de oro, y ofreció todo a Porthos; pero en cuanto a la espada, le dijo, estaba empotrada en su sitio y sólo debía dejarlo cuando su amo abandonara su alojamiento. Además de su espada, había también un retrato que representaba a un señor de los tiempos de Enrique III, vestido con la mayor elegancia, y que llevaba la encomienda del Santo Espíritu, y este retrato tenía con Athos ciertos parecidos de líneas, ciertas similitudes de familia que indicaban que aquel gran señor, caballero de órdenes del rey, era su antepasado.

Finalmente, un cofre de magnífica orfebrería, con las mismas armas que la espada y el retrato, hacía un juego de chimenea que se daba de patadas espantosamente con el resto de los adornos. Athos llevaba siempre consigo la llave de aquel cofre. Pero cierto día lo había abierto delante de Porthos, y Porthos había podido asegurarse de que el cofre no contenía más que cartas y papeles: cartas de amor y papeles de familia sin duda.

Porthos vivía en un piso muy amplio y de apariencia suntuosa, en la calle del Vieux-Colombier. Cada vez que pasaba con un amigo por delante de sus ventanas, en una de las cuales Mosquetón estaba siempre vestido con gran librea, Porthos alzaba la cabeza y la mano y decía: ¡He ahí mi mansión! Pero jamás se le encontraba en casa, jamás invitaba a nadie a subir, y nadie podía hacerse una idea de lo que aquella suntuosa apariencia encerraba de riquezas reales.

En cuanto a Aramis, habitaba un pequeño piso compuesto por un gabinete, un comedor y un dormitorio, dormitorio que, situado como el resto del alojamiento en la planta baja, daba a un pequeño jardín lozano, verde, umbroso e impenetrable a los ojos del vecindario.

En cuanto a D'Artagnan, ya sabemos cómo se había alojado y ya hemos trabado conocimientos con su lacayo, maese Planchet.

D'Artagnan, que era muy curioso por naturaleza, como lo son por lo demás las personas que tienen el genio de la intriga, hizo cuantos esfuerzos pudo por saber lo que eran realmente Athos, Porthos y Aramis; porque bajo esos nombres de guerra, cada uno de los jóvenes ocultaba sus nombres de gentilhombre, Athos sobre todo, que olía a gran señor a la legua. Se dirigió, pues, a Porthos para informarse sobre Athos y Aramis, y a Aramis para conocer a Porthos.

Por desgracia, el propio Porthos no sabía de la vida de su silencioso camarada más de lo que había dejado traslucir. Se decía que había tenido grandes fracasos en sus aventuras amorosas, y que una horrible traición había envenenado para siempre la vida de aquel hombre galante. ¿Cuál era esa traición? Todos lo ignoraban.

En cuanto a Porthos, a excepción de su verdadero nombre, que sólo el señor de Tréville sabía, así como el de sus dos camaradas, su vida era fácil de conocer. Vanidoso e indiscreto, se veía a su través como a través de un cristal. Lo único que hubiera podido despistar al investigador habría sido creerse todo lo bueno que él mismo decía de sí.

En cuanto a Aramis, pese a su aire de no tener ningún secreto, era un muchacho todo adobado en misterios, que respondía poco a las preguntas que se le hacían sobre los otros, y eludía aquellas que se le hacían sobre él. Un día,

D'Artagnan, después de haberle interrogado largo tiempo sobre Porthos y haberse enterado del rumor que corría sobre las aventuras galantes del mosquetero con una princesa, quiso saber a qué atenerse sobre las aventuras de su interlocutor.

—Y vos, querido compañero —le dijo—, ¿vos qué habláis de las baronesas, de las condesas y de las princesas de los demás?

—Perdón —interrumpió Aramis—, he hablado porque el propio Porthos habla de ellas, porque ha gritado todas esas hermosas

cosas delante de mí. Pero, mi querido señor D'Artagnan, creed que, si las hubiera recibido de otra fuente, o si me hubieran sido confiadas, no habría habido confesor más discreto que yo.

—No lo dudo —prosiguió D'Artagnan—; pero, en fin, me parece que vos mismo tenéis bastante familiaridad con los escudos de armas: testigo, cierto pañuelo bordado al que debo el honor de vuestro conocimiento.

Aramis aquella vez no se enfadó, sino que adoptó su aire más modesto y respondió afectuosamente:

—Querido, no olvidéis que quiero ser de iglesia y que huyo de todas las ocasiones mundanas. Aquel pañuelo que visteis en modo alguno me había sido confiado; había sido olvidado en mi casa por uno de mis amigos. Tuve que recogerlo para no comprometerlos, a él y a la dama a la que ama. En cuanto a mí, no tengo ni quiero tener amantes, siguiendo en esto el ejemplo muy juicioso de Athos, que no las tiene más que yo.

—Pero ¡qué diablos!, no sois abad, dado que sois mosquetero.

—Mosquetero por ínterin, querido, como dice el cardenal, mosquetero contra mi gusto, pero hombre de iglesia en el corazón, creedme. Athos y Porthos me metieron ahí para entretenerme: tuve, en el momento de ser ordenado, una pequeña dificultad con… Pero esto apenas os interesa, y os robo un tiempo precioso.

—Nada de eso, me interesa mucho —exclamó D'Artagnan—, y por ahora no tengo absolutamente nada que hacer.

—Sí, pero yo tengo que rezar mi breviario —respondió Aramis—, después de componer algunos versos que me ha pedido la señora D'Aiguillon; luego debo pasar por la calle Saint-Honoré, para comprar carmín para la señora de Chevreuse. Como veis, querido amigo, si nada os apremia, yo estoy muy apremiado.

Y Aramis tendió afectuosamente la mano a su joven compañero, y se despidió de él.

Por más esfuerzos que hizo, D'Artagnan no pudo saber más sobre sus tres

nuevos amigos. Tomó, pues, la decisión de creer para el presente todo cuanto se decía de su pasado, esperando revelaciones más serias y más amplias del porvenir. Mientras tanto, consideró a Athos como a un Aquiles, a Porthos como a un Áyax, y a Aramis como a un José.

Por lo demás, la vida de los cuatro jóvenes era alegre. Athos jugaba, y siempre con mala fortuna. Sin embargo, jamás pedía prestado un céntimo a sus amigos, aunque su bolsa estuviera sin cesar a su servicio; y cuando había apostado sobre su palabra, siempre hacía despertar a su acreedor a la seis de la mañana para pagarle su deuda de la víspera.

Porthos tenía rachas: esos días, si ganaba, se le veía insolente y espléndido; si perdía, desaparecía por completo durante algunos días, al cabo de los cuales reaparecía con el rostro descolorido y mal gesto, pero con dinero en sus bolsillos.

En cuanto a Aramis, no jugaba jamás. Pero era el peor mosquetero y el invitado más desagradable que se pudiese ver. Tenía siempre que trabajar. A veces, en medio de una comida, cuando todos con la incitación del vino y el calor de la conversación, creían que había aún para dos o tres horas de permanencia en la mesa, Aramis miraba a su reloj, se levantaba con una graciosa sonrisa y se despedía de la compañía para ir, decía él, a consultar a un casuista con el que tenía cita. Otras veces regresaba a su alojamiento para escribir una tesis y rogaba a sus amigos no distraerle.

Entonces Athos sonreía con aquella encantadora sonrisa melancólica que tan bien sentaba a su noble figura, y Porthos bebía jurando que Aramis no sería nunca más que un cura de aldea.

Planchet, el criado de D'Artagnan, soportó noblemente la buena fortuna; recibía treinta sous diarios, y durante un mes venía al alojamiento alegre como un pinzón y afable con su amo. Cuando el viento de la adversidad comenzó a soplar sobre la pareja de la calle des Fossayeurs, es decir, cuándo las cuarenta pistolas del rey Luis XIII fueron comidas o casi, comenzó con quejas que Athos encontró nauseabundas Porthos indecentes y Aramis ridículas. Athos aconsejó, pues, a D'Artagnan despedir al bribón; Porthos quería que antes lo apaleara, y Aramis pretendió que un amo no debía oír más que los cumplidos que se hacen de él.

—Es muy fácil para vos decir eso —dijo D'Artagnan—; a vos, Athos, que vivís mudo con Grimaud, que le prohibís hablar y que, por tanto, no tenéis nunca malas palabras con él; a vos, Porthos, que lleváis un tren magnífico y que sois un dios para vuestro criado Mosquetón, y a vos finalmente, Aramis, que siempre distraído por vuestros estudios teológicos, inspiráis un profundo respeto a vuestro servidor Bazin, hombre dulce y religioso; pero yo, que no tengo ni consistencia ni recursos, yo, que no soy mosquetero ni siquiera guardia, yo, ¿qué haré yo para inspirar cariño, temor o respeto a Planchet?

—La cosa es grave —respondieron los tres amigos—; es un asunto interno; con los criados ocurre como con las mujeres, hay que ponerlos en seguida en el sitio que uno desea que permanezcan. Reflexionad, pues.

D'Artagnan reflexionó y se decidió por vapulear a Planchet provisionalmente, cosa que fue ejecutada con la conciencia que D'Artagnan ponía en todo; luego, después de haberlo vapuleado bien, le prohibió abandonar su servicio sin su permiso. Porque, añadió, el porvenir no me puede fallar; espero inevitablemente tiempos mejores. Tu fortuna está, pues, hecha si te quedas a mi lado, y yo soy demasiado buen amo para privarte de tu fortuna concediéndote el despido que me pides.

Esta manera de actuar infundió en los mosqueteros mucho respeto hacia la política de D'Artagnan, Planchet quedó igualmente admirado y no habló más de irse.

La vida de los cuatro jóvenes se había hecho común; D'Artagnan, que no tenía ningún hábito, puesto que llegaba de su provincia y caía en medio de un mundo totalmente nuevo para él, tomó por eso los hábitos de sus amigos.

Se levantaban hacia las ocho en invierno, hacia las seis en verano, y se iban a recibir órdenes y a ver cómo iban los asuntos del señor de Tréville. D'Artagnan, aunque no fuese mosquetero, hacía el servicio con una puntualidad conmovedora: estaba siempre de guardia, porque siempre hacía compañía a aquel de sus tres amigos que montaba la suya. Se le conocía en el palacio de los mosqueteros y todos le tenían por un buen camarada; el señor de Tréville, que le había apreciado a la primera ojeada y que le tenía verdadero afecto, no cesaba de recomendarlo al rey.

Por su parte, los tres mosqueteros querían mucho a su joven camarada. La amistad que unía a aquellos cuatro hombres, y la necesidad de verse tres o cuatro veces por día, bien para un duelo, bien para asuntos, bien por placer, les hacían correr sin cesar a unos tras otros como sombras; y se encontraba siempre a los inseparables buscándose del Luxemburgo a la plaza Saint-Sulpice, o de la calle del Vieux-Colombier al Luxemburgo.

Mientras tanto, las promesas del señor de Tréville seguían su curso. Un buen día, el rey ordenó al señor caballero Des Essarts tomar a D'Artagnan como cadete en su compañía de guardias. D'Artagnan endosó suspirando aquel uniforme que hubiera querido trocar, al precio de diez años de su existencia, por la casaca de mosquetero. Pero el señor de Tréville prometió aquel favor tras un noviciado de dos años, noviciado que podía ser abreviado por otra parte si se le presentaba a D'Artagnan ocasión de hacer algún servicio al rey o de acometer alguna acción brillante. D'Artagnan se retiró con esta

promesa y desde el día siguiente comenzó su servicio.

Entonces fue cuando les llegó a Athos, Porthos y Aramis el turno de montar guardia con D'Artagnan cuando estaba de guardia. La compañía del señor caballero Des Essarts tomó así cuatro hombres en lugar de uno el día en que tomó a D'Artagnan.

C A P Í T U L O VIII

Una intriga de corte

Sin embargo, las cuarenta pistolas del rey Luis XIII, como todas las cosas de este mundo, después de haber tenido un comienzo habían tenido un fin, y a partir de ese fin nuestros cuatro compañeros habían caído en apuros. Al principio Athos sostuvo durante algún tiempo a la asociación con sus propios dineros. Le había sucedido Porthos, y gracias a una de esas desapariciones a las que estaban habituados durante casi quince días había subvenido aún a las necesidades de todos; por fin había llegado la vez de Aramis, que había cumplido de buena gana, y que, según decía, vendiendo sus libros de teología había logrado procurarse algunas pistolas.

Entonces, como de costumbre, recurrieron al señor de Tréville, que dio algunos adelantos sobre el sueldo; pero aquellos adelantos no podían llevar muy lejos a tres mosqueteros que tenían muchas cuentas atrasadas, y a un guardia que no las tenía siquiera.

Finalmente, cuando se vio que iba a faltar de todo, se reunieron en un último esfuerzo ocho o diez pistolas que Porthos jugó. Desgraciadamente, estaba en mala vena: perdió todo, además de veinticinco pistolas sobre palabra.

Entonces los apuros se convirtieron en penuria: se vio a los hambrientos seguidos de sus lacayos correr las calles y los cuerpos de guardia, trincando de sus amigos de fuera todas las cenas que pudieron encontrar; porque, siguiendo la opinión de Aramis, en la prosperidad había que sembrar comidas a diestro y siniestro para recoger algunas en la desgracia.

Athos fue invitado cuatro veces y llevó cada vez a sus amigos con sus criados. Porthos tuvo seis ocasiones e hizo lo propio con sus camaradas; Aramis tuvo ocho. Era un hombre que, como se habrá podido comprender, hacía poco ruido y mucha tarea.

En cuanto a D'Artagnan, que no conocía aún a nadie en la capital, no halló más que un desayuno de chocolate en casa de un cura de su región, y una cena

en casa de un corneta de los guardias. Llevó su ejército a casa del cura, a quien devoraron sus provisiones de dos meses, y a casa del corneta, que hizo maravillas; pero, como decía Planchet, sólo se come una vez, aunque se coma mucho.

D'Artagnan se encontró, pues, bastante humillado por no tener más que una comida y media —porque el desayuno en casa del cura no podía contar más que por media comida— que ofrecer a sus compañeros a cambio de los festines que se habían procurado Athos, Porthos y Aramis. Se creía en deuda con la sociedad, olvidando, en su buena fe completamente juvenil, que él había alimentado a aquella compañía durante un mes, y su

espíritu inquieto se puso a trabajar activamente. Reflexionó que aquella coalición de cuatro hombres jóvenes, valientes, emprendedores y activos debía tener otra meta que paseos contoneándose, lecciones de esgrima y bromas más o menos ingeniosas.

En efecto, cuatro hombres como ellos, cuatro hombres consagrados unos a otros desde la bolsa hasta la vida, cuatro hombres apoyándose siempre, sin retroceder nunca, ejecutando aisladamente o juntos las resoluciones adoptadas en común: cuatro brazos amenazando los cuatro puntos cardinales o volviéndose hacia un solo punto debían inevitablemente, bien de modo subterráneo, bien a la luz, bien a cara descubierta, bien mediante labor de zapa, bien por la astucia, bien por la fuerza, abrirse camino hacia la meta que quisieran alcanzar, por más prohibida o alejada que estuviese. Lo único que asombraba a D'Artagnan es que sus compañeros no hubieran pensado esto.

El sí, él lo pensaba, y seriamente incluso, estrujándose el cerebro para encontrar dirección a aquella fuerza única multiplicada por cuatro, con la que no dudaba que, como con la palanca que buscaba Arquímedes, se podía levantar el mundo, cuando llamaron suavemente a la puerta. D'Artagnan despertó a Planchet y le ordenó ir a abrir.

Que de la frase, «D'Artagnan despertó a Planchet», el lector no vaya a suponer que era de noche o que aún no había llegado el día. ¡No! Acababan de sonar las cuatro. Planchet, dos horas

antes, había venido a pedir de cenar a su amo, que le respondió con el refrán: «Quien duerme come». Y Planchet comía durmiendo.

Fue introducido un hombre de cara bastante simple y que tenía aspecto de burgués.

De buena gana hubiera querido Planchet, para postre, oír la conversación; pero el burgués declaró a D'Artagnan que por ser importante y confidencial lo que tenía que decirle deseaba permanecer a solas con él.

D'Artagnan despidió a Planchet e hizo sentarse a su visitante.

Hubo un momento de silencio durante el cual los dos hombres se miraron para establecer un conocimiento previo, tras lo cual D'Artagnan se inclinó en señal de que escuchaba.

—He oído hablar del señor D'Artagnan como de un joven muy valiente — dijo el burgués—, y esa reputación de que goza con motivo me ha decidido a confiarle un secreto.

—Hablad, señor, hablad —dijo D'Artagnan, que por instinto olfateó algo ventajoso.

El burgués hizo una nueva pausa y continuó:

—Mi mujer es costurera de la reina, señor, y no carece ni de prudencia ni de belleza. Hace casi tres años que me hicieron desposarla, aunque no tenía más que una pequeña dote,

porque el señor de La Porte el portamantas de la reina, es su padrino y la protege…

—¿Y bien, señor? —preguntó D’Artagnan.

—¡Pues bien! —prosiguió el burgués—. Pues bien señor, mi mujer ha sido raptada ayer por la mañana cuando salía de su cuarto de trabajo.

—¿Y quién ha raptado a vuestra mujer?

—Con seguridad no sé nada, señor, pero sospecho de alguien.

—¿Y quién es esa persona de la que sospecháis?

—Un hombre que la perseguía desde hace tiempo.

—¡Diablos!

—Pero permitid que os diga, señor —prosiguió el burgués—, que estoy convencido de que en todo esto hay menos amor que política.

—Menos amor que política —dijo D’Artagnan con un gesto pensativo—.

¿Y qué sospecháis?

—No sé si debería deciros lo que sospecho…

—Señor, os haré observar que yo no os pido absolutamente nada. Sois vos quien habéis venido. Sois vos quien me habéis dicho que tenéis un secreto que confiarme. Obrad, pues, a vuestro gusto, aún estáis a tiempo de retiraros.

—No, señor, no; me parecéis un joven honesto, y tendré confianza en vos. Creo, pues, que mi mujer no ha sido detenida por sus amores, sino por los de una dama más importante que ella.

—¡Ah ah! ¿No será por los amores de la señora de Bois-Tracy? —dijo D'Artagnan, que quiso aparentar ante su burgués que estaba al corriente de los asuntos de la corte.

—Más importante, señor más importante.

—¿De la señora D'Aiguillon?

—Más importante todavía.

—¿De la señora de Chevreuse?

—¡Más alto, mucho más alto!

—De la… —D'Artagnan se detuvo.

—Sí, señor —respondió tan bajo que apenas se pudo oír al espantado burgués.

—¿Y con quién?

—¿Con quién puede ser si no es con el duque de…?

—El duque de…

—¡Sí, señor! —respondió el burgués dando a su voz una entonación más sorda todavía.

—Pero ¿cómo sabéis vos todo eso?

—¡Ah! ¿Que cómo lo sé?

—Sí, ¿cómo lo sabéis? Nada de confidencias a medias o… ¿Comprendéis?

—Lo sé por mi mujer, señor por mi propia mujer.

—Que lo sabe…, ¿por quién?

—Por el señor de La Porte. ¿No os he dicho que era la ahijada del señor de La Porte el hombre de confianza de la reina? Pues bien, el señor de La Porte la puso junto a Su Majestad para que nuestra pobre reina tuviera al menos alguien de quien fiarse, abandonada como está por el rey, espiada como está por el cardenal, traicionada como es por todos.

—¡Ah, ah! Ya se van concretando las cosas —dijo D'Artagnan.

—Mi mujer vino hace cuatro días, señor; una de sus condiciones era que vendría a verme dos veces por semana; porque, como tengo el honor de deciros, mi mujer me quiere mucho; mi mujer, pues vino y me confió que la reina, en aquel momento, tenía grandes temores.

—¿De verdad?

—Sí, el señor cardenal, a lo que parece, la persigue y acosa más que nunca. No puede perdonarle la historia de la zarabanda. ¿Sabéis vos la historia de la zarabanda?

—Pardiez, claro que la sé —respondió D'Artagnan, que no sabía nada en

absoluto, pero que quería aparentar estar al corriente.

—De suerte que ahora ya no es odio; es venganza.

—¿De veras?

—Y la reina cree...

—Y bien, ¿qué cree la reina?

—Cree que han escrito al señor duque de Buckingham en su nombre.

—¿En nombre de la reina?

—Sí, para hacerle venir a París, y una vez venido a París, para atraerle a alguna trampa.

—¡Diablo! Pero vuestra mujer, mi querido señor, ¿qué tiene que ver en todo esto?

—Es conocida su adhesión a la reina, y se la quiere alejar de su ama, o intimidarla por estar al tanto de los secretos de Su Majestad, o seducirla para servirse de ella como espía.

—Es probable —dijo D'Artagnan—; pero al hombre que la ha raptado, ¿lo conocéis?

—Os he dicho que creía conocerle.

—¿Su nombre?

—No lo sé; lo que únicamente sé es que es una criatura del cardenal, su instrumento ciego.

—Pero ¿lo habéis visto?

—Sí, mi mujer me lo ha mostrado un día.

—¿Tiene algunas señas por las que se le pueda reconocer?

—Por supuesto, es un señor de gran estatura, pelo negro, tez morena, mirada penetrante, dientes blancos y una cicatriz en la sien.

—¡Una cicatriz en la sien! —exclamó D’Artagnan—. Y además dientes blancos, mirada penetrante, tez morena, pelo negro y gran estatura. ¡Es mi hombre de Meung!

—¿Es vuestro hombre, decís?

—Sí, sí; pero esto no importa. No, me equivoco, esto simplifica mucho las cosas por el contrario; si vuestro hombre es el mío, ejecutaré dos venganzas de un golpe; eso es todo; pero ¿dónde coger a ese hombre?

—No lo sé.

—¿No tenéis ninguna información sobre su domicilio?

—Ninguna; un día que yo llevaba a mi mujer al Louvre, él salía al tiempo que ella iba a entrar, y me lo señaló.

—¡Diablo! ¡Diablo! —murmuró D’Artagnan—. Todo esto es muy vago.

¿Por quién habéis sabido el rapto de vuestra mujer?

—Por el señor de La Porte.

—¿Os ha dado algún detalle?

—Él no tenía ninguno.

—¿Y vos no habéis sabido nada por otro lado?

—Sí, he recibido…

—¿Qué?

—Pero no sé si no cometo una gran imprudencia.

—¿Volvéis otra vez a las andadas? Sin embargo, os haré observar que esta vez es algo tarde para retroceder.

—Yo no retrocedo, voto a bríos —exclamó el burgués jurando para hacerse ilusiones—. Además, palabra de Bonacieux…

—¿Os llamáis Bonacieux? —le interrumpió D'Artagnan.

—Sí, ése es mi nombre.

—Decíais, pues, ¡palabra de Bonacieux! Perdón si os he interrumpido; pero me parecía que ese nombre no me era desconocido.

—Es posible, señor. Yo soy vuestro casero.

—¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan semincorporándose y saludando—. ¿Sois mi casero?

—Sí, señor, sí. Y como desde hace tres meses estáis en mi casa, y como, distraído sin duda por vuestras importantes ocupaciones, os habéis olvidado de pagar mi alquiler, como, digo yo, no os he atormentado un solo instante, he pensado que tendríais en cuenta mi delicadeza.

—¡Cómo no, mi querido señor Bonacieux! —prosiguió D'Artagnan—. Creed que estoy plenamente agradecido por semejante proceder y que, como os he dicho, si puedo serviros en algo…

—Os creo, señor, os creo, y como iba diciéndoos, palabra de Bonacieux, tengo confianza en vos.

—Acabad, pues, lo que habéis comenzado a decirme.

El burgués sacó un papel de su bolsillo y lo presentó a D'Artagnan.

—¡Una carta! —dijo el joven.

—Que he recibido esta mañana.

D'Artagnan la abrió, y como el día empezaba a declinar, se acercó a la ventana. El burgués le siguió.

«No busquéis a vuestra mujer —leyó D'Artagnan—; os será devuelta cuando ya no haya necesidad de ella. Si dais un solo paso para encontrarla estáis perdido».

—Desde luego es positivo —continuó D'Artagnan—; pero, después de todo, no es más que una amenaza.

—Sí, peso esa amenaza me espanta; yo, señor, no soy un hombre de espada en absoluto; y le tengo miedo a la Bastilla.

—¡Hum! —hizo D'Artagnan—. Pero es que yo temo la Bastilla tanto como vos. Si no se tratase más que de una estocada, pase todavía.

—Sin embargo, señor, había contado con vos para esta ocasión.

¿Sí?

—Al veros rodeado sin cesar de mosqueteros de aspecto magnífico y reconocer que esos mosqueteros eran los del señor de Tréville, y por consiguiente enemigos del cardenal, había pensado que vos y vuestros amigos, además de hacer justicia a nuestra pobre reina, estaríais encantados de jugarle una mala pasada a Su Eminencia.

—Sin duda.

—Y además había pensado que, debiéndome tres meses de alquiler de los que nunca os he hablado…

—Sí, sí, ya me habéis dado ese motivo, y lo encuentro excelente.

—Contando además con que, mientras me hagáis el honor de permanecer en mi casa, no os hablaré nunca de vuestro alquiler futuro…

—Muy bien.

—Y añadid a eso, si fuera necesario, que cuento con ofreceros una cincuentena de pistolas si, contra toda probabilidad, os hallarais en apuros en este momento.

—De maravilla; pero entonces, ¿sois rico, mi querido señor Bonacieux?

—Vivo con desahogo, señor, esa es la palabra; he amontonado algo así como dos o tres mil escudos de renta en el comercio de la mercería, y sobre

todo colocado a unos fondos en el último viaje del célebre navegante Jean Mocquet de suerte que, como comprenderéis, señor… ¡Ah! Pero… —exclamó el burgués.

—¿Qué? —preguntó D'Artagnan.

—¿Qué veo ahí?

—¿Dónde?

—En la calle, frente a vuestras ventanas, en el hueco de aquella puerta: un hombre embozado en una capa.

—¡Es él! —gritaron a la vez D'Artagnan y el burgués, reconociendo los dos al mismo tiempo a su hombre.

—¡Ah! Esta vez —exclamó D'Artagnan saltando sobre su espada—, esta vez no se me escapará.

Y sacando su espada de la vaina, se precipitó fuera del alojamiento.

En la escalera encontró a Athos y Porthos que venían a verle. Se apartaron.

D'Artagnan pasó entre ellos como una saeta.

—¡Vaya! ¿Adónde corres de ese modo? —le gritaron al mismo tiempo los dos mosqueteros.

—¡El hombre de Meung! —respondió D'Artagnan, y desapareció.

D'Artagnan había contado más de una vez a sus amigos su aventura con el desconocido, así como la aparición de la bella viajera a la que aquel hombre había parecido confiar una misiva tan importante.

La opinión de Athos había sido que D'Artagnan había perdido su carta en la pelea. Un gentilhombre, según él —y, por la descripción que D'Artagnan había hecho del desconocido, no podía ser más que un gentilhombre—, un gentilhombre debía ser incapaz de aquella bajeza, de robar una carta.

Porthos no había visto en todo aquello más que una cita amorosa dada por una dama a un caballero o por un caballero a una dama, y que había venido a turbar la presencia de D'Artagnan y de su caballo amarillo.

Aramis había dicho que esta clase de cosas, por ser misteriosas, más valía no profundizarlas.

Comprendieron, pues por algunas palabras escapadas a D'Artagnan, de qué asunto se trataba, y como pensaron que después de haber cogido a su hombre o haberlo perdido de vista, D'Artagnan terminaría por volver a subir a su casa, prosiguieron su camino.

Cuando entraron en la habitación de D'Artagnan, la habitación estaba

vacía: el casero, temiendo las secuelas del encuentro que sin duda iba a tener lugar entre el joven y el desconocido, había juzgado, debido a la exposición que él mismo había hecho de su carácter, que era prudente poner pies en polvorosa.

CAPÍTULO IX

D'Artagnan se perfila

Como habían previsto Athos y Porthos, al cabo de una media hora D'Artagnan regresó. También esta vez había perdido a su hombre, que había desaparecido como por encanto. D'Artagnan había corrido, espada en mano, por todas las calles de alrededor, pero no había encontrado nada que se pareciese a aquel a quien buscaba; luego, por fin, había vuelto a aquello por lo que habría debido empezar quizá, y que era llamar a la puerta contra la que el desconocido se había apoyado; pero fue inútil que hubiera hecho sonar diez o doce veces seguidas la aldaba, nadie había respondido, y los vecinos que, atraídos por el ruido, habían acudido al umbral de su puerta o habían puesto las narices en sus ventanas, le habían asegurado que aquella casa, cuyos vanos por otra parte estaban cerrados, estaba desde hace seis meses completamente deshabitada.

Mientras D'Artagnan corría por calles y llamaba a las puertas, Aramis se había reunido con sus dos compañeros, de suerte que, al volver a su casa, D'Artagnan encontró la reunión al completo.

—¿Y bien? —dijeron a una los tres mosqueteros al ver entrar a D'Artagnan con el sudor en la frente y el rostro alterado por la cólera.

—¡Y bien! —exclamó éste arrojando la espada sobre la cama—. Ese hombre tiene que ser el diablo en persona; ha desaparecido como un fantasma, como una sombra, como un espectro.

—¿Creéis en las apariciones? —le preguntó Athos a Porthos.

—Yo no creo más que en lo que he visto, y como nunca he visto apariciones, no creo en ellas.

—La Biblia —dijo Aramis— hace ley el creer en ellas; la sombra de Samuel se apareció a Saúl y es un artículo de fe que me molestaría ver puesto en duda, Porthos.

—En cualquier caso, hombre o diablo, cuerpo o sombra, ilusión o realidad, ese hombre ha nacido para mi condenación, porque su fuga nos hace fallar un asunto soberbio, señores, un asunto en el que había cien pistolas y quizá más

para ganar.

—¿Cómo? —dijeron a la vez Porthos y Aramis.

En cuanto a Athos, fiel a su sistema de mutismo, se contentó con interrogar a D'Artagnan con la mirada.

—Planchet —dijo D'Artagnan a su criado, que pasaba en aquel momento la cabeza por la puerta entreabierta para tratar de sorprender algunas migajas de la conversación—, bajad a casa de mi casero, el señor Bonacieux, y decidle que nos envíe media docena de botellas de vino de Beaugency: es el que prefiero.

—¡Vaya! ¿Es que tenéis crédito con vuestro casero? —preguntó Porthos.

—Sí —respondió D'Artagnan—, desde hoy. Y estad tranquilos, que, si su vino es malo, le enviaremos a buscar otro.

—Hay que usar y no abusar —dijo silenciosamente Aramis.

—Siempre he dicho que D'Artagnan era la cabeza fuerte de nosotros cuatro —dijo Athos, quien, después de haber emitido esta opinión, a la que D'Artagnan respondió con un saludo, cayó al punto en su silencio acostumbrado.

—Pero, en fin, veamos, ¿qué pasa? —preguntó Porthos.

—Sí —dijo Aramis——, confiádnoslo, mi querido amigo, a no ser que el honor de alguna dama se halle interesado por esa confidencia, en cuyo caso haríais mejor guardándola para vos.

—Tranquilizaos —respondió D'Artagnan—, ningún honor tendrá que quejarse de lo que tengo que deciros.

Y entonces contó a sus amigos palabra por palabra lo que acababa de ocurrir entre él y su huésped, y cómo el hombre que había raptado a la mujer del digno casero era el mismo con el que había tenido que disputar en la hostería del Franc Meunier.

—Vuestro asunto no es malo —dijo Athos después de haber degustado el vino como experto e indicado con un signo de cabeza que lo encontraba bueno

—, y se podrá sacar de ese buen hombre de cincuenta a sesenta pistolas. Ahora queda por saber si cincuenta o sesenta pistolas valen la pena de arriesgar cuatro cabezas.

—Pero prestad atención —exclamó D'Artagnan—, hay una mujer en este asunto, una mujer raptada, una mujer a la que sin duda se amenaza, a la que quizá se tortura, y todo ello porque es fiel a su ama.

—Tened cuidado, D'Artagnan, tened cuidado —dijo Aramis—, os acaloráis demasiado, en mi opinión, por la suerte de la señora Bonacieux. La mujer ha sido creada para nuestra perdición, y de ella es de donde nos vienen todas nuestras miserias.

A esta sentencia de Aramis, Athos frunció el ceño y se mordió los labios.

—No me inquieto por la señora Bonacieux —exclamó D'Artagnan—, sino por la reina, a quien el rey abandona, a quien el cardenal persigue y que ve caer, una tras otra, las cabezas de todos sus amigos.

—¿Por qué ella ama lo que más detestamos del mundo, a los españoles y a los ingleses?

—España es su patria —respondió D'Artagnan—, y es muy lógico que ame a los españoles, que son hijos de la misma tierra que ella. En cuanto al segundo reproche que le hacéis, he oído decir que no amaba a los ingleses, sino a un inglés.

—¡Y a fe mía —dijo Athos— hay que confesar que ese inglés es bien digno de ser amado! Jamás he visto mayor estilo que el suyo.

—Sin contar con que se viste como nadie —dijo Porthos—. Estaba yo en el Louvre el día en que esparció sus perlas, y, ¡pardiez!, yo cogí dos que vendí por diez pistolas la pieza. Y tú, Aramis, ¿le conoces?

—Tan bien como vosotros, señores, porque yo era uno de aquellos a los que se detuvo en el jardín de Amiens, donde me había introducido el señor de Putange, el caballerizo de la reina. En aquella época yo estaba en el seminario, y la aventura me pareció cruel para el rey.

—Lo cual no me impediría —dijo D'Artagnan—, si supiera dónde está el duque de Buckingham, cogerle por la mano y conducirle junto a la reina, aunque no fuera más que para hacer rabiar al señor cardenal; porque nuestro verdadero, nuestro único, nuestro eterno enemigo, señores, es el cardenal, y si pudiéramos encontrar un medio de jugarle alguna pasada cruel, confieso que comprometería de buen grado mi cabeza.

—Y el mercero, D'Artagnan —prosiguió Athos—, ¿os ha dicho que la reina pensaba que se había hecho venir a Buckingham con un falso aviso?

—Eso teme ella.

—Esperad —dijo Aramis.

—¿Qué? —preguntó Porthos.

—Seguid, seguid, trato de acordarme de las circunstancias.

—Y ahora estoy convencido —dijo D'Artagnan—, de que el rapto de esa mujer de la reina está relacionado con los acontecimientos de que hablamos, y

quizá con la presencia de Buckingham en París.

—El gascón está lleno de ideas —dijo Porthos con admiración.

—Me gusta mucho oírle hablar —dijo Athos—, su patois me divierte.

—Señores —prosiguió Aramis—, escuchad esto.

—Escuchemos a Aramis —dijeron los tres amigos.

—Ayer me encontraba yo en casa de un sabio doctor en teología al que consulto a veces por mis estudios…

Athos sonrió.

—Vive en un barrio desierto —continuó Aramis—, sus gustos, su profesión lo exigen. Y en el momento en que yo salía de su casa…

—¿Y bien? —preguntaron sus oyentes—. ¿En el momento en que salíais de su casa?

Aramis pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo, como un hombre que, en plena corriente de mentira, se ve detener por un obstáculo imprevisto; pero los ojos de sus tres compañeros

estaban fijos en él, sus orejas esperaban abiertas, no había medio de retroceder.

—Ese doctor tiene una nieta —continuó Aramis.

—¡Ah! ¡Tiene una nieta! —interrumpió Porthos.

—Dama muy respetable —dijo Aramis. Los tres amigos se pusieron a reír.

—¡Ah, si os reís o si dudáis —prosiguió Aramis—, no sabréis nada!

—Somos creyentes como mahometanos y mudos como catafalcos —dijo Athos.

—Entonces continúo —prosiguió Aramis—. Esa nieta viene a veces a ver a su tío; y ayer ella, por casualidad, se encontraba allí al mismo tiempo que yo, y tuve que ofrecerme para conducirla a su carroza.

—¡Ah! ¿Tiene una carroza la nieta del doctor? —interrumpió Porthos, uno de cuyos defectos era una gran incontinencia de lengua—. Buen conocimiento, amigo mío.

—Porthos —prosiguió Aramis—, ya os he hecho notar más de una vez que sois muy indiscreto, y que eso os perjudica con las mujeres.

—Señores, señores —exclamó D’Artagnan, que entreveía el fondo de la aventura—, la cosa es seria; tratemos, pues, de no bromear si podemos. Seguid, Aramis, seguid.

—De pronto, un hombre alto, moreno, con ademanes de gentilhombre…, vaya, de la clase del vuestro, D’Artagnan.

—El mismo quizá —dijo éste.

—Es posible… —continuó Aramis— se acercó a mí, acompañado por cinco o seis hombres que le seguían diez pasos atrás, y con el tono más cortés me dijo: «Señor duque, y vos madame», continuó dirigiéndose a la dama a la que yo llevaba del brazo…

—¿A la nieta del doctor?

—¡Silencio, Porthos! —dijo Athos—. Sois insoportable.

—«Haced el favor de subir en esa carroza, y eso sin tratar de poner la menor resistencia, sin hacer el menor ruido».

—Os había tomado por Buckingham! —exclamó D’Artagnan.

—Eso creo —respondió Aramis.

—Pero ¿y la dama? —preguntó Porthos.

—¡La había tomado por la reina! —dijo D’Artagnan.

—Exactamente —respondió Aramis.

—¡El gascón es el diablo! —exclamó Athos—. Nada se le escapa.

—El hecho es —dijo Porthos— que Aramis es de la estatura y tiene algo de porte del hermoso duque; pero, sin embargo, me parece que el traje de mosquetero…

—Yo tenía una capa enorme —dijo Aramis.

—En el mes de julio, ¡diablos! —dijo Porthos—. ¿Es que el doctor teme que seas reconocido?

—Me cabe en la cabeza incluso —dijo Athos— que el espía se haya dejado engañar por el porte; pero el rostro…

—Yo llevaba un gran sombrero —dijo Aramis.

—¡Dios mío, cuántas precauciones para estudiar teología!

—Señores, señores —dijo D'Artagnan—, no perdamos nuestro tiempo bromeando; dividámonos y busquemos a la mujer del mercero, es la llave de la intriga.

—¡Una mujer de condición tan inferior! ¿Lo creéis, D'Artagnan? —— preguntó Porthos estirando los labios con desprecio.

—Es la ahijada de La Porte, el ayuda de cámara de confianza de la reina.

¿No os lo he dicho, señores? Y además, quizá sea un cálculo de Su Majestad

haber ido, en esta ocasión, a buscar sus apoyos tan bajo. Las altas cabezas se ven de lejos, y el cardenal tiene buena vista.

—¡Y bien! —dijo Porthos—. Arreglad primero precio con el mercero, y buen precio.

—Es inútil —dijo D'Artagnan— porque creo que, si no nos paga, quedaremos suficientemente pagados por otro lado.

En aquel momento, un ruido precipitado resonó en la escalera, la puerta se abrió con estrépito y el malhadado mercero se abalanzó en la habitación donde se celebraba el consejo.

—¡Ah, señores! —exclamó—. ¡Salvadme, en nombre del cielo, salvadme!

Hay cuatro hombres que vienen para detenerme! ¡Salvadme, salvadme!

Porthos y Aramis se levantaron.

—Un momento —exclamó D'Artagnan haciéndoles señas de que devolviesen a la vaina sus espadas medio sacadas—; un momento, no es valor lo que aquí se necesita, es prudencia.

—Sin embargo —exclamó Porthos—, no dejaremos…

—Vos dejaréis hacer a D'Artagnan —dijo Athos—; es, lo repito, la cabeza fuerte de todos nosotros, y por lo que a mí se refiere, declaro que yo le obedezco. Haz lo que quieras, D'Artagnan.

En aquel momento, los cuatro guardias aparecieron a la puerta de la antecámara, y al ver a cuatro mosqueteros en pie y con la espada en el costado, dudaron seguir adelante.

—Entrad, señores, entrad —gritó D'Artagnan—, aquí estáis en mi casa, y todos nosotros somos fieles servidores del rey y del señor cardenal.

—¿Entonces, señores, no os opondréis a que ejecutemos las órdenes que hemos recibido? —preguntó aquel que parecía el jefe de la cuadrilla.

—Al contrario, señores, y os echaríamos una mano si fuera necesario.

—Pero ¿qué dice? —masculló Porthos.

—Eres un necio —dijo Athos—. ¡Silencio!

—Pero me habéis prometido… —dijo en voz baja el pobre mercero.

—No podemos salvaros más que estando libres —respondió rápidamente y en voz baja D'Artagnan—, y si hiciéramos ademán de defenderos, se nos detendría con vos.

—Me parece, sin embargo…

—Adelante, señores, adelante —dijo en voz alta D'Artagnan—, no tengo ningún motivo para defender al señor. Le he visto hoy por primera vez, y ¡en qué ocasión! El mismo os la dirá: para venir a reclamarme el precio de mi alquiler. ¿Es cierto, señor Bonacieux? ¡Responded!

—Es la verdad pura —exclamó el mercero—, pero el señor no os dice…

—Silencio sobre mí, silencio sobre mis amigos, silencio sobre la reina sobre todo, o perderéis a todo el mundo sin salvaros. ¡Vamos, vamos, señores, llevaos a este hombre!

Y D'Artagnan empujó al mercero todo aturdido a las manos de los guardias, diciéndole:

—Sois un tunante querido. ¡Venir a pedirme dinero a mí, a un mosquetero!

¡A prisión, señores, una vez más, llevadle a prisión, y guardadle bajo llave el mayor tiempo posible, eso me dará tiempo para pagar!

Los esbirros se confundieron en agradecimientos y se llevaron su presa.

En el momento en que bajaban, D'Artagnan palmoteó sobre el hombro del jefe:

—¿Y no beberé yo a vuestra salud y vos a la mía? —dijo llenando dos vasos de vino de Béaugency que tenía gracias a la liberalidad del señor Bonacieux.

—Será para mí un gran honor —dijo el jefe de los esbirros—, y acepto con gratitud.

—Entonces, a la vuestra, señor… ¿cómo os llamáis?

—Boisrenard.

—¡Señor Boisrenard!

—¡A la vuestra, mi gentilhombre! ¿A vuestra vez, cómo os llamáis, si os place?

—D'Artagnan.

—¡A la vuestra, señor D'Artagnan!

—¡Y por encima de todas éstas —exclamó D'Artagnan como arrebatado por su entusiasmo—, a la del rey y del cardenal!

Quizá el jefe de los esbirros hubiera dudado de la sinceridad de D'Artagnan si el vino hubiera sido malo, pero al ser bueno el vino, se quedó convencido.

—Pero ¿qué diablo de villanía habéis hecho? —dijo Porthos cuando el aguacil en jefe se hubo reunido con sus compañeros y los cuatro amigos se encontraron solos—. ¡Vaya! ¡Cuatro mosqueteros dejan arrestar en medio de ellos a un desgraciado que pide ayuda! ¡Un gentilhombre brindar con un corchete!

—Porthos —dijo Aramis—, ya Athos lo ha prevenido que eras un necio, y yo soy de su opinión. D'Artagnan, eres un gran hombre, y para cuando estés en el puesto del señor de Tréville, pido tu protección para conseguir tener una abadía.

—¡Maldita sea! No lo entiendo —dijo Porthos—. ¿Aprobáis lo que D'Artagnan acaba de hacer?

—Claro que sí —dijo Athos—; y no solamente apruebo lo que acaba de hacer, sino que incluso le felicito por ello.

—Y ahora, señores —dijo D'Artagnan sin tomarse el trabajo de explicar su conducta a Porthos—, todos para uno y uno para todos, esa es nuestra divisa,

¿no es así?

—Pero... —dijo Porthos.

—¡Extiende la mano y jura! —gritaron a la vez Athos y Aramis.

Vencido por el ejemplo, rezongando por lo bajo, Porthos extendió la mano y los cuatro amigos repitieron a un solo grito la fórmula dictada por D’Artagnan:

«Todos para uno, uno para todos».

—Está bien, que cada cual se retire ahora a su casa —dijo D’Artagnan como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida que ordenar—, y atención, porque a partir de este momento, henos aquí enfrentados al cardenal.

CAPÍTULOX

Una ratonera en el siglo XVII

La invención de la ratonera no data de nuestros días; cuando las sociedades, al formarse, inventaron un tipo de policía cualquiera, esta policía, a su vez, inventó las ratoneras.

Como quizá nuestros lectores no estén familiarizado aún con el argot de la calle de Jérusalem, y como desde que escribimos —y hace ya unos quince años de esto— es ésta la primera vez que empleamos esa palabra aplicada a esa cosa, expliquémosles lo que es una ratonera.

Cuando, en una casa cualquiera, se ha detenido a un individuo sospechoso

de un crimen cualquiera, se mantiene en secreto el arresto; se ponen cuatro o cinco hombres emboscados en la primera pieza, se abre la puerta a cuantos llaman, se la cierra tras ellos y se los detiene; de esta forma, al cabo de dos o tres días, se tiene a casi todos los habituales del establecimiento.

He ahí lo que es una ratonera.

Se hizo, pues, una ratonera de la vivienda de maese Bonacieux, y todo aquel que apareció fue detenido e interrogado por las

gentes del señor cardenal. Excusamos decir que, como un camino particular conducía al primer piso que habitaba D'Artagnan, los que venían a su casa eran exceptuados entre todas las visitas.

Además allí sólo venían los tres mosqueteros; se habían puesto a buscar cada uno por su lado, y nada habían encontrado ni descubierto. Athos había llegado incluso a preguntar al señor de Tréville, cosa que, dado el mutismo habitual del digno mosquetero, había asombrado a su capitán. Pero el señor de Tréville no sabía nada, salvo que la última vez que había visto al cardenal, al rey y a la reina, el cardenal tenía el gesto preocupado, el rey estaba inquieto y los ojos de la reina indicaban que había pasado la noche en vela o llorando. Pero esta última circunstancia le había sorprendido poco: la reina, desde su matrimonio, velaba y lloraba mucho.

El señor de Tréville recomendó en cualquier caso a Athos el servicio del rey y sobre todo de la reina, rogándole hacer la misma recomendación a sus compañeros.

En cuanto a D'Artagnan, no se movía de su casa. Había convertido su habitación en observatorio. Desde las ventanas veía llegar a los que venían a hacerse prender; luego, como había quitado las baldosas del suelo como había horadado el ensamblaje y sólo un simple techo le separaba de la habitación inferior, en la que se hacían los interrogatorios, oía todo cuanto pasaba entre los inquisidores y los acusados.

—¿La señora Bonacieux os ha entregado alguna cosa para su marido o para alguna otra persona?

—¿El señor Bonacieux os ha entregado alguna cosa para su mujer o para alguna otra persona?

—¿Alguno de los dos os ha hecho alguna confidencia de viva voz?

—Si supieran algo, no preguntarían así —se dijo a sí mismo D'Artagnan

—. Ahora bien ¿qué tratan de saber? Si el duque de Buckingham se halla en París y si ha tenido o debe tener alguna entrevista con la reina.

D'Artagnan se detuvo ante esta idea que, después de todo lo que había oído, no carecía de verosimilitud.

Mientras tanto la ratonera estaba en servicio permanentemente, y la vigilancia de D'Artagnan también.

La noche del día siguiente al arresto del pobre Bonacieux cuando Athos acababa de dejar a D'Artagnan para ir a casa del señor de Tréville cuando acababan de sonar las nueve, y cuando Planchet, que no había hecho todavía la cama, comenzaba su tarea, se oyó llamar a la puerta de la calle; al punto esa puerta se abrió y se volvió a cerrar: alguien acababa de caer en la ratonera.

D'Artagnan se abalanzó hacia el sitio desenlosado, se acostó boca abajo y escuchó.

No tardaron en oírse gritos, luego gemidos que se trataban de ahogar. En cuanto al interrogatorio, no se trataba de eso.

—¡Diablos! —se dijo D'Artagnan—. Me parece que es una mujer: la registran, ella resiste, la violentan, ¡miserables!

Y D'Artagnan, pese a su prudencia, se contenía para no mezclarse en la escena que ocurría debajo de él.

—Pero si os digo que soy la dueña de la casa, señores; os digo que soy la señora Bonacieux; los digo que pertenezco a la reina! —gritaba la desgraciada mujer.

—¡La señora Bonacieux! —murmuró D'Artagnan—. ¿Seré lo bastante afortunado para haber encontrado lo que todo el mundo busca?

—Precisamente a vos estábamos esperando —dijeron los interrogadores.

La voz se volvió más y más ahogada: un movimiento tumultuoso hizo resonar el artesonado. La víctima se resistía tanto como una mujer puede resistir a cuatro hombres.

—Perdón, señores, per... —murmuró la voz, que no hizo oír más que sonidos inarticulados.

—La amordazan, van a llevársela —exclamó D'Artagnan irguiéndose como movido por un resorte—. Mi espada; bueno, está a mi lado. ¡Planchet!

—¿Señor?

—Corre a buscar a Athos, Porthos y Aramis. Uno de los tres estará probablemente en su casa, quizá ya hayan vuelto los tres. Que cojan las armas, que vengan, que acudan. ¡Ah!, ahora que me acuerdo, Athos está con el señor de Tréville.

—Pero ¿dónde vais, señor, dónde vais?

—Bajo por la ventana —exclamó D'Artagnan— para llegar antes; tú, vuelve a poner las baldosas, barre el suelo, sal por la puerta y corre donde te

digo.

—¡Oh, señor, señor, vais a mataros! —exclamó Planchet.

—¡Cállate, imbécil! —dijo D'Artagnan.

Y aferrándose con la mano al reborde de su ventana, se dejó caer desde el primer piso, que afortunadamente no era elevado, sin hacerse ningún rasguño.

Al punto se fue a llamar a la puerta murmurando:

—Voy a dejarme coger yo también en la ratonera, y pobres de los gatos que ataquen a semejante ratón.

Apenas la aldaba hubo resonado bajo la mano del joven cuando el tumulto cesó, unos pasos se acercaron, se abrió la puerta y D'Artagnan, con la espada desnuda, se abalanzó en la

vivienda de maese Bonacieux, cuya puerta, movida sin duda por algún resorte, volvió a cerrarse tras él.

Entonces, quienes habitaban aún la desgraciada casa de Bonacieux y los vecinos más próximos oyeron grandes gritos pataleos, entrechocar de espaldas y un ruido prolongado de muebles. Luego, un momento después, aquellos que sorprendidos por aquel ruido habían salido a las ventanas para conocer la causa, pudieron ver cómo la puerta se abría y no salir a cuatro hombres vestidos de negro, sino volar como cuervos espantados, dejando por tierra y en las esquinas de las mesas plumas de sus alas, es decir, jirones de sus vestidos y trozos de sus capas.

D'Artagnan fue vencedor sin mucho trabajo, hay que decirlo, porque sólo uno de los aguaciles estaba armado y aún se defendió por guardar las formas. Es cierto que los otros tres habían tratado de matar al joven con las sillas, los taburetes y las vasijas; pero dos o tres rasguños hechos por la tizona del gascón les habían asustado. Diez minutos habían bastado a su derrota, y D'Artagnan se había hecho dueño del campo de batalla.

Los vecinos, que habían abierto las ventanas con la sangre fría peculiar de los habitantes de París en aquellos tiempos de tumultos y de riñas perpetuas, las volvieron a cerrar cuando hubieron visto huir a los cuatro hombres negros: su instinto les decía que por el momento todo estaba acabado.

Además se hacía tarde, y entonces, como hoy, se acostaban temprano en el barrio de Luxemburgo.

D’Artagnan, solo con la señora Bonacieux, se volvió hacia ella: la pobre mujer estaba derribada sobre un butacón y semidesvestida. D’Artagnan la examinó de una ojeada rápida.

Era una encantadora mujer de veinticinco a veintiséis años, morena con ojos azules, con una nariz ligeramente respingona, dientes admirables, un tinte marmóreo de rosa y de ópalo. Hasta ahí llegaban los signos que podían hacerla confundir con una gran dama. Las manos eran blancas, pero sin finura: los pies no anunciaban a la mujer de calidad. Afortunadamente, D’Artagnan no se hallaba preocupado todavía por estos detalles.

Mientras D’Artagnan examinaba a la señora Bonacieux y estaba a sus pies, como hemos dicho, vio en el suelo un fino pañuelo de batista, que recogió según su costumbre, y en una de cuyas esquinas reconoció la misma inicial que había visto en el pañuelo que le había obligado a batirse con Aramis.

Desde aquel momento, D’Artagnan desconfiaba de los pañuelos blasonados; por eso, sin decir nada, volvió a poner el que había recogido en el bolsillo de la señora Bonacieux.

En aquel instante, la señora Bonacieux recobraba el sentido. Abrió los ojos, miró con terror en torno suyo, vio que la

habitación estaba vacía y que estaba sola con su liberador. Le tendió al punto las manos sonriendo. La señora Bonacieux tenía la sonrisa más encantadora del mundo.

—¡Ah, señor! —dijo ella—. Sois vos quien me habéis salvado; permitidme que os dé las gracias.

—Señora —dijo D'Artagnan—, no he hecho más que lo que todo gentilhombre hubiera hecho en mi lugar; no me debéis, pues, ningún agradecimiento.

—Claro que sí, señor, claro que sí, y espero probaros que no habéis prestado un servicio a una ingrata. Pero ¿qué querían de mí esos hombres, a los que al principio he tomado por ladrones, y por qué el señor Bonacieux no está aquí?

—Señora, esos hombres eran mucho más peligrosos de lo que pudiera serlo los ladrones, porque son agentes del señor cardenal, y en cuánto a vuestro marido, el señor Bónacieux no está aquí porque ayer vinieron a prenderlo para conducirlo a la Bastilla.

—¡Mi marido en la Bastilla! —exclamó la señora Bonacieux—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha hecho? ¡Pobre querido mío, él, la inocencia misma!

Y alguna cosa como una sonrisa apuntaba sobre el rostro aún todo asustado de la joven.

—¿Qué ha hecho, señora? —dijo D'Artagnan—. Creo que su único crimen es tener a la vez la dicha y la desgracia de ser vuestro marido.

—Pero, señor, sabéis entonces…

—Sé que habéis sido raptada, señora.

—¿Y por quién? ¿Lo sabéis? ¡Oh, si lo sabéis, decídmelo!

—Por un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de pelo negro, de tez morena, con una cicatriz en la sien izquierda.

—¡Eso es, eso es! Pero ¿y su nombre?

—¡Ah, su nombre! Es lo que yo ignoro.

—¿Y… mi marido sabía que había sido raptada?

—Había sido advertido por una carta que le había escrito el raptor mismo.

—¿Y sospecha —preguntó la señora Bonacieux con apuro— la causa de este suceso?

—Lo atribuía, según creo, a una causa política.

—Yo al principio dudé, y ahora pienso como él. ¿Así es que mi querido Bonacieux no ha sospechado ni un solo instante de mí…?

—¡Lejos de ello, señora, estaba muy orgulloso de vuestra sabiduría y sobre todo de vuestro amor!

Una segunda sonrisa casi imperceptible afloró a los labios rosados de la hermosa joven.

—Pero —prosiguió D'Artagnan— ¿cómo habéis huido?

—He aprovechado un momento en que me han dejado sola, y como desde esta mañana sabía a qué atenerme sobre mi rapto, con la ayuda de mis sábanas he bajado por la ventana; entonces, como creía aquí a mi marido, he acudido corriendo.

—¿Para poneros bajo su protección?

—¡Oh! No, pobre hombre, yo sabía de sobra que él era incapaz de defenderme; pero como podía servirnos para otra cosa, quería prevenirle.

—¿De qué?

—¡Oh! Ese no es mi secreto, no puedo por tanto decíroslo.

—Y además —dijo D'Artagnan— (perdón, señora, si, como guardia que soy, os llamo a la prudencia), además creo que no estamos aquí en lugar oportuno para hacer confidencias. Los hombres que he puesto en fuga van a volver con ayuda; si nos encuentran aquí, estamos perdidos. Yo he hecho avisar a tres de mis amigos, pero ¡quién sabe si los habrán encontrado en sus casas!

—Sí, sí, tenéis razón —exclamó la señora Bonacieux asustada—; huyamos, corramos.

Tras estas palabras, pasó su brazo bajo el de D'Artagnan y lo apretó

vivamente.

—Pero ¿adónde huir? —dijo D'Artagnan—. ¿Adónde correr?

—Lo primero, alejémonos de esta casa, después ya veremos.

Y la joven y el joven, sin molestarse en cerrar la puerta, descendieron rápidamente por la calle des Fossoyeurs, se adentraron por la calle des Fossés- Monsieur-le-Prince y no se detuvieron hasta la plaza Saint-Sulpice.

—¿Y ahora qué vamos a hacer —preguntó D'Artagnan— y adónde queréis que os conduzca?

—Me resulta muy difícil responderos, os lo confieso —dijo la señora Bonacieux—; mi intención era hacer avisar al señor de La Porte por medio de mi marido, a fin de que el señor de La Porte pudiera decirnos precisamente lo que había pasado en el Louvre desde hacía tres días, y si había peligro para mí en presentarme.

—Pero yo —dijo D'Artagnan— puedo avisar al señor de La Porte.

—Sin duda; sólo que hay un obstáculo, y es que al señor Bonacieux lo conocen en el Louvre y le dejarían pasar, mientras que a vos no os conocen y os cerrarán la puerta.

—¡Ah, bah! —dijo D'Artagnan—. Vos tenéis en algún postigo del Louvre un conserje que os es adicto, y que gracias a una contraseña...

La señora Bonacieux miró fijamente al joven.

—¿Y si os diera esa contraseña —dijo ella— la olvidaríais tan pronto como la hubierais utilizado?

—¡Palabra de honor, a fe de gentilhombre! —dijo D'Artagnan con un acento en cuya verdad nadie podía equivocarse.

—Bueno, os creo: tenéis aspecto de joven valiente y por otra parte vuestra fortuna está quizá al cabo de vuestra dedicación.

—Haré sin promesa y por conciencia todo cuanto pueda para servir al rey y ser agradable a la reina —dijo D'Artagnan—; disponed, pues, de mí como de un amigo.

—¿Y a mí dónde me meteréis durante ese tiempo?

—¿No tenéis una persona a cuya casa pueda el señor de La Porte venir a buscaros?

—No, no quiero fiarme de nadie.

—Esperad —dijo D'Artagnan—, estamos a la puerta de Athos. Sí, ésta es.

—¿Quién es Athos?

—Uno de mis amigos.

—¿Y si está en casa y me ve?

—No está, y me llevaré la llave después de haberos hecho entrar en su habitación.

—¿Y si vuelve?

—No volverá; además se le dirá que he traído una mujer, y que esa mujer está en su casa.

—Pero eso me comprometerá mucho, ¿no lo sabéis?

—¡Qué os importa! Nadie os conoce; además, nos hallamos en una situación de pasar por alto algunas conveniencias.

—Entonces vamos a casa de vuestro amigo. ¿Dónde vive?

—En la calle Férou, a dos pasos de aquí.

—Vamos.

Y los dos reemprendieron su carrera. Como había previsto D'Artagnan, Athos no estaba en su casa; tomó la llave, que tenían la costumbre de darle como a un amigo de la casa, subió la escalera e introdujo a la señora Bonacieux en la pequeña habitación cuya descripción ya hemos hecho.

—Estáis en vuestra casa —dijo él—, tened cuidado, cerrad las ventanas por dentro y no abráis a nadie, a menos que oigáis dar tres golpes así, mirad — y golpeó tres veces: dos golpes cercanos uno al otro y bastante fuerte, y un golpe más distante y más ligero.

—Está bien —dijo la señora Bonacieux—; ahora me toca a mí daros mis instrucciones.

—Escucho.

—Presentaros en el portillo del Louvre por el lado de la calle de l'Echelle y preguntad por Germain.

—Está bien. ¿Y después?

—Os preguntará qué queréis, y entonces vos le responderéis con estas dos palabras: Tours y Bruxelles. Al punto se pondrá a vuestras órdenes.

—¿Y qué le ordenaré yo?

—Ir a buscar al señor de La Porte, el ayuda de cámara de la reina.

—¿Y cuando haya ido a buscarle y el señor de La Porte haya venido?

—Me lo enviaréis.

—Está bien, pero ¿cómo os volveré a ver?

—¿Os importa mucho volverme a ver?

—Por supuesto.

—Pues bien, dejadme a mí ese cuidado, y estad tranquilo.

—Cuento con vuestra palabra.

—Contad con ella.

D'Artagnan saludó a la señora Bonacieux lanzándole la mirada más amorosa que le fue posible concentrar sobre su encantadora personita, y, mientras bajaba la escalera, oyó la

puerta cerrarse tras él con doble vuelta de llave. En dos saltos estuvo en el Louvre; cuando entraba en el postigo de l'Echelle sonaban las diez. Todos los acontecimientos que acabamos de contar habían sucedido en media hora.

Todo se cumplió como lo había anunciado la señora Bonacieux. A la consigna convenida, Germain se inclinó; diez minutos después, La Porte estaba en la portería; en dos palabras, D'Artagnan le puso al corriente y le indicó dónde estaba la señora Bonacieux. La Porte se aseguró por dos veces la exactitud de las señas, y partió corriendo. Sin embargo, apenas hubo dado diez pasos cuando volvió.

—Joven —le dijo a D'Artagnan—, un consejo.

—¿Cuál?

—Podríais ser molestado por lo que acaba de pasar.

—¿Lo creéis?

—Sí.

—¿Tenéis algún amigo cuya péndola se retrase?

—¿Para…?

—Id a verle para que pueda testimoniar que estabais en su casa a las nueve y media. En justicia, esto se llama una coartada.

D'Artagnan encontró prudente el consejo; puso pies en polvorosa, llegó a casa del señor de Tréville; pero en lugar de

pasar al salón con todo el mundo, pidió entrar en el gabinete. Como D'Artagnan era uno de los habituales del palacio, no hubo ninguna dificultad para acceder a su demanda; y fueron a avisar al señor de Tréville que su joven compatriota, teniendo algo importante que decide, solicitaba una audiencia particular. Cinco minutos después, el señor de Tréville preguntaba a D'Artagnan qué podía hacer por él y cuál era el

motivo de su visita a una hora tan avanzada.

—¡Perdón, señor! —dijo D'Artagnan, que había aprovechado el momento en que se había quedado solo para retrasar el reloj tres cuartos de hora—. He pensado que como no eran más que las nueve y veinticinco minutos, aún había tiempo para presentarme en vuestra casa.

—¡Las nueve y veinticinco minutos! —exclamó el señor de Tréville mirando su péndola—. ¡Pero es imposible!

—Ya lo veis, señor —dijo D'Artagnan—, eso lo testimonia.

—Es exacto —dijo el señor de Tréville—, habría creído que era más tarde.

Pero veamos, ¿qué queréis?

Entonces D'Artagnan le hizo al señor de Tréville una larga historia sobre la reina. Le expuso los temores que había concebido respecto a Su Majestad; le contó que había oído decir los proyectos del cardenal respecto a Buckingham, y todo

ello con una tranquilidad y un aplomo del que el señor de Tréville fue tanto mejor la víctima cuanto que, como ya hemos dicho, él mismo había notado algo nuevo entre el cardenal, el rey y la reina.

Al sonar las diez, D'Artagnan abandonó al señor de Tréville, que le agradeció sus informes, le recomendó tener siempre en el corazón el servicio del rey y de la reina, y se volvió al salón. Pero al pie de la escalera, D'Artagnan se acordó de que había olvidado su bastón; por lo tanto subió precipitadamente, volvió a entrar en el gabinete, con una vuelta de dedo puso de nuevo el péndulo en su hora para que no se pudiese percibir al día siguiente que había sido movido, y seguro desde entonces de que tenía un testigo para probar su coartada, bajó la escalera y pronto se encontró en la calle.

CAPÍTULO XI

La intriga se anula

Una vez hecha la visita al señor de Tréville, D'Artagnan tomó, todo pensativo, el camino más largo para regresar a su casa.

¿En qué pensaba D'Artagnan, que se apartaba así de su ruta, mirando las estrellas del cielo, tan pronto suspirando como sonriendo?

Pensaba en la señora Bonacieux. Para un aprendiz de mosquetero, la joven era casi una idealidad amorosa. Bonita, misteriosa, iniciada en casi todos los secretos de la corte, que reflejaban tanta encantadora gravedad sobre sus trazos graciosos, era sospechosa de no ser insensible, lo cual es un atractivo

irresistible para los amantes novicios; además, D'Artagnan la había liberado de manos de aquellos demonios que querían registrarla y maltratarla, y este importante servicio había establecido entre ella y él uno de esos sentimientos de gratitud que fácilmente adoptan un carácter más tierno.

D'Artagnan se veía ya, ¡tan deprisa caminan los sueños en alas de la imaginación!, abordado por un mensajero de la joven que le daba algún billete de cita, una cadena de oro o un diamante.

Ya hemos dicho que los jóvenes caballeros recibían sin vergüenza de su rey: añadamos que, en aquel tiempo de moral fácil, no tenían tampoco vergüenza con sus amantes, ni de que éstas les dejaran casi siempre preciosos y duraderos recuerdos, como si ellas hubieran tratado de conquistar la fragilidad de sus sentimientos con la solidez de sus dones.

Se hacía entonces carrera por medio de las mujeres, sin ruborizarse. Las que no eran más que bellas, daban su belleza, y de ahí viene sin duda el proverbio según el cual la joven más bella del mundo no puede dar más que lo que tiene. Las que eran ricas daban además una parte de su dinero, y se podría citar un buen número de héroes de esa galante época que no hubieran ganado ni sus espuelas primero, ni sus batallas luego, sin la bolsa más o menos provista que su amante ataba al arzón de su silla.

D'Artagnan no poseía nada: la indecisión del provinciano, barniz ligero, flor efímera, vello de melocotón, se había evaporado al viento de los consejos poco ortodoxos que los tres mosqueteros daban a su amigo. D'Artagnan, siguiendo la extraña costumbre de la época, miraba a París como en campaña, y esto ni más ni menos que en Flandes: el español allá lejos, la mujer aquí. Por todas partes había un enemigo que combatir contribuciones que alcanzar.

Pero, digámoslo, por ahora D'Artagnan estaba movido por un sentimiento más noble y más desinteresado. El mercero le había dicho que era rico: el joven había podido adivinar que, con un

necio como lo era el señor Bonacieux, debía ser la mujer quien tenía la llave de la bolsa. Pero todo esto no había influido para nada en el sentimiento producido por la visita de la señora Bonacieux, y el interés había permanecido casi extraño a este comienzo de amor que había sido la continuación. Decimos casi, porque la idea de que una mujer joven, bella, graciosa, espiritual, es rica al mismo tiempo, nada quita a ese comienzo de amor, todo lo contrario, lo corrobora.

Hay en la holgura una multitud de cuidados y de caprichos aristocráticos que le van bien a la belleza. Unas medias finas y blancas, un vestido de seda, un bordado de encaje, una bonita zapatilla en el pie, una cinta nueva en la cabeza, no hacen bonita a una mujer fea, pero hacen bella a una mujer bonita, sin contar que las manos ganan con todo esto; las manos, sobre todo en las mujeres, necesitan permanecer ociosas para permanecer bellas.

Además D'Artagnan, como sabe muy bien el lector, a quien no hemos ocultado el estado de su fortuna, D'Artagnan no era millonario; esperaba serlo algún día, pero el tiempo que él mismo se fijaba para ese feliz cambio estaba bastante lejos. Mientras tanto, ¡qué desesperación ver a una mujer que se ama desear esas mil naderías con que las mujeres hacen su dicha, y no poder darle esas mil naderías! Al menos, cuando la mujer es rica y el amante no lo es, lo que no puede ofrecerle, ella misma se lo ofrece; y aunque por regla general ella se consiga tal

disfrute con el dinero del marido, raro es que sea él a quien dé las gracias.

Además D'Artagnan, dispuesto a ser el amante más tierno, era mientras tanto un amigo abnegado. En medio de sus proyectos amorosos sobre la mujer del mercero, no olvidaba a los suyos. La bonita señora Bonacieux era mujer para pasear por el llano de Saint-Denis o entre el tumulto de Saint-Germain, en compañía de Athos, de Porthos y Aramis, a los cuales D'Artagnan estaría orgulloso de mostrar una conquista semejante. Luego, cuando se ha caminado mucho tiempo, llega el hambre: D'Artagnan tras algún tiempo había notado esto. Harían breves comidas encantadoras en las que se toca por un lado la mano de un amigo, y por el otro el pie de una amante. En fin, en los momentos de apuros, en las situaciones extremas, D'Artagnan sería el salvador de sus amigos.

¿Y el señor Bonacieux, a quien D'Artagnan había empujado a las manos de los esbirros renegándole en alta voz y a quien había prometido en voz baja salvarle? Debemos confesar a nuestros lectores que D'Artagnan no pensaba en él ni por un momento, o que, si pensaba, era para decirse que estaba bien donde estaba, fuera en la parte que fuera. El amor es la más egoísta de todas las pasiones.

Sin embargo, que nuestros lectores se tranquilicen: si D'Artagnan olvida a su hospedero o hace ademán de olvidarlo so pretexto de que no sabe adónde ha sido conducido, nosotros no lo olvidamos, y nosotros sabemos dónde está. Pero por

ahora, hagamos como el gascón enamorado. En cuanto al digno mercero, volveremos a él más tarde.

D'Artagnan, mientras reflexionaba en sus futuros amores, mientras hablaba a la noche, mientras sonreía a las estrellas, remontaba la calle du Cherche-Midi o Chasse-Midi, como se llamaba entonces. Como se encontraba en el barrio de Aramis, le había venido la idea de ir a visitar a su amigo, para darle algunas explicaciones sobre los motivos que le habían hecho enviar a Planchet con la invitación de presentarse inmediatamente en la ratonera. Ahora bien, si Aramis se hubiera encontrado en su casa cuando Planchet había ido a ella, habría corrido indudablemente a la calle des Fossoyeurs, y al no encontrar quizá a nadie más que a sus dos compañeros, ni unos ni otros habían sabido lo que aquello quería decir. Esa molestia merecía, pues, una

explicación; he ahí lo que se decía en voz alta D'Artagnan.

Además, por lo bajo, pensaba que aquella era para él una ocasión de hablar de la bonita señora Bonacieux, de la que su espíritu, si no su corazón, estaba ya totalmente lleno. A propósito de un primer amor no es necesario pedir discreción. Este primer amor va acompañado de una alegría tan grande que es preciso que esa alegría desborde; sin eso, os ahogaría.

Desde hacía dos horas París estaba sombrío y comenzaba a quedarse desierto. Las once sonaban en todos los relojes del

barrio de Saint-Germain, hacía una temperatura suave. D'Artagnan seguía una calleja situada sobre el emplazamiento por el que hoy pasa la calle d'Assas, respirando las emanaciones embalsamadas que venían con el viento de la calle de Vaugirard y que enviaban los jardines refrescados por el rocío del atardecer y por la brisa de la noche. A lo lejos resonaban, amortiguados no obstante por buenos postigos, los cantos de los bebedores en algunas tabernas perdidas en el llano. Llegado al cabo de la callejuela, D'Artagnan torció a la izquierda. La casa que habitaba Aramis se hallaba situada entre la calle Cassete y la calle Servandoni.

D'Artagnan acababa de dejar atrás la calle Cassete y reconocía ya la puerta de la casa de su amigo, enterrada bajo un macizo de sicomoros y de clemátides que formaban un vasto anillo por encima de ella, cuando percibió algo como una sombra que salía de la calle Servandoni. Ese algo estaba envuelto en una capa, y D'Artagnan creyó al principio que era un hombre; pero por la pequeñez de la talla, por la incertidumbre de los andares, por el embarazo del paso, pronto reconoció a una mujer. Es más, aquella mujer, como si no hubiera estado bien segura de la casa que buscaba, alzaba los ojos para orientarse, se detenía, volvía atrás, luego volvía de nuevo. D'Artagnan quedó intrigado.

«¡Y si fuera a ofrecerle mis servicios! —pensó—. Por su aspecto se ve que es joven; quizá sea hermosa. ¡Oh! Sí. Pero una mujer que corre las calles a esta hora no sale más que para reunirse

con su amante. ¡Maldita sea! Si fuera a perturbar la cita, sería un mal comienzo para entrar en relaciones».

Sin embargo, la joven seguía avanzando, contando las casas y las ventanas. No era, por lo demás, cosa larga ni difícil. No había más que tres palacetes en aquella parte de la calle, y dos ventanas con vistas sobre aquella calle: la una era de un pabellón paralelo al que ocupaba Aramis, la otra era la del propio Aramis.

—¡Pardiez! —se dijo D'Artagnan, a quien la nieta del teólogo venía a las mientes—. ¡Pardiez! Estaría bueno que esa paloma rezagada buscase la casa de nuestro amigo. Pero, por vida mía, eso sería demasiado. ¡Ah, mi querido Aramis, por esta vez, quiero tener el corazón limpio!

Y D'Artagnan, haciéndose lo más delgado que pudo, se puso a cubierto en el lado más oscuro de la calle, junto a un banco de piedra situado en el fondo de un nicho.

La joven continuó avanzando, porque además de la ligereza de su paso, que le había traicionado, acababa de hacer oír una breve tos que denunciaba una voz de las más frescas. D'Artagnan pensó que aquella tos era una señal.

Sin embargo, bien porque se hubiera respondido a aquella tos mediante un signo equivalente que había fijado las

irresoluciones de la nocturna buscadora, bien porque sin ayuda extraña hubiera reconocido que había llegado al fin de su camino, se acercó resueltamente al postigo de Aramis y llamó con tres intervalos iguales con su dedo encorvado.

—¡Vaya con Aramis! —murmuró D'Artagnan—. ¡Ah, señor hipócrita, os he cogido haciendo teología!

Apenas fueron dados los tres golpes cuando la ventana interior se abrió y una luz apareció a través de los vidrios del postigo.

—¡Ah, ah! —hizo el indiscreto no de las puertas, sino de las ventanas—.

¡Vaya!, esperaban la visita. Veamos, el postigo va a abrirse y la dama entrará escalando. ¡Muy bien!

Pero, para gran asombro de D'Artagnan, el postigo permaneció cerrado. Además, la luz que había resplandecido un instante desapareció y todo volvió a la oscuridad.

D'Artagnan pensó que aquello no podía durar así, y continuó mirando con todos sus ojos y escuchando con todas sus orejas.

Tenía razón: al cabo de unos segundos, dos golpes secos resonaron en el interior.

La joven de la calle respondió con un solo golpe seco, y el postigo se entreabrió.

Júzguese si D'Artagnan miraba y escuchaba con avidez.

Desgraciadamente, la luz había sido llevada a otra habitación. Pero los ojos del joven se habían habituado a la noche. Por otra parte, los ojos de los gascones tienen, como los de los gatos, según se asegura, la propiedad de ver durante la noche.

D'Artagnan vio, pues, que la joven sacaba de su bolso un objeto blanco que desplegó con viveza y que tomó la forma de un pañuelo. Desplegado aquel objeto, hizo notar una esquina a su interlocutor.

Esto recordó a D'Artagnan aquel pañuelo que había encontrado a los pies de la señora Bonacieux, que le había recordado el que había encontrado a los pies de Aramis.

¿Qué diablos podía, pues, significar aquel pañuelo?

Situado donde estaba, D'Artagnan no podía ver el rostro de Aramis, y decimos de Aramis porque el joven no tenía ninguna duda de que era su amigo quien dialogaba desde el interior con la dama del exterior; la curiosidad pudo en él más que la prudencia y aprovechando la preocupación en que la vista del pañuelo parecía sumir a los dos personajes que hemos puesto en escena, salió de su escondite, y raudo como una centella, pero ahogando el ruido de sus pasos, fue a pegarse a una esquina del muro, desde el que su mirada podía hundirse perfectamente en el interior de la habitación de Aramis.

Llegado allí, D'Artagnan pensó lanzar un grito de sorpresa: no era Aramis quien hablaba con la visitante nocturna, era una

mujer. Sólo que D'Artagnan veía bastante para reconocer la forma de sus vestidos, pero no para distinguir sus rasgos.

En el mismo instante, la mujer de la habitación sacó un segundo pañuelo de su bolsillo y lo cambió por aquel que acababan de mostrarle. Luego entre las dos mujeres fueron pronunciadas algunas palabras. Por fin el postigo se cerró. La mujer que se hallaba en el exterior de la ventana se volvió y vino a pasar a cuatro pasos de D'Artagnan bajando la toca de su manto; pero la precaución había sido tomada demasiado tarde y D'Artagnan había reconocido a la señora Bonacieux.

¡La señora Bonacieux! La sospecha de que era ella le había cruzado por el espíritu cuando había sacado el pañuelo de su bolso; pero ¿por qué motivo la señora Bonacieux, que había enviado a buscar al señor de La Porte para hacerse llevar por él al Louvre, corría las calles de París sola a las once y media de la noche, con riesgo de hacerse raptar por segunda vez?

Era preciso, por tanto, que fuera por un asunto muy importante. ¿Y qué asunto hay importante para una mujer de veinticinco años? El amor.

Pero ¿era por su cuenta o por cuenta de otra persona por lo que se exponía a semejantes azares? Esto era lo que se preguntaba a sí mismo el joven, a quien el demonio de los celos mordía en el corazón ni más ni menos que a un amante titulado.

Había por otra parte un medio muy simple de asegurarse adónde iba la señora Bonacieux: era seguirla. Este medio era

tan simple que D'Artagnan lo empleó naturalmente y por instinto.

Pero a la vista del joven que se separaba del muro como una estatua de su nicho, y al ruido de los pasos que oyó resonar tras ella, la señora Bonacieux lanzó un pequeño grito y huyó.

D'Artagnan corrió tras ella. No era una cosa difícil para él alcanzar a una

mujer embarazada por su manto. La alcanzó, pues, un tercio más allá de la calle en que se había adentrado. La desgraciada estaba agotada, no de fatiga sino de terror, y cuando D'Artagnan le puso la mano sobre el hombro, ella cayó sobre una rodilla gritando con voz estrangulada:

—Matadme si queréis, pero no sabréis nada.

D'Artagnan la alzó pasándole el brazo en torno al talle; pero como sintió por su peso que estaba a punto de desvanecerse, se apresuró a tranquilizarla con protestas de afecto. Tales protestas no significaban nada para la señora Bonacieux, porque semejantes protestas pueden hacerse con las peores intenciones del mundo; pero la voz era todo. La joven creyó reconocer el sonido de aquella voz; volvió a abrir los ojos, lanzó una mirada sobre el hombre que le había causado tan gran miedo y, al reconocer a D'Artagnan, lanzó un grito de alegría.

—¡Oh, sois vos! ¡Sois vos! —dijo—. ¡Gracias, Dios mío!

—Sí, soy yo —dijo D'Artagnan—, yo, a quien Dios ha enviado para velar por vos.

—¿Era con esa intención con la que me seguíais? —preguntó con una sonrisa llena de coquetería la joven cuyo carácter algo burlón la dominaba, y en la que todo temor había desaparecido desde el momento mismo en que había reconocido un amigo en aquel a quien había tomado por un enemigo.

—No —dijo D'Artagnan—, no, lo confieso, es el azar el que me ha puesto en vuestra ruta; he visto una mujer llamar a la ventana de uno de mis amigos…

—¿De uno de vuestros amigos? —interrumpió la señora Bonacieux.

—Sin duda; Aramis es uno de mis mejores amigos.

—¡Aramis! ¿Quién es ése?

—Vamos! ¿Vais a decirme que no conocéis a Aramis?

—Es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre.

—Entonces, ¿es la primera vez que vais a esa casa?

—Claro.

—¿Y no sabíais que estuviese habitada por un joven?

—No.

—¿Por un mosquetero?

—De ninguna manera.

—¿No es, pues, a él a quien veníais a buscar?

—De ningún modo. Además, ya lo habéis visto, la persona con quien he hablado es una mujer.

—Es cierto; pero esa mujer es de las amigas de Aramis.

—Yo no sé nada de eso.

—Se aloja en su casa.

—Eso no me atañe.

—Pero ¿quién es ella?

—¡Oh! Ese no es secreto mío.

—Querida señora Bonacieux, sois encantadora; pero al mismo tiempo sois la mujer más misteriosa…

—¿Es que pierdo con eso?

—No, al contrario, sois adorable.

—Entonces, dadme el brazo.

—De buena gana. ¿Y ahora?

—Ahora conducidme.

—¿Adónde?

—Adonde voy.

—Pero ¿adónde vais?

—Ya lo veréis, puesto que me dejaréis en la puerta.

—¿Habrá que esperaros?

—Será inútil.

—Entonces, ¿volveréis sola?

—Quizá sí, quizá no.

—Y la persona que os acompañará luego, ¿será un hombre, será una mujer?

—No sé nada todavía.

—Yo sí, yo sí lo sabré.

—¿Y cómo?

—Os esperaré para veros salir.

—En ese caso, ¡adiós!

—¿Cómo?

—No tengo necesidad de vos.

—Pero habíais reclamado...

—La ayuda de un gentilhombre, y no la vigilancia de un espía.

—La palabra es un poco dura.

—¿Cómo se llama a los que siguen a las personas a pesar suyo?

—Indiscretos.

—La palabra es demasiado suave.

—Vamos, señora, me doy cuenta de que hay que hacer todo lo que vos queráis.

—¿Por qué privaros del mérito de hacerlo en seguida?

—¿No hay alguno que se ha arrepentido de ello?

—Y vos, ¿os arrepentís en realidad?

—Yo no sé nada de mí mismo. Pero lo que sé es que os prometo hacer todo lo que queráis si me dejáis acompañaros hasta donde vayáis.

—¿Y me dejaréis después?

—Sí.

—¿Sin espiarme a mi salida?

—No.

—¿Palabra de honor?

—¡A fe de gentilhombre!

—Tomad entonces mi brazo y caminemos.

D'Artagnan ofreció su brazo a la señora Bonacieux, que se cogió de él, mitad riendo, mitad temblando, y los dos juntos ganaron lo alto de la calle La Harpe. Llegada allí la joven pareció dudar, como ya había hecho en la calle Vaugirard. Sin embargo, por ciertos signos, pareció reconocer una puerta; y se acercó a ella.

—Y ahora, señor —dijo—, aquí es donde tengo que venir; mil gracias por vuestra honorable compañía, que me ha salvado de

todos los peligros a que habría estado expuesta. Pero ha llegado el momento de cumplir vuestra palabra: yo he llegado a mi destino.

—¿Y no tendréis nada que temer a la vuelta?

—No tendré que temer más que a los ladrones.

—¿Y eso no es nada?

—¿Qué podrían robarme? No tengo un denario encima.

—Olvidáis ese bello pañuelo bordado, blasonado.

—¿Cuál?

—El que encontré a vuestros pies y que metí en vuestro bolsillo.

—¡Callaos, callaos, desgraciado! —exclamó la joven—. ¿Queréis perderme?

—Ya veis que todavía hay peligro para vos, puesto que una sola palabra os hace temblar y confesáis que si oyesen esa palabra estaríais perdida. ¡Ah, señora —exclamó D'Artagnan cogiéndole la mano y cubriéndola con una ardiente mirada—, sed más generosa, confiad en mí! No habéis leído todavía en mis ojos que no hay más que afecto y simpatía en mi corazón.

—Claro que sí —respondió la señora Bonacieux— y si me pedís mis secretos, os los diré; pero los de los demás, es otra cosa.

—Está bien —dijo D'Artagnan—, yo los descubriré; puesto que tales secretos pueden tener influencia sobre vuestra vida, es preciso que esos secretos se conviertan en los míos.

—Guardaos de ello —exclamó la joven con una serenidad que hizo temblar a D'Artagnan a su pesar—. ¡No os mezcléis en nada de lo que me atañe, no tratéis de ayudarme en lo que hago! Y esto os lo pido en nombre del interés que os inspiro, en nombre del servicio que me habéis hecho, y que no olvidaré en mi vida. Creed ante todo en lo que os digo. No os ocupéis más de mí, no existo más para vos, que sea como si no me hubierais visto jamás.

—¿Aramis debe hacer lo mismo que yo, señora? —dijo D'Artagnan picado.

—Es ya la segunda o tercera vez que pronunciáis ese nombre, señor, y sin embargo os he dicho que no lo conocía.

—¿No conocéis al hombre a cuyo postigo vais a llamar? Vamos, señora,

¿no me creéis demasiado crédulo?

—Confesad que habéis inventado esa historia para hacerme hablar, y que vos mismo habéis creado ese personaje.

—Yo no he inventado nada, señora, no creo nada, digo la exacta verdad.

—¿Y decís que uno de vuestros amigos vive en esa casa?

—Lo digo y lo repito por tercera vez, en esa casa es donde vive mi amigo, y ese amigo es Aramis.

—Todo esto se aclarará más tarde —murmuró la joven—; ahora, señor, callaos.

—Si pudierais ver mi corazón completamente al descubierto —dijo D'Artagnan—, leeríais en él tanta curiosidad que tendríais piedad de mí, y tanto amor que al instante satisfaríais incluso mi curiosidad. No tenéis nada que temer de quienes os aman.

—Habláis muy deprisa de amor, señor —dijo la mujer moviendo la cabeza.

—Es que el amor me ha venido deprisa y por primera vez, y aún no tengo veinte años.

La joven lo miró a hurtadillas.

—Escuchad, estoy tras su rastro —dijo D'Artagnan—. Hace tres meses estuve a punto de tener un duelo con Aramis por un pañuelo semejante al que habéis mostrado a aquella mujer que estaba en su casa, por un pañuelo marcado de la misma manera, estoy seguro.

—Señor —dijo la joven—, me cansáis, os lo juro, con esas preguntas.

—Pero vos, señora, tan prudente, pensad en ello; si fuerais arrestada con ese pañuelo, y si ese pañuelo fuera cogido, ¿no os comprometeríais?

—¿Y por qué? ¿Las iniciales no son las mías: C. B., Constance Bonacieux?

—O Camille de Bois-Tracy.

—Silencio, señor, una vez más, ¡silencio! ¡Ah! Puesto que los peligros que corro no os detienen, pensad en los que podéis correr vos.

—¿Yo?

—Sí, vos. Corréis peligro en la cárcel, corréis peligro de muerte por el hecho de conocerme.

—Entonces no os dejo.

—Señor —dijo la joven suplicando y juntando las manos—, señor, en el nombre del cielo, en el nombre del honor de un militar, en el nombre de la cortesía de un gentilhombre, alejaos; ved, suenan las doce, es la hora en que me esperan.

—Señora —dijo el joven inclinándose—, no sé negar nada a quien me lo pide así; contentaos, ya me alejo.

—Pero ¿no me seguiréis, no me espiaréis?

—Regreso a mi casa ahora mismo.

—¡Ah, ya sabía yo que erais un buen joven! —exclamó la señora Bonacieux tendiéndole una mano y poniendo la otra en la aldaba de una pequeña puerta casi perdida en el muro.

D’Artagnan tomó la mano que se le tendía y la besó ardientemente.

—¡Ay, preferiría no haberos visto jamás! —exclamó D’Artagnan con aquella brutalidad ingenua que las mujeres prefieren con frecuencia a las afectaciones de la cortesía, porque descubre el fondo del pensamiento y prueba que el sentimiento domina sobre la razón.

—¡Pues bien! —prosiguió la señora Bonacieux con una voz casi acariciadora y estrechando la mano de D’Artagnan, que no había abandonado la suya—. ¡Pues bien! Yo no diré tanto como vos: lo que está perdido para hoy no está perdido para el futuro. ¿Quién sabe si cuando yo esté libre un día no satisfaré vuestra curiosidad?

—¿Y hacéis la misma promesa a mi amor? —exclamó D’Artagnan en el colmo de la alegría.

—¡Oh! Por ese lado, no quiero comprometerme, eso dependerá de los sentimientos que vos sepáis inspirarme.

—Así, hoy, señora…

—Hoy, señor, no estoy segura más que del agradecimiento.

—¡Ah! Sois muy encantadora —dijo D’Artagnan con tristeza—, y abusáis de mi amor.

—No, yo use de vuestra generosidad, eso es todo. Pero, creedlo, con ciertas personas todo se recobra.

—¡Oh, me hacéis el más feliz de los hombres! No olvidéis esta noche, no olvidéis esta promesa.

—Estad tranquilo, en tiempo y lugar me acordaré de todo. ¡Y bien, partid pues, partid, en nombre del cielo! Me esperaban a las doce en punto, y voy retrasada.

—Cinco minutos.

—Sí; pero en ciertas circunstancias cinco minutos son cinco siglos.

—Cuando se ama.

—¿Y quién os dice que no tengo un asunto amoroso?

—¿Es un hombre el que os espera? —exclamó D'Artagnan—. ¡Un hombre!

—Vamos, que la discusión vuelve a empezar —dijo la señora Bonacieux con media sonrisa que no estaba exenta de cierto tinte de impaciencia.

—No, no, me voy; creo en vos, quiero tener todo el mérito de mi afecto, aunque ese afecto sea una estupidez. ¡Adiós, señora, adiós!

Y como si no se sintiera con fuerza para separarse de la mano que sostenía más que mediante una sacudida, se alejó corriendo, mientras la señora Bonacieux llamaba, como en el postigo, con tres golpes lentos y regulares; luego, llegado al

ángulo de la calle, él se volvió: la puerta se había abierto y vuelto a cerrar, la bonita mercera había desaparecido.

D'Artagnan prosiguió su camino, había dado su palabra de no espiar a la señora Bonacieux, y aunque la vida de ella dependiera del lugar adonde había ido a reunirse, o de la persona que debía acompañarla, D'Artagnan habría vuelto a su casa, puesto que había dicho que volvía. Cinco minutos después estaba en la calle des Fossoyeurs.

—Pobre Athos —decía—, no sabrá lo que esto quiere decir. Se habrá dormido mientras me esperaba, o habrá regresado a su casa, y al volver se habrá enterado de que había ido allí una mujer. ¡Una mujer en casa de Athos! Después de todo —continuó D'Artagnan—, también había una en casa de Aramis. Todo esto es muy extraño y me intriga mucho saber cómo va a terminar.

—Mal, señor, mal —respondió una voz que el joven reconoció como la de Planchet; porque monologando en voz alta, a la manera de las personas muy preocupadas, se había adentrado por el camino al fondo del cual estaba la escalera que conducía a su habitación.

—¿Cómo mal? ¿Qué quieres decir, imbécil? —preguntó D'Artagnan—.

¿Qué ha pasado?

—Toda clase de desgracias.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, el señor Athos está arrestado.

—¡Arrestado! ¡Athos! ¡Arrestado! ¿Por qué?

—Lo encontraron en vuestra casa; lo tomaron por vos.

—¿Y quién lo ha arrestado?

—La guardia que fueron a buscar los hombres negros que vos pusisteis en fuga.

—¡Por qué no ha dicho su nombre! ¿Por qué no ha dicho que no tenía nada que ver con este asunto?

—Se ha guardado mucho de hacerlo, señor; al contrario, se ha acercado a mí y me ha dicho: «Es tu amo el que necesita su libertad en este momento, y no yo, porque él sabe todo y yo no sé nada. Le creerán arrestado, y esto le dará tiempo; dentro de tres días diré quién soy, y entonces tendrán que dejarme salir».

—¡Bravo, Athos! Noble corazón —murmuró D'Artagnan—, en eso le reconozco. ¿Y qué han hecho los esbirros?

—Cuatro se lo han llevado no sé adónde, a la Bastilla o al Fort-l'Evêque; dos se han quedado con los hombres negros, que han registrado por todas partes y que han cogido todos los papeles. Por fin, los dos últimos, durante esta comisión, montaban guardia en la puerta; luego, cuando todo ha acabado, se han marchado dejando la casa vacía y completamente abierta.

—¿Y Porthos y Aramis?

—Yo no los encontré, no han venido.

—Pero pueden venir de un momento a otro, porque tú les dejaste el recado de que los esperaba.

—Sí, señor.

—Bueno, no te muevas de aquí; si vienen, avísales de lo que me ha pasado, que me esperen en la taberna de la Pomme du Pin; aquí habría peligro, la casa puede ser espiada. Corro a casa del señor de Tréville para anunciarle todo esto, y me reúno con ellos.

—Está bien, señor —dijo Planchet.

—Pero tú te quedas, tú no tengas miedo —dijo D'Artagnan volviendo sobre sus pasos para recomendar valor a su lacayo.

—Estad tranquilo, señor —dijo Planchet—; no me conocéis todavía: soy valiente cuando me pongo a ello; la cosa consiste en ponerme; además, soy picardo.

—Entonces, de acuerdo —dijo D'Artagnan—; te haces matar antes que abandonar tu puesto.

—Sí, señor, y no hay nada que no haga para probar al señor que le soy adicto.

—Bueno —se dijo a sí mismo D'Artagnan—, parece que el método que empleé con este muchacho es decididamente bueno; lo usaré en su momento.

Y con toda la rapidez de sus piernas, algo fatigadas ya sin embargo por las carreras de la jornada, D'Artagnan se dirigió hacia la calle du Vieux- Colombier.

El señor de Tréville no estaba en su palacio; su compañía se hallaba de guardia en el Louvre; él estaba en el Louvre con su compañía.

Había que llegar hasta el señor de Tréville; era importante que fuera prevenido de lo que pasaba. D'Artagnan decidió entrar en el Louvre. Su traje de guardia de la compañía del señor Des Essarts debía servirle de pasaporte.

Descendió, pues, la calle des Petits-Augustins y subió el muelle para tomar el Pont-Neuf. Por un instante tuvo la idea de pasar en la barca, pero al llegar a la orilla del agua había introducido maquinalmente su mano en el bolsillo y se había dado cuenta de que no tenía con qué pagar al barquero.

Cuando llegaba a la altura de la calle Guénégaud, vio desembocar de la calle Dauphine un grupo compuesto por dos personas cuyo aspecto le sorprendió.

Las dos personas que componían el grupo eran: la una, un hombre; la otra, una mujer.

La mujer tenía el aspecto de la señora Bonacieux, y el hombre se parecía a Aramis hasta el punto de ser tomado por él.

Además, la mujer tenía aquella capa negra que D'Artagnan veía aún recortarse sobre el postigo de la calle de Vaugirard y sobre la puerta de la calle de La Harpe.

Además, el hombre llevaba el uniforme de los mosqueteros.

El capuchón de la mujer estaba vuelto, el hombre tenía su pañuelo sobre su rostro; los dos, esa doble precaución lo indicaba, los dos tenían, pues, interés en no ser reconocidos.

Ellos tomaron el puente; era el camino de D'Artagnan, puesto que D'Artagnan se dirigía al Louvre; D'Artagnan los siguió.

D'Artagnan no había dado veinte pasos cuando quedó convencido de que aquella mujer era la señora Bonacieux y de que aquel hombre era Aramis.

En el mismo instante sintió que todas las sospechas de los celos se agitaban en su corazón.

Era doblemente traicionado por su amigo y por aquella a la que amaba ya como a una amante. La señora Bonacieux le había jurado por todos los dioses que no conocía a Aramis, y un cuarto de hora después de que ella le hubiera hecho este juramento la volvía a encontrar del brazo de Aramis.

D'Artagnan no reflexionó que conocía a la bonita mercera desde hacía tres horas, que no le debía a él nada más que un poco de gratitud por haberla liberado de los hombres perversos que querían raptarla, y que ella no le había prometido nada. Se miró como un amante ultrajado, traicionado, escarnecido;

la sangre y la cólera le subieron al rostro, resolvió aclararlo todo.

La joven mujer y el joven hombre se habían dado cuenta de que los seguían, y habían doblado el paso. D'Artagnan tomó carrera, los sobrepasó, luego volvió sobre ellos en el momento en que se encontraban ante la Samaritaine, alumbrada por un reverbero que proyectaba su claridad sobre toda aquella parte del puente.

D'Artagnan se detuvo ante ellos, y ellos se detuvieron ante él.

—¿Qué queréis, señor? —preguntó el mosquetero retrocediendo un paso y con un acento extranjero que probaba a D'Artagnan que se había equivocado en una parte de sus conjeturas.

—¡No es Aramis! —exclamó.

—No, señor, no soy Aramis, y por vuestra exclamación veo que me habéis tomado por otro, y os perdono.

—¡Vos me perdonáis! —exclamó D'Artagnan.

—Sí —respondió el desconocido—. Dejadme, pues, pasar, porque nada tenéis conmigo.

—Tenéis razón, señor —dijo D'Artagnan—, nada tengo con vos, sí con la señora.

—¡Con la señora! Vos no la conocéis —dijo el extranjero.

—Os equivocáis, señor, la conozco.

—¡Ah! —dijo la señora Bonacieux con un tono de reproche—. ¡Ah, señor! Tenía yo vuestra palabra de militar y vuestra fe de gentilhombre; esperaba contar con ellas.

—Y yo, señora —dijo D’Artagnan embarazado—. Me habíais prometido…

—Tomad mi brazo, señora —dijo el extranjero—, y continuemos nuestro camino.

Sin embargo, D’Artagnan, aturdido, aterrado, anonadado por todo lo que le pasaba, permanecía en pie y con los brazos cruzados ante el mosquetero y la señora Bonacieux.

El mosquetero dio dos pasos hacia adelante y apartó a D’Artagnan con la mano.

D’Artagnan dio un salto hacia atrás y sacó su espada.

Al mismo tiempo y con la rapidez de la centella, el desconocido sacó la suya.

—¡En nombre del cielo, milord! —exclamó la señora Bonacieux arrojándose entre los combatientes y tomando las espadas con sus manos.

—¡Milord! —exclamó D’Artagnan iluminado por una idea súbita—.

¡Milord! Perdón señor, es que vos sois…

—Milord el duque de Buckingham —dijo la señora Bonacieux a media voz—; y ahora podéis perdernos a todos.

—Milord, madame, perdón, cien veces perdón; pero yo la amaba, milord, y estaba celoso; vos sabéis lo que es amar, milord; perdonadme y decidme cómo puedo hacerme matar por vuestra gracia.

—Sois un joven valiente —dijo Buckingham tendiendo a D'Artagnan una mano que éste apretó respetuosamente—; me ofrecéis vuestros servicios, los acepto; seguidnos a veinte pasos hasta el Louvre. ¡Y si alguien nos espía, matadlo!

D'Artagnan puso su espada desnuda bajo su brazo, dejó adelantarse a la señora Bonacieux y al duque veinte pasos y los siguió, dispuesto a ejecutar a la letra las instrucciones del noble y elegante ministro de Carlos I.

Pero afortunadamente el joven secuaz no tuvo ninguna ocasión de dar al duque aquella prueba de su devoción; y la joven y el hermoso mosquetero entraron en el Louvre por el postigo de L'Echelle sin haber sido inquietados.

En cuanto a D'Artagnan, se volvió al punto a la taberna de la Pomme du Pin, donde encontró a Porthos y a Aramis que lo esperaban.

Pero sin darles otra explicación sobre la molestia que les había causado, les dijo que había terminado solo el asunto para el que por un instante había creído necesitar su intervención.

Y ahora, arrastrados como estamos por nuestro relato, dejemos a nuestros tres amigos volver cada uno a su casa, y sigamos por el laberinto del Louvre al duque de Buckingham y a su guía.

CAPÍTULO XII

Georges Villiers, duque de Buckingham

La señora Bonacieux y el duque entraron en el Louvre sin dificultad; la señora Bonacieux era conocida por pertenecer a la reina; el duque llevaba el uniforme de los mosqueteros del señor de Tréville que, como hemos dicho, estaba de guardia aquella noche. Además, Germain era adicto a los intereses de la reina, y si algo pasaba, la señora Bonacieux sería acusada de haber

introducido a su amante en el Louvre, eso es todo; cargaba con el crimen: su reputación estaba perdida, cierto, pero ¿qué valor tiene en el mundo la reputación de una simple mercera?

Una vez entrados en el interior del patio, el duque y la joven siguieron el pie de los muros durante un espacio de unos veinticinco pasos; recorrido ese espacio la señora Bonacieux empujó una pequeña puerta de servicio, abierta durante el día, pero cerrada generalmente por la noche; la puerta cedió; los dos entraron y se encontraron en la oscuridad, pero la señora Bonacieux conocía todas las vueltas y revueltas de aquella parte del Louvre, destinada a las personas de la servidumbre. Cerró las puertas tras ella, tomó al duque por la mano, dio algunos pasos a tientas, asió una barandilla, tocó con el pie un

escalón y comenzó a subir la escalera; el duque contó dos pisos. Entonces ella torció a la derecha, siguió un largo corredor, volvió a bajar un piso, dio algunos pasos más todavía, introdujo una llave en una cerradura, abrió una puerta y empujó al duque en una habitación iluminada solamente por una lámpara de noche diciendo: «Quedad aquí, milord duque, vendrán». Luego salió por la misma puerta, que cerró con llave, de suerte que el duque se encontró literalmente prisionero.

Sin embargo, por más solo que se encontraba, hay que decirlo, el duque de Buckingham no experimentó por un instante siquiera temor; uno de los rasgos salientes de su carácter era la búsqueda de la aventura y el amor por lo novelesco. Valiente, osado, emprendedor, no era la primera vez que arriesgaba su vida en semejantes tentativas; había sabido que aquel presunto mensaje de Ana de Austria, fiado en el cual había venido a París, era una trampa, y en lugar de regresar a Inglaterra, abusando de la posición en que se le había puesto, había declarado a la reina que no partiría sin haberla visto. La reina se había negado rotundamente al principio, luego había temido que el duque, exasperado, cometiese alguna locura. Ya estaba decidida a recibirlo y a suplicarle que partiese al punto cuando, la tarde misma de aquella decisión, la señora Bonacieux, que estaba encargada de ir a buscar al duque y conducirle al Louvre, fue raptada. Durante dos días se ignoró completamente lo que había sido de ella, y todo quedó en suspenso. Pero una vez libre, una vez puesta de nuevo en contacto con La Porte, las

cosas habían recuperado su curso, y ella acababa de realizar la peligrosa empresa que, sin su arresto, habría ejecutado tres días antes.

Buckingham, que se había quedado solo, se acercó a un espejo. Aquel vestido de mosquetero le iba de maravilla.

A los treinta y cinco años que entonces tenía, pasaba, y con razón, por el gentilhombre más hermoso y por el caballero más elegante de Francia y de Inglaterra.

Favorito de dos reyes, rico en millones, todopoderoso en el reino que agitaba según su fantasía y calmaba a su capricho, Georges Villiers, duque de Buckingham, había emprendido una de esas existencias fabulosas que quedan en el curso de los siglos como asombro para la posteridad.

Por eso, seguro de sí mismo, convencido de su poder, cierto de que las leyes que rigen a los demás hombres no podían alcanzarlo, iba derecho al fin que se había fijado, por más que ese fin fuera tan elevado y tan deslumbrante que para cualquier otro sólo mirarlo habría sido locura. Así es como había conseguido acercarse varias veces a la bella y orgullosa Ana de Austria y hacerse amar a fuerza de deslumbramiento.

Georges Villiers se situó, pues, ante un espejo, como hemos dicho, devolvió a su bella cabellera rubia las ondulaciones que el peso del sombrero le había hecho perder, se atusó su mostacho, y con el corazón todo henchido de alegría, feliz y

orgulloso de alcanzar el momento que durante tanto tiempo había deseado, se sonrió a sí mismo de orgullo y de esperanza.

En aquel momento, una puerta oculta en la tapicería se abrió y apareció una mujer. Buckingham vio aquella aparición en el cristal; lanzó un grito, ¡era la reina!

Ana de Austria tenía entonces veintiséis o veintisiete años, es decir, se encontraba en todo el esplendor de su belleza.

Su caminar era el de una reina o de una diosa; sus ojos, que despedían reflejos de esmeralda, eran perfectamente bellos, y al mismo tiempo llenos de dulzura y de majestad.

Su boca era pequeña y bermeja y aunque su labio inferior, como el de los príncipes de la Casa de Austria, sobresalía ligeramente del otro, era eminentemente graciosa en la sonrisa, pero también profundamente desdeñosa en el desprecio.

Su piel era citada por su suavidad y su aterciopelado, su mano y sus brazos eran de una belleza sorprendente y todos los poetas de la época los cantaban como incomparables.

Finalmente, sus cabellos, que de rubios que eran en su juventud se habían vuelto castaños, y que llevaba rizados, muy claros y con mucho polvo, enmarcaban admirablemente su rostro, en el que el censor más rígido no hubiera podido desear más que un poco menos de rouge, y el escultor más exigente sólo un poco más de finura en la nariz.

Buckingham permaneció un instante deslumbrado; jamás Ana de Austria le había parecido tan bella en medio de los bailes, de las fiestas, de los carruseles como le pareció en aquel momento, vestida con un simple vestido de satén

blanco y acompañada de doña Estefanía, la única de sus mujeres españolas que no había sido expulsada por los celos del rey y por las persecuciones de Richelieu.

Ana de Austria dio dos pasos hacia adelante; Buckingham se precipitó a sus rodillas y, antes de que la reina hubiera podido impedírselo, besó los bajos de su vestido.

—Duque, ya sabéis que no he sido yo quien os ha hecho escribir.

—¡Oh! Sí, señora, sí, vuestra majestad —exclamó el duque—, sé que he sido un loco, un insensato por creer que la nieve se animaría, que el mármol se calentaría; mas, ¿qué queréis? Cuando se ama se cree fácilmente en el amor; además, no he perdido todo en este viaje, puesto que os veo.

—Sí —respondió Ana—, pero debéis saber por qué y cómo os veo, milord. Os veo por piedad hacia vos mismo; os veo porque, insensible a todas mis penas, os habéis obstinado en permanecer en una ciudad en la que, permaneciendo, corréis riesgo de la vida y me hacéis a mí correr el riesgo de mi honor; os veo para deciros que todo nos separa, las profundidades del mar, la enemistad de los reinos, la santidad de los juramentos.

Es sacrilegio luchar contra tantas cosas, milord. Os veo, en fin para deciros que no tenemos que vernos más.

—Hablad, señora; hablad, reina —dijo Buckingham—; la dulzura de vuestra voz cubre la dureza de vuestras palabras. ¡Vos habláis de sacrilegio! Pero el sacrilegio está en la separación de corazones que Dios había formado el uno para el otro.

—Milord —exclamó la reina—, olvidáis que nunca os he dicho que os amaba.

—Pero jamás me habéis dicho que no me amarais; y, realmente, decirme semejantes palabras, sería por parte de vuestra majestad una ingratitud demasiado grande. Porque, decidme, ¿dónde encontráis un amor semejante al mío, un amor que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desesperación pueden apagar, un amor que se contenta con una cinta extraviada, con una mirada perdida, con una palabra escapada? Hace tres años, señora, que os vi por primera vez, y desde hace tres años os amo así. ¿Queréis que os diga cómo estabais vestida la primera vez que os vi? ¿Queréis que detalle cada uno de los adornos de vuestro tocado? Mirad, aún lo veo; estabais sentada en un cojín cuadrado, a la moda de España; teníais un vestido de satén verde con brocados de oro y de plata; las mangas colgantes y anudadas sobre vuestros bellos brazos, sobre esos brazos admirables, con gruesos diamantes; teníais una gorguera cerrada, un pequeño bonete sobre vuestra cabeza del color de vuestro vestido, y sobre ese bonete una pluma de garza. ¡Oh! Mirad, mirad, cierro los

ojos y os veo tal cual erais entonces; los abro y os veo cual sois ahora, es decir,

¡cien veces más bella aún!

—¡Qué locura! —murmuró Ana de Austria, que no tenía el valor de admitirle al duque haber conservado tan bien su retrato en su corazón—. ¡Qué locura alimentar una pasión inútil con semejantes recuerdos!

—¿Y con qué queréis entonces que yo viva? Yo no tengo más que recuerdos. Es mi felicidad, es mi tesoro, es mi esperanza. Cada vez que os veo, es un diamante más que guardo en el escriño de mi corazón. Este es el cuarto que vos dejáis caer y que yo recojo; porque en tres años, señora, no os he visto más que cuatro veces: esa primera de que acabo de hablaros, la segunda en casa de la señora de Chevreuse, la tercera en los jardines de Amiens.

—Duque —dijo la reina ruborizándose— no habléis de esa noche.

—¡Oh! Al contrario, hablemos, señora, hablemos de ella; es la noche feliz y resplandeciente de mi vida. ¿Os acordáis de la bella noche que hacía? ¡Cuán dulce y perfumado era el aire, cuán azul el cielo todo esmaltado de estrellas!

¡Ah! Aquella vez, señora, pude estar un instante a solas con vos; aquella vez vos estabais dispuesta a decirme todo: el aislamiento de vuestra vida, las penas de vuestro corazón. Vos

estabais apoyada en mi brazo, mirad, en éste. Al inclinar mi cabeza a vuestro lado, yo sentía vuestros hermosos cabellos rozar mi rostro, y cada vez que me rozaban yo temblaba de la cabeza a los pies. ¡Oh, reina, reina! ¡Oh! No sabéis cuánta felicidad del cielo, cuánta alegría del paraíso hay encerradas en un momento semejante. Mirad, mis bienes, mi fortuna, mi gloria, ¡todos los días que me quedan por vivir a cambio de un momento semejante y de una noche parecida! Porque esa noche, señora, esa noche vos me amabais, os lo juro.

—Milord, es posible, sí, que la influencia del lugar, que el encanto de aquella hermosa noche, que la fascinación de vuestra mirada, que esas mil circunstancias, en fin, que se juntan a veces para perder a una mujer, se hayan agrupado en torno mío en aquella noche fatal; pero ya lo visteis, milord; la reina vino en ayuda de la mujer que flaqueaba: a la primera palabra que osasteis decir, a la primera osadía a la que tuve que responder, pedí ayuda.

—¡Oh! Sí, sí, eso es cierto, y cualquier otro amor distinto al mío habría sucumbido a esa prueba; pero mi amor, en mi caso, ha salido de ella ardiente y más eterno. Creísteis huir de mí volviendo a París, creísteis que no osaría abandonar el tesoro que mi amo me había encargado vigilar. ¡Ah, qué me importan a mí todos los tesoros del mundo ni todos los reyes de la tierra! Ocho días después, yo estaba de regreso, señora. Y esa vez, nada tuvisteis que decirme: yo había arriesgado mi favor, mi

vida, por veros un segundo, no toqué siquiera vuestra mano, y vos me perdonasteis al verme tan sometido y arrepentido.

—Sí, pero la calumnia se ha apoderado de todas esas locuras en las que yo no contaba para nada, y vos lo sabéis bien, milord. El rey, excitado por el señor cardenal, organizó un escándalo terrible: la señora de Vernet ha sido echada, Putange exiliado, la señora de Chevreuse ha caído en desgracia, y cuando vos quisisteis volver como embajador de Francia, recordad, milord, que el rey mismo se opuso.

—Sí, y Francia va a pagar con una guerra el rechazo de su rey. Yo no puedo veros, señora; pues bien, quiero que cada día oigáis hablar de mí. ¿Qué otro objetivo pensáis que han tenido esa expedición de Ré y esa liga con los protestantes de la Rochelle que proyecto? ¡El placer de veros! No tengo la esperanza de penetrar a mano armada hasta París, lo sé de sobra; pero esta guerra podrá llevar a una paz, esa paz necesitará un negociador, ese negociador seré yo. Entonces no se atreverán a rechazarme, y volveré a París, y os veré, y seré feliz un instante. Cierto que miles de hombres habrán pagado mi dicha con su vida; pero ¿qué me importaría a mí, dado que os vuelvo a ver? Todo esto es quizá muy loco, quizá muy insensato; pero decidme, ¿qué mujer tiene un amante más enamorado? ¿Qué reina ha tenido un servidor más ardiente?

—Milord, milord, invocáis para vuestra defensa cosas que os acusan incluso; milord, todas esas pruebas de amor que queréis darme son casi crímenes.

—Porque vos no me amáis, señora; si me amaseis, todo esto lo veríais de otro modo; si me amaseis, ¡oh!, si vos me amaseis sería demasiada felicidad y me volvería loco. ¡Ah! La señora de Chevreuse, de la que hace un momento hablabais, la señora de Chevreuse ha sido menos cruel que vos; Holland la amó y ella respondió a su amor.

—La señora de Chevreuse no era reina —murmuró Ana de Austria, vencida a pesar suyo por la expresión de un amor tan profundo.

—¿Me amaríais entonces si no lo fuerais, señora, decid, me amaríais entonces? ¿Puedo, pues, creer que es la dignidad sola de vuestro rango la que os hace cruel para mí? ¿Puedo, pues, creer que si vos hubierais sido la señora de Chevreuse, el pobre Buckingham habría podido esperar? Gracias por esas dulces palabras, mi bella Majestad, cien veces gracias.

—¡Ah! Milord, habéis entendido mal, habéis interpretado mal; yo no he querido decir...

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo el duque—. Si yo soy feliz por un error, no tengáis la crueldad de quitármelo. Lo habéis dicho vos misma, se me ha atraído a una trampa, tal vez deje mi vida en ella porque, mirad, es extraño, pero desde hace algún tiempo tengo presentimientos de que voy a morir —y el

duque sonrió con una sonrisa triste y encantadora a la vez.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ana de Austria con un acento de terror que probaba que sentía por el duque un interés mayor del que quería confesar.

—No os digo esto para asustaros, señora, no; es incluso ridículo lo que os digo, y creedme que no me preocupo nada por semejantes sueños. Pero esa palabra que acabáis de decirme, esa esperanza que casi me habéis dado, lo habrá pagado todo, incluso mi vida.

—¡Y bien! —dijo Ana de Austria—. Yo también, duque, tengo presentimientos, también yo tengo sueños. He soñado que os veía tendido, sangrando, víctima de una herida.

—¿En el lado izquierdo, no es verdad, con un cuchillo? —interrumpió Buckingham.

—Sí, eso es, milord, eso es, en el lado izquierdo, con un cuchillo. ¿Quién ha podido deciros que yo había tenido ese sueño? No lo he confiado más que a Dios, e incluso en mis plegarias.

—No quiero más, y vos me amáis, señora, está claro.

—¿Que yo os amo?

—Sí, vos. ¿Os enviaría Dios los mismos sueños que a mí si no me amaseis? ¿Tendríamos los mismos presentimientos si nuestras dos existencias no estuvieran en contacto por el corazón? Vos me amáis, oh, reina, y ¿me lloraréis?

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Ana de Austria—. Es más de lo que puedo soportar. Mirad, duque, en el nombre del cielo, partid, retiraos; no sé si os amo o si no os amo, pero lo que sé es que no seré perjura. Tened, pues, piedad de mí y partid. ¡Oh! Si fuerais herido en Francia, si murieseis en Francia, si pudiera suponer que vuestro amor por mí fue causa de vuestra muerte, no me consolaría jamás, me volvería loca por ello. Partid, pues, partid, os lo suplico.

—¡Oh, qué bella estáis así! ¡Cuánto os amo! —dijo Buckingham.

—¡Partid, partid! Os lo suplico, y volved más tarde; volved como embajador, volved como ministro, volved rodeado de guardias que os defiendan, de servidores que vigilen por vos, y entonces no temeré más por vuestra vida y sentiré dicha en volveros a ver.

—¡Oh! ¿Es cierto lo que me decís?

—Sí…

—Pues entonces, una prenda de vuestra indulgencia, un objeto que venga

de vos y que me recuerde que no he tenido un sueño; algo que vos hayáis llevado y que yo pueda llevar a mi vez, un anillo, un collar, una cadena.

—¿Y os iréis, os iréis si os doy lo que me pedís?

—Sí.

—¿En el mismo momento?

—Sí.

—¿Abandonaréis Francia, volveréis a Inglaterra?

—Sí, os lo juro.

—Esperad, entonces, esperad.

Y Ana de Austria regresó a sus habitaciones y salió casi al momento, llevando en la mano un pequeño cofre de palo de rosa con sus iniciales, incrustado de oro.

—Tomad, milord duque —dijo—, guardad esto en recuerdo mío. Buckingham tomó el cofre y cayó por segunda vez de rodillas.

—Me habíais prometido iros —dijo la reina.

—Y mantengo mi palabra. Vuestra mano, vuestra mano, señora, y me voy.

Ana de Austria tendió su mano cerrando los ojos y apoyándose con la otra en Estefanía, porque sentía que las fuerzas iban a faltarle.

Buckingham apoyó con pasión sus labios sobre aquella bella mano; luego, al alzarse, dijo:

—Si antes de seis meses no estoy muerto, os habré visto, señora, aunque tenga que desquiciar el mundo para ello.

Y, fiel a la promesa hecha, se lanzó fuera de la habitación.

En el corredor encontró a la señora Bonacieux que lo esperaba y que, con las mismas precauciones y la misma fortuna, volvió a conducirlo fuera del Louvre.

C A P Í T U L O XIII

El señor Bonacieux

Como se ha podido observar, en todo esto había un personaje que, pese a su posición, no había parecido inquietarse más que a medias; este personaje

era el señor Bonacieux, respetable mártir de las intrigas políticas y amorosas que tan bien se encadenaban unas a otras, en aquella época a la vez tan caballeresca y tan galante.

Afortunadamente —lo recuerde el lector o no lo recuerde—, afortunadamente hemos prometido no perderlo de vista.

Los esbirros que lo habían detenido lo condujeron directamente a la Bastilla, donde, todo tembloroso, se le hizo pasar por delante de un pelotón de soldados que cargaban sus mosquetes.

Allí, introducido en una galería semisubterránea, fue objeto, por parte de quienes lo habían llevado, de las más groseras injurias y del más feroz trato. Los esbirros veían que no se las habían con un gentilhombre, y lo trataban como a verdadero patán.

Al cabo de media hora aproximadamente, un escribano vino a poner fin a sus torturas, pero no a sus inquietudes, dando la

orden de conducir al señor Bonacieux a la cámara de interrogatorios. Generalmente se interrogaba a los prisioneros en sus casas, pero con el señor Bonacieux no se guardaban tantas formas.

Dos guardias se apoderaron del mercero, le hicieron atravesar un patio, le hicieron adentrarse por un corredor en el que había tres centinelas, abrieron una puerta y lo empujaron en una habitación baja, donde por todo mueble no había más que una mesa, una silla y un comisario.

El comisario estaba sentado en la silla y se hallaba ocupado escribiendo algo sobre la mesa. Los dos guardias condujeron al prisionero ante la mesa y, a una señal del comisario, se alejaron fuera del alcance de la voz.

El comisario, que hasta entonces había mantenido la cabeza inclinada sobre sus papeles, la alzó para ver con quién tenía que habérselas. Aquel comisario era un hombre de facha repelente, la nariz puntiaguda, las mejillas amarillas y salientes, los ojos pequeños pero investigadores y vivos, y la fisonomía tenía al mismo tiempo algo de garduña y de zorro. Su cabeza sostenida por un cuello largo y móvil, salía de su amplio traje negro balanceándose con un movimiento casi parecido al de la tortuga cuando saca su cabeza fuera de su caparazón.

Comenzó por preguntar al señor Bonacieux sus apellidos y su nombre, su edad, su estado y su domicilio.

El acusado respondió que se llamaba Jacques-Michel Bonacieux, que tenía cincuenta y un años, mercero retirado, y que vivía en la calle des Fossoyeurs, número 11.

Entonces el comisario, en lugar de continuar interrogándole, le soltó un

largo discurso sobre el peligro que corre un burgués oscuro mezclándose en asuntos públicos.

Complicó este exordio con una exposición en la que contó el poder y los actos del señor cardenal, aquel ministro incomparable, aquel triunfador de los ministros pasados, aquel ejemplo de los ministros futuros: actos y poder a los que nadie se oponía impunemente.

Después de esta segunda parte de su discurso, fijando su mirada de gavilán sobre el pobre Bonacieux, lo invitó a reflexionar sobre la gravedad de la situación.

Las reflexiones del mercero estaban ya hechas; lanzaba pestes contra el momento en que el señor de La Porte había tenido la idea de casarlo con su ahijada, y sobre todo contra el momento en que esta ahijada había sido admitida como costurera de la reina.

El fondo del carácter de maese Bonacieux era un profundo egoísmo mezclado a una avaricia sórdida todo ello sazonado con una cobardía extrema. El amor que le había inspirado su

joven mujer, por ser un sentimiento totalmente secundario, no podía luchar con los sentimientos primitivos que acabamos de enumerar.

Bonacieux reflexionó, en efecto, sobre lo que acababan de decirle.

—Pero, señor comisario —dijo tímidamente—, estad seguro de que conozco y aprecio más que nadie el mérito de la incomparable Eminencia por la que tenemos el honor de ser gobernados.

—¿De verdad? —preguntó el comisario con aire de duda—. Si realmente fuera así, ¿cómo es que estáis en la Bastilla?

—Cómo estoy, o mejor, por qué estoy —replicó el señor Bonacieux—, eso es lo que me es completamente imposible deciros, dado que yo mismo lo ignoro; pero a buen seguro no es por haber contrariado, conscientemente al menos, al señor cardenal.

—Sin embargo, es preciso que hayáis cometido un crimen, puesto que estáis aquí acusado de alta traición.

—¡De alta traición! —exclamó Bonacieux—. ¡De alta traición! ¿Y cómo queréis vos que un pobre mercero que detesta a los hugonotes y que aborrece a los españoles esté acusado de alta traición? Reflexionad, señor, es materialmente imposible.

—Señor Bonacieux —dijo el comisario mirando al acusado como si sus pequeños ojos tuvieran la facultad de leer hasta lo más profundo de los corazones—, señor Bonacieux, ¿tenéis mujer?

—Sí, señor —respondió el mercero todo temblando, sintiendo que ahí era donde el asunto iba a embrollarse—; es decir, la tenía.

—¿Cómo? ¡La teníais! ¿Pues qué habéis hecho de ella, si ya no la tenéis?

—Me la han raptado, señor.

—¿Os la han raptado? —prosiguió el comisario—. ¿Y sabéis quién es el hombre que ha cometido ese rapto?

—Creo conocerlo.

—¿Quién es?

—Pensad que yo no afirmo nada, señor comisario, y que yo sólo sospecho.

—¿De quién sospecháis? Veamos, responded con franqueza.

El señor Bonacieux se hallaba en la mayor perplejidad: ¿debía negar todo o decir todo? Negando todo, podría creerse que sabía demasiado para confesar; diciendo todo, daba prueba de buena voluntad. Se decidió por tanto a decirlo todo.

—Sospecho —dijo— de un hombre alto, moreno, de buen aspecto, que tiene todo el aire de un gran señor; nos ha seguido

varias veces, según me ha parecido, cuando iba a esperar a mi mujer al postigo del Louvre para llevarla a casa.

El comisario pareció experimentar cierta inquietud.

—¿Y su nombre? —dijo.

—¡Oh! En cuanto a su nombre, no sé nada, pero si alguna vez lo vuelvo a encontrar lo reconoceré al instante, os respondo de ello, aunque fuera entre mil personas.

La frente del comisario se ensombreció.

—¿Lo reconoceríais entre mil, decís? —continuo.

—Es decir —prosiguió Bonacieux, que vio que había ido descaminado—, es decir…

—Habéis respondido que lo reconoceríais —dijo el comisario—; está bien, basta por hoy; antes de que sigamos adelante es preciso que alguien sea prevenido de que conocéis al raptor de vuestra mujer.

—Pero yo no os he dicho que le conociese —exclamó Bonacieux desesperado—. Os he dicho, por el contrario…

—Llevaos al prisionero —dijo el comisario a los dos guardias.

—¿Y dónde hay que conducirlo? —preguntó el escribano.

—A un calabozo.

—¿A cuál?

—¡Oh, Dios mío! Al primero que sea, con tal que cierre bien —respondió el comisario con una indiferencia que llenó de horror al pobre Bonacieux.

—¡Ay! ¡Ay! —se dijo—. La desgracia ha caído sobre mi cabeza; mi mujer habrá cometido algún crimen espantoso; me creen su cómplice, y me castigarán con ella; ella habrá hablado, habrá confesado que me había dicho todo; una mujer, ¡es tan débil! ¡Un calabozo, el primero que sea! ¡Eso es! Una noche pasa pronto; y mañana a la rueda, a la horca. ¡Oh, Dios mío! ¡Tened piedad de mí!

Sin escuchar para nada las lamentaciones de maese Bonacieux, lamentaciones a las que por otra parte debían estar acostumbrados, los dos guardias cogieron al prisionero por un brazo y se lo llevaron, mientras el comisario escribía deprisa una carta que su escribano esperaba.

Bonacieux no pegó ojo, y no porque su calabozo fuera demasiado desagradable, sino porque sus inquietudes eran demasiado grandes. Permaneció toda la noche sobre su taburete, temblando al menor ruido; y cuando los primeros rayos del día se deslizaron en la habitación, la aurora le pareció haber tornado tintes fúnebres.

De golpe oyó correr los cerrojos, y tuvo un sobresalto terrible. Creía que venían a buscarlo para conducirlo al cadalso; así, cuando vio pura y simplemente aparecer, en lugar del verdugo

que esperaba, a su comisario y su escribano de la víspera, estuvo a punto de saltarles al cuello.

—Vuestro asunto se ha complicado desde ayer por la noche, buen hombre

—le dijo el comisario—, y os aconsejo decir toda la verdad; porque solo vuestro arrepentimiento puede aplacar la cólera del cardenal.

—Pero si yo estoy dispuesto a decir todo —exclamó Bonacieux—, al menos todo lo que sé. Interrogad, os lo suplico.

—Primero, ¿dónde está vuestra mujer?

—Pero si ya os he dicho que me la habían raptado.

—Sí, pero desde ayer a las cinco de la tarde, gracias a vos, se ha escapado.

—¡Mi mujer se ha escapado! —exclamó Bonacieux—. ¡Oh, la desgraciada! Señor si se ha escapado, no es culpa mía os lo juro.

—¿Qué fuisteis, pues, a hacer a casa del señor D'Artagnan, vuestro vecino, con el que tuvisteis una larga conferencia durante el día?

—¡Ah! Sí, señor comisario, sí, eso es cierto, y confieso que me equivoqué.

Estuve en casa del señor D'Artagnan.

—¿Cuál era el objeto de esa visita?

—Pedirle que me ayudara a encontrar a mi mujer. Creía que tenía derecho a reclamarla; me equivocaba, según parece, y por eso os pido perdón.

—¿Y qué respondió el señor D'Artagnan?

—El señor D'Artagnan me prometió su ayuda; pero pronto me di cuenta de que me traicionaba.

—¡Os burláis de la justicia! El señor D'Artagnan ha hecho un pacto con vos y, en virtud de ese pacto, él ha puesto en fuga a los hombres de policía que habían detenido a vuestra mujer, y la ha sustraído a todas las investigaciones.

—¡El señor D'Artagnan ha raptado a mi mujer! ¡Vaya! Pero ¿qué me decís?

—Por suerte, D'Artagnan está en nuestras manos, y vais a ser careado con

él.

—¡Ah! A fe que no pido otra cosa —exclamó Bonacieux—, no me

molestará ver un rostro conocido.

—Haced entrar al señor D'Artagnan —dijo el comisario a los dos guardias. Los dos guardias hicieron entrar a Athos.

—Señor D'Artagnan —dijo el comisario dirigiéndose a Athos—, declarad lo que ha pasado entre vos y el señor.

—¡Pero —exclamó Bonacieux— si no es el señor D'Artagnan ése que me mostráis!

—¡Cómo! ¿No es el señor D'Artagnan? —exclamó el comisario.

—En modo alguno —respondió Bonacieux.

—¿Cómo se llama el señor? —preguntó el comisario.

—No puedo decíroslo, no lo conozco.

—¡Cómo! ¿No lo conocéis?

—No.

—¿No lo habéis visto jamás?

—Sí, lo he visto, pero no sé cómo se llama.

—¿Vuestro nombre? —preguntó el comisario.

—Athos —respondió el mosquetero.

—Pero eso no es un nombre de hombre, ¡eso es un nombre de montaña! — exclamó el pobre interrogador, que comenzaba a perder la cabeza.

—Es mi nombre —dijo tranquilamente Athos.

—Pero vos habéis dicho que os llamabais D'Artagnan.

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Veamos, cuando me han dicho: «Vos sois el señor D’Artagnan», yo he respondido: «¿Lo creéis así?». Mis guardias han exclamado que estaban seguros. Yo no he querido contrariarlos. Además, yo podía equivocarme.

—Señor, insultáis a la majestad de la justicia.

—De ningún modo —dijo tranquilamente Athos.

—Vos sois el señor D’Artagnan.

—Como veis, sois vos el que aún me lo decís.

—Pero —exclamó a su vez el señor Bonacieux— os digo, señor comisario, que no tengo la más mínima duda. El señor D’Artagnan es mi huésped, y en consecuencia, aunque no me pague mis alquileres, y precisamente por eso, debo conocerlo. El señor D’Artagnan es un joven de diecinueve a veinte años apenas, y este señor tiene treinta por lo menos. El señor D’Artagnan está en los guardias del señor Des Essarts, y este señor está en la compañía de los mosqueteros del señor de Tréville: mirad el uniforme, señor comisario, mirad el uniforme.

—Es cierto —murmuró el comisario—; es malditamente cierto.

En aquel momento la puerta se abrió de golpe, y un mensajero, introducido por uno de los carceleros de la Bastilla, entregó una carta al comisario.

—¡Oh, la desgraciada! —exclamó el comisario.

—¿Cómo? ¿Qué decís? ¿De quién habláis? ¡Espero que no sea de mi mujer!

—Al contrario, es de ella. Bonito asunto el vuestro.

—¡Vaya! —exclamó el mercero exasperado—. Haced el favor de decirme, señor, cómo ha podido empeorar por lo que mi mujer haya hecho mientras yo estoy en prisión.

—Porque lo que ha hecho es la consecuencia de un plan tramado entre vosotros, un plan infernal.

—Os juro, señor comisario, que estáis en el más profundo error; que yo no

sé nada de nada de lo que debía hacer mi mujer, que soy completamente extraño a lo que ella ha hecho y, que si ella ha hecho tonterías, reniego de ella, la desmiento, la maldigo.

—¡Bueno! —dijo Athos al comisario—. Si ya no tenéis necesidad de mí aquí, enviadme a alguna parte; vuestro señor Bonacieux es irritante.

—Volved a llevar a los prisioneros a sus calabozos —dijo el comisario señalando con el mismo gesto a Athos y a Bonacieux—, que sean guardados con mayor severidad que nunca.

—Sin embargo —dijo Athos con su calma habitual—, si vos estáis buscando al señor D'Artagnan, no veo demasiado bien en qué puedo yo reemplazarlo.

—¡Haced lo que he dicho! —exclamó el comisario—. Y en el secreto más absoluto. ¡Ya habéis oído!

Athos siguió a sus guardias encogiéndose de hombros, y el señor Bonacieux lanzando lamentaciones capaces de ablandar el corazón de un tigre.

Llevaron al mercero al mismo calabozo en que había pasado la noche, y lo dejaron solo toda la jornada. Durante toda la jornada el señor Bonacieux lloró como un verdadero mercero, dado que no era un hombre de espada, tal como él mismo nos ha dicho.

Por la noche, hacia las ocho, en el momento en que iba a decidirse a meterse en la cama, oyó pasos en su corredor. Aquellos pasos se acercaron a su calabozo, su puerta se abrió y aparecieron los guardias.

—Seguidme —dijo un exento que venía tras los guardias.

—¡Que os siga! —exclamó Bonacieux—. ¿Que os siga a esta hora? ¿Y adónde, Dios mío?

—Adonde tenemos orden de llevaros.

—Pero eso no es una respuesta.

—Sin embargo, es la única que podemos daros.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —murmuró el pobre mercero—. Esta vez sí que estoy perdido.

Y siguió maquinalmente y sin resistencia a los guardias que venían a buscarlo.

Tomó el mismo corredor que ya había tomado, atravesó un primer patio, luego un segundo cuerpo de edificios; finalmente, a la puerta del patio de entrada, encontró un coche rodeado de cuatro guardias a caballo. Lo hicieron subir en aquel coche, el exento se colocó tras él, cerraron la portezuela con

llave, y los dos se encontraron en una prisión rodante.

El coche se puso en movimiento, lento como un carromato fúnebre. A través de la reja cerrada con candado, el prisionero veía las casas y el camino, eso era todo; pero, como auténtico parisiense que era, Bonacieux reconocía cada calle por los guardacantones, por las muestras, por los reverberos. En el momento de llegar a Saint-Paul, lugar donde se ejecutaba a los condenados de la Bastilla, estuvo a punto de desvanecerse y se persignó dos veces. Había creído que el coche debía detenerse allí. Sin embargo, el coche siguió.

Más lejos, un gran terror lo invadió otra vez. Fue al bordear el cementerio de Saint-Jean, donde se enterraba a los criminales de Estado. Sólo una cosa lo tranquilizó algo, y es que antes de enterrarlos se les cortaba por regla general la cabeza, y su cabeza estaba aún sobre sus hombros. Pero cuando vio que el coche tomaba la ruta de la Grève, cuando vio los techos picudos del Ayuntamiento, cuando el coche se adentró bajo la arcada, creyó que todo había terminado para él, quiso confesarse con el exento, y, tras su negativa, lanzó gritos tan

lastimeros que el exento le anunció que, si seguía ensordeciéndole así, le pondría una mordaza.

Aquella amenaza tranquilizó algo a Bonacieux: si hubieran tenido que ejecutarlo en Grève, no merecía la pena amordazarlo, porque estaban a punto de llegar al lugar de la ejecución. En efecto, el coche cruzó la plaza fatal sin detenerse. Ya sólo quedaba que temer la Croix-du-Trahoir; precisamente el coche tomó el camino de ella.

Esta vez no había duda, era la Croix-du-Trahoir, donde se ejecutaba a los criminales subalternos. Bonacieux se había jactado creyéndose digno de Saint- Paul o de la plaza de Grève: ¡era en la Croix-du-Trahoir donde iban a terminar su viaje y su destino! No podía ver todavía aquella maldita cruz, pero la sentía en cierto modo venir a su encuentro. Cuando no estuvo más que a una veintena de pasos, oyó un rumor y el coche se detuvo. Era más de lo que podía soportar el pobre Bonacieux, ya derrumbado por las sucesivas emociones que había experimentado; lanzó un débil gemido, que hubiera podido tomarse por el último suspiro de un moribundo, y se desvaneció.

C A P Í T U L O XIV

El hombre de Meung

Aquella reunión era producida no por la espera de un hombre al que debían colgar, sino por la contemplación de un ahorcado.

El coche, detenido un instante, prosiguió, pues, su marcha, atravesó la

multitud, continuó su camino, enfiló la calle Saint-Honoré, volvió la calle des Bons-Enfants y se detuvo ante una puerta baja.

La puerta se abrió, dos guardias recibieron en sus brazos a Bonacieux, sostenido por el exento; lo metieron por una avenida, lo hicieron subir una escalera y lo depositaron en una antecámara.

Todos estos movimientos eran realizados por él de una forma maquinal.

Había andado como se anda en sueños; había entrevisto los objetos a través de una niebla; sus oídos habían percibido los sonidos sin comprenderlos; hubieran podido ejecutarlo en aquel momento sin que él hubiera hecho un gesto para emprender su defensa, sin que hubiera lanzado un grito para implorar piedad.

Permaneció, pues, sentado de este modo en la banqueta, con la espalda apoyada en la pared y los brazos colgantes, en la misma postura en que los guardias lo habían depositado.

Sin embargo, como al mirar en torno suyo no viese ningún objeto amenazador, como nada indicase que corría un peligro real, como la banqueta estaba convenientemente blanda, como la pared estaba recubierta de hermoso cuero de Córdoba, como grandes cortinas de damasco rojo flotaban ante la ventana, retenidas por alzapaños de oro, comprendió poco a poco que su terror era exagerado, y comenzó a mover la cabeza de derecha a izquierda y de arriba abajo.

Con este movimiento, al que nadie se opuso, recuperó algo de valor y se arriesgó a encoger una pierna, luego la otra; por fin, ayudándose de sus dos manos, se levantó de la banqueta y se encontró sobre sus pies.

En aquel momento, un oficial de buen aspecto abrió una portezuela, continuó cambiando aún algunas palabras con una persona que se encontraba en la habitación vecina y, volviéndose hacia el prisionero, dijo:

—¿Sois vos quien se llama Bonacieux?

—Sí, señor oficial —balbuceó el mercero, más muerto que vivo—, para serviros.

—Entrad —dijo el oficial.

Y se echó a un lado para que el mercero pudiera pasar. Aquel obedeció sin réplica y entró en la habitación en la que parecía ser esperado.

Era un gran gabinete, de paredes adornadas con armas ofensivas y defensivas, cerrado y sofocante, y en el que ya había fuego aunque todavía apenas fuera a finales del mes de septiembre. Una mesa cuadrada, cubierta de libros y papeles sobre los que había, desenrollado, un piano inmenso de la

ciudad de La Rochelle, estaba en medio de la pieza.

De pie ante la chimenea estaba un hombre de mediana talla, de aspecto altivo y orgulloso, de ojos penetrantes, de frente amplia, de rostro enteco que alargaba más incluso una perilla coronada por un par de mostachos. Aunque aquel hombre tuviera de treinta y seis a treinta y siete años apenas, pelo, mostacho y perilla iban agrisándose. Aquel hombre, menos la espada, tenía todo el aspecto de un hombre de guerra, y sus botas de búfalo, aún ligeramente cubiertas de polvo, indicaban que había montado a caballo durante el día.

Aquel hombre era Armand-Jean Duplessis, cardenal de Richelieu, no tal como nos lo representaran cascado como un viejo, sufriendo como un mártir, el cuerpo quebrado, la voz apagada, enterrado en un gran sillón como en una tumba anticipada que no viviera más que por la fuerza de un genio ni sostuviera la lucha con Europa más que con la eterna

aplicación de su pensamiento sino tal cual era realmente en esa época, es decir, diestro y galante caballero débil de cuerpo ya, pero sostenido por esa potencia moral que hizo de él uno de los hombres más extraordinarios que hayan existido; preparándose, en fin, tras haber sostenido al duque de Nevers en su ducado de Mantua, tras haber tomado Nîmes, Castres y Uzes, a expulsar a los ingleses de la isla de Ré y a sitiar La Rochelle.

A primera vista, nada denotaba, pues, al cardenal y era imposible a quienes no conocían su rostro adivinar ante quién se encontraban.

El pobre mercero permaneció de pie a la puerta, mientras los ojos del personaje que acabamos de describir se fijaban en él y parecían penetrar hasta el fondo del pasado.

—¿Está ahí ese Bonacieux? —pregunto tras un momento de silencio.

—Sí, monseñor —contestó el oficial.

—Esta bien, dadme esos papeles y dejadnos.

El oficial cogió de la mesa los papeles señalados, los entregó a quien se los pedía, se inclinó hasta el suelo y salió.

Bonacieux reconoció en aquellos papeles sus interrogatorios de la Bastilla. De vez en cuando, el hombre de la chimenea alzaba los ojos por encima de la escritura y los hundía como dos puñales hasta el fondo del corazón del pobre mercero.

Al cabo de diez minutos de lectura y de diez segundos de examen, el cardenal se había decidido.

—Esa cabeza no ha conspirado nunca —murmuró—; pero no importa, veamos de todas formas.

—Estáis acusado de alta traición —dijo lentamente el cardenal.

—Es lo que ya me han informado, monseñor —exclamó Bonacieux, dando a su interrogador el título que había oído al oficial darle—; pero yo os juro que no sabía nada de ello.

El cardenal reprimió una sonrisa.

—Habéis conspirado con vuestra mujer, con la señora de Chevreuse y con milord el duque de Buckingham.

—En realidad, monseñor —respondió el mercero—, he oído pronunciar todos esos nombres.

—¿Y en qué ocasión?

—Ella decía que el cardenal de Richelieu había atraído al duque de Buckingham a París para perderlo y para perder a la reina con él.

—¿Ella decía eso? —exclamó el cardenal con violencia.

—Sí, monseñor; pero yo le he dicho que se equivocaba por mantener tales opiniones, y que Su Eminencia era incapaz…

—Callaos, sois un imbécil —prosiguió el cardenal.

—Es precisamente eso lo que mi mujer me respondió, monseñor.

—¿Sabéis quién ha raptado a vuestra mujer?

—No, monseñor.

—Sin embargo, ¿tenéis sospechas?

—Sí, monseñor, pero esas sospechas han parecido contrariar al señor comisario y ya no las tengo.

—Vuestra mujer se ha escapado, ¿lo sabíais?

—No, monseñor, lo he sabido después de haber entrado en prisión, y siempre por la mediación del señor comisario, un hombre muy amable.

El cardenal reprimió una segunda sonrisa.

—Entonces, ¿ignoráis lo que ha sido de vuestra mujer después de su fuga?

—Completamente, monseñor; habrá debido volver al Louvre.

—A la una de la mañana no había vuelto aún.

—¡Ah Dios mío! Pero entonces ¿qué habrá sido de ella?

—Ya lo sabremos, estad tranquilo; nada se oculta al cardenal; el cardenal lo sabe todo.

—En tal caso, monseñor, ¿creéis que el cardenal consentirá en decirme qué ha ocurrido con mi mujer?

—Quizá; pero es preciso primero que confeséis todo lo que sepáis relativo a las relaciones de vuestra mujer con la señora de Chevreuse.

—Pero, monseñor, yo no sé nada; no la he visto nunca.

—Cuando ibais a buscar a vuestra mujer al Louvre, ¿volvía ella directamente a casa?

—Casi nunca tenía que ver a vendedores de tela, a cuyas casas yo la llevaba.

—¿Y cuántos vendedores de telas había?

—Dos, monseñor.

—¿Dónde viven?

—Uno en la calle de Vaugirard; el otro en la calle de La Harpe.

—¿Entrasteis en sus casas con ella?

—Nunca, monseñor; la esperaba a la puerta.

—¿Y qué pretexto os daba para entrar así completamente sola?

—No me lo daba; me decía que esperase, y yo esperaba.

—Sois un marido complaciente, mi querido señor Bonacieux — dijo el cardenal.

«¡Ella me llama su querido señor! —dijo para sí mismo el mercero—.

¡Diablos, las cosas van bien!».

—¿Reconoceríais esas puertas?

—Sí.

—¿Sabéis los números?

—¿Cuáles son?

—Número 25 en la calle de Vaugirard; número 75 en la calle de La Harpe.

—Está bien —dijo el cardenal.

A estas palabras, cogió una campanilla de plata y llamó; el oficial volvió a entrar.

—Idme a buscar a Rochefort —dijo a media voz—, y que venga inmediatamente si ha vuelto.

—El conde está ahí —dijo el oficial—, pide hablar al instante con Vuestra

Eminencia.

—¡Con Vuestra Eminencia! —murmuró Bonacieux, que sabía que tal era el título que ordinariamente se daba al señor cardenal—. ¡Con Vuestra Eminencia!

—¡Que venga entonces, que venga! —dijo vivamente Richelieu.

El oficial se lanzó fuera de la habitación con esa rapidez que ponían de ordinario todos los servidores del cardenal en obedecerle.

—¡Con Vuestra Eminencia! —murmuraba Bonacieux haciendo girar los ojos extraviados.

No habían transcurrido cinco segundos desde la desaparición del oficial, cuando la puerta se abrió y un nuevo personaje entró.

—¡Es él! —exclamó Bonacieux.

—¿Quién es él? —preguntó el cardenal.

—El que ha raptado a mi mujer.

El cardenal llamó por segunda vez. El oficial reapareció.

—Devolved este hombre a manos de sus dos guardias, y que espere a que yo lo llame ante mí.

—¡No, monseñor! ¡No, no es él! —exclamó Bonacieux—. No, me he equivocado, es otro que se le parece algo. El señor es un hombre honrado.

—Llevaos a este imbécil —dijo el cardenal.

El oficial cogió a Bonacieux por debajo del brazo y volvió a llevarlo a la antecámara donde encontró a sus dos guardias.

El nuevo personaje al que se acababa de introducir siguió con ojos de impaciencia a Bonacieux hasta que éste hubo salido, y cuando la puerta fue cerrada tras él, dijo aproximándose rápidamente al cardenal.

—Han sido vistos.

—¿Quiénes? —preguntó Su Eminencia.

—Ella y él.

—¿La reina y el duque? —exclamó Richelieu.

—Sí.

—¿Y dónde?

—En el Louvre.

—¿Estáis seguro?

—Completamente.

—¿Quién os lo ha dicho?

—La señora de Lannoy, que es completamente de Vuestra Eminencia, como sabéis.

—¿Por qué no lo ha dicho antes?

—Sea por casualidad o por desconfianza, la reina ha hecho acostarse a la señora de Fargis en su habitación, y la ha tenido allí toda la jornada.

—Está bien, hemos perdido. Tratemos de tomar nuestra revancha.

—Os ayudaré con toda mi alma, monseñor, estad tranquilo.

—¿Cuándo ha sido?

—A las doce y media de la noche, la reina estaba con sus mujeres...

—¿Dónde?

—En su cuarto de costura...

—Bien.

—Cuando han venido a entregarle un pañuelo de parte de su costurera…

—¿Después?

—Al punto la reina ha manifestado una gran emoción, y pese al rouge con que tenía el rostro cubierto, ha palidecido.

—¡Y después! ¡Después!

—Sin embargo, se ha levantado, y con voz alterada, ha dicho: «Señoras, esperadme diez minutos, luego vengo». Y ha abierto la puerta de su alcoba, y luego ha salido.

—¿Por qué la señora de Lannoy no ha venido a preveniros al instante?

—Nada era seguro todavía; además, la reina había dicho: «Señoras, esperadme»; y no se atrevía a desobedecer a la reina.

—¿Y cuánto tiempo ha estado la reina fuera de su cuarto?

—Tres cuartos de hora.

—¿La acompañaba alguna de sus mujeres?

—Doña Estefanía solamente.

—¿Y luego ha vuelto?

—Sí, pero para coger un pequeño cofre de palo de rosa con sus iniciales y salir en seguida.

—Y cuando ha vuelto más tarde, ¿traía el cofre?

—No.

—¿La señora de Lannoy sabía qué había en ese cofre?

—Sí, los herretes de diamantes que Su Majestad ha dado a la reina.

—¿Y ha vuelto sin ese cofre?

—Sí.

—¿La opinión de la señora de Lannoy es que se los ha entregado a Buckingham?

—Está segura.

—¿Y cómo?

—Durante el día, la señora de Lannoy, en su calidad de azafata de atavío de la reina, ha buscado ese cofre, se ha mostrado inquieta al no encontrarlo y ha terminado por pedir noticias a la reina.

—¿Y entonces, la reina?...

—La reina se ha puesto muy roja y ha respondido que por haber roto la víspera uno de sus herretes lo había enviado a reparar a su orfebre.

—Hay que pasar por él y asegurarse si la cosa es cierta o no.

—Ya he pasado.

—Y bien, ¿el orfebre?

—El orfebre no ha oído hablar de nada.

—¡Bien! ¡Bien! Rochefort, no todo está perdido, y quizá…, quizá todo sea para mejor.

—El hecho es que no dudo de que el genio de Vuestra Eminencia…

—Reparará las tonterías de mi guardia, ¿no es eso?

—Es precisamente lo que iba a decir si Vuestra Eminencia me hubiera dejado acabar mi frase.

—Ahora, ¿sabéis dónde se ocultaban la duquesa de Chevreuse y el duque de Buckingham?

—No, monseñor, mis gentes no han podido decirme nada positivo al respecto.

—Yo sí lo sé.

—¿Vos, monseñor?

—Sí, o al menos lo creo. Estaban el uno en la calle de Vaugirard, número 25, y la otra en la calle de La Harpe, número 75.

—¿Quiere Vuestra Eminencia que los haga arrestar a los dos?

—Será demasiado tarde, habrán partido.

—No importa, podemos asegurarnos.

—Tomad diez hombres de mis guardias y registrad las dos casas.

—Voy monseñor.

Y Rochefort se abalanzó fuera de la habitación.

El cardenal, ya solo, reflexionó un instante y llamó por tercera vez.

Apareció el mismo oficial.

—Haced entrar al prisionero —dijo el cardenal.

Maese Bonacieux fue introducido de nuevo y, a una seña del cardenal, el oficial se retiró.

—Me habéis engañado —dijo severamente el cardenal.

—¡Yo! —exclamó Bonacieux—. ¡Yo engañar a Vuestra Eminencia!

—Vuestra mujer, al ir a la calle de Vaugirard y a la calle de La Harpe, no iba a casa de vendedores de telas.

—¿Y adónde iba, santo cielo?

—Iba a casa de la duquesa de Chevreuse y a casa del duque de Buckingham.

—Sí —dijo Bonacieux echando mano de todos sus recursos—, sí, eso es, Vuestra Eminencia tiene razón. Muchas veces le he dicho a mi mujer que era sorprendente que vendedores de telas vivan en casas semejantes, en casas que no tenían siquiera muestras, y las dos veces mi mujer se ha echado a reír. ¡Ah, monseñor! —continuó Bonacieux arrojándose a los pies de la Eminencia—.

¡Ah! ¡Con cuánto motivo sois el cardenal, el gran cardenal, el hombre de genio al que todo el mundo reverencia!

El cardenal, por mediocre que fuera el triunfo alcanzado sobre un ser tan vulgar como era Bonacieux, no dejó de gozarlo durante un instante; luego, casi al punto, como si un nuevo pensamiento se presentara a su espíritu, una sonrisa frunció sus labios y, tendiendo la mano al mercero, le dijo:

—Alzaos, amigo mío, sois un buen hombre.

—¡El cardenal me ha tocado la mano! ¡Yo he tocado la mano del gran hombre! —exclamó Bonacieux—. ¡El gran hombre me ha llamado su amigo!

—Sí, amigo mío, sí —dijo el cardenal con aquel tono paternal que sabía adoptar a veces, pero que sólo engañaba a quien no le conocía—; y como se ha sospechado de vos injustamente, hay que daros una indemnización. ¡Tomad! Coged esa bolsa de cien pistolas, y perdonadme.

—¡Que yo os perdone, monseñor! —dijo Bonacieux dudando en tomar la bolsa, temiendo sin duda que aquel don no fuera más que una chanza—. Pero vos sois libre de hacerme arrestar, sois bien libre de hacerme torturar, sois bien libre de hacerme prender; sois el amo, y yo no tendría la más mínima palabra que decir. ¿Perdonaros, monseñor? ¡Vamos, no penséis más en ello!

—¡Ah, mi querido Bonacieux! Sois generoso ya lo veo, y os lo agradezco.

Tomad, pues, esa bolsa. ¿Os vais sin estar demasiado descontento?

—Me voy encantado, monseñor.

—Adiós, entonces, o mejor, hasta la vista, porque espero que nos volvamos a ver.

—Siempre que monseñor quiera, estoy a las órdenes de Su Eminencia.

—Será a menudo, estad tranquilo, porque he hallado un gusto extremo con vuestra conversación.

—¡Oh, monseñor!

—Hasta la vista, señor Bonacieux, hasta la vista.

Y el cardenal le hizo una señal con la mano, a la que Bonacieux respondió inclinándose hasta el suelo; luego salió a reculones, y cuando estuvo en la antecámara el cardenal le oyó que en su entusiasmo, se desgañitaba a grito pelado: «¡Viva monseñor! ¡Viva Su Eminencia! ¡Viva el gran cardenal!». El cardenal escuchó sonriendo aquella brillante manifestación de sentimientos entusiastas de maese Bonacieux; luego, cuando los gritos de Bonacieux se hubieron perdido en la lejanía:

—Bien —dijo—. De ahora en adelante será un hombre que se haga matar por mí.

Y el cardenal se puso a examinar con la mayor atención el mapa de La Rochelle que, como hemos dicho, estaba extendido sobre su escritorio, trazando con un lápiz la línea por donde

debía pasar el famoso dique que dieciocho meses más tarde cerraba el puerto de la ciudad sitiada.

Cuando se hallaba en lo más profundo de sus meditaciones estratégicas, la puerta volvió a abrirse y Rochefort entró.

—¿Y bien? —dijo vivamente el cardenal, levantándose con la presteza que probaba el grado de importancia que concedía a la comisión que había encargado al conde.

—¡Y bien! —dijo éste—. Una mujer de veintiséis a veintiocho años y un hombre de treinta y cinco a cuarenta años se han alojado, efectivamente, el uno cuatro días y la otra cinco, en las casas indicadas por Vuestra Eminencia; pero la mujer ha partido esta noche pasada y el hombre esta mañana.

—¡Eran ellos! —exclamó el cardenal, que miraba el péndulo—. Y ahora

—continuó—, es demasiado tarde para correr tras ellos: la duquesa está en Tours y el duque en Boulogne. Es en Londres donde hay que alcanzarlos.

—¿Cuáles son las órdenes de Vuestra Eminencia?

—Ni una palabra de lo que ha pasado; que la reina permanezca totalmente segura; que ignore que sabemos su secreto, que crea que estamos a la busca de una conspiración cualquiera. Enviadme al guardasellos Séguier.

—Y ese hombre, ¿qué ha hecho de él Vuestra Eminencia?

—¿Qué hombre? —preguntó el cardenal.

—El tal Bonacieux.

—He hecho todo lo que se podía hacer con él. Lo he convertido en espía de su mujer.

El conde de Rochefort se inclinó como hombre que reconocía la gran superioridad del maestro, y se retiró.

Una vez que se quedó solo, el cardenal se sentó de nuevo, escribió una carta que selló con su sello particular, luego llamó. El oficial entró por cuarta vez.

—Hacedme venir a Vitray —dijo— y decidle que se apreste para un viaje. Un instante después, el hombre que había pedido estaba de pie ante él,

calzado con botas y espuelas.

—Vitray —dijo—, vais a partir inmediatamente para Londres. No os detendréis un instante en el camino. Entregaréis esta carta a Milady. Aquí tenéis un vale de doscientas pistolas, pasad por casa de mi tesorero y haceos pagar. Hay otro tanto a recoger si estáis aquí de regreso dentro de seis días y si habéis hecho bien mi comisión.

El mensajero, sin responder una sola palabra se inclinó, cogió la carta, el vale de doscientas pistolas y salió.

He aquí lo que contenía la carta:

Milady,

Asistid al primer baile a que asista el duque de Buckingham. Tendrá en su jubón doce herretes de diamantes, acercaos a él y quitadle dos.

Tan pronto como esos herretes estén en vuestro poder, avisadme.

CAPÍTULO XV

Gentes de toga y gentes de espada

Al día siguiente de aquel en que estos acontecimientos tuvieron lugar, no habiendo reaparecido Athos todavía, el señor de Tréville fue avisado por D'Artagnan y por Porthos de su desaparición.

En cuanto a Aramis, había solicitado un permiso de cinco días y estaba en Rouen, según decían, por asuntos de familia.

El señor de Tréville era el padre de sus soldados. El menor y más desconocido de ellos, desde el momento en que llevaba el uniforme de la compañía, estaba tan seguro de su ayuda y de su apoyo como habría podido estarlo de su propio hermano.

Se presentó, pues, al momento ante el teniente de lo criminal. Se hizo venir al oficial que mandaba el puesto de la Croix-Rouge, y los informes sucesivos mostraron que Athos se hallaba alojado momentáneamente en Fort-l'Évêque.

Athos había pasado por todas las pruebas que hemos visto sufrir a Bonacieux.

Hemos asistido a la escena de careo entre los dos cautivos. Athos, que nada había dicho hasta entonces por miedo a que D'Artagnan, inquieto a su vez no hubiera tenido el tiempo que

necesitaba, Athos declaró a partir de ese momento que se llamaba Athos y no D'Artagnan.

Añadió que no conocía ni al señor ni a la señora Bonacieux, que jamás había hablado con el uno ni con la otra; que hacia las diez de la noche había ido a hacer una visita al señor D'Artagnan, su amigo, pero que hasta esa hora había estado en casa del señor de Tréville donde había cenado: veinte testigos

—añadió— podían atestiguar el hecho y nombró a varios gentileshombres distinguidos, entre otros al señor duque de La Trémouille.

El segundo comisario quedó tan aturdido como el primero por la declaración simple y firme de aquel mosquetero, sobre el cual de buena gana habrían querido tomar la revancha que las gentes de toga tanto gustan de obtener sobre las gentes de espada; pero el nombre del señor de Tréville y el del señor duque de La Trémouille merecían reflexión.

También Athos fue enviado al cardenal, pero desgraciadamente el cardenal estaba en el Louvre con el rey.

Era precisamente el momento en que el señor de Tréville, al salir de casa del teniente de lo criminal y de la del gobernador del Fort-l'Evêque, sin haber podido encontrar a Athos, llegó al palacio de Su Majestad.

Como capitán de los mosqueteros, el señor de Tréville tenía a toda hora acceso al rey.

Ya se sabe cuáles eran las prevenciones del rey contra la reina, prevenciones hábilmente mantenidas por el cardenal que, en cuestión de intrigas, desconfiaba infinitamente más de las mujeres que de los hombres. Una de las grandes causas de esa prevención era sobre todo la amistad de Ana de Austria con la señora de Chevreuse. Estas dos mujeres le inquietaban más que las guerras con España, las complicaciones con Inglaterra y la penuria de las finanzas. A sus ojos y en su pensamiento, la señora de Chevreuse servía a la reina no sólo en sus intrigas políticas, sino, cosa que le atormentaba más aún, en sus intrigas amorosas.

A la primera frase que le había dicho el señor cardenal, que la señora de Chevreuse, exiliada en Tours y a la que se creía en esa ciudad, había venido a París y que durante los cinco días que había permanecido en ella había despistado a la policía, el rey se había encolerizado con furia. Caprichoso e infiel, el rey quería ser llamado Luis el Justo y Luis el Casto. La posteridad comprenderá difícilmente este carácter que la historia sólo explica por hechos y nunca por razonamientos.

Pero cuando el cardenal añadió que no solamente la señora de Chevreuse había venido a París, sino que además la reina se había relacionado con ella con ayuda de una de esas correspondencias misteriosas que en aquella época se denominaba una cábala, cuando afirmó que él, el cardenal,

estaba a punto de desenredar los hilos más oscuros de aquella intriga, cuando, en el momento de arrestar con las manos en la masa, en flagrante delito, provisto de todas las pruebas, al emisario de la reina junto a la exiliada, un mosquetero había osado interrumpir violentamente el curso de la justicia cayendo, espada en mano, sobre honradas gentes de ley encargadas de examinar con imparcialidad todo el asunto para ponerlo ante los ojos del rey, Luis XIII no se contuvo más y dio un paso hacia las habitaciones de la reina con esa pálida y muda indignación que, cuando estallaba, llevaba a ese príncipe hasta la más fría crueldad.

Y, sin embargo, en todo aquello el cardenal no había dicho aún una palabra del duque de Buckingham.

Fue entonces cuando el señor de Tréville entró, frío, cortés y con una vestimenta irreprochable.

Advertido de lo que acababa de pasar por la presencia del cardenal y por la alteración del rostro del rey, el señor de Tréville se sintió fuerte como Sansón

ante los Filisteos.

Luis XIII ponía ya la mano sobre el pomo de la puerta; al ruido que hizo el señor de Tréville al entrar, se volvió.

—Llegáis en el momento justo, señor —dijo el rey que, cuando sus pasiones habían subido a cierto punto, no sabía disimular—,

y me entero de cosas muy bonitas a cuenta de vuestros mosqueteros.

—Y yo —respondió fríamente el señor de Tréville— tengo muy bonitas cosas de que informarle sobre sus gentes de toga.

—¿De verdad? —dijo el rey con altivez.

—Tengo el honor de informar a Vuestra Majestad —continuó el señor de Tréville en el mismo tono— de que una partida de procuradores, de comisarios y de gentes de policía, gentes todas muy estimables pero muy encarnizadas, según parece, contra el uniforme, se ha permitido arrestar en una casa, llevar en plena calle y arrojar en el Fort-l'Evêque, y todo con una orden que se han negado a presentar, a uno de mis mosqueteros, o mejor dicho, de los vuestros, sire, de conducta irreprochable, de reputación casi ilustre y a quien Vuestra Majestad conoce favorablemente: el señor Athos.

—Athos —dijo el rey maquinalmente—. Sí, por cierto, conozco ese nombre.

—Que Vuestra Majestad lo recuerde —dijo el señor de Tréville—. El señor Athos es ese mosquetero que en el importuno duelo que sabéis tuvo la desgracia de herir gravemente al señor de Cahusac. A propósito, monseñor — continuó Tréville, dirigiéndose al cardenal—, el señor de Cahusac está completamente restablecido, ¿no es así?

—¡Gracias! —dijo el cardenal mordiéndose los labios de cólera.

—El señor Athos había ido a hacer una visita a uno de sus amigos entonces ausente —prosiguió el señor de Tréville—. A un joven bearnés, cadete en los guardias de Su Majestad en la compañía de Des Essarts; pero apenas acababa de instalarse en casa de su amigo y de coger un libro para esperarlo, cuando una nube de corchetes y de soldados, todos juntos, sitiaron la casa, hundieron varias puertas…

El cardenal hizo una seña al rey que significaba: «Es por el asunto de que os he hablado».

—Ya sabemos todo eso —replicó el rey— porque todo eso se ha hecho a nuestro servicio.

—Entonces —dijo Tréville—, es también por servicio de Vuestra Majestad por lo que se coge a uno de mis mosqueteros inocentes, por lo que se le pone

entre dos guardias como a un malhechor, y por lo que pasea en medio de una población insolente a ese hombre galantes que ha vertido diez veces su sangre al servicio de Vuestra Majestad y que está dispuesto a verterla todavía.

—¡Bah! —dijo el rey, vacilando—. ¿Han pasado así las cosas?

—El señor de Tréville no dice —dijo el cardenal con la mayor flema— que ese mosquetero inocente, ese hombre galante una hora antes, acababa de herir a estocadas a cuatro comisarios

instructores delegados por mí para instruir un asunto de la más alta importancia.

—Desafío a Vuestra Eminencia a probarlo —exclamó el señor de Tréville con su franqueza completamente gascona y su rudeza militar—. Porque una hora antes, el señor Athos, quien debo confiar a Vuestra Majestad que es un hombre de la mayor calidad, me hacía el honor, después de haber cenado conmigo, de charlar en el salón de mi palacio con el señor duque de La Trémouille y el señor conde de Chalus, que se encontraban allí.

El rey miró al cardenal.

—Un atestado da fe de ello —dijo el cardenal, respondiendo en voz alta a la interrogación muda de Su Majestad— y las gentes maltratadas han redactado el siguiente, que tengo el honor de presentar a Vuestra Majestad.

—¿Atestado de gentes de toga vale tanto como la palabra de honor de un hombre de espada? —respondió orgullosamente Tréville.

—Vamos, vamos, Tréville, callaos —dijo el rey.

—Si su Eminencia tiene alguna sospecha contra uno de mis mosqueteros

—dijo Tréville—, la justicia del señor cardenal es bastante conocida como para que yo mismo pida una investigación.

—En la casa en que se ha hecho esa inspección judicial —continuó el cardenal, impasible— se aloja, según creo, un bearnés amigo del mosquetero.

—¿Vuestra Eminencia se refiere al señor D'Artagnan?

—Me refiero a un joven al que vos protegéis, señor de Tréville.

—Sí, Eminencia, es ese mismo.

—No sospecháis que ese joven haya dado malos consejos…

—¿A Athos, a un hombre que le dobla en edad? —interrumpió el señor de Tréville—. No, monseñor. Además, el señor D'Artagnan ha pasado la noche conmigo.

—¡Vaya! —dijo el cardenal—. Todo el mundo ha pasado la noche con usted.

—¿Dudaría Su Eminencia de mi palabra? —dijo Tréville, con el rubor de la cólera en la frente.

—¡No, Dios me guarde de ello! —dijo el cardenal—. Sólo que… ¿a qué hora estaba él con vos?

—¡Puedo decirlo a sabiendas a Vuestra Eminencia porque cuando él entraba me fijé que eran las nueve y media en el péndulo, aunque yo hubiera creído que era más tarde!

—¿Y a qué hora ha salido de vuestro palacio?

—A las diez y media, una hora después del suceso.

—En fin —respondió el cardenal, que no sospechaba ni por un momento de la lealtad de Tréville, y que sentía que la victoria se le escapaba—, en fin, Athos ha sido detenido en esa casa de la calle des Fossoyeurs.

—¿Le está prohibido a un amigo visitar a otro amigo? ¿A un mosquetero de mi compañía confraternizar con un guardia de la compañía del señor Des Essarts?

—Sí, cuando la casa en la que confraterniza con ese amigo es sospechosa.

—Es que esa casa es sospechosa, Tréville —dijo el rey—. Quizá no lo sabíais.

—En efecto, sire, lo ignoraba. En cualquier caso, puede ser sospechosa en cualquier parte; pero niego que lo sea en la parte que habita el señor D'Artagnan; porque puedo afirmaros, sire, que de creer en lo que ha dicho, no existe ni un servidor más fiel de Su Majestad, ni un admirador más profundo del señor cardenal.

—¿No es ese D'Artagnan el que hirió un día a Jussac en ese desafortunado encuentro que tuvo lugar junto al convento de los Carmelitas Descalzos? — preguntó el rey mirando al cardenal, que enrojeció de despecho.

—Y al día siguiente a Bernajoux. Sí, sire; sí, ése es, y Vuestra Majestad tiene buena memoria.

—Entonces, ¿qué decidimos? —dijo el rey.

—Eso atañe a Vuestra Majestad más que a mí —dijo el cardenal—. Yo afirmaría la culpabilidad.

—Y yo la niego —dijo Tréville—. Pero Su Majestad tiene jueces y sus jueces decidirán.

—Eso es —dijo el rey—. Remitamos la causa a los jueces; su misión es juzgar, y juzgarán.

—Sólo que —prosiguió Tréville— es muy triste que, en estos tiempos desgraciados que vivimos la vida más pura, la virtud más irrefutable no eximan a un hombre de la infamia y de la persecución. Y el ejército no estará demasiado contento, puedo responder de ello, de estar expuesto a tratos rigurosos por asuntos de policía.

La frase era imprudente, pero el señor de Tréville la había lanzado con conocimiento de causa. Quería una explosión, por eso de que la mina hace fuego, y el fuego ilumina.

—¡Asuntos de policía! —exclamó el rey, repitiendo las palabras del señor de Tréville—. ¡Asuntos de policía! ¿Y qué sabéis vos de eso, señor? Mezclaos con vuestros mosqueteros y no me rompáis la cabeza. En vuestra opinión parece que si por desgracia se detiene a un mosquetero, Francia está en peligro. ¡Cuánto escándalo por un mosquetero! ¡Vive el cielo que haré detener a diez! ¡Cien, incluso; toda la compañía! Y no quiero que se oiga ni una palabra.

—Desde el momento en que son sospechosos a Vuestra Majestad —dijo Tréville—, los mosqueteros son culpables; por eso me veis, sire, dispuesto a devolveros mi espada; porque, después de haber acusado a mis soldados, no dudo que el señor cardenal terminará por acusarme a mí mismo; así, pues, es mejor que me constituya prisionero con el señor Athos, que ya está detenido, y con el señor D'Artagnan, a quien se arrestará sin duda.

—Cabezota gascón ¿terminaréis? —dijo el rey.

—Sire —respondió Tréville sin bajar ni por asomo la voz—, ordenad que se me devuelva mi mosquetero o que sea juzgado.

—Se le juzgará —dijo el cardenal.

—¡Pues bien tanto mejor! Porque en tal caso pediré a Su Majestad permiso para abogar por él.

El rey temió un estallido.

—Si Su Eminencia —dijo— no tiene personalmente motivos… El cardenal vio venir al rey y se le adelantó.

—Perdón —dijo—, pero desde el momento en que Vuestra Majestad ve en mí un juez predispuesto, me retiro.

—Veamos —dijo el rey—. ¿Me juráis vos, por mi padre, que el señor Athos estaba con vos durante el suceso y que no ha tomado parte en él?

—Por vuestro glorioso padre y por vos mismo, que sois lo que yo amo y venero más en el mundo, ¡lo juro!

—¿Queréis reflexionar, sire? —dijo el cardenal—. Si soltamos de este modo al prisionero, no podremos conocer nunca la verdad.

—El señor Athos seguirá estando ahí —prosiguió el señor de Tréville—, dispuesto a responder cuando plazca a las gentes de toga interrogarlo. No escapará, señor cardenal, estad tranquilo, yo mismo respondo de él.

—Claro que no desertará —dijo el rey—. Se le encontrará siempre, como dice el señor de Tréville. Además —añadió, bajando la voz y mirando con aire suplicante a Su Eminencia—, démosle seguridad: eso es política.

Esta política de Luis XIII hizo sonreír a Richelieu.

—Ordenad, sire —dijo—. Tenéis el derecho de gracia.

—El derecho de gracia no se aplica más que a los culpables —dijo Tréville, que quería tener la última palabra— y mi mosquetero es inocente. No es, pues, gracia lo que vais a conceder, sire, es justicia.

—¿Y está en Fort-l'Evêque? —dijo el rey.

—Sí, sire, y en secreto, en un calabozo, como el último de los criminales.

—¡Diablos! ¡Diablos! —murmuró el rey—. ¿Qué hay que hacer?

—Firmar la orden de puesta en libertad y todo estará dicho —añadió el cardenal—. Yo creo, como Vuestra Majestad, que la garantía del señor de Tréville es más que suficiente.

Tréville se inclinó respetuosamente con una alegría que no estaba exenta de temor; hubiera preferido una resistencia porfiada del cardenal a aquella repentina facilidad.

El rey firmó la orden de excarcelación y Tréville se la llevó sin demora.

En el momento en que iba a salir, el cardenal le dirigió una sonrisa amistosa y dijo al rey:

—Una buena armonía reina entre los jefes y los soldados de vuestros mosqueteros, sire; eso es muy beneficioso para el servicio y muy honorable para todos.

—Me jugará alguna mala pasada de un momento a otro —decía Tréville—. Nunca se tiene la última palabra con un hombre semejante. Pero démonos prisa porque el rey puede cambiar de opinión en seguridad, y a fin de cuentas es más difícil volver a meter en la Bastilla o en Fort-l’Evêque a un hombre que ha salido de ahí que guardar un prisionero que ya se tiene.

El señor de Tréville hizo triunfalmente su entrada en el Fort-l’Évêque, donde liberó al mosquetero, a quien su apacible indiferencia no había abandonado.

Luego, la primera vez que volvió a ver a D’Artagnan, le dijo:

—Escapáis de una buena, vuestra estocada a Jussac está pagada. Queda todavía la de Bernajoux, y no debéis fiaros demasiado.

Por lo demás, el señor de Tréville tenía razón en desconfiar del cardenal y en pensar que no todo estaba terminado, porque apenas hubo cerrado el capitán de los mosqueteros la puerta tras él cuando Su Eminencia dijo al rey:

—Ahora que no estamos más que nosotros dos, vamos a hablar seriamente, si place a Vuestra Majestad. Sire, el señor de Buckingham estaba en París desde hace cinco días y hasta esta mañana no ha partido.

C A P Í T U L O XVI

Donde el señor guardasellos Séguier buscó más de una vez la campana para tocarla como lo hacía antaño

Es imposible hacerse una idea de la impresión que estas pocas palabras produjeron en Luis XIII. Enrojeció y palideció sucesivamente; y el cardenal vio en seguida que acababa de conquistar de un solo golpe todo el terreno que había perdido.

—¡El señor de Buckingham en París! —exclamó—. ¿Y qué viene a hacer?

—Sin duda, a conspirar con vuestros enemigos los hugonotes y los españoles.

—¡No, pardiez, no! ¡A conspirar contra mi honor con la señora de Chevreuse, la señora de Longueville y los Condé!

—¡Oh sire, qué idea! La reina es demasiado prudente y, sobre todo, ama demasiado a Vuestra Majestad.

—La mujer es débil, señor cardenal —dijo el rey—; y en cuanto a amarme mucho, tengo hecha mi opinión sobre ese amor.

—No por ello dejo de mantener —dijo el cardenal— que el duque de Buckingham ha venido a París por un plan completamente político.

—Y yo estoy seguro de que ha venido por otra cosa, señor cardenal; pero si la reina es culpable, ¡que tiemble!

—Por cierto —dijo el cardenal—, por más que me repugne detener mi espíritu en una traición semejante, Vuestra Majestad me da que pensar: la señora de Lannoy, a quien por orden de Vuestra Majestad he interrogado varias veces, me ha dicho esta mañana que la noche pasada Su Majestad había estado en vela hasta muy tarde, que esta mañana había llorado mucho y que durante todo el día había estado escribiendo.

—A él indudablemente —dijo el rey—. Cardenal, necesito los papeles de la reina.

—Pero ¿cómo cogerlos, sire? Me parece que no es Vuestra Majestad ni yo quienes podemos encargarnos de una misión semejante.

—¿Cómo se cogieron cuando la mariscala D'Ancre? —exclamó el rey en el más alto grado de cólera—. Se registraron sus armarios y por último se la registró a ella misma.

—La mariscala D'Ancre no era más que la mariscala D'Ancre, una aventurera florentina, sire, eso es todo, mientras que la augusta esposa de Vuestra Majestad es Ana de Austria, reina de Francia, es decir, una de las mayores princesas del mundo.

—Por eso es más culpable, señor duque. Cuanto más ha olvidado la alta posición en que estaba situada, tanto más bajo

ha descendido. Además, hace tiempo que estoy decidido a terminar con todas sus pequeñas intrigas de política y de amor. A su lado tiene también a un tal La Porte…

—A quien yo creo la clave de todo esto, lo confieso —dijo el cardenal.

—Entonces, ¿vos pensáis, como yo, que ella me engaña? —dijo el rey.

—Yo creo, y lo repito a Vuestra Majestad, que la reina conspira contra el poder de su rey, pero nunca he dicho contra su honor.

—Y yo os digo que contra los dos; yo os digo que la reina no me ama; yo os digo que ama a otro; ¡os digo que ama a ese infame duque de Buckingham!

¿Por qué no lo habéis hecho arrestar mientras estaba en París?

—¡Arrestar al duque! ¡Arrestar al primer ministro del rey Carlos I! Pensad en ello, sire. ¡Qué escándalo! Y si las sospechas de Vuestra Majestad, de las que yo sigo dudando, tuvieran alguna consistencia, ¡qué escándalo terrible!

¡Qué escándalo desesperante!

—Pero puesto que se exponía como un vagabundo y un ladronzuelo, había…

Luis XIII se detuvo por sí mismo espantado de lo que iba a decir, mientras que Richelieu, estirando el cuello, esperaba inútilmente la palabra que había quedado en los labios del rey.

—¿Había?

—Nada —dijo el rey—, nada. Pero en todo el tiempo que ha estado en París, ¿le habéis perdido de vista?

—No, sire.

—¿Dónde se alojaba?

—In la calle de La Harpe, número 75.

—¿Dónde está eso?

—Junto al Luxemburgo.

—¿Y estáis seguro de que la reina y él no se han visto?

—Creo que la reina está demasiado vinculada a sus deberes, sire.

—Pero se han escrito; es a él a quien la reina ha escrito durante todo el día; señor duque, ¡necesito esas cartas!

—Pero, sire…

—Señor duque, al precio que sea las quiero.

—Haré observar, sin embargo, a Vuestra Majestad…

—¿Me traicionáis vos también, señor cardenal, para oponeros siempre así a mis deseos? ¿Estáis de acuerdo con los españoles y con los ingleses, con la señora de Chevreuse y con la reina?

—Sire —respondió suspirando el cardenal—, creía estar al abrigo de semejante sospecha.

—Señor cardenal, ya me habéis oído: quiero esas cartas.

—No habría más que un medio.

—¿Cuál?

—Sería encargar de esta misión al señor guardasellos Séguier. La cosa entra por entero en los deberes de su cargo.

—¡Que envíen a buscarlo ahora mismo!

—Debe estar en mi casa, sire; hice que le rogasen pasarse por allí, y cuando he venido al Louvre he dejado la orden de hacerle esperar si se presentaba.

—¡Que vayan a buscarlo ahora mismo!

—Las órdenes de Vuestra Majestad serán cumplidas, pero…

—¿Pero qué?

—La reina se negará quizá a obedecer.

—¿Mis órdenes?

—Sí, si ignora que esas órdenes vienen del rey.

—Pues bien para que no lo dude, voy a prevenirla yo mismo.

—Vuestra Majestad no debe olvidar que he hecho todo cuanto he podido para prevenir una ruptura.

—Sí duque, sé que vos sois muy indulgente con la reina, demasiado indulgente quizá, y os prevengo que luego tendremos que hablar de esto.

—Cuando le plazca a Vuestra Majestad; pero siempre estaré feliz y orgulloso, sire, de sacrificarme a la buena armonía que deseo ver reinar entre vos y la reina de Francia.

—Bien, cardenal, bien; pero mientras tanto enviad en busca del señor guardasellos; yo entro en los aposentos de la reina.

Y abriendo la puerta de comunicación, Luis XIII se adentró por el corredor que conducía de sus habitaciones a las de Ana de Austria.

La reina estaba en medio de sus mujeres, la señora de Guitaut, la señora de Sablé, la señora de Montbazon y la señora de Guéménée. En un rincón estaba aquella camarista española, doña Estefanía, que la había seguido desde Madrid. La señora de Guéménée leía, y todo el mundo escuchaba con atención a la lectora, a excepción de la reina que, por el contrario, había provocado aquella lectura a fin de poder seguir el hilo de sus propios pensamientos mientras fingía escuchar.

Estos pensamientos, pese a lo dorados que estaban por un último reflejo de amor, no eran menos tristes. Ana de Austria, privada de la confianza de su marido, perseguida por el odio del cardenal, que no podía perdonarle haber rechazado un sentimiento más dulce, con los ojos puestos en el ejemplo de la reina madre, a quien aquel odio había atormentado toda su vida —aunque María de Médicis, si hay que creer las Memorias de la época, hubiera comenzado por conceder al cardenal el sentimiento que Ana de Austria terminó siempre por negarle—.

Ana de Austria había visto caer a su alrededor a sus servidores más abnegados, sus confidentes más íntimos, sus favoritos más queridos. Como esos desgraciados dotados de un don funesto, llevaba la desgracia a cuanto tocaba; su amistad era un signo fatal que apelaba a la persecución. La señora Chevreuse y la señora de Vernet estaban exiliadas; finalmente, La Porte no ocultaba a su ama que esperaba ser arrestado de un momento a otro.

Fue el instante en que estaba sumida en la más profunda y sombría de estas reflexiones cuando la puerta de la habitación se abrió y entró el rey.

La lectora se calló al momento, todas las damas se levantaron y se hizo un profundo silencio.

En cuanto al rey, no hizo ninguna demostración de cortesía; sólo,

deteniéndose ante la reina, dijo con voz alterada:

—Señora, vais a recibir la visita del señor canciller, que os comunicará ciertos asuntos que le he encargado.

La desgraciada reina, a la que amenazaba constantemente con el divorcio, el exilio e incluso el juicio, palideció bajo el rouge y no pudo impedirse decir:

—Pero ¿por qué esta visita, sire? ¿Qué va a decirme el señor canciller que Vuestra Majestad no pueda decirme por sí misma?

El rey giró sobre sus talones sin responder y casi en ese mismo instante el capitán de los guardias, el señor de Guitaut, anunció la visita del señor canciller.

Cuando el canciller apareció, el rey había salido ya por otra puerta.

El canciller entró medio sonriendo, medio ruborizándose. Como probablemente volveremos a encontrarlo en el curso de esta historia, no estaría mal que nuestros lectores traben desde ahora conocimiento con él.

El tal canciller era un hombre agradable. Fue Des Roches de Masle, canónigo de Notre-Dame y que en otro tiempo había sido ayuda de cámara del cardenal, quien le propuso a Su Eminencia como un hombre totalmente adicto. El cardenal se fio y le fue bien.

Contaban de él algunas historias, entre otras ésta:

Tras una juventud tormentosa, se había retirado a un convento para expiar al menos durante algún tiempo las locuras de la adolescencia.

Pero, al entrar en aquel santo lugar, el pobre penitente no pudo cerrar la puerta con la rapidez suficiente para que las pasiones de que huía no entraran con él. Estaba obsesionado sin tregua, y el superior, a quien había confiado esa desgracia, queriendo ayudarlo en lo que pudiese, le había recomendado para conjurar al demonio tentador recurrir a la cuerda de la campana y echarla al vuelo. Al ruido delator, los monjes sabrían

que la tentación asediaba a un hermano, y toda la comunidad se pondría a rezar.

El consejo pareció bueno al futuro canciller. Conjuró al espíritu maligno con gran acompañamiento de plegarias hechas por los monjes; pero el diablo no se deja desposeer fácilmente de una plaza en la que ha sentado sus reales; a medida que redoblaban los exorcismos, redoblaba él las tentaciones; de suerte que día y noche la campana repicaba anunciando el extremo deseo de mortificación que experimentaba el penitente.

Los monjes no tenían ni un instante de reposo. Por el día no hacían más que subir y bajar las escaleras que conducían a la capilla; por la noche, además de completas y maitines, estaban obligados a saltar veinte veces fuera de sus camas y a prosternarse en las baldosas de sus celdas.

Se ignora si fue el diablo quien soltó la presa o fueron los monjes quienes se cansaron; pero al cabo de tres meses, el diablo reapareció en el mundo con la reputación del más terrible poseso que jamás haya existido.

Al salir del convento entró en la magistratura, se convirtió en presidente con birrete en el puesto de su tío, abrazó el partido del cardenal, cosa que no probaba poca sagacidad; se hizo canciller, sirvió a su eminencia con celo en su odio contra la reina madre y en su venganza contra Ana de Austria; estimuló a

los jueces en el asunto de Chalais, alentó los ensayos del señor de Laffemas, gran ahorcador de Francia; finalmente, investido de toda la confianza del cardenal, confianza que tan bien se había ganado, vino a recibir la singular comisión para cuya ejecución se presentaba en el aposento de la reina.

La reina estaba aún de pie cuando él entró, pero apenas lo hubo visto se volvió a sentar en su sillón e hizo seña a sus mujeres de volverse a sentar en sus cojines y taburetes, y con un tono de suprema altivez preguntó:

—¿Qué deseáis, señor y con qué fin os presentáis aquí?

—Para hacer en nombre del rey, señora, y salvo el respeto que tengo el honor de deber a Vuestra Majestad, una indagación completa en vuestros papeles.

—¡Cómo, señor! Una indagación en mis papeles… ¡A mí! ¡Qué cosa más indigna!

—Os ruego que me perdonéis, señora, pero en esta circunstancia no soy sino el instrumento de que el rey se sirve. ¿No acaba de salir de aquí Su Majestad y no os ha invitado ella misma a prepararos para esta visita?

—Registrad, pues, señor; soy una criminal según parece: Estefanía, dadle las llaves de mis mesas y de mis secreteres.

El canciller hizo una visita por pura formalidad a los muebles, pero sabía de sobra que no era en un mueble donde la reina

había debido guardar la importante carta que había escrito durante el día.

Cuando el canciller hubo abierto y cerrado veinte veces los cajones del secreter, tuvo, pese a los titubeos que experimentaba, tuvo, digo, que llegar a la conclusión del asunto, es decir, a registrar a la propia reina. El canciller avanzó, pues, hacia Ana de Austria, y con un tono muy perplejo y aire muy embarazado, dijo:

—Y ahora sólo me queda por hacer la indagación principal.

—¿Cuál? —preguntó la reina, que no comprendía o que, mejor dicho, no quería comprender.

—Su Majestad está segura de que ha sido escrita por vos una carta durante el día; sabe que aún no ha sido enviada a su destinatario. Esa carta no se encuentra ni en vuestra mesa ni en vuestro secreter y, sin embargo, esa carta está en alguna parte.

—¿Os atreveríais a poner la mano sobre vuestra reina? —dijo Ana de Austria, irguiéndose en toda su altivez y fijando sobre el canciller sus ojos, cuya expresión se había vuelto casi amenazadora.

—Yo soy un súbdito fiel del rey, señora; y todo cuanto Su Majestad ordene lo haré.

—Pues bien es cierto —dijo Ana de Austria—, y los espías del señor cardenal le han servido bien. Hoy he escrito una carta, esa carta no está en ninguna parte. La carta está aquí.

Y la reina llevó su bella mano a su blusa.

—Entonces, dadme esa carta, señora —dijo el canciller.

—No se la daré más que al rey, señor —dijo Ana.

—Si el rey hubiera querido que esa carta le hubiera sido entregada, señora, os la hubiera pedido él mismo. Pero, os lo repito, es a mí a quien ha encargado reclamárosla, y si no la entregáis…

—¿Y bien?

—También me ha encargado cogérosla.

—Cómo, ¿qué queréis decir?

—Que mis órdenes van lejos, señora, y que estoy autorizado a buscar el papel sospechoso en la persona misma de Vuestra Majestad.

—¡Qué horror! —exclamó la reina.

—¿Queréis pues, hacer las cosas fáciles?

—Esa conducta es de una violencia infame, ¿lo sabíais, señor?

—El rey manda, señora, perdonadme.

—No lo soportaré; no, no, ¡antes morir! —exclamó la reina, en la que se revolvía la sangre imperiosa de la española y de la austríaca.

El canciller hizo una profunda reverencia, luego, con la intención bien patente de no retroceder un ápice en el cumplimiento de la comisión que se le había encargado y como hubiera podido hacerlo un ayudante de verdugo en la cámara de torturas, se acercó a Ana de Austria, de cuyos ojos se vieron en el mismo instante brotar lágrimas de rabia.

Como hemos dicho, la reina era de una gran belleza.

El cometido podía, pues, pasar por delicado, y el rey había llegado, a fuerza de celos contra Buckingham, a no estar celoso de nadie.

Sin duda el canciller Séguier buscó en ese momento con los ojos el cordón de la famosa campana; pero al no encontrarlo, tomó su decisión y tendió la mano hacia el lugar en que la reina había confesado que se encontraba el papel.

Ana de Austria dio un paso hacia atrás, tan pálida que se hubiera dicho que iba a morir; y apoyándose con la mano izquierda, para no caer, en una mesa que se encontraba tras ella, sacó con la derecha un papel de su pecho y lo tendió al guardasellos.

—Tomad, señor, ahí está la carta —exclamó la reina, con voz entrecortada y temblorosa—. Cogedla y libradme de vuestra odiosa presencia.

El canciller, que por su parte temblaba por una emoción fácil de concebir, cogió la carta, saludó hasta el suelo y se retiró.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, cuando la reina cayó semidesvanecida en brazos de sus mujeres.

El canciller fue a llevar la carta al rey sin haber leído una sola palabra. El rey la cogió con la mano temblorosa, buscó el destinatario, que faltaba; se puso muy pálido, la abrió lentamente; luego, al ver por las primeras letras que estaba dirigida al rey de España, leyó con rapidez.

Era todo un plan de ataque contra el cardenal. La reina invitaba a su hermano y al emperador de Austria a fingir, heridos como estaban por la política de Richelieu, cuya eterna preocupación fue el sometimiento de la casa de Austria, que declaraban la guerra a Francia y que imponían como condición de la paz el despido del cardenal; pero de amor no había una sola palabra en toda aquella carta.

El rey, todo contento, se informó de si el cardenal estaba aún en el Louvre. Se le dijo que Su Eminencia esperaba, en el gabinete de trabajo, las órdenes de Su Majestad.

El rey se dirigió al punto a su lado.

—Tomad, duque —le dijo—; teníais razón y era yo el que estaba equivocado; toda la intriga es política, y no había ningún asunto de amor en esta carta. En cambio se trata, y mucho, de vos.

El cardenal tomó la carta y la leyó con la mayor atención; luego, cuando hubo llegado al fin la releyó una segunda vez.

—¡Bien! —dijo—. Vuestra Majestad ya ve hasta dónde llegan mis enemigos: se os amenaza con dos guerras si no me echáis. En verdad, yo en vuestro lugar, sire, cedería a tan poderosas instancias y, por mi parte, yo me retiraría de los asuntos públicos con verdadera dicha.

—¿Qué decís, duque?

—Digo, sire, que mi salud se pierde en estas luchas excesivas y en estos trabajos eternos. Digo que lo más probable es que yo no pueda soportar las fatigas del asedio de La Rochelle, y que más valdría que nombrarais para él al señor de Condé, o al señor de Basompierre o a algún valiente que se halle en situación de dirigir la guerra, y no a mí, que soy un hombre de iglesia, al que se aleja constantemente de mi vocación para aplicarme a cosas para las que no tengo ninguna aptitud. Seréis más feliz en el interior, sire, y no dudo que seréis más grande en el extranjero.

—Señor duque —dijo el rey— comprendo, estad tranquilo; todos los que son nombrados en esa carta serán castigados como merecen, y la reina también.

—¿Qué decís, sire? Dios me guarde de que, por mí, la reina sufra la menor contrariedad. Ella siempre me ha creído su enemigo,

sire, aunque Vuestra Majestad puede atestiguar que yo siempre la he apoyado calurosamente, incluso contra vos. ¡Oh!, si ella traicionase a Vuestra Majestad en su honor, sería otra cosa, y yo sería el primero en decir: «¡Nada de gracia sire, nada de gracia para la culpable!». Afortunadamente no es nada de eso, y Vuestra Majestad acaba de adquirir una nueva prueba.

—Es cierto, señor cardenal —dijo el rey—, y teníais razón, como siempre; pero no por ello deja la reina de merecer toda mi cólera.

—Sois vos, sire, quien habéis incurrido en la suya; y si realmente ella hiciera ascos seriamente a Vuestra Majestad, yo lo comprendería; Vuestra Majestad la ha tratado con una severidad…

—Así es como trataré siempre a mis enemigos y a los vuestros, duque, por alto que estén colocados y sea cual sea el peligro que yo coma por actuar severamente con ellos.

—La reina es mi enemiga, pero no la vuestra, sire; al contrario, es una esposa abnegada, sumisa e irreprochable; dejadme, pues, sire, interceder por ello junto a Vuestra Majestad.

—¡Entonces que se humille, y que venga a mí la primera!

—Al contrario, sire, dad ejemplo: vos habéis cometido el primer error, puesto que sois vos quien habéis sospechado de la reina.

—¿Que yo vaya el primero? —dijo el rey—. ¡Jamás!

—Sire, os lo suplico.

—Además, ¿cómo iría yo el primero?

—Haciendo una cosa que sabéis que le gustaría.

—¿Cuál?

—Dad un baile; ya sabéis cuánto le gusta a la reina la danza; os prometo que su rencor no resistirá ante semejante tentación.

—Señor cardenal, vos sabéis que no me gustan todos esos placeres mundanos.

—Por eso la reina os quedará más agradecida, puesto que sabe vuestra antipatía por ese placer; además, será una ocasión para ella de ponerse esos bellos herretes de diamantes que acabáis de darle por su cumpleaños el otro día, y que aún no ha tenido tiempo de ponerse.

—Ya veremos, señor cardenal, ya veremos —dijo el rey, que en su alegría por hallar a la reina culpable de un crimen que le importaba poco e inocente de una falta que temía mucho, estaba dispuesto a reconciliarse con ella—. Ya veremos; pero, por mi honor, sois demasiado indulgente.

—Sire —dijo el cardenal— dejad la severidad a los ministros, la indulgencia es la virtud real; usadla y veréis cómo os encontraréis bien.

Tras esto, el cardenal, oyendo dar en el péndulo las once, se inclinó profundamente pidiendo permiso al rey para retirarse y suplicándole que se reconciliase con la reina.

Ana de Austria, que a consecuencia de la confiscación de su carta esperaba algún reproche, quedó muy sorprendida al ver al día siguiente al rey hacer tentativas de acercamiento hacia ella. Su primer movimiento fue de repulsa, su orgullo de mujer y su dignidad de reina habían sido, los dos, tan cruelmente ofendidos que no podía reconciliarse así, a la primera; pero, vencida por el consejo de sus mujeres, tuvo finalmente aspecto de comenzar a olvidar. El rey aprovechó aquel primer momento de retorno para decirle que contaba con dar de un momento a otro una fiesta.

Era una cosa tan rara una fiesta para la pobre Ana de Austria que, como había pensado el cardenal, ante este anuncio la última huella de sus resentimientos desapareció, si no de su corazón, al menos de su rostro. Ella preguntó qué día debía tener lugar aquella fiesta, pero el rey respondió que tenía que entenderse sobre este punto con el cardenal.

En efecto, todos los días el rey preguntaba al cardenal en qué época tendría lugar aquella fiesta, y todos los días, el cardenal, con un pretexto cualquiera, difería fijarla.

Así pasaron diez días.

El octavo día después de la escena que hemos contado, el cardenal recibió una carta, con sello de Londres, que contenía solamente estas pocas líneas:

Los tengo; pero no puedo abandonar Londres, dado que me falta dinero; enviadme quinientas pistolas, y, cuatro o cinco días después de haberlas recibido, estaré en París.

El mismo día en que el cardenal hubo recibido esta carta, el rey le dirigió su pregunta habitual.

Richelieu contó con los dedos y se dijo en voz baja:

—Ella llegará, según dice, cuatro o cinco días después de haber recibido el dinero; se necesitan cuatro o cinco días para que el dinero llegue, cuatro o cinco para que ella vuelva, lo cual hacen diez días; ahora demos su parte a los vientos contrarios, a la mala suerte, a las debilidades de mujer y pongamos doce días.

—¡Y bien, señor duque! —dijo el rey—. ¿Habéis calculado?

—Sí, sire; hoy estamos a 20 de septiembre; los regidores de la ciudad dan una fiesta el 3 de octubre. Resultará todo de maravilla, porque así no parecerá que volvéis a la reina.

Luego el cardenal añadió:

—A propósito, sire, no olvidéis decir a Su Majestad, la víspera de esa fiesta, que deseáis ver cómo le sientan sus herretes de diamantes.

C A P Í T U L O XVII

El matrimonio Bonacieux

Era la segunda vez que el cardenal insistía en ese punto de los herretes de diamantes con el rey. Luis XIII quedó sorprendido, pues, por aquella insistencia, y pensó que tal recomendación ocultaba algún misterio.

Más de una vez el rey había sido humillado porque el cardenal —cuya policía, sin haber alcanzado la perfección de la policía moderna, era excelente

— estuviese mejor informado que él mismo de lo que pasaba en su propio matrimonio. Esperó, pues, sacar, de un encuentro con Ana de Austria, alguna luz de aquella conversación y volver luego junto a Su Eminencia con algún secreto que el cardenal supiese o no supiese, lo cual, tanto en un caso como en otro, le realzaba infinitamente a los ojos de su ministro.

Fue, pues, en busca de la reina y, según su costumbre, la abordó con nuevas amenazas contra quienes la rodeaban. Ana de Austria bajó la cabeza y dejó pasar el torrente sin responder, esperando que terminaría por detenerse; pero no era eso lo que quería Luis XIII; Luis XIII quería una discusión de la que saliese alguna luz nueva, convencido como estaba de que el cardenal

tenía alguna segunda intención y maquinaba una sorpresa terrible como sabía hacer Su Eminencia. Y llegó a esa meta con su persistencia en acusar.

—Pero —exclamó Ana de Austria, cansada de aquellos vagos ataques—, pero sire, no me decís todo lo que tenéis en el corazón. ¿Qué he hecho yo? Veamos, ¿qué nuevo crimen he cometido? Es posible que Vuestra Majestad haga todo este escándalo por una carta escrita a mi hermano.

El rey, atacado a su vez de una manera tan directa, no supo qué responder; pensó que aquel era el momento de colocar la recomendación que no debía hacer más que la víspera de la fiesta.

—Señora —dijo con majestad—, habrá dentro de poco un baile en el Ayuntamiento; espero que para honrar a nuestros valientes regidores aparezcáis en traje de ceremonia y sobre todo adornada con los herretes de diamantes que os he dado por vuestro cumpleaños. Esa es mi respuesta.

La respuesta era terrible. Ana de Austria creyó que Luis XIII lo sabía todo, y que el cardenal había conseguido de él ese largo disimulo de siete a ocho días, que cuadraba por lo demás con su carácter. Se puso excesivamente pálida, apoyó sobre una consola su mano de admirable belleza y que parecía en ese momento una mano de cera y, mirando al rey con los ojos espantados, no respondió ni una sola sílaba.

—¿Habéis oído, señora? —dijo el rey, que gozaba con aquel embarazo en toda su extensión, pero sin adivinar la causa—. ¿Habéis oído?

—Sí, sire, he oído —balbuceó la reina.

—¿Iréis a ese baile?

—Sí.

—¿Con vuestros herretes?

La palidez de la reina aumentó aún más, si es que era posible; el rey se percató de ello, y lo disfrutó con esa fría crueldad que era una de las partes malas de su carácter.

—Entonces, convenido —dijo el rey—. Eso era todo lo que tenía que deciros.

—Pero ¿qué día tendrá lugar el baile? —preguntó Ana de Austria. Luis XIII sintió instintivamente que no debía responder a aquella pregunta, pues la reina la había hecho con una voz casi moribunda.

—Muy pronto, señora —dijo—; pero no me acuerdo con precisión de la fecha del día, se la preguntaré al cardenal.

—¿Ha sido el cardenal quien os ha anunciado esa fiesta? —exclamó la reina.

—Sí, señora —respondió el rey asombrado—. Pero ¿por qué?

—¿Ha sido él quien os ha dicho que me invitéis a aparecer con los herretes?

—Es decir, señora…

—¡Ha sido él, sire, ha sido él!

—¡Y bien! ¿Qué importa que haya sido él o yo? ¿Hay algún crimen en esa invitación?

—No, sire.

—Entonces, ¿os presentaréis?

—Sí, sire.

—Está bien —dijo el rey, retirándose—. Está bien, cuento con ello.

La reina hizo una reverencia, menos por etiqueta que porque sus rodillas flaqueaban bajo ella.

El rey partió encantado.

—Estoy perdida —murmuró la reina—. Perdida porque el cardenal lo sabe todo, y es él quien empuja al rey, que todavía no sabe nada, pero que sabrá todo muy pronto. ¡Estoy perdida! ¡Dios mío, Dios mío Dios mío!

Se arrodilló sobre un cojín y rezó con la cabeza hundida entre sus brazos palpitantes.

En efecto, la posición era terrible. Buckingham había vuelto a Londres, la señora de Chevreuse estaba en Tours. Más vigilada que nunca, la reina sentía sordamente que una de sus mujeres

la traicionaba, sin saber decir cuál. La Porte no podía abandonar el Louvre. No tenía a nadie en el mundo en quien fiarse.

Por eso, en presencia de la desgracia que la amenazaba y del abandono que era el suyo, estalló en sollozos.

—¿No puedo yo servir para nada a Vuestra Majestad? —dijo de pronto una voz llena de dulzura y de piedad.

La reina se volvió vivamente, porque no había motivo para equivocarse en

la expresión de aquella voz: era una amiga quien así hablaba.

En efecto, en una de las puertas que daban a la habitación de la reina apareció la bonita señora Bonacieux; estaba ocupada en colocar los vestidos y la ropa en un gabinete cuando el rey había entrado; no había podido salir, y había oído todo.

La reina lanzó un grito agudo al verse sorprendida, porque en su turbación no reconoció al principio a la joven que le había sido dada por La Porte.

—¡Oh, no temáis nada, señora! —dijo la joven juntando las manos y llorando ella misma las angustias de la reina—. Pertenezco a Vuestra Majestad en cuerpo y alma, y por lejos que esté de ella, por inferior que sea mi posición, creo que he encontrado un medio para librar a Vuestra Majestad de preocupaciones.

—¡Vos! ¡Oh, cielos! ¡Vos! —exclamó la reina—. Pero veamos, miradme a la cara. Me traicionan por todas partes, ¿puedo fiarme de vos?

—¡Oh, señora! —exclamó la joven cayendo de rodillas—. Por mi alma,

¡estoy dispuesta a morir por Vuestra Majestad!

Esta exclamación había salido del fondo del corazón y, como el primero, no podía engañar.

—Sí —continuó la señora Bonacieux—. Sí, aquí hay traidores; pero por el santo nombre de la Virgen, os juro que nadie es más adicta que yo a Vuestra Majestad. Esos herretes que el rey pide de nuevo se los habéis dado al duque de Buckingham, ¿no es así? ¿Esos herretes estaban guardados en una cajita de palo de rosa que él llevaba bajo el brazo? ¿Me equivoco acaso? ¿No es así?

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró la reina cuyos dientes castañeaban de terror.

—Pues bien, esos herretes —prosiguió la señora Bonacieux— hay que recuperarlos.

—Sí, sin duda, hay que hacerlo —exclamó la reina—. Pero ¿cómo, cómo conseguirlo?

—Hay que enviar a alguien al duque.

—Pero ¿quién...? ¿Quién...? ¿De quién fiarme?

—Tened confianza en mí, señora; hacedme ese honor, mi reina, y yo encontraré el mensajero.

—¡Pero será preciso escribir!

—¡Oh, sí! Es indispensable. Dos palabras de mano de Vuestra Majestad y vuestro sello particular.

—Pero esas dos palabras, ¡son mi condena, son el divorcio, el exilio!

—¡Sí, si caen en manos infames! Pero yo respondo que esas dos palabras sean remitidas a su destinatario.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es preciso, pues, que yo ponga mi vida, mi honor, mi reputación en vuestras manos!

—¡Sí, sí, señora, lo es, y yo salvaré todo esto!

—Pero ¿cómo? Decídmelo al menos.

—Mi marido ha sido puesto en libertad hace tres días; aún no he tenido tiempo de volverlo a ver. Es un hombre bueno y honesto que no tiene odio ni amor por nadie. Hará lo que yo quiera; partirá a una orden mía, sin saber lo que lleva, y entregará la carta de Vuestra Majestad, sin saber siquiera que es de Vuestra Majestad, al destinatario que se le indique.

La reina tomó las dos manos de la joven en un arrebato apasionado, la miró como para leer en el fondo de su corazón,

y al no ver más que sinceridad en sus bellos ojos la abrazó tiernamente.

—¡Haz eso —exclamó—, y me habrás salvado la vida, habrás salvado mi honor!

—¡Oh! No exageréis el servicio que yo tengo la dicha de haceros; yo no tengo que salvar de nada a Vuestra Majestad, que es solamente víctima de pérfidas conspiraciones.

—Es cierto, es cierto, hija mía —dijo la reina—. Y tienes razón.

—Dadme, pues, esa carta, señora, el tiempo apremia.

La reina corrió a una pequeña mesa sobre la que había tinta, papel y plumas; escribió dos líneas, selló la carta con su sello y la entregó a la señora Bonacieux.

—Y ahora —dijo la reina—, nos olvidamos de una cosa muy necesaria…

—¿Cuál?

—El dinero.

La señora Bonacieux se ruborizó.

—Sí, es cierto —dijo—. Confesaré a Vuestra Majestad que mi marido…

—Tu marido no lo tiene, es eso lo que quieres decir.

—Claro que sí, lo tiene pero es muy avaro, es su defecto. Sin embargo que Vuestra Majestad no se inquiete, encontraremos el medio…

—Es que yo tampoco tengo —dijo la reina (quienes lean las Memorias de

la señora de Motteville no se extrañarán de esta respuesta)—. Pero espera.

Ana de Austria corrió a su escriño.

—Toma —dijo—. Ahí tienes un anillo de gran precio, según aseguran; procede de mi hermano el rey de España, es mío y puedo disponer de él. Toma ese anillo y hazlo dinero, y que tu marido parta.

—Dentro de una hora seréis obedecida.

—Ya ves el destinatario —añadió la reina hablando tan bajo que apenas podía oírse lo que decía: A Milord el duque de Buckingham, en Londres.

—La carta le será entregada personalmente.

—¡Muchacha generosa! —exclamó Ana de Austria.

La señora Bonacieux besó las manos de la reina, ocultó el papel en su blusa y desapareció con la ligereza de un pájaro.

Diez minutos más tarde estaba en su casa; como le había dicho a la reina no había vuelto a ver a su marido desde su puesta en libertad; por tanto ignoraba el cambio que se había operado en él respecto del cardenal, cambio que habían logrado la lisonja y el dinero de Su Eminencia y que habían corroborado, luego, dos

o tres visitas del conde de Rochefort, convertido en el mejor amigo de Bonacieux, al que había hecho creer sin mucho esfuerzo que ningún sentimiento culpable le había llevado al rapto de su mujer, sino que era solamente una precaución política.

Encontró al señor Bonacieux solo; el pobre hombre ponía a duras penas orden en la casa, cuyos muebles había encontrado casi rotos y cuyos armarios casi vacíos, pues no es la justicia ninguna de las tres cosas que el rey Salomón indica que no dejan huellas de su paso. En cuanto a la criada, había huido cuando el arresto de su amo. El terror había ganado a la pobre muchacha hasta el punto de que no había dejado de andar desde París hasta Bourgogne, su país natal.

El digno mercero había participado a su mujer, tan pronto como estuvo de vuelta en casa, su feliz retorno, y su mujer le había respondido para felicitarle y para decirle que el primer momento que pudiera escamotear a sus deberes sería consagrado por entero a visitarle.

Aquel primer momento se había hecho esperar cinco días, lo cual en cualquier otra circunstancia hubiera parecido algo largo a maese Bonacieux; pero en la visita que había hecho al cardenal y en las visitas que le hacía Rochefort, había amplio tema de reflexión, y como se sabe, nada hace pasar el tiempo como reflexionar.

Tanto más cuanto que las reflexiones de Bonacieux eran todas color de

rosa. Rochefort le llamaba su amigo, su querido Bonacieux, y no cesaba de decirle que el cardenal le hacía el mayor caso. El mercero se veía ya en el camino de los honores y de la fortuna.

Por su parte, la señora Bonacieux había reflexionado, pero hay que decirlo, por otro motivo muy distinto que la ambición; a pesar suyo, sus pensamientos habían tenido por móvil constante aquel hermoso joven tan valiente y que parecía tan amoroso. Casada a los dieciocho años con el señor Bonacieux, habiendo vivido siempre en medio de los amigos de su marido, poco susceptibles de inspirar un sentimiento cualquiera a una joven cuyo corazón era más elevado que su posición, la señora Bonacieux había permanecido insensible a las seducciones vulgares; pero, en esa época sobre todo, el título de gentilhombre tenía gran influencia sobre la burguesía y D'Artagnan era gentilhombre; además, llevaba el uniforme de los guardias que después del uniforme de los mosqueteros era el más apreciado de las damas. Era, lo repetimos, hermoso, joven, aventurero; hablaba de amor como hombre que ama y que tiene sed de ser amado; tenía más de lo que es preciso para enloquecer a una cabeza de veintitrés años y la señora Bonacieux había llegado precisamente a esa dichosa edad de la vida.

Aunque los dos esposos no se hubieran visto desde hacía más de ocho días, y aunque graves acontecimientos habían pasado entre ellos, se abordaron, pues, con cierta preocupación; sin embargo, el señor Bonacieux manifestó una alegría real y avanzó hacia su mujer con los brazos abiertos.

La señora Bonacieux le presentó la frente.

—Hablemos un poco —dijo ella.

—¿Cómo? —dijo Bonacieux, extrañado.

—Sí, tengo una cosa de la mayor importancia que deciros.

—Por cierto, que yo también tengo que haceros algunas preguntas bastante serias. Explicadme un poco vuestro rapto, por favor.

—Por el momento no se trata de eso —dijo la señora Bonacieux.

—¿Y de qué se trata entonces? ¿De mi cautividad?

—Me enteré de ella el mismo día; pero como no erais culpable de ningún crimen, como no erais cómplice de ninguna intriga, como no sabíais nada, en fin, que pudiera comprometeros, ni a vos ni a nadie, no he dado a ese suceso más importancia de la que merecía.

—¡Habláis muy a vuestro gusto señora! —prosiguió Bonacieux, herido por el poco interés que le testimoniaba su mujer—. ¿Sabéis que he estado metido un día y una noche en un calabozo de la Bastilla?

—Un día y una noche que pasan muy pronto; dejemos, pues, vuestra cautividad, y volvamos a lo que me ha traído a vuestro lado.

—¿Cómo? ¡Lo que os trae a mi lado! ¿No es, pues, el deseo de volver a ver a un marido del que estáis separada desde hace ocho días? —pregunto el mercero picado en lo más vivo.

—Es eso en primer lugar, y además otra cosa.

—¡Hablad!

—Una cosa del mayor interés y de la que depende nuestra fortuna futura quizá.

—Nuestra fortuna ha cambiado mucho de cara desde que os vi, señora Bonacieux, y no me extrañaría que de aquí a algunos meses causara la envidia de mucha gente.

—Sí, sobre todo si queréis seguir las instrucciones que voy a daros.

—¿A mí?

—Sí, a vos. Hay una buena y santa acción que hacer, señor, y mucho dinero que ganar al mismo tiempo.

La señora Bonacieux sabía que hablando de dinero a su marido le cogía por el lado débil.

Pero aunque un hombre sea mercero, cuando ha hablado diez minutos con el cardenal Richelieu, no es el mismo hombre.

—¡Mucho dinero que ganar! —dijo Bonacieux estirando los labios.

—Sí, mucho.

—¿Cuánto, más o menos?

—Quizá mil pistolas.

—¿Lo que vais a pedirme es, pues, muy grave?

—Sí.

—¿Qué hay que hacer?

—Saldréis inmediatamente, yo os entregaré un papel del que no os desprenderéis bajo ningún pretexto, y que pondréis en propia mano de alguien.

—¿Y adónde tengo que ir?

—A Londres.

—¡Yo a Londres! Vamos, estáis de broma, yo no tengo nada que hacer en Londres.

—Pero otros necesitan que vos vayáis.

—¿Quiénes son esos otros? Os lo advierto, no voy a hacer nada más a ciegas, y quiero saber no sólo a qué me expongo, sino también por quién me expongo.

—Una persona ilustre os envía, una persona ilustre os, espera; la recompensa superará vuestros deseos, he ahí cuanto puedo prometeros.

—¡Intrigas otra vez, siempre intrigas! Gracias, yo ahora no me fío, y el cardenal me ha instruido sobre eso.

—¡El cardenal! —exclamó la señora Bonacieux—. ¡Habéis visto al cardenal!

—El me hizo llamar —respondió orgullosamente el mercero.

—Y vos aceptasteis su invitación, ¡qué imprudente!

—Debo decir que no estaba en mi mano aceptar o no aceptar, porque yo estaba entre dos guardias. Es cierto además que, como entonces yo no conocía a Su Eminencia, si hubiera podido dispensarme de esa visita, hubiera estado muy encantado.

—¿Os ha maltratado entonces? ¿Os ha amenazado acaso?

—Me ha tendido la mano y me ha llamado su amigo, ¡su amigo! ¿Oís, señora? ¡Yo soy el amigo del gran cardenal!

—¡Del gran cardenal!

—¿Le negaríais, por casualidad ese título, señora?

—Yo no le niego nada, pero os digo que el favor de un ministro es efímero, y que hay que estar loco para vincularse a un ministro; hay poderes que están por encima del suyo, que no descansan en el capricho de un hombre o en el resultado de un

acontecimiento; de esos poderes es de los que hay que burlarse.

—Lo siento, señora, pero no conozco otro poder que el del gran hombre a quien tengo el honor de servir.

—¿Vos servís al cardenal?

—Sí, señora, y como su servidor no permitiré que os dediquéis a conspiraciones contra el Estado, y que vos misma sirváis a las intrigas de una mujer que no es francesa y que tiene el corazón español. Afortunadamente el cardenal está ahí, su mirada alerta vigila y penetra hasta el fondo del corazón.

Bonacieux repetía palabra por palabra una frase que había oído decir al conde de Rochefort; pero la pobre mujer, que había contado con su marido y

que, en aquella esperanza, había respondido por él a la reina, no tembló menos, tanto por el peligro en el que ella había estado a punto de arrojarse, como por la impotencia en que se encontraba. Sin embargo, conociendo la debilidad y sobre todo la codicia de su marido, no desesperaba de atraerle a sus fines.

—¡Ah! Sois cardenalista, señor —exclamó—. ¡Conque servís al partido de los que maltratan a vuestra mujer e insultan a vuestra reina!

—Los intereses particulares no son nada ante los intereses de todos. Yo estoy de parte de quienes salvan al Estado —dijo con énfasis Bonacieux.

Era otra frase del conde de Rochefort, que él había retenido y que hallaba ocasión de meter.

—¿Y sabéis lo que es el Estado de que habláis? —dijo la señora Bonacieux, encogiéndose de hombros—. Contentaos con ser un burgués sin fineza ninguna, y dad la espalda a quien os ofrece muchas ventajas.

—¡Eh, eh! —dijo Bonacieux, golpeando sobre una bolsa de panza redondeada y que devolvió un sonido argentino—. ¿Qué decís vos de esto, señora predicadora?

—¿De dónde viene ese dinero?

—¿No lo adivináis?

—¿Del cardenal?

—De él y de mi amigo el conde de Rochefort.

—¡El conde de Rochefort! ¡Pero si ha sido él quien me ha raptado!

—Puede ser, señora.

—¿Y vos recibís dinero de ese hombre?

—¿No me habéis dicho vos que ese rapto era completamente político?

—Sí; pero ese rapto tenía por objeto hacerme traicionar a mi ama, arrancarme mediante torturas confesiones que pudieran comprometer el honor y quizá la vida de mi augusta ama.

—Señora —prosiguió Bonacieux— vuestra augusta ama es una pérfida española, y lo que el cardenal hace está bien hecho.

—Señor —dijo la joven—, os sabía cobarde, avaro e imbécil, ¡pero no os sabía infame!

—Señora —dijo Bonacieux, que no había visto nunca a su mujer encolerizada y que se echaba atrás ante la ira conyugal—. Señora, ¿qué decís?

—¡Digo que sois un miserable! —continuó la señora Bonacieux, que vio que recuperaba alguna influencia sobre su marido—. ¡Ah, hacéis política vos!

¡Y encima política cardenalista! ¡Ah, os venderíais en cuerpo y alma al demonio por dinero!

—No, pero al cardenal sí.

—¡Es la misma cosa! —exclamó la joven—. Quien dice Richelieu dice Satán.

—Callaos, señora, callaos, podrían oírnos.

—Sí, tenéis razón, y sería vergonzoso para vos vuestra propia cobardía.

—Pero ¿qué exigís entonces de mí? Veamos.

—Ya os lo he dicho: que partáis al instante, señor, que cumpláis lealmente la comisión que yo me digno encargaros y, con esta condición, olvido todo, perdono; y hay más —ella le tendió la mano—: os devuelvo mi amistad.

Bonacieux era cobarde y avaro; pero amaba a su mujer: se enterneció. Un hombre de cincuenta años no guarda durante mucho tiempo rencor a una mujer de veintitrés. La señora Bonacieux vio que dudaba.

—Entonces, ¿estáis decidido? —dijo ella.

—Pero, querida amiga, reflexionad un poco en lo que exigís de mí; Londres está lejos de París, muy lejos, y quizá la comisión que me encarguéis no esté exenta de peligro.

—¡Qué importa si los evitáis!

—Mirad, señora Bonacieux —dijo el mercero—. Mirad, decididamente, me niego: las intrigas me dan miedo. He visto la Bastilla. ¡Brrrr! ¡La Bastilla es horrible! Nada más pensar en ella se me pone la carne de gallina. Me han amenazado con la tortura. ¿Sabéis vos lo que es la tortura? ¡Cuñas de madera que os meten entre las piernas hasta que los huesos estallan! No, decididamente, no iré. Y ¡pardiez!, ¿por qué no vais vos misma? Porque en verdad creo que hasta ahora he estado engañado sobre vos: ¡creo que sois un hombre, y de los más rabiosos incluso!

—Y vos, vos sois una mujer, una miserable mujer, estúpida y tonta. ¡Ah, tenéis miedo! Pues bien, si no partís ahora mismo, os

hago detener por orden de la reina, y os hago meter en la Bastilla que tanto teméis.

Bonacieux cayó en una reflexión profunda; pesó detenidamente las dos cóleras en su cerebro, la del cardenal y la de la reina; la del cardenal prevaleció con mucha diferencia.

—Hacedme detener de parte de la reina —dijo— y yo apelaré a Su

Eminencia.

Por vez primera, la señora Bonacieux vio que había ido demasiado lejos, y quedó asustada por haber avanzado tanto. Contempló un instante con horror aquel rostro estúpido, de una resolución invencible, como el de esos tontos que tienen miedo.

—¡Pues entonces, sea! —dijo—. Quizá, a fin de cuentas, tengáis razón: un hombre sabe mucho más que las mujeres de política, y vos sobre todo, señor Bonacieux, que habéis hablado con el cardenal. Y sin embargo, es muy duro

—añadió— que mi marido, que un hombre con cuyo afecto yo creía poder contar me trate tan descortésmente y no satisfaga en nada mi fantasía.

—Es que vuestras fantasías pueden llevar muy lejos —respondió Bonacieux, triunfante— y desconfío de ellas.

—Renunciaré, pues, a ellas —dijo la joven suspirando—. Está bien, no hablemos más.

—Si al menos me dijerais qué tenía que hacer en Londres —prosiguió Bonacieux, que recordaba un poco tarde que Rochefort le había encomendado tratar de sorprender los secretos de su mujer.

—Es inútil que lo sepáis —dijo la joven, a quien una desconfianza instintiva impulsaba ahora hacia atrás—: era una bagatela de las que gustan a las mujeres, una compra con la que había mucho que ganar.

Pero cuanto más se resistía la joven, tanto más pensaba Bonacieux que el secreto que ella se negaba a confiarle era importante. Por eso decidió correr inmediatamente a casa del conde de Rochefort y decirle que la reina buscaba un mensajero para enviarlo a Londres.

—Perdonadme si os dejo, querida señora Bonacieux —dijo él—; pero por no saber que vendríais hoy he quedado citado con uno de mis amigos; vuelvo ahora mismo, y si queréis esperarme, aunque sólo sea medio minuto, tan pronto como haya terminado con ese amigo, vuelvo para recogeros y, como comienza a hacerse tarde, acompañaros al Louvre.

—Gracias, señor —respondió la señora Bonacieux—; no sois lo suficientemente valiente para serme de ninguna utilidad, y volveré al Louvre perfectamente sola.

—Como os plazca, señora Bonacieux —respondió el exmercero—. ¿Os veré pronto?

—Claro que sí; espero que la próxima semana mi servicio me deje alguna libertad, y la aprovecharé para venir a ordenar nuestras cosas, que deben estar algo desordenadas.

—Está bien; os esperaré. ¿No me guardáis rencor?

—¡Yo! Por nada del mundo.

—¿Hasta pronto entonces?

—Hasta pronto.

Bonacieux besó la mano de su mujer y se alejó rápidamente.

—¡Vaya! —dijo la señora Bonacieux cuando su marido hubo cerrado la puerta de la calle y ella se encontró sola—. ¡Sólo le faltaba a este imbécil ser cardenalista! Y yo que había asegurado a la reina, yo que había prometido a mi pobre ama… ¡Ay, Dios mío, Dios mío! Me va a tomar por una de esas miserables que pululan por palacio y que han puesto junto a ella para espiarla.

¡Ay, señor Bonacieux! Nunca os he amado mucho, pero ahora es mucho peor: os odio, y ¡palabra que me la pagaréis!

En el momento en que decía estas palabras, un golpe en el techo la hizo alzar la cabeza, y una voz, que vino a ella a través del piso, gritó:

—Querida señora Bonacieux, abridme la puerta pequeña de la avenida y bajo junto a vos.

C A P Í T U L O XVIII

El amante y el marido

—¡Ay, señora! —dijo D'Artagnan entrando por la puerta que le abría la joven—. Permitidme decíroslo, tenéis un triste marido.

—¡Entonces habéis oído nuestra conversación! —preguntó vivamente la señora Bonacieux, mirando a D'Artagnan con inquietud.

—Toda entera.

—Dios mío, ¿cómo?

—Mediante un procedimiento conocido por mí, gracias al cual oí también la conversación más animada que tuvisteis con los esbirros del cardenal.

—¿Y qué habéis comprendido de lo que decíamos?

—Mil cosas: en primer lugar, que vuestro marido es un necio y un imbécil, afortunadamente; luego, que estáis en un apuro, cosa que me ha encantado y que me da ocasión de ponerme a vuestro servicio, y Dios sabe si estoy dispuesto a arrojarme al fuego por vos; finalmente que la reina necesita que un hombre valiente, inteligente y adicto haga por ella un viaje a Londres. Yo

tengo al menos dos de las tres cualidades que necesitáis, y heme aquí.

La señora Bonacieux no respondió, pero su corazón batía de alegría y una secreta esperanza brilló en sus ojos.

—¿Y qué garantía me daréis —preguntó— si consiento en confiaros esta misión?

—Mi amor por vos. Veamos, decid, ordenad: ¿qué hay que hacer?

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró la joven—. Debo confiaros un secreto semejante, señor. ¡Sois casi un niño!

—Bueno, veo que os falta alguien que os responda por mí.

—Confieso que eso me tranquilizarla mucho.

—¿Conocéis a Athos?

—No.

—¿A Porthos?

—No.

—¿A Aramis?

—No. ¿Quiénes son esos señores?

—Mosqueteros del rey. ¿Conocéis al señor de Tréville, su capitán?

—¡Oh, sí, a ese lo conozco! No personalmente, sino por haber oído hablar de él más de una vez a la reina como de un valiente y leal gentilhombre.

—¿No teméis que él os traicione por el cardenal, no es así?

—¡Oh, no, seguro que no!

—Pues bien, reveladle vuestro secreto y preguntadle si por importante, por precioso, por terrible que sea podéis confiármelo.

—Pero ese secreto no me pertenece y no puedo revelarlo de ese modo.

—Ibais a confiar de buena gana en el señor Bonacieux —dijo D'Artagnan con despecho.

—Como se confía una carta al hueco de un árbol, al ala de un pichón, al collar de un perro.

—Sin embargo yo, como veis, os amo.

—Vos lo decís.

—¡Soy un hombre galante!

—Lo creo.

—¡Soy valiente!

—¡Oh, de eso estoy segura!

—Entonces, ponedme a prueba.

La señora Bonacieux miró al joven, contenida por una última duda. Pero había tal ardor en sus ojos, tal persuasión en su voz, que se sintió arrastrada a fiarse de él. Además, se hallaba en una de esas circunstancias en que hay que arriesgar el todo por el todo. La reina estaba tan perdida por una exagerada discreción como por una excesiva confianza. Además, confesémoslo, el sentimiento involuntario que experimentaba por aquel joven protector la decidió a hablar.

—Escuchad —le dijo—. Me rindo a vuestras protestas y cedo ante vuestras palabras. Pero os juro ante Dios que nos oye, que si me traicionáis y mis enemigos me perdonan, me mataré acusándoos de mi muerte.

—Y yo, yo os juro ante Dios, señora —dijo D'Artagnan—, que, si soy cogido durante el cumplimiento de las órdenes que vais a darme, moriré antes de hacer o decir nada que comprometa a alguien.

Entonces la joven le confió el terrible secreto del que el azar le había revelado ya una parte frente a la Samaritana. Esta fue su mutua declaración de amor.

D'Artagnan resplandecía de alegría y de orgullo. Aquel secreto que poseía, aquella mujer a la que amaba, la confianza y el amor hacían de él un gigante.

—Parto —dijo—. Parto al instante.

—¡Cómo! ¿Partís? —exclamó la señora Bonacieux—. ¿Y vuestro regimiento, vuestro capitán?

—Por mi alma, me habéis hecho olvidar todo eso, querida Constance. Sí, tenéis razón, necesito un permiso.

—Un obstáculo todavía —murmuró la señora Bonacieux con dolor.

—¡Oh, ese —exclamó D'Artagnan, tras un momento de reflexión— lo superaré, estad tranquila!

—¿Cómo?

—Iré a buscar esta misma noche al señor de Tréville, a quien encargaré que pida para mí este favor a su cuñado el señor des Essarts. —Ahora, otra cosa.

—¿Qué? —preguntó D'Artagnan, viendo que la señora Bonacieux dudaba en continuar.

—¿Quizá no tengáis dinero?

—Quizá demasiado —dijo D'Artagnan, sonriendo.

—Entonces —prosiguió la señora Bonacieux abriendo un armario y sacando de ese armario la bolsa que media hora antes acariciaba tan amorosamente su marido— tomad esta bolsa.

—¡El del cardenal! —exclamó estallando de risa D'Artagnan que, como se recordará, gracias a sus baldosas levantadas no se había perdido una sílaba de la conversación del mercero y de su mujer.

—El del cardenal —dijo la señora Bonacieux—. Como veis, se presenta bajo un aspecto bastante respetable.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—. Será una cosa doblemente divertida: ¡Salvar a la reina con el dinero de Su Eminencia!

—Sois un joven amable y encantador —dijo la señora Bonacieux—. Estad seguro de que Su Majestad no será nada ingrata.

—¡Oh, yo ya estoy bien recompensado! —exclamó D'Artagnan—. Os amo, vos me permitís decíroslo: es ya más dicha de la que me atrevía a esperar.

—¡Silencio! —dijo la señora Bonacieux, estremeciéndose.

—¿Qué?

—Están hablando en la calle.

—Es la voz…

—De mi marido. ¡Sí, lo he reconocido! D'Artagnan corrió a la puerta y pasó el cerrojo.

—Que no entre hasta que yo no haya salido, y cuando yo salga, vos le abrís.

—Pero también yo debería haberme marchado. Y la desaparición de ese dinero, ¿cómo justificarla si estoy yo aquí?

—Tenéis razón, hay que salir.

—¿Salir? ¿Y cómo? Nos verá si salimos.

—Entonces hay que subir a mi casa.

—¡Ah! —exclamó la señora Bonacieux—. Me decís eso en un tono que me da miedo.

La señora Bonacieux pronunció estas palabras con una lágrima en los ojos.

D'Artagnan vio esa lágrima y, turbado, enternecido, se arrojó a sus pies.

—En mi casa —dijo— estaréis tan segura como en un templo, os doy mi palabra de gentilhombre.

—Partamos —dijo ella—. Me fío de vos, amigo mío.

D'Artagnan volvió a abrir con precaución el cerrojo y los dos juntos, ligeros como sombras, se deslizaron por la puerta interior hacia la avenida, subieron sin ruido la escalera y entraron en la habitación de D'Artagnan.

Una vez allí, para mayor seguridad, el joven atrancó la puerta; se acercaron los dos a la ventana, y por una rendija del postigo vieron al señor Bonacieux que hablaba con un hombre de capa.

A la vista del hombre de capa, D'Artagnan dio un salto y, sacando a medias la espada, se lanzó hacia la puerta.

Era el hombre de Meung.

—¿Qué vais a hacer? —exclamó la señora Bonacieux—. Nos perdéis.

—¡Pero he jurado matar a ese hombre! —dijo D'Artagnan.

—Vuestra vida está consagrada en este momento y no os pertenece. En nombre de la reina, os prohíbo meteros en ningún peligro extraño al del viaje.

—Y en vuestro nombre, ¿no ordenáis nada?

—En mi nombre —dijo la señora Bonacieux, con viva emoción—, en mi nombre, os lo suplico. Pero escuchemos, me parece que hablan de mí.

D'Artagnan se acercó a la ventana y prestó oído.

El señor Bonacieux había abierto su puerta, y al ver la habitación vacía, había vuelto junto al hombre de la capa al que había dejado solo un instante.

—Se ha marchado —dijo—. Habrá vuelto al Louvre.

—¿Estáis seguro —respondió el extranjero— de que no ha sospechado de las intenciones con que habéis salido?

—No —respondió Bonacieux con suficiencia—. Es una mujer demasiado superficial.

—El cadete de los guardias, ¿está en su casa?

—No lo creo; como veis, su postigo está cerrado y no se ve brillar ninguna luz a través de las rendijas.

—Es igual, habría que asegurarse.

—¿Cómo?

—Yendo a llamar a su puerta.

—Preguntaré a su criado.

—Id.

Bonacieux regresó a su casa, pasó por la misma puerta que acababa de dar paso a los dos fugitivos, subió hasta el rellano de D'Artagnan y llamó.

Nadie respondió. Porthos, para dárselas de importante, había tomado prestado aquella tarde a Planchet. En cuanto a D'Artagnan, tenía mucho cuidado con dar la menor señal de existencia.

En el momento en que el dedo de Bonacieux resonó sobre la puerta, los dos jóvenes sintieron saltar sus corazones.

—No hay nadie en su casa —dijo Bonacieux.

—No importa, volvamos a la vuestra, estaremos más seguros que en el umbral de una puerta.

—¡Ay, Dios mío! —murmuró la señora Bonacieux—. No vamos a oír nada.

—Al contrario —dijo D'Artagnan— les oiremos mejor. D'Artagnan levantó las tres o cuatro baldosas que hacían de su habitación otra oreja de Dionisio, extendió un tapiz en el suelo, se puso de rodillas e hizo señas a la señora Bonacieux de inclinarse, como él hacía, hacia la abertura.

—¿Estáis seguro de que no hay nadie? —dijo el desconocido.

—Respondo de ello —dijo Bonacieux.

—¿Y pensáis que vuestra mujer…?

—Ha vuelto al Louvre.

—¿Sin hablar con nadie más que con vos?

—Estoy seguro.

—Es un punto importante, ¿comprendéis?

—Entonces, ¿la noticia que os he llevado tiene un valor…?

—Muy grande, mi querido Bonacieux, no os lo oculto.

—Entonces, ¿el cardenal estará contento conmigo?

—No lo dudo.

—¡El gran cardenal!

—¿Estáis seguro de que en su conversación con vos vuestra mujer no ha pronunciado nombres propios?

—No lo creo.

—¿No ha nombrado ni a la señora de Chevreuse, ni al señor de Buckingham, ni a la señora de Vernel?

—No, ella me ha dicho sólo que quería enviarme a Londres para servir a los intereses de una persona ilustre.

—¡Traidor! —murmuró la señora Bonacieux.

—¡Silencio! —dijo D'Artagnan cogiéndole una mano que ella le abandonó sin pensar.

—No importa —continuó el hombre de la capa—. Sois un necio por no haber fingido aceptar el encargo, ahora tendríais la carta; el Estado al que se amenaza estaría a salvo, y vos…

—¿Y yo?

—Pues bien, vos, el cardenal os daría títulos de nobleza…

—¿Os lo ha dicho?

—Sí, yo sé que quería daros esa sorpresa.

—Estad tranquilo —prosiguió Bonacieux—. Mi mujer me adora, todavía hay tiempo.

—¡Imbécil! —murmuró la señora Bonacieux.

—¡Silencio! —dijo D'Artagnan, apretándole más fuerte la mano.

—¿Cómo que aún hay tiempo? —prosiguió el hombre de la capa.

—Vuelvo al Louvre, pregunto por la señora Bonacieux, le digo que lo he pensado, que me hago cargo del asunto, obtengo la cartas y corro adonde el cardenal.

—¡Bien! Id deprisa; yo volveré pronto para saber el resultado de vuestra gestión.

El desconocido salió.

—¡Infame! —dijo la señora Bonacieux, dirigiendo todavía este epíteto a su marido.

—¡Silencio! —repitió D'Artagnan apretándole la mano más fuertemente aún.

Un aullido terrible interrumpió entonces las reflexiones de D'Artagnan y de la señora Bonacieux. Era su marido, que se había percatado de la desaparición de su bolsa y que maldecía al ladrón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Bonacieux—. Va a alborotar a todo el barrio.

Bonacieux chilló mucho tiempo; pero como semejantes gritos, dada su frecuencia, no atraían a nadie en la calle des Fossoyeurs y, como por otra parte la casa del mercero tenía desde hacía algún tiempo mala fama al ver que nadie acudía salió gritando, y se oyó su voz que se alejaba en dirección de la calle du Bac.

—Y ahora que se ha marchado, os toca alejaros a vos —dijo la señora Bonacieux—. Valor, pero sobre todo prudencia, y pensad que os debéis a la reina.

—¡A ella y a vos! —exclamó D'Artagnan—. Estad tranquila, bella Constance volveré digno de su reconocimiento; pero ¿volveré tan digno de vuestro amor?

La joven no respondió más que con el vivo rubor que coloreó sus mejillas. Algunos instantes después, D'Artagnan salía a su vez, envuelto, él también, en una gran capa que alzaba caballerosamente la vaina de una larga espada.

La señora Bonacieux le siguió con los ojos, con esa larga mirada de amor con que la mujer acompaña al hombre del que se siente amar; pero cuando hubo desaparecido por la esquina de la calle, cayó de rodillas y, uniendo las manos, exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Proteged a la reina, protegedme a mí!

C A P Í T U L O XIX

Plan de campaña

D'Artagnan se dirigió directamente a casa del señor de Tréville. Había pensado que, en pocos minutos, el cardenal sería advertido por aquel maldito desconocido que parecía ser su agente, y pensaba con razón que no había un instante que perder.

El corazón del joven desbordaba de alegría. Ante él se presentaba una ocasión en la que había a la vez gloria que adquirir y dinero que ganar, y como primer aliento acababa de acercarle a una mujer a la que adoraba. Este azar, de golpe, hacía por él más que lo que hubiera osado pedir a la Providencia.

El señor de Tréville estaba en su salón con su corte habitual de gentileshombres. D'Artagnan, a quien se conocía como familiar de la casa, fue derecho a su gabinete y le avisó de que le esperaba para una cosa importante.

D'Artagnan estaba allí hacía apenas cinco minutos cuando el señor de Tréville entró. A la primera ojeada y ante la alegría que se pintó sobre su

rostro, el digno capitán comprendió que efectivamente pasaba algo nuevo.

Durante todo el camino, D'Artagnan se había preguntado si se confiaría al señor de Tréville o si solamente le pediría concederle carta blanca para un asunto secreto. Pero el señor de Tréville había sido siempre tan perfecto para él, era tan adicto al rey y a la reina, odiaba tan cordialmente al cardenal, que el joven resolvió decirle todo.

—¿Me habéis hecho llamar, mi joven amigo? —dijo el señor de Tréville.

—Sí, señor —dijo D'Artagnan—, y espero que me perdonéis por haberos molestado cuando sepáis el importante asunto de que se trata.

—Decid entonces, os escucho.

—No se trata de nada menos —dijo D'Artagnan bajando la voz que del honor y quizá de la vida de la reina.

—¿Qué decís? —preguntó el señor de Tréville mirando en torno suyo si estaban completamente solos y volviendo a poner su mirada interrogadora en D'Artagnan.

—Digo, señor, que el azar me ha hecho dueño de un secreto…

—Que yo espero que guardaréis, joven, por encima de vuestra vida.

—Pero que debo confiaros a vos, señor, porque sólo vos podéis ayudarme en la misión que acabo de recibir de Su Majestad.

—¿Ese secreto es vuestro?

—No, señor, es de la reina.

—¿Estáis autorizado por Su Majestad para confiármelo?

—No, señor, porque, al contrario, se me ha recomendado el más profundo misterio.

—¿Por qué entonces ibais a traicionarlo por mí?

—Porque ya os digo que sin vos no puedo nada y porque tengo miedo de que me neguéis la gracia que vengo a pediros si no sabéis con qué objeto os lo pido.

—Guardad vuestro secreto, joven, y decidme lo que deseáis.

—Deseo que obtengáis para mí, del señor des Essarts, un permiso de quince días.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Abandonáis París?

—Voy con una misión.

—¿Podéis decirme adónde?

—A Londres.

—¿Está alguien interesado en que no lleguéis a vuestra meta?

—El cardenal, según creo, daría todo el oro del mundo por impedirme alcanzarlo.

—¿Y vais solo?

—Voy solo.

—En ese caso, no pasaréis de Bondy. Os lo digo yo, palabra de Tréville.

—¿Por qué?

—Porque os asesinarán.

—Moriré cumpliendo con mi deber.

—Pero vuestra misión no será cumplida.

—Es cierto —dijo D’Artagnan.

—Creedme —continuó Tréville—, en las empresas de este género hay que ser cuatro para que llegue uno.

—¡Ah, tenéis razón, señor! —dijo D’Artagnan—. Vos conocéis a Athos, Porthos y Aramis y vos sabéis si puedo disponer de ellos.

—¿Sin confiarles el secreto que yo no he querido saber?

—Nos hemos jurado, de una vez por todas, confianza ciega y abnegación a toda prueba; además, podéis decirles que tenéis toda vuestra confianza en mí, y ellos no serán más incrédulos que vos.

—Puedo enviarles a cada uno un permiso de quince días, eso es todo: a Athos, a quien su herida hace siempre sufrir, para ir a tomar las aguas de Forges; a Porthos y a Aramis para que acompañen a su amigo, a quien no quieren abandonar en una

situación tan dolorosa. El envío de su permiso será la prueba de que autorizo su viaje.

—Gracias, señor, sois cien veces bueno.

—Id a buscarlos ahora mismo, y que se haga todo esta noche. ¡Ah!, y lo primero escribid vuestra petición al señor Des Essarts. Quizá tengáis algún espía a vuestros talones, y vuestra visita, que en tal caso ya es conocida del cardenal, será legitimada de este modo.

D'Artagnan formuló aquella solicitud, y el señor de Tréville, al recibirla en sus manos, aseguró que antes de las dos de la mañana los cuatro permisos

estarían en los domicilios respectivos de los viajeros.

—Tened la bondad de enviar el mío a casa de Athos —dijo D'Artagnan—.

Temo que de volver a mi casa tenga algún mal encuentro.

—Estad tranquilo. ¡Adiós, y buen viaje! A propósito —dijo el señor de Tréville llamándole.

D'Artagnan volvió sobre sus pasos.

—¿Tenéis dinero?

D'Artagnan hizo sonar la bolsa que tenía en su bolsillo.

—¿Bastante? —preguntó el señor de Tréville.

—Trescientas pistolas.

—Está bien, con eso se va al fin del mundo; id pues.

D'Artagnan saludó al señor de Tréville, que le tendió la mano; D'Artagnan la estrechó con un respeto mezclado de gratitud. Desde que había llegado a París, no había tenido más que motivos de elogio para aquel hombre excelente a quien siempre había encontrado digno, leal y grande.

Su primera visita fue para Aramis; no había vuelto a casa de su amigo desde la famosa noche en que había seguido a la señora Bonacieux. Hay más: apenas había visto al joven mosquetero, y cada vez que lo había vuelto a ver, había creído observar una profunda tristeza en su rostro.

Aquella noche, Aramis velaba, sombrío y soñador; D'Artagnan le hizo algunas preguntas sobre aquella melancolía profunda; Aramis se excusó alegando un comentario del capítulo dieciocho de San Agustín que tenía que escribir en latín para la semana siguiente, y que le preocupaba mucho.

Cuando los dos amigos hablaban desde hacía algunos instantes, un servidor del señor de Tréville entró llevando un sobre sellado.

—¿Qué es eso? —preguntó Aramis.

—El permiso que el señor ha pedido —respondió el lacayo.

—Yo no he pedido ningún permiso.

—Callaos y tomadlo —dijo D’Artagnan—. Y vos, amigo mío, tomad esta media pistola por la molestia; le diréis al señor de Tréville que el señor Aramis se lo agradece sinceramente. Idos.

El lacayo saludó hasta el suelo y salió.

—¿Qué significa esto? —preguntó Aramis.

—Coged lo que os hace falta para un viaje de quince días y seguidme.

—Pero no puedo dejar París en este momento sin saber… Aramis se detuvo.

—Lo que ha pasado con ella, ¿no es eso? —continuó D’Artagnan.

—¿Quién? —prosiguió Aramis.

—La mujer que estaba aquí, la mujer del pañuelo bordado.

—¿Quién os ha dicho que aquí había una mujer? —replicó Aramis tornándose pálido como la muerte.

—Yo la vi.

—¿Y sabéis quién es?

—Creo sospecharlo al menos.

—Escuchad —dijo Aramis—, puesto que sabéis tantas cosas, ¿sabéis qué ha sido de esa mujer?

—Presumo que ha vuelto a Tours.

—¿A Tours? Sí, eso puede ser, la conocéis. Pero ¿cómo ha vuelto a Tours sin decirme nada?

—Porque temió ser detenida.

—¿Cómo no me ha escrito?

—Porque temió comprometeros.

—¡D'Artagnan, me devolvéis la vida! —exclamó Aramis—. Me creía despreciado, traicionado. ¡Estaba tan contento de volverla a ver! Yo no podía creer que arriesgase su libertad por mí, y sin embargo, ¿por qué causa habrá vuelto a París?

—Por la causa que hoy nos hace ir a Inglaterra.

—¿Y cuál es esa causa? —preguntó Aramis.

—La sabréis un día, Aramis; por el momento, yo imitaré la discreción de la nieta del doctor.

Aramis sonrió, porque se acordaba del cuento que había referido cierta noche a sus amigos.

—¡Pues bien! Dado que ella ha abandonado París y que vos estáis seguro de ello, D'Artagnan, nada me detiene aquí y yo estoy dispuesto a seguiros. Decís que vamos a…

—A casa de Athos por el momento, y, si queréis venir, os invito a daros prisa, porque hemos perdido ya demasiado tiempo. A propósito, avisad a

Bazin.

—¿Bazin viene con nosotros? —preguntó Aramis.

—Quizá. En cualquier caso, está bien que por ahora nos siga a casa de Athos.

Aramis llamó a Bazin, y tras haberle ordenado ir a reunirse con él a casa de Athos, tomando su capa, su espada y sus tres pistolas, y abriendo inútilmente tres o cuatro cajones para ver si encontraba en ellos alguna pistola extraviada, dijo:

—Partamos, pues.

Luego, cuando estuvo bien seguro de que aquella búsqueda era superflua, siguió a D'Artagnan, preguntándose cómo era que el joven cadete de los guardias había sabido quién era la mujer a la que él había dado hospitalidad y conociese mejor que él lo que había sido de ella.

Al salir, Aramis puso su mano sobre el brazo de D'Artagnan y, mirándole fijamente, dijo:

—¿Vos no habéis hablado de esa mujer a nadie?

—A nadie en el mundo.

—¿Ni siquiera a Athos y a Porthos?

—No les he soplado ni la menor palabra.

—En buena hora.

Y tranquilo respecto a este importante punto, Aramis continuó su camino con D'Artagnan, y pronto los dos juntos llegaron a casa de Athos.

Lo encontraron con su permiso en una mano y la carta del señor de Tréville en la otra.

—¿Podéis explicarme lo que significa este permiso y esta carta que acabo de recibir? —dijo Athos asombrado.

Mi querido Athos: Puesto que vuestra salud lo exige de modo indispensable, quiero que descanséis quince días. Id, pues, a tomar las aguas de Forges o cualquiera otra que os convenga, y restableceros pronto.

Vuestro afectísimo, TRÉVILLE.

—Pues bien, ese permiso y esa carta significan que hay que seguirme, Athos.

—¿A las aguas de Forges?

—Allí o a otra parte.

—¿Para servicio del rey?

—Del rey o de la reina. ¿No somos servidores de Sus Majestades? En aquel momento entró Porthos.

—¡Pardiez! —dijo—. Vaya cosa más extraña. ¿Desde cuándo entre los mosqueteros se concede a la gente permisos sin que los pidan?

—Desde que tienen amigos que los piden para ellos —dijo D’Artagnan.

—¡Ah, ah! —dijo Porthos—. Parece que hay novedades.

—Sí, nos vamos —dijo Aramis.

—¿Adónde? —preguntó Porthos.

—A fe que no sé nada —dijo Athos—; pregúntaselo a D’Artagnan.

—A Londres, señores —dijo D’Artagnan.

—¡A Londres! —exclamó Porthos—. ¿Y qué vamos a hacer nosotros en Londres?

—Eso es lo que no puedo deciros, señores, y tenéis que fiaros de mí.

—Pero para ir a Londres —añadió Porthos—, se necesita dinero, y yo no lo tengo.

—Ni yo —dijo Aramis.

—Ni yo —dijo Athos.

—Yo lo tengo —prosiguió D’Artagnan sacando su tesoro de su bolso y depositándolo sobre la mesa—. En esa bolsa hay trescientas pistolas; tomemos cada uno setenta y cinco; es más de lo que se necesita para ir a Londres y volver. Además, estad tranquilos, no todos llegaremos a Londres.

—Y eso ¿por qué?

—Porque según todas las probabilidades, habrá alguno de nosotros que se quede en el camino.

—¿Es acaso una campaña lo que emprendemos?

—Y de las más peligrosas, os lo advierto.

—¡Vaya! Pero dado que corremos el riesgo de hacernos matar —dijo Porthos—, me gustaría saber por qué al menos.

—Lo sabrás más adelante —dijo Athos.

—Sin embargo —dijo Aramis—, yo soy de la opinión de Porthos.

—¿Suele el rey rendiros cuenta? No, os dice buenamente: Señores se pelea en Gascuña o en Flandes, id a batiros; y vos vais. ¿Por qué? No os preocupáis siquiera.

—D'Artagnan tiene razón —dijo Athos—, aquí están nuestros tres permisos que proceden del señor de Tréville, y ahí hay trescientas pistolas que vienen de no sé dónde. Vamos a hacernos matar allí donde se nos dice que vayamos. ¿Vale la vida la pena de hacer tantas preguntas? D'Artagnan, yo estoy dispuesto a seguirte.

—Y yo también —dijo Porthos.

—Y yo también —dijo Aramis—. Además, no me molesta dejar París.

Necesito distracciones.

—¡Pues bien, tendréis distracciones, señores, estad tranquilos! —dijo D'Artagnan.

—Y ahora, ¿cuándo partimos? —dijo Athos.

—Inmediatamente —respondió D'Artagnan—; no hay un minuto que perder.

—¡Eh, Grimaud, Planchet, Mosquetón, Bazin! —gritaron los cuatro jóvenes llamando a sus lacayos—. Dad grasa a nuestras botas y traed los caballos de palacio.

En efecto, cada mosquetero dejaba en el palacio general, como en un cuartel, su caballo y el de su criado.

Planchet, Grimaud, Mosquetón y Bazin partieron a todo correr.

—Ahora, establezcamos el plan de campaña —dijo Porthos—. ¿Dónde vamos primero?

—A Calais —dijo D’Artagnan—; es la línea más recta para llegar a Londres.

—¡Bien! —dijo Porthos—. Mi opinión es ésta.

—Habla.

—Cuatro hombres que viajan juntos serían sospechosos; D’Artagnan nos dará a cada uno sus instrucciones, yo partiré delante por la ruta de Boulogne para aclarar el camino; Athos partirá dos horas después por la de Amiens; Aramis nos seguirá por la de Noyon; en cuanto a D’Artagnan, partirá por la que quiera, con los vestidos de Planchet, mientras Planchet nos seguirá vestido de D’Artagnan y con el uniforme de los guardias.

—Señores —dijo Athos—, mi opinión es que no conviene meter para nada lacayos en un asunto semejante; un secreto puede ser traicionado por azar por

gentileshombres, pero es casi siempre vendido por lacayos.

—El plan de Porthos me parece impracticable —dijo D'Artagnan—, porque yo mismo ignoro qué instrucciones puedo daros. Yo soy portador de una carta, eso es todo. No la sé y por tanto no puedo hacer tres copias de esa carta, puesto que está sellada; en mi opinión, hay que viajar en compañía. Esa carta está aquí, en mi bolsillo —y mostró el bolsillo en que estaba la carta—. Si muero, uno de vosotros la cogerá y continuaréis la ruta; si éste muere, le tocará a otro, y así sucesivamente; con tal que uno solo llegue, se habrá hecho lo que había que hacer.

—¡Bravo, D'Artagnan! Tu opinión es la mía —dijo Athos—. Además, hay que ser consecuente: voy a tomar las aguas, vosotros me acompañáis; en lugar de Forges, voy a tomar baños de mar: soy libre. Si se nos quiere detener, muestro la carta del señor de Tréville, y vosotros mostráis vuestros permisos; si se nos ataca, nosotros nos defenderemos; si se nos juzga, defenderemos erre que erre que no teníamos otra intención que meternos cierto número de veces en el mar; darían buena cuenta de cuatro hombres aislados, mientras que cuatro hombres juntos son una tropa. Armaremos a los cuatro lacayos de pistolas y mosquetones; si se envía un ejército contra nosotros, libraremos batalla, y el superviviente, como ha dicho D'Artagnan, llevará la carta.

—Bien dicho —exclamó Aramis—; no hablas con frecuencia, Athos, pero cuando hablas es como San Juan Boca de Oro. Adopto el plan de Athos. ¿Y tú, Porthos?

—Yo también —dijo Porthos—, si conviene a D’Artagnan. D’Artagnan, portador de la carta, es naturalmente el jefe de la empresa; que él decida y nosotros obedeceremos.

—Pues bien —dijo D’Artagnan—, decido que adoptemos el plan de Athos y que partamos dentro de media hora.

—¡Adoptado! —contestaron a coro los tres mosqueteros.

Y cada cual alargando la mano hacia la bolsa, cogió setenta y cinco pistolas e hizo sus preparativos para partir a la hora convenida.

CAPÍTULO XX

El viaje

A las dos de la mañana, nuestros cuatro aventureros salieron de París por la puerta de Saint-Denis; mientras fue de noche, permanecieron mudos; a su pesar, sufrían la influencia de la oscuridad y veían acechanzas por todas

partes.

A los primeros rayos del día, sus lenguas se soltaron; con el sol, la alegría volvió: era como en la víspera de un combate, el corazón palpitaba, los ojos reían; se sentía que la vida que quizá se iba a abandonar era, a fin de cuentas, algo bueno.

El aspecto de la caravana, por lo demás, era de lo más formidable: los caballos negros de los mosqueteros, su aspecto marcial, esa costumbre de escuadrón que hace marchar regularmente a esos nobles compañeros del soldado hubieran traicionado el incógnito más estricto.

Los seguían los criados, armados hasta los dientes.

Todo fue bien hasta Chantilly, adonde llegaron hacia las ocho de la mañana. Había que desayunar. Descendieron ante un albergue que recomendaba una muestra que representaba a

San Martín dando la mitad de su capa a un pobre. Ordenaron a los lacayos no desensillar los caballos y mantenerse dispuestos para volver a partir inmediatamente.

Entraron en la sala común y se sentaron en una mesa.

Un gentilhombre que acababa de llegar por la ruta de San Martín estaba sentado en aquella misma mesa y desayunaba. El entabló conversación sobre cosas sin importancia y los viajeros respondieron; él bebió a su salud y los viajeros le devolvieron la cortesía.

Pero en el momento en que Mosquetón venía a anunciar que los caballos estaban listos y que se levantaba la mesa, el extranjero propuso a Porthos beber a la salud del cardenal. Porthos respondió que no deseaba otra cosa si el desconocido, a su vez, quería beber a la salud del rey. El desconocido exclamó que no conocía más rey que Su Eminencia. Porthos lo llamó borracho; el desconocido saco su espada.

—Habéis hecho una tontería —dijo Athos—; no importa, ya no se puede retroceder ahora: matad a ese hombre y venid a reuniros con nosotros lo más rápido que podáis.

Y los tres volvieron a montar a caballo y partieron a rienda suelta, mientras que Porthos prometía a su adversario perforarle con todas las estocadas conocidas en la esgrima.

—¡Uno! —dijo Athos al cabo de quinientos pasos.

—Pero ¿por qué ese hombre ha atacado a Porthos y no a cualquier otro? — preguntó Aramis.

—Porque por hablar Porthos más alto que todos nosotros, le ha tomado por el jefe —dijo D'Artagnan.

—Siempre he dicho que este cadete de Gascuña era un pozo de sabiduría

—murmuró Athos.

Y los viajeros continuaron su ruta.

En Beauvais se detuvieron dos horas, tanto para dejar respirar a los caballos como para esperar a Porthos. Al cabo de dos horas, como Porthos no llegaba, ni noticia alguna de él, volvieron a ponerse en camino.

A una legua de Beauvais, en un lugar en que el camino se encontraba encajonado entre dos taludes, encontraron ocho o diez hombres que, aprovechando que la ruta estaba desempedrada en aquel lugar, fingían trabajar en ella cavando agujeros y haciendo rodadas en el fango.

Aramis, temiendo ensuciarse sus botas en aquel mortero artificial, los apostrofó duramente. Athos quiso retenerlo; era demasiado tarde. Los obreros se pusieron a insultar a los viajeros a hicieron perder con su insolencia la cabeza incluso al frío Athos, que lanzó su caballo contra uno de ellos.

Entonces, todos aquellos hombres retrocedieron hasta una zanja y cogieron mosquetes ocultos; resultó de ello que nuestros siete viajeros fueron literalmente pasados por las armas. Aramis recibió una bala que le atravesó el hombro, y Mosquetón otra que se alojó en las partes carnosas que prolongan el bajo de los riñones. Sin embargo, Mosquetón sólo se cayó del caballo, no porque estuviera gravemente herido, sino porque como no podía ver su herida creyó sin duda estar más peligrosamente herido de lo que lo estaba.

—Es una emboscada —dijo D'Artagnan—, no piquemos el cebo, y en marcha.

Aramis, aunque herido como estaba se agarró a las crines de su caballo, que le llevó con los otros. El de Mosquetón se les había reunido y galopaba completamente solo a su lado.

—Así tendremos un caballo de recambio —dijo Athos.

—Preferiría tener un sombrero —dijo D'Artagnan—; el mío se lo ha llevado una bala. Ha sido una suerte que la carta que llevo no haya estado dentro.

—¡Vaya, van a matar al pobre Porthos cuando pase! —dijo Aramis.

—Si Porthos estuviera sobre sus piernas, ya se nos habría unido —dijo Athos—. Mi opinión es que, sobre la marcha, el borracho se ha despejado.

Y galoparon aún durante dos horas, aunque los caballos estuvieran tan fatigados que era de temer que negasen muy pronto el servicio.

Los viajeros habían cogido la trocha, esperando de esta forma ser menos inquietados; pero en Crèvecoeur, Aramis declaró que no podía seguir. En

efecto, había necesitado de todo su coraje que ocultaba bajo su forma elegante y sus ademanes corteses para llegar hasta allí. A cada momento palidecía, y tenían que sostenerlo sobre su caballo; lo bajaron a la puerta de una taberna, le dejaron a Bazin que, por lo demás, en una escaramuza era más embarazoso que útil, y volvieron a partir con la esperanza de ir a dormir a Amiens.

—¡Pardiez! —dijo Athos cuando se encontraron en camino, reducidos a dos amos y a Grimaud y Planchet—. ¡Pardiez! No seré yo su víctima, y os aseguro que no me harán abrir la boca ni sacar la espada de aquí a Calais… Lo juro…

—No juremos —dijo D’Artagnan—, galopemos si nuestros caballos consienten en ello.

Y los viajeros hundieron sus espuelas en el vientre de sus caballos, que, vigorosamente estimulados, volvieron a encontrar fuerzas. Llegaron a Amiens a medianoche y descendieron en el albergue del Lis d’Or.

El hostelero tenía el aspecto del más honesto hombre de la tierra; recibió a los viajeros con su palmatoria en una mano y su bonete de algodón en la otra; quiso alojar a los dos viajeros a cada uno en una habitación encantadora, pero desgraciadamente cada una de aquellas habitaciones estaba en una punta del hotel. D'Artagnan y Athos las rechazaron; el hostelero respondió que no había otras dignas de Sus Excelencias; pero los viajeros declararon que se acostarían en la habitación común, cada uno sobre un colchón que pondrían en el suelo. El hostelero insistió, los viajeros se obstinaron: hubo que hacer lo que querían.

Acababan de disponer el lecho y de atrancar la puerta por dentro, cuando llamaron al postigo del patio; preguntaron quién estaba allí, reconocieron la voz de sus criados y abrieron.

En efecto, eran Planchet y Grimaud.

—Grimaud bastará para guardar los caballos —dijo Planchet—; si los señores quieren, yo me acostaré atravesando la puerta; de esta forma, estarán seguros de que nadie llegará hasta ellos.

—¿Y en qué te acostarás? —dijo D'Artagnan.

—He aquí mi cama —respondió Planchet. Y mostró un haz de paja.

—Ven entonces —dijo D'Artagnan—; tienes razón: la cara del hostelero no me gusta, es demasiado graciosa.

—Ni a mí tampoco —dijo Athos.

Planchet subió por la ventana y se instaló atravesado junto a la puerta, mientras Grimaud iba a encerrarse en la cuadra, respondiendo que a las cinco

él y los cuatro caballos estarían dispuestos.

La noche fue bastante tranquila. Hacia las dos de la mañana intentaron abrir la puerta, pero cuando Planchet se despertó sobresaltado y gritó: «¿Quién va?», le respondieron que se equivocaban, y se alejaron.

A las cuatro de la mañana, se oyó un gran escándalo en las cuadras; Grimaud había querido despertar a los mozos de cuadra, y los mozos de cuadra le golpeaban. Cuando abrieron la ventana, se vio al pobre muchacho sin conocimiento, la cabeza hendida por un golpe del mango de un horcón.

Planchet bajó entonces al patio y quiso ensillar los caballos; los caballos estaban extenuados. Sólo el de Mosquetón, que había viajado sin amo durante cinco o seis horas la víspera, habría podido continuar la ruta; pero por un error inconcebible, el veterinario al que se había mandado a buscar, según parecía, para sangrar al caballo del hostelero, había sangrado al de Mosquetón.

Aquello comenzaba a ser inquietante: todos aquellos accidentes sucesivos eran quizá resultado del azar, pero podían también ser muy bien fruto de una conspiración. Athos y D'Artagnan salieron, mientras Planchet iba a informarse de si había tres

caballos en venta por los alrededores. A la puerta había dos caballos completamente equipados, fuertes y vigorosos. Aquello arreglaba el asunto. Preguntó dónde estaban los dueños; le dijeron que los dueños habían pasado la noche en el albergue y saldaban su cuenta en aquel momento con el amo.

Athos bajó para pagar el gasto, mientras D'Artagnan y Planchet estaban en la puerta de la calle. El hostelero se hallaba en una habitación baja y alejada, a la que rogó a Athos que pasase.

Athos entró sin desconfianza y sacó dos pistolas para pagar: el hostelero estaba solo y sentado ante su mesa, uno de cuyos cajones estaba entreabierto. Tomó el dinero que le ofreció Athos, lo hizo dar vueltas y más vueltas en sus manos y de pronto, gritando que la moneda era falsa, declaró que iba a hacerle detener, a él y a su compañero, por monederos falsos.

—¡Bribón! —dijo Athos, avanzando hacia él—. ¡Voy a cortarte las orejas!

En aquel mismo instante, cuatro hombres armados hasta los dientes entraron por las puertas laterales y se arrojaron sobre Athos.

—¡Me han cogido! —gritó Athos con todas las fuerzas de sus pulmones—.

¡Largaos, D'Artagnan! ¡Pica espuelas, pícalas! —y soltó dos tiros de pistola.

D’Artagnan y Planchet no se lo hicieron repetir dos veces, soltaron los dos caballos que esperaban a la puerta, saltaron encima, les hundieron las espuelas en el vientre y partieron a galope tendido.

—¿Sabes qué ha sido de Athos? —preguntó D’Artagnan a Planchet

mientras corrían.

—¡Ay, señor! —dijo Planchet—. He visto caer a dos por los dos disparos, y me ha parecido, a través de la vidriera, que luchaba con la espada con los otros.

—¡Bravo, Athos! —murmuró D’Artagnan—. ¡Cuando pienso que hay que abandonarlo! De todos modos, quizá nos espera otro tanto a dos pasos de aquí.

¡Adelante, Planchet, adelante! Eres un valiente.

—Ya os lo dije, señor —respondió Planchet—; en los picardos, eso se ve con el uso, estoy en mi tierra, y eso me excita.

Y los dos juntos, picando espuelas, llegaron a Saint-Omer de un solo tirón. En Saint-Omer hicieron respirar a los caballos brida en mano, por miedo a contratiempos, y comieron un bocado deprisa y de pie en la calle; tras lo cual, volvieron a partir.

A cien pasos de las puertas de Calais, el caballo de D’Artagnan cayó, y ya no hubo medio de hacerlo levantarse: la sangre le

salía por la nariz y por los ojos; quedaba sólo el de Planchet, pero éste se había parado y no hubo medio de hacerle andar.

Afortunadamente, como hemos dicho, estaban a cien pasos de la ciudad; dejaron las dos monturas en la carretera y corrieron al puerto. Planchet hizo observar a su amo un gentilhombre que llegaba con su criado y que no les precedía más que en una cincuentena de pasos.

Se aproximaron rápidamente a aquel hombre que parecía muy agitado. Tenía las botas cubiertas de polvo y se informaba sobre si podría pasar en aquel mismo momento a Inglaterra.

—Nada sería más fácil —le respondió el patrón de un navío dispuesto a hacerse a la vela—; pero esta mañana ha llegado la orden de no dejar partir a nadie sin un permiso expreso del señor cardenal.

—Tengo ese permiso —dijo el gentilhombre sacando un papel de su bolso

—; aquí está.

—Hacedlo visar por el gobernador del puerto —dijo el patrón y dadme preferencia.

—¿Dónde encontraré al gobernador?

—En su casa de campo.

—¿Y dónde está situada esa casa?

—A un cuarto de legua de la villa; mirad, desde aquí la veréis al pie de aquella pequeña prominencia, aquel techo de pizarra.

—¡Muy bien! —dijo el gentilhombre.

Y seguido de su lacayo, tomó el camino de la casa de campo del gobernador.

D'Artagnan y Planchet siguieron al gentilhombre a quinientos pasos de distancia.

Una vez fuera de la villa, D'Artagnan apresuró el paso y alcanzó al gentilhombre cuando éste entraba en un bosquecillo.

—Señor —le dijo D'Artagnan—, parece que tenéis mucha prisa.

—No puedo tener más, señor.

—Estoy desesperado —dijo D'Artagnan—, porque como también tengo prisa, querría pediros un favor.

—¿Cuál?

—Que me dejéis pasar primero.

—Imposible —dijo el gentilhombre—; he hecho sesenta leguas en cuarenta y cuatro horas y es preciso que mañana a mediodía esté en Londres.

—Y yo he hecho el mismo camino en cuarenta horas y es preciso que mañana a las diez de la mañana esté en Londres.

—Caso perdido, señor; pero yo he llegado el primero y no pasaré el segundo.

—Caso perdido, señor; pero yo he llegado el segundo y pasaré el primero.

—¡Servicio del rey! —dijo el gentilhombre.

—¡Servicio mío! —dijo D’Artagnan.

—Me parece que es una mala pelea la que me buscáis.

—¡Pardiez! ¿Qué queréis que sea?

—¿Qué deseáis?

—¿Queréis saberlo?

—Por supuesto.

—Pues bien, quiero la orden de que sois portador, dado que yo no la tengo y dado que necesito una.

—¿Bromeáis, verdad?

—No bromeo nunca.

—¡Dejadme pasar!

—No pasaréis.

—Mi valiente joven, voy a romperos la cabeza. ¡Eh, Lubin, mis pistolas!

—Planchet —dijo D’Artagnan—, encárgate tú del criado, yo me encargo del amo.

Planchet, enardecido por la primera proeza, saltó sobre Lubin, y como era fuerte y vigoroso, dio con sus riñones en el suelo y le puso la rodilla en el pecho.

—Cumplid vuestro cometido, señor —dijo Planchet—, que yo ya he hecho el mío.

Al ver esto, el gentilhombre sacó su espada y se abalanzó sobre D'Artagnan; pero tenía que habérselas con un adversario terrible.

En tres segundos D'Artagnan le suministró tres estocadas, diciendo a cada una:

—Una por Athos, otra por Porthos, y otra por Aramis. A la tercera, el gentilhombre cayó como una mole.

D'Artagnan le creyó muerto, o al menos desvanecido, y se aproximó a él para cogerle la orden, pero en el momento en que extendía el brazo para registrarlo, el herido, que no había soltado su espada, le asestó un pinchazo en el pecho diciendo:

—Una por vos.

—¡Y una por mí! ¡Para el final la buena! —exclamó D'Artagnan furioso, clavándole en tierra con una cuarta estocada en el vientre.

Aquella vez el gentilhombre cerró los ojos y se desvaneció.

D'Artagnan registró el bolsillo en que había visto poner la orden de paso y la cogió. Estaba a nombre del conde de Wardes.

Luego, lanzando una última ojeada sobre el hermoso joven, que apenas tenía veinticinco años y al que dejaba allí tendido, privado del sentido y quizá muerto, lanzó un suspiro sobre aquel extraño destino que lleva a los hombres a destruirse unos a otros por intereses de personas que les son extrañas y que a menudo no saben siquiera que existen.

Pero muy pronto fue sacado de estas cavilaciones por Lubin, que lanzaba aullidos y pedía ayuda con todas sus fuerzas.

Planchet le puso la mano en la garganta y apretó con todas sus fuerzas.

—Señor —dijo— mientras lo tenga así, no gritará, de eso estoy seguro; pero tan pronto como lo suelte, volverá a gritar. Es, según creo, normando, y

los normandos son cabezotas.

—¡Espera! —dijo D’Artagnan.

Y cogiendo su pañuelo lo amordazó.

—Ahora —dijo Planchet— atémoslo a un árbol.

La cosa fue hecha a conciencia, luego arrastraron al conde de Wardes junto a su doméstico; y como la noche comenzaba a caer y el atado y el herido estaban algunos pasos dentro del bosque, era evidente que debían quedarse allí hasta el día siguiente.

—¡Y ahora —dijo D'Artagnan—, a casa del gobernador!

—Pero estáis herido, me parece —dijo Planchet.

—No es nada; ocupémonos de lo que más urge; luego ya volveremos a mi herida que, además, no me parece muy peligrosa.

Y los dos se encaminaron deprisa hacia la casa de campo del digno funcionario.

Anunciaron al señor conde de Wardes. D'Artagnan fue introducido.

—¿Tenéis una orden firmada del cardenal? —dijo el gobernador.

—Sí, señor —respondió D'Artagnan—, aquí está.

—¡Ah, ah! Está en regla y bien certificada —dijo el gobernador.

—Es muy simple —respondió D'Artagnan—, soy uno de sus más fieles.

—Parece que Su Eminencia quiere impedir a alguien llegar a Inglaterra.

—Sí, a un tal D'Artagnan, un gentilhombre bearnés que ha salido de París con tres amigos suyos con la intención de llegar a Londres.

—¿Le conocéis vos personalmente? —preguntó el gobernador.

—¿A quién?

—A ese D'Artagnan.

—De maravilla.

—Dadme sus señas entonces.

—Nada más fácil.

Y D'Artagnan hizo rasgo por rasgo la descripción del conde de Wardes.

—¿Va acompañado? —preguntó el gobernador.

—Sí, de un criado llamado Lubin.

—Se tendrá cuidado con ellos y, si les ponemos la mano encima, Su Eminencia puede estar tranquilo, serán devueltos a París con una buena escolta.

—Y si lo hacéis, señor gobernador —dijo D'Artagnan—, habréis hecho méritos ante el cardenal.

—¿Lo veréis a vuestro regreso, señor conde?

—Sin ninguna duda.

—Os suplico que le digáis que soy su servidor.

—No dejaré de hacerlo.

Y contento por esta promesa, el gobernador visó el pase y lo entregó a D'Artagnan.

D'Artagnan no perdió su tiempo en cumplidos inútiles, saludó al gobernador, le dio las gracias y partió.

Una vez fuera, él y Planchet tomaron su camino y, dando un gran rodeo, evitaron el bosque y volvieron a entrar por otra puerta.

El navío continuaba dispuesto para partir, el patrón esperaba en el puerto.

—¿Y bien? —dijo al ver a D'Artagnan.

—Aquí está mi pase visado —dijo éste.

—¿Y aquel otro gentilhombre?

—No pasará hoy —dijo D'Artagnan—, pero estad tranquilo, yo pagaré el pasaje por nosotros dos.

—En tal caso, partamos —dijo el patrón.

—¡Partamos! —repitió D'Artagnan.

Y saltó con Planchet al bote; cinco minutos después estaban a bordo.

Justo a tiempo: a media legua en alta mar, D'Artagnan vio brillar una luz y oyó una detonación.

Era el cañonazo que anunciaba el cierre del puerto.

Era momento de ocuparse de su herida; afortunadamente, como D'Artagnan había pensado, no era de las más peligrosas: la punta de la espada había encontrado una costilla y se había deslizado a lo largo del hueso; además, la camisa se había pegado al punto a la herida, y apenas si había destilado algunas gotas de sangre.

D'Artagnan estaba roto de fatiga; extendieron para él un colchón en el puente, se echó encima y se durmió.

Al día siguiente, al levantar el día se encontró a tres o cuatro leguas aún de las costas de Inglaterra; la brisa había sido débil toda la noche y habían andado poco.

A las diez, el navío echaba el ancla en el puerto de Douvres.

A las diez y media, D'Artagnan ponía el pie en tierra de Inglaterra, exclamando:

—¡Por fin, heme aquí!

Pero aquello no era todo; había que ganar Londres. En Inglaterra, la posta estaba bastante bien servida. D'Artagnan y Planchet tomaron cada uno una jaca, un postillón corrió por delante de ellos; en cuatro horas se plantaron en las puertas de la capital.

D'Artagnan no conocía Londres, D'Artagnan no sabía ni una palabra de inglés; pero escribió el nombre de Buckingham en un papel, y todos le indicaron el palacio del duque.

El duque estaba cazando en Windsor, con el rey.

D'Artagnan preguntó por el ayuda de cámara de confianza del duque, el cual, por haberle acompañado en todos sus viajes, hablaba perfectamente francés; le dijo que llegaba de París para un asunto de vida o muerte, y que era preciso que hablase con su amo al instante.

La confianza con que hablaba D'Artagnan convenció a Patrice, que así se llamaba este ministro del ministro. Hizo ensillar dos caballos y se encargó de conducir al joven guardia. En cuanto a Planchet, le habían bajado de su montura rígido como un junco; el pobre muchacho se hallaba en el límite de sus fuerzas; D'Artagnan parecía de hierro.

Llegaron al castillo; allí se informaron: el rey y Buckingham cazaban pájaros en las marismas situadas a dos o tres leguas de allí.

A los veinte minutos estuvieron en el lugar indicado. Pronto Patrice oyó la voz de su señor que llamaba a su halcón.

—¿A quién debo anunciar a milord el duque? —preguntó Patrice.

—Al joven que una noche buscó querella con él en el Pont-Neuf, frente a la Samaritaine.

—¡Singular recomendación!

—Ya veréis cómo vale tanto como cualquier otra.

Patrice puso su caballo al galope, alcanzó al duque y le anunció en los términos que hemos dicho que un mensajero le esperaba.

Buckingham reconoció a D'Artagnan al instante, y temiendo que en Francia pasaba algo cuya noticia se le hacía llegar, no perdió más que el tiempo de preguntar dónde estaba quien la traía; y habiendo reconocido de lejos el uniforme de los

guardias puso su caballo al galope y vino derecho a D'Artagnan. Patrice, por discreción, se mantuvo aparte.

—¿No le ha ocurrido ninguna desgracia a la reina? —exclamó Buckingham, pintándose en esta pregunta todo su pensamiento y todo su amor.

—No lo creo; sin embargo, creo que corre algún gran peligro del que sólo Vuestra Gracia puede sacarla.

—¿Yo? —exclamó Buckingham—. ¡Bueno, me sentiría muy feliz de servirla para alguna cosa! ¡Hablad! ¡Hablad!

—Tomad esta carta —dijo D'Artagnan.

—¡Esta carta! ¿De quién viene esta carta?

—De Su Majestad, según pienso.

—¡De Su Majestad! —dijo Buckingham palideciendo hasta tal punto que D'Artagnan creyó que iba a marearse.

Y rompió el sello.

—¿Qué es este desgarrón? —dijo mostrando a D'Artagnan un lugar en el que se hallaba atravesada de parte a parte.

—¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan—. No había visto eso; es la espada del conde de Wardes la que ha hecho ese hermoso agujero al agujerearme el pecho.

—¿Estáis herido? —preguntó Buckingham rompiendo el sello.

—¡Oh! ¡No es nada! —dijo D'Artagnan—. Un rasguño.

—¡Justo cielo! ¡Qué he leído! —exclamó el duque—. Patrice, quédate aquí, o mejor, reúnete con el rey donde esté, y di a Su Majestad que le suplico humildemente excusarme, pero un asunto de la más alta importancia me llama a Londres. Venid, señor, venid.

Y los dos juntos volvieron a tomar al galope el camino de la capital.

C A P Í T U L O XXI

La condesa de Winter

Durante el camino, el duque se hizo poner al corriente por D'Artagnan no de cuanto había pasado, sino de lo que D'Artagnan sabía. Al unir lo que había oído salir de la boca del joven a sus recuerdos propios, pudo, pues, hacerse una idea bastante exacta de una situación, de cuya gravedad, por lo demás, la carta de la reina, por corta y poco explícita que fuese, le daba la medida. Pero lo que le extrañaba sobre todo es que el cardenal, interesado como estaba en que aquel joven no pusiera el pie en Inglaterra, no hubiera logrado detenerlo en ruta.

Fue entonces, y ante la manifestación de esta sorpresa, cuando D'Artagnan le contó las precauciones tomadas, y cómo gracias a la abnegación de sus tres amigos, que había diseminado todo ensangrentados en el camino, había llegado a librarse, salvo la estocada que había atravesado el billete de la reina y que había devuelto al señor de Wardes en tan terrible moneda. Al escuchar este relato hecho con la mayor simplicidad, el duque miraba de vez en cuando al joven con aire asombrado, como si no hubiera podido comprender que tanta prudencia, coraje y abnegación hubieran venido a un rostro que no indicaba todavía los veinte años.

Los caballos iban como el viento y en algunos minutos estuvieron a las puertas de Londres. D'Artagnan había creído que al llegar a la ciudad el duque aminoraría la marcha del suyo, pero no fue así: continuó su camino a todo correr, inquietándose poco de si derribaba a quienes se hallaban en su camino. En efecto, al atravesar la ciudad, ocurrieron dos o tres accidentes de este género; pero Buckingham no volvió siquiera la cabeza para mirar qué había sido de aquellos a los que había volteado. D'Artagnan le seguía en medio de gritos que se parecían mucho a maldiciones.

Al entrar en el patio del palacio, Buckingham saltó de su caballo y, sin preocuparse por lo que le ocurriría, lanzó la brida sobre el cuello y se abalanzó hacia la escalinata. D'Artagnan hizo otro tanto, con alguna inquietud más sin embargo, por aquellos nobles animales cuyo mérito había podido apreciar; pero tuvo el consuelo de ver que tres o cuatro criados se habían lanzado de las cocinas y las cuadras y se apoderaban al punto de sus monturas.

El duque caminaba tan rápidamente que D'Artagnan apenas podía seguirlo. Atravesó sucesivamente varios salones de una elegancia de la que los mayores señores de Francia no tenían siquiera idea, y llegó por fin a un dormitorio que era a la vez un milagro de gusto y de riqueza. En la alcoba de esta habitación había una puerta, oculta en la tapicería, que el duque abrió con una llavecita de oro que llevaba colgada de su cuello por una cadena del mismo metal. Por discreción, D'Artagnan se había

quedado atrás; pero en el momento en que Buckingham franqueaba el umbral de aquella puerta, se volvió, y viendo la indecisión del joven:

—Venid —le dijo—, y si tenéis la dicha de ser admitido en presencia de Su Majestad, decidle lo que habéis visto.

Alentado por esta invitación, D'Artagnan siguió al duque, que cerró la puerta tras él.

Los dos se encontraron entonces en una pequeña capilla tapizada toda ella de seda de Persia y brocada de oro, ardientemente iluminada por un gran número de bujías. Encima de una especie de altar, y debajo de un dosel de terciopelo azul coronado de plumas blancas y rojas, había un retrato de tamaño natural representando a Ana de Austria, tan perfectamente parecido que D'Artagnan lanzó un grito de sorpresa: se hubiera creído que la reina iba a hablar.

Sobre el altar, y debajo del retrato, estaba el cofre que guardaba los herretes de diamantes.

El duque se acercó al altar, se arrodilló como hubiera podido hacerlo un sacerdote ante Cristo; luego abrió el cofre.

—Mirad —le dijo sacando del cofre un grueso nudo de cinta azul todo resplandeciente de diamantes—. Mirad, aquí están estos preciosos herretes con los que había hecho juramento de ser

enterrado. La reina me los había dado, la reina me los pide; que en todo se haga su voluntad, como la de Dios.

Luego se puso a besar unos tras otros aquellos herretes de los que tenía que separarse. De pronto, lanzó un grito terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó D'Artagnan con inquietud—. ¿Y qué os ocurre, milord?

—Todo está perdido —exclamó Buckingham, volviéndose pálido como un muerto—; dos de estos herretes faltan, no hay más que diez.

—Milord, ¿los ha perdido o cree que se los han robado?

—Me los han robado —repuso el duque—. Y es el cardenal quien ha dado el golpe. Mirad, las cintas que los sostenían han sido cortadas con tijeras.

—Si milord pudiera sospechar quién ha cometido el robo… Quizá esa persona los tenga aún en sus manos.

—¡Esperad, esperad! —exclamó el duque—. La única vez que me he puesto estos herretes fue en el baile del rey, hace ocho días, en Windsor. La condesa de Winter, con quien estaba enfadado, se me acercó durante ese baile. Aquella reconciliación era una venganza de mujer celosa. Desde ese día no la he vuelto a ver. Esa mujer es un agente del cardenal.

—¡Pero los tiene entonces en todo el mundo! —exclamó D'Artagnan.

—¡Oh, sí sí! —dijo Buckingham, apretando los dientes de cólera—. Sí, es un luchador terrible. Pero, no obstante, ¿cuándo ha de tener lugar ese baile?

—El próximo lunes.

—¡El próximo lunes! Todavía cincodías; es más tiempo del que necesitamos. ¡Patrice! —exclamó el duque, abriendo la puerta de la capilla—.

¡Patrice!

Su ayuda de cámara de confianza apareció.

—¡Mi joyero y mi secretario!

El ayuda de cámara salió con una presteza y un mutismo que probaban el hábito que había contraído de obedecer ciegamente y sin réplica.

Pero aunque fuera el joyero llamado en primer lugar, fue el secretario quien apareció antes. Era muy simple, vivía en palacio. Encontró a Buckingham sentado ante una mesa en su dormitorio y escribiendo algunas órdenes de su propio puño.

—Señor Jackson —le dijo—, vais a daros un paseo hasta casa del lord- canciller y decirle que le encargo la ejecución de estas órdenes. Deseo que sean promulgadas al instante.

—Pero, monseñor, si el lord-canciller me interroga por los motivos que han podido llevar a Vuestra Gracia a una medida tan extraordinaria, ¿qué responderé?

—Que tal ha sido mi capricho, y que no tengo que dar cuenta a nadie de mi voluntad.

—¿Será esa la respuesta que deberá transmitir a Su Majestad —repuso sonriendo el secretario— si por casualidad Su Majestad tuviera la curiosidad de saber por qué ningún bajel puede salir de los puertos de Gran Bretaña?

—Tenéis razón señor —respondió Buckingham—. En tal caso le dirá al rey que he decidido la guerra, y que esta medida es mi primer acto de hostilidad contra Francia.

El secretario se inclinó y salió.

—Ya estamos tranquilos por ese lado —dijo Buckingham, volviéndose hacia D’Artagnan—. Si los herretes no han partido ya para Francia, no llegarán antes que vos.

—Y eso, ¿por qué?

—Acabo de embargar a todos los navíos que se encuentran en este momento en los puertos de Su Majestad, y a menos que haya un permiso particular, ni uno solo se atreverá a levar anclas.

D’Artagnan miró con estupefacción a aquel hombre que ponía el poder ilimitado de que estaba revestido por la confianza de un rey al servicio de sus amores. Buckingham vio en la expresión del rostro del joven lo que pasaba en su pensamiento y sonrió.

—Sí —dijo— sí, es que Ana de Austria es mi verdadera reina; a una palabra de ella traicionaría a mi país, traicionaría a mi rey, traicionaría a mi Dios. Ella me pidió no enviar a los protestantes de La Rochelle la ayuda que yo les había prometido, y no lo he hecho. Faltaba así a mi palabra, ¡pero no importa! Obedecía a su deseo. ¿No he sido suficientemente pagado por mi obediencia? Porque a esa obediencia debo precisamente su retrato.

D'Artagnan admiró de qué hilos frágiles y desconocidos están a veces suspendidos los destinos de un pueblo y la vida de los hombres.

Estaba él en lo más profundo de sus reflexiones, cuando entró el orfebre: era un irlandés de los más hábiles en su arte, y que confesaba él mismo ganar cien mil libras al año con el duque de Buckingham.

—Señor O'Reilly —le dijo el duque, conduciéndolo a la capilla—, ved estos herretes de diamantes y decidme cuánto vale cada pieza.

El orfebre lanzó una sola ojeada sobre la forma elegante en que estaban engastados, calculó uno con otro el valor de los diamantes y sin duda alguna:

—Mil quinientas pistolas la pieza, milord —respondió.

—¿Cuántos días se necesitarían para hacer dos herretes como estos? Como veis, faltan dos.

—Ocho días, milord.

—Los pagaré a tres mil pistolas la pieza, pero los necesito para pasado mañana.

—Los tendrá, milord.

—Sois un hombre preciso, señor O'Reilly, pero esto no es todo; esos erretes no pueden ser confiados a nadie, es preciso que sean hechos en este palacio.

—Imposible, milord, sólo yo puedo realizarlos para que no se vea la diferencia entre los nuevos y los viejos.

—Entonces, mi querido señor O'Reilly, sois mi prisionero, y aunque ahora quisierais salir de mi palacio no podríais; decidid, pues. Decidme los nombres de los ayudantes que necesitáis, y designad los utensilios que deben traer.

El orfebre conocía al duque, sabía que cualquier observación era inútil, y por eso tomó al instante su decisión.

—¿Me será permitido avisar a mi mujer? —preguntó.

—¡Oh! Os será incluso permitido verla, mi querido señor O'Reilly; vuestro cautiverio será dulce, estad tranquilo; y como toda molestia vale una compensación, además del precio de los dos herretes, aquí tenéis un buen millar de pistolas para haceros olvidar la molestia que os causo.

D'Artagnan no volvía del asombro que le causaba aquel ministro, que movía a su placer hombres y millones.

En cuanto al orfebre, escribía a su mujer enviándole el bono de mil pistolas y encargándola devolverle a cambio su aprendiz más hábil, un surtido de diamantes cuyo peso y título le daba, y una lista de los instrumentos que le eran necesarios.

Buckingham condujo al orfebre a la habitación que le estaba destinada y que, al cabo de media hora, fue transformada en taller. Luego puso un centinela en cada puerta con prohibición de dejar entrar a quienquiera que fuese, a excepción de su ayuda de cámara Patrice. Es inútil añadir que al orfebre O'Reilly y a su ayudante les estaba absolutamente prohibido salir bajo el pretexto que fuera.

Arreglado este punto, el duque volvió a D'Artagnan.

—Ahora, joven amigo mío —dijo—, Inglaterra es nuestra. ¿Qué queréis qué deseáis?

—Una cama —respondió D'Artagnan—. Os confieso que por el momento es lo que más necesito.

Buckingham dio a D'Artagnan una habitación que pegaba con la suya. Quería tener al joven bajo su mano, no porque desconfiase de él, sino para tener alguien con quien hablar constantemente de la reina.

Una hora después fue promulgada en Londres la ordenanza de no dejar salir de los puertos ningún navío cargado para Francia,

ni siquiera el paquebote de las camas. A los ojos de todos, aquello era una declaración de guerra entre los dos reinos.

Dos días después, a las once, los dos herretes en diamantes estaban acabados y tan perfectamente imitados, tan perfectamente parejos que Buckingham no pudo reconocer los nuevos de los antiguos, y los más expertos en semejante materia se habrían equivocado igual que él.

Al punto hizo llamar a D'Artagnan.

—Mirad —le dijo—. Aquí están los herretes de diamantes que habéis venido a buscar, y sed mi testigo de que todo cuanto el poder humano podía hacer lo he hecho.

—Estad tranquilo, milord, diré lo que he visto; pero ¿me entrega Vuestra Gracia los herretes sin la caja?

—La caja os sería un embarazo. Además, la caja es para mí tanto más preciosa cuanto que sólo me queda ella. Diréis que la conservo yo.

—Haré vuestro encargo palabra por palabra, milord.

—Y ahora —prosiguió Buckingham, mirando fijamente al joven—, ¿cómo saldaré mi deuda con vos?

D'Artagnan enrojeció hasta el blanco de los ojos. Vio que el duque buscaba un medio de hacerle aceptar algo, y aquella idea de que la sangre de sus compañeros y la suya iban a ser pagadas por el oro inglés le repugnaba extrañamente.

—Entendámonos milord —respondió D'Artagnan—, y sopesemos bien los hechos por adelantado, a fin de que no haya desprecio en ello. Estoy al servicio del rey y de la reina de Francia, y formo parte de la compañía de los guardias del señor des Essarts quien, como su cuñado el señor de Tréville, está particularmente vinculado a Sus Majestades. Por tanto, lo he hecho todo por la reina y nada por Vuestra Gracia. Es más, quizá no hubiera hecho nada de todo esto si no hubiera tratado de ser agradable a alguien que es mi dama, como la reina lo es vuestra.

—Sí —dijo el duque, sonriendo—, y creo incluso conocer a esa persona, es…

—Milord, yo no la he nombrado —interrumpió vivamente el joven.

—Es justo —dijo el duque—. Es, pues, a esa persona a quien debo estar agradecido por vuestra abnegación.

—Vos lo habéis dicho, milord, porque precisamente en este momento en que se trata de guerra, os confieso que no veo en Vuestra Gracia más que a un inglés, y por consiguiente a un enemigo al que estaría más encantado de encontrar en el campo de batalla que en el parque de Windsor o en los corredores del Louvre; lo cual, por lo demás, no me impedirá ejecutar punto por punto mi misión y hacerme matar si es necesario para cumplirla; pero, lo repito a Vuestra Gracia, sin que tenga que agradecerme personalmente lo que por mí hago

en esta segunda entrevista más de lo que hice por ella en la primera.

—Nosotros decimos: «Orgulloso como un escocés» —murmuró Buckingham.

—Y nosotros decimos: «Orgulloso como un gascón» —respondió D'Artagnan. Los gascones son los escoceses de Francia.

D'Artagnan saludó al duque y se dispuso a partir.

—¡Y bien! ¿Os vais as? ¿Por dónde? ¿Cómo?

—Es cierto.

—¡Dios me condene! Los franceses no temen a nada.

—Había olvidado que Inglaterra era una isla y que vos erais el rey.

—Id al puerto, buscad el bricbarca Sund, entregad esta carta al capitán; él os conducirá a un pequeño puerto donde ciertamente no os esperan, y donde no atracan por regla general más que barcos de pesca.

—¿Cómo se llama ese puerto?

—Saint-Valèry; pero, esperad: llegado allí, entraréis en un mal albergue sin nombre y sin muestra, un verdadero garito de marineros; no podéis confundiros, no hay más que uno.

—¿Después?

—Preguntaréis por el hostelero, y le diréis: Forward.

—Lo cual quiere decir…

—Adelante: es la contraseña. Os dará un caballo completamente ensillado y os indicará el camino que debéis seguir; encontraréis de ese modo cuatro relevos en vuestra ruta. Si en cada uno de ellos queréis dar vuestra dirección de París, los cuatro caballos os seguirán; ya conocéis dos, y me ha parecido que sabéis apreciarlos como aficionado: son los que hemos montado; creedme, los otros no les son inferiores. Estos cuatro caballos están equipados para campaña. Por orgulloso que seáis, no os negaréis a aceptar uno ni hacer aceptar los otros tres a vuestros compañeros: además son para hacer la guerra. El fin excluye los medios, como vos decís, como dicen los franceses, ¿no es así?

—Sí, milord, acepto —dijo D'Artagnan—. Y si place a Dios, haremos buen uso de vuestros presentes.

—Ahora, vuestra mano, joven; quizá nos encontremos pronto en el campo de batalla; pero mientras tanto, nos dejaremos como buenos amigos, eso espero.

—Sí, milord, pero con la esperanza de convertirnos pronto en enemigos.

—Estad tranquilo, os lo prometo.

—Cuento con vuestra palabra, milord.

D'Artagnan saludó al duque y avanzó vivamente hacia el puerto.

Frente a la Torre de Londres encontró el navío designado, entregó su carta al capitán, que la hizo visar por el gobernador del puerto, y aparejó al punto.

Cincuenta navíos estaban en franquicia y esperaban.

Al pasar junto a la borda de uno de ellos, D'Artagnan creyó reconocer a la mujer de Meung, la misma a la que el gentilhombre desconocido había llamado «Milady», y que él, D'Artagnan, había encontrado tan bella; pero gracias a la corriente del río y al buen viento que soplaba, su navío iba tan deprisa que al cabo de un instante estuvieron fuera del alcance de los ojos.

Al día siguiente, hacia las nueve de la mañana, llegaron a Saint-Valèry.

D'Artagnan se dirigió al instante hacia el albergue indicado, y lo reconoció por los gritos que de él salían: se hablaba de guerra entre Inglaterra y Francia como de algo próximo e indudable, y los marineros contentos alborotaban en medio de la juerga.

D'Artagnan hendió la multitud, avanzó hacia el hostelero y pronunció la palabra Forword. Al instante el huésped le hizo seña de que le siguiese, salió con él por una puerta que daba al patio, lo condujo a la cuadra donde lo esperaba un caballo completamente ensillado, y le preguntó si necesitaba alguna otra cosa.

—Necesito conocer la ruta que debo seguir —dijo D’Artagnan.

—Id de aquí a Blangy, y de Blangy a Neufchátel. En Neufchátel entrad en el albergue de la Herse d’Ord, dad la contraseña al hotelero, y, como aquí, encontraréis un caballo totalmente ensillado.

—¿Debo algo? —preguntó D’Artagnan.

—Todo está pagado —dijo el hostelero—, y con largueza. Id, pues, y que Dios os guíe.

—¡Amén! —respondió el joven, partiendo al galope. Cuatro horas después estaba en Neufchátel.

Siguió estrictamente las instrucciones recibidas; en Neufchátel, como en Saint-Valèry, encontró una montura totalmente ensillada y aguardándolo; quiso llevar las pistolas de la silla que acababa de dejar a la silla que iba a tomar: las guardas del arzón estaban provistas de pistolas parecidas.

—¿Vuestra dirección en París?

—Palacio de los Guardias, compañía Des Essarts.

—Bien —respondió éste.

—¿Qué ruta hay que tomar? —preguntó a su vez D’Artagnan.

—La de Rouen; pero dejaréis la ciudad a vuestra derecha. En la Pequeña aldea de Ecouis os detendréis, no hay más que un

albergue, el Ecu de France. No lo juzguéis por su apariencia: en sus cuadras tendrá un caballo que valdrá tanto como éste.

—¿La misma contraseña?

—Exactamente.

—¡Adiós, maese!

—¡Buen viaje, gentilhombre! ¿Tenéis necesidad de alguna cosa? D'Artagnan hizo con la cabeza señal de que no, y volvió a partir a todo galope. En Ecouis, la misma escena se repitió: encontró un hostelero tan previsor, un caballo fresco y descansado; dejó sus señas como lo había hecho y volvió a partir al mismo galope para Pontoise. En Pontoise, cambió por última vez de montura y a las nueve entraba a todo galope en el patio del palacio del señor de Tréville.

Había hecho cerca de sesenta leguas en doce horas.

El señor de Tréville lo recibió como si lo hubiera visto aquella misma mañana; sólo que, apretándole la mano un poco más vivamente que de costumbre, le anunció que la compañía del señor Des Essarts estaba de guardia en el Louvre y que podía incorporarse a su puesto.

C A P Í T U L O XXII

El ballet de la Merlaison

Al día siguiente no se hablaba en todo París más que del baile que los señores regidores de la villa darían al rey y a la reina, y en el cual sus Majestades debían bailar el famoso ballet de la Merlaison, que era el ballet favorito del rey.

En efecto, desde hacía ocho días se preparaba todo en el Ayuntamiento para aquella velada solemne. El carpintero de la villa había levantado los estrados sobre los que debían permanecer las damas invitadas; el tendera del Ayuntamiento había adornado las salas con doscientas velas de cera blanca, lo cual era un lujo inaudito para aquella época; en fin, veinte violines habían sido avisados, y el precio que se les daba había sido fijado en el doble del precio ordinario, dado que, según este informe, debían tocar durante toda la noche.

A las diez de la mañana, el señor de La Coste, abanderado de los guardias del rey, seguido de dos exentos y de varios arqueros del cuerpo, vino a pedir al

escribano de la villa, llamado Clément, todas las llaves de puertas, habitaciones y oficinas del Ayuntamiento. Aquellas llaves le fueron entregadas al instante; cada una de ellas

llevaba un billete que debía servir para hacerla reconocer, y a partir de aquel momento el señor de La Coste quedó encargado de la guardia de todas las puertas y todas las avenidas.

A las once vino a su vez Duhallier, capitán de los guardias, trayendo consigo cincuenta arqueros que se repartieron al punto por el Ayuntamiento, en las puertas que les habían sido asignadas.

A las tres llegaron dos compañías de guardias, una francesa, otra suiza. La compañía de los guardias franceses estaba compuesta: la mitad por hombres del señor Duhallier, la otra mitad por hombres del señor des Essarts.

A las seis de la tarde, los invitados comenzaron a entrar. A medida que entraban, eran colocados en el salón, sobre los estrados preparados.

A las nueve llegó la señora primera presidenta. Como era después de la reina la persona de mayor consideración de la fiesta, fue recibida por los señores del Ayuntamiento y colocada en el palco frontero al que debía ocupar la reina.

A las diez se trajo la colación de confituras para el rey en la salita del lado de la iglesia Saint-Jean, y ello frente al aparador de plata del Ayuntamiento, que era guardado por cuatro arqueros.

A medianoche se oyeron grandes gritos y numerosas aclamaciones: era el rey que avanzaba a través de las calles

que conducen del Louvre al palacio del Ayuntamiento, y que estaban iluminadas con linternas de color.

Al punto los señores regidores, vestidos con sus trajes de paño y precedidos por seis sargentos, cada uno de los cuales llevaba un hachón en la mano, fueron ante el rey, a quien encontraron en las gradas, donde el preboste de los comerciantes le dio la bienvenida, cumplida la cual Su Majestad respondió excusándose de haber venido tan tarde, pero cargando la culpa sobre el señor cardenal, que lo había retenido hasta las once para hablar de los asuntos del Estado.

Su Majestad, en traje de ceremonia, estaba acompañado por S. A. R. Monsieur, por el conde de Soissons, por el gran prior, por el duque de Longueville, por el duque D’Elbeuf, por el conde D’Harcourt, por el conde de La Roche-Guyon, por el señor de Liancourt, por el señor de Baradas, por el conde de Cramail y por el caballero de Souveray.

Todos observaron que el rey tenía aire triste y preocupado.

Se había preparado para el rey un gabinete, y otro para Monsieur. En cada uno de estos gabinetes había depositados trajes de máscara. Otro tanto se había

hecho para la reina y para la señora presidenta. Los señores y las damas del séquito de Sus Majestades debían vestirse de dos en dos en habitaciones preparadas a este efecto.

Antes de entrar en el gabinete, el rey ordenó que viniesen a prevenirlo tan pronto como apareciese el cardenal.

Media hora después de la entrada del rey, nuevas aclamaciones sonaron: éstas anunciaban la llegada de la reina. Los regidores hicieron lo que ya habían hecho antes y precedidos por los sargentos se adelantaron al encuentro de su ilustre invitada.

La reina entró en la sala: se advirtió que, como el rey, tenía aire triste y sobre todo fatigado.

En el momento en que entraba, la cortina de una pequeña tribuna que hasta entonces había permanecido cerrada se abrió, y se vio aparecer la cabeza pálida del cardenal vestido de caballero español. Sus ojos se fijaron sobre los de la reina, y una sonrisa de alegría terrible pasó por sus labios: la reina no tenía sus herretes de diamantes.

La reina permaneció algún tiempo recibiendo los cumplidos de los señores del Ayuntamiento y respondiendo a los saludos de las damas.

De pronto el rey apareció con el cardenal en una de las puertas de la sala.

El cardenal le hablaba en voz baja y el rey estaba muy pálido.

El rey hendió la multitud y, sin máscara, con las cintas de su jubón apenas anudadas, se aproximó a la reina y con voz alterada le dijo:

—Señora, ¿por qué, si os place, no tenéis vuestros herretes de diamantes cuando sabéis que me hubiera agradado verlos?

La reina tendió su mirada en torno a ella, y vio detrás del rey al cardenal que sonreía con una sonrisa diabólica.

—Sire —respondió la reina con voz alterada—, porque en medio de esta gran muchedumbre he temido que les ocurriera alguna desgracia.

—¡Pues os habéis equivocado, señora! Si os he hecho ese regalo ha sido para que os adornarais con él. Os digo que os habéis equivocado.

Y la voz del rey estaba temblorosa de cólera; todos miraban y escuchaban con asombro, sin comprender nada de lo que pasaba.

—Sire —dijo la reina— puedo enviarlos a buscar al Louvre, donde están, y así los deseos de Vuestra Majestad serán cumplidos.

—Hacedlo, señora, hacedlo, y cuanto antes; porque dentro de una hora va a comenzar el ballet.

La reina saludó en señal de sumisión y siguió a las damas que debían conducirla a su gabinete.

Por su parte, el rey volvió al suyo.

Hubo en la sala un momento de desconcierto y confusión.

Todo el mundo había podido notar que algo había pasado entre el rey y la reina; pero los dos habían hablado tan bajo que, habiéndose alejado todos por respeto algunos pasos, nadie había oído nada. Los violines tocaban con toda su fuerza, pero no los escuchaban.

El rey salió el primero de su gabinete; iba en traje de caza de los más elegantes y Monsieur y los otros señores iban vestidos como él. Era el traje que mejor llevaba el rey, y así vestido parecía verdaderamente el primer gentilhombre de su reino.

El cardenal se acercó al rey y le entregó una caja. El rey la abrió y encontró en ella dos herretes de diamantes.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó al cardenal.

—Nada —respondió éste—. Sólo que si la reina tiene los herretes, cosa que dudo, contadlos, Sire, y si no encontráis más que diez, preguntad a Su Majestad quién puede haberle robado los dos herretes que hay ahí.

El rey miró al cardenal como para interrogarle; pero no tuvo tiempo de dirigirle ninguna pregunta: un grito de admiración salió de todas las bocas. Si el rey parecía el primer gentilhombre de su reino, la reina era a buen seguro la mujer más bella de Francia.

Es cierto que su tocado de cazadora le iba de maravilla; tenía un sombrero de fieltro con plumas azules, un corpiño de terciopelo gris perla unido con broches de diamantes, y una falda de satén azul toda bordada de plata. En su hombro

izquierdo resplandecían los herretes sostenidos por un nudo del mismo color que las plumas y la falda.

El rey se estremecía de alegría y el cardenal de cólera; sin embargo, distantes como estaban de la reina, no podían contar los herretes; la reina los tenía, sólo que, ¿tenía diez o tenía doce?

En aquel momento, los violines hicieron sonar la señal del baile. El rey avanzó hacia la señora presidenta, con la que debía bailar, y S. A. Monsieur con la reina. Se pusieron en sus puestos y el baile comenzó.

El rey estaba en frente de la reina, y cada vez que pasaba a su lado, devoraba con la mirada aquellos herretes, cuya cuenta no podía saber. Un sudor frío cubría la frente del cardenal.

El baile duró una hora: tenía dieciséis intermedios.

El baile terminó en medio de los aplausos de toda la sala, cada cual llevó a su dama a su sitio, pero el rey aprovechó el privilegio que tenía de dejar a la suya donde se encontraba para avanzar deprisa hacia la reina.

—Os agradezco, señora —le dijo—, la deferencia que habéis mostrado hacia mis deseos, pero creo que os faltan dos herretes, y yo os los devuelvo.

Y con estas palabras, tendió a la reina los dos herretes que le había entregado el cardenal.

—¡Cómo, Sire! —exclamó la joven reina fingiendo sorpresa—. ¿Me dais aún otros dos? Entonces con éstos tendré catorce.

En efecto, el rey contó y los doce herretes se hallaron en los hombros de Su Majestad.

El rey llamó al cardenal.

—Y bien, ¿qué significa esto, monseñor cardenal? —preguntó el rey en tono severo.

—Eso significa, Sire —respondió el cardenal—, que yo deseaba que Su Majestad aceptara esos dos herretes y, no atreviéndome a ofrecérselos yo mismo, he adoptado este medio.

—Y yo quedo tanto más agradecida a Vuestra Eminencia —respondió Ana de Austria con una sonrisa que probaba que no era víctima de aquella ingeniosa galantería—, cuanto que estoy segura de que estos dos herretes os cuestan tan caros ellos solos como los otros doce han costado a Su Majestad.

Luego, habiendo saludado al rey y al cardenal, la reina tomó el camino de la habitación en que se había vestido y en que debía desvestirse.

La atención que nos hemos visto obligados a prestar durante el comienzo de este capítulo a los personajes ilustres que en él hemos introducido, nos han alejado un instante de aquel a quien Ana de Austria debía el triunfo inaudito que acababa de obtener sobre el cardenal y que, confundido, ignorado perdido

en la muchedumbre apiñada en una de las puertas, miraba desde allí esta escena sólo comprensible para cuatro personas: el rey, la reina Su Eminencia y él.

La reina acababa de ganar su habitación y D'Artagnan se aprestaba a retirarse cundo sintió que le tocaban ligeramente en el hombro; se volvió y vio a una mujer joven que le hacía señas de seguirla. Aquella joven tenía el rostro cubierto por un antifaz de terciopelo negro, mas pese a esta precaución que, por lo demás, estaba tomada más para los otros que para él, reconoció al instante mismo a su guía habitual, la ligera e ingeniosa señora Bonacieux.

La víspera apenas si se habían visto en el puesto del suizo Germain, donde

D'Artagnan la había hecho llamar. La prisa que tenía la joven por llevar a la reina la excelente noticia del feliz retorno de su mensajero hizo que los dos amantes apenas cambiaran algunas palabras. D'Artagnan siguió, pues, a la señora Bonacieux movido por un doble sentimiento: el amor y la curiosidad. Durante todo el camino, y a medida que los corredores se hacían más desiertos, D'Artagnan quería detener a la joven, cogerla, contemplarla, aunque no fuera más que un instante; pero vivaz como un pájaro, se deslizaba siempre entre sus manos, y cuando él quería hablar, su dedo puesto en su boca con un leve gesto imperativo lleno de encanto le recordaba que

estaba bajo el imperio de una potencia a la que debía obedecer ciegamente, y que le prohibía incluso la más ligera queja; por fin, tras un minuto o dos de vueltas y revueltas, la señora Bonacieux abrió una puerta e introdujo al joven en un gabinete completamente oscuro. Allí le hizo una nueva señal de mutismo, y abriendo una segunda puerta oculta por una tapicería cuyas aberturas esparcieron de pronto viva luz, desapareció.

D'Artagnan permaneció un instante inmóvil y preguntándose dónde estaba, pero pronto un rayo de luz que penetraba por aquella habitación, el aire cálido y perfumado que llegaba hasta él, la conversación de dos o tres mujeres, en lenguaje a la vez respetuoso y elegante, la palabra Majestad muchas veces repetida, le indicaron claramente que estaba en un gabinete contiguo a la habitación de la reina.

El joven permaneció en la sombra y esperó.

La reina se mostraba alegre y feliz, lo cual parecía asombrar a las personas que la rodeaban y que tenían por el contrario la costumbre de verla casi siempre preocupada. La reina achacaba aquel sentimiento gozoso a la belleza de la fiesta, al placer que le había hecho experimentar el baile, y como no está permitido contradecir a una reina, sonría o llore, todos ponderaban la galantería de los señores regidores del Ayuntamiento de París.

Aunque D'Artagnan no conociese a la reina, distinguió su voz de las otras voces, en primer lugar por un ligero acento extranjero,

luego por ese sentimiento de dominación, impreso naturalmente en todas las palabras soberanas. La oyó acercarse y alejarse de aquella puerta abierta, y dos o tres veces vio incluso la sombra de un cuerpo interceptar la luz.

Finalmente, de pronto, una mano y un brazo adorables de forma y de blancura pasaron a través de la tapicería; D'Artagnan comprendió que aquella era su recompensa: se postró de rodillas, cogió aquella mano y apoyó respetuosamente sus labios; luego aquella mano se retiró dejando en las suyas un objeto que reconoció como un anillo; al punto la puerta volvió a cerrarse y D'Artagnan se encontró de nuevo en la más completa oscuridad.

D'Artagnan puso el anillo en su dedo y esperó otra vez; era evidente que

no todo había terminado aún. Después de la recompensa de su abnegación venía la recompensa de su amor. Además, el ballet había acabado, pero la noche apenas había comenzado: se cenaba a las tres y el reloj de Saint-Jean hacía algún tiempo que había tocado ya las dos y tres cuartos.

En efecto, poco a poco el ruido de las voces disminuyó en la habitación vecina; se las oyó alejarse; luego, la puerta del gabinete donde estaba D'Artagnan se volvió a abrir y la señora Bonacieux se adelantó.

—¡Vos por fin! —exclamó D'Artagnan.

—¡Silencio! —dijo la joven, apoyando su mano sobre los labios del joven

—. ¡Silencio! E idos por donde habéis venido.

—Pero ¿cuándo os volveré a ver? —exclamó D'Artagnan.

—Un billete que encontraréis al volver a vuestra casa lo dirá. ¡Marchaos, marchaos!

Y con estas palabras abrió la puerta del corredor y empujó a D'Artagnan fuera del gabinete.

D'Artagnan obedeció cómo un niño, sin resistencia y sin opción alguna, lo que prueba que estaba realmente muy enamorado.

C A P Í T U L O XXIII

La cita

D’Artagnan volvió a su casa a todo correr, y aunque eran más de las tres de la mañana y aunque tuvo que atravesar los peores barrios de París, no tuvo ningún mal encuentro. Ya se sabe que hay un dios que vela por los borrachos y los enamorados.

Encontró la puerta de su casa entreabierta, subió su escalera, y llamó suavemente y de una forma convenida entre él y su lacayo. Planchet, a quien dos horas antes había enviado del palacio del Ayuntamiento recomendándole que lo esperase, vino a abrirle la puerta.

—¿Alguien ha traído una carta para mí? —preguntó vivamente D’Artagnan.

—Nadie ha traído ninguna carta, señor —respondió Planchet—; pero hay una que ha venido totalmente sola.

—¿Qué quieres decir, imbécil?

—Quiero decir que al volver, aunque tenía la llave de vuestra casa en mi bolsillo y aunque esa llave no me haya abandonado,

he encontrado una carta sobre el tapiz verde de la mesa, en vuestro dormitorio.

—¿Y dónde está esa carta?

—La he dejado donde estaba, señor. No es natural que las cartas entren así en casa de las gentes. Si la ventana estuviera abierta, o solamente entreabierta, no digo que no; pero no, todo estaba herméticamente cerrado. Señor, tened cuidado, porque a buen seguro hay alguna magia en ella.

Durante este tiempo, el joven se había lanzado a la habitación y abierto la carta; era de la señora Bonacieux y estaba concebida en estos términos:

Hay vivos agradecimientos que haceros y que transmitiros. Estad esta noche hacia las diez en Saint-Cloud, frente al pabellón que se alza en la esquina de la casa del señor D'Estrées.

C. B.

Al leer aquella carta, D'Artagnan sentía su corazón dilatarse y encogerse con ese dulce espasmo que tortura y acaricia el corazón de los amantes.

Era el primer billete que recibía, era la primera cita que se le concedía. Su corazón, henchido por la embriaguez de la alegría, se sentía presto a desfallecer sobre el umbral de aquel paraíso terrestre que se llamaba el amor.

—¡Y bien, señor! —dijo Planchet, que había visto a su amo enrojecer y palidecer sucesivamente—. ¿No es justo lo que he adivinado y que se trata de algún asunto desagradable?

—Te equivocas, Planchet —respondió D'Artagnan—, y la prueba es que ahí tienes un escudo para que bebas a mi salud.

—Agradezco al señor el escudo que me da, y le prometo seguir exactamente sus instrucciones; pero no es menos cierto que las cartas que entran así en las casas cerradas…

—Caen del cielo, amigo mío, caen del cielo.

—Entonces, ¿el señor está contento? —preguntó Planchet.

—¡Mi querido Planchet, soy el más feliz de los hombres!

—¿Puedo aprovechar la felicidad del señor para irme a acostar?

—Sí, vete.

—Que todas las bendiciones del cielo caigan sobre el señor, pero no es menos cierto que esa carta…

Y Planchet se retiró moviendo la cabeza con aire de duda que no había

conseguido borrar enteramente la liberalidad de D'Artagnan.

Al quedarse solo, D'Artagnan leyó y releyó su billete, luego besó y volvió a besar veinte veces aquellas líneas trazadas por la mano de su bella amante. Finalmente se acostó, se durmió y tuvo sueños dorados.

A las siete de la mañana se levantó y llamó a Planchet, que a la segunda llamada abrió la puerta, el rostro todavía mal limpio de las inquietudes de la víspera.

—Planchet —le dijo D'Artagnan—, salgo por todo el día quizá; eres, pues, libre hasta las siete de la tarde; pero a las siete de la tarde, estate dispuesto con dos caballos.

—¡Vaya! —dijo Planchet—. Parece que todavía vamos a hacernos agujerear la piel en varios lugares.

—Cogerás tu mosquetón y tus pistolas.

—¡Bueno! ¿Qué decía yo? —exclamó Planchet—. Estaba seguro; esa maldita carta…

—Tranquilízate, imbécil, se trata simplemente de una partida de placer.

—Sí, como los viajes de recreo del otro día, en los que llovían las balas y donde había trampas.

—Además, si tenéis miedo, señor Planchet —prosiguió D'Artagnan—, iré sin vos; prefiero viajar solo antes que tener un compañero que tiembla.

—El señor me injuria —dijo Planchet—; me parece, sin embargo, que me ha visto en acción.

—Sí, pero creo que gastaste todo tu valor de una sola vez.

—El señor verá que cuando la ocasión se presente todavía me queda; sólo que ruego al señor no prodigarlo demasiado si quiere que me quede por mucho tiempo.

—¿Crees tener todavía cierta cantidad para gastar esta noche?

—Eso espero.

—Pues bien, cuento contigo.

—A la hora indicada estaré dispuesto; sólo que yo creía que el señor no tenía más que un caballo en la cuadra de los guardias.

—Quizá no haya en estos momentos más que uno, pero esta noche habrá cuatro.

—Parece que nuestro viaje fuera un viaje de remonta.

—Exactamente —dijo D'Artagnan.

Y tras hacer a Planchet un último gesto de recomendación salió.

El señor Bonacieux estaba a su puerta. La intención de D'Artagnan era pasar de largo sin hablar al digno mercero; pero éste hizo un saludo tan suave y tan benigno que su inquilino hubo por fuerza no sólo de devolvérselo, sino incluso de trabar conversación con él.

Por otra parte, ¿cómo no tener un poco de condescendencia para con un marido cuya mujer os ha dado una cita para esa misma noche en Saint-Cloud, frente al pabellón del señor

D'Estrées? D'Artagnan se acercó con el aire más amable que pudo adoptar.

La conversación recayó naturalmente sobre el encarcelamiento del pobre hombre. El señor Bonacieux, que ignoraba que D'Artagnan había oído su conversación con el desconocido de Meung, contó a su joven inquilino las persecuciones de aquel monstruo del señor de Laffemas, a quien no cesó de calificar durante todo su relato de verdugo del cardenal, y se extendió largamente sobre la Bastilla, los cerrojos, los postigos, los tragaluces, las rejas y los instrumentos de tortura.

D'Artagnan lo escuchó con una complacencia ejemplar; luego, cuando hubo terminado:

—Y la señora Bonacieux —dijo por fin—, ¿sabéis quién la había raptado? Porque no olvido que gracias a esa circunstancia molesta debo la dicha de haberos conocido.

—¡Ah! —dijo el señor Bonacieux—. Se han guardado mucho de decírmelo, y mi mujer por su parte, me ha jurado por todos los dioses que ella no lo sabía. Pero y de vos —continuó el señor Bonacieux en un tono de ingenuidad perfecta—, ¿qué ha sido de vos todos estos días pasados? No os he visto ni a vos ni a vuestros amigos, y no creo que haya sido en el pavimento de París donde habéis cogido todo el polvo que Planchet quitaba ayer de vuestras botas.

—Tenéis razón, mi querido señor Bonacieux, mis amigos y yo hemos hecho un pequeño viaje.

—¿Lejos de aquí?

—¡Oh, Dios mío, no, a unas cuarenta leguas sólo! Hemos ido a llevar al señor Athos a las aguas de Forges, donde mis amigos se han quedado.

—¿Y vos habéis vuelto, verdad? —prosiguió el señor Bonacieux dando a su fisonomía su aire más maligno—. Un buen mozo como vos no consigue largos permisos de su amante, y erais impacientemente esperado en París, ¿no es así?

—A fe —dijo riendo el joven—, os lo confieso, mi querido señor Bonacieux, tanto más cuanto que veo que no se os puede ocultar nada. Sí, era esperado, y muy impacientemente, os respondo de ello.

Una ligera nube pasó por la frente de Bonacieux, pero tan ligera que D'Artagnan no se dio cuenta.

—¿Y vamos a ser recompensados por nuestra diligencia? —continuó el mercero con una ligera alteración en la voz, alteración que D'Artagnan no notó como tampoco había notado la nube momentánea que un instante antes había ensombrecido el rostro del digno hombre.

—¡Vaya! ¿Vais a sermonearme? —dijo riendo D'Artagnan.

—No, lo que os digo es sólo —repuso Bonacieux—, es sólo para saber si volveremos tarde.

—¿Por qué esa pregunta, querido huésped? —preguntó D'Artagnan—. ¿Es que contáis con esperarme?

—No, es que desde mi arresto y el robo que han cometido en mi casa, me asusto cada vez que oigo abrir una puerta, y sobre todo por la noche. ¡Maldita sea! ¿Qué queréis? Yo no soy un hombre de espada.

—¡Bueno! No os asustéis si regreso a la una, a las dos o a las tres de la mañana; y si no regreso, tampoco os asustéis.

Aquella vez Bonacieux se quedó tan pálido que D'Artagnan no pudo dejar de darse cuenta, y le preguntó qué tenía.

—Nada —respondió Bonacieux—, nada. Desde estas desgracias, estoy sujeto a desmayos que se apoderan de mí de pronto, y acabo de sentir pasar por mí un estremecimiento. No le hagáis caso, vos no tenéis más que ocuparos de ser feliz.

—Entonces tengo ocupación, porque lo soy.

—No todavía, esperar entonces, vos mismo lo habéis dicho: esta noche.

—¡Bueno, esta noche llegará, a Dios gracias! Y quizá la estéis esperando vos con tanta impaciencia como yo. Quizá esta noche la señora Bonacieux visite el domicilio conyugal.

—La señora Bonacieux no está libre esta noche —respondió con tono grave el marido—; está retenida en el Louvre por su servicio.

—Tanto peor para vos, mi querido huésped, tanto peor; cuando soy feliz quisiera que todo el mundo lo fuese; pero parece que no es posible.

Y el joven se alejó riéndose a carcajadas que sólo él, eso pensaba, podía comprender.

—¡Divertíos mucho! —respondió Bonacieux con un acento sepulcral.

Pero D'Artagnan estaba ya demasiado lejos para oírlo y, aunque lo hubiera oído, en la disposición de ánimo en que estaba, no lo hubiera ciertamente notado.

Se dirigió hacia el palacio del señor de Tréville; su visita de la víspera había sido como se recordará, muy corta y muy poco explicativa.

Encontró al señor de Tréville con la alegría en el alma. El rey y la reina habían estado encantadores con él en el baile. Cierto que el cardenal había estado perfectamente desagradable.

A la una de la mañana se había retirado so pretexto de que estaba indispuesto. En cuanto a Sus Majestades, no habían vuelto al Louvre hasta las seis de la mañana.

—Ahora —dijo el señor de Tréville bajando la voz e interrogando con la mirada a todos los ángulos de la habitación para ver si estaban completamente solos—, ahora hablemos de vos, joven amigo, porque es evidente que vuestro feliz retorno tiene algo

que ver con la alegría del rey, con el triunfo de la reina y con la humillación de su Eminencia. Se trata de protegeros.

—¿Qué he de temer —respondió D'Artagnan— mientras tenga la dicha de gozar del favor de Sus Majestades?

—Todo, creedme. El cardenal no es hombre que olvide una mistificación mientras no haya saldado sus cuentas con el mistificador, y el mistificador me parece ser cierto gascón de mi conocimiento.

—¿Creéis que el cardenal esté tan adelantado como vos y sepa que soy yo quien ha estado en Londres?

—¡Diablos! ¿Habéis estado en Londres? ¿De Londres es de donde habéis traído ese hermoso diamante que brilla en vuestro dedo? Tened cuidado, mi querido D'Artagnan, no hay peor cosa que el presente de un enemigo. ¿No hay sobre esto cierto verso latino?… Esperad…

—Sí, sin duda —prosiguió D'Artagnan, que nunca había podido meterse la primera regla de los rudimentos en la cabeza y que, por ignorancia, había provocado la desesperación de su preceptor—; sí, sin duda, debe haber uno.

—Hay uno, desde luego —dijo el señor de Tréville, que tenía cierta capa de letras— y el señor de Benserade me lo citaba el otro día… Esperad, pues… Ah, ya está: Timeo Danaos et dona ferentes. Lo cual quiere decir: «Desconfiad del enemigo que os hace presentes».

—Ese diamante no proviene de un enemigo, señor —repuso D'Artagnan

—, proviene de la reina.

—¡De la reina! ¡Oh, oh! —dijo el señor de Tréville—. Efectivamente es una auténtica joya real, que vale mil pistolas por lo menos. ¿Por quién os ha hecho dar este regalo?

—Me lo ha entregado ella misma.

—Y eso, ¿dónde?

—En el gabinete contiguo a la habitación en que se cambió de tocado.

—¿Cómo?

—Dándome su mano a besar.

—¡Habéis besado la mano de la reina! —exclamó el señor de Tréville mirando a D'Artagnan.

—¡Su Majestad me ha hecho el honor de concederme esa gracia!

—Y eso, ¿en presencia de testigos? Imprudente, tres veces imprudente.

—No, señor, tranquilizaos, nadie lo vio —repuso D'Artagnan. Y le contó al señor de Tréville cómo habían ocurrido las cosas.

—¡Oh, las mujeres, las mujeres! —exclamó el viejo soldado—. Las reconozco en su imaginación novelesca; todo lo que huele a

misterio les encanta; así que vos habéis visto el brazo, eso es todo; os encontraríais con la reina y no la reconoceríais; ella os encontraría y no sabría quién sois vos.

—No, pero gracias a este diamante… —repuso el joven.

—Escuchad —dijo el señor de Tréville—. ¿Queréis que os dé un consejo, un buen consejo, un consejo de amigo?

—Me haréis un honor, señor —dijo D'Artagnan.

—Pues bien, id al primer orfebre que encontréis y vendedle ese diamante por el precio que os dé; por judío que sea, siempre encontraréis ochocientas pistolas. Las pistolas no tienen nombre, joven, y ese anillo tiene uno terrible, y que puede traicionar a quien lo lleve.

—¡Vender este anillo! ¡Un anillo que viene de mi soberana! ¡Jamás! —dijo D'Artagnan.

—Entonces volved el engaste hacia dentro, pobre loco, porque es de todos sabido que un cadete de Gascuña no encuentra joyas semejantes en el escriño de su madre.

—¿Pensáis, pues, que tengo algo que temer? —preguntó D'Artagnan.

—Equivale a decir, joven, que quien se duerme sobre una mina cuya mecha está encendida debe considerarse a salvo en comparación con vos.

—¡Diablo! —dijo D'Artagnan, a quien el tono de seguridad del señor de Tréville comenzaba a inquietar—. ¡Diablo! ¿Qué debo hacer?

—Estar vigilante siempre y ante cualquier cosa. El cardenal tiene la memoria tenaz y la mano larga; creedme, os jugará una mala pasada.

—Pero ¿cuál?

—¿Y qué sé yo? ¿No tiene acaso a su servicio todas las trampas del demonio? Lo menos que puede pasaros es que se os arreste.

—¡Cómo! ¿Se atreverían a arrestar a un hombre al servicio de Su Majestad?

—¡Pardiez! Mucho les ha preocupado con Athos. En cualquier caso, joven, creed a un hombre que está hace treinta años en la corte; no os durmáis en vuestra seguridad, estaréis perdido. Al contrario, y soy yo quien os lo digo, ved enemigos por todas partes. Si alguien os busca pelea, evitadla, aunque sea un niño de diez años el que la busca; si os atacan de noche o de día, batíos en retirada y sin vergüenza; si cruzáis un puente, tantead las planchas, no vaya a ser que una os falte bajo el pie; si pasáis ante una casa que están construyendo, mirad al aire, no vaya a ser que una piedra os caiga encima de la cabeza; si volvéis a casa tarde, haceos seguir por vuestro criado, y que vuestro criado esté armado, si es que estáis seguro de vuestro criado. Desconfiad de todo el mundo, de vuestro amigo, de

vuestro hermano, de vuestra amante, de vuestra amante sobre todo.

D’Artagnan enrojeció.

—De mi amante —repitió él maquinalmente—. ¿Y por qué más de ella que de cualquier otro?

—Es que la amante es uno de los medios favoritos del cardenal; no lo hay más expeditivo: una mujer os vende por diez pistolas, testigo Dalila.

¿Conocéis las Escrituras, no?

D’Artagnan pensó en la cita que le había dado la señora Bonacieux para aquella misma noche; pero debemos decir, en elogio de nuestro héroe, que la mala opinión que el señor de Tréville tenía de las mujeres en general, no le inspiró la más ligera sospecha contra su preciosa huésped.

—Pero, a propósito —prosiguió el señor de Tréville—. ¿Qué ha sido de vuestros tres compañeros?

—Iba a preguntaros si vos habíais sabido alguna noticia.

—Ninguna, señor.

—Pues bien yo los dejé en mi camino: a Porthos en Chantilly, con un duelo entre las manos; a Aramis en Crévocoeur, con una bala en el hombro, y a

Athos en Amiens, con una acusación de falso monedero encima.

—¡Lo veis! —dijo el señor de Tréville—. Y vos, ¿cómo habéis escapado?

—Por milagro, señor, debo decirlo, con una estocada en el pecho y clavando al señor conde de Wardes en el dorso de la ruta de Calais como a una mariposa en una tapicería.

—¡Lo veis todavía! De Wardes, un hombre del cardenal, un primo de Rochefort. Mirad, amigo mío, se me ocurre una idea.

—Decid, señor.

—En vuestro lugar, yo haría una cosa.

—¿Cuál?

—Mientras Su Eminencia me hace buscar en París, yo, sin tambor ni trompeta, tomaría la ruta de Picardía, y me iría a saber noticias de mis tres compañeros. ¡Qué diablo! Bien merecen ese pequeño detalle por vuestra parte.

—El consejo es bueno, señor, y mañana partiré.

—¡Mañana! ¿Y por qué no esta noche?

—Esta noche, señor, estoy retenido en París por un asunto indispensable.

—¡Ah, joven, joven! ¿Algún amorcillo? Tened cuidado, os lo repito; fue la mujer la que nos perdió a todos nosotros, y la que nos perderá aún a todos nosotros. Creedme, partid esta noche.

—¡Imposible, señor!

—¿Habéis dado vuestra palabra?

—Sí, señor.

—Entonces es otra cosa; pero prometedme que, si no sois muerto esta noche, mañana partiréis.

—Os lo prometo.

—¿Necesitáis dinero?

—Tengo todavía cincuenta pistolas. Es todo lo que me hace falta, según pienso.

—Pero ¿vuestros compañeros?

—Pienso que no deben necesitarlo. Salimos de París cada uno con setenta y cinco pistolas en nuestros bolsillos.

—¿Os volveré a ver antes de vuestra partida?

—No, creo que no, señor, a menos que haya alguna novedad.

—¡Entonces, buen viaje!

—Gracias, señor.

Y D'Artagnan se despidió del señor de Tréville, emocionado como nunca por su solicitud completamente paternal hacia sus mosqueteros.

Pasó sucesivamente por casa de Athos, de Porthos y de Aramis. Ninguno de los tres había vuelto. Sus criados también estaban ausentes, y no había noticia ni de los unos ni de los otros.

—¡Ah, señor! —dijo Planchet al divisar a D'Artagnan—. ¡Qué contento estoy de verle!

—¿Y eso por qué, Planchet? —preguntó el oven.

—¿Confiáis en el señor Bonacieux, nuestro huésped?

—¿Yo? Lo menos del mundo.

—¡Oh, hacéis bien, señor!

—Pero ¿a qué viene esa pregunta?

—A que mientras hablabais con él, yo os observaba sin escucharos; señor, su rostro ha cambiado dos o tres veces de color.

—¡Bah!

—El señor no ha podido notarlo, preocupado como estaba por la carta que acababa de recibir; pero, por el contrario, yo, a quien la extraña forma en que esa carta había llegado a la casa había puesto en guardia no me he perdido ni un solo gesto de su fisonomía.

—¿Y cómo la has encontrado?

—Traidora señor.

—¿De verdad?

—Además, tan pronto como el señor le ha dejado y ha desaparecido por la esquina de la calle, el señor Bonacieux ha cogido su sombrero, ha cerrado su puerta y se ha puesto a correr en dirección contraria.

—En efecto, tienes razón, Planchet, todo esto me parece muy sospechoso, y estate tranquilo, no le pagaremos nuestro alquiler hasta que la cosa no haya sido categóricamente explicada.

—El señor se burla, pero ya verá.

—¿Qué quieres, Planchet? Lo que tenga que ocurrir está escrito.

—¿El señor no renuncia entonces a su paseo de esta noche?

—Al contrario, Planchet, cuanto más moleste al señor Bonacieux, tanto más iré a la cita que me ha dado esa carta que tanto lo inquieta.

—Entonces, si la resolución del señor…

—Inquebrantable, amigo mío; por tanto, a las nueves estate preparado aquí, en el palacio; yo vendré a recogerte.

Planchet, viendo que no había ninguna esperanza de hacer renunciar a su amo a su proyecto, lanzó un profundo suspiro y se puso a almohazar al tercer caballo.

En cuanto a D'Artagnan, como en el fondo era un muchacho lleno de prudencia, en lugar de volver a su casa, se fue a cenar con aquel cura gascón que, en los momentos de penuria de los cuatro amigos, les había dado un desayuno de chocolate.

CAPÍTULO XXIV

El pabellón

A las nueve, D’Artagnan estaba en el palacio de los Guardias; encontró a Planchet armado. El cuarto caballo había llegado.

Planchet estaba armado con su mosquetón y una pistola.

D’Artagnan tenía su espada y pasó dos pistolas a su cintura, luego los dos montaron cada uno en un caballo y se alejaron sin ruido. Hacía noche cerrada, y nadie los vio salir. Planchet se puso a continuación de su amo, y marchó a diez pasos tras él.

D’Artagnan cruzó los muelles, salió por la puerta de la Conférence y siguió luego el camino, más hermoso entonces que hoy, que conduce a Saint-Cloud.

Mientras estuvieron en la ciudad, Planchet guardó respetuosamente la distancia que se había impuesto; pero cuando el camino comenzó a volverse más desierto y más oscuro, fue acercándose lentamente; de tal modo que cuando entraron en el bosque de Boulogne, se encontró andando codo a codo con su amo. En efecto, no debemos disimular que la oscilación de los corpulentos árboles y el reflejo de la luna en los sombríos matojos le causaban viva inquietud. D’Artagnan se dio cuenta de que algo extraordinario ocurría en su lacayo.

—¡Y bien, señor Planchet! —le preguntó—. ¿Nos pasa algo?

—¿No os parece, señor, que los bosques son como iglesias?

—¿Y eso por qué, Planchet?

—Porque tanto en éstas como en aquéllos nadie se atreve a hablar en voz alta.

—¿Por qué no te atreves a hablar en voz alta, Planchet? ¿Porque tienes miedo?

—Miedo a ser oído, sí, señor.

—¡Miedo a ser oído! Nuestra conversación es sin embargo moral, mi querido Planchet, y nadie encontraría nada qué decir de ella.

—¡Ay, señor! —repuso Planchet volviendo a su idea madre—. Ese señor Bonacieux tiene algo de sinuoso en sus cejas y de desagradable en el juego de sus labios.

—¿Quién diablos te hace pensar en Bonacieux?

—Señor, se piensa en lo que se puede y no en lo que se quiere.

—Porque eres un cobarde, Planchet.

—Señor, no confundamos la prudencia con la cobardía; la prudencia es una virtud.

—Y tú eres virtuoso, ¿no es así, Planchet?

—Señor, ¿no es aquello el cañón de un mosquete que brilla? ¿Y si bajáramos la cabeza?

—En verdad —murmuró D'Artagnan, a quien las recomendaciones del señor de Tréville volvían a la memoria—, en verdad, este animal terminará por meterme miedo.

Y puso su caballo al trote.

Planchet siguió el movimiento de su amo, exactamente como si hubiera sido su sombra, y se encontró trotando tras él.

—¿Es que vamos a caminar así toda la noche, señor? —preguntó.

—No, Planchet, porque tú has llegado ya.

—¿Cómo que he llegado? ¿Y el señor?

—Yo voy a seguir todavía algunos pasos.

—¿Y el señor me deja aquí solo?

—¿Tienes miedo Planchet?

—No, pero sólo hago observar al señor que la noche será muy fría, que los relentes dan reumatismos y que un lacayo que tiene reumatismos es un triste

servidor, sobre todo para un amo alerta como el señor.

—Bueno, si tienes frío, Planchet, entra en una de esas tabernas que ves allá abajo, y me esperas mañana a las seis delante de la puerta.

—Señor, he comido y bebido respetuosamente el escudo que me disteis esta mañana, de suerte que no me queda ni un maldito centavo en caso de que tuviera frío.

—Aquí tienes media pistola. Hasta mañana.

D'Artagnan descendió de su caballo, arrojó la brida en el brazo de Planchet y se alejó rápidamente envolviéndose en su capa.

—¡Dios, qué frío tengo! —exclamó Planchet cuando hubo perdido de vista a su amo y, apremiado como estaba por calentarse, se fue a todo correr a llamar a la puerta de una casa adornada con todos los atributos de una taberna de barrio.

Sin embargo, D'Artagnan, que se había metido por un pequeño atajo, continuaba su camino y llegaba a Saint-Cloud; pero en lugar de seguir la carretera principal, dio la vuelta por detrás del castillo, ganó una especie de calleja muy apartada y pronto se encontró frente al pabellón indicado. Estaba situado en un lugar completamente desierto. Un gran muro, en cuyo ángulo estaba aquel pabellón dominaba un lado de la calleja, y por el otro un seto defendía de los transeúntes un pequeño jardín en cuyo fondo se alzaba una pobre cabaña.

Había llegado a la cita, y como no le habían dicho anunciar su presencia con ninguna señal, esperó.

Ningún ruido se dejaba oír, se hubiera dicho que estaba a cien leguas de la capital. D'Artagnan se pegó al seto después de haber lanzado una ojeada detrás de sí. Por encima de aquel

seto, aquel jardín y aquella cabaña, una niebla sombría envolvía en sus pliegues aquella inmensidad en que duerme París, vacía, abierta inmensidad donde brillaban algunos puntos luminosos, estrellas fúnebres de aquel infierno.

Pero para D'Artagnan todos los aspectos revestían una forma feliz, todas las ideas tenían una sonrisa, todas las tinieblas eran diáfanas. La hora de la cita iba a sonar.

En efecto, al cabo de algunos instantes, el campanario de Saint-Cloud dejó caer lentamente diez golpes de su larga lengua mugiente.

Había algo lúgubre en aquella voz de bronce que se lamentaba así en medio de la noche.

Pero cada una de aquellas horas que componían la hora esperada vibraba

armoniosamente en el corazón del joven.

Sus ojos estaban fijos en el pequeño pabellón situado en el ángulo del muro, cuyas ventanas estaban todas cerradas con los postigos, salvo una sola del primer piso.

A través de aquella ventana brillaba una luz suave que argentaba el follaje tembloroso de dos o tres tilos que se elevaban formando grupo fuera del parque. Evidentemente, detrás de aquella ventanita, tan graciosamente iluminada, le aguardaba la señora Bonacieux.

Acunado por esta idea, D'Artagnan esperó por su parte media hora sin impaciencia alguna, con los ojos fijos sobre aquella casita de la que D'Artagnan percibía una parte del techo de molduras doradas, atestiguando la elegancia del resto del apartamento.

El campanario de Saint-Cloud hizo sonar las diez y media.

Aquella vez, sin que D'Artagnan comprendiese por qué, un temblor recorrió sus venas. Quizá también el frío comenzaba a apoderarse de él y tornaba por una sensación moral lo que sólo era una sensación completamente física.

Luego le vino la idea de que había leído mal y que la cita era para las once solamente.

Se acercó a la ventana, se situó en un rayo de luz, sacó la carta de su bolsillo y la releyó; no se había equivocado, efectivamente la cita era para las diez.

Volvió a ponerse en su sitio, empezando a inquietarse por aquel silencio y aquella soledad.

Dieron las once.

D'Artagnan comenzó a temer verdaderamente que le hubiera ocurrido algo a la señora Bonacieux.

Dio tres palmadas, señal ordinaria de los enamorados; pero nadie le respondió, ni siquiera el eco.

Entonces pensó con cierto despecho que quizá la joven se había dormido mientras lo esperaba.

Se acercó a la pared y trató de subir, pero la pared estaba recientemente revocada, y D'Artagnan se rompió inútilmente las uñas.

En aquel momento se fijó en los árboles, cuyas hojas la luz continuaba argentando, y como uno de ellos emergía sobre el camino, pensó que desde el centro de sus ramas su mirada podría penetrar en el pabellón.

El árbol era fácil. Además D'Artagnan tenía apenas veinte años, y por lo tanto se acordaba de su oficio de escolar. En un instante estuvo en el centro de las ramas, y por los vidrios transparentes sus ojos se hundieron en el interior del pabellón.

Cosa extraña, que hizo temblar a D'Artagnan de la planta de los pies a la raíz de sus cabellos, aquella suave luz, aquella tranquila lámpara iluminaba una escena de desorden espantoso; uno de los cristales de la ventana estaba roto, la puerta de la habitación había sido hundida y medio rota pendía de sus goznes; una mesa que hubiera debido estar cubierta con una elegante cena yacía por tierra; frascos en añicos, frutas aplastadas tapizaban el piso; todo en aquella habitación daba testimonio de una lucha violenta y desesperada; D'Artagnan creyó incluso reconocer en medio de aquel desorden extraño trozos de vestidos y algunas manchas de sangre maculando el mantel y las cortinas.

Se dio prisa por descender a la calle con una palpitación horrible en el corazón; quería ver si encontraba otras huellas de violencia.

Aquella breve luz suave brillaba siempre en la calma de la noche. D'Artagnan se dio cuenta entonces, cosa que él no había observado al principio, porque nada le empujaba a tal examen, que el suelo, batido aquí, pisoteado allá, presentaba huellas confusas de pasos de hombres y de pies de caballos. Además, las ruedas de un coche, que parecía venir de París, habían cavado en la tierra blanda una profunda huella que no pasaba más allá del pabellón y que volvía hacia París.

Finalmente, prosiguiendo sus búsquedas, D'Artagnan encontró junto al muro un guante de mujer desgarrado. Sin embargo, aquel guante, en todos aquellos puntos en que no había tocado la tierra embarrada, era de una frescura irreprochable. Era uno de esos guantes perfumados que los amantes gustan quitar de una hermosa mano.

A medida que D'Artagnan proseguía sus investigaciones, un sudor más abundante y más helado perlaba su frente, su corazón estaba oprimido por una horrible angustia, su respiración era palpitante; y sin embargo se decía a sí mismo para tranquilizarse que aquel pabellón no tenía nada en común con la señora Bonacieux; que la joven le había dado cita ante aquel pabellón y no en el pabellón, que podía estar retenida en París por su servicio, quizá por los celos de su marido.

Pero todos estos razonamientos eran severamente criticados, destruidos, arrollados por aquel sentimiento de dolor íntimo que, en ciertas ocasiones, se apodera de todo nuestro ser y nos grita, para todo cuanto en nosotros está destinado a oírnos, que una gran desgracia planea sobre nosotros.

Entonces D'Artagnan enloqueció casi: corrió por la carretera, tomó el mismo camino que ya había andado, avanzó hasta la barca e interrogó al barquero.

Hacia las siete de la tarde el barquero había cruzado el río con una mujer envuelta en un mantón negro, que parecía tener el mayor interés en no ser reconocida; pero precisamente debido a esas precauciones que tomaba, el barquero le había prestado una atención mayor, y había visto que la mujer era joven y hermosa.

Entonces, como hoy, había gran cantidad de mujeres jóvenes y hermosas que iban a Saint-Cloud y que tenían interés en no ser vistas, y sin embargo D'Artagnan no dudó un solo instante que no fuera la señora Bonacieux la que el barquero había visto.

D'Artagnan aprovechó la lámpara que brillaba en la cabaña del barquero para volver a leer una vez más el billete de la señora Bonacieux y asegurarse de que no se había engañado, que la cita era en Saint-Cloud y no en otra parte, ante el pabellón del señor D'Estrées y no en otra calle.

Todo ayudaba a probar a D’Artagnan que sus presentimientos no lo engañaban y que una gran desgracia había ocurrido.

Volvió a tomar el camino del castillo a todo correr; le parecía que en su ausencia algo nuevo había podido pasar en el pabellón y que las informaciones lo esperaban allí.

La calleja continuaba desierta, y la misma luz suave y calma salía desde la ventana.

D’Artagnan pensó entonces en aquella casucha muda y ciega, pero que sin duda había visto y que quizá podía hablar.

La puerta de la cerca estaba cerrada, pero saltó por encima del seto, y pese a los ladridos del perro encadenado, se acercó a la cabaña.

A los primeros golpes que dio, no respondió nadie.

Un silencio de muerte reinaba tanto en la cabaña como en el pabellón; no obstante, como aquella cabaña era su último recurso, insistió.

Pronto le pareció oír un ligero ruido interior, ruido temeroso, y que parecía temblar él mismo de ser oído.

Entonces D’Artagnan dejó de golpear y rogó con un acento tan lleno de inquietud y de promesas, de terror y zalamería, que su voz era capaz por naturaleza de tranquilizar al más miedoso. Por fin, un viejo postigo carcomido se abrió, o mejor se entreabrió, y se volvió a cerrar cuando la claridad de una

miserable lámpara que ardía en un rincón hubo iluminado el tahalí, el puño de

la espada y la empuñadura de las pistolas de D'Artagnan. Sin embargo, por rápido que fuera el movimiento, D'Artagnan había tenido tiempo de vislumbrar una cabeza de anciano.

—¡En nombre del cielo, escuchadme! Yo esperaba a alguien que no viene, me muero de inquietud. ¿No habrá ocurrido alguna desgracia por los alrededores? Hablad.

La ventana volvió a abrirse lentamente, y el mismo rostro apareció de nuevo, sólo que ahora más pálido aún que la primera vez.

D'Artagnan contó ingenuamente su historia, nombres excluidos; dijo cómo tenía una cita con una joven ante aquel pabellón, y cómo, al no verla venir, se había subido al tilo y, a la luz de la lámpara, había visto el desorden de la habitación.

El viejo lo escuchó atentamente, al tiempo que hacía señas de que estaba bien todo aquello; luego, cuando D'Artagnan hubo terminado, movió la cabeza con un aire que no anunciaba nada bueno.

—¿Qué queréis decir? —exclamó D'Artagnan—. ¡En nombre del cielo, explicaos!

—¡Oh, señor —dijo el viejo—, no me pidáis nada! Porque si os dijera lo que he visto, a buen seguro que no me ocurrirá nada bueno.

—¿Habéis visto entonces algo? —repuso D'Artagnan—. En tal caso, en nombre del cielo —continuó, entregándole una pistola—, decid, decid lo que habéis visto, y os doy mi palabra de gentilhombre de que ninguna de vuestras palabras saldrá de mi corazón.

El viejo leyó tanta franqueza y dolor en el rostro de D'Artagnan que le hizo seña de escuchar y le dijo en voz baja:

—Serían las nueve poco más o menos, había oído yo algún ruido en la calle y quería saber qué podía ser, cuando al acercarme a mi puerta me di cuenta de que alguien trataba de entrar. Como soy pobre y no tengo miedo a que me roben, fui a abrir y vi a tres hombres a algunos pasos de allí. En la sombra había una carroza con caballos enganchados y caballos de mano. Esos caballos de mano pertenecían evidentemente a los tres hombres que estaban vestidos de caballeros. «Ah, mis buenos señores —exclamé yo—, ¿qué queréis?» «Debes tener una escalera», me dijo aquel que parecía el jefe del séquito. «Sí, señor; una con la que recojo la fruta». «Dánosla, y vuelve a tu casa. Ahí tienes un escudo por la molestia que te causamos. Recuerda solamente que si dices una palabra de lo que vas a ver y de lo que vas a oír (porque mirarás y escucharás pese a las amenazas que te hagamos, estoy seguro), estás perdido». A estas palabras, me lanzó un escudo que yo recogí, y

él tomó mi escalera. Efectivamente, después de haber cerrado la puerta del seto tras ellos hice ademán de volver a la casa; pero salí en seguida por la puerta de atrás y deslizándome en la sombra llegué hasta esa mata de saúco, desde cuyo centro podía ver todo sin ser visto. Los tres hombres habían hecho avanzar el coche sin ningún ruido, sacaron de él a un hombrecito grueso, pequeño, de pelo gris, mezquinamente vestido de color oscuro, el cual se subió con precaución a la escalera miró disimuladamente en el interior del cuarto, volvió a bajar a paso de lobo y murmuró en voz baja: «¡Ella es!». Al punto aquel que me había hablado se acercó a la puerta del pabellón, la abrió con una llave que llevaba encima, volvió a cerrar la puerta y desapareció; al mismo tiempo los otros dos subieron a la escalera. El viejo permanecía en la portezuela el cochero sostenía a los caballos del coche y un lacayo los caballos de silla. De pronto resonaron grandes gritos en el pabellón, una mujer corrió a la ventana y la abrió como para precipitarse por ella. Pero tan pronto como se dio cuenta de los dos hombres, retrocedió; los dos hombres se lanzaron tras ella dentro de la habitación. Entonces ya no vi nada más; pero oía ruido de muebles que se rompen. La mujer gritaba y pedía ayuda. Pero pronto sus gritos fueron ahogados; los tres hombres se acercaron a la ventana, llevando a la mujer en sus brazos; dos descendieron por la escalera y la transportaron al coche, donde el viejo entró junto a ella. El que se había quedado en el

pabellón volvió a cerrar la ventana, salió un instante después por la puerta y se aseguró de que la mujer estaba en el coche: sus dos compañeros le esperaban ya a caballo, saltó él a su vez a la silla; el lacayo ocupó su puesto junto al cochero; la carroza se alejó al galope escoltada por los tres caballeros, y todo terminó. A partir de ese momento, yo no he visto nada ni he oído nada.

D'Artagnan, abrumado por una noticia tan terrible, quedó inmóvil y mudo, mientras todos los demonios de la cólera y los celos aullaban en su corazón.

—Pero, señor gentilhombre —prosiguió el viejo, en el que aquella muda desesperación producía ciertamente más afecto del que hubieran producido los gritos y las lágrimas—; vamos, no os aflijáis, no os la han matado, eso es lo esencial.

—¿Sabéis aproximadamente —dijo D'Artagnan— quién era el hombre que dirigía esa infernal expedición?

—No lo conozco.

—Pero, puesto que os ha hablado, habéis podido verlo.

—¡Ah! ¿Son sus señas lo que me pedís?

—Sí.

—Un hombre alto, enjuto, moreno, de bigotes negros, la mirada oscura, con aire de gentilhombre.

—¡Él es! —exclamó D'Artagnan—. ¡Otra vez él! ¡Siempre él! Es mi demonio, según parece. ¿Y el otro?

—¿Cuál?

—El pequeño.

—¡Oh, ese no era un señor, os lo aseguro! Además, no llevaba espada, y los otros le trataban sin ninguna consideración.

—Algún lacayo —murmuró D'Artagnan—. ¡Ah, pobre mujer! ¡Pobre mujer! ¿Qué te han hecho?

—Me habéis prometido el secreto —dijo el viejo.

—Y os renuevo mi promesa, estad tranquilo, yo soy gentilhombre. Un gentilhombre no tiene más que una palabra, y yo os he dado la mía.

D'Artagnan volvió a tomar, con el alma afligida, el camino de la barca. Tan pronto se resistía a creer que se tratara de la señora Bonacieux, y esperaba encontrarla al día siguiente en el Louvre, como temía que ella tuviera una intriga con algún otro y que un celoso la hubiera sorprendido y raptado. Vacilaba, se desolaba, se desesperaba.

—¡Oh, si tuviese aquí a mis amigos! —exclamó—. Tendría al menos alguna esperanza de volverla a encontrar; pero ¿quién sabe qué habrá sido de ellos?

Era medianoche poco más o menos; se trataba de encontrar a Planchet. D'Artagnan se hizo abrir sucesivamente todas las

tabernas en las que percibió algo de luz; en ninguna de ellas encontró a Planchet.

En la sexta, comenzó a pensar que la búsqueda era un poco aventurada. D'Artagnan no había citado a su lacayo más que a las seis de la mañana y, estuviese donde estuviese, estaba en su derecho.

Además al joven le vino la idea de que, quedándose en los alrededores del lugar en que había ocurrido el suceso, quizá obtendría algún esclarecimiento sobre aquel misterioso asunto. En la sexta taberna, como hemos dicho, D'Artagnan se detuvo, pidió una botella de vino de primera calidad, se acodó en el ángulo más oscuro y se decidió a esperar el día de este modo; pero también esta vez su esperanza quedó frustrada, y aunque escuchaba con los oídos abiertos, no oyó, en medio de los juramentos, las burlas y las injurias que entre sí cambiaban los obreros, los lacayos y los carreteros que componían la honorable sociedad de que formaba parte, nada que pudiera ponerle sobre las huellas de la pobre mujer raptada. Así pues, tras haber tragado su botella por ociosidad y para no despertar sospechas, trató de buscar en su rincón la postura más satisfactoria posible y de dormirse mal que bien. D'Artagnan tenía veinte años, como se recordará, y a esa edad el sueño tiene derechos

imprescriptibles que reclaman imperiosamente incluso en los corazones más desesperados.

Hacia las seis de la mañana, D'Artagnan se despertó con ese malestar que acompaña ordinariamente al alba tras una mala noche. No era muy largo de hacer su aseo; se tanteó para saber si no se habían aprovechado de su sueño para robarle, y habiendo encontrado su diamante en su dedo, su bolsa en su bolsillo y sus pistolas en su cintura, se levantó, pagó su botella y salió para ver si tenía más suerte en la búsqueda de su lacayo por la mañana que por la noche. En efecto, lo primero que percibió a través de la niebla húmeda y grisácea fue al honrado Planchet, que con los dos caballos de la mano esperaba a la puerta de una pequeña taberna miserable ante la cual D'Artagnan había pasado sin sospechar siquiera su existencia.

CAPÍTULO XXV

Porthos

En lugar de regresar a su casa directamente, D'Artagnan puso pie en tierra ante la puerta del señor de Tréville y subió rápidamente la escalera. Aquella vez estaba decidido a contarle todo lo que acababa de pasar. Sin duda, él daría buenos consejos en todo aquel asunto; además, como el señor de Tréville veía casi a diario a la reina, quizá podría sacar a Su Majestad alguna información sobre la pobre mujer a quien sin duda se hacía pagar su adhesión a su señora.

El señor de Tréville escuchó el relato del joven con una gravedad que probaba que había algo más en toda aquella aventura que una intriga de amor; luego, cuando D'Artagnan hubo acabado:

—¡Hum! —dijo—. Todo esto huele a Su Eminencia a una legua.

—Pero ¿qué hacer? —dijo D'Artagnan.

—Nada, absolutamente nada ahora sólo abandonar París como os he dicho, lo antes posible. Yo veré a la reina, le contaré los detalles de la desaparición de esa pobre mujer, que ella sin duda ignora; estos detalles la orientarán por su lado, y a vuestro regreso, quizá tenga yo alguna buena nueva que deciros. Dejadlo en mis manos.

D'Artagnan sabía que, aunque gascón el señor de Tréville no tenía la costumbre de prometer, y que cuando por azar prometía, mantenía, y con creces, lo que había prometido. Saludó, pues, lleno de agradecimiento por el pasado y por el futuro, y el digno capitán, que por su lado sentía vivo interés por aquel joven tan valiente y tan resuelto, le apretó afectuosamente la mano

deseándole un buen viaje.

Decidido a poner los consejos del señor de Tréville en práctica en aquel mismo instante, D'Artagnan se encaminó hacia la calle des Fossoyeurs, a fin de velar por la preparación de su equipaje. Al acercarse a su casa, reconoció al señor Bonacieux en traje de mañana, de pie ante el umbral de su puerta. Todo lo que le había dicho la víspera el prudente Planchet sobre el carácter siniestro de su huésped volvió entonces a la memoria de D'Artagnan que lo miró más atentamente de lo que hasta entonces había hecho. En efecto, además de aquella palidez amarillenta y enfermiza que indica la filtración de la bilis en la sangre y que por el otro lado podía ser sólo accidental, D'Artagnan observó algo de sinuosamente pérfido en la tendencia a las arrugas de su cara. Un bribón no ríe de igual forma que un hombre honesto, un hipócrita no llora con las lágrimas que un hombre de buena fe. Toda falsedad es una máscara, y por bien hecha que esté la máscara, siempre se llega, con un poco de atención, a distinguirla del rostro.

Le pareció pues, a D'Artagnan que el señor Bonacieux llevaba una máscara, e incluso que aquella máscara era de las más desagradables de ver.

En consecuencia, vencido por su repugnancia hacia aquel hombre, iba a pasar por delante de él sin hablarle cuando, como la víspera, el señor Bonacieux lo interpeló:

—¡Y bien, joven —le dijo—, parece que andamos de juerga! ¡Diablos, las siete de la mañana! Me parece que os apartáis de las costumbres recibidas y que volvéis a la hora en que los demás salen.

—No se os hará a vos el mismo reproche, maese Bonacieux —dijo el joven—, y sois modelo de las gentes ordenadas. Es cierto que cuando se pone una mujer joven y bonita, no hay necesidad de correr detrás de la felicidad; es la felicidad la que viene a buscaros, ¿no es así, señor Bonacieux?

Bonacieux se puso pálido como la muerte y muequeó una sonrisa.

—¡Ah, ah! —dijo Bonacieux—. Sois un compañero bromista. Pero ¿dónde diablos habéis andado de correría esta noche, mi joven amigo? Parece que no hacía muy buen tiempo en los atajos.

D'Artagnan bajó los ojos hacia sus botas todas cubiertas de barro; pero en aquel movimiento sus miradas se dirigieron al mismo tiempo hacia los zapatos y las medias del mercero; se hubiera dicho que los había mojado en el mismo cenagal; unos y otros tenían manchas completamente semejantes.

Entonces una idea súbita cruzó la mente de D'Artagnan. Aquel hombrecito grueso, rechoncho, cuyos cabellos agrisaban ya, aquella especie de lacayo vestido con un traje oscuro, tratado sin consideración por las gentes de espada

que componían la escolta, era el mismo Bonacieux. El marido había presidido el rapto de su mujer.

Le entraron a D'Artagnan unas terribles ganas de saltar a la garganta del mercero y de estrangularlo; pero ya hemos dicho que era un muchacho muy prudente y se contuvo. Sin embargo, la revolución que se había operado en su rostro era tan visible que Bonacieux quedó espantado y trató de retroceder un paso; pero precisamente se encontraba delante del batiente de la puerta, que estaba cerrada, y el obstáculo que encontró le forzó a quedarse en el mismo sitio.

—¡Vaya, sois vos quien bromeáis, mi valiente amigo! —dijo D'Artagnan

—. Me parece que si mis botas necesitan una buena esponja, vuestras medias y vuestros zapatos también reclaman un buen cepillado. ¿Es que también vos os habéis corrido una juerga, maese Bonaceux? ¡Diablos! Eso sería imperdonable en un hombre de vuestra edad y que además tiene una mujer joven y bonita como la vuestra.

—¡Oh, Dios mío, no! —dijo Bonacieux—. Ayer estuve en Saint-Mandé para informarme de una sirvienta de la que no puedo

prescindir, y como los caminos estaban en malas condiciones he traído todo ese fango que aún no he tenido tiempo de hacer desaparecer.

El lugar que designaba Bonacieux como meta de correría fue una nueva prueba en apoyo de las sospechas que había concebido D'Artagnan. Bonacieux había dicho Saint-Mandé porque Saint-Mandé es el punto completamente opuesto a Saint-Cloud.

Aquella probabilidad fue para él un primer consuelo. Si Bonacieux sabía dónde estaba su mujer, siempre se podría, empleando medios extremos, forzar al mercero a soltar la lengua y dejar escapar su secreto. Se trataba sólo de convertir esta probabilidad en certidumbre.

—Perdón, mi querido señor Bonacieux, si prescindo con vos de los modales —dijo D'Artagnan—; pero nada me altera más que no dormir, tengo una sed implacable; permitidme tomar un vaso de agua de vuestra casa; ya lo sabéis, eso no se niega entre vecinos.

Y sin esperar el permiso de su huésped, D'Artagnan entró rápidamente en la casa y lanzó una rápida ojeada sobre la cama. La cama no estaba deshecha. Bonacieux no se había acostado. Acababa de volver hacía una o dos horas; había acompañado a su mujer hasta el lugar al que la habían conducido, o por lo menos hasta el primer relevo.

—Gracias, maese Bonacieux —dijo D'Artagnan vaciando su vaso—, eso es todo cuanto quería de vos. Ahora vuelvo a mi casa, voy a ver si Planchet me limpia las botas y, cuando haya terminado, os lo mandaré por si queréis

limpiaros vuestros zapatos.

Y dejó al mercero todo pasmado por aquel singular adiós y preguntándose si no había caído en su propia trampa.

En lo alto de la escalera encontró a Planchet todo estupefacto.

—¡Ah, señor! —exclamó Planchet cuando divisó a su amo—. Ya tenemos otra, y esperaba con impaciencia que regresaseis.

—Pues, ¿qué pasa? —preguntó D'Artagnan.

—¡Oh, os apuesto cien, señor, os apuesto mil si adivináis la visita que he recibido para vos en vuestra ausencia!

—¿Y eso cuándo?

—Hará una media hora, mientras vos estabais con el señor de Tréville.

—¿Y quién ha venido? Vamos, habla.

—El señor de Cavois.

—¿El señor de Cavois?

—En persona.

—¿El capitán de los guardias de Su Eminencia?

—El mismo.

—¿Venía a arrestarme?

—Es lo que me temo, señor, y eso pese a su aire zalamero.

—¿Tenía el aire zalamero, dices?

—Quiero decir que era todo mieles, señor.

—¿De verdad?

—Venía, según dijo, de parte de Su Eminencia, que os quería mucho, a rogaros seguirle al Palais Royal.

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—Que era imposible, dado que estabais fuera de casa, como podía él mismo ver.

—¿Y entonces qué ha dicho?

—Que no dejaseis de pasar por allí durante el día; luego ha añadido en voz baja: «Dile a tu amo que Su Eminencia está completamente dispuesto hacia él, y que su fortuna depende quizá de esa entrevista».

—La trampa es bastante torpe para ser del cardenal —repuso sonriendo el

joven.

—También yo he visto la trampa y he respondido que os desesperaríais a vuestro regreso. «¿Dónde ha ido?», ha

preguntado el señor de Cavois. «A Troyes, en Champagne», le he respondido. «¿Y cuándo se ha marchado?»

«Ayer tarde».

—Planchet, amigo mío —interrumpió D'Artagnan—, eres realmente un hombre precioso.

—¿Comprendéis, señor? He pensado que siempre habría tiempo, si deseáis ver al señor de Cavois, de desmentirme diciendo que no os habíais marchado; sería yo en tal caso quien habría mentido, y como no soy gentilhombre, puedo mentir.

—Tranquilízate, Planchet, tú conservarás tu reputación de hombre verdadero: dentro de un cuarto de hora partimos.

—Es el consejo que iba a dar al señor; y, ¿adónde vamos, si se puede saber?

—¡Pardiez! Hacia el lado contrario del que tú has dicho que había ido. Además, ¿no tienes prisa por tener nuevas con Grimaud, de Mosquetón y de Bazin, como las tengo yo de saber qué ha pasado de Athos, Porthos y Aramis?

—Claro que sí, señor —dijo Planchet—, y yo partiré cuando queráis; el aire de la provincia nos va mejor, según creo, en este momento que el aire de París. Por eso, pues…

—Por eso, pues, hagamos nuestro petate, Planchet y partamos; yo iré delante, con las manos en los bolsillos para que nadie sospeche nada. Tú te reunirás conmigo en el palacio de los

Guardias. A propósito, Planchet, creo que tienes razón respecto a nuestro huésped, y que decididamente es un horrible canalla.

—¡Ah!, creedme, señor, cuando os digo algo; yo soy fisonomista, y bueno.

D'Artagnan descendió el primero, como había convenido; luego, para no tener nada que reprocharse, se dirigió una vez más al domicilio de sus tres amigos: no se había recibido ninguna noticia de ellos; sólo una carta toda perfumada y de una escritura elegante y menuda había llegado para Aramis. D'Artagnan se hizo cargo de ella. Diez minutos después, Planchet se reunió en las cuadras del palacio de los Guardias. D'Artagnan, para no perder tiempo, ya había ensillado su caballo él mismo.

—Está bien —le dijo a Planchet cuando éste tuvo unido el maletín de grupa al equipo—; ahora ensilla los otros tres, y partamos.

—¿Creéis que iremos más deprisa con dos caballos cada uno? —preguntó

Planchet con aire burlón.

—No, señor bromista —respondió D'Artagnan—, pero con nuestros cuatro caballos podremos volver a traer a nuestros tres amigos, si es que todavía los encontramos vivos.

—Lo cual será una gran suerte —respondió Planchet—, pero en fin, no hay que desesperar de la misericordia de Dios.

—Amén —dijo D'Artagnan, montando a horcajadas en su caballo.

Y los dos salieron del palacio de los Guardias, alejándose cada uno por una punta de la calle, debiendo el uno dejar París por la barrera de La Villette y el otro por la barrera de Montmartre, para reunirse más allá de Saint-Denis, maniobra estratégica que ejecutada con igual puntualidad fue coronada por los más felices resultados. D'Artagnan y Planchet entraron juntos en Pierrefitte.

Planchet estaba más animado, todo hay que decirlo, por el día que por la noche.

Sin embargo, su prudencia natural no le abandonaba un solo instante; no había olvidado ninguno de los incidentes del primer viaje, y tenía por enemigos a todos los que encontraba en camino. Resultaba de ello que sin cesar tenía el sombrero en la mano, lo que le valía severas reprimendas de parte de D'Artagnan, quien temía que, debido a tal exceso de cortesía, se le tomase por un criado de un hombre de poco valer.

Sin embargo, sea que efectivamente los viandantes quedaran conmovidos por la urbanidad de Planchet, sea que aquella vez ninguno fue apostado en la ruta del joven, nuestros dos viajeros llegaron a Chantilly sin accidente alguno y se apearon ante el

hostal del Grand Saint Martin, el mismo en el que se habían detenido durante su primer viaje.

El hostelero, al ver al joven seguido de su lacayo y de dos caballos de mano, se adelantó respetuosamente hasta el umbral de la puerta. Ahora bien, como ya había hecho once leguas, D'Artagnan juzgó a propósito detenerse, estuviera o no estuviera Porthos en el hostal. Además, quizá no fuera prudente informarse a la primera de lo que había sido del mosquetero. Resultó de estas reflexiones que D'Artagnan, sin pedir ninguna noticia de lo que había ocurrido, se apeó, encomendó los caballos a su lacayo, entró en una pequeña habitación destinada a recibir a quienes deseaban estar solos, y pidió a su hostelero una botella de su mejor vino y el mejor desayuno posible, petición que corroboró más aún la buena opinión que el alberguista se había hecho de su viajero a la primera ojeada.

Por eso D'Artagnan fue servido con una celeridad milagrosa.

El regimiento de los guardias se reclutaba entre los primeros gentilhombres

del reino, y D'Artagnan, seguido de un lacayo y viajando con cuatro magníficos caballos, no podía, pese a la sencillez de su uniforme, dejar de causar sensación. El hostelero quiso servirle en persona; al ver lo cual, D'Artagnan hizo traer dos vasos y entabló la siguiente conversación:

—A fe mía, mi querido hostelero —dijo D'Artagnan llenando los dos vasos—, os he pedido vuestro mejor vino, y si me habéis engañado vais a ser castigado por donde pecasteis, dado que como detesto beber solo, vos vais a beber conmigo. Tomad, pues, ese vaso y bebamos. ¿Por qué brindaremos, para no herir ninguna susceptibilidad? ¡Bebamos por la prosperidad de vuestro establecimiento!

—Vuestra señoría me hace un honor —dijo el hostelero—, y le agradezco sinceramente su buen deseo.

—Pero no os engañéis —dijo D'Artagnan—, hay quizá más egoísmo de lo que pensáis en mi brindis: sólo en los establecimientos que prosperan le reciben bien a uno; en los hostales en decadencia todo va manga por hombro, y el viajero es víctima de los apuros de su huésped; pero yo que viajo mucho y sobre todo por esta ruta, quisiera ver a todos los alberguistas hacer fortuna.

—En efecto —dijo el hostelero—, me parece que no es la primera vez que tengo el honor de ver al señor.

—Bueno, he pasado diez veces quizá por Chantilly, y de las diez veces tres o cuatro por lo menos me he detenido en vuestra casa. Mirad, la última vez hará diez o doce días aproximadamente; yo acompañaba a unos amigos, mosqueteros, y la prueba es que uno de ellos se vio envuelto en una disputa con un extraño, con un desconocido, un hombre que le buscó no sé qué querella.

—¡Ah! ¡Sí, es cierto! —dijo el hostelero—. Y me acuerdo perfectamente.

¿No es del señor Porthos de quien Vuestra Señoría quiere hablarme?

—Ese es precisamente el nombre de mi compañero de viaje. ¡Dios mío!

Querido huésped, decidme, ¿le ha ocurrido alguna desgracia?

—Pero Vuestra Señoría tuvo que darse cuenta de que no pudo continuar su viaje.

—En efecto, nos había prometido reunirse con nosotros, y no lo hemos vuelto a ver.

—Él nos ha hecho el honor de quedarse aquí.

—¿Cómo? ¿Os ha hecho el honor de quedarse aquí?

—Sí, señor, en el hostal; incluso estamos muy inquietos.

—¿Y por qué?

—Por ciertos gastos que ha hecho.

—¡Bueno, los gastos que ha hecho él los pagará!

—¡Ay, señor, realmente me ponéis bálsamo en la sangre! Hemos hecho fuertes adelantos, y esta mañana incluso el cirujano nos declaraba que, si el señor Porthos no le pagaba, sería yo quien tendría que hacerse cargo de la cuenta, dado que era yo quien le había enviado a buscar.

—Pero, entonces, ¿Porthos está herido?

—No sabría decíroslo, señor.

—¿Cómo que no sabríais decírmelo? Sin embargo, vos deberíais estar mejor informado que nadie.

—Sí, pero en nuestra situación no decimos todo lo que sabemos, señor, sobre todo porque nos ha prevenido que nuestras orejas responderán por nuestra lengua.

—¡Y bien! ¿Puedo ver a Porthos?

—Desde luego, señor. Tomad la escalera, subid al primero y llamad en el número uno. Sólo que prevenidle que sois vos.

—¡Cómo! ¿Que le prevenga que soy yo?

—Sí porque os podría ocurrir alguna desgracia.

—¿Y qué desgracia queréis que me ocurra?

—El señor Porthos puede tomaros por alguien de la casa y en un movimiento de cólera pasaros su espada a través del cuerpo o saltaros la tapa de los sesos.

—¿Qué le habéis hecho, pues?

—Le hemos pedido el dinero.

—¡Ah, diablos! Ya comprendo; es una petición que Porthos recibe muy mal cuando no tiene fondos; pero yo sé que debía tenerlos.

—Es lo que nosotros hemos pensado, señor; como la casa es muy regular y nosotros hacemos nuestras cuentas todas las

semanas, al cabo de ocho días le hemos presentado nuestra nota; pero parece que hemos llegado en un mal momento, porque a la primera palabra que hemos pronunciado sobre el tema, nos ha enviado al diablo; es cierto que la víspera había jugado.

—¿Cómo que había jugado la víspera? ¿Y con quién?

—¡Oh, Dios mío! Eso, ¿quién lo sabe? Con un señor que estaba de paso y al que propuso una partida de sacanete.

—Ya está, el desgraciado lo habrá perdido todo.

—Hasta su caballo, señor, porque cuando el extraño iba a partir, nos hemos dado cuenta de que su lacayo ensillaba el caballo del señor Porthos. Entonces nosotros le hemos hecho la observación, pero nos ha respondido que nos metiésemos en lo que nos importaba y que aquel caballo era suyo. En seguida hemos informado al señor Porthos de lo que pasaba, pero él nos ha dicho que éramos unos bellacos por dudar de la palabra de un gentilhombre, y que, dado que él había dicho que el caballo era suyo, era necesario que así fuese.

—Lo reconozco perfectamente en eso —murmuró D’Artagnan.

—Entonces —continuó el hostelero—, le hice saber que, desde el momento en que parecíamos destinados a no entendernos en el asunto del pago, esperaba que al menos tuviera la bondad de conceder el honor de su trato a mi colega el dueño del Aigle

d’Or; pero el señor Porthos me respondió que mi hostal era el mejor y que deseaba quedarse en él. Tal respuesta era demasiado halagadora para que yo insistiese en su partida. Me limité, pues, a rogarle que me devolviera su habitación, que era la más hermosa del hotel, y se contentase con un precioso gabinetito en el tercer piso. Pero a esto el señor Porthos respondió que como esperaba de un momento a otro a su amante, que era una de las mayores damas de la corte yo debía comprender que la habitación que el me hacía el honor de habitar en mi casa era todavía mediocre para semejante persona. Sin embargo, reconociendo y todo la verdad de lo que decía, creí mi deber insistir; pero sin tomarse siquiera la molestia de entrar en discusión conmigo, cogió su pistola, la puso sobre su mesilla de noche y declaró que a la primera palabra que se le dijera de una mudanza cualquiera, fuera o dentro del hostal, abriría la tapa de los sesos a quien fuese lo bastante imprudente para meterse en una cosa que no le importaba más que él. Por eso, señor, desde ese momento nadie entra ya en su habitación, a no ser su doméstico.

—¿Mosquetón está, pues, aquí?

—Sí, señor; cinco días después de su partida ha vuelto del peor humor posible; parece que él también ha tenido sinsabores durante su viaje. Por desgracia, es más ligero de piernas que su amo, lo cual hace que por su amo ponga todo patas arriba, dado que, pensando que podría negársele lo que pide, coge cuanto necesita sin pedirlo.

—El hecho es —respondió D’Artagnan— que siempre he observado en Mosquetón una adhesión y una inteligencia muy superiores.

—Es posible, señor; pero suponed que tengo la oportunidad de ponerme en contacto, sólo cuatro veces al año, con una inteligencia y una adhesión semejantes, y soy un hombre arruinado.

—No, porque Porthos os pagará.

—¡Hum! —dijo el hostelero en tono de duda.

—Es el favorito de una gran dama que no lo dejará en el apuro por una miseria como la que os debe...

—Si yo me atreviera a decir lo que creo sobre eso...

—¿Qué creéis vos?

—Yo diría incluso más: lo que sé.

—¿Qué sabéis?

—E incluso aquello de que estoy seguro.

—Veamos, ¿y de qué estáis seguro?

—Yo diría que conozco a esa gran dama.

—¿Vos?

—Sí, yo.

—¿Y cómo la conocéis?

—¡Oh, señor! Si yo creyera poder confiarme a vuestra discreción…

—Hablad, y a fe de gentilhombre que no tendréis que arrepentiros de vuestra confianza.

—Pues bien, señor, ya sabéis, la inquietud hace hacer muchas cosas.

—¿Qué habéis hecho?

—¡Oh! Nada que no esté en el derecho de un acreedor.

—¿Y…?

—El señor Porthos nos ha entregado un billete para esa duquesa, encargándonos echarlo al correo. Su doméstico no había llegado todavía. Como no podía dejar su habitación, era preciso que nos hiciéramos cargo de sus recados.

—¿Y después?

—En lugar de echar la carta a la posta, cosa que nunca es segura, aproveché la ocasión de uno de mis mozos que iba a París y le ordené entregársela a la duquesa en persona. Era cumplir con las intenciones del señor Porthos, que nos había encomendado encarecidamente aquella carta, ¿no es así?

—Más o menos.

—Pues bien, señor, ¿sabéis lo que es esa gran dama?

—No; yo he oído hablar a Porthos de ella, eso es todo.

—¿Sabéis lo que es esa presunta duquesa?

—Os repito, no la conozco.

—Es una vieja procuradora del Châtelet, señor, llamada señora Coquenard, la cual tiene por lo menos cincuenta años y se da incluso aires de estar celosa. Ya me parecía demasiado singular una princesa viviendo en la calle aux Ours.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque montó en gran cólera al recibir la carta, diciendo que el señor Porthos era un veleta y que además habría recibido la estocada por alguna mujer.

—Pero entonces, ¿ha recibido una estocada?

—¡Ah Dios mío! ¿Qué he dicho?

—Habéis dicho que Porthos había recibido una estocada.

—Sí, pero él me había prohibido terminantemente decirlo.

—Y eso, ¿por qué?

—¡Maldita sea! Señor, porque se había vanagloriado de perforar a aquel extraño con el que vos lo dejasteis peleando, y fue por el contrario el extranjero el que, pese a todas sus baladronadas, le hizo morder el polvo. Pero como el señor Porthos es un hombre muy glorioso, excepto para la duquesa, a la que él había creído interesar haciéndole el relato de su aventura, no quiere confesar a nadie que es una estocada lo que ha recibido.

—Entonces, ¿es una estocada lo que le retiene en su cama?

—Y una estocada magistral, os lo aseguro. Es preciso que vuestro amigo tenga siete vidas como los gatos.

—¿Estabais vos allí?

—Señor, yo los seguí por curiosidad, de suerte que vi el combate sin que los combatientes me viesen.

—¿Y cómo pasaron las cosas?

—Oh la cosa no fue muy larga, os lo aseguro; se pusieron en guardia; el extranjero hizo una finta y se lanzó a fondo; todo esto tan rápidamente que cuando el señor Porthos llegó a la parada, tenía ya tres pulgadas de hierro en el pecho. Cayó hacia atrás. El desconocido le puso al punto la punta de su espada en la garganta, y el señor Porthos, viéndose a merced de su adversario, se declaró vencido. A lo cual el desconocido le pidió su nombre, y al enterarse de que se llamaba Porthos y no señor D'Artagnan, le ofreció su brazo, le trajo al hostal, montó a caballo y desapareció.

—¿Así que era al señor D'Artagnan al que quería ese desconocido?

—Parece que sí.

—¿Y sabéis vos qué ha sido de él?

—No, no lo había visto hasta entonces y no lo hemos vuelto a ver después.

—Muy bien; sé lo que quería saber. Ahora, ¿decís que la habitación de Porthos está en el primer piso, número uno?

—Sí, señor, la habitación más hermosa del albergue, una habitación que ya habría tenido diez ocasiones de alquilar.

—¡Bah! Tranquilizaos —dijo D'Artagnan riendo—. Porthos os pagará con el dinero de la duquesa Coquenard.

—¡Oh, señor! Procuradora o duquesa si soltara los cordones de su bolsa, nada importaría; pero ha respondido taxativamente que estaba harta de las exigencias y de las infidelidades del señor Porthos, y que no le enviaría ni un denario.

—¿Y vos habéis dado esa respuesta a vuestro huésped?

—Nos hemos guardado mucho de ello: se habría dado cuenta de la forma en que habíamos hecho el encargo.

—Es decir, que sigue esperando su dinero.

—¡Oh, Dios mío, claro que sí! Ayer incluso escribió; pero esta vez ha sido su doméstico el que ha puesto la carta en la posta.

—¿Y decís que la procuradora es vieja y fea?

—Unos cincuenta años por lo menos, señor, no muy bella, según lo que ha dicho Pathaud.

—En tal caso, estad tranquilo, se dejará enternecer; además Porthos no puede deberos gran cosa.

—¡Cómo que no gran cosa! Una veintena de pistolas ya, sin contar el médico. No se priva de nada; se ve que está acostumbrado a vivir bien.

—Bueno, si su amante le abandona, encontrará amigos, os lo aseguro. Por eso, mi querido hostelero, no tengáis ninguna inquietud, y continuad teniendo con él todos los cuidados que exige su estado.

—El señor me ha prometido no hablar de la procuradora y no decir una

palabra de la herida.

—Está convenido; tenéis mi palabra.

—¡Oh, es que me mataría!

—No tengáis miedo; no es tan malo como parece.

Al decir estas palabras, D'Artagnan subió la escalera, dejando a su huésped un poco más tranquilo respecto a dos cosas que parecían preocuparle: su deuda y su vida.

En lo alto de la escalera, sobre la puerta más aparente del corredor, había trazado, con tinta negra, un número uno gigantesco; D'Artagnan llamó con un golpe y, tras la invitación a pasar adelante que le vino del interior, entró.

Porthos estaba acostado y jugaba una partida de sacanete con Mosquetón para entretener la mano, mientras un asador

cargado con perdices giraba ante el fuego y en cada rincón de una gran chimenea hervían sobre dos hornillos dos cacerolas de las que salía doble olor a estofado de conejo y a caldereta de pescado que alegraba el olfato. Además, lo alto de un secreter y el mármol de una cómoda estaban cubiertos de botellas vacías.

A la vista de su amigo Porthos lanzó un gran grito de alegría y Mosquetón, levantándose respetuosamente, le cedió el sitio y fue a echar una ojeada a las cacerolas de las que parecía encargase particularmente.

—¡Ah! Pardiez sois vos —dijo Porthos a D'Artagnan—; sed bienvenidos, y excusadme si no voy hasta vos. Pero —añadió mirando a D'Artagnan con cierta inquietud— vos sabéis lo que me ha pasado.

—No.

—¿El hostelero no os ha dicho nada?

—Le he preguntado por vos y he subido inmediatamente.
Porthos pareció respirar con mayor libertad.

—¿Y qué os ha pasado, mi querido Porthos? —continuó D'Artagnan.

—Lo que me ha pasado fue que al lanzarme a fondo sobre mi adversario, a quien ya había dado tres estocadas, y con el que quería acabar de una cuarta, mi pie fue a chocar con una piedra y me torcí una rodilla.

—¿De verdad?

—¡Palabra de honor! Afortunadamente para el tunante, porque no lo habría dejado sino muerto en el sitio, os lo garantizo.

—¿Y qué fue de él?

—¡Oh, no sé nada! Ya tenía bastante, y se marchó sin pedir lo que faltaba; pero a vos, mi querido D'Artagnan, ¿qué os ha pasado?

—¿De modo, mi querido Porthos —continuó D'Artagnan—, que ese esguince os retiene en el lecho?

—¡Ah, Dios mío, sí, eso es todo! Por lo demás, dentro de pocos días ya estaré en pie.

—Entonces, ¿por qué no habéis hecho que os lleven a París? Debéis aburriros cruelmente aquí.

—Era mi intención, pero, querido amigo, es preciso que os confiese una cosa.

—¿Cuál?

—Es que, como me aburría cruelmente, como vos decís, y tenía en mi bolsillo las sesenta y cinco pistolas que vos me habéis dado, para distraerme hice subir a mi cuarto a un gentilhombre que estaba de paso y al cual propuse jugar una partidita de dados. El aceptó y, por mi honor, mis sesenta y cinco pistolas

pasaron de mi bolso al suyo, además de mi caballo, que encima se llevó por añadidura. Pero ¿y vos, mi querido D'Artagnan?

—¿Qué queréis, mi querido Porthos? No se puede ser afortunado en todo

—dijo D'Artagnan—; ya sabéis el proverbio: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores». Sois demasiado afortunado en amores para que el juego no se vengue; pero ¡qué os importan a vos los reveses de la fortuna! ¿No tenéis, maldito pillo que sois, no tenéis a vuestra duquesa, que no puede dejar de venir en vuestra ayuda?

—Pues bien, mi querido D'Artagnan, para que veáis mi mala suerte — respondió Porthos con el aire más desenvuelto del mundo—, le escribí que me enviase cincuenta luises, de los que estaba absolutamente necesitado dada la posición en que me hallaba…

—¿Y?

—Y… no debe estar en sus tierras, porque no me ha contestado.

—¿De veras?

—Sí. Ayer incluso le dirigí una segunda epístola, más apremiante aún que la primera. Pero estáis vos aquí, querido amigo, hablemos de vos. Os confieso que comenzaba a tener cierta inquietud por culpa vuestra.

—Pero vuestro hostelero se ha comportado bien con vos, según parece, mi querido Porthos —dijo D'Artagnan señalando al enfermo las cacerolas llenas y las botellas vacías.

—¡Así, así! —respondió Porthos—. Hace tres o cuatro días que el impertinente me ha subido su cuenta, y yo les he puesto en la puerta, a su cuenta y a él, de suerte que estoy aquí como una especie de vencedor, como una especie de conquistador. Por eso, como veis, temiendo a cada momento ser violentado en mi posición, estoy armado hasta los dientes.

—Sin embargo —dijo riendo D'Artagnan—, me parece que de vez en cuando hacéis salidas.

Y señalaba con el dedo las botellas y las cacerolas.

—¡No yo, por desgracia! —dijo Porthos—. Este miserable esguince me retiene en el lecho; es Mosquetón quien bate el campo y trae víveres. Mosquetón, amigo mío —continuó Porthos—, ya veis que nos han llegado refuerzos, necesitaremos un suplemento de vituallas.

—Mosquetón —dijo D'Artagnan—, tendréis que hacerme un favor.

—¿Cuál, señor?

—Dad vuestra receta a Planchet; yo también podría encontrarme sitiado, y no me molestaría que me hicieran gozar de las mismas ventajas con que vos gratificáis a vuestro amo.

—¡Ay, Dios mío, señor! —dijo Mosquetón con aire modesto—. Nada más fácil. Se trata de ser diestro, eso es todo. He sido educado en el campo, y mi padre, en sus momentos de apuro, era algo furtivo.

—Y el resto del tiempo, ¿qué hacía?

—Señor, practicaba una industria que a mí siempre me ha parecido bastante afortunada.

—¿Cuál?

—Como era en los tiempos de las guerras de los católicos y de los hugonotes, y como él veía a los católicos exterminar a los hugonotes, y a los hugonotes exterminar a los católicos, y todo en nombre de la religión, se había hecho una creencia mixta, lo que le permitía ser tan pronto católico como hugonote. Se paseaba habitualmente, con la escopeta al hombro, detrás de los setos que bordean los caminos, y cuando veía venir a un católico solo, la religión protestante dominaba en su espíritu al punto. Bajaba su escopeta en dirección del viajero; luego, cuando estaba a diez pasos de él, entablaba un diálogo que terminaba casi siempre por al abandono que el viajero hacía de su bolsa para salvar la vida. Por supuesto, cuando veía venir a un hugonote, se sentía arrebatado por un celo católico tan ardiente que no comprendía cómo un cuarto de hora antes había podido tener dudas sobre la superioridad de nuestra santa religión. Porque yo, señor, soy católico; mi padre, fiel a sus principios, hizo a mi hermano mayor hugonote.

—¿Y cómo acabó ese digno hombre? —preguntó D'Artagnan.

—¡Oh! De la forma más desgraciada, señor. Un día se encontró cogido en una encrucijada entre un hugonote y un católico con quienes ya había tenido que vérselas y le reconocieron los dos, de suerte que se unieron contra él y lo colgaron de un árbol; luego vinieron a vanagloriarse del hermoso desatino que habían hecho en la taberna de la primera aldea, donde estábamos bebiendo nosotros, mi hermano y yo.

—¿Y qué hicisteis? —dijo D'Artagnan.

—Les dejamos decir —prosiguió Mosquetón—. Luego, como al salir de la taberna cada uno tomó un camino opuesto, mi hermano fue a emboscarse en el camino del católico, y yo en el del protestante. Dos horas después todo había acabado, nosotros les habíamos arreglado el asunto a cada uno, admirándonos al mismo tiempo de la previsión de nuestro pobre padre, que había tomado la precaución de educarnos a cada uno en una religión diferente.

—En efecto, como decís, Mosquetón, vuestro padre me parece que fue un mozo muy inteligente. ¿Y decís que, en sus ratos perdidos, el buen hombre era furtivo?

—Sí, señor, y fue él quien me enseñó a anudar un lazo y a colocar una caña. Por eso, cuando yo vi que nuestro bribón de hostelero nos alimentaba con un montón de viandas bastas, buenas sólo para patanes, y que no le iban a dos estómagos

tan debilitados como los nuestros, me puse a recordar algo mi antiguo oficio. Al pasearme por los bosques del señor Príncipe, he tendido lazos en las pasadas; y si me tumbaba junto a los estanques de Su Alteza, he dejado deslizar sedas en sus aguas. De suerte que ahora, gracias a Dios, no nos faltan, como el señor puede asegurarse, perdices y conejos, carpas y anguilas, alimentos todos ligeros y sanos, adecuados para los enfermos.

—Pero ¿y el vino? —dijo D'Artagnan—. ¿Quién proporciona el vino?

¿Vuestro hostelero?

—Es decir, sí y no.

—¿Cómo sí y no?

—Lo proporciona él, es cierto, pero ignora que tiene ese honor.

—Explicaos, Mosquetón, vuestra conversación está llena de cosas instructivas.

—Mirad, señor. El azar hizo que yo encontrara en mis peregrinaciones a un español que había visto muchos países, y entre otros el Nuevo Mundo.

—¿Qué relación puede tener el Nuevo Mundo con las botellas que están sobre el secreter y sobre esa cómoda?

—Paciencia, señor, cada cosa a su tiempo.

—Es justo, Mosquetón; a vos me remito y escucho.

—Ese español tenía a su servicio un lacayo que le había acompañado en su viaje a México. El tal lacayo era compatriota mío, de suerte que pronto nos hicimos amigos, tanto más rápidamente cuanto que entre nosotros había grandes semejanzas de carácter. Los dos amamos la caza por encima de todo, de suerte que me contaba cómo, en las llanuras de las pampas, los naturales del país cazan al tigre y los toros con simples nudos corredizos que lanzan al cuello de esos terribles animales. Al principio yo no podía creer que se llegase a tal grado de destreza, de lanzar a veinte o treinta pasos el extremo de una cuerda donde se quiere; pero ante las pruebas había que admitir la verdad del relato. Mi amigo colocaba una botella a treinta pasos, y a cada golpe, cogía el gollete en un nudo corredizo. Yo me dediqué a este ejercicio, y como la naturaleza me ha dotado de algunas facultades, hoy lanzo el lazo tan bien como cualquier hombre del mundo. ¿Comprendéis ahora? Nuestro hostelero tiene una cava muy bien surtida, pero no deja un momento la llave; sólo que esa cava tiene un tragaluz. Y por ese tragaluz yo lanzo el lazo, y como ahora ya sé dónde está el buen rincón, lo voy sacando. Así es, señor, como el Nuevo Mundo se encuentra en relación con las botellas que hay sobre esa cómoda y sobre ese secreter. Ahora, gustad nuestro vino y sin prevención decidnos lo que pensáis de él.

—Gracias, amigo mío, gracias; desgraciadamente acabo de desayunar.

—¡Y bien! —dijo Porthos—. Ponte a la mesa, Mosquetón, y mientras nosotros desayunamos, D'Artagnan nos contará lo que ha sido de él desde hace ocho días que nos dejó.

—De buena gana —dijo D'Artagnan.

Mientras Porthos y Mosquetón desayunaban con apetito de convalecientes y con esa cordialidad de hermanos que acerca a los hombres en la desgracia, D'Artagnan contó cómo Aramis, herido, había sido obligado a detenerse en Crèvecceur, cómo había dejado a Athos debatirse en Amiens entre las manos de cuatro hombres que lo acusaban de monedero falso, y cómo él, D'Artagnan, se había visto obligado a pasar por encima del vientre del conde de Wardes para llegar a Inglaterra.

Pero ahí se detuvo la confidencia de D'Artagnan; anunció solamente que a su regreso de Gran Bretaña había traído cuatro caballos magníficos, uno para él y otro para cada uno de sus tres compañeros; luego terminó anunciando a Porthos que el que le estaba destinado se hallaba instalado en las cuadras del hostal.

En aquel momento entró Planchet; avisaba a su amo de que los caballos

habían descansado suficientemente y que sería posible ir a dormir a Clermont.

Como D'Artagnan se hallaba más o menos tranquilo respecto a Porthos, y como esperaba con impaciencia tener noticias de sus otros dos amigos, tendió la mano al enfermo y le previno de que se pusiera en ruta para continuar sus búsquedas. Por lo demás, como contaba con volver por el mismo camino, si en siete a ocho días Porthos estaba aún en el hostal del Grand Saint Martin, lo recogería al pasar.

Porthos respondió que con toda probabilidad su esguince no le permitiría alejarse de allí. Además, tenía que quedarse en Chantilly para esperar una respuesta de su duquesa.

D'Artagnan le deseó una recuperación pronta y buena; y después de haber recomendado de nuevo Porthos a Mosquetón, y pagado su gasto al hostelero se puso en ruta con Planchet, ya desembarazado de uno de los caballos de mano.

CAPÍTULO XXVI

La tesis de Aramis

D’Artagnan no había dicho a Porthos nada de su herida ni de su procuradora. Era nuestro bearnés un muchacho muy prudente, aunque fuera joven. En consecuencia, había fingido creer todo lo que le había contado el glorioso mosquetero, convencido de que no hay amistad que soporte un secreto sorprendido, sobre todo cuando este secreto afecta al orgullo; además, siempre se tiene cierta superioridad moral sobre aquellos cuya vida se sabe.

Y D’Artagnan, en sus proyectos de intriga futuros, y decidido como estaba a hacer de sus tres compañeros los instrumentos de su fortuna, D’Artagnan no estaba molesto por reunir de antemano en su mano los hilos invisibles con cuya ayuda contaba dirigirlos.

Sin embargo, a lo largo del camino, una profunda tristeza le oprimía el corazón; pensaba en aquella joven y bonita señora Bonacieux, que debía pagarle el precio de su adhesión; pero, apresurémonos a decirlo, aquella tristeza en el joven provenía no tanto del pesar de su felicidad perdida cuanto de la inquietud que experimentaba porque le pasase algo a aquella pobre mujer. Para él no había ninguna duda: era víctima de una venganza del cardenal y, como se sabe, las venganzas de Su

Eminencia eran terribles. Cómo había encontrado él gracia a los ojos del ministro, es lo que él mismo ignoraba y sin duda lo que le hubiese revelado el señor de Cavois si el capitán de los guardias le hubiera encontrado en su casa.

Nada hace marchar al tiempo ni abrevia el camino como un pensamiento que absorbe en sí mismo todas las facultades del organismo de quien piensa. La existencia exterior parece entonces un sueño cuya ensoñación es ese pensamiento. Gracias a su influencia, el tiempo no tiene medida, el espacio no tiene distancia. Se parte de un lugar y se llega a otro, eso es todo. Del intervalo recorrido nada queda presente a vuestro recuerdo más que una niebla vaga en la que se borran mil imágenes confusas de árboles, de montañas y de paisajes. Fue así, presa de una alucinación, como D'Artagnan franqueó, al trote que quiso tomar su caballo, las seis a ocho leguas que separan Chantilly de Crèvecceur, sin que al llegar a esta ciudad se acordase de nada de lo que había encontrado en su camino.

Sólo allí le volvió la memoria, movió la cabeza, divisó la taberna en que había dejado a Aramis y, poniendo su caballo al trote, se detuvo en la puerta.

Aquella vez no fue un hostelero, sino una hostelera quien lo recibió; D'Artagnan era fisonomista, envolvió de una ojeada la gruesa cara alegre del ama del lugar, y comprendió que no

había necesidad de disimular con ella ni había nada que temer de parte de una fisonomía tan alegre.

—Mi buena señora —le preguntó D’Artagnan—, ¿podríais decirme qué ha sido de uno de mis amigos, a quien nos vimos forzados a dejar aquí hace una docena de días?

—¿Un guapo joven de veintitrés a veinticuatro años, dulce, amable, bien hecho?

—¿Y además herido en un hombro?

—Eso es.

—Precisamente.

—Pues bien, señor sigue estando aquí.

—¡Bien, mi querida señora! —dijo D’Artagnan poniendo pie en tierra y lanzando la brida de su caballo al brazo de Planchet—. Me devolvéis la vida.

¿Dónde está mi querido Aramis, para que lo abrace? Porque, lo confieso, tengo prisa por volverlo a ver.

—Perdón, señor, pero dudo de que pueda recibiros en este momento.

—¿Y eso por qué? ¿Es que está con una mujer?

—¡Jesús! ¡No digáis eso! ¡El pobre muchacho! No, señor, no está con una mujer.

—Pues, ¿con quién entonces?

—Con el cura de Montdidier y el superior de los jesuitas de Amiens.

—¡Dios mío! —exclamó D'Artagnan—. El pobre muchacho está peor.

—No, señor, al contrario; pero a consecuencia de su enfermedad, la gracia le ha tocado y está decidido a entrar en religión.

—Es justo —dijo D'Artagnan—, había olvidado que no era mosquetero más que por ínterin.

—¿El señor insiste en verlo?

—Más que nunca.

—Pues bien, el señor no time más que tomar la escalera de la derecha en el patio, en el segundo, número cinco.

D'Artagnan se lanzó en la dirección indicada y encontró una de esas escaleras exteriores como las que todavía vemos hoy en los patios de los antiguos albergues. Pero no se llegaba así donde el futuro abad; el paso a la habitación de Aramis estaba guardado ni más ni menos que como los jardines de Armida; Bazin estaba en el corredor y le impidió el paso con tanta mayor intrepidez cuanto que, tras muchos años de pruebas, Bazin se veía por fin a punto de llegar al resultado que eternamente había ambicionado.

En efecto, el sueño del pobre Bazin había sido siempre el de servir a un hombre de iglesia, y esperaba con impaciencia el momento siempre entrevisto en el futuro en que Aramis tiraría por fin la casaca a las ortigas para tomar la sotana. La promesa renovada cada día por el joven de que el momento no podía tardar era lo único que lo había retenido al servicio del mosquetero, servicio en el cual, según decía, no podía dejar de perder su alma.

Bazin estaba, pues, en el colmo de la alegría. Según toda probabilidad, aquella vez su maestro no se desdiría. La reunión del dolor físico con el dolor moral había producido el efecto tanto tiempo deseado: Aramis, sufriendo a la vez del cuerpo y del alma, había posado por fin sus ojos y su pensamiento en la religión, y había considerado como una advertencia del cielo el doble accidente que le había ocurrido, es decir, la desaparición súbita de su amante y su herida en el hombro.

Se comprende que en la disposición en que se encontraba nada podía ser más desagradable para Bazin que la llegada de D’Artagnan, que podía volver a arrojar a su amo en el torbellino de las ideas mundanas que lo habían arrastrado durante tanto tiempo. Resolvió, pues, defender bravamente la puerta; y como, traicionado por la dueña del albergue, no podía decir que Aramis estaba ausente, trato de probar al recién llegado que sería el colmo de la indiscreción molestar a su amo durante la piadosa conferencia que había entablado desde la mañana y que, a decir de Bazin, no podía terminar antes de la noche.

Pero D'Artagnan no tuvo en cuenta para nada el elocuente discurso de maese Bazin, y como no se preocupaba de entablar polémica con el criado de su amigo, lo apartó simplemente con una mano y con la otra giró el pomo de la puerta número cinco.

La puerta se abrió y D'Artagnan penetró en la habitación.

Aramis, con un gabán negro, con la cabeza aderezada con una especie de tocado redondo y plano que no se parecía demasiado a un gorro estaba sentado ante una mesa oblonga cubierta de rollos de papel y de enormes infolios; a su derecha estaba sentado el superior de los jesuitas y a su izquierda el cura de Montdidier. Las cortinas estaban echadas a medias y no dejaban penetrar más que una luz misteriosa, aprovechada para una plácida ensoñación. Todos los objetos mundanos que pueden sorprender a la vista cuando se entra en la habitación de un joven, y sobre todo cuando ese joven es mosquetero, habían desaparecido como por encanto; y por miedo, sin duda, a que su vista no volviese a llevar a su amo a las ideas de este mundo, Bazin se había apoderado de la espada, las pistolas, el sombrero de pluma, los brocados y las puntillas de todo género y toda especie.

En su lugar y sitio D'Artagnan creyó vislumbrar en un rincón oscuro como una forma de disciplina colgada de un clavo de la pared.

Al ruido que hizo D'Artagnan al abrir la puerta, Aramis alzó la cabeza y reconoció a su amigo. Pero para gran asombro del joven, su vista no pareció producir gran impresión en el mosquetero, tan apartado estaba su espíritu de las cosas de la tierra.

—Buenos días, querido D'Artagnan —dijo Aramis—; creed que me alegro de veros.

—Y yo también —dijo D'Artagnan—, aunque todavía no esté muy seguro de que sea a Aramis a quien hablo.

—Al mismo, amigo mío, al mismo; pero ¿qué os ha podido hacer dudar?

—Tenía miedo de equivocarme de habitación, y he creído entrar en la habitación de algún hombre de iglesia; luego, otro error se ha apoderado de mí al encontraros en compañía de estos señores: que estuvieseis gravemente enfermo.

Los dos hombres negros lanzaron sobre D'Artagnan, cuya intención comprendieron, una mirada casi amenazadora; pero D'Artagnan no se inquietó por ella.

—Quizá os molesto, mi querido Aramis —continuó D'Artagnan— porque, por lo que veo, estoy tentado de creer que os confesáis a estos señores.

Aramis enrojeció perceptiblemente.

—¿Vos molestarme? ¡Oh! Todo lo contrario, querido amigo, os lo juro; y como prueba de lo que digo, permitidme que me alegre de veros sano y salvo.

«¡Ah, por fin se acuerda! —pensó D'Artagnan—. No va mal la cosa».

—Porque el señor, que es mi amigo, acaba de escapar a un rudo peligro — continuó Aramis con unción, señalando con la mano a D'Artagnan a los dos eclesiásticos.

—Alabad a Dios, señor —respondieron éstos inclinándose al unísono.

—No he dejado de hacerlo, reverendos —respondió el joven devolviéndoles a su vez el saludo.

—Llegáis a propósito, querido D'Artagnan —dijo Aramis—, y vos vais a iluminarnos, tomando parte en la discusión, con vuestras luces. El señor principal de Amiens, el señor cura de Montdidier y yo, argumentamos sobre ciertas cuestiones teológicas cuyo interés nos cautiva desde hace tiempo; yo estaría encantado de contar con vuestra opinión.

—La opinión de un hombre de espada carece de peso — respondió D'Artagnan, que comenzaba a inquietarse por el giro que tomaban las cosas

—, y vos podéis ateneros, creo yo, a la ciencia de estos señores.

Los dos hombres negros saludaron a su vez.

—Al contrario —prosiguió Aramis—, y vuestra opinión nos será preciosa. He aquí de lo que se trata: el señor principal cree que mi tesis debe ser sobre todo dogmática y didáctica.

—¡Vuestra tesis! ¿Hacéis, pues, una tesis?

—Por supuesto —respondió el jesuita—; para el examen que precede a la ordenación, es de rigor una tesis.

—¡La ordenación! —exclamó D'Artagnan, que no podía creer en lo que le habían dicho sucesivamente la hostelera y Bazin—. ¡La ordenación!

Y paseaba sus ojos estupefactos sobre los tres personajes que tenía delante de sí.

—Ahora bien —continuó Aramis tomando en su butaca la misma pose graciosa que hubiera tornado de estar en una callejuela, y examinando con complacencia su mano Blanca y regordeta como mano de mujer, que tenía en el aire para hacer bajar la sangre—; ahora bien, como habéis oído, D'Artagnan, el señor principal quisiera que mi tesis fuera dogmática, mientras que yo querría que fuese ideal. Por eso es por lo que el señor principal me proponía ese punto que no ha sido aún tratado, en el cual reconozco que hay materia para desarrollos magníficos:

«Utraque manus in benedicendo clericis inferioribus necessaria est».

D’Artagnan, cuya erudición conocemos, no parpadeó ante esta cita más de lo que había hecho el señor de Tréville a propósito de los presentes que pretendía D’Artagnan haber recibido del señor de Buckingham.

—Lo cual quiere decir —prosiguió Aramis para facilitarle las cosas—: las dos manos son indispensables a los sacerdotes de órdenes inferiores cuando dan la bendición.

—¡Admirable tema! —exclamó el jesuita.

—¡Admirable y dogmático! —repitió el cura, que de igual fuerza aproximadamente que D’Artagnan en latín, vigilaba cuidadosamente al jesuita para pisarle los talones y repetir sus palabras como un eco.

En cuanto a D’Artagnan, permaneció completamente indiferente al entusiasmo de los dos hombres negros.

—¡Sí, admirable! ¡Prorsus admirabile! —continuó Aramis—. Pero exige un estudio en profundidad de los Padres de la Iglesia y de las Escrituras. Ahora bien, yo he confesado a estos sabios eclesiásticos, y ello con toda humildad, que las vigilias de los cuerpos de guardia y el servicio del rey me habían hecho descuidar algo el estudio. Me encontraría, pues, más a mi gusto, facilius natans, en un tema de mi elección, que sería a esas rudas cuestiones teológicas lo que la moral es a la metafísica en filosofía.

D’Artagnan se aburría profundamente, el cura también.

—¡Ved qué exordio! —exclamó el jesuita.

—Exordium —repitió el cura por decir algo.

—Quemadmodum inter coelorum inmensitatem.

Aramis lanzó una ojeada hacia el lado de D'Artagnan y vio que su amigo bostezaba hasta desencajarse la mandíbula.

—Hablemos francés, padre mío —le dijo al jesuita—. El señor D'Artagnan gustará con más viveza de nuestras palabras.

—Sí, yo estoy cansado de la ruta —dijo D'Artagnan—, y todo ese latín se me escapa.

—De acuerdo —dijo el jesuita un poco despechado, mientras el cura, transportado de gozo, volvía hacia D'Artagnan una mirada llena de agradecimiento—; bien, ved el partido que se sacaría de esa glosa.

—Moisés, servidor de Dios… no es más que servidor, oídlo bien. Moisés bendice con las manos; se hace sostener los dos brazos, mientras los hebreos baten a sus enemigos; por tanto, bendice con las dos manos. Además que el

Evangelio dice: Imponite manus, y no monum; imponed las manos, y no la mano.

—Imponed las manos —repitió el cura haciendo un gesto.

—Por el contrario, a San Pedro, de quien los papas son sucesores — continuó el jesuita—, Porrigite digitos. Presentad los dedos, ¿estáis ahora?

—Ciertamente —respondió Aramis lleno de delectación—, pero el asunto es sutil.

—¡Los dedos! —prosiguió el jesuita—. San Pedro bendice con los dedos. El papa bendice por tanto con los dedos también. Y ¿con cuántos dedos bendice? Con tres dedos: uno para el Padre, otro para el Hijo y otro para el Espíritu Santo.

Todo el mundo se persignó; D’Artagnan se creyó obligado a imitar aquel ejemplo.

—El papa es sucesor de San Pedro y representa los tres poderes divinos; el resto, ordines inferiores de la jerarquía eclesiástica, bendice en el nombre de los santos arcángeles y ángeles. Los clérigos más humildes, como nuestros diáconos y sacristanes, bendicen con los hisopos, que simulan un número indefinido de dedos bendiciendo. Ahí tenéis el tema simplificado, argumentum omni denudatum ornamento. Con eso yo haría — continuó el jesuita— dos volúmenes del tamaño de éste.

Y en su entusiasmo, golpeaba sobre el San Crisóstomo infolio que hacía doblarse la mesa bajo su peso.

D’Artagnan se estremeció.

—Por supuesto —dijo Aramis—, hago justicia a las bellezas de semejante tesis, pero al mismo tiempo admito que es

abrumadora para mí. Yo había escogido este texto: decidme, querido D'Artagnan, si no es de vuestro gusto: Non inutile est desiderium in oblatione, o mejor aún: Un poco de pesadumbre no viene mal en una ofrenda al Señor.

—¡Alto ahí! —exclamó el jesuita—. Esa tesis roza la herejía; hay una proposición casi semejante en el Augustinus del heresiarca Jansenius, cuyo libro antes o después será quemado por manos del verdugo. Tened cuidado, mi joven amigo; os inclináis, mi joven amigo, hacia las falsas doctrinas; os perderéis.

—Os perderéis —dijo el cura moviendo dolorosamente la cabeza.

—Tocáis en ese famoso punto del libre arbitrio que es un escollo mortal. Abordáis de frente las insinuaciones de los pelagianos y de los semipelagianos.

—Pero, reverendo… —repuso Aramis algo aturullado por la lluvia de argumentos que se le venía encima.

—¿Cómo probaréis —continuó el jesuita sin darle tiempo a hablar— que se debe echar de menos el mundo que se ofrece a Dios? Escuchad este dilema: Dios es Dios, y el mundo es el diablo. Echar de menos al mundo es echar de menos al diablo; ahí tenéis mi conclusión.

—Es la mía también —dijo el cura.

—Pero, por favor… —dijo Aramis.

—¡Desideras diabolum, desgraciado! —exclamó el jesuita.

—¡Echa de menos al diablo! Ah, mi joven amigo —prosiguió el cura gimiendo—, no echéis de menos al diablo, soy yo quien os lo suplica.

D'Artagnan creía volverse idiota; le parecía estar en una casa de locos y que iba a terminar loco como los que veía. Sólo que estaba forzado a callarse por no comprender nada de la lengua que se hablaba ante él.

—Pero escuchadme —prosiguió Aramis con una cortesía bajo la que comenzaba a apuntar un poco de impaciencia—; yo no digo que eche de menos; no, yo no pronunciaría jamás esa frase, que no sería ortodoxa…

El jesuita levantó los brazos al cielo y el cura hizo otro tanto.

—No, pero convenid al menos que no admite perdón ofrecer al Señor aquello de lo que uno está completamente harto. ¿Tengo yo razón, D'Artagnan?

—¡Yo así lo creo! —exclamó éste.

El cura y el jesuita dieron un salto sobre sus sillas.

—Aquí tenéis mi punto de partida, es un silogismo: el mundo no carece de atractivos, dejo el mundo; por tanto hago un sacrificio; ahora bien, la Escritura dice positivamente: Haced un sacrificio al Señor.

—Eso es cierto —dijeron los antagonistas.

—Y además —continuó Aramis pellizcándose la oreja para volverla roja, de igual modo que agitaba las manos para volverlas blancas—, además he hecho cierto rondel que le comuniqué al señor Voiture el año pasado, y sobre el cual ese gran hombre me hizo mil cumplidos.

—¡Un rondel! —dijo desdeñosamente el jesuita.

—¡Un rondel! —dijo maquinalmente el cura.

—Decidlo, decidlo —exclamó D'Artagnan—; cambiará un poco las cosas.

—No, porque es religioso —respondió Aramis—, y es teología en verso.

—¡Diablos! —exclamó D'Artagnan.

—Helo aquí —dijo Aramis con aire modesto que no estaba exento de cierto tinte de hipocresía:

Los que un pasado lleno de encantos lloráis, y pasáis días desgraciados,

todas vuestras desgracias habrán terminado, cuando sólo a Dios vuestras lágrimas ofrezcáis, vosotros, los que lloráis.

D'Artagnan y el cura parecieron halagados. El jesuita persistió en su opinión.

—Guardaos del gusto profano en el estilo teológico. ¿Qué dice en efecto San Agustín? Severus sit clericorum sermo.

—¡Sí, que el sermón sea claro! —dijo el cura.

—Pero —se apresuró a añadir el jesuita viendo que su acólito se desviaba

—, vuestra tesis agradará a las damas, eso es todo; tendrá el éxito de un alegato de maese Patru.

—¡Ruega a Dios! —exclamó Aramis transportado.

—Ya lo veis —exclamó el jesuita—, el mundo habla todavía en vos en voz alta, altissima voce. Seguís al mundo, mi joven amigo, y tiemblo porque la gracia no sea eficaz.

—Tranquilizaos, reverendo, respondo de mí.

—¡Presunción mundana!

—¡Me conozco, padre mío, mi resolución es irrevocable!

—Entonces, ¿os obstináis en seguir con esa tesis?

—Me siento llamado a tratar esa tesis, y no otra; voy, pues, a continuarla, y mañana espero que estaréis satisfecho de las correcciones que haré según vuestros consejos.

—Trabajad lentamente —dijo el cura—, os dejamos en disposiciones excelentes.

—Sí, el terreno está completamente sembrado —dijo el jesuita—, y no tenemos que temer que una parte del grano haya caído sobre la piedra, otra al lado del camino, y que los pájaros del cielo hayan comido el resto, aves coeli comederunt illam.

—¡Que la peste lo ahogue con tu latín! —dijo D'Artagnan, que se sentía en el límite de sus fuerzas.

—Adiós, hijo mío —dijo el cura—, hasta mañana.

—Hasta mañana, joven temerario —dijo el jesuita—; prometéis ser una de las lumbreras de la Iglesia; ¡quiera el cielo que esa luz no sea un fuego devorador!

D'Artagnan, que durante una hora se había mordido las uñas de impaciencia, empezaba a atacar la carne.

Los dos hombres negros se levantaron, saludaron a Aramis y a D'Artagnan, y avanzaron hacia la puerta. Bazin, que se había quedado de pie y que había escuchado toda aquella controversia con un piadoso júbilo, se lanzó hacia ellos, tomó el breviario del cura, el misal del jesuita y caminó respetuosamente delante de ellos para abrirles paso.

Aramis los condujo hasta el comienzo de la escalera y volvió a subir junto a D'Artagnan, que seguía pensando.

Una vez solos, los dos amigos guardaron primero un silencio embarazoso; sin embargo era preciso que uno de ellos rompiese a hablar, y como D'Artagnan parecía decidido a dejar este honor a su amigo:

—Ya lo veis —dijo Aramis—, me encontráis vuelto a mis ideas fundamentales.

—Sí, la gracia eficaz os ha tocado, como decía ese señor hace un momento.

—¡Oh! Estos planes de retiro están hechos hace mucho tiempo; y vos ya me habíais oído hablar, ¿no es eso, amigo mío?

—Claro, pero confieso que creí que bromeabais.

—¡Con esa clase de cosas! ¡Vamos, D'Artagnan!

—¡Maldita sea! También se bromea con la muerte.

—Y se comete un error, D'Artagnan, porque la muerte es la puerta que conduce a la perdición o a la salvación.

—De acuerdo, pero si os place, no teologicemos, Aramis; debéis tener bastante para el resto del día; en cuanto a mí, yo he olvidado el poco latín que jamás supe; además debo confesaros que no he comido nada desde esta mañana a las diez, y que tengo un hambre de todos los diablos.

—Ahora mismo comeremos, querido amigo; sólo que, como sabéis, es viernes, y en un día así yo no puedo ver ni comer carne. Si queréis contentaros con mi comida... se compone de tetrágonos cocidos y fruta.

—¿Qué entendéis con tetrágonos? —preguntó D'Artagnan con inquietud.

—Entiendo espinacas —repuso Aramis—; pero para vos añadiré huevos, y es una grave infracción de la regla, porque los huevos son carne, dado que engendran el pollo.

—Ese festín no es suculento, pero no importa; por estar con vos, lo sufriré.

—Os quedo agradecido por el sacrificio —dijo Aramis—; pero si no aprovecha a nuestro cuerpo, aprovechará, estad seguro, a vuestra alma.

—O sea que, decididamente, Aramis, entráis en religión. ¿Qué van a decir nuestros amigos, qué va a decir el señor de Tréville? Os tratarán de desertor, os prevengo.

—Yo no entro en religión, vuelvo a ella. Es de la iglesia de la que había desertado por el mundo, porque como sabéis tuve que violentarme para tomar la casaca de mosquetero.

—Yo no sé nada.

—¿Ignoráis vos cómo dejé el seminario?

—Completamente.

—Aquí tenéis mi historia; por otra parte las Escrituras dicen: «Confesaos los unos a los otros», y yo me confieso a vos, D'Artagnan.

—Y yo os doy la absolución de antemano, ya veis que soy bueno.

—No os burléis de las cosas santas, amigo mío.

—Vamos hablad, hablad, os escucho.

—Yo estaba en el seminario desde la edad de nueve años, y dentro de tres días iba a cumplir veinte, iba a ser abate y todo

estaba dicho. Una tarde en que estaba, según mi costumbre, en una casa que frecuentaba con placer (uno es joven, ¡qué queréis, somos débiles!), un oficial que me miraba con ojos celosos leer las Vidas de los santos a la dueña de la casa, entró de pronto y sin ser anunciado. Precisamente aquella tarde yo había traducido un episodio de Judith y acababa de comunicar mis versos a la dama que me hacía toda clase de cumplidos e, inclinada sobre mi hombro, los releía conmigo. La postura, que quizá era algo abandonada, lo confieso, molestó al oficial; no dijo nada, pero cuando yo salí, salió detrás de mí y al alcanzarme dijo: «Señor abate, ¿os gustan los bastonazos?» «No puedo decirlo, señor, respondí, porque nadie ha osado nunca dármelos». «Pues bien, escuchadme, señor abate, si volvéis a la casa en que os he encontrado esta tarde, yo osaré». Creo que tuve miedo, me puse muy pálido, sentí que las piernas me abandonaban, busqué una respuesta que no encontré, me callé. El oficial esperaba aquella respuesta y, viendo que tardaba, se puso a reír, me volvió la espalda y volvió a entrar en la casa. Yo

volví al seminario. Soy buen gentilhombre y tengo la sangre ardiente, como habéis podido observar, mi querido D'Artagnan; el insulto era terrible, y por desconocido que hubiera quedado para el resto del mundo, yo lo sentía vivir y removerse en el fondo de mi corazón. Declaré a mis superiores que no me sentía suficientemente preparado para la ordenación, y a petición mía

se pospuso la ceremonia por un año. Fui en busca del mejor maestro de armas de París, quedé de acuerdo con él para tomar una lección de esgrima cada día, y durante un año tome aquella lección. Luego, el aniversario de aquél en que había sido insultado, colgué mi sotana de un clavo, me puse un traje completo de caballero y me dirigí a un baile que daba una dama amiga mía, donde yo sabía que debía encontrarse mi hombre. Era en la calle des Francs-Burgeois, al lado de la Force. En efecto, mi oficial estaba allí, me acerqué a él, que cantaba un lai de amor mirando tiernamente a una mujer, y le interrumpí en medio de la segunda estrofa. «Señor, ¿os sigue desagradando que yo vuelva a cierta casa de la calle Payenne, y volveréis a darme una paliza si me entra el capricho de desobedeceros?». El oficial me miró con asombro, luego me dijo: «¿Qué queréis, señor? No os conozco». «Soy —le respondí— el pequeño abate que lee las Vidas de santos y que traduce Judith en verso». «¡Ah, ah! Ya me acuerdo —dijo el oficial con sorna—. ¿Qué queréis?» «Quisiera que tuvierais tiempo suficiente para dar una vuelta paseando conmigo». «Mañana por la mañana, si queréis, y será con el mayor placer». «Mañana por la mañana, no; si os place, ahora mismo». «Si lo exigís…» «Pues sí, lo exijo». «Entonces, salgamos. Señoras —dijo el oficial—, no os molestéis. El tiempo de matar al señor solamente y vuelvo para acabaros la última estrofa». Salimos. Yo le llevé a la calle Payenne justo al lugar en que un año antes a aquella misma hora me había hecho el cumplido que os he relatado.

Hacía un claro de luna soberbio. Sacamos las espadas y, al primer encuentro, le deje en el sitio.

—¡Diablos! —exclamó D'Artagnan.

—Pero —continuó Aramis— como las damas no vieron volver a su cantor y se le encontró en la calle Payenne con una gran estocada atravesándole el cuerpo, se pensó que había sido yo porque lo había aderezado así, y el asunto terminó en escándalo. Me vi obligado a renunciar por algún tiempo a la sotana. Athos, con quien hice conocimiento en esa época, y Porthos, que me había enseñado, además de algunas lecciones de esgrima, algunas estocadas airosas, me decidieron a pedir una casaca de mosquetero. El rey había apreciado mucho a mi padre, muerto en el sitio de Arras, y me concedieron esta casaca. Como comprenderéis hoy ha llegado para mí el momento de volver al seno de la Iglesia.

—¿Y por qué hoy en vez de ayer o de mañana? ¿Qué os ha pasado hoy que os da tan malas ideas?

—Esta herida, mi querido D'Artagnan, ha sido para mí un aviso del cielo.

—¿Esta herida? ¡Bah, está casi curada y estoy seguro de que no es ella la que más os hace sufrir!

—¿Cuál entonces? —preguntó Aramis enrojeciendo.

—Tenéis una en el corazón, Aramis, unas más viva y más sangrante, una herida hecha por una mujer.

Los ojos de Aramis destellaron a pesar suyo.

—¡Ah! —dijo disimulando su emoción bajo una fingida negligencia—. No habléis de esas cosas. ¡Pensar yo en eso! ¡Tener yo penas de amor! ¡Vanitas vanitatum! Me habría vuelto loco, en vuestra opinión. ¿Y por quién? Por alguna costurerilla, por alguna doncella a quien habría hecho la corte en alguna guarnición. ¡Fuera!

—Perdón, mi querido Aramis, pero yo creía que apuntabais más alto.

—¿Más alto? ¿Y quién soy yo para tener tanta ambición? ¡Un pobre mosquetero muy bribón y muy oscuro que odia las servidumbres y se encuentra muy desplazado en el mundo!

—¡Aramis, Aramis! —exclamó D'Artagnan mirando a su amigo con aire de duda.

—Polvo, vuelvo al polvo. La vida está llena de humillaciones y de dolores

—continuó ensombreciéndose—; todos los hilos que la atan a la felicidad se rompen una vez tras otra en la mano del hombre, sobre todo los hilos de oro.

¡Oh, mi querido D'Artagnan! —prosiguió Aramis dando a su vez un ligero tinte de amargura—. Creedme, ocultad bien vuestras heridas cuando las tengáis. El silencio es la última alegría de los

desgraciados; guardaos de poner a alguien, quienquiera que sea, tras la huella de vuestros dolores; los curiosos empapan nuestras lágrimas como las moscas sacan sangre de un gamo herido.

—¡Ay, mi querido Aramis! —dijo D'Artagnan lanzando a su vez un profundo suspiro—. Es mi propia historia la que aquí resumís.

—¿Cómo?

—Sí, una mujer a la que amaba, a la que adoraba, acaba de serme raptada a la fuerza. Yo no sé dónde está, dónde la han llevado; quizá esté prisionera, quizá esté muerta.

—Pero vos al menos tenéis el consuelo de deciros que no os ha abandonado voluntariamente; que si no tenéis noticias suyas es porque toda comunicación con vos le está prohibida, mientras que…

—Mientras que…

—Nada —respondió Aramis—, nada.

—De modo que renunciáis al mundo; ¿es una decisión tomada, una resolución firme?

—Para siempre. Vos sois mi amigo, mañana no seréis para mí más que una sombra; o mejor aún, no existiréis. En cuanto al mundo, es un sepulcro y nada más.

—¡Diablos! Es muy triste lo que me decís.

—¿Qué queréis? Mi vocación me atrae, ella me lleva. D'Artagnan sonrió y no respondió nada. Aramis continuó:

—Y sin embargo, mientras permanezco en la tierra, habría querido hablar de vos, de nuestros amigos.

—Y yo —dijo D'Artagnan— habría querido hablaros de vos mismo, pero os veo tan separado de todo; los amores los habéis despechado; los amigos, son sombras; el mundo es un sepulcro.

—¡Ay! Vos mismo podréis verlo —dijo Aramis con un suspiro.

—No hablemos, pues, más —dijo D'Artagnan—, y quememos esta carta que, sin duda, os anunciaba alguna nueva infelicidad de vuestra costurerilla o de vuestra doncella.

—¿Qué carta? —exclamó vivamente Aramis.

—Una carta que había llegado a vuestra casa en vuestra ausencia y que me han entregado para vos.

—¿Pero de quién es la carta?

—¡Ah! De alguna doncella afligida, de alguna costurerilla desesperada; la doncella de la señora de Chevreuse quizá, que se habrá visto obligada a volver a Tours con su ama y que para dárselas de peripuesta habrá cogido papel perfumado y habrá sellado su carta con una corona de duquesa.

—¿Qué decís?

—¡Vaya, la habré perdido! —dijo hipócritamente el joven fingiendo buscarla—. Afortunadamente el mundo es un sepulcro y por tanto las mujeres son sombras, y el amor un sentimiento al que decís ¡fuera!

—¡Ah, D'Artagnan, D'Artagnan! —exclamó Aramis—. Me haces morir.

—Bueno, aquí está —dijo D'Artagnan. Y sacó la carta de su bolsillo.

Aramis dio un salto, cogió la carta, la leyó o, mejor, la devoró; su rostro resplandecía.

—Parece que la doncella tiene un hermoso estilo —dijo indolentemente el mensajero.

—Gracias, D'Artagnan —exclamó Aramis casi en delirio—. Se ha visto obligada a volver a Tours; no me es infiel, me ama todavía. Ven, amigo mío, ven que te abrace; ¡la dicha me ahoga!

Y los dos amigos se pusieron a bailar en torno del venerable San Crisóstomo, pisoteando buenamente las hojas de la tesis que habían rodado sobre el suelo.

En aquel momento entró Bazin con las espinacas y la tortilla.

—¡Huye, desgraciado! —exclamó Aramis arrojándole su gorra al rostro—. Vuélvete al sitio de donde vienes, llévate esas horribles legumbres y esos horrorosos entremeses. Pide una liebre

mechada, un capón gordo, una pierna de cordero al ajo y cuatro botellas de viejo borgoña.

Bazin, que miraba a su amo y que no comprendía nada de aquel cambio, dejó deslizarse melancólicamente la tortilla en las espinacas, y las espinacas en el suelo.

—Este es el momento de consagrar vuestra existencia al Rey de Reyes — dijo D'Artagnan—, si es que tenéis que hacerle una cortesía: Non inutile desiderium in oblatione.

—¡Idos al diablo con vuestro latín! Mi querido D'Artagnan, bebamos, maldita sea, bebamos mucho, y contadme algo de lo que pasa por ahí.

C A P Í T U L O XXVIII

La mujer de Athos

–Ahora sólo queda saber nuevas de Athos —dijo D'Artagnan al fogoso Aramis, una vez que lo hubo puesto al corriente de lo que había pasado en la capital después de su partida, y mientras una excelente comida hacía olvidar a uno su tesis y al otro su fatiga.

—¿Creéis, pues, que le habrá ocurrido alguna desgracia? —preguntó Aramis—. Athos es tan frío, tan valiente y maneja tan hábilmente su espada…

—Sí, sin duda, y nadie reconoce más que yo el valor y la habilidad de Athos; pero yo prefiero sobre mi espada el choque de las lanzas al de los bastones; temo que Athos haya sido zurrado por el hatajo de lacayos, los criados son gentes que golpean fuerte y que no terminan pronto. Por eso, os lo confieso, quisiera partir lo antes posible.

—Yo trataré de acompañaros —dijo Aramis—, aunque aún no me siento en condiciones de montar a caballo. Ayer ensayé la disciplina que veis sobre ese muro, y el dolor me impidió continuar ese piadoso ejercicio.

—Es que, amigo mío, nunca se ha visto intentar curar un escopetazo a golpes de disciplina; pero estabais enfermo, y la enfermedad debilita la cabeza, lo que hace que os excuse.

—¿Y cuándo partís?

—Mañana, al despuntar el alba; reposad lo mejor que podáis esta noche y mañana, si podéis, partiremos juntos.

—Hasta mañana, pues —dijo Aramis—; porque por muy de hierro que seáis, debéis tener necesidad de reposo.

Al día siguiente, cuando D'Artagnan entró en la habitación de Aramis, lo encontró en su ventana.

—¿Qué miráis ahí? —preguntó D'Artagnan.

—¡A fe mía! Admiro esos tres magníficos caballos que los mozos de cuadra tienen de la brida; es un placer de príncipe viajar en semejantes monturas.

—Pues bien, mi querido Aramis, os daréis ese placer, porque uno de esos caballos es para vos.

—¡Huy! ¿Cuál?

—El que queráis de los tres, yo no tengo preferencia.

—¿Y el rico caparazón que te cubre es mío también?

—Claro.

—¿Queréis reíros, D'Artagnan?

—Yo no río desde que vos habláis francés.

—¿Son para mí esas fundas doradas, esa gualdrapa de terciopelo, esa silla claveteada de plata?

—Para vos, como el caballo que piafa es para mí, y como ese otro caballo que caracolea es para Athos.

—¡Peste! Son tres animales soberbios.

—Me halaga que sean de vuestro gusto.

—¿Es el rey quien os ha hecho ese regalo?

—A buen seguro que no ha sido el cardenal; pero no os preocupéis de dónde vienen, y pensad sólo que uno de los tres es de vuestra propiedad.

—Me quedo con el que lleva el mozo de cuadra pelirrojo.

—¡De maravilla!

—¡Vive Dios! —exclamó Aramis—. Eso hace que se me pase lo que quedaba de mi dolor; me montaría en él con treinta balas en el cuerpo. ¡Ah, por mi alma, qué bellos estribos! ¡Hola! Bazin, ven acá ahora mismo.

Bazin apareció, sombrío y lánguido, en el umbral de la puerta.

—¡Bruñid mi espada, enderezad mi sombrero de fieltro, cepillad mi capa y cargad mis pistolas! —dijo Aramis.

—Esta última recomendación es inútil —interrumpió D'Artagnan—; hay pistolas cargadas en vuestras fundas.

Bazin suspiró.

—Vamos, maese Bazin, tranquilizaos —dijo D'Artagnan—; se gana el reino de los cielos en todos los estados.

—¡El señor era ya tan buen teólogo! —dijo Bazin casi llorando—. Hubiera llegado a obispo y quizá a cardenal.

—Y bien, mi pobre Bazin, veamos, reflexiona un poco: ¿para qué sirve ser hombre de iglesia, por favor? No se evita con ello ir a hacer la guerra; como puedes ver, el cardenal va a hacer la primera campaña con el casco en la cabeza y la partesana al puño; y el señor de Nagret de La Valette, ¿qué me dices? También es cardenal; pregúntale a su lacayo cuántas veces tiene que vendarle.

—¡Ay! —suspiró Bazin—. Ya lo sé, señor, todo está revuelto en este mundo de hoy.

Durante este tiempo, los dos jóvenes y el pobre lacayo habían descendido.

—Tenme el estribo, Bazin —dijo Aramis.

Y Aramis se lanzó a la silla con su gracia y su ligereza ordinarias; pero tras algunas vueltas y algunas corvetas del noble animal, su caballero se resintió de dolores tan insoportables que palideció y se tambaleó. D'Artagnan, que en previsión de este accidente no lo había perdido de vista, se lanzó hacia él, lo retuvo en sus brazos y lo condujo a su habitación.

—Está bien, mi querido Aramis, cuidaos —dijo—, iré sólo en busca de Athos.

—Sois un hombre de bronce —le dijo Aramis.

—No, tengo suerte, eso es todo; pero ¿cómo vais a vivir mientras me esperáis? Nada de tesis, nada de glosas sobre los dedos y las bendiciones, ¿eh?

Aramis sonrió.

—Haré versos —dijo.

—Sí, versos perfumados al olor del billete de la doncella de la señora de Chevreuse. Enseñad, pues, prosodia a Bazin, eso le consolará. En cuanto al caballo, montadlo todos los días un poco, y eso os habituará a las maniobras.

—¡Oh, por eso estad tranquilo! —dijo Aramis—. Me encontraréis dispuesto a seguiros.

Se dijeron adiós y, diez minutos después, D'Artagnan, tras haber recomendado su amigo a Bazin y a la hostelera, trotaba en dirección de Amiens.

¿Cómo iba a encontrar a Athos? ¿Lo encontraría acaso?

La posición en la que lo había dejado era crítica; bien podía haber sucumbido. Aquella idea, ensombreciendo su frente, le arrancó algunos suspiros y le hizo formular en voz baja algunos juramentos de venganza. De todos sus amigos, Athos era el

mayor y por tanto el menos cercano en apariencia en cuanto a gustos y simpatías.

Sin embargo, tenía por aquel gentilhombre una preferencia notable. El aire noble y distinguido de Athos, aquellos destellos de grandeza que brotaban de vez en cuando de la sombra en que se encerraba voluntariamente, aquella inalterable igualdad de humor que le hacía el compañero más fácil de la tierra, aquella alegría forzada y mordaz, aquel valor que se hubiera llamado ciego si no fuera resultado de la más rara sangre fría, tantas cualidades cautivaban más que la estima, más que la amistad de D'Artagnan, cautivaban su admiración.

En efecto, considerado incluso al lado del señor de Tréville, el elegante cortesano Athos, en sus días de buen humor podía sostener con ventaja la comparación; era de talla mediana, pero esa talla estaba tan admirablemente cuajada y tan bien proporcionada que más de una vez, en sus luchas con Porthos, había hecho doblar la rodilla al gigante cuya fuerza física se había vuelto proverbial entre los mosqueteros; su cabeza, de ojos penetrantes, de nariz recta, de mentón dibujado como el de Bruto, tenía un carácter indefinible de grandeza y de gracia; sus manos, de las que no tenía cuidado alguno, causaban la desesperación de Aramis, que cultivaba las suyas con gran cantidad de pastas de almendras y de aceite perfumado; el sonido de su voz era penetrante y melodioso a la vez, y además, lo que había de indefinible en Athos, que se hacía siempre oscuro y pequeño, era esa ciencia delicada del mundo

y de los usos de la más brillante sociedad, esos hábitos de buena casa que apuntaba como sin querer en sus menores acciones.

Si se trataba de una comida, Athos la ordenaba mejor que nadie en el

mundo, colocando a cada invitado en el sitio y en el rango que le habían conseguido sus antepasados o que se había conseguido él mismo. Si se trataba de la ciencia heráldica, Athos conocía todas las familias nobles del reino, su genealogía, sus alianzas, sus armas y el origen de sus armas. La etiqueta no tenía minucias que le fuesen extrañas, sabía cuáles eran los derechos de los grandes propietarios, conocía a fondo la montería y la halconería y cierto día, hablando de ese gran arte, había asombrado al rey Luis XIII mismo, que, sin embargo, pasaba por maestro de la materia.

Como todos los grandes señores de esa época, montaba a caballo y practicaba la esgrima a la perfección. Hay más: su educación había sido tan poco descuidada, incluso desde el punto de vista de los estudios escolásticos, tan raros en aquella época entre los gentileshombres, que sonreía a los fragmentos de latín que soltaba Aramis y que Porthos fingía comprender; dos o tres veces incluso, para gran asombro de sus amigos, le había ocurrido, cuando Aramis dejaba escapar algún error de rudimento, volver a poner un verbo en su tiempo o un nombre

en su caso. Además, su probidad era inatacable en ese siglo en que los hombres de guerra transigían tan fácilmente con su religión o su conciencia, los amantes con la delicadeza rigurosa de nuestros días y los pobres con el séptimo mandamiento de Dios. Era, pues, Athos un hombre muy extraordinario.

Y sin embargo, se veía a esta naturaleza tan distinguida, a esta criatura tan bella, a esta esencia tan fina, volverse insensiblemente hacia la vida material, como los viejos se vuelven hacia la imbecilidad física y moral. Athos, en sus horas de privación, y esas horas eran frecuentes, se apagaba en toda su parte luminosa, y su lado brillante desaparecía como en una profunda noche.

Entonces, desvanecido el semidiós, se convertía apenas en un hombre. Con la cabeza baja, los ojos sin brillo, la palabra pesada y penosa, Athos miraba durante largas horas bien su botella y su vaso, bien a Grimaud que, habituado a obedecerle por señas, leía en la mirada átona de su señor hasta el menor deseo, que satisfacía al punto. La reunión de los cuatro amigos había tenido lugar en uno de estos momentos: una palabra, escapada con un violento esfuerzo, era todo el contingente que Athos proporcionaba a la conversación. A cambio, Athos solo bebía por cuatro, y esto sin que se notase salvo por un fruncido del ceño más acusado y por una tristeza más profunda.

D'Artagnan, de quien conocemos el espíritu investigador y penetrante, por interés que tuviese en satisfacer su curiosidad sobre el tema, no había podido aún asignar ninguna causa a

aquel marasmo, ni anotar las ocasiones. Jamás Athos recibía cartas, jamás Athos daba un paso que no fuera conocido por todos sus amigos.

No se podía decir que fuera el vino lo que le daba aquella tristeza, porque,

al contrario, sólo bebía para olvidar esta tristeza, que este remedio, como hemos dicho, volvía más sombría aún. No se podía atribuir aquel exceso de humor negro al juego, porque al contrario de Porthos, quien acompañaba con sus cantos o con sus juramentos todas las variaciones de la suerte, Athos, cuando había ganado, permanecía tan impasible como cuando había perdido. Se le había visto, en el círculo de los mosqueteros, ganar una tarde tres mil pistolas y perder hasta el cinturón brocado de oro de los días de gala; volver a ganar todo esto además de cien luises más, sin que su hermosa ceja negra se hubiese levantado o bajado media línea, sin que sus manos perdiesen su matiz nacarado, sin que su conversación, que era agradable aquella tarde, cesase de ser tranquila y agradable.

No era tampoco, como en nuestros vecinos los ingleses, una influencia atmosférica la que ensombrecía su rostro, porque esa tristeza se hacía más intensa por regla general en los días calurosos del año; junio y julio eran los meses terribles de Athos.

Al presente no tenía penas, y se encogía de hombros cuando le hablaban del porvenir; su secreto estaba, pues, en el pasado, como le había dicho vagamente a D'Artagnan.

Aquel tinte misterioso esparcido por toda su persona volvía aún más interesante al hombre cuyos ojos y cuya boca, en la embriaguez más completa, jamás habían revelado nada, sea cual fuere la astucia de las preguntas dirigidas a él.

—¡Y bien! —pensaba D'Artagnan—. El pobre Athos está quizá muerto en este momento, y muerto por culpa mía, porque soy yo quien lo metió en este asunto, cuyo origen él ignoraba, y cuyo resultado ignorará y del que ningún provecho debía sacar.

—Sin contar, señor —respondió Planchet—, que probablemente le debemos la vida. Acordaos cuando gritó: «¡Largaos, D'Artagnan! Me han cogido».

Y después de haber descargado sus dos pistolas, ¡qué ruido terrible hacía con su espada! Se hubiera dicho que eran veinte hombres, o mejor, veinte diablos rabiosos.

Y estas palabras redoblaban el ardor de D'Artagnan, que aguijoneaba a su caballo, el cual sin necesidad de ser aguijoneado llevaba a su caballero al galope.

Hacia las once de la mañana divisaron Amiens; a las once y media estaban a la puerta del albergue maldito.

D'Artagnan había meditado contra el hostelero pérfido en una de esas

buenas venganzas que consuelan, aunque no sea más que a la esperanza. Entró, pues, en la hostería, con el sombrero sobre los ojos, la mano izquierda en el puño de la espada y haciendo silbar la fusta con la mano derecha.

—¿Me conocéis? —dijo al hostelero, que avanzaba para saludarle.

—No tengo ese honor, monseñor —respondió aquél con los ojos todavía deslumbrados por el brillante equipo con que D'Artagnan se presentaba.

—¡Ah, conque no me conocéis!

—No, monseñor.

—Bueno, dos palabras os devolverán la memoria. ¿Qué habéis hecho del gentilhombre al que tuvisteis la audacia, hace quince días poco más o menos, de intentar acusarlo de moneda falsa?

El hostelero palideció, porque D'Artagnan había adoptado la actitud más amenazadora, y Planchet hacía lo mismo que su dueño.

—¡Ah, monseñor, no me habléis de ello! —exclamó el hostelero con su tono de voz más lacrimoso—. Ah, señor, cómo he pagado esa falta.

¡Desgraciado de mí!

—Y el gentilhombre, os digo, ¿qué ha sido de él?

—Dignaos escucharme, monseñor, y sed clemente. Veamos, sentaos, por favor.

D'Artagnan, mudo de cólera y de inquietud, se sentó amenazador como un juez. Planchet se pegó orgullosamente a su butaca.

—Esta es la historia, Monseñor —prosiguió el hostelero todo tembloroso

—, porque os he reconocido ahora: fuisteis vos el que partió cuando yo tuve aquella desgraciada pelea con ese gentilhombre de que vos habláis.

—Sí, fui yo; así que, como veis, no tenéis gracias que esperar si no decís toda la verdad.

—Hacedme el favor de escucharme y la sabréis toda entera.

—Escucho.

—Yo había sido prevenido por las autoridades de que un falso monedero célebre llegaría a mi albergue con varios de sus compañeros, todos disfrazados con el traje de guardia o de mosqueteros. Vuestros caballos, vuestros lacayos, vuestra figura, señores, todo me lo habían pintado.

—¿Después, después? —dijo D'Artagnan, que reconoció en seguida de dónde procedían aquellas señas tan exactamente dadas.

—Tomé entonces, según las órdenes de la autoridad que me envió un

refuerzo de seis hombres, las medidas que creí urgentes a fin de detener a los presuntos monederos falsos.

—¡Todavía! —dijo D'Artagnan a quien esta palabra de monedero falso calentaba terriblemente las orejas.

—Perdonadme, monseñor, por decir tales cosas, pero precisamente son mi excusa. La autoridad me había metido miedo, y vos sabéis que un alberguista debe tener cuidado con la autoridad.

—Pero una vez más, ese gentilhombre ¿dónde está? ¿Qué ha sido de él?

¿Está muerto? ¿Está vivo?

—Paciencia, monseñor, que ya llegamos. Sucedió, pues, lo que vos sabéis, y vuestra precipitada marcha —añadió el hostelero con una fineza que no escapó a D'Artagnan— parecía autorizar el desenlace. Ese gentilhombre amigo vuestro se defendió a la desesperada. Su criado, que por una desgracia imprevista había buscado pelea a los agentes de la autoridad, disfrazados de mozos de cuadra...

—¡Ah, miserable! —exclamó D'Artagnan—. Estabais todos de acuerdo, y no sé cómo me contengo y no os mato a todos.

—¡Ay! No, monseñor, no todos estábamos de acuerdo, y vais a verlo en seguida. El señor vuestro amigo (perdón por no llamarlo por el nombre honorable que sin duda lleva, pero

nosotros ignoramos ese nombre), el señor vuestro amigo, después de haber puesto de combate a dos hombres de dos pistoletazos, se batió en retirada defendiéndose con su espada, con la que lisió incluso a uno de mis hombres, y con un cintarazo que me dejó aturdido.

—Pero, verdugo, ¿acabarás? —dijo D'Artagnan—. Athos, ¿qué ha sido de Athos?

—Al batirse en retirada, como he dicho, señor, encontró tras él la escalera de la bodega, y como la puerta estaba abierta, sacó la llave y se encerró dentro. Como estaban seguros de encontrarlo allí, lo dejaron en paz.

—Sí —dijo D'Artagnan—, no se trataba de matarlo, sólo querían hacerlo prisionero.

—¡Santo Dios! ¿Hacerlo prisionero, monseñor? El mismo se aprisionó, os lo juro. En primer lugar, había trabajado rudamente: un hombre estaba muerto de un golpe y otros dos heridos de gravedad. El muerto y los dos heridos fueron llevados por sus camaradas, y no he oído hablar nunca más de ellos, ni de unos ni de otros. Yo mismo, cuando recuperé el conocimiento, fui a buscar al señor gobernador, al que conté todo lo que había pasado, y al que pregunté qué debía hacer con el prisionero. Pero el señor gobernador fingió caer de las nubes; me dijo que ignoraba por completo a qué me refería, que las órdenes

que habían llegado no procedían de él, y que si tenía la desgracia de decir a quienquiera que fuese que él estaba metido en toda aquella escaramuza, me haría prender. Parece que yo me había equivocado, señor, que había arrestado a uno por otro, y que al que debía arrestar estaba a salvo.

—Pero ¿Athos? —exclamó D'Artagnan, cuya impaciencia aumentaba por el abandono en que la autoridad dejaba el asunto—. ¿Qué ha sido de Athos?

—Como yo tenía prisa por reparar mis errores hacia el prisionero — prosiguió el alberguista—, me encaminé hacia la bodega a fin de devolverle la libertad. ¡Ay, señor, aquello no era un hombre, era un diablo! A la proposición de libertad, declaró que era una trampa que se le tendía y que antes de salir debía imponer sus condiciones. Le dije muy humildemente, porque ante sí mismo yo no disimulaba la mala situación en que me había colocado poniéndole la mano encima a un mosquetero de Su Majestad, le dije que yo estaba dispuesto a someterme a sus condiciones. «En primer lugar —dijo—, quiero que se me devuelva a mi criado completamente armado». Nos dimos prisa por obedecer aquella orden porque, como comprenderá el señor, nosotros estábamos dispuestos a hacer todo lo que quisiera vuestro amigo. El señor Grimaud (él sí ha dicho su nombre, aunque no habla mucho), el señor Grimaud fue, pues, bajado a la bodega, herido como estaba; entonces su amo, tras haberlo recibido, volvió a atrancar la puerta y nos ordenó quedarnos en nuestra tienda.

—Pero ¿dónde está? —exclamó D'Artagnan—. ¿Dónde está Athos?

—En la bodega, señor.

—¿Cómo desgraciado, lo retenéis en la bodega desde entonces?

—¡Bondad divina! No señor. ¡Nosotros retenerlo en la bodega! ¡No sabéis lo que está haciendo en la bodega! ¡Ay si pudieseis hacerlo salir, señor, os quedaría agradecido toda mi vida, os adoraría como a un amo!

—Entonces, ¿está allí, allí lo encontraré?

—Sin duda, señor, se ha obstinado en quedarse. Todos los días se le pasa por el tragaluz pan en la punta de un horcón y carne cuando la pide, pero ¡ay!, no es de pan y de carne de lo que hace el mayor consumo. Una vez he tratado de bajar con dos de mis mozos, pero se ha encolerizado de forma terrible. He oído el ruido de sus pistolas, que cargaba, y de su mosquetón, que cargaba su criado. Luego, cuando le hemos preguntado cuáles eran sus intenciones, el amo ha respondido que tenía cuarenta disparos para disparar él y su criado, y que dispararían hasta el último antes de permitir que uno solo de nosotros pusiera el pie en la bodega. Entonces, señor, yo fui a quejarme al gobernador, el cual me respondió que no tenía sino lo que me merecía, y que esto me enseñaría a no insultar a los honorables señores que tomaban albergue en mi

casa.

—¿De suerte que desde entonces?… —prosiguió D’Artagnan no pudiendo impedirse reír de la cara lamentable de su hostelero.

—De suerte que desde entonces, señor —continuó éste—, llevamos la vida más triste que se pueda ver; porque, señor, es preciso que sepáis que nuestras provisiones están en la bodega; allí está nuestro vino embotellado y nuestro vino en cubas, la cerveza, el aceite y las especias, el tocino y las salchichas; y como nos han prohibido bajar, nos hemos visto obligados a negar comida y bebida a los viajeros que nos llegan, de suerte que todos los días nuestra hostería se pierde. Una semana más con vuestro amigo en la bodega y estaremos arruinados.

—Y sería de justicia, bribón. ¿No se ve en nuestra cara que éramos gente de calidad y no falsarios, decid?

—Sí, señor, sí, tenéis razón —dijo el hostelero—, pero mirad, mirad cómo se cobra.

—Sin duda lo habrán molestado —dijo D’Artagnan.

—Pero tenemos que molestarlo —exclamó el hostelero—; acaban de llegarnos dos gentileshombres ingleses.

—¿Y?

—Pues que los ingleses gustan del buen vino, como vos sabéis, señor, y han pedido del mejor. Mi mujer habrá solicitado al

señor Athos permiso para entrar y satisfacer a estos señores; y como de costumbre él se habrá negado.

¡Ay, bondad divina! ¡Ya tenemos otra vez escandalera!

En efecto, D'Artagnan oyó un gran ruido venir del lado de la bodega; se levantó, precedido por el hostelero, que se retorcía las manos, y seguido de Planchet, que llevaba su mosquetón cargado, se acercó al lugar de la escena.

Los dos gentileshombres estaban exasperados, habían hecho un largo viaje y se morían de hambre y de sed.

—Pero esto es una tiranía —exclamaban ellos en muy buen francés, aunque con acento extranjero—, que ese loco no quiera dejar a estas buenas gentes usar su vino. Vamos a hundir la puerta y, si está demasiado colérico, pues lo matamos.

—¡Mucho cuidado, señores! —dijo D'Artagnan sacando sus pistolas de su cintura—. Si os place, no mataréis a nadie.

—Bueno, bueno —decía detrás de la puerta la voz tranquila de Athos—, que los dejen entrar un poco a esos traganiños, y ya veremos.

Por muy valientes que parecían ser, los dos gentileshombres se miraron dudando; se hubiera dicho que había en aquella bodega uno de esos ogros famélicos, gigantescos héroes de las leyendas populares, cuya caverna nadie fuerza impunemente.

Hubo un momento de silencio, pero al fin los dos ingleses sintieron vergüenza de volverse atrás y el más osado de ellos descendió los cinco o seis peldaños de que estaba formada la escalera y dio a la puerta una patada como para hundir el muro.

—Planchet —dijo D'Artagnan cargando sus pistolas—, yo me encargo del que está arriba, encárgate tú del que está abajo. ¡Ah, señores, queréis batalla! Pues bien, vamos a dárosla.

—¡Dios mío! —exclamó la voz hueca de Athos—. Oigo a D'Artagnan, según me parece.

—En efecto —dijo D'Artagnan alzando la voz a su vez—, soy yo, amigo mío.

—¡Ah, bueno! Entonces —dijo Athos—, vamos a trabajar a esos derribapuertas.

Los gentileshombres habían puesto la espada en la mano, pero se encontraban cogidos entre dos fuegos; dudaron un instante todavía; pero, como en la primera ocasión, venció el orgullo y una segunda patada hizo tambalearse la puerta en toda su altura.

—Apártate, D'Artagnan, apártate —gritó Athos—, apártate, voy a disparar.

—Señores —dijo D'Artagnan, a quien la reflexión no abandonaba nunca

—, señores, pensadlo. Paciencia, Athos. Os vais a meter en un mal asunto y vais a ser acribillados. Aquí, mi criado y yo que os soltaremos tres disparos; y otros tantos os llegarán de la bodega; además, todavía tenemos nuestras espadas, que mi amigo y yo, os lo aseguro, manejamos pasablemente. Dejadme que me ocupe de mis asuntos y los vuestros. Dentro de poco tendréis de beber, os doy mi palabra.

—Si es que queda —gruñó la voz burlona de Athos.

El hostelero sintió un sudor frío correr a lo largo de su espina.

—¿Cómo que si queda? —murmuró.

—¡Qué diablos! Quedará —prosiguió D'Artagnan—, estad tranquilo, entre dos no se habrán bebido toda la bodega. Señores, devolved vuestras espadas a sus vainas.

—Bien. Y vos volved a poner vuestras pistolas en vuestro cinto.

—De buen grado.

Y D'Artagnan dio ejemplo. Luego, volviéndose hacia Planchet, le hizo señal de desarmar su mosquetón.

Los ingleses, convencidos, devolvieron gruñendo sus espadas a la vaina. Se les contó la historia del apasionamiento de Athos. Y como eran buenos gentileshombres, le quitaron la razón al hostelero.

—Ahora, señores —dijo D’Artagnan—, volved a vuestras habitaciones, y dentro de diez minutos os prometo que os llevarán cuanto podáis desear.

Los ingleses saludaron y salieron.

—Ahora estoy solo, mi querido Athos —dijo D’Artagnan—, abridme la puerta, por favor.

—Ahora mismo —dijo Athos.

Entonces se oyó un gran ruido de haces entrechocando y de vigas gimiendo: eran las contraescarpas y los bastiones de Athos que el sitiado demolía por sí mismo.

Un instante después, la puerta se tambaleó y se vio aparecer la cabeza pálida de Athos, quien con una ojeada rápida exploró los alrededores.

D’Artagnan se lanzó a su cuello y lo abrazó con ternura; luego quiso llevárselo fuera de aquel lugar húmedo; entonces se dio cuenta de que Athos vacilaba.

—¿Estáis herido? —le dijo.

—¡Yo, nada de eso! Estoy totalmente borracho eso es todo, y jamás hombre alguno ha tenido tanto como se necesitaba para ello. ¡Vive Dios! Hostelero, me parece que por lo menos yo solo me he bebido ciento cincuenta botellas.

—¡Misericordia! —exclamó el hostelero—. Si el criado ha bebido la mitad sólo del amo, estoy arruinado.

—Grimaud es un lacayo de buena casa, que no se habría permitido lo mismo que yo; él ha bebido de la tuba; vaya, creo que se ha olvidado de poner la espita. ¿Oís? Está corriendo.

D'Artagnan estalló en una carcajada que cambió el temblor del hostelero en fiebre ardiente.

Al mismo tiempo Grimaud apareció detrás de su amo, con el mosquetón al hombro la cabeza temblando como esos sátiros ebrios de los cuadros de Rubens. Estaba rociado por delante y por detrás de un licor pringoso que el hostelero reconoció en seguida por su mejor aceite de oliva.

El cortejo atravesó el salón y fue a instalarse en la mejor habitación del albergue, que D'Artagnan ocupó de manera imperativa.

Mientras tanto, el hostelero y su mujer se precipitaron con lámparas en la bodega, que les había sido prohibida durante tanto tiempo y donde un horroroso espectáculo los esperaba.

Más allá de las fortificaciones en las que Athos había hecho brecha para salir y que componían haces, tablones y toneles vacíos amontonados según todas las reglas del arte estratégico, se veían aquí y allá, nadando en mares de aceite y de vino, las osamentas de todos los jamones comidos, mientras que un montón de botellas rotas tapizaba todo el ángulo izquierdo de la bodega, y un tonel, cuya espita había quedado abierta, perdía por aquella abertura las últimas gotas de su

sangre. La imagen de la devastación y de la muerte, como dice el poeta de la antigüedad, reinaba allí como en un campo de batalla.

De las cincuenta salchichas, apenas diez quedaban colgadas de las vigas.

Entonces los aullidos del hostelero y de la hostelera taladraron la bóveda de la bodega; hasta el mismo D'Artagnan quedó conmovido. Athos ni siquiera volvió la cabeza.

Pero al dolor sucedió la rabia. El hostelero se armó de una rama y, en su desesperación, se lanzó a la habitación donde los dos amigos se habían retirado.

—¡Vino! —dijo Athos al ver al hostelero.

—¿Vino? —exclamó el hostelero estupefacto—. ¿Vino? Os habéis bebido por valor de más de cien pistolas; soy un hombre arruinado, perdido aniquilado.

—¡Bah! —dijo Athos—. Nosotros seguimos con sed.

—Si os hubierais contentado con beber, todavía; pero habéis roto todas las botellas.

—Me habéis empujado sobre un montón que se ha venido abajo. Vuestra es la culpa.

—Todo mi aceite perdido!

—El aceite es un bálsamo soberano para las heridas, y era preciso que el pobre Grimaud se curase las que vos le habéis hecho.

—¡Todos mis salchichones roídos!

—Hay muchas ratas en esa bodega.

—Vais a pagarme todo eso —exclamó el hostelero exasperado.

—¡Triple bribón! —dijo Athos levantándose. Pero volvió a caer en seguida; acababa de dar la medida de sus fuerzas. D'Artagnan vino en su ayuda alzando su fusta.

El hostelero retrocedió un paso y se puso a llorar a mares.

—Esto os enseñará —dijo D'Artagnan— a tratar de una forma más cortés a los huéspedes que Dios os envía...

—¿Dios? ¡Mejor diréis el diablo!

—Mi querido amigo —dijo D'Artagnan—, si seguís dándonos la murga, vamos a encerrarnos los cuatro en vuestra bodega a ver si el estropicio ha sido tan grande como decís.

—Bueno, señores —dijo el hostelero—, me he equivocado, lo confieso, pero todo pecado tiene su misericordia; vosotros sois señores, y yo soy un pobre alberguista, tened piedad de mí.

—Ah, si hablas así —dijo Athos—, vas a ablandarme el corazón, y las lágrimas van a correr de mis ojos como el vino corría de

tus toneles. No era tan malo el diablo como lo pintan. Veamos, ven aquí y hablaremos.

El hostelero se acercó con inquietud.

—Ven, lo digo, y no tengas miedo —continuó Athos—. En el momento que iba a pagarte, puse mi bolsa sobre la mesa.

—Sí, monseñor.

—Aquella bolsa contenía sesenta pistolas, ¿dónde está?

—Depositada en la escribanía, monseñor; habían dicho que era moneda falsa.

—Pues bien, haz que te devuelvan mi bolsa, y quédate con las sesenta pistolas.

—Pero monseñor sabe bien que el escribano no suelta lo que coge. Si era moneda falsa todavía quedaría la esperanza; pero desgraciadamente son piezas buenas.

—Arréglatelas, mi buen hombre, eso no me afecta, tanto más cuanto que no me queda una libra.

—Veamos —dijo D'Artagnan—, el viejo caballo de Athos, ¿dónde está?

—En la cuadra.

—¿Cuánto vale?

—Cincuenta pistolas a lo sumo.

—Vale ochenta; quédatelo, y no hay más que hablar.

—¡Cómo! ¿Tú vendes mi caballo? —dijo Athos—. ¿Tú vendes mi Bayaceto? Y ¿en qué haré la guerra? ¿Encima de Grimaud?

—Te he traído otro —dijo D’Artagnan.

—¿Otro?

—¡Y magnífico! —exclamó el hostelero.

—Entonces, si hay otro más hermoso y más joven, quédate con el viejo y a beber.

—¿De qué? —preguntó el hostelero completamente sosegado.

—De lo que hay al fondo, junto a las traviesas; todavía quedan veinticinco botellas; todas las demás se rompieron con mi caída. Sube seis.

—¡Este hombre es una cuba! —dijo el hostelero para sí mismo—. Si se queda aquí quince días y paga lo que bebe, sacará a flote nuestros asuntos.

—Y no olvides —continuó D’Artagnan— de subir cuatro botellas semejantes para los dos señores ingleses.

—Ahora —dijo Athos—, mientras esperamos a que nos traigan el vino, cuéntame, D’Artagnan, qué ha sido de los otros; veamos.

D’Artagnan le contó cómo había encontrado a Porthos en su lecho con un esguince y a Aramis en su mesa con dos teólogos. Cuando acababa, el hostelero volvió con las botellas pedidas y

un jamón que, afortunadamente para él, había quedado fuera de la bodega.

—Está bien —dijo Athos llenando su vaso y el de D’Artagnan por lo que se refiere a Porthos y Aramis; pero vos, amigo mío, ¿qué habéis hecho y qué os ha ocurrido a vos? Encuentro que tenéis un aire siniestro.

—¡Ay! —dijo D’Artagnan—. Es que soy el más desgraciado de todos nosotros.

—¡Tú desgraciado, D’Artagnan! —dijo Athos—. Veamos, ¿cómo eres desgraciado? Dime eso.

—Más tarde —dijo D’Artagnan.

—¡Más tarde! Y ¿por qué más tarde? ¿Porque crees que estoy borracho, D’Artagnan? Acuérdate siempre de esto: nunca tengo las ideas más claras que con el vino. Habla, pues, soy todo oídos.

D’Artagnan contó su aventura con la señora Bonacieux. Athos escuchó sin pestañear; luego, cuando hubo acabado:

—Miserias todo eso —dijo Athos—, miserias. Era la expresión de Athos.

—¡Siempre decís miserias, mi querido Athos! —dijo D’Artagnan—. Eso os sienta muy mal a vos, que nunca habéis amado.

El ojo muerto de Athos se inflamó de pronto, pero no fue más que un destello; en seguida se volvió apagado y vacío como antes.

—Es cierto —dijo tranquilamente—, nunca he amado.

—¿Veis, corazón de piedra —dijo D'Artagnan—, que os equivocáis siendo duro con nuestros corazones tiernos?

—Corazones tiernos, corazones rotos —dijo Athos.

—¿Qué decís?

—Digo que el amor es una lotería en la que el que gana, gana la muerte. Sois muy afortunado por haber perdido, creedme, mi querido D'Artagnan. Y si tengo algún consejo que daros, es perder siempre.

—Ella parecía amarme mucho.

—Ella parecía.

—¡Oh, me amaba!

—¡Infantil! No hay un hombre que no haya creído como vos que su amante lo amaba y no hay ningún hombre que no haya sido engañado por su amante.

—Excepto vos, Athos, que nunca la habéis tenido.

—Es cierto —dijo Athos tras un momento de silencio—, yo nunca la he tenido. ¡Bebamos!

—Pero ya que estáis filósofo —dijo D'Artagnan—, instruidme, ayudadme; necesito saber y ser consolado.

—Consolado ¿de qué?

—De mi desgracia.

—Vuestra desgracia da risa —dijo Athos encogiéndose de hombros—; me gustaría saber lo que diríais si yo os contase una historia de amor.

—¿Sucedida a vos?

—O a uno de mis amigos, qué importa.

—Hablad, Athos, hablad.

—Bebamos, haremos mejor.

—Bebed y contad.

—Cierto que es posible —dijo Athos vaciando y volviendo a llenar su vaso

—, las dos cosas van juntas de maravilla.

—Escucho —dijo D'Artagnan.

Athos se recogió y, a medida que se recogía, D'Artagnan lo veía palidecer; estaba en ese período de la embriaguez en que los bebedores vulgares caen y duermen. Él, él soñaba en voz alta sin dormir. Aquel sonambulismo de la borrachera tenía algo de espantoso.

—¿Lo queréis? —preguntó.

—Os lo ruego —dijo D'Artagnan.

—Sea como deseáis. Uno de mis amigos, uno de mis amigos, oís bien, no yo —dijo Athos interrumpiéndose con una sonrisa sombría—; uno de los condes de mi provincia, es decir, del Berry, noble como un Dandolo o un Montmorency, se enamoró a los veinticinco años de una joven de dieciséis, bella como el amor. A través de la ingenuidad de su edad apuntaba un espíritu ardiente, un espíritu no de mujer, sino de poeta; ella no gustaba, embriagaba; vivía en una aldea, junto a su hermano, que era cura. Los dos habían llegado a la región, venían no se sabía de dónde; pero al verla tan hermosa y al ver a su hermano tan piadoso nadie pensó en preguntarles de dónde venían. Por lo demás se los suponía de buena extracción. Mi amigo, que era el señor de la región, hubiera podido seducirla o tomarla por la fuerza, a su gusto, era el amo: ¿quién habría venido en ayuda de dos extraños, de dos desconocidos? Por desgracia era un hombre honesto, la desposó. ¡El tonto, el necio, el imbécil!

—Pero ¿por qué, si la amaba? —preguntó D'Artagnan.

—Esperad —dijo Athos—. La llevó a su castillo y la hizo la primera dama de su provincia; y hay que hacerle justicia, cumplía perfectamente con su rango.

—¿Y? —preguntó D'Artagnan.

—Y un día que ella estaba de caza con su marido —continuó Athos en voz baja y hablando muy deprisa—, ella se cayó del caballo y se desvaneció: el conde se lanzó en su ayuda, y como

se ahogaba en sus vestidos, los hendió con su puñal y quedó al descubierto el hombro. ¿Adivináis lo que tenía en el hombro, D'Artagnan? —dijo Athos con un gran estallido de risa.

—¿Puedo saberlo? —preguntó D'Artagnan.

—Una flor de lis —dijo Athos—. ¡Estaba marcada!

Y Athos vació de un solo trago el vaso que tenía en la mano.

—¡Horror! —exclamó D'Artagnan—. ¿Qué me decís?

—La verdad. Querido, el ángel era un demonio. La pobre joven había robado.

—¿Y qué hizo el conde?

—El conde era un gran señor, tenía sobre sus tierras derecho de horca y cuchillo: acabó de desgarrar los vestidos de la condesa, le ató las manos a la espalda y la colgó de un árbol.

—¡Cielos! ¡Athos! ¡Un asesinato! —exclamó D'Artagnan.

—Sí, un asesinato, nada más —dijo Athos pálido como la muerte—. Pero me parece que me están dejando sin vino.

Y Athos cogió por el gollete la última botella que quedaba, la acercó a su boca y la vació de un solo trago, como si fuera un vaso normal.

Luego se dejó caer con la cabeza entre sus dos manos; D'Artagnan permaneció ante él, parado de espanto.

—Eso me ha curado de las mujeres hermosas, poéticas y amorosas —dijo Athos levantándose y sin continuar el apólogo del conde—. ¡Dios os conceda otro tanto! ¡Bebamos!

—¿Así que ella murió? —balbuceó D'Artagnan.

—¡Pardiez! —dijo Athos—. Pero tended vuestro vaso. ¡Jamón, pícaro! — gritó Athos—. No podemos beber más.

—¿Y su hermano? —añadió tímidamente D'Artagnan.

—¿Su hermano? —repuso Athos.

—Sí, el cura.

—¡Ah! Me informé para colgarlo también; pero había puesto pies en polvorosa, había dejado su curato la víspera.

—¿Se supo al menos lo que era aquel miserable?

—Era sin duda el primer amante y el cómplice de la hermosa, un digno hombre que había fingido ser cura quizá para casar a su amante y asegurarse una fortuna. Espero que haya sido descuartizado.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo D'Artagnan, completamente aturdido por aquella horrible aventura.

—Comed ese jamón, D'Artagnan, es exquisito —dijo Athos cortando una loncha que puso en el plato del joven—. ¡Qué pena que sólo hubiera cuatro como éste en la bodega!

D’Artagnan no podía seguir soportando aquella conversación, que lo enloquecía; dejó caer su cabeza entre sus dos manos y fingió dormirse.

—Los jóvenes no saben beber —dijo Athos mirándolo con piedad—. ¡Y sin embargo éste es de los mejores…!

CAPÍTULO XXVIII

El regreso

D'Artagnan había quedado aturdido por la horrible confesión de Athos; sin embargo, muchas de las cosas parecían oscuras en aquella semirrevelación; en primer lugar, había sido hecha por un hombre completamente ebrio a un hombre que lo estaba a medias, y no obstante, pese a esa ola que hace subir al cerebro el vaho de dos o tres botellas de borgoña, D'Artagnan, al despertarse al día siguiente, tenía cada palabra de Athos tan presente en su espíritu como si a medida que habían caído de su boca se hubieran impreso en su espíritu. Toda aquella duda no hizo sino darle un deseo más vivo de llegar a una certidumbre, y pasó a la habitación de su amigo con la intención bien meditada de reanudar su conversación de la víspera; pero encontró a Athos con la cabeza completamente sentada, es decir, el más fino y más impenetrable de los hombres.

Por lo demás, el mosquetero, después de haber cambiado con él un apretón de manos, se le adelantó con el pensamiento.

—Estaba muy borracho ayer, mi querido D'Artagnan —dijo—; me he dado cuenta esta mañana por mi lengua, que estaba todavía muy espesa y por mi pulso, que aún estaba muy agitado; apuesto a que dije mil extravagancias.

Y al decir estas palabras miró a su amigo con una fijeza que lo embarazó.

—No —replicó D'Artagnan—, y si no recuerdo mal, no habéis dicho nada muy extraordinario.

—¡Ah, me asombráis! Creía haberos contado una historia de las más lamentables.

Y miraba al joven como si hubiera querido leer en lo más profundo de su corazón.

—A fe mía —dijo D'Artagnan—, parece que yo estaba aún más borracho que vos, puesto que no me acuerdo de nada.

Athos no se fio de esta palabra y prosiguió:

—No habréis dejado de notar, mi querido amigo, que cada cual tiene su clase de borrachera: triste o alegre; yo tengo la borrachera triste, y cuando alguna vez me emborracho, mi manía es contar todas las historias lúgubres que la tonta de mi nodriza me metió en el cerebro. Ese es mi defecto, defecto capital, lo admito; pero, dejando eso a un lado, soy buen bebedor.

Athos decía esto de una forma tan natural que D'Artagnan quedó confuso en su convicción.

—Oh, de algo así me acuerdo, en efecto —prosiguió el joven tratando de volver a coger la verdad—, me acuerdo de algo así

como que hablamos de ahorcados, pero como se acuerda uno de un sueño.

—¡Ah, lo veis! —dijo Athos palideciendo y, sin embargo, tratando de reír

—. Estaba seguro, los ahorcados son mi pesadilla.

—Sí, sí —prosiguió D'Artagnan—, y, ya está, la memoria me vuelve: sí, se trataba…, esperad…, se trataba de una mujer.

—¿Lo veis? —respondió Athos volviéndose casi lívido—. Es mi famosa historia de la mujer rubia, y cuando la cuento es que estoy borracho perdido.

—Sí, eso es —dijo D'Artagnan—, la historia de la mujer rubia, alta y hermosa, de ojos azules.

—Sí, y colgada.

—Por su marido, que era un señor de vuestro conocimiento continuó D'Artagnan mirando fijamente a Athos.

—¡Y bien! Ya veis cómo se compromete un hombre cuando no sabe lo que se dice —prosiguió Athos encogiéndose de hombros como si tuviera piedad de sí mismo—. Decididamente, no quiero emborracharme más, D'Artagnan, es una mala costumbre.

D'Artagnan guardó silencio.

Luego Athos, cambiando de pronto de conversación:

—A propósito —dijo—, os agradezco el caballo que me habéis traído.

—¿Es de vuestro gusto? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, pero no es un caballo de aguante.

—Os equivocáis; he hecho con él diez leguas en menos de hora y media, y no parecía más cansado que si hubiera dado una vuelta a la plaza Saint- Sulpice.

—Pues me dais un gran disgusto.

—¿Un gran disgusto?

—Sí, porque me he deshecho de él.

—¿Cómo?

—Estos son los hechos: esta mañana me he despertado a las seis, vos dormíais como un tronco, y yo no sabía qué hacer; estaba todavía completamente atontado de nuestra juerga de ayer; bajé al salón y vi a uno de nuestros ingleses que ajustaba un caballo con un tratante por haber muerto ayer el suyo a consecuencia de un vómito de sangre. Me acerqué a él, y como vi que ofrecía cien pistolas por un alazán tostado: «Por Dios —le dije—, gentilhombre, también yo tengo un caballo que vender». «Y muy bueno incluso —dijo él—. Lo vi ayer, el criado de vuestro amigo lo llevaba de la mano». «¿Os parece que vale cien pistolas?» «Sí». «¿Y queréis dármelo por ese precio?» «No, pero os lo juego». «¿Me lo jugáis?» «Sí». «¿A qué?» «A los dados». Y dicho y hecho; y he perdido el caballo. ¡Ah, pero también —continuó Athos— he vuelto a ganar la montura!

D’Artagnan hizo un gesto bastante disgustado.

—¿Os contraría? —dijo Athos.

—Pues sí, os lo confieso —prosiguió D’Artagnan—. Ese caballo debía serviros para hacernos reconocer un día de batalla; era una prenda, un recuerdo. Athos, habéis cometido un error.

—Ay, amigo mío, poneos en mi lugar —prosiguió el mosquetero—; me aburría de muerte, y además, palabra de honor, no me gustan los caballos ingleses. Veamos, si no se trata más que de ser reconocido por alguien, pues bien, la silla bastará; es bastante notable. En cuanto al caballo, ya encontraremos alguna excusa para justificar su desaparición. ¡Qué diablos! Un caballo es mortal; digamos que el mío ha tenido el muermo.

D’Artagnan no desfruncía el ceño.

—Me contraría —continuó Athos— que tengáis en tanto a esos animales, porque no he acabado mi historia.

—¿Pues qué habéis hecho además?

—Después de haber perdido mi caballo (nueve contra diez, ved qué suerte), me vino la idea de jugar el vuestro.

—Sí, pero espero que os hayáis quedado en la idea.

—No, la puse en práctica en aquel mismo instante.

—¡Vaya! —exclamó D’Artagnan inquieto.

—Jugué y perdí.

—¿Mi caballo?

—Vuestro caballo; siete contra ocho, a falta de un punto…, ya conocéis el proverbio.

—Athos no estáis en vuestro sano juicio, ¡os lo juro!

—Querido, ayer, cuando os contaba mis tontas historias, era cuando teníais que decirme eso, y no esta mañana. Los he perdido, pues, con todos los equipos y todos los arneses posibles.

—¡Pero es horrible!

—Esperad, no sabéis todo; yo sería un jugador excelente si no me obstinara; pero me obstino, es como cuando bebo; me encabezoné entonces…

—Pero ¿qué pudisteis jugar si no os quedaba nada?

—Sí quedaba, amigo mío, sí quedaba; nos quedaba ese diamante que brilla en vuestro dedo, y en el que me fijé ayer.

—¡Este diamante! —exclamó D'Artagnan llevando con presteza la mano a su anillo.

—Y como entiendo, por haber tenido algunos propios, lo estimé en mil pistolas.

—Espero —dijo seriamente D'Artagnan medio muerto de espanto que no hayáis hecho mención alguna de mi diamante.

—Al contrario, querido amigo; comprended, ese diamante era nuestro único recurso; con él yo podía volver a ganar nuestros arneses y nuestros caballos, y además dinero para el camino.

—¡Athos, me hacéis temblar! —exclamó D'Artagnan.

—Hablé, pues, de vuestro diamante a mi contrincante, que también había reparado en él. ¡Qué diablos, querido, lleváis en vuestro dedo una estrella del cielo, y queréis que no le presten atención! ¡Imposible!

—¡Acabad, querido, acabad —dijo D'Artagnan—, porque, por mi honor, con vuestra sangre fría me hacéis morir!

—Dividimos, pues, ese diamante en diez partes de cien pistolas cada una.

—¡Ah! ¿Queréis reíros y probarme? —dijo D'Artagnan a quien la cólera comenzaba a cogerle por los cabellos como Minerva coge a Aquiles en la Ilíada.

—No, no bromeo, por todos los diablos. ¡Me hubiera gustado veros a vos! Hacía quince días que no había visto un rostro humano y que estaba allí embruteciéndome empalmando una botella tras otra.

—Esa no es razón para jugar un diamante —respondió D'Artagnan

apretando su mano con una crispación nerviosa.

—Escuchad, pues, el final: diez partes de cien pistolas cada una, en diez tiradas sin revancha. En trece tiradas perdí todo. ¡En trece tiradas! El número trece me ha sido siempre fatal, era el trece del mes de julio cuando…

—¡Maldita sea! —exclamó D'Artagnan levantándose de la mesa—. La historia del día hace olvidar la de la noche.

—Paciencia —dijo Athos— y tenía un plan. El inglés era un extravagante, yo lo había visto por la mañana hablar con Grimaud y Grimaud me había advertido que le había hecho proposiciones para entrar a su servicio. Me jugué a Grimaud, el silencioso Grimaud dividido en diez porciones.

—¡Ah, vaya golpe! —dijo D'Artagnan estallando de risa a pesa suyo.

—¡El mismo Grimaud! ¿Oís esto? Y con las diez partes de Grimaud que no vale en total un ducado de plata, recuperé el diamante. Ahora decid si la persistencia no es una virtud.

—¡Y a fe que bien rara! —exclamó D'Artagnan consolado y sosteniéndose los ijares de risa.

—Como comprenderéis, sintiéndome en vena, me puse al punto a jugar el diamante.

—¡Ah, diablos! —dijo D'Artagnan ensombreciéndose de nuevo.

—Volví a ganar vuestros arneses, después vuestro caballo, luego mis arneses, luego mi caballo, luego lo volví a perder. En

resumen, conseguí vuestro arnés, luego el mío. Ahí estamos. Una tirada soberbia; y ahí me he quedado.

D'Artagnan respiró como si le hubieran quitado la hostería de encima del pecho.

—En fin, que me queda el diamante —dijo tímidamente.

—¡Intacto, querido amigo! Además de los arneses de vuestro bucéfalo y del mío.

—Pero ¿qué haremos de nuestros arneses sin caballos?

—Tengo una idea sobre ellos.

—Athos, me hacéis temblar.

—Escuchad, vos no habéis jugado hace mucho tiempo, D'Artagnan.

—Y no tengo ganas de jugar.

—No juremos. No habéis jugado hace tiempo, decía yo, y por eso debéis

tener buena mano.

—¿Y después?

—Pues que el inglés y su acompañante están todavía ahí. He observado que lamentaban mucho los arneses. Vos parecéis tener en mucho vuestro caballo. En vuestro lugar, yo jugaría vuestros arneses contra vuestro caballo.

—Pero él no querrá un solo arnés.

—Jugad los dos, pardiez. Yo no soy tan egoísta como vos.

—¿Haríais eso? —dijo D'Artagnan indeciso, tanto comenzaba a ganarle la confianza, a su costa, de Athos.

—Palabra de honor, de una sola tirada.

—Pero es que, después de haber perdido los caballos, quisiera conservar los arneses.

—Jugad entonces vuestro diamante.

—Oh, esto es otra cosa; nunca, nunca.

—¡Diablos! —dijo Athos—. Yo os propondría jugaros a Planchet; pero como eso ya está hecho, quizá el inglés no quiera.

—Decididamente, mi querido Athos —dijo D'Artagnan—, prefiero no arriesgar nada.

—¡Es una lástima! —dijo fríamente Athos—. El inglés está forrado de pistolas. ¡Ay, Dios mío! Ensayad una tirada, una tirada se juega.

—¿Y si pierdo?

—Ganaréis.

—Pero ¿y si pierdo?

—Pues entonces le daréis los arneses.

—Vaya entonces una tirada —dijo D'Artagnan.

Athos se puso a buscar al inglés y lo encontró en la cuadra, donde examinaba los arneses con ojos ambiciosos. La ocasión era buena. Puso sus condiciones: los dos arneses contra un caballo o cien pistolas a escoger. El inglés calculó rápido: los dos arneses valían trescientas pistolas los dos; aceptó.

D'Artagnan echó los dados temblando, y sacó un número tres; su palidez espantó a Athos, que se contentó con decir:

—Qué mala tirada, compañero; tendréis caballos con arneses señor.

El inglés, triunfante, no se molestó siquiera en hacer rodar los da dos, los lanzó sobre la mesa sin mirarlos, tan seguro estaba de su victoria; D'Artagnan se había vuelto para ocultar su mal humor.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Athos con su voz tranquila—, esa tirada de dados es extraordinaria, no la he visto más que cuatro veces en mi vida: dos ases.

El inglés miró y quedó asombrado; D'Artagnan miró y quedó encantado.

—Sí —continuó Athos—, solamente cuatro veces: una vez con el señor de Créquy; otra vez en mi casa, en el campo, en mi castillo de… cuando yo tenía un castillo; una tercera vez con el señor de Tréville donde nos sorprendió a todos; y finalmente,

una cuarta vez en la taberna, donde me tocó a mí y donde yo perdí por ella cien luises y una cena.

—Entonces el señor recupera su caballo —dijo el inglés.

—Cierto —dijo D'Artagnan.

—¿Entonces no hay revancha?

—Nuestras condiciones estipulaban que nada de revancha, ¿lo recordáis?

—Es cierto; el caballo va a ser devuelto a vuestro criado, señor.

—Un momento —dijo Athos—; con vuestro permiso, señor, solicito decir unas palabras a mi amigo.

—Decídselas.

Athos llevó a parte a D'Artagnan.

—¿Y bien? —le dijo D'Artagnan—. ¿Qué quieres ahora, tentador? Quieres que juegue, ¿no es eso?

—No, quiero que reflexionéis.

—¿En qué?

—¿Vais a tomar el caballo, no es así?

—Claro.

—Os equivocáis, yo tomaría las cien pistolas; vos sabéis que os habéis jugado los arneses contra el caballo o cien pistolas, a vuestra elección.

—Sí.

—Yo tomaría las cien pistolas.

—Pero yo, yo me quedo con el caballo.

—Os equivocáis, os lo repito. ¿Qué haríamos con un caballo para nosotros

dos? Yo no pienso montar en la grupa, tendríamos la pinta de los dos hijos de Aymón, que han perdido a sus hermanos; no podéis humillarme cabalgando a mi lado, cabalgando sobre ese magnífico destrero. Yo, sin dudar un solo instante, cogería las cien pistolas, necesitamos dinero para volver a París.

—Yo me quedo con el caballo, Athos.

—Pues os equivocáis, amigo mío: un caballo tiene un extraño, un caballo tropieza y se rompe las patas, un caballo come en un pesebre donde ha comido un caballo con muermo: eso es un caballo o cien pistolas perdidas; hace falta que el amo alimente a su caballo, mientras que, por el contrario, cien pistolas alimentan a su amo.

—Pero ¿cómo volveremos?

—En los caballos de nuestros lacayos, pardiez. Siempre se verá en el aire de nuestras figuras que somos gentes de condición.

—Vaya figura que vamos a hacer sobre jacas, mientras Aramis y Porthos caracolean sobre sus caballos.

—¡Aramis! ¡Porthos! —exclamó Athos, y se echó a reír.

—¿Qué? —preguntó D’Artagnan, que no comprendía nada la hilaridad de su amigo.

—Bien, bien, sigamos —dijo Athos.

—O sea, que vuestra opinión…

—Es coger las cien pistolas, D’Artagnan; con las cien pistolas vamos a banquetear hasta fin de mes: hemos enjugado fatigas y estará bien que descansemos un poco.

—¡Yo reposar! Oh, no, Athos; tan pronto como esté en París me pongo a buscar a esa pobre mujer.

—Y bien, ¿creéis que vuestro caballo os será tan útil para eso corno buenos luises de oro? Tomad las cien pistolas, amigo mío, tomad las cien pistolas.

D’Artagnan sólo necesitaba una razón para rendirse. Esta le pareció excelente. Además, resistiendo tanto tiempo, temía parecer egoísta a los ojos de Athos; accedió, pues, y eligió las cien pistolas que el inglés le entregó en el acto.

Luego no se pensó más que en partir. Además, hechas las paces con el alberguista, el viejo caballo de Athos costó seis pistolas; D’Artagnan y Athos cogieron los caballos de Planchet y de Grimaud, y los dos criados se pusieron en camino a pie, llevando las sillas sobre sus cabezas.

Por mal montados que fueran los dos amigos, pronto tomaron la delantera

a sus criados y llegaron a Crèvecoeur. De lejos divisaron a Aramis melancólicamente apoyado en su ventana, y mirando como mi hermana Anne levantarse polvaredas en el horizonte.

—¡Hola! ¡Eh, Aramis! ¿Qué diablos hacéis ahí? —gritaron los dos amigos.

—¡Ah, sois vos, D’Artagnan; sois vos, Athos! —dijo el joven—. Pensaba con qué rapidez se van los bienes de este mundo, y mi caballo inglés, que se aleja y que acaba de aparecer en medio de un torbellino de polvo, era una imagen viva de la fragilidad de las cosas de la tierra.

La vida misma puede resolverse en tres palabras: Erat, est, fuit.

—¿Y eso qué quiere decir en el fondo? —preguntó D’Artagnan, que comenzaba a sospechar la verdad.

—Esto quiere decir que acaba de hacer un negocio de tontos: sesenta luises por un caballo que, por la manera en que se va, puede hacer al trote cinco leguas por hora.

D’Artagnan y Athos estallaron en carcajadas.

—Mi querido Athos —dijo Aramis—: no me echéis la culpa, os lo suplico; la necesidad no tiene ley; además yo soy el primer castigado, puesto que este infame chalán me ha robado por lo menos cincuenta luises. Vosotros sí que tenéis buen cuidado; venís sobre los caballos de vuestros lacayos y hacéis que os lleven vuestros caballos de lujo de la mano, despacio y a pequeñas jornadas.

En aquel mismo instante, un furgón que desde hacía unos momentos venía por la ruta de Amiens, se detuvo y se vio salir a Grimaud y a Planchet con sus sillas sobre la cabeza. El furgón volvía de vacío hacia París y los dos lacayos se habían comprometido, a cambio de su transporte, a aplacar la sed del cochero durante el camino.

—¿Cómo? —dijo Aramis, viendo lo que pasaba—. ¿Nada más que las sillas?

—¿Comprendéis ahora? —dijo Athos.

—Amigos míos, exactamente igual que yo. Yo he conservado el arnés por instinto. ¡Hola, Bazin! Llevad mi arnés nuevo junto al de esos señores.

—¿Y qué habéis hecho de vuestros curas? —preguntó D'Artagnan.

—Querido, los invité a comer al día siguiente —dijo Aramis—; hay aquí un vino exquisito, dicho sea de paso; los emborraché lo mejor que pude; entonces el cura me prohibió dejar la casaca y el jesuita me rogó que le haga recibir de mosquetero.

—¡Sin tesis! —exclamó D'Artagnan—. Sin tesis. Pido la supresión de la tesis.

—Desde entonces —continuó Aramis—, vivo agradablemente. He comenzado un poema en versos de una sílaba; es bastante difícil, pero el mérito en todo está en la dificultad. La materia es

galante, os leeré el primer canto, tiene cuatrocientos versos y dura un minuto.

—¡A fe mía, mi querido Aramis! —dijo D'Artagnan, que detestaba casi tanto los versos como el latín—. Añadid al mérito de la dificultad el de la brevedad, y al menos seguro que vuestro poema tiene dos méritos.

—Además —continuó Aramis—, respira pasiones, ya veréis. ¡Ah!, amigos míos, ¿volveremos a París? Bravo, yo estoy dispuesto; vamos, pues, a volver a ver a ese bueno de Porthos tanto mejor. ¿Creeríais que echo en falta a ese gran necio? Él no hubiera vendido su caballo, ni siquiera a cambio de un reino. Quería verlo ya sobre su animal y su silla. Estoy seguro de que tendrá pinta de Gran Mogol.

Se hizo un alto de una hora para dar respiro a los caballos; Aramis saldó sus cuentas, colocó a Bazin en el furgón con sus camaradas y se pusieron en ruta para ir en busca de Porthos.

Lo encontraron de pie, menos pálido de lo que lo había visto D'Artagnan durante su primera visita, y sentado a una mesa en la que, aunque estuviese solo, había comida para cuatro personas; aquella comida se componía de viandas galanamente aderezadas, de vinos escogidos y de frutos soberbios.

—¡Ah, pardiez! —dijo levantándose—. Llegáis a punto, señores, estaba precisamente en la sopa y vais a comer conmigo.

—¡Oh, oh! —dijo D'Artagnan—. No es Mosquetón quien ha cogido a lazo tales botellas; además, aquí hay un fricandó mechado y un filete de buey…

—Me voy recuperando —dijo Porthos—, me voy recuperando; nada debilita tanto como esos malditos esguinces. ¿Habéis tenido vos esguinces, Athos?

—Jamás; sólo recuerdo que en nuestra escaramuza de la calle de Férou recibí una estocada que al cabo de quince o dieciocho días me produjo exactamente el mismo efecto.

—Pero esta comida no era sólo para vos, mi querido Porthos —dijo Aramis.

—No —dijo Porthos—; esperaba a algunos gentileshombres de la vecindad que acaban de comunicarme que no vendrán; vos los reemplazaréis, y yo no perderé en el cambio. ¡Hola, Mosquetón! ¡Sillas, y que se doblen las botellas!

—¿Sabéis lo que estamos comiendo? —dijo Athos al cabo de diez minutos.

—Pardiez —respondió D'Artagnan—; yo como carne de buey mechada con cardos y con tuétanos.

—Y yo chuletas de cordero —dijo Porthos.

—Y yo una pechuga de ave —dijo Aramis.

—Todos os equivocáis, señores —respondió Athos—; coméis caballo.

—¡Vamos! —dijo D'Artagnan.

—¿Caballo? —preguntó Aramis con una mueca de disgusto.
Sólo Porthos no respondió.

—Sí, caballo, ¿no es cierto, Porthos, que comemos caballo? Quizá incluso con arreos y todo.

—No, señores; he guardado el arnés —dijo Porthos.

—A fe que todos somos iguales —dijo Aramis—; se diría que estábamos de acuerdo.

—¡Qué queréis! —dijo Porthos—. Este caballo causaba vergüenza a mis visitantes y no he querido humillarlos.

—Y en cuanto a vuestra duquesa, sigue en las aguas, ¿no es cierto? — prosiguió D'Artagnan.

—Allí sigue —respondió Porthos—. Palabra que el gobernador de la provincia, uno de los gentileshombres que esperaba a cenar hoy, parecía desearlo tanto que se lo he dado.

—¡Dado! —exclamó D'Artagnan.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí, dado! Esa es la palabra —dijo Porthos—; porque ciertamente valía ciento cincuenta luises, y el ladrón no ha querido pagármelo más que en ochenta.

—¿Sin la silla? —dijo Aramis.

—Sí, sin la silla.

—Observaréis, señores —dijo Athos—, que, pese a todo, Porthos ha sido el que mejor negocio ha hecho de todos nosotros.

Se produjo entonces un hurra de risas que dejaron al pobre Porthos completamente atónito; pero pronto se le explicó la razón de aquella hilaridad, que él compartió ruidosamente, según su costumbre.

—¿De modo que todos tenemos dinero? —dijo D'Artagnan.

—No por lo que mí toca —dijo Athos—; me ha parecido tan bueno el vino español de Aramis que he hecho cargar sesenta botellas en el furgón de los lacayos; eso me ha dejado sin nada.

—En cuanto a mí —dijo Aramis—, imaginaos que di hasta mi último céntimo a la iglesia de Montdidier y a los jesuitas de Amiens, he tenido que hacerme cargo de los compromisos que había contraído, misas encargadas por mí y para vos, señores; que se dirán, señores, y que no dudo que nos han de servir de maravilla.

—Y yo —dijo Porthos—, ¿creéis que mi esguince no me ha costado nada? Sin contar la herida de Mosquetón, por la que he tenido que hacer venir al cirujano dos veces al día, el cual me ha hecho pagar doble sus visitas, so pretexto de que ese imbécil de Mosquetón había ido a recibir una bala en un lugar que no se enseña generalmente más que a los boticarios; por eso le he recomendado encarecidamente no volver a dejarse herir ahí.

—Vamos, vamos —dijo Athos, cambiando una sonrisa con D’Artagnan y Aramis—, veo que os habéis comportado a lo grande con vuestro pobre mozo; es propio de un buen amo.

—En resumen —continuó Porthos—: pagados mis gastos, me quedará una treintena de escudos.

—Y a mí una decena de pistolas —dijo Aramis.

—Vamos —dijo Athos—, parece que nosotros somos los Cresos de la sociedad. De vuestras cien pistolas, ¿cuánto os queda, D’Artagnan?

—¿De mis cien pistolas? En primer lugar, os he dado cincuenta.

—¿Eso creéis?

—¡Pardiez!

—Ah, es cierto, ahora me acuerdo.

—Luego he pagado seis al hostelero.

—¡Qué animal de hostelero! ¿Por qué le habéis dado seis pistolas?

—Es lo que vos me dijisteis que le diese.

—Es cierto que soy demasiado bueno. En resumen, ¿qué queda?

—Veinticinco pistolas —dijo D’Artagnan.

—Y yo —dijo Athos, sacando algo de calderilla de su bolsillo—, yo…

—Vos, nada.

—A fe que es tan poco que no merece la pena juntarlo en el montón.

—Ahora calculemos cuánto poseemos en total. ¿Porthos?

—Treinta escudos.

—¿Aramis?

—Diez pistolas.

—¿Y vos, D'Artagnan?

—Veinticinco.

—Eso hace un total… —dijo Athos.

—Cuatrocientas setenta y cinco libras —dijo D'Artagnan, que contaba como Arquímedes.

—Llegados a París, tendremos todavía cuatrocientas —dijo Porthos—, además de los arneses.

—Pero ¿nuestros caballos de escuadrón? —dijo Aramis.

—Bueno, los cuatro caballos de los lacayos nos servirán como dos de amo, que echaremos a suertes; con las cuatrocientas libras se hará una mitad para uno de los desmontados, luego dejaremos las migajas de nuestros bolsillos a D'Artagnan, que tiene buena mano y que irá a jugarlas al primer garito.

—Cenemos entonces —dijo Porthos—; esto se enfría.

Los cuatro amigos, más tranquilos desde entonces por su futuro, hicieron honor a la comida, cuyas sobras fueron abandonadas a los señores Mosquetón, Bazin, Planchet y Grimaud.

Al llegar a París, D'Artagnan encontró una carta del señor de Tréville, quien le prevenía de que, a petición suya, el rey acababa de concederle el favor de ingresar en los mosqueteros.

Como esto era todo lo que D'Artagnan ambicionaba en el mundo, aparte por supuesto, de volver a encontrar a la señora Bonacieux, corrió todo contento en busca de sus camaradas, a los que acababa de dejar hacía media hora, y a los que encontró muy tristes y muy preocupados. Estaban reunidos todos en consejo en casa de Athos, cosa que indicaba siempre circunstancias de cierta gravedad.

El señor de Tréville acababa de hacerles avisar que la intención muy meditada de Su Majestad era iniciar la campaña el primero de mayo, y tenían que preparar de inmediato los equipos.

Los cuatro filósofos se miraron todo pasmados: el señor de Tréville no bromeaba en materia de disciplina.

—¿Y en cuánto estimáis esos equipos? —dijo D'Artagnan.

—¡Oh! No hay más que decirlo —prosiguió Aramis—, acabamos de hacer nuestras cuentas con una cicatería de espartanos y necesitamos cada uno de nosotros mil quinientas libras.

—Cuatro por quinientas son dos mil; o sea, en total seis mil libras —dijo Athos.

—Yo creo —dijo D'Artagnan— que bastará con mil libras cada uno; cierto que no hablo como espartano, sino como procurador…

Esta palabra de procurador despertó a Porthos.

—¡Vaya, tengo una idea! —dijo.

—Algo es algo; yo no tengo siquiera ni la sombra de una —dijo fríamente Athos—; en cuanto a D'Artagnan, señores, la felicidad de ser en adelante uno de nosotros le ha vuelto loco. ¡Mil libras! Declaro que para mí sólo necesito dos mil.

—Cuatro por dos son ocho —dijo entonces Aramis—; por tanto, son ocho mil liras las que necesitamos para nuestros equipos, equipos de los que, es cierto, tenemos ya las sillas.

—Además —dijo Athos, esperando a que D'Artagnan, que iba a dar las gracias al señor de Tréville, hubiese cerrado la puerta—; además de ese hermoso diamante que brilla en el dedo de nuestro amigo. ¡Qué diablo! D'Artagnan es demasiado buen camarada para dejar a sus hermanos en el apuro cuando lleva en su dedo corazón el rescate de un rey.

C A P Í T U L O XXIX

La caza del equipo

El más preocupado de los cuatro amigos era, por supuesto, D'Artagnan, aunque D'Artagnan, en su calidad de guardia, fuera más fácil de equipar que los señores mosqueteros, que eran señores; pero nuestro cadete de Gascuña era, como se habrá podido ver, de un carácter previsor y casi avaro, aunque también fantasioso hasta el punto (explicad los contrarios) de poderse comparar con Porthos. A aquella preocupación de su vanidad D'Artagnan unía en aquel momento una inquietud menos egoísta. Pese a algunas informaciones que había podido recibir sobre la señora Bonacieux, no le había llegado ninguna noticia. El señor de Tréville había hablado de ello a la reina: la reina ignoraba dónde estaba la joven mercera y habría prometido hacerla buscar. Pero esta promesa era muy vaga y apenas tranquilizadora para D'Artagnan.

Athos no salía de su habitación: había decidido no arriesgar una zancada para equiparse.

—Nos quedan quince días —les decía a sus amigos—; pues bien, si al cabo de quince días no he encontrado nada mejor, si nada ha venido a encontrarme, como soy buen católico para

romperme la cabeza de un disparo, buscaré una buena pelea a cuatro guardias de su Eminencia o a ocho ingleses y me batiré hasta que haya uno que me mate, lo cual, con esa cantidad, no puede dejar de ocurrir. Se dirá entonces que he muerto por el rey, de modo que habré cumplido con mi deber sin tener necesidad de equiparme.

Porthos seguía paseándose con las manos a la espalda, moviendo la cabeza de arriba abajo y diciendo:

—Sigo en mi idea.

Aramis, inquieto y despeinado, no decía nada.

Por estos detalles desastrosos puede verse que la desolación reinaba en la comunidad.

Los lacayos, por su parte, como los corceles de Hipólito, compartían la triste pena de sus amos. Mosquetón hacía provisiones de mendrugos de pan; Bazin, que siempre se había dado a la devoción, no dejaba las iglesias; Planchet miraba volar las moscas, y Grimaud, al que la penuria general no podía decidir a romper el silencio impuesto por su amo, lanzaba suspiros como para enternecer a las piedras.

Los tres amigos, porque, como hemos dicho, Athos había jurado no dar un paso para equiparse, los tres amigos salían, pues, al alba y volvían muy tarde. Erraban por las calles mirando al suelo para saber si las personas que habían pasado antes que ellos no habían dejado alguna bolsa. Se hubiera dicho que seguían pistas, tan atentos estaban por donde quiera que iban.

Cuando se encontraban, teman miradas desoladas que querían decir: ¿Has encontrado algo?

Sin embargo como Porthos había sido el primero en dar con su idea y como había persistido en ella, fue el primero en actuar. Era un hombre de acción aquel digno Porthos. D'Artagnan lo vio un día encantinarse hacia la iglesia de Saint-Leu, y lo siguió instintivamente: entró en el lugar santo después de haberse atusado el mostacho y estirado su perilla, lo cual anunciaba de su parte las intenciones más conquistadoras. Como D'Artagnan tomaba algunas precauciones para esconderse, Porthos creyó no haber sido visto. D'Artagnan entró tras él; Porthos fue a situarse al lado de un pilar; D'Artagnan, siempre sin ser visto, se apoyó en otro.

Precisamente había sermón, lo cual hacía que la iglesia estuviera

abarrotada. Porthos aprovechó la circunstancia para echar una ojeada a las mujeres; gracias a los buenos cuidados de Mosquetón, el, exterior estaba lejos de anunciar las penurias del interior: su sombrero estaba ciertamente algo pelado, su pluma descolorida, sus brocados algo deslustrados, sus puntillas bastante raídas, pero a media luz todas estas bagatelas desaparecían y Porthos seguía siendo el bello Porthos.

D'Artagnan observó en el banco más cercano al pilar donde Porthos y él estaban adosados una especie de beldad madura,

algo amarillenta, algo seca, pero tiesa y altiva bajo sus cofias negras. Los ojos de Porthos se dirigían furtivamente hacia aquella dama, luego mariposeaban a lo lejos por la nave.

Por su parte, la dama, que de vez en cuando se ruborizaba, lanzaba con la rapidez del rayo una mirada sobre el voluble Porthos, y al punto los ojos de Porthos se ponían a mariposear con furor. Era claro que se trataba de un manejo que hería vivamente a la dama de las cofias negras, porque se mordía los labios hasta hacerse sangre, se arañaba la punta de la nariz y se agitaba desesperadamente en su asiento.

Al verlo, Porthos se atusó de nuevo su mostacho, estiró una segunda vez su perilla y se puso a hacer señales a una bella dama que estaba junto al coro, y que no solamente era una bella dama, sino que sin duda se trataba de una gran dama, porque tenía tras ella un negrito que había llevado el cojín sobre el que estaba arrodillada, y una doncella que sostenía el bolso bordado con escudo de armas en que se guardaba el libro con que seguía la misa.

La dama de las cofias negras siguió a través de sus vueltas la mirada de Porthos, y comprobó que se detenía sobre la dama del cojín de terciopelo, del negrito y de la doncella.

Mientras tanto, Porthos jugaba fuerte: guiños de ojos, dedos puestos sobre los labios, sonrisitas asesinas que realmente asesinaban a la hermosa desdeñada.

Por eso, en forma de mea culpa y golpeándose el pecho, ella lanzó un

¡hum! tan vigoroso que todo el mundo, incluso la dama del cojín rojo, se volvió hacia su lado; Porthos permaneció impasible, aunque había comprendido bien, pero se hizo el sordo.

La dama del cojín rojo causó gran efecto, porque era muy bella, en la dama de las cofias negras, que vio en ella una rival realmente peligrosa: un gran efecto sobre Porthos, que la encontró más hermosa que la dama de las cofias negras; un gran efecto sobre D'Artagnan, que reconoció a la dama de Meung, de Calais y de Douvres, a la que su perseguidor, el hombre de la cicatriz, había saludado con el nombre de Milady.

D'Artagnan, sin perder de vista a la dama del cojín rojo, continuó

siguiendo los manejos de Porthos, que le divertían mucho; creyó adivinar que la dama de las cofias negras era la procuradora de la calle Aux Ours, tanto más cuanto que la iglesia de Saint-Leu no estaba muy alejada de la citada calle.

Adivinó entonces por inducción que Porthos trataba de tomarse la revancha por la derrota de Chantilly, cuando la procuradora se había mostrado tan recalcitrante respecto a la bolsa.

Pero en medio de todo aquello, D'Artagnan notó también que su rostro no correspondía a las galanterías de Porthos. Aquello

no eran más que quimeras ilusiones; pero para un amor real, para unos celos verdaderos, ¿hay otra realidad que las ilusiones y las quimeras?

El sermón acabó; la procuradora avanzó hacia la pila de agua bendita; Porthos se adelantó y, en lugar de un dedo, metió toda la mano. La procuradora sonrió, creyendo que era para ella, por lo que Porthos hacía aquel extraordinario, pero pronto y cruelmente fue desengañada: cuando sólo estaba a tres pasos de él, éste volvió la cabeza, fijando de modo invariable los ojos sobre la dama del cojín rojo, que se había levantado y que se acercaba seguida de su negrito y de su doncella.

Cuando la dama del cojín rojo estuvo junto a Porthos, Porthos sacó su mano toda chorreante de la pila; la bella devota tocó con su mano afilada la gruesa mano de Porthos, hizo, sonriendo, la señal de la cruz y salió de la iglesia.

Aquello fue demasiado para la procuradora; no dudó de que aquella dama y Porthos estaban requebrándose. Si hubiera sido una gran dama, se habría desmayado; pero como no era más que una procuradora, se contentó con decir al mosquetero con un furor concentrado:

—¡Eh, señor Porthos! ¿No me vais a ofrecer a mí agua bendita?

Al oír aquella voz, Porthos se sobresaltó como lo haría un hombre que se despierta tras un sueño de cien años.

—Se..., señora —exclamó él—. ¿Sois vos? ¿Cómo va vuestro marido, mi querido señor Coquenard? ¿Sigue tan pícaro como

siempre? ¿Dónde tenía yo los ojos, que no os he visto siquiera en las dos horas que ha durado ese sermón?

—Estaba a dos pasos de vos, señor —respondió la procuradora—, y no me habéis visto porque no teníais ojos más que para la hermosa dama a quien acabáis de dar agua bendita.

Porthos fingió estar apurado.

—¡Ah! —dijo—. Habéis notado…

—Hay que estar ciego para no verlo.

—Sí —dijo displicentemente Porthos—; es una duquesa amiga mía con la que tengo muchos problemas para encontrarme por los celos de su marido, y que me había avisado que vendría hoy, sólo para verme, a esta pobre iglesia, en este barrio perdido.

—Señor Porthos —dijo la procuradora— ¿tendríais la bondad de ofrecerme el brazo durante cinco minutos? Hablaría de buena gana con vos.

—Por supuesto, señora —dijo Porthos, guiñándose un ojo a sí mismo como un jugador que ríe de la víctima que va a hacer.

En aquel momento, D’Artagnan pasaba persiguiendo a Milady; lanzó una ojeada hacia Porthos y vio aquella mirada triunfante.

—¡Vaya, vaya! —se dijo a sí mismo, razonando sobre el sentido de la moral extrañamente fácil de aquella época galante—. Ahí hay uno que fácilmente podrá equiparse en el plazo previsto.

Porthos, cediendo a la presión del brazo de su procuradora como una barca cede al gobernalle, llegó al claustro de Saint-Magloire, pasaje poco frecuentado, encerrado por molinetes en sus dos extremos. No se veía, por el día, más que mendigos comiendo o niños jugando.

—¡Ah, señor Porthos! —exclamó la procuradora cuando se hubo tranquilizado de que nadie extraño a la población habitual de la localidad podía verlos ni oírlos—. Vaya, señor Porthos, estáis hecho un conquistador, según parece.

—¿Yo, señora? —dijo Porthos engallándose—. ¿Y eso por qué?

—¿Y las señas de hace un momento, y el agua bendita? Pero por lo menos es una princesa esa dama, con su negrito y su doncella.

—Os equivocáis. Dios mío, no —respondió Porthos—, es simplemente una duquesa.

—¿Y ese recadero que la esperaba en la puerta, y esa carroza con un cochero de lujosa librea que esperaba en su pescante?

Porthos no había visto ni el recadero ni la carroza; pero con su mirada de mujer celosa, la señora Coquenard lo había visto todo.

Porthos lamentó no haber hecho a la dama del cojín rojo princesa a la primera.

—¡Ah, sois un muchacho amado por las hermosas, señor Porthos! — prosiguió suspirando la procuradora.

—Pero —respondió Porthos— comprenderéis que con un físico como el que la naturaleza me ha dotado, no dejo de tener aventuras.

—¡Dios mío! ¡Qué pronto olvidan los hombres! —exclamó la procuradora alzando los ojos al cielo.

—Menos pronto que las mujeres —respondió Porthos—; porque, en fin, señora, yo puedo decir que he sido víctima, cuando herido, moribundo, me he visto abandonado a los cirujanos; yo, el vástago de una familia ilustre, que me había fiado de vuestra amistad, he estado a punto de morir de mis heridas, primero; y de hambre después, en un mal albergue de Chantilly, y eso sin que vos os hayáis dignado responder una sola vez a las ardientes cartas que os he escrito.

—Pero, señor Porthos... —murmuró la procuradora, que se daba cuenta de que, a juzgar por la conducta de las mayores damas de su tiempo, había cometido un error.

—Yo, que había sacrificado por vos a la condesa de Peñaflor...

—Lo sé.

—A la baronesa de…

—Señor Porthos, no me abruméis.

—A la duquesa de…

—Señor Porthos, sed generoso.

—Tenéis razón, señora; además, no acabaría.

—Pero es que mi marido no quiere oír hablar de prestar.

—Señora Coquenard —dijo Porthos—, acordaos de la primera carta que me escribisteis y que conservo grabada en mi memoria.

La procuradora lanzó un gemido.

—Pero es que, además —dijo ella—, la suma que pedíais prestada era algo fuerte.

—Señora Coquenard, os daba preferencia. No he tenido más que escribir a la duquesa de… No quiero decir su nombre, porque no sé lo que es comprometer a una mujer; pero lo que sí sé es que yo no he tenido más que escribirle para que me enviase mil quinientos.

La procuradora derramó una lágrima.

—Señor Porthos —dijo—, os juro que me habéis castigado de sobra y que si en el futuro os encontráis en semejante paso, no tendréis más que dirigiros a mí.

—Dejémoslo, señora —dijo Porthos, como sublevado—; no hablemos de dinero, por favor, es humillante.

—¡Así que no me amáis ya! —dijo lenta y tristemente la procuradora. Porthos guardó un silencio majestuoso.

—¿Así es como me respondéis? ¡Ay, comprendo!

—Pensad en la ofensa que me habéis hecho, señora; se me ha quedado aquí —dijo Porthos, poniendo la mano en su corazón y apretando con fuerza.

—¡Yo la repararé, mi querido Porthos!

—Además, ¿qué os pedía? —prosiguió Porthos con un movimiento de hombros lleno de sencillez—. Un préstamo, nada más. Después de todo, no soy un hombre poco razonable. Sé que no sois rica, señora Coquenard, que vuestro marido está obligado a sangrar a los pobres litigantes para sacar unos pobres escudos. Si fueseis condesa, marquesa o duquesa, sería distinto, y en tal caso no podría perdonaros.

La procuradora se picó.

—Sabed, señor Porthos —dijo ella—, que mi caja fuerte, por muy caja fuerte de procuradora que sea, está quizá mejor provista que la de todas vuestras remilgadas arruinadas.

—Doble ofensa la que me hacéis entonces —dijo Porthos soltando el brazo de la procuradora de debajo del suyo—; porque si vos sois rica, señora Coquenard, entonces no hay excusa que valga en vuestra negativa.

—Cuando digo rica —prosiguió la procuradora, que vio que se había dejado arrastrar demasiado lejos—, no hay que tomar la palabra al pie de la letra. No soy lo que se dice rica, pero vivo holgada.

—Mirad, señora —dijo Porthos—, no hablemos más de todo eso, os lo suplico. Me habéis despreciado; entre nosotros la simpatía se apagó.

—¡Qué ingrato sois!

—¡Ah, encima podéis quejaros! —dijo Porthos.

—¡Idos, pues, con vuestra bella duquesa! Yo no os retengo.

—¡Vaya, por lo menos no está tan seca como creo!

—Veamos, señor Porthos, una vez más, la última: ¿Aún me amáis?

—¡Ah, señora! —dijo Porthos con el tono más melancólico que pudo adoptar—. Justo cuando vamos a entrar en campaña, en una campaña en que mis presentimientos me dicen que seré muerto…

—¡Oh, no digáis esas cosas! —exclamó la procuradora estallando en sollozos.

—Algo me lo dice —continuó Porthos, poniéndose más y más melancólico.

—Decid mejor que tenéis un nuevo amor.

—No, os hablo sinceramente. Ningún nuevo amor me conmueve, e incluso siento aquí, en el fondo de mi corazón, algo que habla por vos. Pero dentro de quince días, como sabéis o como quizá no sepáis, esa fatal campaña empieza: voy a estar muy preocupado por mi equipo. Luego voy a hacer un viaje para ver a mi familia, en el fondo de Bretaña, para conseguir la suma necesaria para mi partida.

Porthos notó un último combate entre el amor y la avaricia.

—Y como —continuó— la duquesa que acabáis de ver en la iglesia tiene sus tierras junto a las mías, haremos el viaje juntos. Los viajes, como sabéis, parecen mucho menos largos cuando se hacen acompañado.

—¿No tenéis ningún amigo en París, señor Porthos? —dijo la procuradora.

—Creía tenerlo —dijo Porthos adoptando su aire melancólico—, pero he visto claramente que me equivocaba.

—Lo tenéis, señor Porthos, lo tenéis —prosiguió la procuradora en un transporte que le sorprendió a ella misma—; venid mañana a casa. Vos sois hijo de mi tía, por tanto mi primo; venís de Noyon, en Picardía; tenéis varios procesos en París y estáis sin procurador. ¿Habéis retenido todo esto?

—Perfectamente, señora.

—Venid a la hora de la comida.

—Muy bien.

—Y manteneos firme ante mi marido, que es marrullero pese a sus setenta y seis años.

—¡Setenta y seis años! ¡Diablo! ¡Hermosa edad! —repuso Porthos.

—La edad madura, querréis decir, señor Porthos. Por eso el pobre hombre puede dejarme viuda de un momento a otro —continuó la procuradora lanzando una mirada significativa a Porthos—. Afortunadamente, por contrato de matrimonio, nos hemos pasado todo al último que viva.

—¿Todo? —dijo Porthos.

—Todo.

—Ya veo que sois una mujer precavida, mi querida señora Coquenard —

dijo Porthos apretando tiernamente la mano de la procuradora.

—¿Estamos, pues, reconciliados, querido señor Porthos? —dijo ella haciendo melindres.

—Para toda la vida —replicó Porthos con el mismo aire.

—Hasta la vista entonces, traidor mío.

—Hasta la vista, olvidadiza mía.

—¡Hasta mañana, ángel mío!

—¡Hasta mañana, llama de mi vida!

CAPÍTULO XXX

Milady

D'Artagnan había seguido a Milady sin ser notado por ella; la vio subir a su carroza y la oyó dar a su cochero la orden de ir a Saint-Germain.

Era inútil tratar de seguir a pie un coche llevado al trote por dos vigorosos caballos. D'Artagnan volvió, por tanto, a la calle Férou.

En la calle de Seine encontró a Planchet que se hallaba parado ante la tienda de un pastelero y que parecía extasiado ante un brioche de la forma más apetecible.

Le dio orden de ir a ensillar dos caballos a las cuadras del señor de Tréville, uno para él, D'Artagnan, y otro para Planchet, y venir a reunírsele a casa de Athos, porque el señor de Tréville había puesto sus cuadras de una vez por todas al servicio de D'Artagnan.

Planchet se encaminó hacia la calle del Colombier y D'Artagnan hacia la calle Férou. Athos estaba en su casa vaciando tristemente una de las botellas de aquel famoso vino español que había traído de su viaje a Picardía. Hizo señas a Grimaud de traer un vaso para D'Artagnan y Grimaud obedeció como de costumbre.

D’Artagnan contó entonces a Athos todo cuanto había pasado en la iglesia entre Porthos y la procuradora, y cómo para aquella hora su compañero estaba probablemente en camino de equiparse.

—Pues yo estoy muy tranquilo —respondió Athos a todo este relato—; no serán las mujeres las que hagan los gastos de mi arnés.

—Y, sin embargo, hermoso, cortés, gran señor como sois, mi querido

Athos, no habría ni princesa ni reina a salvo de vuestros dardos amorosos.

—¡Qué joven es este D’Artagnan! —dijo Athos, encogiéndose de hombros.

E hizo señas a Grimaud para que trajera una segunda botella.

En aquel momento Planchet pasó humildemente la cabeza por la puerta entreabierta y anunció a su señor que los dos caballos estaban allí.

—¿Qué caballos? —preguntó Athos.

—Dos que el señor de Tréville me presta para el paseo y con los que voy a dar una vuelta por Saint-Germain.

—¿Y qué vais a hacer a Saint-Germain? —preguntó aún Athos.

Entonces D'Artagnan le contó el encuentro que había tenido en la iglesia, y cómo había vuelto a encontrar a aquella mujer que, con el señor de la capa negra y la cicatriz junto a la sien, era su eterna preocupación.

—Es decir, que estáis enamorado de ella, como lo estáis de la señora Bonacieux —dijo Athos encogiéndose desdeñosamente de hombros como si se compadeciese de la debilidad humana.

—¿Yo? ¡Nada de eso! —exclamó D'Artagnan—. Sólo tengo curiosidad por aclarar el misterio con el que está relacionada. No sé por qué, pero me imagino que esa mujer, por más desconocida que me sea y por más desconocido que yo sea para ella, tiene una influencia en mi vida.

—De hecho, tenéis razón —dijo Athos—. No conozco una mujer que merezca la pena que se la busque cuando está perdida. La señora Bonacieux está perdida, ¡tanto peor para ella! ¡Que ella misma se encuentre!

—No, Athos, no, os engañáis —dijo D'Artagnan—; amo a mi pobre Constance más que nunca, y si supiese el lugar en que está, aunque fuera en el fin del mundo, partiría para sacarla de las manos de sus verdugos; pero lo ignoro, todas mis búsquedas han sido inútiles. ¿Qué queréis? Hay que distraerse.

—Distraeos, pues, con Milady, mi querido D'Artagnan; lo deseo de todo corazón, si es que eso puede divertiros.

—Escuchad, Athos —dijo D'Artagnan—; en lugar de estaros encerrado aquí como si estuvierais en la cárcel, montad a caballo y venid conmigo a pasearos por Saint-Germain.

—Querido —replicó Athos—, monto mis caballos cuando los tengo; si no, voy a pie.

—Pues bien, yo —respondió D'Artagnan sonriendo ante la misantropía de

Athos, que en otro le hubiera ciertamente herido—, yo soy menos orgulloso que vos, yo monto lo que encuentro. Por eso, hasta luego, mi querido Athos.

—Hasta luego —dijo el mosquetero haciendo a Grimaud seña de descorchar la botella que acababa de traer.

D'Artagnan y Planchet montaron y tomaron el camino de Saint-Germain. A lo largo del camino, lo que Athos había dicho al joven de la señora

Bonacieux le venía a la mente. Aunque D'Artagnan no fuera de carácter muy

sentimental, la linda mercera había causado una impresión real en su corazón; como decía, estaba dispuesto a ir al fin del mundo para buscarla. Pero el mundo tiene muchos fines por eso de que es redondo; de suerte que no sabía hacia qué lado volverse.

Mientras tanto, iba a tratar de saber lo que Milady era. Milady había hablado con el hombre de la capa negra, luego lo conocía. Ahora bien, en la mente de D'Artagnan era el hombre de la capa negra el que había raptado a la señora Bonacieux la segunda vez, como la había raptado la primera. D'Artagnan, pues, sólo mentía a medias, lo cual es mentir bien poco, cuando decía que dedicándose a la busca de Milady se ponía al mismo tiempo a la busca de Constance.

Mientras pensaba así y mientras daba de vez en cuando un golpe de espuela a su caballo, D'Artagnan había recorrido el camino y llegado a Saint- Germain. Acababa de bordear el pabellón en que diez años más tarde debía nacer Luis XIV. Atravesaba una calle muy desierta, mirando a izquierda y derecha por si reconocía algún vestigio de su bella inglesa, cuando en la planta baja de una bonita casa que según la costumbre de la época no tenía ninguna ventana que diese a la calle, vio aparecer una figura conocida. Esta figura paseaba por una especie de terraza adornada de flores. Planchet fue el primero en reconocerla.

—¡Eh, señor! —dijo dirigiéndose a D'Artagnan—. ¿No os acordáis de esa cara de papamoscas?

—No —dijo D'Artagnan—; y, sin embargo, estoy seguro de que no es la primera vez que veo esa cara.

—Ya lo creo, rediez —dijo Planchet—: es el pobre Lubin, el lacayo del conde Wardes, al que tan bien dejasteis apañado hace un

mes, en Calais en el camino hacia la casa de campo del gobernador.

—¡Ah, claro —dijo D'Artagnan—, y ahora lo reconozco! ¿Crees que él te reconocerá a ti?

—A fe, señor, que estaba tan confuso que dudo que haya guardado de mí un recuerdo muy claro.

—Pues bien, vete entonces a hablar con ese muchacho —dijo D'Artagnan

— e infórmate en la conversación si su amo ha muerto.

Planchet se bajó del caballo, se dirigió directamente a Lubin que, en efecto, no lo reconoció, y los dos lacayos se pusieron a hablar con el mejor entendimiento del mundo, mientras D'Artagnan empujaba los dos caballos a una calleja y dando la vuelta a una casa volvía para asistir a la conferencia tras un seto de avellanos.

Al cabo de un instante de observación detrás del seto oyó el ruido de un coche y vio detenerse frente a él la carroza de Milady. No podía equivocarse, Milady estaba dentro. D'Artagnan se tendió sobre el cuerpo de su caballo para ver todo sin ser visto.

Milady sacó su encantadora cabeza rubia por la portezuela y dio órdenes a su doncella.

Esta última, joven de veinte a veintidós años, despierta y viva, verdadera doncella de gran dama, saltó del estribo en el que estaba sentada según la costumbre de la época y se dirigió a la terraza en la que D'Artagnan había visto a Lubin.

D'Artagnan siguió a la doncella con los ojos y la vio encaminarse hacia la terraza. Pero, por azar, una orden del interior había llamado a Lubin, de modo que Planchet se había quedado solo, mirando por todas partes por qué camino había desaparecido D'Artagnan.

La doncella se aproximó a Planchet, al que tomó por Lubin, y tendiéndole un billete dijo:

—Para vuestro amo.

—¿Para mi amo? —repuso Planchet extrañado.

—Sí, y es urgente. Daos prisa.

Dicho esto ella huyó hacia la carroza, vuelta de antemano hacia el sitio por el que había venido; se lanzó sobre el estribo y la carroza partió de nuevo.

Planchet dio vueltas y más vueltas al billete y luego, acostumbrado a la obediencia pasiva, saltó de la terraza, se metió en la callejuela y al cabo de veinte pasos encontró a D'Artagnan, quien habiéndolo visto todo, iba a su encuentro.

—Para vos, señor —dijo Planchet presentando el billete al joven.

—¿Para mí? —dijo D'Artagnan—. ¿Estás seguro de ello?

—Claro que estoy seguro; la doncella ha dicho: «Para tu amo». Y yo no tengo más amo que vos, así que… ¡Vaya real moza! A fe que…

D’Artagnan abrió la carta y leyó estas palabras:

Una persona que se interesa por vos más de lo que puede decir, quisiera saber qué día podríais pasear por el bosque. Mañana, en el hostal del Champ du Drap d’Or, un lacayo de negro y rojo esperará vuestra respuesta.

—¡Oh, oh, esto sí que va rápido! —se dijo D’Artagnan—. Parece que Milady y yo nos preocupamos por la salud de la misma persona. Y bien, Planchet, ¿cómo va ese buen señor Wardes? Entonces, ¿no ha muerto?

—No, señor; va todo lo bien que se puede ir con cuatro estocadas en el cuerpo, porque, sin que yo os lo reproche, le largasteis cuatro a ese buen gentilhombre, y aún está débil, porque perdió casi toda su sangre. Como le había dicho al señor, Lubin no me ha reconocido, y me ha contado de cabo a rabo nuestra aventura.

—Muy bien, Planchet, eres el rey de los lacayos; ahora vuelve a subir al caballo y alcancemos la carroza.

No costó mucho; al cabo de cinco minutos divisaron la carroza detenida al otro lado de la carretera; un caballero ricamente vestido estaba a la portezuela.

La conversación entre Milady y el caballero era tan animada que D'Artagnan se detuvo al otro lado de la carroza sin que nadie, salvo la linda doncella, se diera cuenta de su presencia.

La conversación transcurría en inglés, lengua que D'Artagnan no comprendía; pero por el acento el joven creyó adivinar que la bella inglesa estaba encolerizada; terminó con un gesto que no dejó lugar a dudas sobre la naturaleza de aquella conversación: un golpe de abanico aplicado con tal fuerza que el pequeño adorno femenino voló en mil pedazos.

El caballero lanzó una carcajada que pareció exasperar a Milady.

D'Artagnan pensó que aquél era el momento de intervenir; de modo que se aproximó a la otra portezuela, descubriéndose respetuosamente, y dijo:

—Señora, ¿me permitís ofreceros mis servicios? Parece que este caballero os ha encolerizado. Decid una palabra, señora, y yo me encargo de castigarlo por su falta de cortesía.

A las primeras palabras Milady se había vuelto, mirando al joven con extrañeza, y cuando él hubo terminado:

—Señor —dijo ella, en muy buen francés—, de todo corazón me pondría bajo vuestra protección si la persona que me molesta no fuera mi hermano.

—¡Ah! Excusadme entonces —dijo D'Artagnan—; como comprenderéis, lo ignoraba, señora.

—¿Por qué se mezcla ese atolondrado —exclamó agachándose hasta la altura de la portezuela el caballero al que Milady había designado como pariente suyo— y por qué no sigue su camino?

—El atolondrado lo seréis vos —dijo D'Artagnan, agachándose a su vez sobre el cuello de su caballo y respondiendo por su lado por la portezuela—; no sigo mi camino porque me apetece detenerme aquí.

El caballero dirigió algunas palabras en inglés a su hermana.

—Yo os hablo en francés —dijo D'Artagnan—; hacedme, pues, el placer, por favor, de responderme en la misma lengua. Sois el hermano de la señora, de acuerdo, pero por suerte no lo sois mío.

Podría creerse que Milady, temerosa como lo es de ordinario cualquier mujer, iría a interponerse en aquel inicio de provocación, a fin de impedir que la querella siguiese adelante; pero, por el contrario, se lanzó al fondo de su carroza y gritó fríamente al cochero.

—¡Deprisa, al palacio!

La linda doncella lanzó una mirada de inquietud sobre D'Artagnan, cuyo buen aspecto parecía haber producido su efecto sobre ella.

La carroza partió dejando a los dos hombres uno frente al otro, sin ningún obstáculo material que los separase.

El caballero hizo un movimiento para seguir al coche, pero D'Artagnan, cuya cólera ya en efervescencia había aumentado todavía más al reconocer en él al inglés que en Amiens le había ganado su caballo y había estado a punto de ganar a Athos su diamante, saltó a la brida y lo detuvo.

—¡Eh, señor! —dijo—. Me parecéis todavía más atolondrado que yo, porque me da la impresión de que olvidáis que entre nosotros hay una pequeña querella.

—¡Ah, ah! —dijo en inglés—. Sois vos, mi señor. Pero ¿es que tonéis siempre que jugar un juego a otro?

—Sí, y eso me recuerda que tengo una revancha que tomar. Nos veremos, señor, si manejáis tan diestramente el estoque como el cubilete.

—Veis de sobra que no llevo espada —dijo el inglés—. ¿Queréis haceros el valiente contra un hombre sin armas?

—Espero que la tengáis en casa —replicó D'Artagnan—. En cualquier caso, yo tengo dos y, si queréis, os prestaré una.

—Inútil —dijo el inglés—, estoy provisto de sobra de esa clase de utensilios.

—Pues bien, mi digno gentilhombre —prosiguió D'Artagnan—, elegid la más larga y venid a enseñármela esta tarde.

—¿Dónde, si os place?

—Detrás del Luxemburgo, es un barrio encantador para paseos del género del que os propongo.

—De acuerdo, allí estaré.

—¿Vuestra hora?

—La seis.

—A propósito, probablemente tendréis también uno o dos amigos.

—Tengo tres que estarán muy honrados de jugar la misma partida que yo.

—¿Tres? Perfecto. ¡Qué coincidencia! —dijo D'Artagnan—. ¡Justo mi cuenta!

—Y ahora, ¿quién sois? —preguntó el inglés.

—Soy el señor D'Artagnan, gentilhombre gascón, que sirve en los guardias, compañía del señor Des Essarts. ¿Y vos?

—Yo soy lord de Winter, barón de Sheffield.

—Muy bien, soy vuestro servidor, señor barón —dijo D'Artagnan—, aunque tengáis nombres difíciles de retener.

Y espoleando a su caballo, lo puso al galope y tomó el camino de París.

Como solía hacer en semejantes ocasiones, D'Artagnan bajó derecho a casa de Athos.

Encontró a Athos acostado sobre un gran canapé en el que, como había dicho, esperaba que su equipo viniese a encontrarlo.

Contó a Athos todo lo que acababa de pasar, menos la carta del señor de Wardes.

Athos quedó encantado cuando supo que iba a batirse contra un inglés. Ya hemos dicho que era su sueño.

Enviaron a buscar al instante a Porthos y a Aramis por los lacayos, y se los puso al corriente de la situación.

Porthos sacó su espada fuera de la funda y se puso a espadonear contra el muro retrocediendo de vez en cuando y haciendo flexiones como un bailarín. Aramis, que seguía trabajando en su poema se encerró en el gabinete de Athos y pidió que no lo molestaran hasta el momento de desenvainar.

Athos pidió por señas a Grimaud una botella.

En cuanto a D'Artagnan, preparó para sus adentros un pequeño plan cuya ejecución veremos más tarde, y que le prometía alguna aventura graciosa, como podía verse por las sonrisas que de vez en cuando cruzaban su rostro cuya ensoñación iluminaban.

CAPÍTULO XXXI

Ingleses y franceses

Llegada la hora, se dirigieron con los cuatro lacayos hacia el Luxemburgo, a un recinto abandonado a las cabras. Athos dio una moneda al cabrero para que se alejase. Los lacayos fueron encargados de hacer de centinelas.

Inmediatamente una tropa silenciosa se aproximó al mismo recinto, penetró en él y se unió a los mosqueteros; luego tuvieron lugar las presentaciones según las costumbres de ultramar.

Los ingleses eran todas personas de la mayor calidad, los nombres extraños de sus adversarios fueron, pues, para ellos tema no sólo de sorpresa sino aun de inquietud.

—Pero a todo esto —dijo lord de Winter cuando los tres amigos hubieron dado sus nombres—, no sabemos quiénes sois, y nosotros no nos batiremos con nombres semejantes; son nombres de pastores.

—Como bien suponéis, milord, son nombres falsos —dijo Athos.

—Lo cual nos da aún mayor deseo de conocer los nombres verdaderos — respondió el inglés.

—Habéis jugado de buena gana contra nosotros sin conocerlos —dijo Athos—, y con ese distintivo nos habéis ganado nuestros dos caballos.

—Cierto, pero no arriesgábamos más que nuestras pistolas; esta vez arriesgamos nuestra sangre: se juega con todo el mundo, pero uno sólo se bate con sus iguales.

—Eso es justo —dijo Athos. Y llevó aparte a aquel de los cuatro ingleses con el que debía batirse y le dijo su nombre en voz baja.

Porthos y Aramis hicieron otro tanto por su lado.

—¿Os basta eso —dijo Athos a su adversario—, y me creéis tan gran señor como para hacerme la gracia de cruzar la espada conmigo?

—Sí, señor —dijo el inglés inclinándose.

—Y bien, ahora, ¿queréis que os diga una cosa? —repuso fríamente Athos.

—¿Cuál? —preguntó el inglés.

—Nunca deberíais haberme exigido que me diese a conocer.

—¿Por qué?

—Porque se me cree muerto, porque tengo razones para desear que no se sepa que vivo, y porque voy a verme obligado a mataros, para que mi secreto no corra por ahí.

El inglés miró a Athos, creyendo que éste bromeaba; pero Athos no bromeaba por nada del mundo.

—Señores —dijo dirigiéndose al mismo tiempo a sus compañeros y a sus adversarios—, ¿estamos?

—Sí —respondieron todos a una, ingleses y franceses.

—Entonces, en guardia —dijo Athos.

Y al punto, ocho espadas brillaron a los rayos del crepúsculo, y el combate comenzó con un encarnizamiento muy natural entre gentes dos veces enemigas.

Athos luchaba con tanta calma y método como si estuviera en una sala de armas.

Porthos, corregido sin duda de su excesiva confianza por su aventura de Chantilly, hacía un juego lleno de sutileza y prudencia.

Aramis, que tenía que terminar el tercer canto de su poema, se apresuraba como hombre muy ocupado.

Athos fue el primero en matar a su adversario: no le había lanzado más que una estocada, pero como había avisado, el golpe había sido mortal, la espada le atravesó el corazón.

Porthos fue el segundo en tender al suyo sobre la hierba: le había atravesado el muslo. Entonces, como el inglés le entregaba su espada sin hacer más resistencia, Porthos lo tomó en brazos y lo llevó a su carroza.

Aramis presionó al suyo con tanto vigor que, después de haber cedido una cincuentena de pasos, terminó por emprender la huida a todo correr y desapareció entre el abucheo de los lacayos.

En cuanto a D'Artagnan, había jugado pura y simplemente un juego defensivo; luego, cuando hubo visto a su adversario muy cansado, de un ataque de cuarta al flanco le había hecho soltar la espada. El barón, viéndose desarmado, dio dos o tres pasos hacia atrás; pero en este movimiento, su pie

resbaló y cayó boca arriba.

D'Artagnan estuvo sobre él de un salto y poniéndole la espada en la garganta le dijo:

—Podría mataros, señor, y estáis entre mis manos, pero os concedo la vida por amor a vuestra hermana.

D'Artagnan se hallaba en el colmo de la alegría; acababa de realizar el plan que había proyectado de antemano, y cuyo desarrollo había hecho aflorar a su rostro las sonrisas de que hemos hablado.

El inglés, encantado con habérselas con un gentilhombre tan acomodaticio, estrechó a D'Artagnan entre sus brazos, hizo mil carantoñas a los tres mosqueteros y, como el adversario de Porthos ya estaba instalado en el coche y el de Aramis había

puesto pies en polvorosa, no hubo que pensar más que en el difunto.

Cuando Porthos y Aramis lo desnudaban con la esperanza de que su herida no fuera mortal, una gruesa bolsa escapó de su cintura. D'Artagnan la recogió y se la tendió a lord de Winter.

—¿Y qué diablos queréis que haga yo con esto? —dijo el inglés.

—Entregádsela a su familia —dijo D'Artagnan.

—A su familia no le preocupa esa miseria: tiene más de quince mil luises de renta; guardaos esa bolsa para vuestros lacayos.

D'Artagnan metió la bolsa en su bolsillo.

—Y ahora, joven amigo, porque espero que me permitiréis daros ese nombre —dijo lord de Winter—, desde esta noche, si lo deseáis, os presentaré a mi hermana, lady Clarick; porque quiero que ella os conceda sus favores, y como no está mal vista en la corte, quizá en el futuro una palabra dicha por ella no os fuera del todo inútil.

D'Artagnan se ruborizó de placer y se inclinó en señal de asentimiento. Mientras tanto, Athos se había acercado a D'Artagnan.

—¿Qué pensáis hacer con esa bolsa? —le dijo en voz baja al oído.

—Contaba con entregárosla, mi querido Athos.

—¿A mí? ¿Y eso por qué?

—¡Toma! Vos lo habéis matado: son los despojos opimos.

—¡Yo heredero de un enemigo! —dijo Athos—. ¿Por quién me tomáis entonces?

—Es costumbre de guerra —dijo D'Artagnan—. ¿Por qué no habría de ser costumbre de un duelo?

—Ni siquiera he hecho eso en el campo de batalla —dijo Athos.

Porthos se encogió de hombros. Aramis, con un movimiento de labios, aprobó a Athos.

—Entonces —dijo D'Artagnan—, demos este dinero a los lacayos, como lord de Winter nos ha dicho que hagamos.

—Sí —dijo Athos—, demos esa bolsa no a nuestros lacayos, sino a los lacayos ingleses.

Athos cogió la bolsa y la lanzó a las manos del cochero.

—Para vos y vuestros compañeros.

Esta grandeza de modales en un hombre completamente privado de todo, sorprendió al mismo Porthos, y esta generosidad francesa, contada por lord de Winter y su amigo, tuvo gran éxito en todas partes salvo entre los señores Grimaud, Mosquetón Planchet y Bazin.

Lord de Winter dio a D'Artagnan, al despedirse, la dirección de su hermana; vivía en la Place Royale, que era entonces el barrio de moda, en el número 6. Además, se comprometía a ir a

recogerlo para presentarlo. D'Artagnan lo citó a las ocho, en casa de Athos.

Aquella presentación a Milady preocupaba mucho la cabeza de nuestro gascón. Recordaba de qué extraña manera se había mezclado aquella mujer hasta entonces en su destino. Estaba convencido de que era alguna criatura del cardenal y, sin embargo, se sentía invenciblemente arrastrado hacia ella por uno de esos sentimientos de que uno no se da cuenta. Su único temor era que Milady reconociese en él al hombre de Meung y de Douvres. En ese caso, ella sabría que era uno de los amigos del señor de Tréville, y, por consiguiente, que pertenecía en cuerpo y alma al rey, lo cual, desde ese momento, le haría perder parte de sus ventajas, porque conocido de Milady como él la conocía a ella, jugaría con ella el mismo juego. En cuanto a aquel principio de intriga entre ella y el conde de Wardes, nuestro presuntuoso se preocupaba más bien poco, aunque el marqués fuera joven, guapo, rico y fuerte en el favor del cardenal. No en balde se tiene veinte años, y, sobre todo, ¡no en balde ha nacido uno en Tarbes!

D'Artagnan comenzó por ir a su casa para hacerse un aseo esplendente; luego se dirigió a la de Athos, y, según su costumbre, se lo contó todo. Athos escuchó sus proyectos; luego movió la cabeza y le recomendó prudencia con algo de amargura.

—¡Vaya! —le dijo—. Acabáis de perder a una mujer que decís que es

buena, encantadora y perfecta, y ya estáis corriendo detrás de otra.

D'Artagnan se dio cuenta de la verdad de este reproche.

—Yo amaba a la señora Bonacieux de corazón, mientras que a Milady la amo con la cabeza; al hacerme llevar a su casa, busco sobre todo conocer el papel que juega en la corte.

—¡Diantre, el papel que juega! No es difícil de adivinar después de todo cuanto me habéis dicho. Es un emisario del cardenal: una mujer que os atraerá a una trampa en la que dejaréis sencillamente la cabeza.

—¡Diablos, mi querido Athos! Veis las cosas muy negras, en mi opinión.

—Querido, desconfío de las mujeres, ¿qué queréis? Estoy pagando por ello, y sobre todo de las mujeres rubias. Según me habéis dicho, Milady es rubia.

—Tiene el pelo del rubio más hermoso que se pueda hallar.

—¡Ay, mi pobre D'Artagnan! —exclamó Athos.

—Escuchad, quiero saber; luego, cuando sepa lo que deseo saber me alejaré.

—Ilustraos, pues —dijo flemáticamente Athos.

Lord de Winter llegó a la hora indicada, pero Athos, prevenido a tiempo, pasó a la segunda habitación. Encontró, pues, a

D’Artagnan solo, y como eran cerca de las ocho llevó consigo al joven.

Una elegante carroza esperaba abajo, y como estaba enjaezada con dos excelentes caballos, en un instante estuvieron en la Place Royale.

Milady Clarick recibió graciosamente a D’Artagnan. Su palacete era de una suntuosidad notable; y aunque la mayoría de los ingleses, expulsados por la guerra, abandonaban Francia o estaban a punto de abandonarla, Milady acababa de hacer en su casa nuevos gastos: lo cual probaba que la medida general que despedía a los ingleses no la afectaba.

—Veis aquí —dijo lord de Winter presentando a D’Artagnan a su hermana

— a un joven gentilhombre que ha tenido mi vida entre sus manos, y que no ha querido abusar de su ventaja, aunque fuésemos dos veces enemigos, por ser yo quien lo insultó, y por ser inglés. Agradecédselo, pues, señora, si sentís alguna amistad por mí.

Milady frunció ligeramente el entrecejo; una nube apenas visible pasó por su frente, y en sus labios apareció una sonrisa tan extraña que el joven, que vio ese triple matiz, tuvo como un escalofrío.

El hermano no vio nada; se había vuelto para jugar con el mono favorito de

Milady, al que había tirado por el jubón.

—Sed bienvenido, señor —dijo Milady con una voz cuya dulzura singular contrastaba con los síntomas de mal humor que acababa de observar D'Artagnan—, hoy habéis adquirido derechos eternos para mi gratitud.

El inglés se volvió entonces y contó el combate sin omitir detalle. Milady escuchó con la mayor atención; sin embargo, se veía fácilmente, por más esfuerzo que hiciese por ocultar sus impresiones, que el relato no le resultaba agradable. La sangre subía a su cabeza, y su pequeño pie se agitaba impacientemente bajo la falda.

Lord de Winter no se dio cuenta de nada. Luego, cuando hubo terminado, se acercó a una mesa donde estaban servidos, sobre una bandeja, una botella de vino español y vasos. Llenó dos vasos y con un gesto invitó a D'Artagnan a beber.

D'Artagnan sabía que era contrariar mucho a un inglés negarse a brindar con él. Se acercó, pues, a la mesa y cogió el segundo vaso. Sin embargo, no había perdido de vista a Milady, y en el cristal vislumbró el cambio que acababa de operarse en su rostro. Ahora que ella no creía ser mirada, un sentimiento que se parecía a la ferocidad animaba su fisonomía. Mordía su pañuelo a dentelladas.

Aquella linda criadita a la que D'Artagnan ya había visto entró entonces; dijo en inglés algunas palabras a lord de Winter, que

pidió al punto a D'Artagnan permiso para retirarse, excusándose con la urgencia del asunto que le llamaba, y encargando a su hermana obtener su perdón.

D'Artagnan cambió un apretón de manos con lord de Winter y volvió junto a Milady. El rostro de aquella mujer, con movilidad sorprendente, había recuperado su expresión llena de gracia, y sólo algunas pequeñas manchas rojas sobre su pañuelo indicaban que se había mordido los labios hasta hacerse sangre.

Sus labios eran magníficos, hubiérase dicho de coral.

La conversación tomó un giro jovial. Milady parecía haberse repuesto enteramente. Contó que lord de Winter no era más que su cuñado, y no su hermano: se había casado con el segundón de la familia, que la había dejado viuda con un hijo. Ese hijo era el único heredero de lord de Winter, si lord de Winter no se casaba. Todo esto dejaba ver a D'Artagnan un velo que envolvía algo, pero no distinguía aún nada bajo ese velo.

Por lo demás, al cabo de media hora de conversación D'Artagnan estaba convencido de que Milady era compatriota suya: hablaba francés con una pureza y una elegancia que no dejaban duda alguna al respecto.

D'Artagnan se deshizo en palabras galantes y en protestas de afecto. A todas las sandeces que se le escaparon a nuestro

gascón, Milady sonrió con benevolencia. Llegó la hora de retirarse. D'Artagnan se despidió de Milady y salió del salón como el más feliz de los hombres.

En la escalera encontró a la linda doncella, que le rozó suavemente al pasar y, ruborizándose hasta el blanco de los ojos, le pidió perdón por haberle tocado con una voz tan dulce que el perdón le fue concedido al instante.

D'Artagnan volvió al día siguiente y fue recibido mejor aún que la víspera. Lord de Winter no estaba, y fue Milady quien esta vez le hizo todos los honores de la velada. Pareció interesarse mucho por él, le preguntó de dónde era, quiénes eran sus amigos, y si no había pensado alguna vez en vincularse al servicio del señor cardenal.

D'Artagnan que, como sabemos, era muy prudente para un gascón de veinte años, se acordó entonces de sus sospechas sobre Milady; le hizo un gran elogio de Su Eminencia, le dijo que no habría dejado de entrar en los guardias del cardenal en lugar de entrar en los guardias del rey si hubiera conocido al señor de Cavois en lugar de conocer al señor de Tréville.

Milady cambió de conversación sin afectación alguna, y preguntó a D'Artagnan de la forma más descuidada del mundo si había estado alguna vez en Inglaterra.

D'Artagnan respondió que había sido enviado por el señor de Tréville para tratar de una remonta de caballos, y que incluso se había traído cuatro como muestra.

En el curso de esta conversación, Milady se pellizcó dos o tres veces los labios: tenía que vérselas con un gascón que jugaba fuerte.

A la misma hora que la víspera D'Artagnan se retiró. En el corredor volvió a encontrar a la linda Ketty, tal era el nombre de la doncella, Esta lo miró con una expresión de misteriosa benevolencia en la que no podía equivocarse. Pero D'Artagnan estaba tan preocupado por el ama que no se fijaba más que en lo que venía de ella.

D'Artagnan volvió a la casa de Milady al día siguiente, y al siguiente, y cada vez Milady le brindó una acogida más graciosa.

Cada vez también, bien en la antecámara, bien en el corredor, bien en la escalinata, volvía a encontrar a la linda doncella.

Pero como ya hemos dicho, D'Artagnan no prestaba ninguna atención a esta persistencia de la pobre Ketty.

C A P Í T U L O XXXII

Una cena de procurador

Mientras tanto, el duelo en el que Porthos había jugado un papel tan brillante no le había hecho olvidar la cena a la que le había invitado la mujer del procurador. Al día siguiente, hacia la una, se hizo dar la última cepillada por Mosquetón, y se encaminó hacia la calle Aux Ours, con el paso de un hombre que tiene dos veces suerte.

Su corazón palpitaba, pero no era, como el de D'Artagnan, por un amor joven e impaciente. No, un interés más material le latigaba la sangre, iba por fin a franquear aquel umbral misterioso, a subir aquella escalinata desconocida que habían construido, uno a uno, los viejos escudos de maese Coquenard.

Iba a ver, en realidad, cierto arcón cuya imagen había visto veinte veces en sus sueños; arcón de forma alargada y profunda, lleno de cadenas y cerrojos, empotrado en el suelo; arcón del que con tanta frecuencia había oído hablar, y que las manos algo secas, cierto, pero no sin elegancia, de la procuradora, iban a abrir a sus miradas admiradoras.

Y luego él, el hombre errante por la tierra, el hombre sin fortuna, el hombre sin familia, el soldado habituado a los albergues, a los tugurios; a las tabernas, a las posadas, el gastrónomo

forzado la mayor parte del tiempo a limitarse a bocados de ocasión, iba a probar comidas caseras, a saborear un interior confortable y a dejarse mimar con esos pequeños cuidados que cuanto más duro es uno más placen, como dicen los viejos soldadotes.

Venir en calidad de primo a sentarse todos los días a una buena mesa, desarrugar la frente amarilla y arrugada del viejo procurador, desplumar algo a los jóvenes pasantes enseñándoles la baceta, el passedix y el lansquenete en sus jugadas más finas, y ganándoles a manera de honorarios por la lección que les daba en una hora sus ahorros de un mes, todo esto hacía sonreír enormemente a Porthos.

El mosquetero recordaba bien, de aquí y de allá, las malas ideas que corrían en aquel tiempo sobre los procuradores y que les han sobrevivido: la tacañería, los recortes, los días de ayuno, pero como después de todo, salvo algunos accesos de economía que Porthos había encontrado siempre muy intempestivos, había visto a la procuradora bastante liberal, para una procuradora, por supuesto, esperó encontrar una casa montada de forma halagüeña.

Sin embargo, a la puerta el mosquetero tuvo algunas dudas: el comienzo era para animar a la gente: alameda hedionda y negra, escalera mal aclarada por barrotes a través de los cuales se filtraba la luz de un patio vecino; en el

primer piso una puerta baja y herrada con enormes clavos como la puerta principal de Grand Châtelet.

Porthos llamó con el dedo: un pasante alto, pálido y escondido bajo una selva virgen de pelo, vino a abrir y saludó con aire de hombre obligado a respetar en otro al mismo tiempo la altura que indica la fuerza, el uniforme militar que indica el estado, y la cara bermeja que indica el hábito de vivir bien.

Otro pasante más pequeño tras el primero, otro pasante más alto tras el segundo, un mandadero de doce años tras el tercero.

En total, tres pasantes y medio; lo cual, para la época, anunciaba un bufete de los más surtidos.

Aunque el mosquetero sólo tenía que llegar a la una, desde medio día la procuradora tenía el ojo avizor y contaba con el corazón y quizá también con el estómago de su adorador para que adelantase la hora.

La señora Coquenard llegó, pues, por la puerta de la vivienda casi al mismo tiempo que su invitado llegaba por la puerta de la escalera, y la aparición de la digna dama lo sacó de un gran apuro. Los pasantes eran curiosos y él, no sabiendo demasiado bien qué decir a aquella gama ascendente y descendente, permanecía con la lengua muda.

—Es mi primo —exclamó la procuradora—; entrad pues, entrad, señor Porthos.

El nombre de Porthos causó efecto en los pasantes, que se echaron a reír; pero Porthos se volvió, y todos los rostros recuperaron su gravedad.

Llegaron al gabinete del procurador tras haber atravesado la antecámara donde estaban los pasantes, y el estudio donde habrían debido estar; esta última habitación era una especie de sala negra y amueblada, con papelotes. Al salir del estudio, dejaron la cocina a la derecha y entraron en la sala de recibir.

Todas aquellas habitaciones que se comunicaban no inspiraron en Porthos buenas ideas. Las palabras debían oírse desde lejos por todas aquellas puertas abiertas; luego, al pasar, había lanzado una mirada rápida y escrutadora en la cocina, y a sí mismo se confesaba, para vergüenza de la procuradora y para pesar suyo, que no había visto ese fuego, esa animación, ese movimiento que a la hora de una buena comida reinan ordinariamente en ese santuario de la gula.

Indudablemente el procurador había sido prevenido de aquella visita, porque no testimonió ninguna sorpresa ante la vista de Porthos, que avanzó sobre él con un aire bastante desenvuelto y lo saludó cortésmente.

—Somos primos, según parece, señor Porthos —dijo el procurador levantándose a fuerza de brazos sobre su sillón de caña.

El viejo, envuelto en un gran jubón en el que se perdía su cuerpo endeble, era vigoroso y seco; sus ojillos grises brillaban como carbunclos y parecían, junto con su boca gesticulera, la única parte de su rostro donde quedaba vida. Por desgracia, las piernas comenzaban a rehusar servir a toda aquella máquina ósea; desde que hacía cinco o seis meses se había dejado sentir este debilitamiento, el digno procurador se había convertido casi en el esclavo de su mujer.

El primo fue aceptado con resignación, eso fue todo. Un maese Coquenard ligero de piernas hubiera declinado todo parentesco con el señor Porthos.

—Sí, señor, somos primos —dijo sin desconcertarse Porthos, que por otra parte jamás había contado con ser recibido por el marido con entusiasmo.

—¿Por parte de las mujeres, según creo? —dijo maliciosamente el procurador.

Porthos no se dio cuenta de la socarronería y la tomó por una ingenuidad de la que se rio para sus adentros. La señora Coquenard, que sabía que el procurador ingenuo era una variedad muy rara en la especie, sonrió algo y se ruborizó mucho.

Desde la llegada de Porthos, maese Coquenard había puesto con inquietud los ojos en un gran armario colocado frente a su escritorio de roble. Porthos comprendió que aquel armario, aunque no correspondiese a la forma del que había visto en sus

sueños, debía ser el bienaventurado arcón, y se congratuló de que la realidad tuviera seis pies más alto que el sueño.

Maese Coquenard no prosiguió más lejos sus investigaciones genealógicas, pero volviendo su mirada inquieta del armario a Porthos, se encontró con decir:

—Señor primo, antes de su partida para la campaña, nos hará el favor de cenar una vez con nosotros, ¿no es así, señora Coquenard?

En esta ocasión Porthos recibió el golpe en pleno estómago y lo sintió; parece que por su lado la señora Coquenard tampoco fue insensible a él porque añadió:

—Mi primo no volvería si cree que le tratamos mal; en caso contrario, tiene demasiado poco tiempo que pasar en París y, por consiguiente, para vernos, para que no le pidamos casi todos los instantes de que pueda disponer hasta su partida.

—¡Oh, mis piernas, mis pobres piernas! ¿Dónde estáis? —murmuró Coquenard. Y trató de sonreír.

Esta ayuda que le había llegado a Porthos en el momento que era atacado en sus esperanzas gastronómicas inspiró al mosquetero mucha gratitud hacia

su procuradora.

Pronto llegó la hora de comer. Pasaron al comedor, gran sala oscura que se hallaba situada en frente a la cocina.

Los pasantes que, a lo que parece, habían notado en la casa perfumes desacostumbrados, eran de una exactitud militar, y tenían a mano sus taburetes, dispuestos como estaban a sentarse. Se los veía remover por adelantado las mandíbulas con disposiciones tremendas.

«¡Rediós! —pensó Porthos lanzando una mirada sobre los tres hambrientos, porque el mandadero no era, como es lógico, admitido en los honores de la mesa magistral—. ¡Rediós! En lugar de mi primo, yo no conservaría semejantes golosos. Se diría náufragos que no han comido desde hace seis semanas».

Maese Coquenard entró, empujado en su sillón de ruedas por la señora Coquenard, a quien Porthos, a su vez, vino a ayudar para llevar a su marido hasta la mesa.

Apenas hubo entrado, movió la nariz y las mandíbulas al igual que sus pasantes.

—¡Vaya vaya! —dijo—. Tenemos una sopa prometedora.

—¿Qué diablos huelen de extraordinario en la sopa? —dijo Porthos ante el aspecto de un caldo pálido, abundante, pero completamente ciego y sobre el que nadaban algunas cortezas, raras como las islas de un archipiélago.

La señora Coquenard sonrió y a una indicación suya todo el mundo se sentó con diligencia.

El primero en ser servido fue maese Coquenard, luego Porthos; después la señora Coquenard llenó su plato y distribuyó las cortezas sin caldo a los pasantes impacientes.

En aquel momento se abrió por sí sola la puerta del comedor rechinando, y Porthos, a través de los batientes entreabiertos, vio al pequeño recadero que, no pudiendo participar en el festín, comía su pan entre el doble olor de la cocina y del comedor.

Tras la sopa, la criada trajo una gallina hervida; magnificencia que hizo dilatar los párpados de los invitados de tal forma que parecían a punto de romperse.

—¡Cómo se ve que queréis a vuestra familia, señora Coquenard! —dijo el procurador con una sonrisa casi trágica—. Esto es una galantería que tenéis con vuestro primo.

La pobre gallina era delgada y estaba revestida de uno de esos gruesos

pellejos erizados que los huesos nunca horadan pese a sus esfuerzos; habrían tenido que buscarla durante mucho tiempo antes de encontrarla en el palo al que se había retirado para morir de vejez.

«¡Diablos! —pensó Porthos—. ¡Sí que es triste esto! Yo respeto la vejez, pero hago poco caso de si está hervida o asada».

Y miró a la redonda para ver si su opinión era compartida; pero al contrario que él, no vio más que ojos resplandecientes, que devoraban por adelantado aquella sublime gallina, objeto de sus desprecios.

La señora Coquenard atrajo la fuente para sí, separó hábilmente las dos grandes patas negras, que puso en el plato de su marido; cortó el cuello, que se puso, dejando a un lado la cabeza, para ella; cortó el ala para Porthos y devolvió a la criada que acababa de traerlo el animal, que volvió casi intacto, y que había desaparecido antes de que el mosquetero tuviera tiempo de examinar las variaciones que el desencanto pone en los rostros, según los caracteres y temperamentos de quienes lo experimentan.

En lugar del pollo, hizo su entrada una fuente de habas, fuente enorme en la que hacían ademán de mostrarse algunos huesos de cordero, a los que en un principio se hubiera creído acompañados de carne.

Mas los pasantes no fueron víctimas de esta supercherίa y los rostros lúgubres se convirtieron en rostros resignados.

La señora Coquenard distribuyó este manjar a los jóvenes con la moderación de una buena ama de casa.

Llegó la ronda del vino. Maese Coquenard echó de una botella de gres muy exigua el tercio de un vaso a cada uno de los jóvenes, se sirvió a sí mismo en proporciones casi iguales, y la

botella pasó al punto del lado de Porthos y de la señora Coquenard.

Los jóvenes llenaron con agua aquel tercio de vino, luego, cuando habían bebido la mitad del vaso, volvían a llenarlo, y seguían haciéndolo siempre así; lo cual les llevaba al final de la comida a tragar una bebida que del color del rubí había pasado al del topacio quemado.

Porthos comió tímidamente su ala de gallina, y se estremeció al sentir bajo la mesa la rodilla de la procuradora que venía a encontrar la suya. Bebió también medio vaso de aquel vino tan escatimado, y que reconoció como uno de esos horribles caldos de Montreuil, terror de los paladares expertos.

Maese Coquenard lo miró engullir aquel vino puro y suspiró.

—¿Queréis comer estas habas, primo Porthos? —dijo la señora Coquenard en ese tono que quiere decir: Creedme, no las comáis.

—¡Al diablo si las pruebo! —murmuró por lo bajo Porthos. Y añadió en voz alta—: Gracias, prima, no tengo más hambre.

Y se hizo un silencio. Porthos no sabía qué comportamiento tener. El procurador repitió varias veces:

¡Ay señora Coquenard! Os felicito, vuestra comida era un verdadero festín.

¡Dios, cómo he comido!

Maese Coquenard había comido su sopa, las patas negras de la gallina y el único hueso de cordero en que había algo de carne.

Porthos creyó que se burlaban de él, y comenzó a retorcerse el mostacho y a fruncir el entrecejo; pero la rodilla de la señora Coquenard vino suavemente a aconsejarle paciencia.

Aquel silencio y aquella interrupción de servicio, que se habían vuelto ininteligibles para Porthos, tenían por el contrario una significación terrible para los pasantes: a una mirada del procurador, acompañada de una sonrisa de la señora Coquenard, se levantaron lentamente de la mesa, plegaron sus servilletas más lentamente aún, luego saludaron y se fueron.

—Id, jóvenes, id a hacer la digestión trabajando —dijo gravemente el procurador.

Una vez idos los pasantes, la señora Coquenard se levantó y sacó un trozo de queso, confitura de membrillo y un pastel que ella misma había hecho con almendras y miel.

Maese Coquenard frunció el ceño, porque veía demasiados postres; Porthos se pellizcó los labios, porque veía que no había nada que comer.

Miró si aún estaba allí el plato de habas; el plato de habas había desaparecido.

—Gran festín —exclamó maese Coquenard agitándose en su silla—, auténtico festín, epuloe epularum; Lúculo cena en casa de Lúculo.

Porthos miró la botella que estaba a su lado, y esperó que con vino, pan y queso comería; pero no había vino, la botella estaba vacía; el señor y la señora Coquenard no parecieron darse cuenta.

—Está bien —se dijo Porthos—, ya estoy avisado.

Pasó la lengua sobre una cucharilla de confituras y se dejó pegados los labios en la pasta pegajosa de la señora Coquenard.

—Ahora —se dijo—, el sacrificio está consumado. ¡Ay, si tuviera la esperanza de mirar con la señora Coquenard en el armario de su marido!

Maese Coquenard, tras las delicias de semejante comida, que él llamaba

exceso, sintió la necesidad de echarse la siesta. Porthos esperaba que tendría lugar a continuación y en aquel mismo lugar; pero el procurador maldito no quiso oír nada: hubo que llevarlo a su habitación y gritó hasta que estuvo delante de su armario, sobre cuyo reborde, por mayor precaución aún, posó sus pies.

La procuradora se llevó a Porthos a una habitación vecina y comenzaron a sentar las bases de la reconciliación.

—Podréis venir tres veces por semana —dijo la señora Coquenard.

—Gracias —dijo Porthos—, no me gusta abusar; además, tengo que pensar en mi equipo.

—Es cierto —dijo la procuradora gimiendo—. Ese desgraciado equipo…

—¡Ay, sí! —dijo Porthos—. Es por él.

—Pero ¿de qué se compone el equipo de vuestro regimiento, señor Porthos?

—¡Oh, de muchas cosas! —dijo Porthos—. Los mosqueteros, como sabéis, son soldados de élite, y necesitan muchos objetos que son inútiles para los guardias o para los Suizos.

—Pero detalládmelos…

—En total pueden llegar a… —dijo Porthos, que prefería discutir el total que el detalle.

La procuradora esperaba temblorosa.

¿A cuánto? —dijo ella—. Espero que no pase de… detuvo, le faltaba la palabra.

—¡Oh, no! —dijo Porthos—. No pasa de dos mil quinientas libras; creo incluso que, haciendo economías, con dos mil libras me arreglaré.

—¡Santo Dios, dos mil libras! —exclamó ella—. Eso es una fortuna.

Porthos hizo una mueca de las más significativas; la señora Coquenard la comprendió.

—Preguntaba por el detalle porque, teniendo muchos parientes y clientes en el comercio, estaba casi segura de obtener las cosas a la mitad del precio a que las pagaríais vos.

—¡Ah, ah —dijo Porthos—, si es eso lo que habéis querido decir!

—Sí, querido señor Porthos. ¿Así que lo primero que necesitáis es un caballo?

—Sí, un caballo.

—¡Pues bien, precisamente lo tengo!

—¡Ah! —dijo Porthos radiante—. O sea que lo del caballo está arreglado; luego me hacen falta el enjaezamiento completo, que se compone de objetos que sólo un mosquetero puede comprar, y que por otra parte no subirá de las trescientas libras.

—Trescientas libras, entonces pondremos trescientas libras —dijo la procuradora con un suspiro.

Porthos sonrió: como se recordará, tenía la silla que le venía de Buckingham: eran por tanto trescientas libras que contaba con meter astutamente en su bolsillo.

—Luego —continuó—, está el caballo de mi lacayo y mi equipaje en cuanto a las armas es inútil que os preocupéis, las tengo.

—¿Un caballo para vuestro lacayo? —contestó la procuradora. Vaya, sois un gran señor, amigo mío.

—Eh, señora —dijo orgullosamente Porthos—, ¿soy acaso un muerto de hambre?

—No, sólo decía que un bonito mulo tiene a veces tan buena pinta como un caballo, y que me parece que consiguiéndoos un buen mulo para Mosquetón…

—Bueno, dejémoslo en un buen mulo —dijo Porthos—; tenéis razón, he visto a muy grandes señores españoles cuyo séquito iba en mulo pero entonces incluid, señora Coquenard, un mulo con penachos cascabeles.

—Estad tranquilo —dijo la procuradora.

—Queda la maleta.

—Oh, en cuanto a eso no os preocupéis —exclamó la señor, Coquenard—, mi marido tiene cinco o seis maletas, escogeréis la mejor; tiene una sobre todo que le gustaba mucho para sus viajes y que es tan grande que cabe un mundo.

—Y esa maleta, ¿está vacía? —preguntó ingenuamente Porthos.

—Claro que está vacía—respondió ingenuamente por su lado la procuradora.

—¡Ay, la maleta que yo necesito ha de ser una maleta bien provista, querida!

La señora Coquenard lanzó nuevos suspiros. Molière no había escrito aún su escena de L'Avare: la señora Coquenard precede por tanto a Harpagón.

En resumen, el resto del equipo fue debatido sucesivamente de la misma manera; y el resultado de la escena fue que la procuradora pediría a su marido un préstamo de ochocientas libras en plata, y proporcionaría el caballo y el mulo que tendrían el honor de llevar a la gloria a Porthos y a Mosquetón.

Fijadas estas condiciones, y estipulados los intereses así como la fecha de rembolso, Porthos se despidió de la señora Coquenard. Esta quería retenerlo poniéndole ojos de cordera; pero Porthos pretextó las exigencias del servicio, y fue necesario que la procuradora cediese el puesto al rey.

El mosquetero volvió a su casa con un hambre de muy mal humor.

C A P Í T U L O XXXIII

Doncella y señora

Entre tanto, como hemos dicho, pese a los gritos de su conciencia y a los sabios consejos de Athos, D'Artagnan se enamoraba más de hora en hora de Milady; por eso no dejaba de ir ningún día a hacerle una corte a la que el aventurero gascón estaba convencido de que tarde o temprano no podía dejar ella de corresponderle.

Una noche que llegaba orgulloso, ligero como hombre que espera una lluvia de oro, encontró a la doncella en la puerta cochera; pero esta vez la linda Ketty no se contentó con sonreírle al pasar: le cogió dulcemente la mano.

—¡Bueno! —se dijo D'Artagnan—. Estará encargada de algún mensaje para mí de parte de su señora; va a darme alguna cita que no habrá osado darme ella de viva voz.

Y miró a la hermosa niña con el aire más victorioso que pudo adoptar.

—Quisiera deciros dos palabras, señor caballero… —balbuceó la doncella.

—Habla, hija mía, habla —dijo D'Artagnan—, te escucho.

—Aquí, imposible: lo que tengo que deciros es demasiado largo y sobre todo demasiado secreto.

—¡Bueno! Entonces, ¿qué se puede hacer?

—Si el señor caballero quisiera seguirme —dijo tímidamente Ketty.

—Donde tú quieras, hermosa niña.

—Venid entonces.

Y Ketty, que no había soltado la mano de D'Artagnan, lo arrastró por una pequeña escalera sombría y de caracol, y tras haberle hecho subir una quincena de escalones, abrió una puerta.

—Entrad, señor caballero —dijo—, aquí estaremos solos y podremos hablar.

—¿Y de quién es esta habitación, hermosa niña? —preguntó D'Artagnan.

—Es la mía, señor caballero; comunica con la de mi ama por esta puerta. Pero estad tranquilo no podrá oír lo que decimos, jamás se acuesta antes de medianoche.

D'Artagnan lanzó una ojeada alrededor. El cuartito era encantador de gusto y de limpieza; pero, a pesar suyo, sus ojos se fijaron en aquella puerta que Katty le había dicho que conducía a la habitación de Milady.

Ketty adivinó lo que pasaba en el alma del joven, y lanzó un suspiro.

—¡Amáis entonces a mi ama, señor caballero! —dijo ella.

—¡Más de lo que podría decir! ¡Estoy loco por ella! Ketty lanzó un segundo suspiro.

—¡Ah, señor —dijo ella—, es una lástima!

—¿Y qué diablos ves en ello que sea tan molesto? —preguntó D'Artagnan.

—Es que, señor —prosiguió Ketty— mi ama no os ama.

—¡Cómo! —dijo D'Artagnan—. ¿Te ha encargado ella decírmelo?

—¡Oh, no, señor! Soy yo quien, por interés hacia vos, he tomado la decisión de avisaros.

—Gracias, mi buena Ketty, pero sólo por la intención, porque comprenderás la confidencia no es agradable.

—Es decir, que no creéis lo que os he dicho, ¿verdad?

—Siempre cuesta creer cosas semejantes, hermosa niña, aunque no sea más que por amor propio.

—¿Entonces no me creéis?

—Confieso que hasta que no te dignes darme algunas pruebas de lo que me adelantáis.

—¿Qué decís a esto?

Y Ketty sacó de su pecho un billetito.

—¿Para mí? —dijo D'Artagnan apoderándose prestamente de la carta.

—No, para otro.

—¿Para otro?

—Sí.

—¡Su nombre, su nombre! —exclamó D'Artagnan.

—Mirad la dirección.

—Señor conde de Wardes. El recuerdo de la escena de Saint-Germain se apareció de pronto al espíritu del presuntuoso gascón; con un movimiento rápido como el pensamiento, desgarró el sobre pese al grito que lanzó Ketty al ver lo que iba a hacer, o mejor, lo que hacía.

—¡Oh, Dios mío, señor caballero! —dijo—. ¿Qué hacéis?

—¡Yo nada! —dijo D'Artagnan; y leyó:

No habéis contestado a mi primer billete. ¿Estáis entonces enfermo, o bien habéis olvidado los ojos que me pusisteis en el baile de la señora Guise? Aquí tenéis la ocasión, conde, no la dejéis escapar.

D'Artagnan palideció; estaba herido en su amor propio, se creyó herido en su amor.

—¡Pobre señor D’Artagnan! —dijo Ketty con voz llena de compasión y apretando de nuevo la mano del joven.

—¿Tú me compadeces, pequeña? —dijo D’Artagnan.

—¡Sí, sí, con todo mi corazón, porque también yo sé lo que es el amor!

—¿Tú sabes lo que es el amor? —dijo D’Artagnan mirándola por primera vez con cierta atención.

—¡Ay, sí!

—Pues bien, en lugar de compadecerme, mejor harías en ayudarme a vengarme de tu ama.

—¿Y qué clase de venganza querríais hacer?

—Quisiera triunfar en ella, suplantar a mi rival.

—A eso no os ayudaré jamás, señor caballero —dijo vivamente Ketty.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó D’Artagnan.

—Por dos razones.

—¿Cuáles?

—La primera es que mi ama jamás os amará.

—¿Tú qué sabes?

—La habéis herido en el corazón.

—¡Yo! ¿En qué puedo haberla herido, yo, que desde que la conozco vivo a sus pies como un esclavo? Habla, te lo suplico.

—Eso no lo confesaré nunca más que al hombre… que lea hasta el fondo de mi alma.

D'Artagnan miró a Ketty por segunda vez. La joven era de un frescor y de una belleza que muchas duquesas hubieran comprado con su corona.

—Ketty —dijo él—, yo leeré hasta el fondo de tu alma cuando quieras; que eso no te preocupe, querida niña.

Y le dio un beso bajo el cual la pobre niña se puso roja como una cereza.

—¡Oh, no! —exclamó Ketty—. ¡Vos no me amáis! ¡Amáis a mi ama, lo habéis dicho hace un momento!

—Y eso te impide hacerme conocer la segunda razón.

—La segunda razón, señor caballero —prosiguió Ketty envalentonada por el beso primero y luego por la expresión de los ojos del joven—, es que en amor cada cual para sí.

Sólo entonces D'Artagnan se acordó de las miradas lánguidas d Ketty y de sus encuentros en la antecámara, en la escalinata, en el corredor, sus roces con la mano cada vez que lo encontraba y sus suspiros ahogados; pero absorto por el deseo de agradar a la gran dama había descuidado a la doncella; quien caza el águila no se preocupa del gorrión.

Mas aquella vez nuestro gascón vio de una sola ojeada todo el partido que podía sacar de aquel amor que Ketty acababa de confesar de una forma tan ingenua o tan descarada: intercepción de cartas dirigidas al conde de Wardes, avisos en el acto, entrada a toda hora en la habitación de Ketty, contigua a la de su ama. El pérfido, como se vi sacrificaba ya mentalmente a la pobre muchacha para obtener a Milady de grado o por fuerza.

—¡Y bien! —le dijo a la joven—. ¿Quieres, querida Ketty, que te dé una prueba de ese amor del que tú dudas?

—¿De qué amor? —preguntó la joven.

—De ese que estoy dispuesto a sentir por ti.

—¿Y cuál es esa prueba?

—¿Quieres que esta noche pase contigo el tiempo que suelo pasar con tu ama?

—¡Oh, sí! —dijo Ketty aplaudiendo—. De buena gana.

—Pues bien, querida niña —dijo D'Artagnan sentándose en un sillón—, ven aquí que yo te diga que eres la doncella más bonita que nunca he visto.

Y le dijo tantas cosas y tan bien que la pobre niña, que no pedí otra cosa que creerlo, lo creyó… Sin embargo, con gran asombro d D'Artagnan, la joven Ketty se defendía con cierta resolución.

El tiempo pasa de prisa cuando se pasa en ataques y defensas.

Sonó la medianoche y se oyó casi al mismo tiempo sonar la campanilla en la habitación de Milady.

—¡Gran Dios! —exclamó Ketty—. ¡Mi señora me llama! ¡Idos, idos rápido!

D'Artagnan se levantó, cogió su sombrero como si tuviera intención de obedecer; luego, abriendo con presteza la puerta de un gran armario en lugar de abrir la de la escalera, se acurrucó dentro en medio de los vestidos y las batas de Milady.

—¿Qué hacéis? —exclamó Ketty.

D'Artagnan, que de antemano había cogido la llave, se encerró en el armario sin responder.

—¡Bueno! —gritó Milady con voz agria—. ¿Estáis durmiendo? ¿Por qué no venís cuando llamo?

Y D'Artagnan oyó que abrían violentamente la puerta de comunicación.

—Aquí estoy, Milady, aquí estoy —exclamó Ketty lanzándose al encuentro de su ama.

Las dos juntas entraron en el dormitorio, y como la puerta de comunicación quedó abierta, D'Artagnan pudo oír durante algún tiempo todavía a Milady reñir a su sirvienta; luego se calmó, y la conversación recayó sobre él mientras Ketty arreglaba a su ama.

—¡Bueno! —dijo Milady—. Esta noche no he visto a nuestro gascón.

—¡Cómo, señora! —dijo Ketty—. ¿No ha venido? ¿Será infiel antes de ser feliz?

—¡Oh! No, se lo habrá impedido el señor de Tréville o el señor Des Essarts. Me conozco, Ketty, y sé que a ése lo tengo cogido.

—¿Qué hará la señora?

—¿Qué haré?… Tranquilízate, Ketty, entre ese hombre y yo hay algo que él ignora… Ha estado a punto de hacerme perder mi crédito ante Su Eminencia… ¡Oh! Me vengaré.

—Yo creía que la señora lo amaba.

—¿Amarlo yo? Lo detesto. Un necio, que tiene la vida de lord de Winter entre sus manos y que no lo mata y así me hace perder trescientas mil libras de renta.

—Es cierto —dijo Ketty—, vuestro hijo era el único heredero de su tío, y hasta su mayoría vos habríais gozado de su fortuna.

D'Artagnan se estremeció hasta la médula de los huesos al oír a aquella suave criatura reprocharle, con aquella voz estridente que a ella tanto le costaba ocultar en la conversación, no haber matado a un hombre al que él la había visto colmar de amistad.

—Por eso —continuó Milady—, ya me habría vengado en él si el cardenal, no sé por qué, no me hubiera recomendado tratarlo con miramiento.

—¡Oh, si! Pero la señora no ha tratado con miramientos a la mujer que él amaba.

—¡Ah, la mercera de la calle des Fossoyeurs! Pero ¿no se ha olvidado ya él de que existía? ¡Bonita venganza, a fe!

Un sudor frío corría por la frente de D'Artagnan: aquella mujer era un monstruo.

Volvió a escuchar, pero por desgracia el aseo había terminado.

—Está bien —dijo Milady—, volved a vuestro cuarto y mañana tratad de tener una respuesta a la carta que os he dado.

—¿Para el señor de Wardes? —dijo Ketty.

—Claro, para el señor de Wardes.

—Este me parece —dijo Ketty— una persona que debe de ser todo lo contrario que ese pobre señor D'Artagnan.

—Salid, señorita —dijo Milady—, no me gustan los comentarios.

D'Artagnan oyó la puerta que se cerraba, luego el ruido de dos cerrojos que echaba Milady a fin de encerrarse en su cuarto; por su parte, pero con la mayor suavidad que pudo, Ketty dio una vuelta de llave; entonces D'Artagnan empujó la puerta del armario.

—¡Oh, Dios mío! —dijo en voz baja Ketty—. ¿Qué os pasa? ¡Qué pálido estáis!

—¡Abominable criatura! —murmuró D'Artagnan.

—¡Silencio, silencio salid! —dijo Ketty—. No hay más que un tabique entre mi cuarto y el de Milady, se oye en uno todo lo que se dice en el otro.

—Precisamente por eso no me marcharé —dijo D'Artagnan.

—¿Cómo? —dijo Ketty ruborizándose.

—O al menos me marcharé… más tarde.

Y atrajo a Ketty hacia él; no había medio de resistir —¡la resistencia hace tanto ruido!—, por eso Ketty cedió.

Aquello era un movimiento de venganza contra Milady. D'Artagnan encontró que tenían razón al decir que la venganza es placer de dioses. Por eso, con algo de corazón se habría contentado con esta nueva conquista; mas D'Artagnan sólo tenía ambición y orgullo.

Sin embargo, y hay que decirlo en su elogio, el primer empleo que hizo de su influencia sobre Ketty fue tratar de saber por ella qué había sido de la señora Bonacieux; pero la pobre muchacha juró sobre el crucifijo a D'Artagnan que ignoraba todo, pues su ama no dejaba nunca penetrar más que la mitad de sus secretos; sólo creía poder responder que no estaba muerta.

En cuanto a la causa que había estado a punto de hacer perder a Milady su crédito ante el cardenal, Ketty no sabía nada más; pero en esta ocasión D'Artagnan estaba más adelantado que ella: como había visto a Milady en su navío acuartelado en el momento en que él dejaba Inglaterra, sospechó que aquella vez se trataba de los herretes de diamantes.

Pero lo más claro de todo aquello es que el odio verdadero, el odio profundo, el odio inveterado de Milady procedía de que no había matado a su cuñado.

D'Artagnan volvió al día siguiente a casa de Milady. Estaba ella de muy mal humor; D'Artagnan sospechó que era la falta de respuesta del señor de Wardes lo que tanto la molestaba. Ketty entró y Milady la recibió con dureza. Una ojeada que lanzó a D'Artagnan quería decir: ¡Ya veis cuánto sufro por vos!

Sin embargo, al final de la velada, la hermosa leona se dulcificó, escuchó sonriendo la frases dulces de D'Artagnan, incluso le dio la mano a besar.

D'Artagnan salió no sabiendo qué pensar; pero como era un muchacho al que no se hacía fácilmente perder la cabeza, al tiempo que hacía su corte a Milady, había esbozado en su mente un pequeño plan.

Encontró a Ketty en la puerta, y como la víspera subió a su cuarto para tener noticias. A Ketty la había reñido mucho, la había acusado de negligencia. Milady no comprendía nada del

silencio del conde de Wardes, y le había ordenado entrar en su cuarto a las nueve de la mañana para coger una tercera carta.

D'Artagnan hizo prometer a Ketty que llevaría a su casa esa carta a la mañana siguiente; la pobre joven prometió todo lo que quiso su amante: estaba loca.

Las cosas pasaron como la víspera; D'Artagnan se encerró en su armario. Milady llamó, hizo su aseo, despidió a Ketty y cerró su puerta. Como la víspera, D'Artagnan no volvió a su casa hasta la cinco de la mañana.

A las once, vio llegar a Ketty; llevaba en la mano un nuevo billete de Milady. Aquella vez, la pobre muchacha ni siquiera trató de disputárselo a D'Artagnan: le dejó hacer; pertenecía en cuerpo y alma a su hermoso soldado.

D'Artagnan abrió el billete y leyó lo que sigue:

Esta es la tercera vez que os escribo para deciros que os amo. Tened cuidado de que no os escriba una cuarta vez para deciros que os detesto.

Si os arrepentís de vuestra forma de comportaros conmigo, la joven que os entregue este billete os dirá de qué forma un hombre galante puede obtener su perdón.

D'Artagnan enrojeció y palideció varias veces al leer este billete.

—¡Oh, seguís amándola! —dijo Ketty, que no había separado un instante los ojos del rostro del joven.

—No, Ketty, te equivocas, ya no la amo; pero quiero vengarme de sus desprecios.

—Sí, conozco vuestra venganza; ya me lo habéis dicho.

—¡Qué te importa, Ketty! Sabes de sobra que sólo te amo a ti.

—¿Cómo se puede saber eso?

—Por el desprecio que haré de ella. Ketty suspiró.

D'Artagnan cogió una pluma y escribió:

Señora, hasta ahora había dudado de que fuese yo el destinatario de esos dos billetes vuestros, tan indigno me creía de semejante honor; además, estaba tan enfermo que en cualquier caso hubiese dudado en responder.

Pero hoy debo creer en el exceso de vuestras bondades porque no sólo vuestra carta, sino vuestra criada también, me asegura que tengo la dicha de ser amado por vos.

No tiene ella necesidad de decirme de qué manera un hombre galante puede obtener su perdón. Por tanto, iré a pediros el mío esta noche a las once. Tardar un día sería ahora a mis ojos haceros una nueva ofensa.

Aquel a quien habéis hecho el más feliz de los hombres. CONDE DE WARDES.

Este billete era, en primer lugar, falso; en segundo lugar una indelicadeza; incluso era, desde el punto de vista de nuestras

costumbres actuales, algo como una infamia; pero no se tenían tantos miramientos en aquella época como se tienen hoy. Por otro lado D'Artagnan, por confesión propia, sabía a Milady culpable de traición a capítulos más importantes y no tenía por ella sino una estima muy endeble. Y sin embargo, pese a esa poca estima, sentía que una pasión insensata por aquella mujer le quemaba. Pasión embriagada de desprecio; pero pasión o sed, como se quiera.

La intención de D'Artagnan era muy simple; por la habitación de Ketty llegaba él a la de su ama; se beneficiaba del primer momento de sorpresa, de vergüenza, de terror para triunfar de ella; quizá fracasara, pero había que dejar algo al azar. Dentro de ocho días se iniciaba la campaña y había que partir; D'Artagnan no tenía tiempo de hilar el amor perfecto.

—Toma —dijo el joven entregando a Ketty el billete completamente cerrado— dale esta carta a Milady; es la respuesta del señor de Wardes.

La pobre Ketty se puso pálida como la muerte, sospechaba lo que contenía aquel billete.

—Escucha, querida niña —le dijo D'Artagnan—, comprendes que esto debe terminar de una forma o de otra; Milady puede descubrir que le has entregado el primer billete a mi criado en lugar de entregárselo al criado del conde; que soy yo quien ha abierto los otros que tenían que haber sido abiertos por el señor

de Wardes; entonces Milady te echa y ya la conoces, no es una mujer como para quedarse en esa venganza.

—¡Ay! —dijo Ketty—. ¿Por quién me he expuesto a todo esto?

—Por mí, lo sabes bien hermosa mía —dijo el joven—, y por esto te estoy muy agradecido, te lo juro.

—Pero ¿qué contiene vuestro billete?

—Milady te lo dirá.

—¡Ay, vos no me amáis —exclamó Ketty—, y soy muy desgraciada!

Este reproche tuvo una respuesta con la que siempre se engañan las mujeres: D'Artagnan respondió de forma que Ketty permaneciese en el error más grande.

Sin embargo, ella lloró mucho antes de decidirse a entregar aquella carta a Milady; por fin se decidió, que es todo lo que D'Artagnan quería.

Además le prometió que aquella noche saldría temprano de casa de su ama y que al salir del salón del ama iría a su cuarto.

Esta promesa acabó por consolar a la pobre Ketty.

CAPÍTULO XXXIV

Donde se trata del equipo de Aramis y de Porthos

Desde que los cuatro amigos estaban a la caza cada cual de su equipo, no había entre ellos reunión fija. Cenaban unos sin otros, donde cada uno se encontraba, o mejor, donde se podía. El servicio, por su lado, les llevaba también una buena parte de su precioso tiempo, que transcurría tan deprisa. Habían convenido solamente en encontrarse una vez por semana, hacia la una en el alojamiento de Athos, dado que este último, según el juramento que había hecho, no pasaba del umbral de su puerta.

El mismo día en que Ketty había ido a buscar a D'Artagnan a su casa era día de reunión.

Apenas hubo salido Ketty, D'Artagnan se dirigió hacia la calle Férou.

Encontró a Athos y Aramis que filosofaban. Aramis tenía ciertas veleidades de volver a ponerse la sotana. Athos, según su costumbre, ni lo disuadía ni lo alentaba. Athos era de la opinión de dejar a cada cual a su libre albedrío. Nunca daba consejos a no ser que se los pidieran. E incluso había que pedírselos dos veces.

—En general, no se piden consejos —decía— más que para no seguirlos; o, si se siguen, es para tener a alguien a quien se puede reprochar el haberlos dado.

Porthos llegó un momento después de D’Artagnan. Los cuatro amigos estaban, pues, reunidos.

Los cuatro rostros expresaban cuatro sentimientos distintos: el de Porthos tranquilidad; el de D’Artagnan, esperanza; el de Aramis, inquietud; el de Athos, despreocupación.

Al cabo de un instante de conversación en la cual Porthos dejó entrever que una persona situada muy arriba había tenido a bien encargarse de sacarle del apuro, entró Mosquetón.

Venía a rogar a Porthos que pasase a su alojamiento, donde su presencia era urgente, según decía con aire muy lastimoso.

—¿Es mi equipo? —preguntó Porthos.

—Sí y no —respondió Mosquetón.

—Pero ¿qué es lo que quieres decir?…

—Venid, señor.

Porthos se levantó, saludó a sus amigos y siguió a Mosquetón. Un instante después, Bazin apareció en el umbral de la puerta.

—¿Para qué me queréis, amigo mío? —dijo Aramis con aquella dulzura de lenguaje que se observaba en él cada vez que sus ideas lo llevaban hacia la iglesia.

—Un hombre espera al señor en casa —respondió Bazin.

—¡Un hombre! ¿Qué hombre?

—Un mendigo.

—Dadle limosna, Bazin, y decidle que ruegue por un pobre pecador.

—Ese mendigo quiere forzosamente hablaros, y pretende que estaréis encantado de verlo.

—¿No ha dicho nada de particular para mí?

—Sí. Si el señor Aramis, ha dicho, duda en venir a buscarme, le anunciaréis que llego de Tours.

—¿De Tours? —exclamó Aramis—. Señores, mil perdones, pero sin duda este hombre me trae noticias que esperaba.

Y levantándose al punto se alejó rápidamente. Quedaron Athos y D'Artagnan.

—Creo que esos muchachos han encontrado su solución. ¿Qué pensáis, D'Artagnan? —dijo Athos.

—Sé que Porthos lleva camino de conseguirlo —dijo D'Artagnan—; y en cuanto a Aramis, a decir verdad, nunca me ha preocupado mucho; pero vos, mi querido Athos, vos que tan generosamente habéis distribuido las pistolas del inglés que eran vuestra legítima, ¿qué vais a hacer?

—Estoy muy contento de haber matado a ese maldito, querido, dado que es pan bendito matar un inglés, pero si me hubiera embolsado sus pistolas me pesarían como un remordimiento.

—¡Vamos, mi querido Athos! Realmente tenéis ideas inconcebibles.

—¡Dejémoslo, dejémoslo! El señor de Tréville, que me hizo el honor de visitarme ayer, me dijo que frecuentáis a esos ingleses sospechosos que protege el cardenal.

—Eso quiere decir que visito una inglesa de la que ya os he hablado.

—Ah, sí, la mujer rubia respecto a la cual os he dado consejos que naturalmente os habéis cuidado mucho de seguir.

—Os he dado mis razones.

—Sí, veis ahí vuestro equipo, según creo por lo que me habéis dicho.

—¡Nada de eso! He conseguido la certeza de que esa mujer tiene algo que ver con el rapto de la señora Bonacieux.

—Sí, comprendo; para encontrar a una mujer, hacéis la corte a otra: es el camino más largo, pero el más divertido.

D’Artagnan estuvo a punto de contárselo todo a Athos; pero un punto lo detuvo: Athos era un gentilhombre severo sobre el

pundonor, y en todo aquel pequeño plan que nuestro enamorado había fijado respecto a Milady había ciertas cosas que de antemano, estaba seguro de ello, no obtendrían el asentimiento del puritano; prefirió, pues, guardar silencio, y como Athos era el hombre menos curioso de la tierra, las confidencias de D'Artagnan se quedaron ahí.

Dejaremos, pues, a los dos amigos, que no tenían nada muy importante que decirse, para seguir a Aramis.

A la nueva de que el hombre que quería hablarle llegaba de Tours, ya hemos visto con qué rapidez el joven había seguido, o mejor, adelantado a Bazin; no dio, pues, más que un salto de la calle Férou a la calle de Vaugirard.

Al entrar en su casa, encontró efectivamente a un hombre de estatura baja y ojos inteligentes, pero cubierto de harapos.

—¿Sois vos quien preguntáis por mí? —dijo el mosquetero.

—Yo pregunto por el señor Aramis; ¿sois vos quien os llamáis así?

—Yo mismo; ¿tenéis algo que entregarme?

—Sí, si me mostráis cierto pañuelo bordado.

—Helo aquí —dijo Aramis sacando una llave de su pecho y abriendo un cofrecito de madera de ébano incrustado de nácar—, helo aquí, mirad.

—Está bien —dijo el mendigo—, despedid a vuestro lacayo.

En efecto, Bazin, curioso por saber lo que el mendigo quería de su maestro, había acompasado el paso al suyo, y había llegado casi al mismo tiempo que él; pero esta celeridad no le sirvió de gran cosa; a la invitación del

mendigo, su amo le hizo seña de retirarse, y no tuvo más remedio que obedecer.

Una vez que Bazin salió, el mendigo lanzó una mirada rápida en torno a él, a fin de asegurarse de que nadie podía verlo ni oírlo, y abriendo su vestido harapiento mal apretado por un cinturón de cuero, se puso a descoser la parte alta de su jubón, de donde sacó una carta.

Aramis lanzó un grito de alegría a la vista del sello, besó la escritura, y con un respeto casi religioso abrió la epístola, que contenía lo que sigue:

Amigo, la suerte quiere que sigamos separados por algún tiempo aún; mas los hermosos días de la juventud no se han perdido sin retorno. Cumplid vuestro deber en el campamento; yo cumplo el mío en otra parte; haced la campaña como gentilhombre valiente, y pensad en mí, que beso tiernamente vuestros ojos negros.

¡Adiós, o mejor, hasta luego!

El mendigo seguía descosiendo; de sus sucios vestidos sacó una a una ciento cincuenta pistolas dobles de España, que alineó

sobre la mesa; luego, abrió la puerta, saludó y partió antes de que el joven, estupefacto, hubiera osado dirigirle la palabra.

Aramis releyó entonces la carta, y se dio cuenta de que aquella carta tenía un post-scriptum.

P.S. Podéis acoger al portador, que es conde y grande de España.

—¡Sueños dorados! —exclamó Aramis—. ¡Oh hermosa vida! Sí, somos jóvenes. Sí, aún tendremos días felices. ¡Oh, para ti, para ti, amor mío, mi sangre, mi vida, todo, todo, mi bella dueña!

Y besaba la carta con pasión sin mirar siquiera el oro que centelleaba sobre la mesa.

Bazin llamó suavemente a la puerta; Aramis no tenía ya motivo para mantenerlo a distancia; le permitió entrar.

Bazin quedó estupefacto a la vista de aquel oro y olvidó que venía a anunciar a D'Artagnan, que, curioso por saber quién era el mendigo, venía a casa de Aramis al salir de la de Athos.

Pero como D'Artagnan no se preocupaba mucho con Aramis, al ver que Bazin olvidaba anunciarlo, se anunció él mismo.

—¡Diablo, mi querido Aramis! —dijo D'Artagnan—. Si esto son las ciruelas que os envían de Tours, presentaréis mis respetos al jardinero que las cosecha.

—Os equivocáis, querido —dijo Aramis siempre discreto—, es mi librero, que acaba de enviarme el precio de aquel poema en versos de una sílaba que comencé allá.

—¡Ah, claro! —dijo D'Artagnan—. Pues bien, vuestro librero es generoso, mi querido Aramis, es todo cuanto puedo deciros.

—¡Cómo, señor! —exclamó Bazin—. ¿Tan caro se vende un poema? ¡Es increíble! Oh, señor, haced cuantos queráis, podéis convertiros en el émulo del señor de Voiture y del señor de Benserade. También a mí me gusta esto. Un poeta es casi un abate. ¡Ah, señor Aramis, meteos, pues, a poeta, os lo suplico!

—Bazin, amigo mío —dijo Aramis—, creo que os estáis mezclando en la conversación.

Bazin comprendió que se había equivocado; bajó la cabeza y salió.

—¡Vaya! —dijo D'Artagnan con una sonrisa—. Vendéis vuestras producciones a peso de oro, sois muy afortunado, amigo mío; pero tened cuidado, vais a perder esa carta que sale de vuestra casaca, y que sin duda también es de vuestro librero.

Aramis se puso rojo hasta el blanco de los ojos, volvió a meter su carta y a abotonar su jubón.

—Mi querido D'Artagnan —dijo—, vayamos si os parece en busca de nuestros amigos; y puesto que soy rico, hoy volveremos a comer juntos a la espera de que vos seáis rico en otra ocasión.

—¡A fe que con mucho gusto! —dijo D’Artagnan—. Hace tiempo que no hemos hecho una comida decente; y como por mi cuenta esta noche tengo que hacer una expedición algo arriesgada, no me molestará, lo confieso, que se me suba la cabeza con algunas botellas de viejo borgoña.

—¡Vaya por el viejo borgoña! Tampoco yo lo detesto —dijo Aramis, a quien la vista del oro había quitado como con la mano sus ideas de retiro.

Y tras poner tres o cuatro pistolas en su bolso para responder a las necesidades del momento, guardó las otras en el cofre de ébano incrustado de nácar donde ya estaba el famoso pañuelo que le había servido de talismán.

Los dos amigos se dirigieron primero a casa de Athos que, fiel al juramento que había hecho de no salir, se encargó de hacerse traer la cena a casa; como entendía a las mil maravillas los detalles gastronómicos, D’Artagnan y Aramis no pusieron ninguna dificultad en dejarle ese importante cuidado.

Se dirigían a casa de Porthos cuando en la esquina de la calle du Bac se encontraron con Mosquetón, que con aire lastimero echaba por delante de él a

un mulo y a un caballo.

D’Artagnan lanzó un grito de sorpresa, que no estaba exento de mezcla de alegría.

—¡Ah, mi caballo amarillo! —exclamó—. Aramis, ¡mirad ese caballo!

—¡Oh, horroroso rocín! —dijo Aramis.

—Pues bien, querido —prosiguió D'Artagnan—, es el caballo sobre el que vine a París.

—¿Cómo? ¿El señor conoce este caballo? —dijo Mosquetón.

—Es de un color original —dijo Aramis—; es el único que he visto en mi vida con ese pelo.

—Eso creo también —prosiguió D'Artagnan—; yo lo vendí por eso en tres escudos, y debió ser por el pelo, porque el esqueleto no vale desde luego dieciocho libras. Pero ¿cómo se encuentra entre tus manos este caballo, Mosquetón?

—¡Ah —dijo el criado— no me habléis de ello, señor, es una mala pasada del marido de nuestra duquesa!

—¿Cómo ha sido eso, Mosquetón?

—Sí, somos vistos con buenos ojos por una mujer de calidad, la duquesa de…, pero perdón, mi amo me ha recomendado ser discreto. Nos había forzado a aceptar un pequeño recuerdo, un magnífico caballo berberisco y un mulo andaluz, que eran maravillosos de ver; el marido se ha enterado del asunto, ha confiscado al pasar las dos magníficas bestias que nos enviaban, ¡y las ha sustituido por estos horribles animales!

—Que tú devuelves —dijo D'Artagnan.

—Exacto —contestó Mosquetón—; comprenderéis que no podemos aceptar semejantes monturas a cambio de las que nos han prometido.

—No, pardiez, aunque me hubiera gustado ver a Porthos sobre mi Botón de Oro; eso me habría dado una idea de lo que era yo mismo cuando llegué a París. Pero no te entretenemos, Mosquetón, vete a hacer el recado de tu amo, vete. ¿Está él en casa?

—Sí, señor —dijo Mosquetón—, pero muy desapacible, id.

Y continuó su camino hacia el paseo des Grands-Augustins, mientras los dos amigos iban a llamar a la puerta del infortunado Porthos. Éste les había visto atravesar el patio y se había abstenido de abrir. Llamaron, pues, inútilmente.

Mientras tanto, Mosquetón continuaba su camino y al atravesar el Pont- Neuf, siempre arreando delante de él sus dos matalones, llegó a la calle aux Ours. Llegado allí, ató, según las órdenes de su amo, caballo y mulo a la aldaba de la puerta del procurador; luego, sin inquietarse por su suerte futura, volvió en busca de Porthos y le anunció que su recado estaba hecho.

Al cabo de cierto tiempo, las dos desgraciadas bestias, que no habían comido desde la mañana, hicieron tal ruido alzando y dejando caer la aldaba de la puerta que el procurador ordenó a su recadero ir a informarse en el vecindario a quién pertenecían el caballo y el mulo.

La señora Coquenard reconoció su regalo, y no comprendió al principio nada de aquella devolución; pero pronto la visita de Porthos la iluminó. La furia que brillaba en los ojos del mosquetero, pese a la coacción que se imponía espantó a la sensible amante. En efecto, Mosquetón no había ocultado a su amo que había encontrado a D'Artagnan y a Aramis, y que D'Artagnan había reconocido en el caballo amarillo la jaca bearnesa sobre la que había venido a París y que había vendido por tres escudos.

Porthos salió tras haber dado cita a la procuradora en el claustro Saint- Maglorie. La procuradora, al ver que Porthos se iba, lo invitó a cenar, invitación que el mosquetero rehusó con aire lleno de majestad.

La señora Coquenard se dirigió toda temblorosa al claustro Saint-Maglorie, porque adivinaba los reproches que allí le esperaban; pero estaba fascinada por las grandes maneras de Porthos.

Todas las imprecaciones y reproches que un hombre herido en su amor propio puede dejar caer sobre la cabeza de una mujer, Porthos las dejó caer sobre la cabeza inclinada de la procuradora.

—¡Ay! —dijo—. Lo he hecho lo mejor que he podido. Uno de nuestros clientes es mercader de caballos, debía dinero al bufete, y se mostraba recalcitrante. He cogido este mulo y este

caballo por lo que nos debía; me había prometido dos monturas regias.

—¡Pues bien, señora —dijo Porthos—, si os debía más de cinco escudos vuestro chalán es un ladrón!

—No está prohibido buscar lo barato, señor Porthos —dijo la procuradora tratando de excusarse.

—No, señora, pero quienes buscan lo barato deben permitir a los otros buscarse amigos más generosos.

Y Porthos, girando sobre sus talones, dio un paso para retirarse.

—¡Señor Porthos, señor Porthos! —exclamó la procuradora—. Me he equivocado, lo reconozco, y no habría debido regatear tratándose de equipar a

un caballero como vos.

Porthos, sin responder, dio un segundo paso de retirada.

La procuradora creyó verlo en una nube centelleante todo rodeado de duquesas y marquesas que le lanzaban bolsas de oro a los pies.

—¡Deteneos, en nombre del cielo! Señor Porthos —exclamó—, deteneos y hablemos.

—Hablar con vos me trae mala suerte —dijo Porthos.

—Pero decidme, ¿qué pedís?

—Nada, porque esto equivale a lo mismo que si os pidiese algo.

La procuradora se colgó del brazo de Porthos, y en el impulso de su dolor, exclamó:

—Señor Porthos, yo ignoro todo esto, ¿sé acaso lo que es un caballo? ¿Sé lo que son los arneses?

—Teníais que haber confiado en mí, que sí lo sé, señora; pero habéis querido economizar y, en consecuencia, prestar a usura.

—Es un error, señor Porthos, y lo repararé bajo palabra de honor.

—¿Y cómo? —preguntó el mosquetero.

—Escuchad. Esta noche el señor Coquenard va a casa del señor duque de Chaulnes, que lo ha llamado. Es para una consulta que durará dos horas por los menos; venid, estaremos solos y haremos nuestras cuentas.

—¡En buena hora! Eso es lo que se dice hablar, querida mía.

—¿Me perdonáis?

—Veremos —dijo majestuosamente Porthos.

Y ambos se separaron diciéndose: Hasta esta noche.

«¡Diablos! —pensó Porthos al alejarse—. Me parece que me estoy acercando por fin al baúl de maese Coquenard».

CAPÍTULO XXXV

De noche todos los gatos son pardos

Aquella noche, tan impacientemente esperada por Porthos y D'Artagnan, llegó por fin.

D'Artagnan, como de costumbre, se presentó hacia las nueve en casa de Milady. La encontró de un humor encantador; jamás lo había recibido tan bien. Nuestro gascón vio a la primera ojeada que su billete había sido entregado, y ese billete producía su efecto.

Ketty entró para traer sorbetes. Su amante le puso una cara encantadora, le sonrió con una sonrisa más graciosa, mas, ¡ay!, la pobre chica estaba tan triste que no se dio cuenta siquiera de la benevolencia de Milady.

D'Artagnan miraba juntas a aquellas dos mujeres y se veía forzado a confesar que la naturaleza se había equivocado al formarlas; a la gran dama le había dado un alma venal y vil, a la doncella le había dado un corazón de duquesa.

A las diez Milady comenzó a parecer inquieta. D'Artagnan comprendió lo que aquello quería decir; miraba el péndulo, se levantaba, se volvía a sentar, sonreía a D'Artagnan con un aire

que quería decir: Sois muy amable sin duda, pero seríais encantador si os fueseis.

D'Artagnan se levantó y cogió su sombrero; Milady le dio su mano a besar; el joven sintió que se la estrechaba y comprendió que era por un sentimiento no de coquetería, sino de gratitud por su marcha.

—Lo ama endiabladamente —murmuró. Luego salió.

Aquella vez Ketty no lo esperaba, ni en la antecámara, ni en el corredor, ni en la puerta principal. Fue preciso que D'Artagnan encontrase él solo la escalera y el cuarto.

Ketty estaba sentada con la cabeza oculta entre sus manos y lloraba.

Oyó entrar a D'Artagnan pero no levantó la cabeza; el joven fue junto a ella y le cogió las manos; entonces ella estalló en sollozos.

Como D'Artagnan había presumido, Milady, al recibir la carta, le había dicho todo a su criada en el delirio de su alegría; luego, como recompensa por la forma de haber hecho el encargo esta vez, le había dado una bolsa. Ketty, al volver a su cuarto, había tirado la bolsa en un rincón donde había quedado completamente abierta, vomitando tres o cuatro piezas de oro sobre el tapiz.

A la voz de D'Artagnan la pobre muchacha alzó la cabeza. D'Artagnan mismo quedó asustado por el trastorno de su

rostro. Juntó las manos con aire suplicante, pero sin atreverse a decir una palabra.

Por poco sensible que fuera el corazón de D'Artagnan, se sintió enternecido por aquel dolor mudo; pero le importaban demasiado sus proyectos, y sobre todo aquél, para cambiar algo en el programa que se había trazado de antemano. No dejó, pues, a Ketty ninguna esperanza de ablandarlo, sólo que presentó su acción como simple venganza.

Por lo demás esta venganza se hacía tanto más fácil cuanto que Milady, sin duda para ocultar su rubor a su amante, había recomendado a Ketty apagar todas las luces del piso, e incluso de su habitación. Antes del alba el señor de Wardes debería salir, siempre en la oscuridad.

Al cabo de un instante se oyó a Milady que entraba en su habitación. D'Artagnan se abalanzó al punto a su armario. Apenas se había acurrucado en él cuando se dejó oír la campanilla.

Milady parecía ebria de alegría, se hacía repetir por Ketty los menores detalles de la pretendida entrevista de la doncella con de Warder, cómo había recibido él su carta, cómo había respondido, cuál era la expresión de su rostro, si parecía muy enamorado; y a todas estas preguntas la pobre Ketty, obligada a poner buena cara, respondía con una voz ahogada cuyo

acento doloroso su ama ni siquiera notaba, ¡así de egoísta es la felicidad!

Por fin, como la hora de su entrevista con el conde se acercaba, Milady hizo apagar todo en su cuarto, y ordenó a Ketty volver a su habitación e introducir a de Wardes tan pronto como se presentara.

La espera de Ketty no fue larga. Apenas D'Artagnan hubo visto por el agujero de la cerradura de su armario que todo el piso estaba en la oscuridad cuando se lanzó de su escondite en el momento mismo en que Ketty cerraba la puerta de comunicación.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Milady.

—Soy yo —dijo D'Artagnan a media voz—, yo, el conde de Wardes.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —murmuró Ketty—. No ha podido esperar siquiera la hora que él mismo había fijado.

—¡Y bien! —dijo Milady con una voz temblorosa—. ¿Por qué no entra?

Conde, conde —añadió—, ¡sabéis de sobra que os espero!

A esta llamada, D'Artagnan alejó suavemente a Ketty y se precipitó en la habitación de Milady.

Si la rabia y el dolor deben torturar su alma, ésa es la del amante que recibe bajo un nombre que no es el suyo protestas de amor que se dirigen a su afortunado rival.

D’Artagnan estaba en una situación dolorosa que no había previsto, los celos le mordían el corazón, y sufría casi tanto como la pobre Ketty, que en aquel mismo momento lloraba en la habitación vecina.

—Sí, conde —decía Milady con su voz más dulce, apretando tiernamente su mano entre las suyas—; sí, soy feliz por el amor que vuestras miradas y vuestras palabras me han declarado cada vez que nos hemos encontrado.

También yo os amo. ¡Oh, mañana, mañana, quiero alguna prenda de vos que demuestre que pensáis en mí, y, como podríais olvidarme, tomad!

Y ella pasó un anillo de su dedo al de D’Artagnan.

D’Artagnan se acordó de haber visto aquel anillo en la mano de Milady: era un magnífico zafiro rodeado de brillantes.

El primer movimiento de D’Artagnan fue devolvérselo, pero Milady añadió:

—No, no, guardad este anillo por amor a mí. Además, aceptándolo — añadió con voz conmovida— me hacéis un servicio mayor de lo que podríais imaginar.

«Esta mujer está llena de misterios» —murmuró para sus adentros D’Artagnan.

En aquel momento se sintió dispuesto a revelarlo todo. Abrió la boca para decir a Milady quién era, y con qué objetivo de venganza había venido, pero ella añadió:

—¡Pobre ángel, a quien ese monstruo de gascón ha estado a punto de matar!

El monstruo era él.

—¡Oh! —continuó Milady—. ¿Os hacen sufrir mucho todavía vuestras heridas?

—Sí, mucho —dijo D’Artagnan, que no sabía muy bien qué responder.

—Tranquilizaos —murmuró Milady, yo os vengaré, y cruelmente.

«¡Maldita sea! —se dijo D’Artagnan—. El momento de las confidencias todavía no ha llegado».

Necesitó D’Artagnan algún tiempo todavía para reponerse de este breve diálogo; pero todas las ideas de venganza que había traído se habían desvanecido por completo. Aquella mujer ejercía sobre él un increíble poder, la odiaba y la adoraba a la vez; jamás había creído que estos dos sentimientos tan contrarios pudieran habitar en el mismo corazón y al reunirse formar un amor extraño y en cierta forma diabólico.

Sin embargo, acababa de sonar la una; hubo que separarse; D’Artagnan, en el momento de dejar a Milady, no sintió más que un vivo pesar por alejarse, y en el adiós apasionado que ambos se dirigieron recíprocamente, convinieron una nueva entrevista

para la semana siguiente. La pobre Ketty esperaba poder dirigir algunas palabras a D'Artagnan cuando pasara por su habitación, pero Milady lo guio ella misma en la oscuridad y sólo lo dejó en la escalinata.

Al día siguiente por la mañana, D'Artagnan corrió a casa de Athos. Estaba empeñado en una aventura tan singular que quería pedirle consejo. Le contó todo. Athos frunció varias veces el ceño.

—Vuestra Milady —le dijo— me parece una criatura infame, pero no por ello habéis dejado de equivocaros al engañarla; de una forma o de otra, tenéis un terrible enemigo encima.

Y al hablarle, Athos miraba con atención el zafiro rodeado de diamantes que había ocupado en el dedo de D'Artagnan el lugar del anillo de la reina, cuidadosamente puesto en un escriño.

—¿Veis este anillo? —dijo el gascón glorioso por exponer a las miradas de sus amigos un presente tan rico.

—Sí —dijo Athos—, me recuerda una joya de familia.

—Es hermoso, ¿no es cierto? —dijo D'Artagnan.

—¡Magnífico! —respondió Athos—. No creía que existieran dos zafiros de unas aguas tan bellas. ¿Lo habéis cambiado por vuestro diamante?

—No —dijo D'Artagnan—: es un regalo de mi hermosa inglesa, o mejor, de mi hermosa francesa, porque, aunque no se lo he preguntado, estoy convencido de que ha nacido en Francia.

—¿Este anillo os viene de Milady? —exclamó Athos con una voz en la que era fácil distinguir una gran emoción.

—De ella misma; me lo ha dado esta noche.

—Enseñadme ese anillo —dijo Athos.

—Aquí está —respondió D'Artagnan sacándolo de su dedo.

Athos lo examinó y palideció, luego probó en el anular de su mano izquierda; le iba a aquel dedo como si estuviera hecho para él. Una nube de cólera y de venganza pasó por la frente ordinariamente tranquila del gentilhombre.

—Es imposible que sea el mismo —dijo—. ¿Cómo iba a encontrarse este anillo en las manos de Milady Clarick? Y sin embargo, es muy difícil que haya entre dos joyas un parecido semejante.

—¿Conocéis este anillo? —preguntó D'Artagnan.

—Había creído reconocerlo —dijo Athos—, pero sin duda me equivocaba. Y lo devolvió a D'Artagnan sin cesar, sin embargo, de mirarlo.

—Mirad —dijo al cabo de un instante—, D'Artagnan, quitaos ese anillo de vuestro dedo o volved el engaste para dentro; me trae tan crueles recuerdos

que no estaría tranquilo para hablar con vos. ¿No venís a pedirme consejos, no me decíais que estabais en apuros sobre lo que debíais hacer?… Esperad… Dejadme ese zafiro: ese al que yo me refiero debe tener una de sus caras rozada a consecuencia de un accidente.

D’Artagnan sacó de nuevo el anillo de su dedo y se lo entregó a Athos. Athos se estremeció.

—Mirad —dijo—, ved, ¿no es extraño?

Y mostraba a D’Artagnan aquel rasguño que recordaba debía existir.

—Pero ¿de quién os venía este zafiro, Athos?

—De mi madre, que lo tenía de su madre. Como os digo, es una antigua joya… que jamás debió salir de la familia,.

—Y vos, ¿lo… vendisteis? —preguntó dudando D’Artagnan.

—No —contestó Athos con una sonrisa singular—; lo di durante una noche de amor, como os lo han dado a vos.

D’Artagnan permaneció pensativo a su vez; le parecía ver en el alma de Milady abismos cuyas profundidades eran sombrías y desconocidas.

Metió el anillo no en su dedo sino en su bolsillo.

—Oíd —le dijo Athos cogiéndole la mano—, ya sabéis cuánto os amo, D’Artagnan; si tuviera un hijo no lo querría tanto como a

vos. Pues bien, creedme, renunciad a esa mujer. No la conozco, pero una especie de intuición me dice que es una criatura perdida, y que hay algo de fatal en ella.

—Y tenéis razón —dijo D'Artagnan—. También yo me aparto de ella; os confieso que esa mujer me asusta a mí incluso.

—¿Tendréis ese valor? —dijo Athos.

—Lo tendré —respondió D'Artagnan—, y desde ahora mismo.

—Pues bien, de verdad, hijo mío, tenéis razón —dijo el gentilhombre apretando la mano del gascón con un cariño casi paterno—; ojalá quiera Dios que esa mujer, que apenas ha entrado en vuestra vida, no deje en ella una huella funesta.

Y Athos saludó a D'Artagnan con la cabeza, como hombre que quiere hacer comprender que no le molesta quedarse a solas con sus pensamientos.

Al volver a su casa, D'Artagnan encontró a Ketty que lo esperaba. Un mes de fiebre no habría cambiado a la pobre niña más de lo que lo estaba por aquella noche de insomnio y de dolor.

Era enviada por su ama al falso de Wardes. Su ama estaba loca de amor, ebria de alegría; quería saber cuándo le daría el conde una segunda entrevista.

Y la pobre Ketty, pálida y temblorosa, esperaba la respuesta de D'Artagnan.

Athos tenía un gran influjo sobre el joven; los consejos de su amigo unidos a los gritos de su propio corazón le habían decidido, ahora que su orgullo estaba a salvo y su venganza satisfecha, a no volver a ver a Milady. Por toda respuesta tomó una pluma y escribió la carta siguiente:

No contéis conmigo, señora, para la próxima cita; desde mi convalecencia tengo tantas ocupaciones de ese género que he tenido que poner cierto orden. Cuando llegue vuestra vez, tendré el honor de participároslo.

Os beso las manos. CONDE DE WARDES.

Del zafiro ni una palabra: ¿quería el gascón guardar un arma contra Milady? O bien, seamos francos, ¿no conservaba aquel zafiro como último recurso para el equipo?

Nos equivocaríamos por lo demás si juzgáramos las acciones de una época desde el punto de vista de otra época. Lo que hoy sería mirado como una vergüenza por un hombre galante era en ese tiempo algo sencillo y completamente natural, y los segundones de las mejores familias se hacían mantener por regla general por sus amantes.

D'Artagnan pasó su carta abierta a Ketty, que la leyó primero sin comprenderla y que estuvo a punto de enloquecer de alegría al releerla por segunda vez.

Ketty no podía creer en tal felicidad. D'Artagnan se vio obligado a renovarle de viva voz las seguridades que la carta le daba por escrito; y cualquiera que fuese, dado el carácter arrebatado de

Milady, el peligro que corría la pobre niña al entregar aquel billete a su ama, no dejó de volver a la Place Royale a toda velocidad de sus piernas.

El corazón de la mejor mujer es despiadado para los dolores de una rival.

Milady abrió la carta con una prisa igual a la que Ketty había puesto en traerla; pero a la primera palabra que leyó, se puso lívida; luego arrugó el papel; luego se volvió con un centelleo en los ojos hacia Ketty.

—¿Qué significa esta carta? —dijo.

—Es la respuesta a la de la señora —respondió Ketty toda temblorosa.

—¡Imposible! —exclamó Milady—. Imposible que un gentilhombre haya

escrito a una mujer semejante carta.

Luego, de pronto, temblando:

—¡Dios mío! —dijo ella—. Sabrá… —y se detuvo.

Sus dientes rechinaban, estaba color ceniza; quiso dar un paso hacia la ventana para ir en busca de aire, pero no pudo más que tender los brazos, le fallaron las piernas y cayó sobre un sillón.

Ketty creyó que se mareaba y se precipitó para abrir su corsé. Pero Milady se levantó con presteza.

—¿Qué queréis? —dijo—. ¿Y por qué me ponéis las manos encima?

—He pensado que la señora se mareaba y he querido ayudarla —respondió la sirvienta, completamente asustada por la expresión terrible que había tomado el rostro de su ama.

—¿Marearme yo? ¿Yo? ¿Yo? ¿Me tomáis por una mujerzuela? Cuando se me insulta no me mareo, me vengo, ¿entendéis?

Y con la mano hizo a Ketty señal de que saliese.

CAPÍTULO XXXVI

Sueño de venganza

Por la noche, Milady ordenó introducir al señor D'Artagnan tan pronto como viniese, según su costumbre. Pero no vino.

Al día siguiente Ketty vino a ver de nuevo al joven y le contó todo lo que había pasado la víspera; D'Artagnan sonrió; aquella celosa cólera de Milady era su venganza.

Por la noche, Milady estuvo más impaciente aún que la víspera renovó la orden relativa al gascón, mas, como la víspera, lo esperó en vano.

Al día siguiente Ketty se presentó en casa de D'Artagnan, no alegre y viva como los dos días anteriores, sino por el contrario triste hasta morir.

D'Artagnan preguntó a la pobre niña lo que tenía; mas por toda respuesta ella sacó una carta de su bolso y se la entregó.

Aquella carta era de la escritura de Milady, sólo que esta vez estaba dirigida a D'Artagnan y no al señor de Wardes.

La abrió y leyó lo que sigue:

Querido señor D'Artagnan, está mal descuidar así a sus amigos, sobre todo en el momento en que se los va a dejar por tanto

tiempo. Mi cuñado y yo os hemos esperado ayer y anteayer inútilmente. ¿Pasará lo mismo esta tarde?

Vuestra muy agradecida, LADY CLARICK.

—Es muy sencillo —dijo D’Artagnan—, y esperaba esta carta. Mi crédito está en alza por la baja del conde de Wardes.

—¿Es que iréis? —preguntó Ketty.

—Escucha, querida niña —dijo el gascón, que trataba de excusarse a sus propios ojos de faltar a la promesa que le había hecho a Athos—, comprende que sería descortés no responder a una invitación tan positiva. Milady, al ver que no volvía, no comprendería nada de la interrupción de mis visitas, podría sospechar algo, y ¿quién puede decir hasta dónde iría la venganza de una mujer de ese temple?

—¡Dios mío! —dijo Ketty—. Sabéis presentar las cosas de forma que siempre tenéis razón. Pero vais a seguir haciéndole la torta, y si esta vez vais a agradarle bajo vuestro verdadero nombre y vuestro verdadero rostro, será mucho peor que la primera vez.

El instinto hacía adivinar a la pobre niña una parte de lo que iba a pasar.

D’Artagnan la tranquilizó lo mejor que pudo y le prometió permanecer insensible a las sediciones de Milady.

Le hizo responder que era imposible estar más agradecido a sus bondades y que se ponía a sus órdenes; pero no se atrevió

a escribirle por miedo a no poder disimular suficientemente su escritura a unos ojos tan ejercitados como los de Milady.

Al sonar las nueve, D'Artagnan estaba en la Place Royale. Era evidente que los criados que esperaban en la antecámara estaban avisados, porque tan pronto como D'Artagnan apareció, antes incluso de que hubiera preguntado si Milady estaba visible, uno de ellos corrió a anunciarlo.

—Hacedle entrar —dijo Milady con voz seca, pero tan penetrante que D'Artagnan la oyó desde la antecámara.

Fue introducido.

—No estoy para nadie —dijo Milady—. ¿Entendéis? Para nadie. El lacayo salió.

D'Artagnan lanzó una mirada curiosa sobre Milady; estaba pálida y tenía los ojos fatigados, bien por las lágrimas, bien por el insomnio. Se había

disminuido adrede el número habitual de luces, y sin embargo, la joven no podía llegar a ocultar las marcas de la fiebre que la había devorado desde hacía dos días.

D'Artagnan se acercó a ella con su galantería de costumbre; ella hizo entonces un esfuerzo supremo para recibirlo, pero jamás fisonomía más turbada desmintió sonrisa más amable.

A las preguntas que D'Artagnan le hizo sobre su salud:

—Mala —respondió ella— muy mala.

—Pero entonces —dijo D'Artagnan—, soy indiscreto, tenéis sin duda necesidad de reposo y voy a retirarme.

—No —dijo Milady—; al contrario, quedaos, señor D'Artagnan vuestra amable compañía me distraerá.

«¡Oh, oh! —pensó D'Artagnan—. Nunca ha estado tan encantadora, desconfiemos».

Milady adoptó el aire más afectuoso que pudo adoptar, y dio toda la brillantez posible a su conversación. Al mismo tiempo aquella fiebre que la había abandonado hacía un instante volvía a dar brillo a sus ojos, color a sus mejillas, carmín a sus labios. D'Artagnan volvió a encontrar a la Circe que ya le había envuelto en sus encantos. Su amor, que él creía apagado y que sólo estaba adormecido, se despertó en su corazón. Milady sonreía y D'Artagnan sentía que se condenaría por aquella sonrisa.

Hubo un momento en que sintió algo como un remordimiento por lo que había hecho contra ella.

Poco a poco Milady se volvió más comunicativa. Preguntó a D'Artagnan si tenía un amante.

—¡Ay! —dijo D'Artagnan con el aire más sentimental que pudo adoptar

—. ¿Sois tan cruel para hacerme una pregunta semejante a mí, que desde que os he visto no respiro ni suspiro más que por vos y para vos?

Milady sonrió con una sonrisa extraña.

—¿O sea que me amáis? —dijo ella.

—¿Necesito decíroslo? ¿No os habéis dado cuenta?

—Claro, pero ya lo sabéis, cuanto más orgullosos son los corazones, más difíciles son de coger.

—¡Oh, las dificultades no me asustan! —dijo D'Artagnan—. Sólo las cosas imposibles me espantan.

—Nada es imposible —dijo Milady— para un amor verdadero.

—¿Nada, señora?

—Nada —contestó Milady.

«¡Diablo! —prosiguió D'Artagnan para sus adentros—. La nota ha cambiado. ¿Se habrá enamorado la caprichosa de mí por casualidad, y estaría dispuesta a darme a mí mismo algún otro zafiro igual al que me ha dado al tomarme por de Wardes?».

D'Artagnan acercó con presteza su silla a Milady.

—Veamos —dijo ella—, ¿qué haríais para probar ese amor de que habláis?

—Todo cuanto se exigiera de mí. Que me manden, estoy dispuesto.

—¿A todo?

—¡A todo! —exclamó D'Artagnan, que sabía de antemano que no arriesgaba gran cosa arriesgándose así.

—Pues bien, hablemos un poco —dijo a su vez Milady, acercando su sillón a la silla de D'Artagnan.

—Os escucho, señora —dijo éste.

Milady permaneció un instante preocupada y como indecisa; luego, pareciendo adoptar una resolución, dijo:

—Tengo un enemigo.

—¿Vos, señora? —exclamó D'Artagnan fingiendo sorpresa—. ¿Es posible, Dios mío? ¿Hermosa y buena como sois?

—¡Un enemigo mortal!

—¿De verdad?

—Un enemigo que me ha insultado tan cruelmente que entre él y yo hay una guerra a muerte. ¿Puedo contar con vos como auxiliar?

D'Artagnan comprendió inmediatamente adónde quería ir aquella vengativa criatura.

—Podéis, señora —dijo con énfasis—; mi brazo y mi vida os pertenecen como mi amor.

—Entonces —dijo Milady—, puesto que sois tan generoso como enamorado...

Se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó D’Artagnan.

—Y bien —prosiguió Milady tras un momento de silencio—, cesad desde hoy de hablar de imposibilidades.

—No me agobiéis con mi dicha —exclamó D’Artagnan precipitándose de rodillas y cubriendo de besos las manos que le dejaban.

«Véngame de ese infame de Wardes —murmuró Milady entre dientes—, y sabré desembarazarme de ti luego, ¡doble tonto, hoja de espada viviente!».

«Cae voluntariamente entre mis brazos después de haberme burlado descaradamente, hipócrita y peligrosa mujer —pensaba D’Artagnan por su parte—, y luego me reiré de ti con aquel a quien quieres matar por mi mano».

D’Artagnan alzó la cabeza.

—Estoy dispuesto —dijo.

—¿Me habéis, pues, comprendido, querido señor D’Artagnan? —dijo Milady.

—Adivinaré una de vuestras miradas.

—¿O sea que emplearíais por mí vuestro brazo, que tanta fama ha conseguido ya?

—Ahora mismo.

—Pero y yo —dijo Milady—, ¿cómo pagaré semejante servicio? Conozco a los enamorados, son personas que no hacen nada por nada.

—Vos sabéis la única respuesta que yo deseo —dijo D'Artagnan—, la única que sea digna de vos y de mí.

Y la atrajo dulcemente hacia él. Ella resistió apenas.

—¡Interesado! —dijo ella sonriendo.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan verdaderamente arrastrado por la pasión que esta mujer tenía el don de encender en su corazón—. ¡Ay, cuán inverosímil me parece esta dicha! Tras haber tenido siempre miedo a verla desaparecer como un sueño, tengo prisa por hacerla realidad.

—Pues bien, mereced esa pretendida dicha.

—Estoy a vuestras órdenes —dijo D'Artagnan.

—¿Seguro? —preguntó Milady con una última duda.

—Nombradme al infame que ha podido hacer llorar vuestros hermosos ojos.

—¿Quién os dice que he llorado? —dijo ella.

—Me parecía…

—Las mujeres como yo no lloran —dijo Milady.

—¡Tanto mejor! Veamos, decidme cómo se llama.

—Pensad que su nombre es todo mi secreto.

—Sin embargo, es necesario que yo sepa su nombre.

—Sí, es necesario. ¡Ya veis la confianza que tengo en vos!

—Me colmáis de alegría. ¿Cómo se llama?

—Vos lo conocéis.

—¿De verdad?

—¿No será uno de mis amigos? —prosiguió D'Artagnan jugando a la duda para hacer creer en su ignorancia.

—Y si fuera uno de vuestros amigos, ¿dudaríais? —exclamó Milady. Y un destello de amenaza pasó por sus ojos.

—¡No, aunque fuese mi hermano! —exclamó D'Artagnan como arrebatado por el entusiasmo.

Nuestro gascón se adelantaba sin peligro porque sabía adónde iba.

—Amo vuestra adhesión —dijo Milady.

—¡Ay! ¿Sólo eso amáis en mí? —preguntó D'Artagnan.

—Os amo también a vos —dijo ella cogiéndole la mano.

Y la ardiente presión hizo temblar a D'Artagnan como si por el tacto aquella fiebre que quemaba a Milady lo ganase a él.

—¡Vos me amáis! —exclamó—. ¡Oh, si así fuera, sería para volverse loco!

Y la envolvió en sus dos brazos. Ella no trató de apartar sus labios de su beso, sólo que no lo devolvió.

Sus labios estaban fríos: a D'Artagnan le pareció que acababa de besar a una estatua.

No por ello estaba menos ebrio de alegría, electrizado de amor; creía casi en la ternura de Milady; creía casi en el crimen de De Wardes. Si de Wardes hubiera estado en ese momento al alcance de su mano, lo habría matado.

Milady aprovechó la ocasión.

—Se llama... —dijo ella a su vez.

—De Wardes, lo sé —exclamó D'Artagnan.

—¿Y cómo lo sabéis? —preguntó Milady cogiéndole las dos manos y tratando de llegar por sus ojos hasta el fondo de su alma.

D'Artagnan sintió que se había dejado llevar y que había cometido una falta.

—Decid, decid, pero decid —repetía Milady—, ¿cómo lo sabéis?

—¿Cómo lo sé? —dijo D'Artagnan.

—Sí.

—Lo sé porque ayer de Wardes, en un salón en el que yo estaba, ha mostrado un anillo que decía tener de vos.

—¡Miserable! —exclamó Milady.

El epíteto, como se supondrá, resonó hasta en el fondo del corazón de D'Artagnan.

—¿Y bien? —continuó ella.

—Pues bien, os vengaré de ese miserable —replicó D'Artagnan dándose aires de don Japhet de Armenia.

—Gracias, mi bravo amigo —exclamó Milady—. ¿Y cuándo seré vengada?

—Mañana, ahora mismo, cuando vos queráis.

Milady iba a exclamar: «Ahora mismo»; pero pensó que semejante precipitación sería poco graciosa para D'Artagnan.

Por otra parte, tenía mil precauciones que tomar, mil consejos que dar a su defensor, para que evitara explicaciones ante testigos con el conde. Todo esto estaba previsto por una frase de D'Artagnan.

—Mañana —dijo— seréis vengada o yo estaré muerto.

—¡No! —dijo ella—. Me vengaréis, pero no moriréis. Es un cobarde.

—Con las mujeres puede ser, pero no con los hombres. Sé algo sobre eso.

—Pero me parece que en vuestra pelea con él no habéis tenido que quejaros de la fortuna.

—La fortuna es una cortesana: favorable ayer, puede traicionarme mañana.

—Lo cual quiere decir que ahora dudáis.

—No, no dudo, Dios me libre; pero ¿sería justo dejarme ir a una muerte posible sin haberme dado al menos algo más que esperanza?

Milady respondió con una ojeada que quería decir:

«¿Sólo es eso? Marchaos, pues».

Luego, acompañando la mirada de palabras explicativas:

—Es demasiado justo —dijo con ternura.

—¡Oh, sois un ángel! —dijo el joven.

—¿O sea que todo convenido? —dijo ella.

—Salvo lo que os pido, querida mía.

—Pero ¿cuando os digo que podéis confiar en mi ternura?

—No tengo el día de mañana para esperar.

—Silencio; oigo a mi hermano, es inútil que os encuentre aquí Llamó.

Apareció Ketty.

—Salid por esa puerta —dijo ella empujándolo hacia una puertecilla oculta

—, y volved a las once; acabaremos esta entrevista. Ketty os introducirá en mi cuarto.

La pobre niña pensó caerse hacia atrás al oír estas palabras.

—Y bien, ¿qué hacéis, señorita, permaneciendo ahí inmóvil como una estatua? Vamos, llevad al caballero; y esta noche, a las once, habéis oído.

—Parece que sus citas son siempre a las once —pensó D'Artagnan—; es un hábito adquirido.

Milady le tendió una mano que él beso tiernamente.

—Veamos —dijo al retirarse y respondiendo apenas a los reproches de Ketty—, veamos, no hagamos el imbécil; decididamente es una mujer es una gran malvada; tengamos cuidado.

C A P Í T U L O XXXVII

El secreto de Milady

D'Artagnan había salido del palacete en vez de subir inmediatamente a la habitación de Ketty, pese a las instancias que le había hecho la joven, y esto por dos razones: la primera, porque de esta forma evitaba los reproches, las recriminaciones, las súplicas; la segunda, porque no le importaba leer un poco en su pensamiento y, si era posible, en el de aquella mujer.

Todo cuanto él tenía de más claro dentro es que D'Artagnan amaba a Milady como un loco y que ella no lo amaba nada de nada. Por un instante,

D'Artagnan comprendió que lo mejor que podría hacer sería regresar a su casa y escribirle a Milady una larga carta en la que le confesaría que él y de Wardes eran hasta el presente completamente el mismo, que por consiguiente no podía comprometerse, su pena de suicidio, a matar a de Wardes. Pero también estaba espoleado por un feroz deseo de venganza; quería poseer a su vez a aquella mujer bajo su propio nombre; y como esta venganza le parecía tener cierta dulzura no quería renunciar a ella.

Dio cinco o seis veces la vuelta a la Place Royale, volviéndose cada diez pasos para mirar la luz del piso de Milady, que se vislumbraba a través de las celosías; era evidente que en esta ocasión la joven estaba menos urgida que la primera de volver a su cuarto.

Por fin la luz desapareció.

Con aquella luz se apagó la última irresolución en el corazón de D'Artagnan; recordó los detalles de la primera noche, y con el corazón palpitante la cabeza ardiendo, entró en el palacete y se precipitó en el cuarto de Ketty.

La joven, pálida como la muerte, temblando con todos sus miembros, quiso detener a su amante; pero Milady, con el oído en acecho, había oído el ruido que había hecho D'Artagnan: abrió la puerta.

—Venid —dijo.

Todo esto era de un impudor increíble, de un descaro tan monstruoso que apenas si D'Artagnan podía creer en lo que veía y oía. Creía estar arrastrado a alguna de esas intrigas fantásticas como las que se realizan en el sueño.

No por ello se abalanzó menos hacia Milady, cediendo a la atracción que el imán ejerce sobre el hierro.

La puerta se cerró tras ellos.

Ketty se abalanzó a su vez contra la puerta.

Los celos, el furor, el orgullo ofendido, todas las pasiones que, en fin, se disputan el corazón de una mujer enamorada la empujaban a una revelación; pero estaba perdida si confesaba haberse prestado a semejante maquinación; y por encima de todo, D’Artagnan estaba perdido para ella. Este último pensamiento de amor le aconsejó aún este último sacrificio.

D’Artagnan, por su parte, estaba en el colmo de todos sus deseos: no era ya un rival al que se amaba en él, era a él mismo a quien parecía amar. Una voz secreta le decía muy en el fondo del corazón que no era más que un instrumento de venganza al que se acariciaba a la espera de que diese la muerte, pero el orgullo, el amor propio, la locura, hacían callar aquella voz, ahogaban aquel murmullo. Luego, nuestro gascón, con la dosis de confianza

que nosotros le conocemos, se comparaba a de Wardes y se preguntaba por qué, a fin de cuentas, no le iba a amar, también a él, por sí mismo.

Se abandonó por tanto por entero a las sensaciones del momento. Milady no fue para él aquella mujer de intenciones fatales que le habían asustado por un momento, fue una amante ardiente y apasionada abandonándose por entero a su amor que ella misma parecía experimentar. Dos horas poco más o menos transcurrieron así.

Sin embargo, los transportes de los dos amantes se calmaron. Milady, que no tenía los mismos motivos que D'Artagnan para olvidar, fue la primera en volver a la realidad y preguntó al joven si las medidas que debían llevar al día siguiente a él y a de Wardes a un encuentro estaban fijadas de antemano en su mente.

Pero D'Artagnan, cuyas ideas habían adquirido un curso muy distinto, se olvidó como un imbécil y respondió galantemente que era muy tarde para ocuparse de duelos a estocadas.

Aquella frialdad por los únicos intereses que la preocupaban, asustó a Milady, cuyas preguntas se volvieron más agobiantes.

Entonces D'Artagnan, que nunca había pensado seriamente en aquel duelo imposible, quiso desviar la conversación, pero no tenía ya fuerza.

Milady lo contuvo en los límites que había marcado de antemano con su espíritu irresistible y su voluntad de hierro.

D'Artagnan se creyó muy ingenioso aconsejando a Milady renunciar, perdonando a de Wardes, a los proyectos furiosos que ella había formado.

Pero a las primeras palabras que dijo, la joven se estremeció y se alejó.

—¿Tenéis acaso miedo, querido D'Artagnan? —dijo ella con una voz aguda y burlona que resonó extrañamente en la oscuridad.

—¡Ni lo penséis, querida! —respondió D'Artagnan—. ¿Y si, en última instancia, ese pobre conde de Wardes fuera menos culpable de lo que pensáis?

—En cualquier caso —dijo gravemente Milady—, me ha engañado, y desde el momento en que me ha engañado, ha merecido la muerte.

—¡Morirá, pues, puesto que lo condenáis! —dijo D'Artagnan en un tono tan firme que a Milady le pareció expresión de una adhesión a toda prueba.

Al punto ella se acercó a él.

No podríamos decir el tiempo que duró la noche para Milady; pero D'Artagnan creía estar a su lado hacía dos horas apenas cuando la luz apareció en las rendijas de las celosías y pronto invadió la habitación de claridad

macilenta.

Entonces Milady, viendo que D'Artagnan iba a dejarla, le recordó la promesa que le había hecho de vengarla de De Wardes.

—Estoy completamente dispuesto —dijo D'Artagnan—, pero antes quisiera estar seguro de una cosa.

—¿De cuál? —preguntó Milady.

—De que me amáis.

—Me parece que os de dado la prueba.

—Sí, también soy yo en cuerpo y alma vuestro.

—¡Gracias, mi valiente amante! Pero de igual forma que yo os he probado mi amor, vos me probaréis el vuestro, ¿verdad?

—Desde luego. Pero si me amáis como decís —replicó D'Artagnan—, ¿no teméis por mí?

—¿Qué puedo temer?

—Pues que sea herido peligrosamente, que sea muerto, incluso.

—Imposible —dijo Milady—, sois un hombre muy valiente y una espada muy fina.

—¿No preferiríais, pues —replicó D'Artagnan—, un medio que os vengara y a la vez hiciera inútil el combate?

Milady miró a su amante en silencio: aquella luz macilenta de los primeros rayos del día daba a sus ojos claros una expresión extrañamente funesta.

—Realmente —dijo—, creo que ahora dudáis.

—No, no dudo; es que ese pobre conde de Wardes me da verdaderamente pena desde que ya no lo amáis, y me parece que un hombre debe estar tan cruelmente castigado por la pérdida sola de vuestro amor, que no necesita de otro castigo.

—¿Quién os dice que yo lo haya amado? —preguntó Milady.

—Al menos puedo creer ahora sin demasiada fatuidad que amáis a otro — dijo el joven en un tono cariñoso—, y os lo repito, me intereso por el conde.

—¿Vos? —preguntó Milady.

—Sí, yo.

—¿Y por qué vos?

—Porque sólo yo sé…

—¿Qué?

—Que está lejos de ser, o mejor, que está lejos de haber sido tan culpable hacia vos como parece.

—¿De veras? —dijo Milady con aire inquieto—. Explicaos, porque realmente no sé qué queréis decir.

Y miraba a D'Artagnan que la tenía abrazada con ojos que parecían inflamarse poco a poco.

—¡Sí, yo soy un hombre galante! —dijo D'Artagnan, decidido a terminar

—. Y desde que vuestro amor es mío desde que estoy seguro de poseerlo, porque lo poseo, ¿no es cierto?

—Por entero, continuad.

—Pues bien me siento como transportado, me pesa una confesión.

—¿Una confesión?

—Si hubiera dudado de vuestro amor no lo habría hecho; pero ¿me amáis, mi bella amante? ¿No es cierto que me amáis?

—Sin duda.

—Entonces, si por exceso de amor me he hecho culpable respecto a vos,

¿me perdonaréis?

—¡Quizá!

D’Artagnan trató, con la sonrisa más dulce que pudo adoptar, de acercar sus labios a los labios de Milady, mas ella lo apartó.

—Esa confesión —dijo palideciendo—, ¿cuál es?

—Habíais citado a De Warder, el jueves último, en esta misma habitación,

¿no es cierto?

—¡Yo, no! Eso no es cierto —dijo Milady con un tono de voz tan firme y un rostro tan impasible que, si D’Artagnan no hubiera tenido una certeza tan total, habría dudado.

—No mintáis, ángel mío —dijo D’Artagnan sonriendo—, sería inútil.

—¿Cómo? ¡Hablad, pues! ¡Me hacéis morir!

—¡Oh, tranquilizaos, no sois culpable frente a mí, y yo os he perdonado

ya!

—¡Y después, después!

—De Warder no puede gloriarse de nada.

—¿Por qué? Vos mismo me habéis dicho que ese anillo…

—Ese anillo, amor mío, soy yo quien lo tengo. El duque De Warder del jueves y D’Artagnan de hoy son la misma persona.

El imprudente esperaba una sorpresa mezclada con pudor, una pequeña tormenta que se resolvería en lágrimas; pero se equivocaba extrañamente, y su error no duró mucho.

Pálida y terrible, Milady se irguió y al rechazar a D’Artagnan con un violento golpe en el pecho, se abalanzó fuera de la cama.

D’Artagnan la retuvo por su bata de fina tela de Indias para implorar su perdón; mas ella con un movimiento potente y resuelto, trató de huir. Entonces la batista se desgarró dejando al desnudo los hombros, y sobre uno de aquellos hermosos hombros redondos y blancos, D’Artagnan, con un sobrecogimiento inexpresable, reconoció la flor de lis, aquella marca indeleble que imprime la mano infamante del verdugo.

—¡Gran Dios! —exclamó D'Artagnan soltando la bata. Y se quedó mudo, inmóvil y helado sobre la cama.

Pero Milady se sentía denunciada por el horror mismo de D'Artagnan. Sin duda lo había visto todo; el joven sabía ahora su secreto, secreto terrible que todo el mundo ignoraba, salvo él.

Ella se volvió, no ya como una mujer furiosa, sino como una pantera herida.

—¡Ah, miserable! —dijo ella—. Me has traicionado cobardemente, ¡y además conoces mi secreto! ¡Morirás!

Y corrió al cofre de marquetería puesto sobre el tocador, lo abrió con mano febril y temblorosa, sacó de él un pequeño puñal de mango de oro, de hoja aguda y delgada, y volvió de un salto sobre D'Artagnan medio desnudo.

Aunque el joven fuera valiente, como se sabe, quedó asustado por aquella cara alterada, aquellas pupilas horriblemente dilatadas, aquellas mejillas pálidas y aquellos labios sangrantes; retrocedió hasta quedar entre la cama y la pared, como habría hecho ante la proximidad de una serpiente que reptase hacia él, y al encontrar su espada bajo su mano mojada de sudor, la sacó de la funda.

Pero sin inquietarse por la espada, Milady trató de subirse a la cama para golpearlo, y no se detuvo sino cuando sintió la punta aguda sobre su pecho.

Entonces trató de coger aquella espada con las manos; pero D’Artagnan la apartó siempre de sus garras, y presentándola tanto frente a sus ojos como frente a su pecho, se dejó deslizar del lecho, tratando de retirarse por la puerta

que conducía a la habitación de Ketty.

Durante este tiempo, Milady se abalanzaba sobre él con horrible furia, rugiendo de un modo formidable.

Como esto se parecía a un duelo, D’Artagnan se iba reponiendo poco a poco.

—¡Bien, hermosa dama, bien! —decía—. Pero, por Dios, calmaos, u os dibujo una segunda flor de lis en el otro hombro.

—¡Infame, infame! —aullaba Milady.

Mas D’Artagnan, buscando siempre la puerta, estaba a la defensiva.

Al ruido que hacían, ella derribando los muebles para ir a por él, él parapetándose detrás de los muebles para protegerse de ella, Ketty abrió la puerta. D’Artagnan, que había maniobrado sin cesar para acercarse a aquella puerta, sólo estaba a tres pasos y de un solo impulso se abalanzó de la habitación de Milady a la de la criada y rápido como el relámpago cerró la puerta, contra la cual se apoyó con todo su peso mientras Ketty pasaba los cerrojos.

Entonces Milady trató de derribar el arbotante que la encerraba en su habitación con fuerzas muy superiores a las de una mujer; luego, cuando se dio cuenta de que era imposible, acribilló la puerta a puñaladas, algunas de las cuales atravesaron el espesor de la madera.

Cada golpe iba acompañado de una imprecación terrible.

—Deprisa, deprisa, Ketty —dijo D'Artagnan a media voz cuando los cerrojos fueron echados—. Sácame del palacio o, si le dejamos tiempo para prepararse, hará que me maten los lacayos.

—Pero no podéis salir así —dijo Ketty—, estáis completamente desnudo.

—Es cierto —dijo D'Artagnan, que sólo entonces se dio cuenta del traje que vestía—, es cierto vísteme como puedas, pero démonos prisa; compréndelo, se trata de vida o muerte.

Ketty no comprendía demasiado; en un visto y no visto le puso un vestido de flores, una amplia cofia y una manteleta; le dio las pantuflas, en las que metió sus pies desnudos, luego lo arrastró por los escalones. Justo a tiempo, Milady había hecho ya sonar la campanilla y despertado a todo al palacio. El portero tiró del cordón a la voz de Ketty en el momento mismo en que Milady, también medio desnuda, gritaba por la ventana:

—¡No abráis!

C A P Í T U L O XXXVIII

Cómo, sin molestarse, Athos encontró su equipo

El joven huía mientras ella lo seguía amenazando con un gesto impotente. En el momento que lo perdió de vista, Milady cayó desvanecida en su habitación.

D'Artagnan estaba tan alterado que, sin preocuparse de lo que ocurriría con Ketty atravesó medio París a todo correr y no se detuvo hasta la puerta de Athos. El extravío de su mente, el terror que lo espoleaba, los gritos de algunas patrullas que se pusieron en su persecución y los abucheos de algunos transeúntes, que pese a la hora poco avanzada, se dirigían a sus asuntos, no hicieron más que precipitar su carrera.

Cruzó el patio, subió los dos pisos de Athos y llamó a la puerta como para romperla.

Grimaud vino a abrir con los ojos abotargados de sueño. D'Artagnan se precipitó con tanta fuerza en la antecámara, que estuvo a punto de derribarlo al entrar.

Pese al mutismo habitual del pobre muchacho, esta vez la palabra le vino.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó—. ¿Qué queréis, corredora? ¿Qué pedís, bribona?

D’Artagnan alzó sus cofias y sacó sus manos de debajo de la manteleta; a la vista de sus mostachos y de su espada desnuda, el pobre diablo se dio cuenta de que tenía que vérselas con un hombre.

Creyó entonces que era algún asesino.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Socorro! —gritó.

—¡Cállate desgraciado! —dijo el joven—. Soy D’Artagnan, ¿no me reconoces? ¿Dónde está tu amo?

—¡Vos, señor D’Artagnan! —exclamó Grimaud espantado—. Imposible.

—Grimaud —dijo Athos saliendo de su cuarto en bata—, creo que os permitís hablar.

—¡Ay, señor, es que!...

—Silencio.

Grimaud se contentó con mostrar con el dedo a su amo a D’Artagnan. Athos reconoció a su camarada, y con lo flemático que era soltó una

carcajada que motivaba de sobra la mascarada extraña que ante sus ojos tenía: cofias atravesadas, faldas que caían sobre los zapatos, mangas remangadas y mostachos rígidos por la emoción.

—No os riais, amigo mío —exclamó D’Artagnan—; por el cielo, no os riais, porque, por mi alma os lo digo, no hay nada de qué reírse.

Y pronunció estas palabras con un aire tan solemne y con un espanto tan verdadero que Athos le cogió las manos al punto exclamando:

—¿Estaréis herido, amigo mío? ¡Estáis muy pálido!

—No, pero acaba de ocurrirme un suceso terrible. ¿Estáis solo, Athos?

—¡Pardiez! ¿Quién queréis que esté en mi casa a esta hora?

—Bueno, bueno.

Y D’Artagnan se precipitó en la habitación de Athos.

—¡Venga, hablad! —dijo éste cerrando la puerta y echando los cerrojos para no ser molestados—. ¿Ha muerto el rey? ¿Habéis matado al señor cardenal? Estáis completamente cambiado; veamos, veamos, decid, porque realmente me muero de inquietud.

—Athos —dijo D’Artagnan desembarazándose de sus vestidos de mujer y apareciendo en camisón—, preparaos para oír una historia increíble, inaudita.

—Poneos primero esta bata —dijo el mosquetero a su amigo.

D’Artagnan se puso la bata, tomando una manga por otra: ¡tan emocionado estaba todavía!

—¿Y bien? —dijo Athos.

—Y bien —respondió D'Artagnan inclinándose hacia él oído de Athos y bajando la voz—: Milady está marcada con una flor de lis en el hombro.

—¡Ay! —gritó el mosquetero como si hubiera recibido una bala en el corazón.

—Veamos —dijo D'Artagnan—, ¿estáis seguros de que la otra está bien muerta?

—¿La otra? —dijo Athos con una voz tan sorda que apenas si D'Artagnan la oyó.

—Sí, aquella de quien un día me hablasteis en Amiens.

Athos lanzó un gemido y dejó caer su cabeza entre las manos.

—Esta —continuó D'Artagnan— es una mujer de veintiséis a veintiocho años.

—Rubia —dijo Athos—, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿De ojos azul claro, con una claridad extraña, con pestañas y cejas negras?

—Sí.

—¿Alta, bien hecha? Le falta un diente junto al canino de la izquierda.

—Sí.

—¿La flor de lis es pequeña, de color rojizo y como borrada por las capas de crema que le aplica?

—Sí.

—Sin embargo ¡vos decís que es inglesa!

—Se llama Milady, pero puede ser francesa. A pesar de esto, lord de Winter no es más que su cuñado.

—Quiero verla, D'Artagnan.

—Tened cuidado, Athos, tened cuidado; habéis querido matarla, es mujer para devolvérosla y no fallar en vos.

—No se atreverá a decir nada porque sería denunciarse a sí misma.

—¡Es capaz de todo! ¿La habéis visto alguna vez furiosa?

—No —dijo Athos.

—¡Una tigresa, una pantera! ¡Ay, mi querido Athos, tengo miedo de haber atraído sobre nosotros dos una venganza terrible!

D'Artagnan contó entonces todo: la cólera insensata de Milady y sus amenazas de muerte.

—Tenéis razón y por mi alma que no daré mi vida por nada —dijo Athos

—. Afortunadamente, pasado mañana dejamos París; con toda probabilidad vamos a La Rochelle, y una vez idos…

—Os seguiría hasta el fin del mundo, Athos, si os reconociese; dejad que su odio se ejerza sobre mí sólo.

—¡Ay, querido amigo! ¿Qué me importa que ella me mate? —dijo Athos

—. ¿Acaso pensáis que amo la vida?

—Hay algún horrible misterio en todo esto, Athos. Esta mujer es la espía del cardenal, ¡estoy seguro!

—En tal caso, tened cuidado. Si el cardenal no os tiene en alta estima por

el asunto de Londres, os tiene en gran odio; pero como, a fin de cuentas, no puede reprocharos ostensiblemente nada y es preciso que su odio se satisfaga, sobre todo cuando es un odio de cardenal, tened cuidado. Si salís, no salgáis solo; si coméis, tomad vuestras precauciones; en fin, desconfiad de todo, incluso de vuestra sombra.

—Por suerte —dijo D'Artagnan—, sólo se trata de llegar a pasado mañana por la noche sin tropiezo, porque una vez en el ejército espero que sólo tengamos que temer a los hombres.

—Mientras tanto —dijo Athos—, renuncio a mis proyectos de reclusión, e iré por todas partes junto a vos; es preciso que volváis a la calle des Fossoyeurs, os acompaño.

—Pero por cerca que esté de aquí —replicó D'Artagnan—, no puedo volver así.

—Es cierto —dijo Athos. Y tiró de la campanilla. Grimaud entró.

Athos le hizo señas de ir a casa de D'Artagnan y traer de allí vestidos. Grimaud respondió con otra señal que comprendía perfectamente y partió.

—¡Ah! Con todo esto nada hemos avanzado en cuanto al equipo, querido amigo —dijo Athos—; porque, si no me equivoco, habéis dejado vuestro traje en casa de Milady, que sin duda no tendrá la atención de devolvéroslo. Suerte que tenéis el zafiro.

—El zafiro es vuestro, mi querido Athos. ¿No me habéis dicho que era un anillo de familia?

—Sí, mi padre lo compró por dos mil escudos, según me dijo antaño; formaba parte de los regalos de boda que hizo a mi madre; y el magnífico. Mi madre me lo dio, y yo, loco como estaba, en vez de guardar ese anillo como una reliquia santa, se lo di a mi vez a esa miserable.

—Entonces, querido, tomad este anillo que comprendo que debéis tener.

—¿Coger yo ese anillo tras haber pasado por las manos de la infame?

¡Nunca! Ese anillo está mancillado, D'Artagnan.

—Vendedlo entonces.

—¿Vender un diamante que viene de mi madre? Os confieso que lo consideraría una profanación.

—Entonces, empeñadlo, y seguro que os prestan más de un millar de escudos. Con esa suma, tendréis dinero de sobra; luego, con el primer dinero que os venga, lo desempeñáis y lo recobráis lavado de sus antiguas manchas,

porque habrá pasado por las manos de los usureros.

Athos sonrió.

—Sois un camarada encantador —dijo—, querido D'Artagnan; con vuestra eterna alegría animáis a los pobres espíritus en la aflicción. ¡Pues bien, sí, empeñemos ese anillo, pero con una condición!

—¿Cuál?

—Que sean quinientos escudos para vos y quinientos escudos para mí.

—¿Pensáis eso, Athos? Yo no necesito la cuarta parte de esa suma, yo, que estoy en los guardias y que vendiendo mi silla la conseguiré. ¿Qué necesito? Un caballo para Planchet, eso es todo. Olvidáis además que también yo tengo un anillo.

—Al que apreciáis más, según me parece, de lo que yo aprecio al mío; he creído darme cuenta al menos.

—Sí, porque en una circunstancia extrema puede sacarnos no sólo de algún gran apuro, sino incluso de algún gran peligro; es no sólo un diamante precioso, sino también un talismán encantado.

—No os comprendo, pero creo en lo que me decís. Volvamos, pues, a mi anillo, o mejor a vuestro anillo; o aceptáis la mitad de la suma que nos den o lo tiro al Sena, y dudo mucho de que, como a Polícatres, haya algún pez lo bastante complaciente para devolvérnoslo.

—¡Bueno, acepto! —dijo D'Artagnan.

En aquel momento Grimaud entró acompañado de Planchet; éste, inquieto por su maestro y curioso por saber lo que le había pasado, había aprovechado la circunstancia y traía los vestidos él mismo.

D'Artagnan se vistió, Athos hizo otro tanto; luego, cuando los dos estuvieron dispuestos a salir, este último hizo a Grimaud la señal de hombre que se pone en campaña; éste descolgó al punto su mosquetón y se dispuso a acompañar a su amo.

Athos y D'Artagnan, seguidos de sus criados, llegaron sin incidentes a la calle des Fossoyeurs. Bonacieux estaba a la puerta y miró a D'Artagnan con aire socarrón.

—¡Vaya, mi querido inquilino! —dijo—. Daos prisa, tenéis una hermosa joven que os espera, y ya sabéis que a las mujeres no les gusta que las hagan esperar.

—¡Es Ketty! —exclamó D'Artagnan. Y se precipitó por la alameda.

Efectivamente, en el rellano que conducía a su habitación y agazapada junto a su puerta, encontró a la pobre niña toda temblorosa. Cuando ella lo vio:

—Me habéis prometido vuestra protección, me habéis prometido salvarme de su cólera —dijo—; recordad que sois vos quien me habéis perdido.

—Sí, por supuesto —dijo D'Artagnan—, cálmate, Ketty. Pero ¿qué ha pasado después de mi marcha?

—¿Lo sé acaso? —dijo Ketty—. A los gritos que se ha puesto a dar, los lacayos han acudido, estaba loca de cólera; ha vomitado contra vos todas las imprecaciones que existen. Entonces he pensado que ella recordaría que había sido por mi habitación por donde habíais penetrado en la suya, y que entonces pensaría que yo era vuestra cómplice; he cogido el poco dinero que tenía, mis vestidos mejores y me he escapado.

—¡Pobre niña! Pero ¿qué voy a hacer de ti? Me marcho pasado mañana.

—Lo que queráis, señor caballero, hacedme salir de París, hacedme salir de Francia.

—Sin embargo, no puedo llevarte conmigo al sitio de La Rochelle —dijo D'Artagnan.

—No, pero podéis colocarme en provincias, junto a alguna dama de vuestro conocimiento, en vuestra región por ejemplo.

—¡Ay, querida amiga! En mi región las damas no tienen doncellas. Pero espera, me hago cargo del asunto. Planchet, vete a buscarme a Aramis, que venga inmediatamente. Tenemos una cosa muy importante que decirle.

—¡Comprendo! —dijo Athos—. Pero ¿por qué no Porthos? Me parece que su marquesa…

—La marquesa de Porthos se hace vestir por los pasantes de su marido — dijo D'Artagnan riendo—. Además, Ketty no querría quedarse en la calle aux Ours, ¿no es así, Ketty?

—Me quedaré donde queráis —dijo Ketty—, con tal que esté bien escondida y que no sepa dónde estoy.

—Ahora, Ketty, que vamos a separarnos y que por consiguiente no estás ya celosa de mí…

—Señor caballero, cerca o lejos —dijo Ketty—, os amaré siempre.

—¿Dónde diablos va a anidar la constancia? —murmuró Athos.

—También yo —dijo D'Artagnan—, también yo te amaré siempre, estate tranquila. Pero, veamos, respóndeme. Ahora doy gran importancia a la pregunta que te hago: ¿Has oído hablar alguna vez de una dama joven a la que

habían raptado cierta noche?

—Esperad… ¡Oh, Dios mío! Señor caballero, ¿es que todavía amáis a esa mujer?

—No, uno de mis amigos es el que la ama. Mira, es Athos, ése que está ahí.

—¿Yo? —exclamó Athos con acento parecido al de un hombre que se da cuenta que va a poner el pie sobre una culebra.

—¡Claro, vos! —dijo D'Artagnan apretando la mano de Athos—. Sabéis de sobra el interés que todos nosotros sentimos por esa pobre señora Bonacieux. Además, Ketty no dirá nada, ¿no es así, Ketty? Compréndelo, niña mía —continuó D'Artagnan—, es la mujer de ese horrible mamarracho que has visto a la puerta al entrar aquí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ketty—. Me recordáis mi miedo, ¡con tal que no me haya reconocido!…

—¿Cómo reconocido? ¿Has visto en otra ocasión a ese hombre?

—Fue dos veces a casa de Milady.

—Ah, eso es. ¿Cuándo?

—Pues hará unos quince o dieciocho días aproximadamente.

—Exacto.

—Y volvió ayer tarde.

—Ayer tarde.

—Sí, un momento antes de que vos mismo vinieseis.

—Mi querido Athos, estamos envueltos en una red de espías. ¿Y crees que lo ha reconocido?

—He bajado mi cofia al verlo, pero quizá era demasiado tarde.

—Bajad Athos de vos desconfía menos que de mí, y ved si todavía está en la puerta.

Athos descendió y volvió a subir en seguida.

—Se ha marchado —dijo—, y la casa está cerrada.

—Ha ido a informar y a decir que todos los pichones están en este momento en el palomar.

—¡Pues bien, volemos entonces —dijo Athos— y dejemos aquí sólo a Planchet para que nos lleve las noticias!

—¡Un momento! ¿Y Aramis, al que hemos ido a buscar?

—Está bien —dijo Athos— esperemos a Aramis. En aquel momento entró Aramis.

—Se le expuso el asunto y se le dijo cuán urgente era encontrar un lugar para Ketty entre todos sus altos conocimientos.

Aramis reflexionó un momento y dijo ruborizándose.

—¿Os haría un buen servicio, D'Artagnan?

—Os quedaría agradecido por él toda mi vida.

—Pues bien, la señora de Bois-Tracy me ha pedido según creo para una de sus amigas que vive en provincias, una doncella

segura; y si vos, mi querido D'Artagnan, podéis responderme de la señorita…

—¡Oh, señor —exclamó Ketty— sería totalmente adicta, estad seguro de ello, a la persona que me dé los medios para dejar París!

—Entonces —dijo Aramis—, todo está arreglado.

Se sentó a la mesa y escribió unas letras, que luego selló con un anillo, y le dio el billete a Ketty.

—Ahora, hija mía —dijo D'Artagnan—, ya sabes que aquí tan insegura estás tú como nosotros. Separémonos. Ya volveremos a encontrarnos en tiempos mejores.

—En el tiempo en que nos encontremos, y en el lugar que sea —dijo Ketty

—, me volveréis a encontrar tan amante como lo soy ahora de vos.

—Juramento de jugador —dijo Athos mientras D'Artagnan iba a acompañar a Ketty a la escalera.

Un instante después los tres jóvenes se separaron tras citarse a las cuatro en casa de Athos y dejando a Planchet para guardar la casa.

Aramis regresó a la Buys, y Athos y D'Artagnan se preocuparon de la venta del zafiro.

Como había previsto nuestro gascón, encontraron fácilmente trescientas pistolas por el anillo. Además el judío anunció que, si querían vendérselo, como le servía de colgante magnífico para los pendientes de las orejas daría por él hasta quinientas pistolas.

Athos y D’Artagnan, con la actividad de dos soldados y la ciencia de dos conocedores, tardaron tres horas apenas en comprar todo el equipo de mosquetero. Además Athos era acomodaticio y gran señor hasta la punta de las uñas. Cada vez que algo le convenía, pagaba el precio exigido sin tratar siquiera de regatear. D’Artagnan quería hacer entonces algunas observaciones, pero Athos le ponía la mano sobre el hombro sonriendo y D’Artagnan comprendía que era bueno para él, pequeño gentilhombre gascón, regatear, pero no para un hombre que tenía aires de príncipe.

El mosquetero encontró un soberbio caballo andaluz, negro como el jade, de belfos de fuego, y patas finas y elegantes, que tenía seis años. Lo examinó y lo halló sin un defecto. Le costó mil libras.

Quizá lo hubiera tenido por menos; pero mientras D’Artagnan discutía el precio con el chalán, Athos contaba las cien pistolas sobre la mesa.

Grimaud tuvo un caballo picardo, achaparrado y fuerte, que costó trescientas libras.

Pero comprada la silla de este último caballo y las armas de Grimaud, no quedaba un céntimo de las cincuenta pistolas de Athos. D'Artagnan ofreció a su amigo que mordiera un bocado en la parte que le correspondía, con la obligación de devolverle más tarde lo que hubiera tomado en préstamo.

Pero Athos se limitó a encogerse de hombros por toda respuesta.

—¿Cuánto daba el judío por quedarse con el zafiro? —preguntó Athos.

—Quinientas pistolas.

—Es decir, doscientas pistolas más; cien pistolas para vos, cien pistolas para mí. Si eso es una auténtica fortuna, amigo mío. Volved a casa del judío.

—¡Cómo! ¿Queréis…?

—Decididamente ese anillo me traía recuerdos demasiado tristes; además, nunca tendríamos trescientas pistolas para devolverle, de modo que perderíamos dos mil libras en este asunto. Id a decirle que el anillo es suyo, D'Artagnan, y volved con las doscientas pistolas.

—Reflexionad, Athos.

—El dinero contante es caro en los tiempos que corren, y hay que saber hacer sacrificios. Id, D'Artagnan, id; Grimaud os acompañará con su mosquetón.

Media hora después, D'Artagnan volvió con las dos mil libras y sin que le hubiera ocurrido ningún accidente.

Así fue como Athos encontró en su ajuar recursos que no se esperaba.

C A P Í T U L O XXXV

Una visión

A las cuatro, los cuatro amigos se hallaban reunidos en casa de Athos. Sus preocupaciones sobre el equipo habían desaparecido por entero, y cada rostro no conservaba otra expresión que las de sus propias y secretas inquietudes; porque detrás de cualquier felicidad presente se oculta un temor futuro.

De pronto Planchet entró con dos cartas dirigidas a D’Artagnan.

Una era un pequeño billete gentilmente plegado a lo largo con un lindo sello de cera verde en el que estaba impresa una paloma trayendo un ramo verde.

La otra era una gran epístola rectangular y resplandeciente con las armas terribles de Su Eminencia el cardenal duque.

A la vista de la carta pequeña, el corazón de D’Artagnan saltó, porque había creído reconocer la escritura; y aunque no había visto esa escritura más que una vez, la memoria de ella había quedado en lo más profundo de su corazón.

Cogió, pues, la epístola pequeña y la abrió rápidamente.

Paseaos (se le decía) el miércoles próximo entre las seis y las siete de la noche, por la ruta de Chaillot, y mirad con cuidado en las carrozas que pasen, pero si amáis vuestra vida y la de las

personas que os aman, no digáis ni una palabra, no hagáis un movimiento que pueda hacer creer que habéis reconocido a la que se expone a todo por veros un instante.

Sin firma.

—Es una trampa —dijo Athos—, no vayáis, D'Artagnan.

—Sin embargo —dijo D'Artagnan—, me parece reconocer la escritura.

—Quizá esté amañada —replicó Athos—; a las seis o las siete, a esa hora, la ruta de Chaillot está completamente desierta: sería lo mismo que iros a pasear por el bosque de Bondy.

—Pero ¿y si vamos todos? —dijo D'Artagnan—. ¡Qué diablos! No nos devorarán a los cuatro; además, cuatro lacayos; además, los caballos; además, las armas.

—Además será una ocasión de lucir nuestros equipos —dijo Porthos.

—Pero si es una mujer la que escribe —dijo Aramis—, y esa mujer desea no ser vista, pensad que la comprometéis, D'Artagnan, cosa que está mal por parte de un gentilhombre.

—Nos quedaremos detrás —dijo Porthos—, y sólo él se adelantará.

—Sí, pero un disparo de pistola puede ser disparado fácilmente desde una carroza que va al galope.

—¡Bah! —dijo D'Artagnan—. Me fallarán. Alcanzaremos entonces la carroza y mataremos a quienes se encuentren dentro. Serán otros tantos enemigos menos.

—Tiene razón —dijo Porthos—. ¡Batalla! Además, tenemos que probar nuestras armas.

—¡Bueno, démonos ese placer! —dijo Aramis con su aire dulce y despreocupado.

—Como queráis —dijo Athos.

—Señores —dijo D'Artagnan—, son las cuatro y media; tenemos justo el tiempo de estar a las seis en la ruta de Chaillot.

—Además, si salimos demasiado tarde, nos verían, lo cual es perjudicial.

Vamos pues, a prepararnos, señores.

—Pero esa segunda carta —dijo Athos—: os olvidáis de ella; sin embargo, me parece que el sello indica que merece ser abierta; en cuanto a mí, declaro, mi querido D'Artagnan, que me preocupa mucho más que la pequeña chuchería que acabáis de deslizar sobre vuestro corazón.

D'Artagnan enrojeció.

—Pues bien —dijo el joven—, veamos, señores, qué me quiere Su Eminencia.

Y D'Artagnan abrió la carta y leyó:

El señor D’Artagnan, guardia del rey, en la compañía Des Essarts, es esperado en el Palais-Cardinal esta noche a las ocho.

LA HOUDINIÈRE,

Capitán de los guardias.

—¡Diablos! —dijo Athos—. Ahí tenéis una cita tan inquietante como la otra, pero de forma distinta.

—Iré a la segunda al salir de la primera —dijo D’Artagnan—; la una es para las siete, la otra para las ocho; habrá tiempo para todo.

—¡Hum! Yo no iría —dijo Aramis—; un caballero galante no puede faltar a una cita dada por una dama, pero un gentilhombre prudente puede excusarse de no ir a casa de Su Eminencia, sobre todo cuando tiene razones para creer que no es para que lo feliciten.

—Soy de la opinión de Aramis —dijo Porthos.

—Señores —respondió D’Artagnan— ya he recibido del señor de Cavois una invitación semejante de Su Eminencia; me despreocupé de ella, y al día siguiente me ocurrió una desgracia. Constance desapareció; por lo que pueda pasar, iré.

—Si es una decisión —dijo Athos—, hacedlo.

—Pero ¿y la Bastilla? —dijo Aramis.

—¡Bah, vosotros me sacaréis! —replicó D'Artagnan.

—Por supuesto —contestaron Aramis y Porthos con un aplomo admirable y como si fuera la cosa más sencilla—, por supuesto que os sacaremos; pero entretanto, como debemos marcharnos pasado mañana, haríais mejor en no correr el riesgo de la Bastilla.

—Hagamos otra cosa mejor —dijo Athos—: no le perdamos de vista durante la velada, y esperémosle cada uno de nosotros en una puerta del Palais con tres mosqueteros detrás de nosotros; si vemos salir algún coche con la portezuela cerrada y medio sospechoso, le caemos encima. Hace mucho tiempo que no nos hemos peleado con los guardias del señor cardenal, y el señor de Tréville debe de creernos muertos.

—Decididamente, Athos —dijo Aramis—, estáis hecho para general del ejército; ¿qué decís del plan, señores?

—¡Admirable! —repitieron a coro los jóvenes.

—Pues bien —dijo Porthos—, corro a palacio, prevengo a nuestros camaradas que estén preparados para las ocho; la cita será en la plaza del Palais-Cardinal; vos, durante ese tiempo, haced ensillar los caballos para los lacayos.

—Pero yo no tengo caballo —dijo D'Artagnan—; voy a coger uno hasta casa del señor de Tréville.

—Es inútil —dijo Aramis—, cogeréis uno de los míos.

—¿Cuántos tenéis entonces? —preguntó D'Artagnan.

—Tres —respondió sonriendo Aramis.

—Querido —dijo Athos—, sois desde luego el poeta mejor montado de Francia y Navarra.

—Escuchad, mi querido Aramis, no sabéis qué hacer con tres caballos,

¿verdad? No comprendo siquiera que hayáis comprado tres caballos.

—Claro, no he comprado más que dos —dijo Aramis.

—Y el tercero, ¿os caído del cielo?

—No, el tercero me ha sido traído esta misma mañana por un criado sin librea que no ha querido decirme a quién pertenecía y que me ha asegurado haber recibido la orden de su amo…

—O de su ama —interrumpió D'Artagnan.

—Eso da igual —dijo Aramis poniéndose colorado—… y que me ha asegurado, decía, haber recibido de su ama la orden de poner ese caballo en mi cuadra sin decirme de parte de quién venía.

—Sólo a los poetas os ocurren esas cosas —replicó gravemente Athos.

—Pues bien, en tal caso, hagamos las cosas lo mejor posible —dijo D'Artagnan—: ¿cuál de los dos caballos montaréis, el que habéis comprado o el que os han dado?

—El que me han dado, sin discusión; comprenderéis, D'Artagnan, que no puedo hacer esa injuria…

—Al donante desconocido —contestó D'Artagnan.

—O a la donante misteriosa —dijo Athos.

—Entonces, ¿el que habéis comprado se os vuelve inútil?

—Casi.

—¿Y lo habéis escogido vos mismo?

—Y con el mayor cuidado; como sabéis, la seguridad del caballero depende casi siempre de su caballo.

—Bueno, cedédmelo por el precio que os ha costado.

—Iba a ofrecéroslo, mi querido D'Artagnan, dándoos el tiempo que necesitéis para devolverme esa bagatela.

—¿Y cuánto os ha costado?

—Ochocientas libras.

—Aquí tenéis cuarenta pistolas dobles, mi querido amigo —dijo D'Artagnan sacando la suma de su bolsillo; sé que es ésta la moneda con que os pagan vuestros poemas.

—Entonces, ¿tenéis fondos? —dijo Aramis.

—Muchos, muchísimos, querido.

Y D'Artagnan hizo sonar en su bolso el resto de sus pistolas.

—Mandad vuestra silla al palacio de los Mosqueteros y os traerán vuestro caballo aquí con los nuestros.

—Muy bien, pero pronto serán las cinco, démonos prisa.

Un cuarto de hora después, Porthos apareció por la esquina de la calle Férou en un magnífico caballo berberisco; Mosquetón le seguía en un caballo de Auvergne, pequeño pero sólido. Porthos resplandecía de alegría y de orgullo.

Al mismo tiempo Aramis apareció por la otra esquina de la calle montado en un soberbio corcel inglés; Bazin lo seguía en un caballo ruano, llevando atado un vigoroso mecklemburgués: era la montura de D'Artagnan.

Los dos mosqueteros se encontraron en la puerta; Athos y D'Artagnan los miraban por la ventana.

—¡Diablos! —dijo Aramis—. Tenéis un soberbio caballo, querido Porthos.

—Sí —respondió Porthos—; éste es el que tenían que haberme enviado al principio: una jugarreta del marido lo sustituyó por el otro; pero el marido ha sido castigado luego y yo he obtenido satisfacciones.

Planchet y Grimaud aparecieron entonces llevando de la mano las monturas de sus amos; D'Artagnan y Athos descendieron, montaron junto a sus compañeros y los cuatro se pusieron en marcha: Athos en el caballo que debía a su mujer, Aramis en el caballo que debía a su amante, Porthos en el caballo que debía

a su procuradora, y D’Artagnan en el caballo que debía a su buena fortuna, la mejor de las amantes.

Los seguían los criados.

Como Porthos había pensado, la cabalgada causó buen efecto; y si la señora Coquenard se hubiera encontrado en el camino de Porthos y hubiera podido ver el gran aspecto que tenía sobre su hermoso berberisco español, no habría lamentado la sangría que había hecho en el cofre de su marido.

Cerca del Louvre los cuatro amigos encontraron al señor de Tréville que volvía de Saint-Germain; los paró para felicitarlos por su equipo, cosa que en un instante atrajo a su alrededor algunos centenares de mirones.

D’Artagnan aprovechó la circunstancia para hablar al señor de Tréville de la carta de gran sello rojo y armas ducales; por supuesto, de la otra no sopló ni una palabra.

El señor de Tréville aprobó la resolución que había tomado, y le aseguró que si al día siguiente no había reaparecido, él sabría encontrarlo en cualquier sitio que estuviese.

En aquel momento, el reloj de la Samaritaine dio las seis; los cuatro amigos se excusaron con una cita y se despidieron del señor de Tréville.

Un tiempo de galope los condujo a la ruta de Chaillot; la luz comenzaba a

bajar, los coches pasaban y volvían a pasar; D’Artagnan, guardado a algunos pasos por sus amigos, hundía sus miradas hasta el fondo de las carrozas, y no veía ningún rostro conocido.

Finalmente, al cuarto de hora de espera y cuando el crepúsculo caía completamente, apareció un coche llegando a todo galope por la ruta de Sèvres; un presentimiento le dijo de antemano a D’Artagnan que aquel coche encerraba a la persona que le había dado cita; el joven quedó completamente sorprendido al sentir su corazón batir tan violentamente. Casi al punto una cabeza de mujer salió por la portezuela, con dos dedos sobre la boca como para recomendar silencio, o como para enviar un beso; D’Artagnan lanzó un leve grito de alegría: aquella mujer, o mejor dicho, aquella aparición, porque el coche había pasado con la rapidez de una visión, era la señora Bonacieux.

Por un movimiento involuntario y pese a la recomendación hecha, D’Artagnan lanzó su caballo al galope y en pocos saltos alcanzó el coche; pero el cristal de la portezuela estaba herméticamente cerrado: la visión había desaparecido.

D’Artagnan se acordó entonces de la recomendación:

«Si amáis vuestra vida y la de las personas que os aman, permaneced inmóvil y como si nada hubierais visto».

Se detuvo, por tanto, temblando no por él sino por la pobre mujer que, evidentemente, se había expuesto a un gran peligro dándole aquella cita.

El coche continuó su ruta caminando siempre a todo galope, se adentró en París y desapareció.

D'Artagnan había quedado desconcertado y sin saber qué pensar. Si era la señora Bonacieux y si volvía a París, ¿por qué aquella cita fugitiva, por qué aquel simple cambio de una mirada, por qué aquel beso perdido? Y si por otro lado no era ella, lo cual era muy posible porque la escasa luz que quedaba hacía fácil el error, si no era ella, ¿no sería el comienzo de un golpe de mano montado contra él con el cebo de aquella mujer cuyo amor por ella era conocido?

Los tres compañeros se le acercaron. Los tres habían visto perfectamente una cabeza de mujer aparecer en la portezuela, pero ninguno de ellos, excepto Athos, conocía a la señora Bonacieux. La opinión de Athos, por lo demás, fue que sí era ella; pero menos preocupado que D'Artagnan por aquel bonito rostro, había creído ver una segunda cabeza una cabeza de hombre, al fondo del coche.

—Si es así —dijo D'Artagnan—, sin duda la llevan de una prisión a otra.

Pero ¿qué van a hacer con esa pobre criatura y cuándo volveré a verla?

—Amigo —dijo gravemente Athos—, recordad que los muertos son los únicos a los que uno está expuesto a volver a encontrar sobre la tierra. Vos sabéis algo de eso, igual que yo, ¿no es así?

Ahora bien, si vuestra amante no está muerta, si es la que acabamos de ver, la encontraréis un día u otro. Y quizá, Dios mío —añadió con un acento misántropo que le era propio—, quizá antes de lo que queráis.

Sonaron las siete y media, el coche llevaba un retraso de veinte minutos respecto a la cita dada. Los amigos de D'Artagnan le recordaron que tenía una visita que hacer, haciéndole observar también que todavía estaba a tiempo de desdecirse.

Pero D'Artagnan era a la vez obstinado y curioso. Se le había metido en la cabeza que iría al Palais-Cardinal y que sabría lo que Su Eminencia quería. Nada pudo hacerle cambiar su determinación.

Llegaron a la calle Saint-Honoré, y en la plaza Palais-Cardinal encontraron a los doce mosqueteros convocados que se paseaban a la espera de sus camaradas. Sólo allí se les explicó de qué se trataba.

D'Artagnan era muy conocido en el honorable cuerpo de los mosqueteros del rey, donde se sabía que un día ocuparía un puesto; se le miraba por tanto por adelantado como a un camarada. Resultó de aquellos antecedentes que cada cual aceptó de buena gana la misión a que estaba invitado; por otra parte, según todas las probabilidades, se trataba de jugar una mala pasada al señor cardenal y a sus gentes, y para tales expediciones aquellos gentileshombres estaban siempre dispuestos.

Athos los repartió, pues, en tres grupos, tomó el mando de uno, dio el segundo a Aramis y el tercero a Porthos; luego cada grupo fue a emboscarse frente a una salida.

D'Artagnan por su parte entró valientemente por la puerta principal.

Aunque se sintiera vigorosamente apoyado, el joven no iba sin inquietud al subir paso a paso la escalinata. Su conducta con Milady se parecía mucho a una traición, y sospechaba de las relaciones políticas que existían entre aquella mujer y el cardenal; además, de Wardes, a quien tan mal había tratado, era uno de los fieles de Su Eminencia, y D'Artagnan sabía que si Su Eminencia era terrible con sus enemigos, era muy adicto a sus amigos.

—Si de Wardes le ha contado todo nuestro asunto al cardenal, cosa que no es dudosa, y si me ha reconocido, cosa que es probable, debo considerarme poco más o menos como un hombre condenado —decía D'Artagnan moviendo la cabeza—. Pero ¿por qué ha esperado hasta hoy? Es muy sencillo, Milady se habrá quejado contra mí con ese dolor hipócrita que la vuelve tan interesante, y este último crimen habrá hecho desbordar el vaso.

Afortunadamente —añadió—, mis buenos amigos estarán abajo y no dejarán que me lleven sin defenderme. Sin embargo, la compañía de mosqueteros del señor de Tréville no puede hacer

sola la guerra al cardenal, que dispone de las fuerzas de toda Francia, y ante el cual la reina carece de poder y el rey de voluntad. D'Artagnan, amigo mío, eres valiente, tienes excelentes cualidades,

¡pero las mujeres lo perderán!

Estaba en tan triste conclusión cuando entró en la antecámara. Entregó su carta al ujier de servicio, que lo hizo pasar a la sala de espera y se metió en el interior del palacio.

En aquella sala de espera había cinco o seis guardias del señor cardenal que, al reconocer a D'Artagnan y sabiendo que era él quien había herido a Jussac, lo miraban sonriendo de manera singular.

Aquella sonrisa le pareció a D'Artagnan de mal augurio; sólo que como nuestro gascón no era fácil de intimidar, o mejor, gracias a un orgullo natural de las gentes de su región, no dejaba ver fácilmente lo que pasaba en su alma cuando aquello que pasaba se parecía al temor, se plantó orgullosamente ante los señores guardias y esperó con la mano en la cadera, en una actitud que no carecía de majestad.

El ujier volvió e hizo seña a D'Artagnan de seguirlo. Le pareció al joven que los guardias, al verlo alejarse, cuchicheaban entre sí.

Siguió un corredor, atravesó un gran salón, entró en una biblioteca y se encontró frente a un hombre sentado ante un escritorio y que escribía.

El ujier lo introdujo y se retiró sin decir una palabra. D'Artagnan permaneció de pie y examinó a aquel hombre.

D'Artagnan creyó al principio que tenía que habérselas con algún juez examinando su dossier, pero se dio cuenta de que el hombre del escritorio escribía o mejor corregía líneas de desigual longitud, contando las palabras con los dedos; vio que estaba frente a un poeta; al cabo de un instante, el poeta cerró su manuscrito sobre cuya cubierta estaba escrito: MÍRAME, tragedia en cinco actos, y alzó la cabeza.

D'Artagnan reconoció al cardenal.

CAPÍTULO XL

El cardenal

El cardenal apoyó su codo sobre su manuscrito, su mejilla sobre su mano,

y miró un instante al joven. Nadie tenía el ojo más profundamente escrutador que el cardenal, y D'Artagnan sintió aquella mirada correr por sus venas como una fiebre.

Sin embargo puso buena cara, teniendo su sombrero en sus manos y esperando el capricho de Su Eminencia, sin demasiado orgullo, pero también sin demasiada humildad.

—Señor —le dijo el cardenal—, ¿sois vos un D'Artagnan del Béarn?

—Sí, monseñor —respondió el joven.

—Hay muchas ramas de D'Artagnan en Tarbes y en los alrededores —dijo el cardenal—; ¿a cuál pertenecéis vos?

—Soy hijo del que hizo las guerras de religión con el gran rey Enrique, padre de Su Graciosa Majestad.

—Eso está bien. ¿Sois vos quien salisteis hace siete a ocho meses más o menos de vuestra región para venir a buscar fortuna a la capital?

—Sí, monseñor.

—Vinisteis por Meung, donde os ha ocurrido algo, no sé muy bien qué, pero algo.

—Monseñor —dijo D'Artagnan—, lo que me pasó…

—Inútil, inútil —replicó el cardenal con una sonrisa que indicaba que conocía la historia tan bien como el que quería contársela—; estabais recomendado al señor de Tréville, ¿no es así?

—Sí, monseñor, pero precisamente, en ese desgraciado asunto de Meung…

—Se perdió la carta —prosiguió la Eminencia—; sí, ya sé eso; pero el señor de Tréville es un fisonomista hábil que conoce a los hombres a primera vista, y os ha colocado en la compañía de su cuñado, el señor des Essarts, dejándoos la esperanza de que un día a otro entraríais en los mosqueteros.

—Monseñor está perfectamente informado —dijo D'Artagnan.

—Desde esa época os han pasado muchas cosas: os habéis paseado por detrás de los Chartreux cierto día que más hubiera valido que estuvieseis en otra parte; luego habéis hecho con vuestros amigos un viaje a las aguas de Forges; ellos se han detenido en ruta, pero vos habéis continuado vuestro camino. Es muy sencillo, teníais asuntos en Inglaterra.

—Monseñor —dijo D'Artagnan completamente desconcertado—, yo iba…

—De caza, a Windsor, o a otra parte, eso no importa a nadie. Sé eso, porque mi obligación consiste en saberlo todo. A vuestro regreso, habéis sido

recibido por una augusta persona, y veo con placer que habéis conservado el recuerdo que os ha dado.

D'Artagnan llevó la mano al diamante que tenía de la reina, y volvió con presteza el engaste hacia dentro; pero era demasiado tarde.

—Al día siguiente de esa fecha, habéis recibido la visita de Cavois — prosiguió el cardenal—; iba a rogaros que pasaseis por el Palais; esa visita no la habéis hecho, y habéis cometido un error.

—Monseñor, temía haber incurrido en desgracia con Vuestra Eminencia.

—¡Vaya! Y eso, ¿por qué señor? Por haber seguido las órdenes de vuestros superiores con más inteligencia y valor de lo que otro hubiera hecho. ¿Incurrir en mi desgracia cuando merecíais elogios? Son las personas que no obedecen las que yo castigo, y nos la que, como vos, obedecen… demasiado bien… Y la prueba, recordad la fecha del día en que os había dicho que vinierais a verme, buscad en vuestra memoria lo que pasó aquella misma noche.

Era la misma noche en que había tenido lugar el rapto de la señora Bonacieux; D'Artagnan se estremeció, y recordó que media hora antes la pobre mujer había pasado a su lado, arrastrada sin duda por la misma potencia que la había hecho desaparecer.

—En fin —continuó el cardenal— como no oía hablar de vos desde hace algún tiempo, he querido saber qué hacíais. Además, me debéis alguna gratitud: vos mismo habréis observado con qué miramientos habéis sido tratado en todas las circunstancias.

D'Artagnan se inclinó con respeto.

—Eso —continuó el cardenal—, se debía no sólo a un sentimiento de equidad natural, sino además a un plan que yo me había trazado respecto a vos.

D'Artagnan estaba cada vez más asombrado.

—Yo quería exponeros ese plan el día que recibisteis mi primera invitación; pero no vinisteis. Por suerte, nada se ha perdido con ese retraso, y hoy vais a oírlo. Sentaos ahí, delante de mí, señor D'Artagnan: sois lo suficientemente buen gentilhombre para no escuchar de pie.

Y el cardenal indicó con el dedo una silla al joven, que estaba tan asombrado de lo que pasaba que, para obedecer, esperó una segunda indicación de su interlocutor.

—Sois valiente, señor D'Artagnan —continuó la Eminencia—; sois prudente, cosa que vale más. Me gustan los hombres de cabeza y de corazón; no os asustéis —dijo sonriendo—, por hombres de corazón entiendo hombres

de valor; mas, pese a lo joven que sois y recién entrado en el mundo, tenéis enemigos poderosos; ¡si no tenéis cuidado, os perderán!

—¡Ah, monseñor! —respondió el joven—. Lo harán muy fácilmente sin duda; porque son fuertes y están bien apoyados, mientras que yo estoy solo.

—Sí, es cierto; pero por más solo que estéis, habéis hecho ya mucho, y más haréis aún, no tengo ninguna duda. Sin embargo, necesitáis, en mi opinión, ser guiado en la aventurera carrera que habéis emprendido; porque, si no me equivoco, habéis venido a París con la ambiciosa idea de hacer fortuna.

—Estoy en la edad de las locas esperanzas, Monseñor —dijo D'Artagnan.

—No hay locas esperanzas más que para los tontos, señor, y vos sois inteligente. Veamos, ¿qué diríais de una enseña en mis guardias, y de una compañía después de la campaña?

—¡Ah, Monseñor!

—Aceptáis, ¿no es así?

—Monseñor —replicó D'Artagnan con aire de apuro.

—¿Cómo? ¿Rehusáis? —exclamó el cardenal asombrado.

—Estoy en los guardias de Su Majestad, Monseñor, y no tengo motivos para estar descontento.

—Pero me parece —dijo la Eminencia— que mis guardias son también los guardias de Su Majestad, y que con tal que se sirva en un cuerpo francés, se sirve al rey.

—Monseñor, Vuestra Eminencia ha comprendido mal mis palabras.

—¿Queréis un pretexto, no es eso? Comprendo. Pues bien, ese pretexto lo tenéis. El ascenso, la campaña que se inicia, la ocasión que se os ofrece: eso para la gente; para vos, la necesidad de protecciones seguras; porque es bueno que sepáis, señor D'Artagnan, que he recibido quejas graves contra vos, vos no consagráis exclusivamente vuestros días y vuestras noches al servicio del rey.

D'Artagnan se puso colorado.

—Por lo demás —continuó el cardenal posando su mano sobre un legajo de papeles—, tengo todo un informe que os concierne; pero antes de leerlo, he querido hablar con vos. Os sé hombre de resolución, y vuestros servicios, bien dirigidos, en vez de perjudicaros pueden reportaros mucho. Veamos, reflexionad y decidid.

—Vuestra bondad me confunde, Monseñor —respondió D’Artagnan—, y reconozco en vuestra Eminencia una grandeza de alma que me hace tan

pequeño como un gusano; pero, en fin, dado que Monseñor me permite hablarle con franqueza…

D’Artagnan se detuvo.

—Sí, hablad.

—Pues bien, diré a Vuestra Eminencia que todos mis amigos están en los mosqueteros y en los guardias del rey, y que mis enemigos, por una fatalidad inconcebible, están con Vuestra Eminencia; sería por tanto mal recibido y mal mirado si aceptara lo que monseñor me ofrece.

—¿Tendríais la orgullosa idea de que no os ofrezco lo que valéis, señor? — dijo el cardenal con una sonrisa de desdén.

—Monseñor, Vuestra Eminencia es cien veces bueno conmigo, y, por el contrario, pienso no haber hecho aún suficiente para ser digno de sus bondades. El sitio de La Rochelle va a empezar, monseñor; yo serviré ante los ojos de Vuestra Eminencia, y si tengo la suerte de comportarme en ese sitio de tal forma que merezca atraer sus miradas, ¡pues bien!, luego tendré al menos detrás de mí alguna acción brillante para justificar la protección con que tenga a bien honrarme. Todo debe hacerse a su

tiempo, monseñor; quizá más tarde tenga yo derecho a darme, en este momento parecería que me vendo.

—Es decir, que rehusáis servirme, señor —dijo el cardenal con un tono de despecho en el que apuntaba sin embargo cierta clase de estima—; quedad, pues, libre y guardad vuestros odios y vuestras simpatías.

—Monseñor…

—Bien, bien —dijo el cardenal—, no os quiero; pero como comprenderéis bastante tiene uno con defender a sus amigos y recompensarlos, no debe nada a sus enemigos, y sin embargo os daré un consejo: manteneos alerta, señor D'Artagnan, porque en el momento en que yo haya retirado mi mano de vos, no compraría vuestra vida por un óbolo.

—Lo intentaré, monseñor —respondió el gascón con noble seguridad.

—Más tarde, y si en cierto momento os ocurre alguna desgracia —dijo Richelieu con intención—, pensad que soy yo quien ha ido a buscaros, y que ha hecho cuanto ha podido para que esa desgracia no os alcanzase.

—Pase lo que pase —dijo D'Artagnan poniendo la mano en el pecho e inclinándose—, tendré eterna gratitud a Vuestra Eminencia por lo que hace por mí en este momento.

—Bien, como habéis dicho —señor D'Artagnan—, volveremos a vernos en la campaña; os seguiré con los ojos, porque estaré allí

—prosiguió el cardenal señalando con el dedo a D'Artagnan una magnífica armadura que

debía endosarse—, y a vuestro regreso, pues bien, ¡hablaremos!

—¡Ah, monseñor! —exclamó D'Artagnan—. Ahorradme el peso de vuestra desgracia; permaneced neutral, monseñor, si os parece que actúo como hombre galante.

—Joven —dijo Richelieu—, si puedo deciros una vez más lo que os he dicho hoy, os prometo decíroslo.

Esta última frase de Richelieu expresaba una duda terrible; consternó a D'Artagnan más de lo que habría hecho una amenaza, porque era una advertencia. El cardenal trataba, pues, de preservarle de alguna desgracia que lo amenazaba. Abrió la boca para responder, pero con gesto altivo el cardenal lo despidió.

D'Artagnan salió; pero a la puerta estuvo a punto de fallarle el corazón, y poco le faltó para volver a entrar. Sin embargo, el rostro grave y severo de Athos se le apareció: si hacía con el cardenal el pacto que éste le proponía, Athos no volvería a darle la mano, Athos renegaría de él.

Fue este temor el que lo retuvo: ¡tan poderosa es la influencia de un carácter verdaderamente grande sobre cuanto le rodea!

D'Artagnan descendió por la misma escalera por la que había entrado, y encontró ante la puerta a Athos y a los cuatro

mosqueteros que esperaban su regreso y que comenzaban a inquietarse. Con una palabra D'Artagnan los tranquilizó, y Planchet corrió a avisar a los demás puestos que era inútil montar una guardia más larga, dado que su amo había salido sano y salvo del Palais-Cardinal.

Una vez vueltos a casa de Athos, Aramis y Porthos se informaron de las causas de aquella extraña cita; pero D'Artagnan se contentó con decirles que el señor de Richelieu lo había hecho ir para proponerle entrar en sus guardias con el grado de enseña, y que había rehusado.

—Y habéis hecho bien —exclamaron a una Porthos y Aramis.

Athos cayó en profunda reflexión y no dijo nada. Pero en cuanto estuvo solo con D'Artagnan:

—Habéis hecho lo que debíais hacer, D'Artagnan —dijo Athos—, pero quizá habéis hecho mal.

D'Artagnan lanzó un suspiro; porque aquella voz respondía a una voz de su alma, que le decía que grandes desgracias lo esperaban.

La jornada del día siguiente se pasó en preparativos de partida; D'Artagnan fue a despedirse del señor de Tréville. A aquella hora se creía todavía que la separación de los guardias y de los mosqueteros sería momentánea, porque

aquel día tenía el rey su parlamento y debían partir al día siguiente. El señor de Tréville se contentó, pues, con preguntar a D'Artagnan si necesitaba algo de él, pero D'Artagnan respondió orgullosamente que tenía todo lo que necesitaba.

La noche reunió a todos los camaradas de la compañía de los guardias del señor des Essarts y de la compañía de los mosqueteros del señor de Tréville, que habían hecho amistad. Se dejaban para volverse a ver cuando pluguiera a Dios y si placía a Dios. La noche fue por tanto una de las más ruidosas, como se puede suponer, porque en semejantes casos, no se puede combatir la extrema precaución más que con el extremo descuido.

Al día siguiente, al primer toque de las trompetas, los amigos se dejaron: los mosqueteros corrieron al palacio del señor de Tréville y los guardias al del señor des Essarts. Los dos capitanes condujeron al punto sus compañías al Louvre, donde el rey los revistaba.

El rey estaba triste y parecía enfermo, lo cual quitaba algo a su gesto altivo. En efecto, la víspera la fiebre lo había cogido en medio del parlamento y mientras ocupaba la presidencia. No por ello estaba menos decidido a partir aquella misma noche; y pese a las observaciones que se habían hecho, había querido pasar revista, esperando que el primer golpe de vigor vencería la enfermedad que comenzaba a apoderarse de él.

Una vez pasada la revista, los guardias se pusieron en marcha, ellos solos; los mosqueteros debían partir sólo con el rey, lo que permitió a Porthos ir a dar una vuelta, en su soberbio equipo, por la calle aux Ours.

La procuradora lo vio pasar en su uniforme nuevo y sobre su hermoso caballo. Amaba demasiado a Porthos para dejarlo partir así; le hizo seña de apearse y de venir a su lado. Porthos estaba magnífico; sus espuelas resonaban, su coraza brillaba, su espada le golpeaba orgullosamente las piernas. Aquella vez los pasantes no tuvieron ninguna gana de reír: ¡tanta era la pinta que Porthos tenía de cortador de orejas!

El mosquetero fue introducido junto al señor Coquenard, cuyos ojillos grises brillaron de cólera al ver a su primo todo flamante. Sin embargo, una cosa lo consoló interiormente; es que por todas partes decían que la campaña sería ruda: en el fondo de su corazón esperaba dulcemente que Porthos muriera en ella.

Porthos presentó sus respetos a maese Coquenard y se despidió de él; maese Coquenard le deseó toda suerte de prosperidades. En cuanto a la señora Coquenard, no podía contener sus lágrimas; pero nadie sacó ninguna mala consecuencia de su dolor; se la sabía muy apegada a sus parientes, por los que había tenido siempre crueles disputas con su marido.

Pero las auténticas despedidas se hicieron en la habitación de la señora Coquenard: fueron desgarradoras.

Durante el tiempo que la procuradora pudo seguir con los ojos a su amante, agitó un pañuelo inclinándose fuera de la ventana, hasta el punto de que se creería que quería tirarse. Porthos recibió todas aquellas señales de ternura como hombre habituado a semejantes demostraciones. Sólo que al volver la esquina de la calle, se quitó el sombrero y lo agitó en señal de adiós.

Por su parte, Aramis escribía una larga carta. ¿A quién? Nadie sabía nada. En la habitación vecina, Ketty, que debía partir aquella misma noche para Tours, esperaba aquella carta misteriosa.

Athos bebía a sorbos la última botella de su vino español. Mientras tanto, D'Artagnan desfilaba con su compañía.

Al llegar al barrio de Saint-Antoine, se volvió para mirar alegremente la Bastilla; pero como era solamente la Bastilla lo que miraba, no vio a Milady que, montada sobre un caballo overo, lo señalaba con el dedo a dos hombres de mala catadura que se acercaron al punto a las filas para reconocerlo. A una interrogación que se hicieron con la mirada, Milady respondió con un signo que era él. Luego, segura de que no podía haber error en la ejecución de sus órdenes, espoleó su caballo y desapareció.

Los dos hombres siguieron entonces a la compañía, y a la salida del barrio Saint-Antoine montaron en dos caballos completamente preparados que un criado sin librea tenía en la mano esperándolos.

C A P Í T U L O XLI

El sitio de La Rochelle

El sitio de La Rochelle fue uno de los grandes acontecimientos políticos de Luis XIII, y una de las grandes empresas militares del cardenal. Es por tanto interesante, e incluso necesario, que digamos algunas palabras, dado que muchos detalles de ese asedio están ligados de manera demasiado importante a la historia que hemos comenzado a contar para que los pasemos en silencio.

Las miras políticas del cardenal cuando emprendió este asedio eran considerables. Expongámoslas primero, luego pasaremos a las miras particulares que no tuvieron sobre Su Eminencia menos influencia que las primeras.

De las ciudades importantes dadas por Enrique IV a los hugonotes como

plazas de seguridad, sólo quedaba La Rochelle. Se trataba por tanto de destruir aquel último baluarte del calvinismo, levadura peligrosa a la que venían a mezclarse incesantemente fermentos de revuelta civil o de guerra extranjera.

Españoles, ingleses, italianos descontentos, aventureros de cualquier nación, soldados de fortuna de toda secta acudían a

la primera llamada bajo las banderas de los protestantes y se organizaban como una vasta asociación cuyas ramas divergían a capricho en todos los puntos de Europa.

La Rochelle, que había adquirido nueva importancia con la ruina de las demás ciudades calvinistas era, pues, el hogar de las disensiones y de las ambiciones. Había más: su puerto era la primera puerta abierta a los ingleses en el reino de Francia; y al cerrarlo a Inglaterra, nuestra eterna enemiga, el cardenal acababa la obra de Juana de Arco y del duque de Guisa.

Por eso Bassompierre, que era a la vez protestante y católico, protestante de corazón y católico como comendador del Espíritu Santo; Bassompierre, que era alemán de nacimiento y francés de corazón; Bassompierre, en fin, que ejercía un mando particular en el asedio de La Rochelle, decía cargando a la cabeza de muchos otros señores protestantes como él:

—¡Ya veréis, señores, cómo somos tan bestias que conquistaremos La Rochelle!

Y Bassompierre tenía razón; el cañoneo de la isla de Ré presagiaba para él las dragonadas de Cévennes; la toma de La Rochelle era el prefacio de la revocación del edicto de Nantes.

Pero, ya lo hemos dicho, al lado de estas miras del ministro nivelador y simplificador, y que pertenecen a la historia, el cronista está obligado a reconocer las pequeñas miras del hombre enamorado y del rival celoso.

Richelieu, como todos saben, había estado enamorado de la reina; si este amor tenía en él un simple objetivo político o era naturalmente una de esas profundas pasiones como las que inspiró Ana de Austria a quienes la rodeaban, es lo que no sabríamos decir; pero en cualquier caso, por los desarrollos anteriores de esta historia, se ha visto que Buckingham había triunfado sobre él y que en dos o tres circunstancias, y sobre todo en la de los herretes, gracias al desvelo de los tres mosqueteros y al valor de D'Artagnan, había sido cruelmente burlado.

Se trataba, pues, para Richelieu no sólo de librar a Francia de un enemigo, sino de vengarse de un rival; por lo demás, la venganza debía ser grande y clamorosa, y digna en todo un hombre que tiene en su mano, por espada de combate, las fuerzas de todo un reino.

Richelieu sabía que combatiendo a Inglaterra combatía a Buckingham, que

venciendo a Inglaterra vencía a Buckingham, y que humillando a Inglaterra ante los ojos de Europa humillaba a Buckingham a los ojos de la reina.

Por su lado Buckingham, aunque ponía ante todo el honor de Inglaterra estaba movido por intereses absolutamente semejantes a los del cardenal; Buckingham también perseguía una venganza particular: bajo ningún pretexto había podido

Buckingham entrar en Francia como embajador, y quería entrar como conquistador.

De donde resulta que lo que realmente se ventilaba en esa partida que los dos reinos más poderosos jugaban por el capricho de dos hombres enamorados, era una simple mirada de Ana de Austria.

La primera ventaja había sido para el duque de Buckingham: llegado inopinadamente a la vista de la isla de Ré con noventa bajeles y veinte mil hombres aproximadamente, había sorprendido al conde Toiras, que mandaba en nombre del rey en la isla; tras un combate sangriento había realizado su desembarco.

Relatemos de paso que en este combate había perecido el barón de Chantal; el barón de Chantal dejaba huérfana una niña de dieciocho meses.

Esta niña fue luego Madame de Sévigné.

El conde de Toiras se retiró a la ciudadela Saint-Martin con la guarnición, y dejó un centenar de hombres en un pequeño fuerte que se llamaba de la Prée.

Este acontecimiento había acelerado las decisiones del cardenal; y a la espera de que el rey y él pudieran ir a tomar el mando del asedio de La Rochelle, que estaba decidido, había hecho partir a Monsieur para dirigir las primeras operaciones, y había hecho desfilar hacia el escenario de la guerra todas las tropas de que había podido disponer.

De este destacamento enviado como vanguardia era del que formaba parte nuestro amigo D'Artagnan.

El rey, como hemos dicho, debía seguirlo tan pronto como hubiera terminado la solemne sesión real pero al levantarse de aquel asiento real, el 28 de junio se había sentido afiebrado; habría querido partir igualmente pero al empeorar su estado se vio obligado a detenerse en Villeroi.

Ahora bien, allí donde se detenía el rey se detenían los mosqueteros; de donde resultaba que D'Artagnan, que estaba pura y simplemente en los guardias, se había separado, momentáneamente al menos, de sus buenos amigos Athos, Porthos y Aramis; esta separación, que no era para él más que una contrariedad, se habría convertido desde luego en inquietud seria si hubiera podido adivinar qué peligros desconocidos lo rodeaban.

No por eso dejó de llegar, sin incidente alguno al campamento establecido

ante La Rochelle, hacia el 10 del mes de septiembre del año 1627.

Todo se hallaba en el mismo estado: el duque de Buckingham y sus ingleses dueños de la isla de Ré, continuaban sitiando, aunque sin éxito, la ciudadela de Saint-Martin y el fuerte de La Prée, y las hostilidades con La Rochelle habían comenzado

hacía dos o tres días a propósito de un fuerte que el duque de Angulema acababa de hacer construir junto a la ciudad.

Los guardias, al mando del señor des Essarts, se alojaban en los Mínimos.

Pero como sabemos, D'Artagnan, preocupado por la ambición de pasar a los mosqueteros, raramente había hecho amistad con sus camaradas; se encontraba por tanto solo y entregado a sus propias reflexiones.

Sus reflexiones no eran risueñas; desde hacía un año que había llegado a París se había mezclado en los asuntos públicos; sus asuntos privados no habían adelantado mucho ni en amor ni en fortuna.

En amor, la única mujer a la que había amado era la señora Bonacieux, y la señora Bonacieux había desaparecido sin que él pudiera descubrir aún qué había sido de ella.

En fortuna, se había hecho, débil como era, enemigo del cardenal, es decir, de un hombre ante el cual temblaban los mayores del reino, empezando por el rey.

Aquel hombre podía aplastarlo, y sin embargo no lo había hecho; para un ingenio tan perspicaz como era D'Artagnan, aquella indulgencia era una luz por la que vela un porvenir mejor.

Luego se había hecho también otro enemigo menos de temer, pensaba, pero que sin embargo instintivamente sentía que no era de despreciar: ese enemigo era Milady.

A cambio de todo esto había conseguido la protección y la benevolencia de la reina, pero la benevolencia de la reina era, en aquellos tiempos, una causa más de persecuciones; y su protección, como se sabe, protegía muy mal; ejemplos: Chalais y la señora Bonacieux.

Lo que en todo aquello había ganado en claro era el diamante de cinco o seis mil libras que llevaba en el dedo; pero incluso de aquel diamante, suponiendo que D'Artagnan en sus proyectos de ambición quisiera guardarlo para convertirlo un día en señal de reconocimiento de la reina, no había que esperar, puesto que no podía deshacerse de él, más valor que de los guijarros que pisoteaba.

Decimos los guijarros que pisoteaba, porque D'Artagnan hacía estas reflexiones paseándose en solitario por un lindo caminito que conducía del campamento a la villa de Angoutin; ahora bien, estas reflexiones lo habían

llevado más lejos de lo que pensaba, y la luz comenzaba a bajar cuando al último rayo del crepúsculo le pareció ver brillar detrás de un seto el cañón de un mosquete.

D'Artagnan tenía el ojo despierto y el ingenio pronto, comprendió que el mosquete no había venido hasta allí

completamente solo y que quien lo manejaba no estaba escondido detrás de un seto con intenciones amistosas. Decidió por tanto largarse cuando, al otro lado de la ruta, tras una roca, divisó la extremidad de un segundo mosquete.

Era evidentemente una emboscada.

El joven lanzó una ojeada sobre el primer mosquete y vio con cierta inquietud que se bajaba en su dirección, pero tan pronto como vio el orificio del cañón inmóvil se arrojó cuerpo a tierra. Al mismo tiempo salió el disparo y oyó el silbido de la bala que pasaba por encima de su cabeza.

No había tiempo que perder: D'Artagnan se levantó de un salto en el mismo momento que la bala del otro mosquete hizo volar los guijarros en el lugar mismo del camino en que se había arrojado de cara contra el suelo.

D'Artagnan no era uno de esos hombres inútilmente valientes que buscan la muerte ridícula para que se diga de ellos que no han retrocedido ni un paso; además, aquí no se trataba de valor: D'Artagnan había caído en una celada.

—Si hay un tercer disparo —se dijo—, soy hombre muerto.

Y al punto, echando a todo correr, huyó en dirección del campamento con la velocidad de las gentes de su región, tan renombradas por su agilidad; mas cualquiera que fuese la rapidez de su carrera, el primero que había disparado, habiendo tenido tiempo de volver a cargar su arma, le disparó

un segundo disparo tan bien ajustado esta vez que la bala le atravesó el sombrero y lo hizo volar a diez pasos de él.

Sin embargo, como D'Artagnan no tenía otro sombrero, recogió el suyo a la carrera, llegó todo jadeante y muy pálido a su alojamiento, se sentó sin decir nada a nadie y se puso a reflexionar.

Aquel suceso podía tener tres causas:

La primera y más natural podía ser una emboscada de los rochelleses, a quienes no les habría molestado matar a uno de los guardias de Su Majestad, primero porque era un enemigo menos, y porque este enemigo podía tener una bolsa bien guarnecida en su bolso.

D'Artagnan cogió su sombrero, examinó el agujero de la bala y movió la cabeza. La bala no era una bala de mosquete, era una bala de arcabuz; la exactitud del disparo le había dado ya la idea de que había sido disparado por un arma particular: aquello no era, por tanto, una emboscada militar, puesto

que la bala no era de calibre.

Aquello podía ser un buen recuerdo del señor cardenal. Se recordará que en el momento mismo en que gracias a aquel bienaventurado rayo de sol había divisado el cañón del fusil, él se asombraba de la longanimidad de Su Eminencia para con él.

Pero D’Artagnan movió la cabeza. Con personas con las que no tenía más que extender la mano rara vez recurría Su Eminencia a semejantes medios.

Aquello podía ser una venganza de Milady. Esto era lo más probable.

Trató inútilmente de recordar o los rasgos o el traje de los asesinos; se había alejado tan rápidamente de ellos que no había tenido tiempo de observar nada.

—¡Ay, mis pobres amigos! —murmuró D’Artagnan—. ¿Dónde estáis?

¡Cuánta falta me hacéis!

D’Artagnan pasó muy mala noche. Tres o cuatro veces se despertó sobresaltado, imaginándose que un hombre se acercaba a su cama para apuñalarlo. Sin embargo, apareció la luz sin que la oscuridad hubiera traído ningún incidente.

Pero D’Artagnan sospechó mucho que lo que estaba aplazado no estaba perdido.

D’Artagnan permaneció toda la jornada en su alojamiento; a sí mismo se dio la excusa de que el tiempo era malo.

Al día siguiente, a las nueve, tocaron llamada y tropa. El duque de Orleáns visitaba los puestos. Los guardias corrieron a las armas y D’Artagnan ocupó su puesto en medio de sus camaradas.

Monsieur pasó ante el frente de batalla; luego, todos los oficiales superiores se acercaron a él para hacerle séquito, el señor Des Essarts, capitán de los guardias, igual que los demás.

Al cabo de un instante le pareció a D'Artagnan que el señor Des Essarts le hacía señas de acercarse: esperó un nuevo gesto de su superior, temiendo equivocarse, pero repetido el gesto, dejó las filas y se adelantó para oír la orden.

—Monsieur va a pedir hombres voluntarios para una misión peligrosa, pero que será un honor para quienes la cumplan; os he hecho esa seña para que estuvierais preparado.

—¡Gracias, mi capitán! —respondió D'Artagnan, que no pedía otra cosa

que distinguirse a los ojos del teniente general.

En efecto, los rochelleses habían hecho una salida durante la noche y habían recuperado un bastión del que el ejército realista se había apoderado dos días antes; se trataba de hacer un reconocimiento a cuerpo descubierto para ver cómo custodiaba el ejército aquel bastión.

Efectivamente, al cabo de algunos instantes Monsieur elevó la voz y dijo:

—Necesitaría para esta misión tres o cuatro voluntarios guiados por un hombre seguro.

—En cuanto al hombre seguro, lo tengo a mano, Monsieur —dijo el señor Des Essarts, mostrando a D'Artagnan—; y en cuanto a los cuatro o cinco voluntarios, Monsieur no tiene más que dar a conocer sus intenciones, y no le faltarán hombres.

—¡Cuatro hombres de buena voluntad para venir a hacerse matar conmigo!

—dijo D'Artagnan levantando su espada.

Dos de sus camaradas de los guardias se precipitaron inmediatamente, y habiéndose unido a ellos dos soldados, encontró que el número pedido era suficiente; D'Artagnan rechazó, pues, a todos los demás, no queriendo atropellar a quienes tenían prioridad.

Se ignoraba si después de la toma del bastión los rochelleses lo habían evacuado o habían dejado allí guarnición; había, pues, que examinar el lugar indicado desde bastante cerca para comprobarlo.

D'Artagnan partió con sus cuatro compañeros y siguió la trinchera: los dos guardias marchaban a su misma altura y los soldados venían detrás.

Así, cubriéndose con los revestimientos del terreno, llegaron a unos cien pasos del bastión. Allí, al volverse D'Artagnan, se dio cuenta de que los dos soldados habían desaparecido.

Creyó que por miedo se habían quedado atrás y continuó avanzando.

A la vuelta de la contraescarpa, se hallaron a sesenta pasos aproximadamente del bastión.

No se veía a nadie, y el bastión parecía abandonado.

Los tres temerarios deliberaban si seguir adelante cuando, de pronto, un cinturón de humo ciñó al gigante de piedra y una docena da balas vinieron a silbar en torno a D'Artagnan y sus dos compañeros.

Sabían lo que querían saber: el bastión estaba guardado. Quedarse más tiempo en aquel lugar peligroso hubiese sido, pues, una imprudencia inútil; D'Artagnan y los dos guardias volvieron la espalda y comenzaron una retirada

que se parecía a una fuga.

Al llegar al ángulo de la trinchera que iba a servirles de muralla uno de los guardias cayó: una bala le había atravesado el pecho. EÌ otro, que estaba sano y salvo, continuó su carrera hacia el campamento.

D'Artagnan no quiso abandonar así a su compañero y se inclinó hacia él para levantarlo y ayudarlo a alcanzar las líneas; pero en aquel momento salieron dos disparos de fusil: una bala vino a estrellarse sobre la roca tras haber pasado a dos pulgadas de D'Artagnan.

El joven se volvió rápidamente porque aquel ataque no podía venir del bastión, que estaba oculto por el ángulo de la

trinchera. La idea de los dos soldados que lo habían abandonado le vino a la mente y le recordó a los asesinos de la víspera; resolvió, por tanto, saber a qué atenerse aquella vez y cayó sobre el cuerpo de su camarada como si estuviera muerto.

Vio al punto dos cabezas que se levantaban por encima de una obra abandonada que estaba a treinta pasos de allí; eran las de nuestros dos soldados. D'Artagnan no se había equivocado: aquellos dos hombres no le habían seguido más que para asesinarlo, esperando que la muerte del joven sería cargada en la cuenta del enemigo.

Sólo que, como podía estar solamente herido y denunciar su crimen, se acercaron para rematarlo; por suerte, engañados por la artimaña de D'Artagnan, se olvidaron de volver a cargar sus fusiles.

Cuando estuvieron a diez pasos de él, D'Artagnan, que al caer había tenido gran cuidado de no soltar su espada, se levantó de pronto y de un salto se encontró junto a ellos.

Los asesinos comprendieron que, si huían hacia el campamento sin haber matado a aquel hombre, serían acusados por él; por eso su primera idea fue la de pasarse al enemigo. Uno de ellos cogió su fusil por el cañón y se sirvió de él como de una maza: lanzó un golpe terrible a D'Artagnan, que lo evitó echándose hacia un lado; pero con este movimiento brindó paso al bandido, que se lanzó al punto hacia el bastión. Como los rochelleses que lo vigilaban ignoraban con qué intención venía

aquel hombre hacia ellos, dispararon contra él y cayó herido por una bala que le destrozó el hombro.

En este tiempo, D'Artagnan se había lanzado sobre el segundo soldado, atacándolo con su espada; la lucha no fue larga, aquel miserable no tenía para defenderse más que su arcabuz descargado; la espada del guardia se deslizó por sobre el cañón del arma vuelta inútil y fue a atravesar el muslo del asesino que cayó. D'Artagnan le puso inmediatamente la punta del hierro en el pecho.

—¡Oh, no me matéis! —exclamó el bandido—. ¡Gracia, gracia, oficial, y

os lo diré todo!

—¿Vale al menos lo secreto la pena de que lo perdone la vida? —preguntó el joven conteniendo su brazo.

—Sí, si estimáis que la existencia es algo cuando se tienen veintidós años como vos y se puede alcanzar todo, siendo valiente y fuerte como vos lo sois.

—¡Miserable! —dijo D'Artagnan—. Vamos, habla deprisa, ¿quién te ha encargado asesinarme?

—Una mujer a la que no conozco, pero que se llamaba Milady.

—Pero si no conoces a esa mujer, ¿cómo sabes su nombre?

—Mi camarada la conocía y la llamaba así, fue él quien tuvo el asunto con ella y no yo; él tiene incluso en su bolso una carta de esa persona que debe tener para vos gran importancia, por lo que he oído decir.

—Pero ¿cómo te metiste en esta celada?

—Me propuso que diéramos el golpe nosotros dos y acepté.

—¿Y cuánto os dio ella por esta hermosa expedición?

—Cien luises.

—Bueno, en buena hora —dijo el joven riendo— estima que valgo algo: cien luises. Es una cantidad para dos miserables como vosotros; por eso comprendo que hayas aceptado y lo perdono con una condición.

—¿Cuál? —preguntó el soldado inquieto y viendo que no todo había terminado.

—Que vayas a buscarme la carta que tu camarada tiene en bolsillo.

—Pero eso —exclamó el bandido— es otra manera de matarme; ¿cómo queréis que vaya a buscar esta carta bajo el fuego del bastión?

—Sin embargo, tienes que decidirte a ir en su busca, o te juro que mueres por mi mano.

—¡Gracia, señor, piedad! ¡En nombre de esa dama a la que amáis a la que quizá creéis muerta y que no lo está! —exclamó

el bandido poniéndose de rodillas y apoyándose sobre su mano, porque comenzaba a perder sus fuerzas con la sangre.

—¿Y por qué sabes tú que hay una mujer a la que amo y que yo he creído muerta a esa mujer? —preguntó D'Artagnan.

—Por la carta que mi camarada tiene en su bolsillo.

—Comprenderás entonces que necesito tener esa carta —di D'Artagnan—;

así que no más retrasos ni dudas, o aunque me repugne templar por segunda vez mi espada en la sangre de un miserable como tú, lo juro por mi fe de hombre honrado…

Y a estas palabras D'Artagnan hizo un gesto tan amenazador que el herido se levantó.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —exclamó recobrando valor a fuerza de terror—.

¡Iré…, iré…!

D'Artagnan cogió el arcabuz del soldado, lo hizo pasar delante de él y lo empujó hacia su compañero pinchándole los lomos con la punta de su espada.

Era algo horrible ver a aquel desgraciado dejando sobre el camino que recorría un largo reguero de sangre, cada vez más pálido ante muerte próxima, tratando de arrastrarse sin ser

visto hasta el cuerpo de su cómplice que yacía a veinte pasos de allí.

El terror estaba pintado sobre su rostro cubierto de un sudor frío de tal modo que D'Artagnan se compadeció y mirándolo con desprecio:

—Pues bien —dijo—, voy a demostrarte la diferencia que existe entre un hombre de corazón y un cobarde como tú: quédate iré yo.

Y con paso ágil, el ojo avizor, observando los movimientos del enemigo, ayudándose con todos los accidentes del terreno, D'Artagnan llegó hasta el segundo soldado.

Había dos medios para alcanzar su objetivo: registrarlo allí mismo o llevárselo haciendo un escudo con su cuerpo y registrarlo en la trinchera.

D'Artagnan prefirió el segundo medio y cargó el asesino a sus hombros en el momento mismo que el enemigo hacía fuego.

Una ligera sacudida el ruido seco de tres balas que agujereaban las carnes, un último grito un estremecimiento de agonía le probaron a D'Artagnan que el que había querido asesinarlo acababa de salvarle la vida.

D'Artagnan ganó la trinchera y arrojó el cadáver junto al herido tan pálido como un muerto.

Comenzó el inventario inmediatamente: una cartera de cuero, una bolsa donde se encontraba evidentemente una parte de la

suma del dinero que había recibido, un cubilete y los dados formaban la herencia del muerto.

Dejó el cubilete y los dados donde habían caído, lanzó la bolsa al herido y abrió ávidamente la cartera.

En medio de algunos papeles sin importancia, encontró la carta siguiente: era la que había ido a buscar con riesgo de su vida:

Dado que habéis perdido el rastro de esa mujer y que ahora está a salvo en ese convento al que nunca deberíais haberla dejado llegar, tratad al menos de no fallar con el hombre; si no, sabéis que tengo la mano larga y que pagaréis caros los cien luises que os he dado.

Sin firma. Sin embargo, era evidente que la carta procedía de Milady. Por consiguiente, la guardó como pieza de convicción y, a salvo tras el ángulo de la trinchera se puso a interrogar al herido. Este confesó que con su camarada, el mismo que acababa de morir, estaba encargado de raptar a una joven que debía salir de París por la barrera de La Villete pero que, habiéndose parado a beber en una taberna, habían llegado diez minutos tarde al coche.

—Pero ¿qué habríais hecho con esa mujer? —preguntó D'Artagnan con angustia.

—Debíamos entregarla en un palacio de la Place Royale —dijo el herido.

—¡Sí! ¡Sí! —murmuró D'Artagnan—. Es exacto, en casa de la misma Milady.

Entonces el joven estremeciéndose, comprendió qué terrible sed de venganza empujaba a aquella mujer a perderlo, a él y a los que lo amaban, y cuánto sabía ella de los asuntos de la corte, puesto que lo había descubierto todo. Indudablemente debía aquellos informes al cardenal.

Mas, en medio de todo esto, comprendió, con un sentimiento de alegría muy real, que la reina había terminado por descubrir la prisión en que la pobre señora Bonacieux expiaba su adhesión, y que la había sacado de aquella prisión. Así quedaban explicados la carta que había recibido de la joven y su paso por la ruta de Chaillot, un paso parecido a una aparición.

Y entonces, como Athos había predicho, era posible volver a encontrar a la señora Bonacieux, y un convento no era inconquistable.

Esta idea acabó de devolver a su corazón la clemencia. Se volvió hacia el herido que seguía con ansiedad todas las expresiones diversas de su cara, y le tendió el brazo:

—Vamos —le dijo—, no quiero abandonarte así. Apóyate en mí y volvamos al campamento.

—Sí —dijo el herido, que a duras penas creía en tanta magnanimidad—, pero ¿no será para hacer que me cuelguen?

—Tienes mi palabra —dijo D’Artagnan—, y por segunda vez te perdono la vida.

El herido se dejó caer de rodillas y besó de nuevo los pies de su salvador; pero D’Artagnan, que no tenía ningún motivo para quedarse tan cerca del

enemigo, abrevió él mismo los testimonios de gratitud.

El guardia que había vuelto a la primera descarga de los rochelleses había anunciado la muerte de sus cuatro compañeros. Quedaron, pues, asombrados y muy contentos a la vez en el regimiento cuando se vio aparecer al joven sano y salvo.

D’Artagnan explicó la estocada de su compañero por una salida que improvisó. Contó la muerte del otro soldado y los peligros que habían corrido. Este relato fue para él ocasión de un verdadero triunfo. Todo el ejército habló de aquella expedición durante un día, y Monsieur hizo que le transmitieran sus felicitaciones.

Por lo demás, como toda acción hermosa lleva consigo su recompensa, la hermosa acción de D’Artagnan tuvo por resultado devolverle la tranquilidad que había perdido. En efecto, D’Artagnan creía poder estar tranquilo, puesto que de sus dos enemigos uno estaba muerto y otro era adicto a sus intereses.

Esta tranquilidad probaba una cosa, y es que D'Artagnan no conocía aún a Milady.

C A P Í T U L O XLII

El vino de Anjou

Tras las noticias casi desesperadas del rey, el rumor de su convalecencia comenzaba a esparcirse por el campamento; y como tenía mucha prisa por llegar en persona al asedio, se decía que tan pronto como pudiera montar a caballo se pondría en camino.

En este tiempo, Monsieur, que sabía que de un día para otro iba a ser reemplazado en su mando bien por el duque de Angulema, bien por Bassompierre, bien por Schomberg, que se disputaban el mando, hacía poco, perdía las jornadas en tanteos, y no se atrevía a arriesgar una gran empresa para echar a los ingleses de la isla de Ré, donde asediaban constantemente la ciudadela Saint-Martin y el fuerte de La Prée, mientras que por su lado los franceses asediaban La Rochelle.

D'Artagnan, como hemos dicho, se había tranquilizado, como ocurre siempre tras un peligro pasado, y cuando el peligro pareció desvanecido, sólo le quedaba una inquietud, la de no tener noticia alguna de sus amigos.

Pero una mañana a principios del mes de noviembre, todo quedó explicado por esta carta, datada en Villeroi:

Señor D’Artagnan:

Los señores Athos, Porthos y Aramis, tras haber jugado una buena partida en mi casa y haberse divertido mucho, han armado tal escándalo que el preboste del castillo, hombre muy rígido, los ha acuartelado algunos días; pero yo he cumplido las órdenes que me dieron de enviar doce botellas de mi vino de Anjou, que apreciaron mucho: quieren que vos bebáis a su salud con su vino favorito.

Lo he hecho, y soy, señor, con gran respeto, vuestro muy humilde y obediente servidor, GODEAU,

Hostelero de los Señores Mosqueteros.

—¡Sea en buena hora! —exclamó D’Artagnan—. Piensan en mí en sus placeres como yo pensaba en ellos en mi aburrimiento; desde luego, beberé a su salud y de muy buena gana, pero no beberé solo.

Y D’Artagnan corrió a casa de dos guardias con los que había hecho más amistad que con los demás, a fin de invitarlos a beber con él el delicioso vinillo de Anjou que acababa de llegar de Villeroi. Uno de los guardias estaba invitado para aquella misma noche y otro para el día siguiente; la reunión fue fijada por tanto para dos días después.

Al volver, D’Artagnan envió las doce botellas de vino a la cantina de los guardias, recomendando que se las guardasen

con cuidado; luego, el día de la celebración, como la comida estaba fijada para la hora del mediodía, D'Artagnan envió a las nueve a Planchet para prepararlo todo.

Planchet, muy orgulloso de ser elevado a la dignidad de maître, pensó en preparar todo como hombre inteligente; a este efecto, se hizo ayudar del criado de uno de los invitados de su amo, llamado Fourreau, y de aquel falso soldado que había querido matar a D'Artagnan, y que por no pertenecer a ningún cuerpo, había entrado a su servicio, o mejor, al de Planchet, desde que D'Artagnan le había salvado la vida.

Llegada la hora del festín, los dos invitados llegaron y ocuparon su sitio y se alinearon los platos en la mesa. Planchet servía, servilleta en brazo, Fourreau descorchaba las botellas, y Brisemont, tal era el nombre del convaleciente, transvasaba a pequeñas garrafas de cristal el vino que parecía haber formado posos por efecto de las sacudidas del camino. La primera botella estaba algo turbia hacia el final: de este vino Brisemont vertió los posos en su vaso, y D'Artagnan le permitió beberlo; porque el pobre diablo no tenía aún muchas fuerzas.

Los convidados, tras haber tomado la sopa, iban a llevar el primer vaso a

sus labios cuando de pronto el cañón resonó en el fuerte Louis y en el fuerte Neuf; al punto, creyendo que se trataba de algún ataque imprevisto, bien de los sitiados, bien de los ingleses, los

guardias saltaron sobre sus espadas; D'Artagnan, no menos rápido, hizo como ellos y los tres salieron corriendo a fin de dirigirse a sus puestos.

Mas apenas estuvieron fuera de la cantina cuando se enteraron de la causa de aquel gran alboroto; los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva el cardenal! resonaba por todas las direcciones.

En efecto, el rey, impaciente como se había dicho, acababa de hacer en una dos etapas, y llegaba en aquel mismo instante con toda su casa y un refuerzo de diez mil hombres de tropa; le precedían y seguían sus mosqueteros. D'Artagnan, formando calle con su compañía, saludó con gesto expresivo a sus amigos, que le respondieron con los ojos, y al señor de Tréville, que lo reconoció al instante.

Una vez acabada la ceremonia de recepción, los cuatro amigos estuvieron al punto en brazos unos de otros.

—¡Diantre! —exclamó D'Artagnan—. No podíais haber llegado en mejor momento, y la carne no habrá tenido tiempo aún de enfriarse.

—¿No es eso, señores? —añadió el joven volviéndose hacia los dos guardias, que presentó a sus amigos.

—¡Vaya, vaya, parece que estábamos de banquete! —dijo Porthos.

—Espero —dijo Aramis— que no haya mujeres en vuestra comida.

—¿Es que hay vino potable en vuestra bicoca? —preguntó Athos.

—Diantre, tenemos el vuestro, querido amigo —respondió D'Artagnan.

—¿Nuestro vino? —preguntó Athos asombrado.

—Sí, el que me habéis enviado.

—¿Nosotros os hemos enviado vino?

—Lo sabéis de sobra, de ese vinillo de los viñedos de Anjou.

—Sí, ya sé a qué vino os referís.

—El vino que preferís.

—Sin duda, cuando no tengo ni champagne ni chambertin.

—Bueno, a falta de champagne y de chambertin os contentaréis con éste.

—O sea que, sibaritas como somos, hemos hecho venir vino de Anjou — dijo Porthos.

—Pues claro, es el vino que me han enviado de parte vuestra.

—¿De nuestra parte? —dijeron los tres mosqueteros.

—Aramis, ¿sois vos quién habéis enviado vino? —dijo Athos.

—No, ¿y vos, Porthos?

—No, ¿y vos Athos?

—No.

—Si no es vuestro —dijo D'Artagnan—, es de vuestro hostelero.

—¿Nuestro hostelero?

—Pues claro, vuestro hostelero, Godeau, hostelero de los mosqueteros.

—A fe nuestra que, venga de donde quiera, no importa —dijo Porthos—; probémoslo, y si es bueno, bebámoslo.

—No —dijo Athos—, no bebamos el vino que tiene una fuente desconocida.

—Tenéis razón, Athos —dijo D'Artagnan—. ¿Ninguno de vosotros ha encargado al hostelero enviarme vino?

—¡No! Y sin embargo, ¿os lo ha enviado de nuestra parte?

—Aquí está la carta —dijo D'Artagnan. Y presentó el billete a sus camaradas.

—¡Esta no es su escritura! —exclamó Athos—. La conozco porque fui yo quien antes de partir saldó las cuentas de la comunidad.

—Carta falsa —dijo Porthos—; nosotros no hemos sido acuartelados.

—D'Artagnan —preguntó Aramis en tono de reproche—, ¿cómo habéis podido creer que habíamos organizado un alboroto?...

D'Artagnan palideció y un estremecimiento convulsivo agitó sus miembros.

—Me asustas —dijo Athos, que no le tuteaba sino en las grandes ocasiones

—. ¿Qué ha pasado entonces?

—¡Corramos, corramos, amigos míos! —exclamó D'Artagnan—. Una terrible sospecha cruza mi mente. ¿Será otra vez una venganza de esa mujer?

Fue Athos el que ahora palideció.

D'Artagnan se precipitó hacia la cantina. Los tres mosqueteros y los dos guardias lo siguieron.

Los primero que sorprendió la vista de D'Artagnan al entrar en el comedor fue Brisemont tendido en el suelo y retorciéndose en medio de atroces convulsiones.

Planchet y Fourreau, pálidos como muertos trataban de ayudarlo; pero era evidente que cualquier ayuda resultaba inútil: todos los rasgos del moribundo estaban crispados por la agonía.

—¡Ay! —exclamó al ver a D'Artagnan—. ¡Ay, es horrible, fingís perdonarme y me envenenáis!

—¡Yo! —exclamó D'Artagnan—. ¿Yo, desgraciado? Pero ¿qué dices?

—Digo que sois vos quien me habéis dado ese vino, digo que sois vos quien me ha dicho que lo beba, digo que habéis querido vengaros de mí, digo que eso es horroroso.

—No creáis eso, Brisemont —dijo D'Artagnan—, no creáis nada de eso; os lo juro, os aseguro que…

—¡Oh, pero Dios está aquí, Dios os castigará! ¡Dios mío! Que sufra un día lo que yo sufro.

—Por el Evangelio —exclamó D'Artagnan precipitándose hacia el moribundo—, os juro que ignoraba que ese vino estuviese envenenado y que yo iba a beber como vos.

—No os creo —dijo el soldado.

Y expiró en medio de un aumento de torturas.

—¡Horroroso! ¡Horroroso! —murmuraba Athos, mientras Porthos rompía las botellas y Aramis daba órdenes algo tardías para que fuesen en busca de un confesor.

—¡Oh, amigos míos! —dijo D'Artagnan—. Venís una vez más a salvarme la vida, no sólo a mí, sino a estos señores. Señores —continuó dirigiéndose a los guardias—, os ruego silencio sobre toda esta aventura; grandes personajes podrían estar pringados en lo que habéis visto, y el perjuicio de todo esto recaería sobre nosotros.

—¡Ay, señor! —balbuceaba Planchet, más muerto que vivo—. ¡Ay, señor, me he librado de una buena!

—¡Cómo, bribón! —exclamó D'Artagnan—. ¿Ibas entonces a beber mi vino?

—A la salud del rey, señor, iba a beber un pobre vaso si Fourreau no me hubiera dicho que me llamaban.

¡Ay! —dijo Fourreau, cuyos dientes rechinaban de terror—. Yo quería

alejarlo para beber completamente solo.

—Señores —dijo D'Artagnan dirigiéndose a los guardias—, comprenderéis que un festín semejante sólo sería muy triste después de lo que acaba de ocurrir; por eso, recibid mis excusas y dejemos la partida para otro día, por favor.

Los dos guardias aceptaron cortésmente las excusas de D'Artagnan y, comprendiendo que los cuatro amigos deseaban estar solos, se retiraron.

Cuando el joven guardia y los tres mosqueteros estuvieron sin testigos, se miraron de una forma que quería decir que todos comprendían la gravedad de la situación.

—En primer lugar —dijo Athos—, salgamos de esta sala; no hay peor compañía que un muerto de muerte violenta.

—Planchet —dijo D'Artagnan—, os encomiendo el cadáver de este pobre diablo. Que lo entierren en tierra santa. Cierto que había cometido un crimen, pero estaba arrepentido.

Y los cuatro amigos salieron de la habitación, dejando a Planchet y a Fourreau el cuidado de rendir los honores mortuorios a Brisemont.

El hostelero les dio otra habitación en la que les sirvió huevos pasados por agua y agua que el mismo Athos fue a sacar de la fuente. En pocas palabras Porthos y Aramis fueron puestos al corriente de la situación.

—¡Y bien! —dijo D'Artagnan a Athos—. Ya lo veis, querido amigo, es una guerra a muerte.

Athos movió la cabeza.

—Sí, sí —dijo—, ya lo veo, pero ¿creéis que sea ella?

—Estoy seguro.

—Sin embargo os confieso que todavía dudo.

—¿Y esa flor de lis en el hombro?

—Es una inglesa que habrá cometido alguna fechoría en Francia y que habrá sido marcada a raíz de su crimen.

—Athos, es vuestra mujer, os lo digo yo —repitió D'Artagnan—. ¿No recordáis cómo coinciden las dos marcas?

—Sin embargo habría jurado que la otra estaba muerta, la colgué muy bien.

Fue D'Artagnan quien esta vez movió la cabeza.

—En fin ¿qué hacemos? —dijo el joven.

—Lo cierto es que no se puede estar así, con una espada eternamente suspendida sobre la cabeza —dijo Athos—, y que hay que salir de esta situación.

—Pero ¿cómo?

—Escuchad, tratad de encontraros con ella y de tener una explicación; decidle: ¡La paz o la guerra! Palabra de gentilhombre de que nunca diré nada de vos, de que jamás haré nada contra vos; por vuestra parte, juramento solemne de permanecer neutral respecto a mí; si no, voy en busca del canciller, voy en busca del rey, voy en busca del verdugo, amotino la corte contra vos, os denuncio por marcada, os hago meter a juicio, y si os absuelven, pues entonces os mato, palabra de gentilhombre, en la esquina de cualquier guardacantón, como mataría a un perro rabioso.

—No está mal ese sistema —dijo D'Artagnan—, pero ¿cómo encontrarme con ella?

—El tiempo, querido amigo, el tiempo trae la ocasión, la ocasión es la martingala del hombre; cuanto más empeñado está uno, más se gana si se sabe esperar.

—Sí, pero esperar rodeado de asesinos y de envenenadores…

—¡Bah! —dijo Athos—. Dios nos ha guardado hasta ahora, Dios nos seguirá guardando.

—Sí, a nosotros sí; además, nosotros somos hombres y, considerándolo bien, es nuestro deber arriesgar nuestra vida; pero ¡ella!… —añadió a media voz.

—¿Quién ella? —preguntó Athos.

—Constance.

—La señora Bonacieux. ¡Ah! Es justo eso —dijo Athos—. ¡Pobre amigo!

Olvidaba que estabais enamorado.

—Pues bien —dijo Aramis—. ¿No habéis visto, por la carta misma que habéis encontrado encima del miserable muerto, que estaba en un convento? Se está muy bien en un convento, y tan pronto acabe el sitio de La Rochelle, os prometo que por lo que a mí se refiere.

—¡Bueno! —dijo Athos—. ¡Bueno! Sí, mi querido Aramis, ya sabemos que vuestros deseos tienden a la religión.

—Sólo soy mosquetero por ínterin —dijo humildemente Aramis:

—Parece que hace mucho tiempo que no ha recibido nuevas de su amante

—dijo en voz baja Athos—; mas no prestéis atención, ya conocemos eso.

—Bien —dijo Porthos—, me parece que hay un medio muy simple.

—¿Cuál? —preguntó D’Artagnan.

—¿Decís que está en un convento? —prosiguió Porthos.

—Sí.

—Pues bien, tan pronto como termine el asedio, la raptamos del ese convento.

—Pero habría que saber en qué convento está.

—Claro —dijo Porthos.

—Pero, pensando en ello —dijo Athos—, ¿no pretendéis querido D’Artagnan que ha sido la reina quien le ha escogido el convento?

—Sí, eso creo por lo menos.

—Pues bien, Porthos nos ayudará en eso.

—¿Y cómo?

—Pues por medio de vuestra marquesa, vuestra duquesa, vuestra princesa; debe tener largo el brazo.

—¡Chis! —dijo Porthos poniendo un dedo sobre sus labios—. La creo cardenalista y no debe saber nada.

—Entonces —dijo Aramis—, yo me encargo de conseguir noticia.

—¿Vos, Aramis? —exclamaron los tres amigos—. ¿Vos? ¿Y cómo?

—Por medio del limosnero de la reina, del que soy muy amigo —dijo Aramis ruborizándose.

Y con esta seguridad, los cuatro amigos, que habían acabado modesta comida, se separaron con la promesa de volverse a ver aquella misma noche; D'Artagnan volvió a los Mínimos, y los tres mosqueteros alcanzaron el acuartelamiento del rey, donde tenían que hacer preparar su alojamiento.

C A P Í T U L O XLIII

El albergue del Colombier-Rouge

Apenas llegado al campamento, el rey, que tenía tanta prisa por encontrarse frente al enemigo y que, con mejor derecho que el cardenal, compartía su odio

contra Buckingham, quiso hacer todos los preparativos, primero para expulsar a los ingleses de la isla de Ré, luego para apresurar el asedio de La Rochelle; pero, a pesar suyo, se demoró por las disensiones que estallaron entre los señores de Bassompierre y Schomberg contra el duque de Angulema.

Los señores de Bassompiere y Schomberg eran mariscales de Francia y reclamaban su derecho a mandar el ejército bajo las órdenes del rey; pero el cardenal, que temía que Bassompierre, hugonote en el fondo del corazón, acosase débilmente a ingleses y rochelleses, sus hermanos de religión, apoyaba por el contrario al duque de Angulema, a quien el rey, a instigación suya, había nombrado teniente general. De ello resultó que, so pena de ver a los señores de Bassompierre y Schomberg abandonar el ejército, se vieron obligados a dar a cada uno un mando particular; Bassompierre tomó sus acuartelamientos al norte de la ciudad desde La Leu hasta Dompierre; el duque de

Angulema al este, desde Dompierre hasta Périgny; y el señor de Schomberg al mediodía, desde Périgny hasta Angoutin.

El alojamiento de Monsieur estaba en Dompierre.

El alojamiento del rey estaba tanto en Etré como en La Jarrie.

Finalmente, el alojamiento del cardenal estaba en las dunas, en el puente de La Pierre en una simple casa sin ningún atrincheramiento.

De esta forma, Monsieur vigilaba a Bassompierre; el rey, al duque de Angulema, y el cardenal, al señor de Schomberg.

Una vez establecida esta organización, se ocuparon de echar a los ingleses de la isla.

La coyuntura era favorable: los ingleses, que ante todo necesitan buenos víveres para ser buenos soldados, al no comer más que carnes saladas y mal pan, tenían muchos enfermos en su campamento; además el mar, muy malo en aquella época del año en todas las costas del Océano, estropeaba todos los días algún pequeño navío; y con cada marea la playa, desde la punta del Aiguillon hasta la trinchera, se cubría literalmente de restos de pinazas, de troncos de roble y de falúas; de lo cual resultaba que, aunque las gentes del rey se mantuviesen en su campamento, era evidente que un día a otro Buckingham, que sólo permanecía en la isla de Ré por obstinación, se vería obligado a levantar el sitio.

Pero como el señor de Toiras hizo decir que en el campamento enemigo se preparaba todo para un nuevo asalto, el rey juzgó que había que terminar y dio las órdenes necesarias para un ataque decisivo.

No siendo nuestra intención hacer un diario de asedio, sino por el contrario contar sólo los sucesos que tienen que ver con la historia que contamos, nos

contentaremos con decir en dos palabras que la empresa tuvo éxito para gran asombro del rey y a la mayor gloria del señor cardenal. Los ingleses, rechazados paso a paso, batidos en todos los encuentros, aplastados al pasar por la isla de Loix, se vieron obligados a embarcar de nuevo, dejando en el campo de batalla dos mil hombres, entre ellos cinco coroneles, tres tenientes coroneles, doscientos cincuenta capitanes y veinte gentileshombres de calidad, cuatro piezas de cañón y sesenta banderas, que fueron llevadas a París por Claude de Saint-Simon y colgadas con gran pompa en las bóvedas de Notre-Dame.

Fueron cantados tedéum en el campamento, y de ahí se esparcieron por toda Francia.

El cardenal quedó, pues, dueño de proseguir el asedio sin tener, al menos momentáneamente, nada que temer de parte de los ingleses.

Pero como acabamos de decir, el reposo era solo momentáneo.

Un enviado del duque de Buckingham, llamado Montague, había sido capturado, y se le había encontrado la prueba de una liga entre el Imperio, España, Inglaterra y Lorena.

Aquella liga estaba dirigida contra Francia.

Además, en el alojamiento de Buckingham, que se había visto obligado a abandonar más precipitadamente de lo que habría creído, se habían encontrado papeles que confirmaban aquella liga y que, por lo que afirma el señor cardenal en sus Memorias, comprometían mucho a la señora de Chevreuse y por consiguiente a la reina.

Era sobre el cardenal sobre el que pesaba toda la responsabilidad, porque no se es ministro absoluto sin ser responsable; por eso todos los recursos de su vasto ingenio estaban tensos día y noche, y ocupados en escuchar el menor rumor que se alzara en uno de los grandes reinos de Europa.

El cardenal conocía la actividad y sobre todo el odio de Buckingham; si la liga que amenazaba a Francia triunfaba, toda su influencia estaba perdida; la política española y la política austríaca tenían sus representantes en el gabinete del Louvre, donde aún no tenían más que partidarios; él, Richelieu, el ministro francés, el ministro nacional por excelencia, estaba perdido. El rey, que pese a obedecerlo como un niño, lo odiaba como un niño odia a su maestro, lo abandonaba a las venganzas reunidas de Monsieur y de la reina; estaba por tanto

perdido, y quizá Francia con él. Había que remediar todo aquello.

Por eso se vieron correos, a cada instante más numerosos, sucederse día y noche en aquella casita del puente de La Pierre, donde el cardenal había establecido su residencia.

Eran monjes que llevaban tan mal el hábito que era fácil reconocer que pertenecían sobre todo a la Iglesia militante; mujeres algo molestas en sus trajes de pajes, y cuyos largos calzones no podían disimilar por entero las formas redondeadas; en fin, campesinos de manos ennegrecidas pero de pierna fina, y que olían a hombre de calidad a una legua a la redonda.

Luego otras visitas menos agradables, porque dos o tres veces corrió el rumor de que el cardenal había estado a punto de ser asesinado.

Cierto que los enemigos de Su Eminencia decían que era ella misma la que ponía en campaña a asesinos torpes, a fin de tener, llegado el caso, el derecho de adoptar represalias; pero no hay que creer ni lo que dicen los ministros ni lo que dicen sus enemigos.

Lo cual, por lo demás, no impedía al cardenal, a quien jamás ni sus más encarnizados detractores han negado el valor personal, hacer sus recorridos nocturnos para comunicar al duque de Angulema órdenes importantes, tanto para ir a

ponerse de acuerdo con el rey como para ir a conferenciar con algún mensajero que no quería que se dejase entrar en su casa.

Por su lado los mosqueteros, que no tenían gran cosa que hacer en el asedio, no eran severamente controlados y llevaban una vida alegre. Y esto les era tanto más fácil, sobre todo a nuestros tres amigos, cuanto que, siendo amigos del señor de Tréville, obtenían fácilmente de él el llegar tarde y quedarse tras el cierre del campamento con permisos particulares.

Pero una noche en que D'Artagnan, que estaba de trinchera, no había podido acompañarlos, Athos, Porthos y Aramis, montados en sus caballos de batalla, envueltos en capas de guerra y con una mano sobre la culata de sus pistolas, volvían los tres de una cantina que Athos había descubierto dos días antes en el camino de La Jarrie, y que se llamaba el Colombier-Rouge, siguiendo el camino que llevaba al campamento estando en guardia, como hemos dicho, por temor a una emboscada, cuando a un cuarto de legua más o menos de la aldea de Boisnar, creyeron oír el paso de una cabalgata que venía hacia ellos; al punto los tres se detuvieron, apretados uno contra otro, y esperaron, en medio del camino. Al cabo de un instante, y cuando precisamente salía la luna de una nube, vieron aparecer en una vuelta del camino dos caballeros que al divisarlos se detuvieron también, pareciendo deliberar si debían continuar su ruta o volver atrás. Esta duda proporcionó algunas sospechas a los tres amigos y Athos, dando algunos pasos hacia adelante, gritó con su firme voz:

—¿Quién vive?

—¿Quién vive, vos? —respondió uno de aquellos caballeros.

—Eso no es contestar —dijo Athos—. ¿Quién vive? Responded o

cargamos.

—¡Tened cuidado con lo que vais a hacer señores! —dijo entonces una voz vibrante que parecía tener el hábito de mando.

—¿Es algún oficial superior que hace su ronda de noche? —dijo Athos—.

¿Qué queréis hacer, señores?

—¿Quiénes sois? —dijo la misma voz con el mismo tono de mando.

Responded o podríais pasarlo mal por vuestra desobediencia.

—Mosqueteros del rey —dijo Athos, más y más convencido de que quien los interrogaba tenía derecho a ello.

—¿Qué compañía?

—Compañía de Tréville.

—Avanzad en orden y venid a darme cuenta de lo que hacíais aquí a esta hora.

Los tres mosqueteros avanzaron, con la cabeza algo gacha, porque los tres estaban ahora convencidos de que tenían que

vérselas con alguien más fuerte que ellos; se dejó por lo demás a Athos el cuidado de portavoz.

Uno de los caballeros, el que había tomado la palabra en segundo lugar, estaba diez pasos por delante de su compañero; Athos hizo señas a Porthos y a Aramis de quedarse, por su parte, atrás, y avanzó solo.

—¡Perdón, mi oficial! —dijo Athos—. Pero ignorábamos con quién teníamos que vérnoslas, y como podéis ver estábamos ojo avizor.

—¿Vuestro nombre? —dijo el oficial que se cubría una parte del rostro con su capa.

—¿Y el vuestro, señor? —dijo Athos que comenzaba a revolverse contra aquel interrogatorio—. Dadme, por favor, una prueba de que tenéis derecho a interrogarme.

—¿Vuestro nombre? —repitió por segunda vez el caballero dejando caer su capa de tal forma que dejaba el rostro al descubierto.

—¡Señor cardenal! —exclamó el mosquetero estupefacto.

—¡Vuestro nombre! —repitió por tercera vez Su Eminencia.

—Athos —dijo el mosquetero.

El cardenal hizo una seña al escudero, que se acercó.

—Estos tres mosqueteros nos seguirán —dijo en voz baja—, no quiero que se sepa que he salido del campamento, y siguiéndonos estaremos más seguros

de que no lo dirán a nadie.

—Nosotros somos gentileshombres, Monseñor —dijo Athos—; pedidnos, pues, nuestra palabra y no os inquietéis por nada. A Dios gracias, sabemos guardar un secreto.

El cardenal clavó sus ojos penetrantes sobre aquel audaz interlocutor.

—Tenéis el oído fino, señor Athos —dijo el cardenal—; pero ahora escuchad esto: os ruego que me sigáis, no por desconfianza, sino por mi seguridad. Sin duda vuestros dos compañeros son los señores Porthos y Aramis.

—Sí, Eminencia —dijo Athos mientras los dos mosqueteros que se habían quedado atrás se acercaban con el sombrero en la mano.

—Os conozco, señores —dijo el cardenal—, os conozco; sé que no sois completamente amigos míos y estoy molesto por ello, pero sé que sois valientes y leales gentileshombres y que se puede fiar de vosotros. Señor Athos, hacedme, pues, el honor de acompañarme, vos y vuestros amigos, y entonces tendré una escolta como para dar envidia a Su Majestad si nos lo encontramos.

Los tres mosqueteros se inclinaron hasta el cuello de sus caballos.

—Pues bien, por mi honor —dijo Athos—, que Vuestra Eminencia hace bien en llevarnos con ella: hemos encontrado en el camino caras horribles, e incluso con cuatro de esas caras hemos tenido una querella en el Colombier- Rouge.

—¿Una querella? ¿Y por qué, señores? —dijo el cardenal—. No me gustan los camorristas, ¡ya lo sabéis!

—Por eso precisamente tengo el honor de prevenir a Vuestra Eminencia de lo que acaba de ocurrir; porque podría enterarse por otras personas distintas a nosotros y creer, por la falsa relación, que estamos en falta.

—¿Y cuáles han sido los resultados de esa querella? —pregunté el cardenal frunciendo el ceño.

—Pues mi amigo Aramis, que está aquí, ha recibido una leve estocada en el brazo, lo cual no le impedirá, como Vuestra Eminencia podrá ver, subir al asalto mañana si Vuestra Excelencia ordena h escalada.

—Pero no sois hombres para dejaros dar estocadas de esa forma —dijo el cardenal—; vamos, sed francos, señores, algunas habréis de vuelto; confesaos, ya sabéis que tengo derecho a dar la absolución.

—Yo, Monseñor —dijo Athos—, no he puesto siquiera la espada en la mano, pero he agarrado al que me tocaba por medio del cuerpo y lo he tirado

por la ventana. Parece que al caer —continuó Athos con cierta duda— se ha roto una pierna.

—¡Ah, ah! —dijo el cardenal—. ¿Y vos, señor Porthos?

—Yo, Monseñor, sabiendo que el duelo está prohibido, he cogido un banco y le he dado a uno de esos bergantes un golpe que, según creo, le ha partido el hombro.

—Bien —dijo el cardenal—. ¿Y vos, señor Aramis?

—Yo, Monseñor, como soy de temperamento dulce y como además, cosa que igual no sabe Monseñor, estoy a punto de tomar el hábito, quería separarme de mis camaradas cuando uno de aquellos miserables me dio traidoramente una estocada de través en el brazo izquierdo. Entonces me faltó paciencia, saqué la espada a mi vez, y, cuando volvía a la carga, creo haber notado que al arrojarse sobre mí se había atravesado el cuerpo; sólo sé con certeza que ha caído y me ha parecido que se lo llevaban con sus dos compañeros.

—¡Diablos, señores! —dijo el cardenal—. Tres hombres fuera de combate por una disputa de taberna; no os vais de vacío. Y a propósito, ¿de qué vino la querella?

—Aquellos miserables estaban borrachos —dijo Athos—, y sabiendo que había una mujer que había llegado por la noche a la taberna querían forzar la puerta.

—¿Forzar la puerta? —dijo el cardenal—. ¿Y eso para qué?

—Para violentarla sin duda —dijo Athos—; tengo el honor de decir a Vuestra Eminencia que aquellos miserables estaban borrachos.

—¿Y esa mujer era joven y hermosa? —preguntó el cardenal con cierta inquietud.

—No la hemos visto, Monseñor —dijo Athos.

—¡No la habéis visto! ¡Ah, muy bien! —replicó vivamente el cardenal—. Habéis hecho bien en defender el honor de una mujer, y como es al albergue del Colombier-Rouge a donde yo voy, sabré si me habéis dicho la verdad.

—Monseñor —dijo altivamente Athos—, somos gentileshombres, y para salvar nuestra cabeza no diríamos una mentira.

—Por eso no dudo de lo que me decís, señor Athos, no lo dudo ni un solo instante, pero —añadió para cambiar de conversación—, ¿aquella dama estaba, por tanto, sola?

—Aquella dama tenía encerrado con ella un caballero —dijo Athos—;

pero como pese al alboroto el caballero no ha aparecido, es de presumir que es un cobarde.

—¡No juzguéis temerariamente!, dice el Evangelio —replicó el cardenal. Athos se inclinó.

—Y ahora, señores, está bien —continuó Su Eminencia—. Sé lo que quería saber; seguidme.

Los tres mosqueteros pasaron tras el cardenal, que se envolvió de nuevo el rostro con su capa y echó su caballo a andar manteniéndose a ocho o diez pasos por delante de sus acompañantes.

Llegaron pronto al albergue silencioso y solitario; sin duda el hostelero sabía qué ilustre visitante esperaba, y por consiguiente había despedido a los importunos.

Diez pasos antes de llegar a la puerta, el cardenal hizo seña a su escudero y a los tres mosqueteros de detenerse. Un caballo completamente ensillado estaba atado al postigo. El cardenal llamó tres veces y de determinada manera.

Un hombre envuelto en una capa salió al punto y cambió algunas rápidas palabras con el cardenal, tras lo cual volvió a subir a caballo y partió en la dirección de Surgères, que era también la de París.

—Avanzad, señores —dijo el cardenal.

—Me habéis dicho la verdad, gentileshombres —dijo dirigiéndose a los tres mosqueteros—. Sólo a mí me atañe que

nuestro encuentro de esta noche os sea ventajoso; mientras tanto, seguidme.

El cardenal echó pie a tierra y los tres mosqueteros hicieron otro tanto; el cardenal arrojó la brida de su caballo a las manos de su escudero y los tres mosqueteros ataron las bridas de los suyos a los postigos.

El hotelero permanecía en el umbral de la puerta; para él el cardenal no era más que un oficial que venía a visitar a una dama.

—¿Tenéis alguna habitación en la planta baja donde estos señores puedan esperarme junto a un buen fuego? —dijo el cardenal.

El hostelero abrió la puerta de una gran sala, en la que precisamente acababan de reemplazar una mala estufa por una gran chimenea excelente.

—Tengo ésta —respondió.

—Está bien —dijo el cardenal—. Entrad ahí, señores, y tened a bien esperarme; no tardaré más de media hora.

Y mientras los tres mosqueteros entraban en la habitación de la planta baja,

el cardenal, sin pedir informes más amplios, subió la escalera como hombre que no necesita que le indiquen el camino.

C A P Í T U L O XLIV

De la utilidad de los tubos de estufa

Era evidente que, sin sospecharlo, y movidos solamente por su carácter caballeresco y aventurero, nuestros tres amigos acababan de prestar algún servicio a alguien a quien el cardenal honraba con su protección particular.

Pero ¿quién era ese alguien? Es la pregunta que se hicieron primero los tres mosqueteros; luego, viendo que ninguna de las respuestas que podía hacer su inteligencia era satisfactoria, Porthos llamó al hotelero y pidió los dados.

Porthos y Aramis se sentaron ante una mesa y se pusieron a jugar, Athos se paseó reflexionando.

Al reflexionar y pasearse, Athos pasaba una y otra vez por delante del tubo de la estufa roto por la mitad y cuya otra extremidad daba a la habitación superior, y cada vez que pasaba y volvía a pasar, de un murmullo de palabras que terminó por centrar su atención. Athos se acercó y distinguió algunas palabras que sin duda le parecieron merecer un interés tan grande que hizo seña a sus compañeros de callasen quedando él inclinado, con el oído puesto a la altura del orificio interior.

—Escuchad, Milady —decía el cardenal—; el asunto es importarte; sentaos ahí y hablemos.

—¡Milady! —murmuró Athos.

—Escucho a Vuestra Excelencia con la mayor atención —respondió una voz de mujer que hizo estremecer al mosquetero.

—Un pequeño navío con tripulación inglesa, cuyo capitán está de mi parte, os espera en la desembocadura del Charente, en el fuerte de La Pointe: se hará a la vela mañana por la mañana.

—Entonces, ¿es preciso que vaya allí esta noche?

—Ahora mismo, es decir, cuando hayáis recibido mis instrucciones. Dos hombres que encontraréis a la puerta al salir os servirán de escolta; me dejaréis salir a mí primero; luego, media hora después de mí, saldréis vos.

—Sí, monseñor. Ahora volvamos a la misión que tenéis a bien encargarme; y como quiero seguir mereciendo la confianza de Vuestra Eminencia, dignaos

exponérmela en términos claros y precisos para que no cometa ningún error.

Hubo un instante de profundo silencio entre los dos interlocutores; era evidente que el cardenal medía por adelantado los términos en que iba a hablar y que Milady reunía todas sus facultades intelectuales para comprender las

cosas que él iba a decir y grabarlas en su memoria cuando estuviesen dichas.

Athos aprovechó ese momento para decir a sus dos compañeros que cerraran la puerta por dentro y para hacerles seña de que vinieran a escuchar con él.

Los dos mosqueteros, que amaban la comodidad, trajeron una silla para cada uno de ellos y otra silla para Athos. Los tres se sentaron entonces con las cabezas juntas y el oído al acecho.

—Vais a partir para Londres —continuó el cardenal—. Una vez llegada a Londres, iréis en busca de Buckingham.

—Haré observar a Su Eminencia —dijo Milady— que, desde el asunto de los herretes de diamantes, que el duque siempre sospechó obra mía, Su Gracia desconfía de mí.

—Esta vez —dijo el cardenal— no se trata de captar su confianza, sino de presentarse franca y lealmente a él como negociadora.

—Franca y lealmente —repitió Milady con una indecible expresión de duplicidad.

—Sí, franca y lealmente —replicó el cardenal en el mismo tono—; toda esta negociación debe ser hecha al descubierto.

—Seguiré al pie de la letra las instrucciones de Su Eminencia, y espero que me las dé.

—Iréis en busca de Buckingham de parte mía, y le diréis que sé todos los preparativos que hace, pero que apenas me preocupo

por ello, dado que, al primer movimiento que haga, pierdo a la reina.

—¿Creerá él que Vuestra Eminencia está en condiciones de cumplir la amenaza que le hace?

—Sí, porque tengo pruebas.

—Es preciso que yo pueda presentar estas pruebas a su consideración.

—Por supuesto, y le diréis que publico el informe de Bois-Robert y del marqués de Beutru sobre la entrevista que el duque tuvo en casa de la señora condestable con la reina, la noche en que la señora condestable dio una fiesta de máscaras; le diréis, para que no dude de nada, que él fue vestido de Gran Mogol, traje que debía llevar el caballero de Guisa, y que compró a este último

mediante la suma de tres mil pistolas.

—De acuerdo, monseñor.

—Todos los detalles de su entrada en el Louvre y de su salida, durante la noche en que se introdujo en Palacio con el traje de decidor de la buenaventura italiano, me son conocidos; le diréis, para que tampoco dude de la autenticidad de mis informes, que tenía bajo su capa un gran traje blanco sembrado de lágrimas negras, de calaveras y de huesos en forma de aspa; porque en caso de sorpresa, debía hacerse pasar por el

fantasma de la Dama blanca que, como todo el mundo sabe, vuelve al Louvre cada vez que va a ocurrir algún gran suceso.

—¿Eso es todo, monseñor?

—Decidle que también sé todos los detalles de la aventura de Amiens, que haré escribir una novelita, ingeniosamente disfrazada, con un plano del jardín y los retratos de los principales actores de aquella escena nocturna.

—Le diré eso.

—Decidle además que tengo en mi poder a Montague, está en la Bastilla, que no le han sorprendido ninguna carta encima, es cierto, pero que la tortura puede hacerle decir lo que sabe, e incluso… lo que no sabe.

—De acuerdo.

—En fin, añadid que Su Gracia, en la precipitación que puso al dejar la isla de Ré, olvidó en su alojamiento cierta carta de la señora de Chevreuse que compromete especialmente a la reina, en la que ella demuestra no sólo que Su Majestad puede amar a los enemigos del rey, sino que incluso conspira con los de Francia. Habéis retenido todo lo que os he dicho, ¿no es así?

—Juzgue Vuestra Eminencia: el baile de la señora condestable; la noche del Louvre; la velada de Amiens; el arresto de Montague; la carta de la señora de Chevreuse.

—Eso es —dijo el cardenal—, eso es; tenéis una memoria afortunada, Milady.

—Pero —replicó aquella a quien el cardenal acababa de dirigir su cumplido adulador— ¿si pese a todas estas razones el duque no se rinde y continúa amenazando a Francia?

—El duque está enamorado como un loco, o mejor, como un necio — contestó Richelieu con profunda amargura—; como los antiguos paladines, ha emprendido esta guerra nada más que por obtener una mirada de su bella. Si sabe que esta guerra puede costarle el honor y quizá la libertad de la dama de sus pensamientos, como él dice, os respondo que se lo pensará dos veces.

—Sin embargo —dijo Milady con una persistencia que probaba que quería ver claro hasta el fin en la misión de que iba a encargarse—, sin embargo, ¿si persiste?

—Si persiste… —dijo el cardenal—… No es probable.

—Es posible —dijo Milady.

—Si persiste… —Su Eminencia hizo una pausa y prosiguió—. Pues bien, si persiste, esperaré uno de esos acontecimientos que cambian la faz de los Estados.

—Si Su Eminencia quisiera citarme alguno de esos acontecimientos en la historia —dijo Milady— quizá comparta yo su confianza en el futuro.

—Pues bien, mirad, por ejemplo —dijo Richelieu—, cuando en 1610, por un motivo más o menos parecido al que hace

conmoverse al duque, el rey Enrique IV, de gloriosa memoria, iba a invadir a la vez Flandes y Italia para golpear a un mismo tiempo a Austria por dos lados, ¿no ocurrió entonces un acontecimiento que salvó a Austria? ¿Por qué el rey de Francia no habría de tener la misma suerte que el emperador?

—¿Vuestra Eminencia se refiere a la cuchillada de la calle de la Ferronerie?

—Precisamente —dijo el cardenal.

—¿Vuestra Eminencia no teme que el suplicio de Ravaillac espanto a quienes tengan por un instante la idea de imitarlo?

—En todo tiempo y en todos los países, sobre todo si esos países están divididos por la religión, habrá fanáticos que no pedirán otra cosa que convertirse en mártires. Y ved, precisamente ahora recuerdo que los puritanos están furiosos contra el duque de Buckingham y que sus predicadores lo designan como el Anticristo.

—¿Y entonces? —preguntó Milady.

—Pues que —continuó el cardenal con un sire indiferente— por el momento no se trataría, por ejemplo, sino de buscar una mujer hermosa, joven, hábil, que tuviera que vengarse del duque. Tal mujer puede encontrarse: el duque es hombre de aventuras galantes y si ha sembrado muchos amores con sus promesas de constancia eterna, ha debido sembrar muchos odios también por sus continuas infidelidades.

—Sin duda —dijo fríamente Milady—, se puede encontrar una mujer semejante.

—Pues bien, una mujer semejante, que pusiera el cuchillo de Jaques Clément o de Ravaillac en las manos de un fanático, salvaría a Francia.

—Sí, pero sería cómplice de un asesinato.

—¿Se ha conocido alguna vez a los cómplices de Ravaillac o de Jacques Clément?

—No, porque quizá estaban situados demasiado alto para que se atrevieran a irlos a buscar donde estaban; no se quemaría el Palacio de Justicia por todo el mundo, monseñor.

—¿Creéis, pues, que el incendio del Palacio de Justicia tiene una causa distinta a la del azar? —preguntó Richelieu en un tono como el de quien hace una pregunta sin ninguna importancia.

—Yo, monseñor —respondió Milady—, no creo nada, cito un hecho, eso es todo; sólo digo que si yo me llamara señorita de Montpensier, o reina María de Médicis, tomaría menos precauciones de las que tomo por llamarme simplemente lady Clarick.

—Eso es justo —dijo Richelieu—. ¿Qué queréis entonces?

—Querría una orden que ratificase de antemano todo cuanto yo crea deber hacer para mayor bien de Francia.

—Pero primero habría que buscar la mujer que he dicho y que tuviera que vengarse del duque.

—Está encontrada —dijo Milady.

—Luego habría que encontrar ese miserable fanático que servirá de instrumento a la justicia de Dios.

—Se encontrará.

—Pues bien —dijo el duque—, entonces será el momento de reclamar la orden que pedís ahora mismo.

—Vuestra Eminencia tiene razón —dijo Milady—, y soy yo quien está equivocada al ver en la misión con que me honra otra cosa de lo que realmente es, es decir, anunciar a Su Gracia, de parte de Su Eminencia, que conocéis los diferentes disfraces con ayuda de los cuales ha conseguido acercarse a la reina durante la fiesta dada por la señora condestable; que tenéis pruebas de la entrevista concedida en el Louvre por la reina a cierto astrólogo italiano que no es otro que el duque de Buckingham; que habéis encargado una novelita, de las más ingeniosas, sobre la aventura de Amiens, con el plano del jardín donde esa aventura ocurrió y retratos de los actores que figuraron en ella; que Montague está en la Bastilla, y que la tortura puede hacerle decir cosas que recuerde, incluso cosas que habría olvidado; finalmente, que vos poseéis cierta carta de la señora de Chevreuse, encontrada en el alojamiento de Su Gracia, que compromete de modo singular, no sólo a quien la escribió, sino que

incluso a aquella en cuyo nombre fue escrita. Luego, si pese a todo esto persiste, como es a lo que acabo de decir a lo que se limita mi misión, no tendré más que rogar a Dios que haga un milagro para salvar a Francia. ¿Basta con eso, Monseñor? ¿Tengo que hacer alguna otra cosa?

—Basta con eso —replicó secamente monseñor.

—Pues ahora —dijo Milady sin parecer observar el cambio de tono del cardenal respecto a ella—, ahora que he recibido las instrucciones de Vuestra Eminencia a propósito de sus enemigos, ¿monseñor me permitirá decirle dos palabras de los míos?

—¿Tenéis entonces enemigos? —preguntó Richelieu.

—Sí, monseñor; enemigos contra los cuales me debéis todo vuestro apoyo, porque me los he hecho sirviendo a Vuestra Eminencia.

—¿Y cuáles? —replicó el cardenal.

—En primer lugar una pequeña intrigante llamada Bonacieux.

—Está en la prisión de Nantes.

—Es decir, estaba allí —prosiguió Milady—, pero la reina ha sorprendido una orden del rey, con ayuda de la cual la ha hecho llevar a un convento.

—¿A un convento? —dijo el cardenal.

—Sí, a un convento.

—Y ¿a cuál?

—Lo ignoro, el secreto ha sido bien guardado.

—¡Yo lo sabré!

—¿Y Vuestra Eminencia me dirá en qué convento está esa mujer?

—No veo ningún inconveniente —dijo el cardenal.

—Bien; ahora tengo otro enemigo muy de temer por distintos motivos que esa pequeña señora Bonacieux.

—¿Cuál?

—Su amante.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh! Vuestra Eminencia lo conoce bien —exclamó Milady llevada por la cólera—. Es el genio malo de nosotros dos; es ése que en un encuentro con los guardias de Vuestra Eminencia decidió la victoria de los mosqueteros del rey; es el que dio tres estocadas a de Wardes, vuestro emisario, y que hizo fracasar el asunto de los herretes; es el que, finalmente, sabiendo que era yo

quien le había raptado a la señora Bonacieux, ha jurado mi muerte.

—¡Ah, ah! —dijo el cardenal—. Sé a quién os referís.

—Me refiero a ese miserable de D'Artagnan.

—Es un intrépido compañero —dijo el cardenal.

—Y precisamente porque es un intrépido compañero es más de temer.

—Sería preciso —dijo el duque— tener una prueba de su inteligencia con Buckingham.

—¡Una prueba! —exclamó Milady—. Tendré diez.

—Pues bien entonces es la cosa más sencilla del mundo, presentadme esa prueba y lo mando a la Bastilla.

—¡De acuerdo, monseñor! Pero ¿y después?

—Cuando se está en la Bastilla, no hay después —dijo el cardenal con voz sorda—. ¡Ah, diantre —continuó—, si me fuera tan fácil desembarazarme de mi enemigo como fácil me es desembarazarme de los vuestros, y si fuera contra personas semejantes por lo que pedís vos la impunidad!…

—Monseñor —replicó Milady—, trueque por trueque, vida por vida, hombre por hombre; dadme a mí ese y yo os doy el otro.

—No sé lo que queréis decir —replicó el cardenal—, y no quiero siquiera saberlo; pero tengo el deseo de seros agradable y no veo ningún inconveniente en daros lo que pedís respecto a una criatura tan ínfima; tanto más, como vos me decís, cuanto que ese pequeño D'Artagnan es un libertino, un duelista y un traidor.

—¡Un infame, monseñor, un infame!

—Dadme, pues, un papel, una pluma y tinta —dijo el cardenal.

—Helos aquí, monseñor.

Se hizo un instante de silencio que probaba que el cardenal estaba ocupado en buscar los términos en que debía escribirse el billete, o incluso si debía escribirlo. Athos, que no había perdido una palabra de la conversación, cogió a cada uno de sus compañeros por una mano y los llevó al otro extremo de la habitación.

—¡Y bien! —dijo Porthos—. ¿Qué quieres y por qué no nos dejas escuchar el final de la conversación?

—¡Chis! —dijo Athos hablando en voz baja—. Hemos oído todo cuanto es necesario oír; además no os impido escuchar el resto, pero es preciso que me vaya.

—¡Es preciso que te vayas! —dijo Porthos—. Pero si el cardenal pregunta por ti, ¿qué responderemos?

—No esperaréis a que pregunte por mí, le diréis los primeros que he partido como explorador porque algunas palabras de nuestro hostelero me han hecho pensar que el camino no era seguro; primero diré dos palabras sobre ello al escudero del cardenal; el resto es cosa mía, no os preocupéis.

—¡Sed prudente, Athos! —dijo Aramis.

—Estad tranquilos —respondió Athos—, ya sabéis, tengo sangre fría.

Porthos y Aramis fueron a ocupar nuevamente su puesto junto al tubo de estufa.

En cuanto a Athos, salió sin ningún misterio, fue a tomar su caballo atado con los de sus amigos a los molinetes de los postigos, convenció con cuatro palabras al escudero de la necesidad de una vanguardia Para el regreso, inspeccionó con afectación el fulminante de sus pistolas, se puso la espada en los dientes y siguió, como hijo pródigo, la ruta que llevaba al campamento.

CAPÍTULO XLV

Escena conyugal

Como Athos había previsto, el cardenal no tardó en descender; abrió la puerta de la habitación en que habían entrado los mosqueteros y encontró a Porthos jugando una encarnizada partida de dados con Aramis. De rápida ojeada registró todos los rincones de la sala y vio que le faltaba uno de los hombres.

—¿Qué ha sido del señor Athos? —preguntó.

—Monseñor —respondió Porthos—, ha partido como explorador por algunas frases de nuestro hostelero, que le han hecho creer que la ruta no era segura.

—¿Y vos, que habéis hecho vos, señor Porthos?

—Le he ganado cinco pistolas a Aramis.

—Y ahora, ¿podéis volver conmigo?

—Estamos a las órdenes de Vuestra Eminencia.

—A caballo pues, señores, que se hace tarde.

—El escudero estaba a la puerta y sostenía por las bridas el caballo del

cardenal. Un poco más lejos, un grupo de dos hombres y de tres caballos aparecía en la sombra: aquellos dos hombres eran los que debían conducir a Milady al fuerte de La Pointe y velar por su embarque.

El escudero confirmó al cardenal lo que los dos mosqueteros ya le habían dicho a propósito de Athos. El cardenal hizo un gesto aprobador y emprendió la ruta, rodeándose de las mismas precauciones que había tomado al partir.

Dejémosle seguir el camino del campamento, protegido por el escudero y los dos mosqueteros, y volvamos a Athos.

Durante una centena de pasos, había caminado al mismo trote; mas una vez fuera de la vista, había lanzado su caballo a la derecha, había dado un rodeo, y había vuelto a una veintena de pasos, al bosquecillo, para acechar el paso de la pequeña tropa; una vez reconocidos los sombreros bordados de sus compañeros y la franja dorada de la capa del señor cardenal, esperó a que los caballeros hubieran doblado el recodo del camino, y habiéndoles perdido de vista, volvió al galope al albergue que se le abrió sin dificultad.

El hostelero lo reconoció.

—Mi oficial —dijo Athos— ha olvidado hacer a la dama del primero una recomendación importante; me envía para reparar su olvido.

—Subid —dijo el hostelero—, todavía está en su habitación.

Athos aprovechó el permiso, subió la escalera con su paso más ligero, llegó a la meseta y a través de la puerta entreabierta vio a Milady que se ataba su sombrero.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras sí.

Al ruido que hizo al empujar el cerrojo, Milady se volvió.

Athos estaba de pie ante la puerta, envuelto en su capa, la capa cubriéndole hasta los ojos.

Al ver aquella figura muda e inmóvil como una estatua, Milady tuvo miedo.

—¿Quién sois? ¿Y qué queréis? —exclamó.

—Vamos, ¡es ella! —murmuró Athos.

Y dejando caer su capa y alzando su sombrero avanzó hacia Milady.

—¿Me reconocéis, señora? —dijo.

Milady dio un paso adelante, luego retrocedió como ante la vista de una serpiente.

—Vamos —dijo Athos—, está bien, ya veo que me reconocéis.

—¡El conde de La Fère! —murmuró Milady palideciendo y retrocediendo hasta que el muro le impidió ir más lejos.

—Sí, Milady —respondió Athos—, el conde de La Fère en persona, que vuelve directamente del otro mundo para tener el

placer de veros. Sentémonos, pues, y hablemos, como dice Monseñor el cardenal.

Milady, dominada por un terror inexpresable, se sentó sin proferir una sola palabra.

—¿Sois acaso un demonio enviado a la tierra? —dijo Athos—. Vuestro poder es grande, pero sabéis también que con la ayuda de Dios los hombres han vencido con frecuencia a los demonios más terribles. Ya os cruzasteis en mi camino, creía haberos vencido, señora; pero, o yo me equivocaba o el infierno os ha resucitado.

A estas palabras que le traían recuerdos espantosos, Milady bajó la cabeza con un gemido sordo.

—Sí, el infierno os ha resucitado —prosiguió Athos—, el infierno os ha hecho rica, el infierno os ha dado otro nombre, el infierno os ha rehecho casi otro rostro; pero no ha borrado ni las mancillas de vuestra alma ni la marca de vuestro cuerpo.

Milady se levantó como movida por un resorte, y sus ojos lanzaron destellos. Athos permaneció sentado.

—Me creíais muerto, como yo os creía muerta, ¿no es así? ¡Y este nombre de Athos había ocultado al conde de La Fère, como el nombre de Milady Clarick había ocultado a Anne de Breuil! ¿No era así como os llamabais cuando vuestro honrado hermano nos casó? Nuestra posición es realmente extraña —prosiguió Athos riendo—; uno y otro sólo hemos vivido hasta ahora porque nos creíamos muertos, y porque un recuerdo

molesta menos que una criatura, aunque ésta sea más devoradora a veces que un recuerdo.

—Pero, en fin —dijo Milady con una voz sorda—, ¿qué os trae a mí? ¿Y qué queréis de mí?

—Quiero deciros que, aunque permaneciendo invisible a vuestros ojos, no os he perdido de vista.

—¿Sabéis lo que he hecho?

—Puedo contar día por día vuestras acciones, desde vuestra entrada al servicio del cardenal hasta esta noche.

Una sonrisa de incredulidad pasó por los labios pálidos de Milady.

—Oíd: sois vos quien cortó los dos herretes de diamantes del hombro del duque de Buckingham; sois vos quien ha hecho raptar a la señora Bonacieux;

sois vos quien, enamorada de De Wardes, y creyendo pasar la noche con él, habéis abierto vuestra puerta al señor D'Artagnan; sois vos quien, creyendo que De Wardes os había engañado quisisteis hacerlo matar por su rival; sois vos quien, cuando este rival hubo descubierto vuestro infame secreto, habéis querido hacerlo matar por dos asesinos que enviasteis en su persecución; sois vos quien, viendo que las balas habían fallado su tiro, habéis enviado vino envenenado con una carta falsa para hacer creer a vuestra víctima que aquel vino venía de

sus amigos; sois vos, en fin, quien en esta habitación, y sentada en la silla en que estoy, acabáis de aceptar con el cardenal Richelieu el compromiso de hacer asesinar al duque de Buckingham, a cambio de la promesa que él os ha hecho de dejaros asesinar a D'Artagnan.

Milady estaba lívida.

—Pero ¿sois acaso Satán? —dijo ella.

—Quizá —dijo Athos—, pero en cualquier caso, escuchad bien esto: asesinéis o hagáis asesinar al duque de Buckingham, poco importa; no lo conozco, además es un inglés. Pero no toquéis con la punta de los dedos ni un solo pelo de D'Artagnan, que es un fiel amigo a quien amo y a quien defiendo, u os juro por la cabeza de mi padre que el crimen que hayáis cometido será el último.

—El señor D'Artagnan me ha ofendido cruelmente —dijo Milady con voz sorda—. El señor D'Artagnan morirá.

—¿De veras es posible que alguien os ofenda, señora? —dijo riendo Athos

—. ¿Os ha ofendido y morirá?

—Morirá —replicó Milady—; ella primero, él después.

Athos fue arrebatado como por un vértigo: la vista de aquella criatura, que no tenía nada de mujer, le traía recuerdos terribles; pensó que un día, en una situación menos peligrosa que aquella en que se encontraba, había ya querido sacrificarla a su honor;

su deseo de crimen le volvió quemándole y lo invadió como una fiebre ardiente: se levantó a su vez, llevó la mano a su cintura, sacó de él una pistola y la armó.

Milady, pálida como un cadáver, quiso gritar, pero su lengua helada no pudo proferir más que un sonido ronco que no tenía nada de palabra humana y que parecía el estertor de una bestia fiera; pegada contra la sombría tapicería, con los cabellos esparcidos, parecía como la imagen espantosa del terror.

Athos alzó lentamente su pistola, extendió el brazo de manera que el arma tocase casi la frente de Milady y luego, con una voz tanto más terrible cuanto que tenía la calma suprema de una inflexible resolución:

—Señora —dijo—, ahora mismo vais a entregarme el papel que os ha

firmado el cardenal, o por mi alma que os salto la tapa de los sesos.

Con otro hombre Milady habría podido conservar alguna duda, pero ella conocía a Athos; sin embargo, permaneció inmóvil.

—Tenéis un segundo para decidiros —dijo él.

Milady vio en la contracción de su rostro que el disparo iba a salir; llevó vivamente la mano a su pecho, sacó de él un papel y lo tendió a Athos.

—¡Tomad —dijo ella—, y sed maldito!

Athos cogió el papel, volvió a poner la pistola en su cintura, se acercó a la lámpara para asegurarse de que era aquél, lo desplegó y leyó:

El portador de la presente ha «hecho lo que ha hecho» por orden mía y para bien del Estado.

3 de diciembre de 1627. RICHELIEU.

—Y ahora —dijo Athos recobrando su capa y volviendo a ponerse el sombrero en la cabeza—, ahora que te he arrancado los dientes, víbora, muerde si puedes.

Y salió de la habitación sin mirar siquiera para atrás.

A la puerta encontró a los dos hombres y el caballo que tenían de la mano.

—Señores —dijo— la orden de Monseñor, ya lo sabéis, es conducir a esa mujer, sin perder tiempo, al fuerte de La Pointe y no dejarla hasta que esté a bordo.

Como estas palabras concordaban efectivamente con la orden que había recibido, inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

En cuanto a Athos, montó con ligereza y partió al galope; sólo que, en lugar de seguir la ruta, tomó campo a través, picando con vigor a su caballo y deteniéndose de vez en cuando para escuchar.

En uno de estos altos, oyó por el camino el paso de varios caballos. No dudó que fueran el cardenal y su escolta. Entonces echó una nueva carrera, restregó a su caballo con los brezales y las hojas de los árboles y vino a situarse de través en el camino, a doscientos pasos del campamento aproximadamente.

—¿Quién vive? —gritó de lejos cuando divisó a los caballeros.

—Es nuestro valiente mosquetero, según creo —dijo el cardenal.

—Sí, Monseñor —respondió Athos—, el mismo.

—Señor Athos —dijo Richelieu—, recibid mi agradecimiento por la buena custodia que habéis hecho de nosotros; señores, hemos llegado: tomad la puerta de la izquierda, la contraseña es Rey y Ré.

Al decir estas palabras, el cardenal saludó con la cabeza a los tres amigos y giró a la derecha seguido de su escudero; porque aquella noche dormía en el campamento.

—¡Y bien! —dijeron a una Porthos y Aramis cuando el cardenal estuvo fuera del alcance de la voz—. Y bien, ha firmado el papel que ella pedía.

—Lo sé —dijo tranquilamente Athos—, porque es éste.

Y los tres amigos no intercambiaron una sola palabra hasta su acuartelamiento, excepto para dar la contraseña a los centinelas.

Sólo que enviaron a Mosquetón a decir a Planchet que rogaban a su amo que, al ser relevado de trinchera, se dirigiese al momento al alojamiento de los mosqueteros.

Por otra parte, como Athos había previsto, Milady, al encontrarse en la puerta a los hombres que la esperaban, no puso ninguna dificultad en seguirlos; por un instante había tenido ganas de hacerse llevar ante el cardenal y contarle todo, pero una revelación por su parte llevaba a una revelación por parte de Athos: ella diría que Athos la había colgado, pero Athos diría que ella estaba marcada; pensó que más valía guardar silencio, partir discretamente, cumplir con su habilidad ordinaria la difícil misión de que se había encargado y luego, una vez cumplido todo a satisfacción del cardenal, ir a reclamar su venganza.

Por consiguiente, tras haber viajado toda la noche, a las siete de la mañana estaba en el fuerte de La Pointe, a las ocho había embarcado y a las nueve el navío, que con la patente de corso del cardenal se suponía en franquía para Bayonne, levaba el ancla y navegaba rumbo a Inglaterra.

C A P Í T U L O XLVI

El bastión Saint-Gervais

Al llegar donde sus tres amigos, D'Artagnan los encontró reunidos en la misma habitación: Athos reflexionaba, Porthos rizaba su mostacho, Aramis decía sus oraciones en un encantador librito de horas encuadernado en terciopelo azul.

—¡Diantre, señores! —dijo—. Espero que lo que tengáis que decirme

valga la pena; en caso contrario os prevengo que no os perdonaré haberme hecho venir en lugar de dejarme descansar después de una noche pasada conquistando y desmantelando un bastión. ¡Ah, y que no estuvierais allí, señores! ¡Hizo buen calor!

—¡Estábamos en otro lado donde tampoco hacía frío! —respondió Porthos haciendo adoptar a su mostacho un rizo que le era particular.

—¡Chis! —dijo Athos.

—¡Vaya! —dijo D'Artagnan comprendiendo el ligero fruncimiento de ceño del mosquetero—. Parece que hay novedades por aquí.

—Aramis —dijo Athos—, creo que anteayer fuisteis a almorzar al albergue del Parpaillot.

—Sí.

—¿Qué tal está?

—Por lo que a mí se refiere comí muy mal: anteayer era día de ayuno, y no tenían más que carne.

—¿Cómo? —dijo Athos—. ¿En un puerto de mar no tienen pescado?

—Dicen —replicó Aramis volviendo a su piadosa lectura— que el dique que ha hecho construir el señor cardenal lo echa a alta mar.

—Mas no es eso lo que yo os preguntaba, Aramis —prosiguió Athos—; yo os preguntaba si estuvisteis a gusto, y si nadie os había molestado.

—Me parece que no tuvimos demasiados importunos; sí, de hecho, y para lo que queréis decir, Athos, estaremos bastante bien en el Parpaillot.

—Vamos entonces al Parpaillot —dijo Athos—, porque aquí las paredes son como hojas de papel.

D'Artagnan, que estaba habituado a las maneras de hacer de su amigo, que reconocía inmediatamente en una palabra, en un gesto, en un signo suyo que las circunstancias eran graves, cogió el brazo de Athos y salió con él sin decir nada; Porthos siguió platicando con Aramis.

En camino encontraron a Grimaud y Athos le hizo seña de seguirlos; Grimaud, según su costumbre, obedeció en silencio; el pobre muchacho había terminado casi por olvidarse de hablar.

Llegaron a la cantina del Parpaillot: eran las siete de la mañana, el día comenzaba a clarear; los tres amigos encargaron un desayuno y entraron en la sala donde, a decir del huésped, no debían ser molestados.

Por desgracia la hora estaba mal escogida para un conciliábulo; acababan de tocar diana, todos sacudían el sueño de la noche, y para disipar el aire húmedo de la mañana venían a beber la copita a la cantina dragones, suizos, guardias, mosqueteros, caballos-ligeros se sucedían con una rapidez que debía hacer ir bien los asuntos del hostelero, pero que cumplía muy mal las miras de los cuatro amigos. Por eso respondieron de una forma muy huraña a los saludos, a los brindis y a las bromas de sus camaradas.

—¡Vamos! —dijo Athos—. Vamos a organizar alguna buena pelea, y no tenemos necesidad de eso en este momento. D'Artagnan, contadnos vuestra noche; luego nosotros os contaremos la nuestra.

—En efecto —dijo un caballo-ligero que se contoneaba sosteniendo en la mano un vaso de aguardiente que degustaba con lentitud—; en efecto, esta noche estabais de trinchera,

señores guardias, y me parece que andado en dimes y diretes con los rochelleses.

D'Artagnan miró a Athos para saber si debía responder a aquel intruso que se mezclaba en la conversación.

—Y bien —dijo Athos—, ¿no oyes al señor de Busigny que te hace el honor de dirigirte la palabra? Cuenta lo que ha pasado esta noche, que estos señores desean saberlo.

—¿No habrán cogido un fasitón? —preguntó un suizo que bebía ron en un vaso de cerveza.

—Sí, señor —respondió D'Artagnan inclinándose—, hemos tenido ese honor; incluso hemos metido, como habéis podido oír, bajo uno de los ángulos, un barril de pólvora que al estallar ha hecho una hermosa brecha; sin contar con que, como el bastión no era de ayer, todo el resto de la obra ha quedado tambaleándose.

—Y ¿qué bastión es? —preguntó un dragón que tenía ensartada en su sable una oca que traía para que se la asasen.

—El bastión Saint-Gervais —respondió D'Artagnan, tras el cual los rochelleses inquietaban a nuestros trabajadores.

—¿Y la cosa ha sido acalorada?

—Por supuesto; nosotros hemos perdido cinco hombres y los rochelleses ocho o diez.

—¡Balzempleu! —exclamó el suizo, que, pese a la admirable colección de juramentos que posee la lengua alemana, había tomado la costumbre de jurar en francés.

—Pero es probable —dijo el caballo-ligero— que esta mañana envíen avanzadillas para poner las cosas en su sitio en el bastión.

—Sí, es probable —dijo D'Artagnan.

—Señores —dijo Athos—, una apuesta.

—¡Ah! Sí, una apuesta —dijo el suizo.

—¿Cuál? —preguntó el caballo-ligero.

—Esperad —dijo el dragón poniendo su sable, como un asador, sobre los dos grandes morillos que sostenían el fuego de la chimenea—, estoy con vosotros. Hostelero maldito, una grasera en seguida, para que no pierda ni una sola gota de la grasa de esta estimable ave.

—Tiene razón —dijo el suizo—, la grasa zuya es muy fuena gon gonfituras.

—Ahí —dijo el dragón—. Ahora, veamos la apuesta. ¡Escuchamos, señor Athos!

—¡Sí, la apuesta! —dijo el caballo— ligero.

—Pues bien, señor de Busigny, apuesto con vosotros —dijo Athos— a que mis tres compañeros, los señores Porthos, Aramis y D'Artagnan y yo nos vamos a desayunar al bastión Saint-Gervais y que estaremos allí una hora, reloj en mano, haga lo que haga el enemigo para desalojarnos.

Porthos y Aramis se miraron; comenzaban a comprender.

—Pero —dijo D'Artagnan inclinándose al oído de Athos— vas a hacernos matar sin misericordia.

—Estamos mucho más muertos —respondió Athos— si no vamos.

—¡Ah! A fe que es una hermosa apuesta —dijo Porthos retrepándose en su silla y retorciéndose el mostacho.

—Acepto —dijo el señor de Busigny—; ahora se trata de fijar la puesta.

—Vosotros sois cuatro, señores —dijo Athos—; nosotros somos cuatro; una cena a discreción para ocho, ¿os parece?

—De acuerdo —replicó el señor de Busigny.

—Perfectamente —dijo el dragón.

—Me fa —dijo el suizo.

El cuarto auditor, que en toda esta conversación había jugado un papel mudo, hizo con la cabeza una señal de que aceptaba la proposición.

—El desayuno de estos señores está dispuesto —dijo el hostelero.

—Pues bien, traedlo —dijo Athos.

El hostelero obedeció. Athos llamó a Grimaud, le mostró una gran cesta que yacía en un rincón y le hizo el gesto de envolver en las servilletas las viandas traídas.

Grimaud comprendió al instante que se trataba de desayunar en el campo, cogió la cesta, empaquetó las viandas, unió a ello botellas y cogió la cesta al brazo.

—Pero ¿dónde se van a tomar mi desayuno? —dijo el hostelero.

—¿Qué os importa —dijo Athos—, con tal de que os paguen? Y majestuosamente tiró dos pistolas sobre la mesa.

—¿Hay que devolveros algo mi oficial? —dijo el hostelero.

—No, añade solamente dos botellas de Champagne y la diferencia será por las servilletas.

El hostelero no hacía tan buen negocio como había creído al principio pero se recuperó deslizando a los comensales dos botellas de vino de Anjou en lugar de dos botellas de vino de Champagne.

—Señor de Busigny —dijo Athos—, ¿tenéis a bien poner vuestro reloj con el mío, o me permitís poner el mío con el vuestro?

—De acuerdo, señor —dijo el caballo-ligero sacando del bolsillo del chaleco un hermoso reloj rodeado de diamantes—; las siete y media —dijo.

—Siete y treinta y cinco minutos —dijo Athos—; ya sabemos que el mío se adelanta cinco minutos sobre vos, señor.

Y saludando a los asistentes boquiabiertos, los cuatro jóvenes tomaron el camino del bastión Saint-Gervais, seguidos de Grimaud, que llevaba la cesta, ignorando dónde iba, pero en la obediencia pasiva a que se había habituado con Athos no pensaba siquiera en preguntarlo.

Mientras estuvieron en el recinto del campamento, los cuatro amigos no intercambiaron una palabra; además eran seguidos por los curiosos que, conociendo la apuesta hecha, querían saber cómo saldrían de ella.

Pero una vez hubieron franqueado la línea de circunvalación y se encontraron en pleno campo, D'Artagnan, que ignoraba por completo de qué se trataba, creyó que había llegado el momento de pedir una explicación.

—Y ahora, mi querido Athos —dijo—, tened la amabilidad de decirme adónde vamos.

—Ya lo veis —dijo Athos—, vamos al bastión.

—Sí, pero ¿qué vamos a hacer allí?

—Ya lo sabéis, vamos a desayunar.

—Pero ¿por qué no hemos desayunado en el Parpaillot?

—Porque tenemos cosas muy importantes que decirnos, y porque era imposible hablar cinco minutos en ese albergue, con todos esos importunos que van, que vienen, que saludan, que

se pegan a la mesa; ahí por lo menos — prosiguió Athos señalando el bastión— no vendrán a molestarnos.

—Me parece —dijo D'Artagnan con esa prudencia que tan bien y tan naturalmente se aliaba en él a una bravura excesiva—, me parece que habríamos podido encontrar algún lugar apartado en las dunas, a orillas del mar.

—Donde se nos habría visto conferenciar a los cuatro juntos, de suerte que al cabo de un cuarto de hora el cardenal habría sido avisado por sus espías de que teníamos consejo.

—Sí —dijo Aramis—, Athos tiene razón: Animadvertuntur in desertis.

—Un desierto no habría estado mal —dijo Porthos—, pero se trataba de encontrarlo.

—No hay desierto en el que un pájaro no pueda pasar por encima de la cabeza, donde un pez no pueda saltar por encima del agua, donde un conejo no pueda salir de su madriguera, y creo que pájaro, pez, conejo todo es espía del cardenal. Más vale, pues, seguir nuestra empresa, ante la cual por otra parte ya no podemos retroceder sin vergüenza; hemos hecho una apuesta, una apuesta que no podía preverse, y sobre cuya verdadera causa desafío a quien sea a que la adivine: para ganarla vamos a permanecer una hora en el bastión. Seremos atacados o no lo seremos. Si no lo somos, tendremos todo el tiempo para hablar, y nadie nos oirá, porque respondo de que los muros de este bastión no tienen orejas; si lo somos,

hablaremos de nuestros asuntos al mismo tiempo, y además, al defendernos, nos cubrimos de gloria. Ya veis que todo es beneficio.

—Sí —dijo D'Artagnan—, pero indudablemente pescaremos alguna bala.

—Vaya, querido —dijo Athos—, ya sabéis vos que las balas más de temer no son las del enemigo.

—Pero me parece que para semejante expedición habríamos debido al menos traer nuestros mosquetes.

—Sois un necio, amigo Porthos; ¿para qué cargar con un peso inútil?

—No me parece inútil frente al enemigo un buen mosquete de calibre, doce cartuchos y un cebador.

—Pero bueno —dijo Athos—, ¿no habéis oído lo que ha dicho D'Artagnan?

—¿Qué ha dicho D'Artagnan? —preguntó Porthos.

—D'Artagnan ha dicho que en el ataque de esta noche había ocho o diez franceses muertos, y otros tantos rochelleses.

—¿Y qué?

—No ha habido tiempo de despojarlos, ¿no es así? Dado que, por el momento, había otras cosas más urgentes.

—Y ¿qué?

—¡Y qué! Vamos a buscar sus mosquetes sus cebadores y sus cartuchos, y en vez de cuatro mosquetes y de doce balas vamos a tener una quincena de fusiles y un centenar de disparos.

—¡Oh, Athos! —dijo Aramis—. Eres realmente un gran hombre. Porthos inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Sólo D'Artagnan no parecía convencido.

Indudablemente Grimaud compartía las dudas del joven; porque al ver que se continuaba caminando hacia el bastión, cosa que había dudado hasta entonces, tiró a su amo por el faldón de su traje.

—¿Dónde vamos? —preguntó por gestos. Athos le señaló el bastión.

—Pero —dijo en el mismo dialecto el silencioso Grimaud— dejaremos ahí nuestra piel.

Athos alzó los ojos y el dedo hacia el cielo.

Grimaud puso su cesta en el suelo y se sentó moviendo la cabeza.

Athos cogió de su cintura una pistola, miró si estaba bien cargada, la armó y acercó el cañón a la oreja de Grimaud.

Grimaud volvió a ponerse en pie como por un resorte. Athos le hizo seña de coger la cesta y de caminar delante. Grimaud obedeció.

Todo cuanto había ganado el pobre muchacho con aquella pantomima de un instante es que había pasado de la retaguardia a la vanguardia.

Llegados al bastión, los cuatro se volvieron.

Más de trescientos soldados de todas las armas estaban reunidos a la puerta del campamento, y en un grupo separado se podía distinguir al señor de Busigny, al dragón, al suizo y al cuarto apostante.

Athos se quitó el sombrero, lo puso en la punta de su espada y lo agitó en el aire.

Todos los espectadores le devolvieron el saludo, acompañando esta cortesía con un gran hurra que llegó hasta ellos.

Tras lo cual, los cuatro desaparecieron en el bastión donde ya los había precedido Grimaud.

C A P Í T U L O XLVII

El consejo de los mosqueteros

Como Athos había previsto, el bastión sólo estaba ocupado por una docena de muertos tanto franceses como rochelleses.

—Señores —dijo Athos, que había tomado el mando de la expedición—, mientras Grimaud pone la mesa, comencemos a recoger los fusiles y los cartuchos; además podemos hablar al cumplir esa tarea. Estos señores — añadió él señalando a los muertos— no nos oyen.

—Podríamos de todos modos echarlos en el foso —dijo Porthos—, después de habernos asegurado que no tienen nada en sus bolsillos.

—Sí —dijo Aramis—, eso es asunto de Grimaud.

—Bueno —dijo D'Artagnan—, entonces que Grimaud los registre y los arroje por encima de las murallas.

—Guardémonos de hacerlo —dijo Athos—, pueden servirnos.

—¿Esos muertos pueden servirnos? —dijo Porthos—. ¡Vaya, os estáis volviendo loco, amigo mío!

—¡«No juzguéis temerariamente», dice el Evangelio el señor cardenal! — respondió Athos—. ¿Cuántos fusiles, señores?

—Doce —respondió Aramis.

—¿Cuántos disparos?

—Un centenar.

—Es todo cuanto necesitamos; carguemos las armas.

Los cuatro mosqueteros se pusieron a la tarea. Cuando acababan de cargar el último fusil, Grimaud hizo señas de que el desayuno estaba servido.

Athos respondió, siempre por gestos, que estaba bien e indicó e Grimaud

una especie de atalaya donde éste comprendió que debía quedarse de centinela. Sólo que para suavizar el aburrimiento de la guardia, Athos le permitió llevar un pan, dos chuletas y una botella de vino.

—Y ahora, a la mesa —dijo Athos.

Los cuatro amigos se sentaron en el suelo, con las piernas cruzadas, como los turcos o los canteros.

—¡Ah! —dijo D'Artagnan—. Ahora que ya no tienes miedo de ser oído, espero que vayas a hacernos participe de tu secreto, Athos.

—Espero que os procure a un tiempo agrado y gloria, señores —dijo Athos

—. Os he hecho dar un paseo encantador; aquí tenemos un desayuno de los más suculentos, y quinientas personas allá

abajo, como podéis verles a través de las troneras, que nos toman por locos o por héroes, dos clases de imbéciles que se parecen bastante.

—Pero ¿y ese secreto? —preguntó D'Artagnan.

—El secreto —dijo Athos— es que ayer por la noche vi a Milady.
D'Artagnan llevaba su vaso a los labios; pero al nombre de Milady la mano le tembló tan fuerte que lo dejó en el suelo para no derramar el contenido…

—¿Has visto a tu mu…?

—¡Chis! —interrumpió Athos—. Olvidáis, querido, que estos señores no están iniciados como vos en el secreto de mis asuntos domésticos; he visto a Milady.

—¿Y dónde? —preguntó D'Artagnan.

—A dos leguas más o menos de aquí, en el albergue del Colombier-Rouge.

—En tal caso estoy perdido —dijo D'Artagnan.

—No, no del todo aún —prosiguió Athos—, porque a esta hora debe haber abandonado las costas de Francia.

D'Artagnan respiró.

—Pero, a fin de cuentas —prosiguió Porthos—, ¿quién es esa Milady?

—Una mujer encantadora —dijo Athos degustando un vaso de vino espumoso—. ¡Canalla de hostelero —exclamó—, que nos da

vino de Anjou por vino de Champagne y que cree que nos vamos a dejar coger! Sí — continuó—, una mujer encantadora que ha tenido bondades con nuestro amigo D’Artagnan, que le ha hecho no sé qué perfidia que ella ha tratado de vengar, hace un mes tratando de hacerlo matar a disparos de mosquete, hace ocho días tratando de envenenarlo, y ayer pidiendo su cabeza al cardenal.

—¿Cómo? ¿Pidiendo mi cabeza al cardenal? —exclamó D’Artagnan, pálido de terror.

—Eso es tan cierto —dijo Porthos— como el Evangelio; lo he oído con mis dos orejas.

—Y yo también —dijo Aramis.

—Entonces —dijo D’Artagnan dejando caer su brazo con desaliento— es inútil seguir luchando más tiempo; da igual que me salte la tapa de los sesos, todo está terminado.

—Es la última tontería que hay que hacer —dijo Athos—, dado que es la única que no tiene remedio.

—Pero no escaparé nunca —dijo D’Artagnan— con semejantes enemigos. Primero, mi desconocido de Meung; luego de Wardes, a quien he dado tres estocadas; luego Milady, cuyo secreto he sorprendido; por fin el cardenal, cuya venganza he hecho fracasar.

—¡Pues bien! —dijo Athos—. Todo eso no hace más que cuatro, y nosotros somos cuatro, uno contra uno. Diantre, si hemos de creer las señas que nos hace Grimaud, vamos a tener que vérnoslas con un número de personas mucho mayor. ¿Qué pasa, Grimaud? Considerando la gravedad de las circunstancias, amigo mío, os permito hablar, pero sed lacónico, por favor.

¿Qué veis?

—Una tropa.

—¿De cuántas personas?

—De veinte hombres.

—¿Qué hombres?

—Dieciséis zapadores, cuatro soldados.

—¿A cuántos pasos están?

—A quinientos pasos.

—Bueno, aún tenemos tiempo de acabar estas aves y beber un vaso de vino a tu salud, D'Artagnan.

—¡A tu salud! —repitieron Porthos y Aramis.

—Pues bien, ¡a mi salud! Aunque no creo que vuestros deseos me sirvan de gran cosa.

—¡Bah! —dijo Athos—. Dios es grande, como dicen los sectarios de Mahoma y el porvenir está en sus manos.

Luego, tragando el contenido de su vaso, que dejó junto a sí, Athos se levantó indolentemente, cogió el primer fusil que había a mano y se acercó a una tronera.

Porthos, Aramis y D'Artagnan hicieron otro tanto. En cuanto a Grimaud, recibió la orden de colocarse detrás de los cuatro a fin de volver a cargar las armas.

Al cabo de un instante vieron aparecer la tropa; seguía una especie de ramal de trinchera que establecía comunicación entre el bastión y la ciudad.

—¡Diantre! —dijo Athos—. ¿Merecía la pena molestarnos por una veintena de bribones armados de piquetas, de azadones y de palas? Grimaud no hubiera debido hacer otra cosa que hacerles señas de que se fueran y estoy convencido de que nos habrían dejado tranquilos.

—Lo dudo —observó D'Artagnan—, porque avanzan muy decididos por ese lado. Por otra parte, con los trabajadores hay cuatro soldados y un brigadier armados de mosquetes.

—Eso es que no nos han visto —replicó Athos.

—¡A fe —dijo Aramis— confieso que me da repugnancia disparar sobre esos pobres diablos de burgueses!

—¡Mal cura —respondió Porthos— el que tiene piedad de los heréticos!

—Realmente —dijo Athos—, Aramis tiene razón, voy a avisarlos.

—¿Qué diablos hacéis? —exclamó D'Artagnan—. Vais a haceros fusilar, querido.

Pero Athos no hizo caso alguno del aviso, y subiéndose a la brecha con el fusil en una mano y el sombrero en la otra:

—Señores —dijo dirigiéndose a los soldados y a los trabajadores, que, asombrados por su aparición se detenían a cincuenta pasos aproximadamente del bastión, y saludándolos cortésmente—, señores, algunos amigos y yo estamos a punto de desayunar en este bastión. Y ya sabéis que nada es tan desagradable como ser molestado cuando uno desayuna; por tanto, os rogamos que, si tenéis algo que hacer inexorablemente aquí, esperéis a que hayamos terminado nuestra comida, o que volváis más tarde; a menos que tengáis el saludable deseo de dejar el partido de la rebelión y de venir a beber con nosotros a la salud del rey de Francia.

—¡Ten cuidado, Athos! —exclamó D'Artagnan—. ¿No ves que lo están apuntando?

—Ya lo veo, lo veo —dijo Athos—, pero son burgueses que disparan muy mal, y que se libren de tocarme.

En efecto, en aquel mismo instante cuatro disparos de fusil salieron y las balas vinieron a estrellarse junto a Athos, pero sin que una sola lo tocase.

Cuatro disparos de fusil los respondieron casi al mismo tiempo, pero éstos estaban mejor dirigidos que los de los agresores: tres soldados cayeron en el sitio, y uno de los trabajadores fue herido.

—¡Grimaud, otro mosquete! —dijo Athos, que seguía en la brecha.

Grimaud obedeció inmediatamente. Por su parte, los tres amigos habían cargado sus armas; una segunda descarga siguió a la primera: el brigadier y dos zapadores cayeron muertos, el resto de la tropa huyó.

—Vamos, señores, una salida —dijo Athos.

Y los cuatro amigos, lanzándose fuera del fuerte, llegaron hasta el campo de batalla, recogieron los cuatro mosquetes y el espontón del brigadier; y convencidos de que los huidos no se detendrían hasta la ciudad, tomaron de nuevo el camino del bastión, trayendo los trofeos de la victoria.

—Volved a cargar las armas, Grimaud —dijo Athos—, y nosotros, señores, volvamos a nuestro desayuno y sigamos. ¿Dónde estábamos?

—Yo lo recuerdo —dijo D’Artagnan, que se preocupaba mucho del itinerario que debía seguir Milady.

—Va a Inglaterra —respondió Athos.

—¿Con qué fin?

—Con el fin de asesinar o hacer asesinar a Buckingham.

D'Artagnan lanzó una exclamación de sorpresa y de indignación.

—¡Pero eso es infame! —exclamó.

—¡Oh, en cuanto a eso —dijo Athos—, os ruego que creáis que me inquieto muy poco! Ahora que habéis terminado, Grimaud —continuó Athos

—, tomad el espontón de nuestro brigadier, atadle una servilleta y plantadlo en lo alto de nuestro bastión, a fin de que esos rebeldes de los rochelleses vean que tienen que vérselas con valientes y leales soldados del rey.

Grimaud obedeció sin responder. Un instante después la bandera blanca flotaba por encima de los cuatro amigos; un trueno de aplausos saludó su aparición; la mitad del campamento estaba en las barreras.

—¿Cómo? —replicó D'Artagnan—. ¿Te inquietas poco de que mate o haga matar a Buckingham? Pero el duque es nuestro amigo.

—El duque es inglés, el duque combate contra nosotros; que haga del duque lo que quiera, me preocupo tanto por ello como por una botella vacía.

Y Athos lanzó a quince pasos de él una botella que tenía en la mano y de la que acababa de trasvasar hasta la última gota a su vaso.

—Un momento —dijo D'Artagnan—, yo no abandono a Buckingham así; nos dio caballos muy buenos.

—Y sobre todo unas buenas sillas —añadió Porthos, que en aquel momento mismo llevaba en su capa el galón de la suya.

—Además —observó Aramis—, Dios quiere la conversión y no la muerte del pecador.

—Amén —dijo Athos—, y ya volveremos sobre eso más tarde, si es ese vuestro gusto; pero por el momento lo que más me preocupaba, y estoy seguro de que tú, D'Artagnan, me comprenderás, era recuperar de aquella mujer una especie de firma en blanco que había arrancado al cardenal, y con cuya ayuda ella debía desembarazarse de ti y quizá de nosotros impunemente.

—Pero esa criatura es un demonio —dijo Porthos tendiendo su plato a Aramis, que trinchaba un ave.

—Y esa firma en blanco —dijo D'Artagnan—, esa firma en blanco, ¿ha quedado entre sus manos?

—No, ha pasado a las mías; no diré que haya sido sin esfuerzo, porque mentiría.

—Querido Athos —dijo D'Artagnan—, ya no seguiré contando las veces que os debo la vida.

—Entonces, ¿nos dejasteis para volver junto a ella? —preguntó Aramis.

—Exacto.

—¿Y tienes esa carta del cardenal? —dijo D'Artagnan.

—Aquí está —dijo Athos.

Y sacó el precioso papel del bolsillo de su casaca.

D'Artagnan lo desplegó con una mano cuyo temblor no trataba siquiera de disimular y leyó:

El portador de la presente ha «hecho lo que ha hecho» por orden mía y para bien del Estado.

5 de diciembre de 1627. RICHELIEU.

—En efecto —dijo Aramis—, es una absolución en toda regla.

—Hay que romper ese papel —exclamó D'Artagnan, que parecía leer su

sentencia de muerte.

—Muy al contrario —dijo Athos—, hay que conservarlo por encima de todo, y yo no daría este papel aunque lo cubrieran de piezas de oro.

—¿Y qué va a hacer ahora ella? —preguntó el joven.

—Pues probablemente —dijo despreocupado Athos— va a escribir al cardenal que un maldito mosquetero, llamado Athos,

le ha arrancado por la fuerza su salvoconducto; en la misma carta le dará consejo de desembarazarse al mismo tiempo que de él de sus dos amigos, Porthos y Aramis; el cardenal recordará que son los mismos hombres que encontró en su camino entonces, una buena mañana hará detener a D'Artagnan y para que no se aburra solo, nos enviará a hacerle compañía a la Bastilla.

—¡Vaya! —dijo Porthos—. Me parece que estáis haciendo bromas de mal gusto, querido.

—No bromeo —respondió Athos.

—¿Sabéis —dijo Porthos— que retorcerle el cuello a esa maldita Milady sería un pecado menor que retorcérselo a estos pobres diablos de hugonotes, que nunca han cometido más crímenes que cantar en francés salmos que nosotros cantamos en latín?

—¿Qué dice el abate a esto? —preguntó tranquilamente Athos.

—Digo que soy de la opinión de Porthos —respondió Aramis.

—¡Y yo también! —dijo D'Artagnan.

—Suerte que ella está lejos —observó Porthos—; porque confieso que me molestaría mucho aquí.

—Me molesta en Inglaterra tanto como en Francia —dijo Athos.

—A mí me molesta en todas partes —continuó D'Artagnan.

—Pero puesto que la teníais —dijo Porthos—, ¿por qué no la habéis ahogado, estrangulado, colgado? Sólo los muertos no vuelven.

—¿Eso creéis, Porthos? —respondió el mosquetero con una sonrisa sombría que sólo D'Artagnan comprendió.

—Tengo una idea —dijo D'Artagnan.

—Veamos —dijeron los mosqueteros.

—¡A las armas! —gritó Grimaud.

Los jóvenes se levantaron con presteza a los fusiles.

Aquella vez avanzaba una pequeña tropa compuesta de veinte o veinticinco hombres; pero ya no eran trabajadores, eran soldados de la guarnición.

—¿Y si volviéramos al campamento? —dijo Porthos—. Me parece que la partida no es igual.

—Imposible por tres razones —respondió Athos—; la primera es que no hemos terminado de almorzar; la segunda es que aún tenemos cosas importantes que decir, la tercera es que todavía faltan diez minutos para que pase la hora.

—Bueno —dijo Aramis—, sin embargo hay que preparar un plan de batalla.

—Es muy simple —respondió Athos—: tan pronto como el enemigo esté al alcance del mosquete, nosotros hacemos fuego; si continúa avanzando, nosotros volvemos a hacer fuego; hacemos fuego mientras tengamos los fusiles cargados; si lo que quede de la tropa quiere todavía subir al asalto, dejamos a los asaltantes bajar hasta el foso, y entonces les echamos encima de la cabeza ese lienzo de muralla que sólo está en pie por un milagro de equilibrio.

—¡Bravo! —exclamó Porthos—. Decididamente, Athos, habéis nacido para general, y el cardenal, que se cree un gran hombre de guerra, es bien poca cosa a vuestro lado.

—Señores —dijo Athos—, nada de repeticiones inútiles, por favor; que cada uno apunte bien a su hombre.

—Yo tengo el mío —dijo D'Artagnan.

—Y yo el mío —dijo Porthos.

—Y yo ídem —dijo Aramis.

—¡Entonces fuego! —dijo Athos.

Los cuatro disparos de fusil no hicieron más que una detonación y cuatro hombres cayeron.

Entonces batió el tambor, y la pequeña tropa avanzó a paso de carga.

Entonces los disparos de fusil se sucedieron sin regularidad, pero siempre enviados con igual precisión. Sin embargo, como

si hubieran conocido la debilidad numérica de los amigos, los rochelleses continuaban avanzando a paso de carrera.

Con los otros tres disparos de fusil cayeron dos hombres; sin embargo, el paso de los que quedaban en pie no aminoraba.

Llegados al pie del bastión, los enemigos eran todavía doce o quince; una

última descarga los acogió, pero no los detuvo: saltaron al foso y se aprestaron a escalar la brecha.

—¡Vamos; amigos míos! —dijo Athos—. Terminemos de un golpe: ¡a la muralla, a la muralla!

Y los cuatro amigos, secundados por Grimaud, se pusieron a empujar con el cañón de sus fusiles un enorme lienzo de muro que se inclinó como si el viento lo arrastrase, y desprendiéndose de su base cayó con horrible estruendo en el foso; luego se oyó un gran grito, una nube de polvo subió hacia el cielo, y eso fue todo.

—¿Los habremos aplastado desde el primero hasta el último? —preguntó Athos.

—A fe que eso me parece —dijo D’Artagnan.

—No —dijo Porthos—, ahí hay dos o tres que escapan cojeando.

En efecto, tres o cuatro de aquellos desgraciados, cubiertos de barro y de sangre, huían por el camino encajonado y ganaban de nuevo la ciudad: era todo lo que quedaba de la tropilla.

Athos miró su reloj.

—Señores —dijo—, hace una hora que estamos aquí y ahora la partida está ganada; pero hay que ser buenos jugadores, y además D'Artagnan no nos ha dicho su idea.

Y el mosquetero, con su sangre fría habitual, fue a sentarse ante los restos del desayuno.

—¿Mi idea? —dijo D'Artagnan.

—Sí, decíais que teníais una idea —replicó Athos.

—¡Ah, ya recuerdo! —contestó D'Artagnan—. Yo paso a Inglaterra por segunda vez, voy en busca del señor de Buckingham y le advierto del compló tramado contra su vida.

—Vos no haréis eso, D'Artagnan —dijo fríamente Athos.

—¿Y por qué no? ¿No lo he hecho ya?

—Sí, pero en esa época no estábamos en guerra; en esa época, el señor de Buckingham era un aliado y no un enemigo: lo que queréis hacer sería tachado de traición.

D'Artagnan comprendió la fuerza de este razonamiento y se calló.

—Pues me parece —dijo Porthos— que también yo tengo una idea.

—¡Silencio para la idea de Porthos! —dijo Aramis.

—Yo le pido permiso al señor de Tréville, bajo algún pretexto que vos encontraréis: yo no soy fuerte en eso de los pretextos, Milady no me conoce, me acerco a ella sin que sospeche de mí y, cuando encuentre una ocasión, la estrangulo.

—¡Bueno —dijo Athos—, no estoy muy lejos de adoptar la idea de Porthos!

—¡Qué va! —dijo Aramis—. ¡Matar a una mujer! No, mirad, yo tengo la idea buena.

—¡Veamos vuestra idea, Aramis! —pidió Athos, que sentía mucha deferencia por el joven mosquetero.

—Hay que prevenir a la reina.

—¡A fe que sí! —exclamaron juntos Porthos y D'Artagnan—. Creo que estamos dando en el blanco.

—¿Prevenir a la reina? —dijo Athos—. ¿Y cómo? ¿Tenemos relaciones en la corte? ¿Podemos enviar a alguien a París sin que se sepa en el campamento? De aquí a París hay ciento cuarenta leguas: la carta no habrá llegado a Angers cuando estemos ya en el calabozo.

—En cuanto a enviar con seguridad una carta a Su Majestad —propuso Aramis ruborizándose—, yo me encargo de ello; conozco en Tours una persona hábil...

Aramis se detuvo viendo sonreír a Athos.

—¡Bueno! ¿No adoptáis ese medio, Athos? —dijo D'Artagnan.

—No lo rechazo del todo —dijo Athos—, pero sólo quiero hacer observar a Aramis que él no puede abandonar el campamento; que cualquier otro de nosotros no es seguro; que dos horas después de que el mensajero haya partido, todos los capuchinos, todos los alguaciles, todos los bonetes negros del cardenal sabrán vuestra carta de memoria, y que vos y vuestra hábil persona seréis detenidos.

—Sin contar —objetó Porthos— que la reina salvará al señor de Buckingham, pero que en modo alguno nos salvará a nosotros.

—Señores —dijo D'Artagnan—, lo que Porthos objeta está lleno de sentido.

—¡Ah, ah! ¿Qué pasa en la ciudad? —dijo Athos.

—Tocan a generala.

Los cuatro amigos escucharon, y el ruido del tambor llegó efectivamente hasta ellos.

—Vais a ver cómo nos mandan un regimiento entero —dijo Porthos.

—¿Por qué no? —dijo el mosquetero—. Me siento en vena, y resistiría ante un ejército con tal de que hubiera tenido la preocupación de coger una docena más de botellas.

—Palabra de honor que el tambor se acerca —dijo D’Artagnan.

—Dejadlo que se acerque —dijo Athos—, hay un cuarto de hora de camino de aquí a la ciudad, y por tanto de la ciudad aquí. Es más tiempo del que necesitamos para preparar nuestro plan; si nos vamos de aquí nunca encontraremos un lugar tan conveniente. Y mirad, precisamente, señores, acaba de ocurrírseme la idea buena.

—Decid, pues.

—Permitid que dé a Grimaud algunas órdenes indispensables. Athos hizo a su criado señal de acercarse.

—Grimaud —dijo Athos señalando a los muertos que yacían en el bastión

—, vais a coger a estos señores, vais a enderezarlos contra la muralla, vais a ponerles su sombrero en la cabeza y su fusil en la mano.

—¡Oh gran hombre —exclamó D’Artagnan—, lo comprendo!

—¿Comprendéis? —dijo Porthos.

—Y tú, Grimaud, ¿comprendes? —preguntó Aramis. Grimaud hizo seña de que sí.

—Es todo lo que se necesita —dijo Athos—, volvamos a mi idea.

—Sin embargo, yo quisiera comprender —observó Porthos.

—Es inútil.

—Sí, sí, la idea de Athos —dijeron al mismo tiempo D'Artagnan y Aramis.

—Esa Milady, esa mujer esa criatura ese demonio tiene un cuñado, según creo que me habéis dicho D'Artagnan.

—Sí, yo lo conozco incluso mucho, y creo además que no tiene grandes simpatías por su cuñada.

—No hay mal en ello —respondió Athos—, e incluso sería mejor que la detestara.

—En tal caso estamos servidos a placer.

—Sin embargo —dijo Porthos—, me gustaría comprender lo que Grimaud hace.

—¡Silencio, Porthos! —dijo Aramis.

—¿Cómo se llama ese cuñado?

—Lord de Winter.

—¿Dónde está ahora?

—Volvió a Londres al primer rumor de guerra.

—¡Pues bien ése es precisamente el hombre que necesitamos! —dijo Athos—. Ese es al que nos conviene avisar; le haremos saber que su cuñada está a punto de asesinar a alguien, y le rogaremos no perderla de vista. Espero que en Londres haya algún establecimiento del género de las Madelonetas, o

Muchachas arrepentidas; hace meter allá a su cuñada, y nosotros tranquilos.

—Sí —dijo D'Artagnan—, hasta que salga.

—A fe —replicó Athos— que pedís demasiado, D'Artagnan, os he dado lo que tenía y os prevengo que es el fondo de mi bolso.

—A mí me parece que es lo mejor —dijo Aramis—; prevenimos a la vez a la reina y a lord de Winter.

—Sí, pero ¿a quién enviaremos con la carta a Tours y con la carta a Londres?

—Yo respondo de Bazin —dijo Aramis.

—Y yo de Planchet —continuó D'Artagnan.

—En efecto —dijo Porthos—, si nosotros no podemos ausentarnos del campamento, nuestros lacayos pueden dejarlo.

—Por supuesto —dijo Aramis—, y hoy mismo escribimos las cartas, les damos dinero y parten.

—¿Les damos dinero? —replicó Athos—. ¿Tenéis, pues, dinero?

Los cuatro amigos se miraron, y una nube pasó por las frentes que un instante antes estaban despejadas.

—¡Alerta! —gritó D'Artagnan—. Veo puntos negros y puntos rojos que se agitan allá. ¿Qué decíais de un regimiento, Athos? Es un verdadero ejército.

—A fe que sí —dijo Athos—, ahí están. ¡Vaya con los hipócritas que venían sin tambor ni trompeta! ¡Ah, ah! ¿Has terminado Grimaud?

Grimaud hizo seña de que sí, y mostró una docena de muertos que había colocado en las actitudes más pintorescas: los unos sosteniendo las armas, los

otros con pinta de echárselas a la cara, los otros con la espada en la mano.

—¡Bravo! —repitió Athos—. Eso honra tu imaginación.

—Es igual —dijo Porthos—. Me gustaría sin embargo comprender.

—Levantemos el campo primero —lo interrumpió D’Artagnan—, luego comprenderás.

—¡Un instante, señores, un instante! Demos a Grimaud tiempo de quitar la mesa.

—¡Ah! —dijo Aramis—. Mirad cómo los puntos negros y los puntos rojos crecen visiblemente, y yo soy de la opinión de D’Artagnan: creo que no tenemos tiempo que perder para ganar nuestro campamento.

—A fe —dijo Athos— que no tengo nada contra la retirada; habíamos apostado por una hora, y nos hemos quedado hora y media; no hay nada que decir; partamos, señores, partamos.

Grimaud había tomado ya la delantera con la cesta y el servicio. Los cuatro amigos salieron tras él y dieron una decena de pasos.

—¡Eh! —exclamó Athos—. ¿Qué diablos hacemos, señores?

—¿Nos hemos olvidado algo? —preguntó Aramis.

—La bandera, pardiez. ¡No hay que dejar una bandera en manos del enemigo, aunque esa bandera no sea más que una servilleta!

Y Athos se precipitó al bastión, subió a la plataforma y quitó la bandera; sólo que como los rochellese habían llegado a tiro de mosquete, hicieron un fuego terrible sobre aquel hombre que, como por placer, iba a exponerse a los disparos.

Pero se habría dicho que Athos tenía un encanto pegado a su persona: las balas pasaron silbando a su alrededor y ninguna lo tocó.

Athos agitó su estandarte volviéndoles la espalda a las gentes de la ciudad y saludando a las del campamento. De las dos partes resonaron grandes gritos, de la una gritos de cólera, de la otra gritos de entusiasmo.

Una segunda descarga hizo realmente de la servilleta una bandera. Se oyeron los clamores de todo el campamento que gritaba:

—¡Bajad, bajad!

Athos bajó; sus camaradas, que lo esperaban con ansiedad, lo vieron aparecer con alegría.

—Vamos, Athos, vamos —dijo D'Artagnan—, larguémonos; ahora que hemos encontrado todo, menos el dinero, sería estúpido ser muertos.

Pero Athos continuó caminando majestuosamente por más observaciones que le hicieran sus compañeros, los cuales, viendo que era inútil, regularon sus pasos por el suyo.

Grimaud y su cesta habían tomado la delantera y se hallaban los dos fuera de alcance.

Al cabo de un instante se oyó el ruido de una descarga de fusilería colérica.

—¿Qué es eso? —preguntó Porthos—. ¿Y sobre quién disparan? No oigo silbar las balas y no veo a nadie.

—Disparan sobre nuestros muertos —respondió Athos.

—Pero nuestros muertos no responderán.

—Precisamente: entonces creerán en una emboscada, deliberarán; enviarán un parlamentario, y cuando se den cuenta de la burla, estaremos fuera del alcance de las balas. He ahí por qué es inútil coger una pleuresía dándonos prisa.

—¡Oh, comprendo! —exclamó Porthos maravillado.

—¡Es una suerte! —dijo Athos encogiéndose de hombros.

Por su parte, los franceses, al ver volver a los cuatro amigos, lanzaban gritos de entusiasmo.

Finalmente una nueva descarga de mosquetes se dejó oír, y esta vez las balas vinieron a estrellarse sobre los guijarros alrededor de los cuatro amigos y a silbar lúgubremente en sus orejas. Los rochelleses acababan por fin de apoderarse del bastión.

—¡Vaya gentes tan torpes! —dijo Athos—. ¿Cuántos hemos matado?

¿Doce?

—O quince.

—¿Cuántos hemos aplastado?

—Ocho o diez.

—¿Y a cambio de todo esto ni un arañazo? ¡Ah, sí! ¿Qué tenéis en la mano, D'Artagnan? Sangre, me parece.

—No es nada —dijo D'Artagnan.

—¿Una bala perdida?

—Ni siquiera.

—¿Qué, entonces?

Ya lo hemos dicho, Athos amaba a D'Artagnan como a su hijo, y aquel carácter sombrío e inflexible tenía a veces por el joven solicitudes de padre.

—Un rasguño —repuso D'Artagnan—; me he pillado los dedos entre dos piedras, la del muro y la de mi anillo; y la piel se ha abierto.

—Eso pasa por tener diamantes, amigo mío —dijo desdeñosamente Athos.

—¡Ah, claro! —exclamó Porthos—. En efecto, hay un diamante. ¿Y por qué diablos, puesto que hay un diamante, nos quejamos de no tener dinero?

—¡Claro, es cierto! —dijo Aramis.

—Enhorabuena Porthos; esta vez es una idea.

—Sin duda —dijo Porthos engallándose ante el cumplido de Athos—, puesto que hay un diamante, vendámoslo.

—Pero es el diamante de la reina —dijo D'Artagnan.

—Razón de más —repuso Athos—, la reina salvando al señor de Buckingham su amante, nada más justo; la reina salvándonos a nosotros, que somos sus amigos, nada más moral. Vendamos el diamante. ¿Qué piensa el señor abate? No pido la opinión de Porthos, ya la ha dado.

—Pues yo pienso —dijo Aramis ruborizándose— que, al no venir su anillo de una amante, y por consiguiente al no ser una prenda de amor, D'Artagnan puede venderlo.

—Querido, habláis como la teología en persona. ¿O sea que vuestra opinión es…?

—Vender el diamante —respondió Aramis.

—Pues bien —dijo alegremente D’Artagnan—, vendamos él diamante y no hablemos más.

La descarga de fusilería continuaba, pero los amigos estaban fuera del alcance, y los rochelleses no disparaban más que por descargo de conciencia.

—A fe —dijo Athos—, a tiempo le ha venido esa idea a Porthos: ya estamos en el campamento. Señores, ni una palabra sobre este asunto. Nos observan, vienen a nuestro encuentro, vamos a ser llevados en triunfo.

En efecto, como hemos dicho, todo el campamento estaba emocionado; más de dos mil personas habían asistido, como a un espectáculo a la feliz fanfarronada de los cuatro amigos fanfarronada cuyo verdadero motivo estaban muy lejos de sospechar. No se oían más que los gritos de ¡Vivan los guardias! ¡Vivan los mosqueteros! El señor de Busigny había venido el primero a estrechar la mano de Athos y a reconocer que la apuesta estaba perdida. El dragón y el suizo lo habían seguido, todos los compañeros habían

seguido al dragón y al suizo. Aquello eran felicitaciones, apretones de manos, abrazos que no terminaban, risas

inextinguibles a propósito de los rochelleses; finalmente, un tumulto tan grande que el señor cardenal creyó que había motín y envió a La Houdinière, su capitán de los guardias, a informarse de lo que pasaba.

La cosa le fue contada al mensajero con todo el efluvio del entusiasmo.

—Y bien —preguntó el cardenal al ver a La Houdinière.

—Y bien, Monseñor —dijo éste—, son tres mosqueteros y un guardia que han apostado con el señor de Busigny a que iban a desayunar al bastión Saint- Gervais, y mientras desayunaban han resistido allí al enemigo, y han matado no sé cuántos rochelleses.

—¿Estáis informado del nombre de esos tres mosqueteros?

—Sí, Monseñor.

—¿Cómo se llaman?

—Son los señores Athos, Porthos y Aramis.

—¡Siempre mis tres valientes! —murmuró el cardenal—. ¿Y el guardia?

—El señor D'Artagnan.

—¡Siempre mi bribón! Decididamente es preciso que estos hombres sean míos.

Aquella noche misma, el cardenal habló al señor de Tréville de la hazaña de la mañana, que era la comidilla de todo el

campamento. El señor de Tréville, que conocía el relato de la aventura de la boca misma de los héroes, la volvió a contar con todos sus detalles a Su Eminencia, sin olvidar el episodio de la servilleta.

—Está bien, señor de Tréville —dijo el cardenal—, hacedme llegar esa servilleta, os lo ruego. Haré bordar en ella tres flores de lis de oro, y la daré por guion de vuestra compañía.

—Monseñor —dijo el señor de Tréville—, será injusto para los guardias: el señor D'Artagnan no es mío, sino del señor Des Essarts.

—Pues bien, lleváoslo —dijo el cardenal—; no es justo que, dado que esos cuatro valientes militares se quieren tanto, no sirvan en la misma compañía.

Aquella misma noche, el señor de Tréville anunció esta buena noticia a los tres mosqueteros y a D'Artagnan, invitando a los cuatro a almorzar al día siguiente.

D'Artagnan no cabía en sí de alegría. Ya lo sabemos, el sueño de toda su

vida había sido ser mosquetero.

Los tres amigos estaban muy contentos.

—¡A fe —dijo D'Artagnan a Athos— que has tenido una idea victoriosa y que, como dijiste, hemos conseguido con ella gloria

y hemos podido trabar una conversación de la mayor importancia!

—Que podemos proseguir ahora sin que nadie sospeche, porque, con la ayuda de Dios, en adelante vamos a pasar por cardenalistas.

Aquella misma noche D'Artagnan fue a presentar sus respetos al señor Des Essarts y a participarle el ascenso que había obtenido.

El señor den Essarts, que quería mucho a D'Artagnan, le ofreció entonces sus servicios: aquel cambio de cuerpo traía consigo gastos de equipamiento.

D'Artagnan rehusó; pero, pareciéndole buena la ocasión, le rogó hacer estimar el diamante, que le entregó y que deseaba convertir en dinero.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, el criado del señor Des Essarts entró en el alojamiento de D'Artagnan y le entregó una bolsa de oro conteniendo siete mil libras.

Era el precio del diamante de la reina.

C A P Í T U L O XLVIII

Asunto de familia

Athos había encontrado la palabra: asunto de familia. Un asunto de familia no estaba sometido a la investigación del cardenal; un asunto de familia no afectaba a nadie; uno podía ocuparse ante todo el mundo de un asunto de familia.

Desde luego, Athos había dado con la palabra: asunto de familia. Aramis había dado con la idea: los lacayos.

Porthos había dado con el medio: el diamante.

Únicamente D'Artagnan no había dado con nada, él que solía ser el más inventivo de los cuatro; pero también hay que decir que el solo nombre de Milady lo paralizaba.

Ah, sí, nos equivocamos: había dado con comprador para el diamante.

El almuerzo en casa del señor de Tréville fue de una alegría encantadora. D'Artagnan tenía ya su uniforme; como era poco más o menos de la misma

talla que Aramis, y como Aramis, pagado con largueza, como se recordará, por el librero que le había comprado su poema,

había hecho el doble de todo, había cedido a su amigo un equipo completo.

D'Artagnan habría estado en el colmo de todos sus deseos si no hubiera visto despuntar a Milady como una nube sombría en el horizonte.

Después de almorzar, convinieron en reunirse por la noche en el alojamiento de Athos, y allí terminarían el asunto.

D'Artagnan pasó el día enseñando su traje de mosquetero por todas las calles del campamento.

Por la noche, a la hora fijada, los cuatro amigos se reunieron; sólo quedaban tres cosas que decidir:

Lo que había que escribir al hermano de Milady.

Lo que había que escribir a la persona hábil de Tours. Y qué lacayos serían los que llevarían las camas.

Cada cual ofreció el suyo: Athos hablaba de la discreción de Grimaud, que sólo hablaba cuando su amo le descosía la boca; Porthos ponderaba la fuerza de Mosquetón, que era de corpulencia capaz de dar una tunda a cuatro hombres de complexión ordinaria; Aramis, confiando en la destreza de Bazin, hacía un elogio pomposo de su candidato; finalmente, D'Artagnan tenía fe completa en la bravura de Planchet, y recordaba la forma en que se había comportado en el espinoso asunto de Boulogne.

Estas cuatro virtudes disputaron largo tiempo el premio, y dieron lugar a magníficos discursos, que no referiremos aquí por miedo a que resulten largos.

—Por desgracia —dijo Athos—, será preciso que aquel a quien se envíe posea por sí solo las cuatro cualidades juntas.

—Pero ¿dónde encontrar un lacayo semejante?

—¡Inencontrable! —dijo Athos—. Lo sé bien: tomad, pues, a Grimaud.

—Tomad a Mosquetón.

—Tomad a Bazin.

—Tomad a Planchet; Planchet es bravo y diestro; ahí tenéis ya dos de las cuatro cualidades.

—Señores —dijo Aramis—, lo principal no es saber cuál de nuestros cuatro lacayos es el más discreto, el más fuerte, el más diestro o el más bravo; lo principal es saber cuál ama más el dinero.

—Lo que Aramis dice está lleno de sensatez —prosiguió Athos—; hay que

especular sobre los defectos de las personas y no sobre sus virtudes; señor abate, ¡sois un gran moralista!

—Indudablemente —replicó Aramis—; porque no sólo necesitamos estar bien servidos para triunfar, sino incluso para

no fracasar; porque en caso de fracaso, está en juego la cabeza, no de los lacayos…

—¡Más bajo, Aramis! —dijo Athos.

—Exacto, no de los lacayos —prosiguió Aramis—, sino del amo, e incluso de los amos. ¿Nos son bastante adictos nuestros lacayos para arriesgar su vida por nosotros? No.

—¡A fe —dijo D'Artagnan— que respondería casi de Planchet!

—¡Pues bien, querido amigo! Añadid a su adhesión natural una buena suma que le proporcione algún desahogo, y entonces, en lugar de responder por él una vez, responderéis dos.

—¡Buen Dios! Os equivocaréis de todos modos —dijo Athos, que era optimista cuando se trataba de las cosas, y pesimista cuando se trataba de los hombres—. Prometerán todo para tener el dinero, y en camino el miedo los impedirá actuar. Una vez cogidos, los encerrarán; y encerrados confesarán.

¡Qué diablo! ¡No somos niños! Para ir a Inglaterra —Athos bajó la voz—, hay que atravesar toda Francia, sembrada de espías y de criaturas del cardenal; se necesita un pase para embarcarse; hay que saber inglés para preguntar el camino a Londres. Ya veis que la cosa me parece muy difícil.

—Nada de eso —dijo D'Artagnan que estaba empeñado en que la cosa se realizase—; yo, por el contrario, la veo fácil. ¡No hay ni que decir, por supuesto, que si se escribe a lord de Winter los horrores del cardenal…!

—¡Más bajo! —dijo Athos.

—Las intrigas y los secretos de Estado —continuó D'Artagnan haciendo caso a la recomendación— no hay ni que decir que ¡todos nosotros seremos enrodados vivos!; pero, por Dios, no olvidéis, como vos mismo habéis dicho, Athos, que le escribimos por un asunto de familia; que le escribimos con el único fin de que ponga a Milady, desde su llegada a Londres, en la imposibilidad de perjudicarnos. Le escribiré, por tanto, una carta poco más o menos en estos términos:

—Veamos —dijo Aramis, adoptando de antemano un semblante de crítico.

—«Señor y querido amigo…».

—Vaya, pues sí; querido amigo a un inglés —interrumpió Athos—; buen comienzo, ¡bravo!, D'Artagnan. Sólo que con esa palabra seréis descuartizado en lugar de enrodado vivo.

—Bueno, de acuerdo, entonces diré señor a secas.

—Podéis decir incluso milord —prosiguió Athos, que se empeñaba en las conveniencias.

—«Milord, ¿os acordáis del pequeño cercado de cabras del Luxemburgo?».

—¡Vaya! ¡Ahora el Luxemburgo! Creerá que es una alusión a la reina madre. ¡Eso sí que es ingenioso! —dijo Athos.

—Pues entonces pondremos simplemente: «Milord, ¿os acordáis de un pequeño cercado en el que se os salvó la vida?».

—Mi querido D'Artagnan —dijo Athos—, no seréis nunca otra cosa que un mal redactor: «¡En que se os salvó la vida!». ¡Quita de ahí! Eso no es digno. A un hombre galante no se le recuerdan esos servicios. Beneficio reprochado, ofensa hecha.

—¡Ah amigo mío! —dijo D'Artagnan—. Sois insoportable, y si hay que escribir bajo vuestra censura, a fe que renuncio.

—Y hacéis bien. Manejad el mosquete y la espada, querido, practicáis hábilmente los dos ejercicios, pero pasad la pluma al señor abate, esto le concierne.

—¡Ah sí por cierto —dijo Porthos—, pasad la pluma a Aramis, que escribe tesis en latín!

—Pues bien, sea —dijo D'Artagnan—, redactadnos esa nota, Aramis, pero

¡por San Pedro!, hacedlo con cautela, porque os aviso que yo también os espulgaré.

—No pido otra cosa —dijo Aramis con esa ingenua confianza que todo poeta tiene en sí mismo—; pero que me pongan al corriente; por aquí y por allá he oído decir que esa cuñada era una bribona, yo mismo he tenido pruebas de ello al escuchar su conversación con el cardenal.

—¡Más bajo, pardiez! —dijo Athos.

—Mas se me escapan los detalles —continuó Aramis.

—Y a mí también —dijo Porthos.

D'Artagnan y Athos se miraron algún tiempo en silencio. Por fin Athos, tras haberse recogido y poniéndose aún más pálido de lo que era por costumbre, hizo un signo de asentimiento; D'Artagnan comprendió que podía hablar.

—¡Pues bien! Esto es lo que tengo que decir —prosiguió D'Artagnan—:

«Milord, vuestra cuñada es una criminal, que quiso haceros matar para

heredaros. Además, no podía desposar a vuestro hermano, por estar ya casada en Francia y por haber sido...».

D'Artagnan se detuvo como si buscase la palabra, mirando a Athos.

—Repudiada por su marido —dijo Athos.

—Por haber sido marcada —continuó D'Artagnan.

—¡Bah! —exclamó Porthos—. ¡Imposible! ¿Ha querido hacer matar a su cuñado?

—Sí.

—¿Estaba casada? —preguntó Aramis.

—Sí.

—¿Y su marido se dio cuenta de que tenía una flor de lis en el hombro? — exclamó Porthos.

—Sí.

Estos tres síes fueron dichos por Athos con una entonación más sombría cada vez.

—¿Y quién ha visto esa flor de lis? —preguntó Aramis.

—D'Artagnan y yo, o mejor, para observar el orden cronológico, yo y D'Artagnan —respondió Athos.

—¿Y el marido de esa horrible criatura vive aún? —dijo Aramis.

—Aún vive.

—¿Estáis seguro?

—Lo estoy.

Hubo un instante de frío silencio durante el que cada cual se sintió impresionado según su naturaleza.

—Esta vez —prosiguió Athos interrumpiendo el primero el silencio—, D'Artagnan nos ha dado un programa excelente, y eso es lo primero que hay que escribir.

—¡Diablos! Tenéis razón, Athos —prosiguió Aramis—, y la redacción es espinosa. El mismo señor canciller se vería en apuros para redactar una epístola de esa fuerza, y sin embargo, el señor canciller redacta muy tranquilamente un atestado. ¡No importa, callaos, escribo!

En efecto, Aramis cogió la pluma, reflexionó algunos instantes, se puso a escribir ocho o diez líneas de una encantadora y

diminuta escritura de mujer, y luego, con voz dulce y lenta, como si cada palabra hubiera sido sopesada

escrupulosamente, leyó lo que sigue: Milord:

La persona que os escribe estas pocas líneas ha tenido el honor de cruzar la

espada con vos en un pequeño cercado de la calle d'Enfer. Como luego tuvisteis a bien declararos varias veces amigo de esta persona, ésta os debe agradecer esa amistad con un buen aviso. Dos veces habéis estado a punto de ser víctima de un pariente próximo a quien creéis vuestro heredero, porque ignoráis que antes de contraer matrimonio en Inglaterra estaba ya casada en Francia. Pero la tercera vez que es ésta, podéis sucumbir a ella. Vuestro pariente ha partido de La Rochelle para Inglaterra durante la noche. Vigilad su llegada, porque tiene grandes y terribles proyectos. Si queréis saber absolutamente de lo que es capaz, leed su pasado en su hombro izquierdo.

—¡Bien! A las mil maravillas —dijo Athos—, y tenéis pluma de secretario de Estado, mi querido Aramis. Ahora lord de Winter estará ojo avizor, si el aviso le llega; y aunque caiga en manos de Su Eminencia misma, no podríamos quedar comprometidos. Mas como el criado que partirá podría hacernos creer que ha estado en Londres y detenerse en Chátellerault, démosle sólo

con la carta la mitad de la suma, prometiéndole la otra mitad a cambio de la respuesta. ¿Tenéis el diamante? —continuó Athos.

—Tengo algo mejor que eso, tengo el dinero.

Y D'Artagnan arrojó la bolsa sobre la mesa: al sonido del oro, Aramis alzó los ojos. Porthos se estremeció; en cuanto a Athos, permaneció impasible.

—¿Cuánto hay en esa pequeña bolsa? —dijo.

—Siete mil libras en luises de doce francos.

—¡Siete mil libras! —exclamó Porthos—. ¿Ese mal diamantucho valía siete mil libras?

—Eso parece —dijo Athos—, porque aquí están; no creo que nuestro amigo D'Artagnan haya puesto de lo suyo.

—Pero señores —dijo D'Artagnan—, en todo esto no pensamos en la reina. Cuidemos algo la salud de su querido Buckingham. Es lo menos que le debemos.

—Es justo —dijo Athos—, pero eso concierne a Aramis.

—¡Bien! —respondió éste ruborizándose—. ¿Qué tengo que hacer?

—Es muy sencillo —replicó Athos—, redactar una segunda carta para esa persona hábil que vive en Tours.

Aramis volvió a tomar la pluma, se puso a reflexionar de nuevo y escribió

las siguientes líneas, que sometió al instante mismo a la aprobación de sus amigos:

«Mi querida prima...».

—Vaya —dijo Athos—, ¿esa persona hábil es pariente vuestra?

—Prima hermana —dijo Aramis.

—¡Vaya entonces por prima! Aramis continuó:

Mi querida prima, Su Eminencia el cardenal, a quien Dios conserve para felicidad de Francia y confusión de los enemigos del reino, está a punto de acabar con los rebeldes heréticos de La Rochelle: es probable que el socorro de la flota inglesa no llegue siquiera a la vista de la plaza; me atrevería a decir incluso que estoy seguro de que el señor de Buckingham se verá impedido de partir por algún gran acontecimiento. Su Eminencia es el político más ilustre de los tiempos pasados, del tiempo presente y probablemente de los tiempos futuros. Apagaría el sol si el sol le molestara. Dad estas felices nuevas a vuestra hermana, querida prima. He soñado que ese maldito inglés era matado. No puedo recordar si lo era por el hierro o por el veneno; sólo estoy segura de que he soñado que era matado, y, ya lo sabéis, mis sueños no me engañan jamás. Estad segura, por tanto, de que pronto me veréis volver.

—¡De maravilla! —exclamó Athos—. Sois el rey de los poetas; mi querido Aramis, habláis como el Apocalipsis y sois verdadero como el Evangelio. Ahora no os queda más que poner las señas en esa carta.

—Es muy fácil —dijo Aramis.

Y plegó coquetamente la carta, la volvió y escribió:

«A mademoiselle Marie Michon, costurera de Tours». Los tres amigos se miraron riendo: estaban prendados.

—Ahora —dijo Aramis— comprenderéis, señores, que sólo Bazin puede llevar esta carta a Tours; mi prima sólo conoce a Bazin y no tiene confianza más que en él: cualquier otro haría fracasar el asunto. Además, Bazin es ambicioso y sabio; Bazin ha leído la historia, señores, sabe que Sixto V se convirtió en Papa tras haber guardado puercos. Pues bien, como cuenta con entrar en la iglesia al tiempo que yo, no desespera convertirse él también en Papa o al menos en cardenal: comprenderéis que un hombre que tiene semejantes miras no se dejará prender o, si es prendido, sufrirá el martirio antes que hablar.

—Bien, bien —dijo D'Artagnan—, os concedo de buena gana a Bazin; pero concededme a mí a Planchet: Milady lo hizo poner en la calle cierto día a

fuerza de bastonazos; ahora bien, Planchet tiene buena memoria y, os respondo de ello, si puede suponer una venganza posible, antes se dejará romper la crisma que renunciar a ella. Si vuestros asuntos en Tours son vuestros asuntos, Aramis, los de Londres son los míos. Ruego por tanto que se escoja a Planchet, quien además ya ha estado en Londres conmigo y sabe decir muy correctamente: London, sir, if you please y my

master lord D’Artagnan; con esto, estad tranquilos, hará su camino de ida y vuelta.

—En ese caso —dijo Athos—, es preciso que Planchet reciba setecientas libras para ir y setecientas libras para volver, y Bazin, trescientas libras para ir y trescientas para volver; esto reducirá la suma a cinco mil libras; nosotros cogeremos mil libras cada uno para emplearlas como bien nos parezca, y dejaremos un fondo de mil libras que guardará el abate para los casos extraordinarios o para las necesidades comunes. ¿Estáis de acuerdo?

—Mi querido Athos —dijo Aramis—, habláis como Néstor, que era, como todos sabemos, el más sabio de los griegos.

—Pues bien, todo resuelto —prosiguió Athos—: Planchet y Bazin partirán; en última instancia, no me molesta conservar a Grimaud; está acostumbrado a mis modales, y me quedo con él, el día de ayer ha debido baldarle, y ese viaje lo perdería.

Se hizo venir a Planchet y se le dieron las instrucciones; ya había sido prevenido por D’Artagnan, que de primeras le había anunciado la gloria, luego el dinero, después el peligro.

—Llevaré la carta en la bocamanga de mi traje —dijo Planchet—, y la tragaré si me prenden.

—Pero entonces no podrás hacer el encargo —dijo D’Artagnan.

—Esta noche me daréis una copia, que mañana sabré de memoria.

—¡Y bien! ¿Qué os había dicho?

—Ahora —continuó dirigiéndose a Planchet— tienes ocho días para llegar junto a lord de Winter, tienes otros ocho para volver aquí; en total, dieciséis días; si al dieciseisavo día de tu partida, a las ocho de la tarde, no has llegado, nada de dinero, aunque sean las ocho y cinco minutos.

—Entonces, señor —dijo Planchet—, compradme un reloj.

—Toma éste —dijo Athos, dándole el suyo con una generosidad despreocupada— y sé un valiente muchacho. Piensa que si hablas, te vas de la lengua y callejeas haces cortar el cuello a tu amo, que tiene tanta confianza en tu fidelidad que nos ha respondido de ti. Pero piensa también que si por tu culpa le ocurre alguna desgracia a D'Artagnan, te encontraré donde sea y será para abrirte el vientre.

—¡Oh señor! —dijo Planchet, humillado por la sospecha y asustado sobre todo por el aire tranquilo del mosquetero.

—Y yo —dijo Porthos haciendo girar sus grandes ojos—, piensa que te desuello vivo.

—¡Ay, señor!

—Y yo —continuó Aramis con su voz dulce y melodiosa—, piensa que te quemo a fuego lento como un salvaje.

—¡Ah, señor!

Y Planchet se puso a llorar; no nos atreveríamos a decir si fue de terror, debido a las amenazas que le hacían o de ternura al ver a los cuatro amigos tan estrechamente unidos.

D'Artagnan le cogió la mano y lo abrazó.

—¿Ves, Planchet? —le dijo—. Estos señores lo dicen todo eso por ternura hacia mí, pero en el fondo lo quieren.

—¡Ay, señor! —dijo Planchet—. O triunfo o me cortan en cuatro; aunque me descuarticen, estad convencido de que ni un solo trozo hablará.

Quedó decidido que Planchet partiría al día siguiente a las ocho de la mañana a fin de que, como había dicho, pudiera durante la noche aprenderse la carta de memoria. Justo a las doce se llegó a este acuerdo; debía estar de vuelta al decimosexto día, a las ocho de la tarde.

Por la mañana, en el momento en que iba a montar a caballo, D'Artagnan, que en el fondo sentía debilidad por el duque, tomó aparte a Planchet.

—Escucha —le dijo—, cuando hayas entregado la carta a lord de Winter y la haya leído, le dirás: «Velad por Su Gracia lord Buckingham, porque lo quieren asesinar». Pero esto, Planchet, es tan grave y tan importante que ni siquiera he querido confesar a mis amigos que te confiaría este secreto, y ni por un despacho de capitán querría escribírtelo.

—Estad tranquilo, señor —dijo Planchet—, ya veréis si se puede contar conmigo.

Y montando sobre un excelente caballo, que debía dejar a veinte leguas de allí para tomar la posta, Planchet partió al galope, el corazón algo encogido por la triple promesa que le habían hecho los mosqueteros, pero por lo demás en las mejores disposiciones del mundo.

Bazin partió al día siguiente por la mañana para Tours, y tuvo ocho días para hacer su comisión.

Los cuatro amigos, durante toda la duración de estas dos ausencias, tenían,

como fácilmente se comprenderá, el ojo en acecho más que nunca, la nariz al viento y los oídos a la escucha. Sus jornadas se pasaban tratando de sorprender lo que se decía de acechar los pasos del cardenal y de olfatear los correos que llegaban. Más de una vez un estremecimiento insuperable se apoderó de ellos cuando se los llamó para algún servicio inesperado. Por otra parte, tenían que guardarse de su propia seguridad, Milady era un fantasma que cuando se había aparecido una vez a las personas, no las dejaba ya dormir tranquilas.

La mañana del octavo día, Bazin, fresco como siempre y sonriendo según su costumbre, entró en la taberna de Parpaillot cuando los cuatro amigos estaban a punto de almorzar, diciendo según el acuerdo fijado:

—Señor Aramis, aquí está la respuesta de vuestra prima.

Los cuatro amigos intercambiaron una mirada alegre: la mitad de la tarea estaba hecha; cierto que era la más corta y la más fácil.

Aramis, ruborizándose a pesar suyo, tomó la carta, que era de una escritura grosera y sin ortografía.

—¡Buen Dios! —exclamó riendo—. Decididamente no lo conseguirá; nunca esa pobre Michon escribirá como el señor de Voiture.

—¿Qué es lo que quiere tezir esa probe Mijon? —preguntó el suizo, que estaba a punto de hablar con los cuatro amigos cuando la carta había llegado.

—¡Oh, Dios mío! Nada de nada —dijo Aramis—, una costurerita encantadora a la que amaba mucho y a la que le he pedido algunas líneas de su puño y letra a manera de recuerdo.

—¡Diozez! —dijo el suizo—. Zi ella ser tan glante como zu ezcritura, tendrez muja fortuna gamarata.

Aramis leyó la carta y la pasó a Athos.

—Ved, pues, lo que me escribe, Athos —dijo.

Athos lanzó una mirada sobre la epístola, y para hacer desvanecerse todas las sospechas que hubieran podido nacer, leyó en alta voz:

Prima mía, mi hermana y yo adivinamos muy bien los sueños, y tenemos incluso un miedo horroroso por ellos; pero espero que del vuestro pueda decir que todo sueño es mentira. ¡Adiós! Portaos bien, y haced que de vez en cuando oigamos hablar de voz.

AGLAE MICHON.

—¿Y de qué sueño habla ella? —preguntó el dragón que se había a cercado durante la lectura.

—Zí, ¿de qué zueño? —dijo el suizo.

—¡Diantre! —dijo Aramis—. Es muy sencillo: de un sueño que tuve y le conté.

—¡Oh!, zí, por Tios; ez muy sencijo de gontar zu zueño; pero yo no zueño jamás.

—Sois muy dichoso —dijo Athos levantándose—. ¡Y me gustaría poder decir lo mismo que vos!

—¡Jamás! —exclamó el suizo, encantado de que un hombre como Athos le envidiase algo—. ¡Jamás! ¡Jamás!

D'Artagnan, viendo que Athos se levantaba, hizo otro tanto, tomó su brazo y salió.

Porthos y Aramis se quedaron para hacer frente a las chirigotas del dragón y del suizo.

En cuanto a Bazin, se fue a acostar sobre un haz de paja; y como tenía más imaginación que el suizo, soñó que el señor Aramis, vuelto Papa, le tocaba con un capelo de cardenal.

Pero como hemos dicho, Bazin con su feliz retorno no había quitado más que una parte de la inquietud que aguijoneaba a los cuatro amigos. Los días de la espera son largos, y D'Artagnan sobre todo hubiera apostado que ahora los días tenían cuarenta y ocho horas. Olvidaba las lentitudes obligadas de la navegación, exageraba el poder de Milady. Prestaba a aquella mujer, que le parecía semejante a un demonio, auxiliares sobrenaturales como ella; al menor ruido se imaginaba que venían a detenerle y que traían a Planchet para carearlo con él y con sus amigos. Hay más: su confianza de antaño tan grande en el digno picardo disminuía de día en día. Esta inquietud era tan grande que ganaba a Porthos y a Aramis. Sólo Athos permanecía impasible como si ningún peligro se agitara en torno suyo, y como si respirase su atmósfera cotidiana.

El decimosexto día sobre todo estos signos de agitación eran tan visibles en D'Artagnan y sus dos amigos que no podían quedarse en su sitio, y vagaban como sombras por el camino por el que debía volver Planchet.

—Realmente —les decía Athos— no sois hombres, sino niños, para que una mujer os cause tan gran miedo. Después de todo, ¿de qué se trata? ¡De ser encarcelados! De acuerdo, pero nos sacarán de prisión: de ella ha sido sacada la señora Bonacieux.

¿De ser decapitados? Pero si todos los días, en la trinchera, vamos alegremente a exponernos a algo peor que eso, porque una bala puede partirnos una pierna, y estoy convencido de que un cirujano nos hace sufrir más cortándonos el muslo que un verdugo al cortarnos la cabeza. Estad, por tanto, tranquilos; dentro de dos horas, de cuatro, de seis a más tardar, Planchet estará aquí: ha prometido estar aquí, y yo tengo grandísima fe en las promesas de Planchet, que me parece un muchacho muy valiente.

—Pero ¿si no llega? —dijo D'Artagnan.

—Pues bien, si no llega es que se habrá retrasado, eso es todo. Puede haberse caído del caballo, puede haber hecho una cabriola por encima del puente, puede haber corrido tan deprisa que haya cogido una fluxión de pecho. Vamos, señores, tengamos en cuenta los acontecimientos. La vida es un rosario de pequeñas miserias que el filósofo desgrana riendo. Sed filósofos como yo, señores sentaos a la mesa y bebamos; nada hace parecer el porvenir color de rosa como mirarlo a través de un vaso de chambertin.

—Eso está muy bien —respondió D'Artagnan—; pero estoy harto de tener que temer, cuando bebo bebidas frías, que el vino salga de la bodega de Milady.

—¡Qué difícil sois! —dijo Athos—. ¡Una mujer tan bella!

—¡Una mujer de marca! —dijo Porthos con su gruesa risa.

Athos se estremeció, pasó la mano por su frente para enjugarse él sudor y se levantó a su vez con un movimiento nervioso que no pudo reprimir.

Sin embargo, el día pasó y la noche llegó más lentamente, pero al fin llegó; las cantinas se llenaron de parroquianos; Athos, que se había embolsado su parte del diamante, no dejaba el Parpaillot. Había encontrado en el señor de Busigny, que por lo demás le había dado una cena magnífica, un partner digno de él. Jugaban, pues, juntos, como de costumbre, cuando las siete sonaron: se oyó pasar las patrullas que iban a doblar los puestos; a las siete y media sonó la retreta.

—Estamos perdidos —dijo D'Artagnan al oído de Athos.

—Queréis decir que hemos perdido —dijo tranquilamente Athos sacando cuatro pistolas de su bolsillo y arrojándolas sobre la mesa—. Vamos, señores

—continuó—, tocan a retreta, vamos a acostarnos.

Y Athos salió del Parpaillot seguido de D'Artagnan. Aramis venía detrás dando el brazo a Porthos. Aramis mascullaba versos y Porthos se arrancaba de vez en cuando algunos pelos del mostacho en señal de desesperación.

Pero he aquí que, de pronto en la oscuridad, se dibuja una sombra, cuya forma es familiar a D'Artagnan, y que una voz muy conocida le dice:

—Señor os traigo vuestra capa, porque hace fresco esta noche.

—¡Planchet! —exclamó D’Artagnan ebrio de alegría.

—¡Planchet! —repitieron Porthos y Aramis.

—Pues claro, Planchet —dijo Athos—. ¿Qué hay de sorprendente en ello? Había prometido estar de regreso a las ocho, y están dando las ocho. ¡Bravo! Planchet, sois un muchacho de palabra, y si alguna vez dejáis a vuestro amo, os guardo un puesto a mi servicio.

—¡Oh, no, nunca! —dijo Planchet—. ¡Nunca dejaré al señor D’Artagnan!

Al mismo tiempo D’Artagnan sintió que Planchet le deslizaba un billete en la mano.

D’Artagnan tenía grandes deseos de abrazar a Planchet al regreso como lo había abrazado a la partida; pero tuvo miedo de que esta señal de efusión, dada a su lacayo en plena calle, pareciese extraordinaria a algún transeúnte, y se contuvo.

—Tengo el billete —dijo a Athos y a sus amigos.

—Está bien —dijo Athos—, entremos en casa y lo leeremos.

El billete ardía en la mano de D’Artagnan; quería acelerar el paso; pero Athos le cogió el brazo y lo pasó bajo el suyo; y así, el joven tuvo que acompasar su camera a la de su amigo.

Por fin entraron en la tienda, encendieron una lámpara, y mientras Planchet se mantenía en la puerta para que los cuatro amigos no fueran sorprendidos, D'Artagnan, con una mano temblorosa, rompió el sello y abrió la carta tan esperada.

Contenía media línea de una escritura completamente británica y de una concisión completamente espartana:

«Thank you, be easy». Lo cual quería decir:

«¡Gracias, estad tranquilo!».

Athos tomó la carta de manos de D'Artagnan, la aproximó a la lámpara, la prendió fuego y no la soltó hasta que no quedó reducida a cenizas.

Luego, llamando a Planchet:

—Ahora, muchacho, puedes reclamar tus setecientas libras, mas no arriesgabas gran cosa con un billete como éste.

—No será por falta de haber inventado muchos medios para guardarlo — dijo Planchet.

—Y bien —dijo D'Artagnan— cuéntanos eso.

—Maldición, es muy largo, señor.

—Tienes razón, Planchet —dijo Athos—; además la retreta ha sonado, y nos haríamos notar conservando la luz más tiempo que los demás.

—Sea —dijo D'Artagnan—, acostémonos. Duerme bien, Planchet.

—A fe, señor, que será la primera vez en dieciséis días.

—¡También para mí! —dijo D’Artagnan.

—¡También para mí! —replicó Porthos.

—¡Y para mí también! —repitió Aramis.

—Pues bien, si queréis que os confiese la verdad, ¡para mí también! —dijo Athos.

C A P Í T U L O XLIX

Fatalidad

Entretanto Milady, ebria de cólera, rugiendo sobre el puente del navío como una leona a la que embarcan, había estado tentada de arrojarse al mar para ganar la costa, porque no podía hacerse a la idea de que había sido insultada por D'Artagnan, amenazada por Athos y que abandonaba Francia sin vengarse de ellos. Pronto esta idea se había vuelto tan insoportable para ella que, con riesgo de lo que de terrible podía ocurrir para ella misma, había suplicado al capitán arrojarla junto a la costa; mas el capitán, apremiado para escapar a su falsa posición, colocado entre los cruceros franceses e ingleses como el murciélago entre las ratas y los pájaros, tenía mucha prisa en volver a ganar Inglaterra, y rehusó obstinadamente obedecer a lo que tomaba por un capricho de mujer, prometiendo a su pasajera, que además le había sido recomendada particularmente por el cardenal, dejarla, si el mar y los franceses lo permitían, en uno de los puertos de Bretaña, bien en Lorient, bien en Brest; pero, entretanto el viento era contrario, la mar mala, voltejeaban y daban bordadas. Nueve días después de la salida de Charente, Milady, completamente pálida por sus penas y su cólera, veía aparecer sólo las costas azules del Finisterre.

Calculó que para atravesar aquel rincón de Francia y volver junto al cardenal necesitaba por lo menos tres días; añadid un día para desembarco, y eran cuatro; añadid esos cuatro días a los otros nueve, y eran trece días perdidos, trece días durante los que tantos acontecimientos importantes podían pasar en Londres. Indudablemente el cardenal estaría furioso por su regreso y que por consiguiente estaría más dispuesto a escuchar las quejas que se lanzarían contra ella que las acusaciones que ella lanzaría contra los otros.

Dejó, por tanto, pasar Lorient y Brest sin insistirle al capitán que, por su parte, se guardó mucho de dar aviso. Milady continuo, pues, su ruta, y el mismo día en que Planchet se embarcaba de Portsmouth para Francia, la mensajera de su Eminencia entraba triunfante en el puerto.

Toda la ciudad estaba agitada por un movimiento extraordinario: cuatro grandes bajeles recientemente terminados acababan de ser lanzados al mar; de pie sobre la escollera engalanado de oro, deslumbrante, según su costumbre, de diamantes y pedrerías, el sombrero de fieltro adornado con una pluma blanca que volvía a caer sobre su hombro, se veía a Buckingham rodeado de un estado mayor casi tan brillante como él.

Era una de esas bellas y raras jornadas de invierno en que Inglaterra se acuerda de que hay sol. El astro pálido, pero sin

embargo aún espléndido, se ponía en el horizonte empurpurando a la vez el cielo y el mar con bandas de fuego y arrojando sobre las torres y las viejas casas de la ciudad un último rayo de oro que hacía centellear los cristales como el reflejo de un incendio. Milady, al respirar aquel aire del océano más vivo y más balsámico a la proximidad de la tierra, al contemplar todo el poder de aquellos preparativos que ella estaba encargada de destruir, todo el poderío de aquel ejército que ella debía combatir sola —ella mujer— con algunas bolsas de oro, se comparó mentalmente a Judith, la terrible judía, cuando penetró en el campamento de los Asirios y cuando vio la masa enorme de carros, de caballos, de hombres y de armas que un gesto de su mano debía disipar como una nube de humo.

Entraron en la rada pero cuando se aprestaban a echar el ancla, un pequeño cúter formidablemente armado se aproximó al navío mercante declarándose guardacostas, e hizo echar al mar su bote, que se dirigió hacia la escala. Aquel bote llevaba un oficial, un contramaestre y ocho remadores; sólo el oficial subió a bordo, donde fue recibido con toda la deferencia que inspira un uniforme.

El oficial se entretuvo algunos instantes con el patrón, le hizo leer un papel de que era portador y, por orden del capitán mercante, toda la tripulación del navío, marineros y pasajeros, fue llevada al puente.

Cuando concluyó aquella especie de pase de lista, el oficial preguntó en voz alta el punto de partida de la bricbarca, de su ruta, de sus puntos de tierra tocados, y a todas las preguntas el capitán satisfizo sin duda, y sin dificultad. Entonces el oficial comenzó a pasar revista de todas las personas una tras otra y, deteniéndose en Milady, la consideró con gran cuidado, pero sin dirigirle una sola palabra.

Luego volvió al capitán, le dijo aún unas palabras; y como si fuera a él a quien en adelante el navío debiera obedecer, ordenó una maniobra que la tripulación ejecutó al punto. Entonces el navío se puso en marcha, siempre escoltado por el pequeño cúter, que bogaba borda con borda a su lado, amenazando su flanco con la boca de sus seis cañones; mientras, la barca seguía la estela del navío, débil punto junto a la enorme masa.

Durante el examen que el oficial había hecho de Milady, Milady, como se supondrá, lo había devorado por su parte con la mirada. Mas, sea el que fuere el hábito que esta mujer de ojos de llama tuviera de leer en el corazón de aquellos cuyos secretos necesitaba adivinar, esta vez encontró un rostro de una impasibilidad tal que ningún descubrimiento siguió a su investigación. El oficial, que se había detenido ante ella y que sigilosamente la había estudiado con tanto cuidado, podía tener entre veinticinco y veintiséis años; era blanco de rostro,

con ojos azul claro algo sumidos; su boca, fina y bien dibujada, permanecía inmóvil en sus líneas correctas; su mentón, vigorosamente acusado, de notaba esa fuerza de voluntad que en el tipo vulgar británico no es ordinariamente más que cabezonería; una frente algo huidiza, como conviene a los poetas, a los entusiastas y a los soldados, estaba apenas sombreada por una cabellera corta y rala que, como la barba que cubría la parte baja de su rostro, era de un hermoso color castaño oscuro.

Cuando entraron en el puerto era ya de noche. La bruma espesaba aún más la oscuridad y formaba en torno de los fanales y de las linternas de las escolleras un círculo semejante al que rodea la luna cuando el tiempo amenaza con volverse lluvioso. El aire que se respiraba era triste, húmedo y frío.

Milady, aquella mujer tan fuerte, se sentía tiritar a pesar suyo.

El oficial se hizo indicar los bultos de Milady, hizo llevar su equipaje al bote, y una vez que estuvo hecha esta operación, la invitó a ella misma tendiéndole su mano.

—¿Quién sois, señor —preguntó ella—, que habéis tenido la bondad de ocuparos tan particularmente de mí?

—Debéis saberlo, señora, por mi uniforme; soy oficial de la marina inglesa

—respondió el joven.

—Pero ¿es costumbre que los oficiales de la marina inglesa se pongan a las órdenes de sus compatriotas cuando llegan a un puerto de Gran Bretaña y lleven la galantería hasta conduciros a tierra?

—Sí, Milady, es costumbre, no por galantería sino por prudencia, que en tiempo de guerra los extranjeros sean conducidos a una hostería designada a fin de que queden bajo la vigilancia del gobierno hasta una perfecta información sobre ellos.

Estas palabras fueron pronunciadas con la cortesía más puntual y la calma más perfecta. Sin embargo, no tuvieron el don de convencer a Milady.

—Pero yo no soy extranjera, señor —dijo ella con el acento más puro que jamás haya sonado de Porstmouth a Manchester—, me llamo lady Clarick, y esta medida…

—Esta medida es general, Milady, y trataríais en vano de sustraeros a ella.

—Entonces os seguiré, señor.

Y aceptando la mano del oficial, comenzó a descender la escala, a cuyo extremo le esperaba el bote. El oficial la siguió: una gran capa estaba extendida a popa, el oficial la hizo sentar sobre la capa y se sentó junto a ella.

—Remad —dijo a los marineros.

Los ocho remos cayeron en el mar, haciendo un solo ruido, golpeando con un solo golpe, y el bote pareció volar sobre la superficie del agua.

Al cabo de cinco minutos tocaban tierra.

El oficial saltó al muelle y ofreció la mano a Milady. Un coche esperaba.

—¿Es para nosotros este coche? —preguntó Milady.

—Sí, señora —respondió el oficial.

—La hostería debe estar entonces muy lejos.

—Al otro extremo de la ciudad.

—Vamos —dijo Milady.

Y subió resueltamente al coche.

El oficial veló porque los bultos fueran cuidadosamente atados detrás de la caja, y, concluida esta operación, ocupó su sitio junto a Milady y cerró la portezuela.

Al punto, sin que se diese ninguna orden y sin que hubiera necesidad de indicarle su destino, el cochero partió al galope y se metió por las calles de la ciudad.

Una recepción tan extraña debía ser para Milady amplia materia de reflexión; por eso, al ver que el joven oficial no parecía dispuesto en modo alguno a trabar conversación, se acodó en un ángulo del coche pasó revista una tras otra a todas las suposiciones que se presentaban a su espíritu.

Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora, extrañada de la largura del camino, se inclinó hacia la portezuela para ver adónde se la conducía. No se percibían ya casas; en las tinieblas, aparecían los árboles como grandes fantasmas negros recorriendo uno tras otro.

Milady se estremeció.

—Pero ya no estamos en la ciudad, señor —dijo. El joven guardó silencio.

—No seguiré más lejos si no me decís adónde me conducís; ¡os lo prevengo, señor!

Esta amenaza no obtuvo ninguna respuesta.

—¡Oh, esto es demasiado! —exclamó Milady—. ¡Socorro! ¡Socorro! Ninguna voz respondió a la suya, el coche continuo rodando con rapidez;

el oficial parecía una estatua.

Milady miró al oficial con una de esas expresiones terribles, peculiares de su rostro y que raramente dejaban de causar su efecto; la cólera hacía centellear sus ojos en la sombra.

El joven permaneció impasible.

Milady quiso abrir la portezuela y tirarse.

—Tened cuidado, señora —dijo fríamente el joven—; si saltáis os mataréis.

Milady volvió a sentarse echando espuma; el oficial se inclinó, la miró a su vez y pareció sorprendido al ver aquel rostro, tan bello no hacía mucho, trastornado por la rabia y vuelto casi repelente. La astuta criatura comprendió que se perdía al dejar ver así en su alma; volvió a serenar sus rasgos, y con una voz gimiente dijo:

—En nombre del cielo, señor, decidme si es a vos, a vuestro gobierno, o a un enemigo al que debo atribuir la violencia que se me hace.

—No se os hace ninguna violencia, señora, y lo que os sucede es el resultado de una medida totalmente simple que estamos obligados a tomar con todos aquellos que desembarcan en Inglaterra.

—Entonces, ¿vos no me conocéis, señor?

—Es la primera vez que tengo el honor de veros.

—Y, por vuestro honor, ¿no tenéis ningún motivo de odio contra mí?

—Ninguno, os lo juro.

Había tanta serenidad, tanta sangre fría, dulzura incluso en la voz del joven, que Milady quedó tranquilizada.

Finalmente, tras una hora de marcha aproximadamente, el coche se detuvo ante una verja de hierro que cerraba un camino encajonado que conducía a un

castillo severo de forma, macizo y aislado. Entonces, como las ruedas rodaban sobre arena fina, Milady oyó un vasto mugido que reconoció por el ruido del mar que viene a romper sobre una costa escarpada.

El coche pasó bajo dos bóvedas, y finalmente se detuvo en un patio sombrío y cuadrado; casi al punto la portezuela del coche se abrió, el joven saltó ágilmente a tierra y presentó su mano a Milady, que se apoyó en ella y descendió a su vez con bastante calma.

—Lo cierto es —dijo Milady mirando en torno suyo y volviendo sus ojos sobre el joven oficial con la más graciosa sonrisa— que estoy prisionera; pero no será por mucho tiempo, estoy segura —añadió—; mi conciencia y vuestra cortesía, señor, son garantías de ello.

Por halagador que fuese el cumplido, el oficial no respondió nada; pero sacando de su cintura un pequeño silbato de plata semejante a aquel de que se sirven los contramaestres en los navíos de guerra, silbó tres veces, con tres modulaciones diferentes; entonces aparecieron varios hombres, desengancharon los caballos humeantes y llevaron el coche bajo el cobertizo.

Luego, el oficial, siempre con la misma cortesía calma, invitó a su prisionera a entrar en la casa. Esta, siempre con su mismo rostro sonriente, le tomó el brazo y entró con él bajo una puerta baja y cimbrada que por una bóveda sólo iluminada al fondo

conducía a una escalera de piedra que giraba en torno de una arista de piedra; luego se detuvieron ante una puerta maciza que, tras la introducción en la cerradura de una llave que el joven llevaba consigo, giró pesadamente sobre sus goznes y dio entrada a la habitación destinada a Milady.

De una sola mirada la prisionera abarcó la habitación en sus menores detalles.

Era una habitación cuyo moblaje era al mismo tiempo muy limpio para una prisión y muy severo para una habitación de hombre libre; sin embargo, los barrotes en las ventanas y los cerrojos exteriores de la puerta decidían la causa en favor de la prisión.

Por un instante, toda la fuerza de ánimo de esta criatura, templada sin embargo en las fuentes más vigorosas, la abandonó; cayó en un sillón, cruzando los brazos, bajando la cabeza y esperando a cada instante ver entrar a un juez para interrogarla.

Pero nadie entró, sino dos o tres soldados de marina que trajeron los baúles y las cajas, los depositaron en un rincón y se retiraron sin decir nada.

El oficial presidía todos estos detalles con la misma calma que constantemente le había visto Milady, sin pronunciar una palabra y haciéndose

obedecer con un gesto de su mano o a un toque de silbato.

Se hubiera dicho que entre este hombre y sus inferiores la lengua hablada no existía o resultaba inútil.

Finalmente Milady no se pudo contener por más tiempo y rompió el silencio.

—En nombre del cielo, señor —exclamó—, ¿qué quiere decir todo cuanto pasa? Aclarad mis irresoluciones; tengo valor para cualquier peligro que preveo, para cualquier desgracia que comprendo. ¿Dónde estoy y qué soy aquí? Si estoy libre, ¿por qué esos barrotes y esas puertas? Si estoy prisionera,

¿qué crimen he cometido?

—Estáis aquí en la habitación que se os ha destinado, señora. He recibido la orden de ir a recogeros en el mar y conduciros a este castillo; creo haber cumplido esta orden con toda la rigidez de un soldado, pero también con toda la cortesía de un gentilhombre. Ahí termina, al menos hasta el presente, la carga que tenía que cumplir junto a vos, lo demás concierne a otra persona.

—Y esa otra persona, ¿quién es? —preguntó Milady—. ¿No podéis decirme su nombre?...

En aquel momento se oyó por las escaleras un gran rumor de espuelas; algunas voces pasaron y se apagaron, y el ruido de un paso aislado se acercó a la puerta.

—Esa persona, hela aquí, señora —dijo el oficial descubriendo el pasaje y colocándose en actitud de respeto y sumisión.

Al mismo tiempo se abrió la puerta: un hombre apareció en el umbral... Estaba sin sombrero, llevaba la espada al costado y estrujaba un pañuelo

entre sus dedos.

Milady creyó reconocer a aquella sombra en la sombra; se apoyó con una mano en el brazo de su sillón y adelantó la cabeza como para ir por delante de una certidumbre.

Entonces el extraño avanzó lentamente; y a medida que avanzaba al entrar en el círculo de luz proyectado por la lámpara, Milady retrocedía involuntariamente.

Luego, cuando ya no tuvo ninguna duda:

—¡Cómo! ¡Mi hermano! —exclamó en el colmo del estupor—. ¿Sois vos?

—Sí, hermosa dama —respondió lord de Winter haciendo un saludo mitad cortés, mitad irónico—, yo mismo.

—Pero, entonces, ¿este castillo?

—Es mío.

—¿Esta habitación?

—Es la vuestra.

—¿Soy, pues, vuestra prisionera?

—Más o menos.

—¡Pero esto es un horrendo abuso de fuerza!

—Nada de grandes palabras; sentémonos y hablemos tranquilamente, como conviene hacer entre un hermano y una hermana.

Luego, volviéndose hacia la puerta, y viendo que el joven oficial esperaba sus últimas órdenes:

—Está bien —dijo—, gracias; ahora, dejadnos, señor Felton.

CAPÍTULO L

Charla de un hermano con su hermana

Durante el tiempo que lord de Winter tardó en cerrar la puerta, en echar un cerrojo y acercar un asiento al sillón de su cuñada Milady, pensativa, hundió su mirada en las profundidades de la posibilidad, y descubrió toda la trama que ni siquiera había podido entrever mientras ignoró en qué manos había caído. Tenía a su cuñado por un buen gentilhombre, cabal cazador, jugador intrépido, emprendedor con las mujeres, pero de fuerza inferior a la suya tratándose de intriga. ¿Cómo había podido descubrir su llegada? ¿Cómo hacerla prender?

¿Por qué la retenía?

Athos le había dicho algunas palabras que probaban que la conversación que había mantenido con el cardenal había caído en oídos extraños; pero no podía admitir que él hubiera podido cavar una contramina tan pronta y tan audaz.

Temió más bien que sus precedentes operaciones en Inglaterra hubieran sido descubiertas. Buckingham podía haber adivinado que era ella quien había cortado los dos herretes, y vengarse de aquella pequeña traición; pero Buckingham era incapaz de entregarse a ningún exceso contra una mujer, sobre todo si

suponía que aquella mujer había actuado movida por un sentimiento de celos.

Esta suposición le pareció la más probable; creyó que querían vengarse del pasado y no ir al encuentro del futuro. Sin embargo, y en cualquier caso, se

congratuló de haber caído en manos de su cuñado, de quien contaba sacar provecho, antes que entre las de un enemigo directo e inteligente.

—Sí, hablemos, hermano mío —dijo ella con una especie de jovialidad, decidida como estaba a sacar de la conversación, pese al disimulo que pudiera aportar a ella lord de Winter, las aclaraciones que necesitaba para regular su conducta futura.

—¿Os habéis, pues, decidido a volver a Inglaterra —dijo lord de Winter—, a pesar de la resolución que tan a menudo me manifestasteis en París de no volver a poner los pies sobre territorio de Gran Bretaña?

Milady respondió a una pregunta con otra pregunta.

—Ante todo —dijo ella—, decidme cómo me habéis hecho espiar tan severamente para estar prevenidos de antemano no sólo de mi llegada, sino aun del día, de la hora y del puerto al que llegaba.

Lord de Winter adoptó la misma táctica que Milady, pensando que, puesto que su cuñada la empleaba, ésa debía ser la buena.

—Mas, decidme vos, mi querida hermana —prosiguió—, qué venís a hacer en Inglaterra.

—Pero si vengo a veros —prosiguió Milady, sin saber cuánto agravaba, con esta respuesta, las sospechas que había hecho nacer en el espíritu de su cuñado la carta de D'Artagnan, y queriendo sólo captar la benevolencia de su oyente con una mentira.

—¡Ah! ¿Verme? —dijo tímidamente lord de Winter.

—Claro, veros. ¿Qué hay de sorprendente en ello?

—Y al venir a Inglaterra, ¿no habéis tenido otro objetivo que verme?

—No.

—¿O sea, que sólo por mí os habéis tomado la molestia de atravesar la Mancha?

—Sólo por vos.

—¡Vaya! ¡Cuánta ternura, hermana mía!

—¿No soy acaso vuestro pariente más próximo? —preguntó Milady con el tono de ingenuidad más conmovedora.

—E incluso mi única heredera, ¿no es eso? —dijo a su vez lord de Winter, fijando sus ojos sobre los de Milady.

Por mucho que fuera el poder que tuviera sobre sí misma, Milady no pudo impedir estremecerse, y como al pronunciar las últimas palabras que había

dicho, lord de Winter había puesto la mano en el brazo de su hermana, ese estremecimiento no se le escapó.

En efecto, el golpe era directo y profundo. La primera idea que vino al espíritu de Milady fue que había sido traicionada por Ketty, y que ésta le había contado al barón esa aversión interesada cuya señal había dejado escapar imprudentemente ante su criada; recordó también la salida furiosa e imprudente que había hecho contra D'Artagnan cuando había salvado la vida de su cuñado.

—No comprendo, milord —dijo ella para ganar tiempo y hacer hablar a su adversario—. ¿Qué queréis decir? ¿Y hay algún sentido desconocido oculto en vuestras palabras?

—¡Oh, Dios mío! No —dijo lord de Winter con aparente bondad—. Vos tenéis el deseo de verme, y venís a Inglaterra. Yo me entero de ese deseo, o mejor, sospecho que lo sentís, y a fin de ahorraros todas las molestias de una llegada nocturna a un puerto, todas las fatigas de un desembarco, envío a uno de mis oficiales a vuestro encuentro; pongo un coche a sus órdenes y él os trae aquí, a este castillo, del que soy gobernador, al que vengo todos los días, y en el que, para que nuestro doble deseo de veros quede satisfecho, os hago preparar una habitación. ¿Hay algo en cuanto digo más sorprenderte de lo que hay en cuanto vos me habéis dicho?

—No, lo que encuentro sorprendente es que vos hayáis sido prevenido de mi llegada.

—Sin embargo es la cosa más simple, querida hermana: ¿no habéis visto que el capitán de vuestro pequeño navío había enviado por delante, al entrar en la rada, para obtener su entrada al puerto, un pequeño bote portador de su libro de corredera y de su registro de tripulación? Yo soy comandante del puerto, me han traído ese libro, he reconocido en él vuestro nombre. Mi corazón me ha dicho lo que acababa de confiarme vuestra boca, es decir, el motivo por el que os exponíais a los peligros de un mar tan peligroso o al menos tan fatigante en este momento, y he enviado mi cúter a vuestro encuentro. El resto ya lo sabéis.

Milady comprendió que lord de Winter mentía y quedó más asustada aún.

—Hermano mío —continuó ella—. ¿No es milord Buckingham a quien vi sobre la escollera, por la noche, al llegar?

—El mismo. ¡Ah! Comprendo que su vista os haya sorprendido —prosiguió lord de Winter—. Vos venís de un país donde deben ocuparse mucho de él, y sé que su armamento contra Francia preocupa mucho a vuestro amigo el cardenal.

—¡Mi amigo el cardenal! —exclamó Milady, viendo que tanto sobre este punto como sobre el otro lord de Winter parecía enterado de todo.

—¿No es, pues, amigo vuestro? —prosiguió negligentemente el barón—.

¡Ah!, perdón, eso creía; pero ya volveremos a milord duque más tarde, no nos apartemos del giro sentimental que la conversación había tomado. ¿Venís, a lo que decís, para verme?

—Sí.

—Pues bien, yo os he respondido que seríais servida a placer, y que nos veríamos todos los días.

—¿Debo, por tanto, permanecer eternamente aquí? —preguntó Milady con cierto terror.

—¿Os encontráis mal alojada, hermana mía? Pedid lo que os falte, yo me apresuraré a hacer que os lo den.

—Pero no tengo ni mis mujeres ni mis criados…

—Tendréis todo eso, señora; decidme en qué tren había montado vuestro primer marido vuestra casa; aunque yo no sea más que vuestro cuñado, la montaré en un tren parecido.

—¿Mi primer marido? —exclamó Milady mirando a lord de Winter con los ojos pasmados.

—Sí, vuestro marido francés; no hablo de mi hermano. Por lo demás, si lo habéis olvidado, como aún vive podría escribirle y él me haría llegar informes a este respecto.

Un sudor frío perló la frente de Milady.

—Vos bromeáis —dijo ella con una voz sorda.

—¿Tengo aire de hacerlo? —preguntó el barón levantándose y dando un paso hacia atrás.

—O mejor, me insultáis —continuó ella apretando con sus manos crispadas los dos brazos del sillón y alzándose sobre sus muñecas.

—¿Yo insultaros? —dijo lord de Winter con desprecio—. En verdad, señora, ¿creéis que es posible?

—En verdad, señor —dijo Milady—, o estáis ebrio o sois un insensato; salid y enviadme una mujer.

—Las mujeres son muy indiscretas, hermana; ¿no podría yo serviros de doncella? De esta forma todos nuestros secretos quedarían en familia.

—¡Insolente! —exclamó Milady, y, como movida por un resorte, saltó

sobre el barón, que la esperó impasible, pero, sin embargo, con una mano sobre la guarda de su espada.

—¡Eh, eh! —dijo él—. Sé que tenéis costumbre de asesinar a las personas, pero yo me defenderé, os lo prevengo, aunque sea contra vos.

—¡Oh, tenéis razón! —dijo Milady—. ¡Y me dais la impresión de ser lo bastante cobarde como para poner la mano sobre una mujer!

—Quizá sí; además tendría mi excusa: mi mano no sería la primera mano de hombre que sería puesta sobre vos, según imagino.

Y el barón indicó con un gesto lento y acusador el hombro izquierdo de Milady, que casi tocó con el dedo.

Milady lanzó un rugido sordo y retrocedió hasta el ángulo de la habitación como una pantera que quiere acularse para abalanzarse.

—¡Oh, rugid cuanto queráis! —exclamó lord de Winter—. Pero no tratéis de morderme porque, os lo advierto, se volvería en perjuicio vuestro; aquí no hay procuradores que arreglen de antemano las sucesiones, no hay caballero errante que venga a buscarme pelea por la hermosa dama que retengo prisionera, sino que tengo completamente dispuestos jueces que dispondrán de una mujer lo bastante desvergonzada para venir a deslizarse, bígama, en el lecho de lord de Winter, mi hermano mayor, y estos jueces, os lo advierto, os enviarán a un verdugo que os pondrán los dos hombros parejos.

Los ojos de Milady lanzaban tales destellos que, aunque él fuera hombre y armado ante una mujer desarmada, sintió el frío del miedo deslizarse hasta el fondo de su alma; no por ello dejó de continuar, con un furor creciente:

—Sí, comprendo, después de haber heredado de mi hermano, os habría sido dulce heredar de mí; pero, sabedlo de antemano, podéis matarme o hacerme matar, mis precauciones están

tomadas, ni un penique de cuanto poseo pasará a vuestras manos. ¿No sois lo bastante rica, vos, que poseéis cerca de un millón, y no podéis deteneros en vuestro camino fatal si no hacéis el mal más que por el goce infinito y supremo de hacerlo? Mirad: os aseguro que si la memoria de mi hermano no fuera sagrada iríais a pudriros en un calabozo del Estado o a saciar en Tyburn la curiosidad de los marineros; me callaré, pero vos soportaréis tranquilamente vuestra cautividad; dentro de quince o veinte días parto para La Rochelle con el ejército; pero la víspera de mi partida vendrá a recogeros un bajel, que yo veré partir y que os conducirá a nuestras colonias del Sur; y estad tranquila, os uniré un compañero que os levantará la tapa de los sesos a la primera tentativa que arriesguéis por volver a Inglaterra, o al continente.

Milady escuchaba con una atención que dilataba sus ojos llenos de llamas.

—Sí, pero hasta entonces —continuó lord de Winter— permaneceréis en este castillo: los muros son espesos, las puertas son fuertes, los barrotes son sólidos; además, vuestra ventana da a pico sobre el mar; los hombres de mi séquito, que me son fieles en la vida y en la muerte, montan guardia en torno a esta habitación, y vigilan todos los pasajes que conducen al patio; y llegada al patio, os quedarían aún tres verjas que atravesar. La consigna es precisa: un paso, un gesto, una palabra que simule una evasión, y dispararán sobre vos; si

os matan, la justicia inglesa tendrá, como espero, alguna obligación conmigo por haberle ahorrado la tarea. ¡Ah! Vuestros trazos recuperan la calma, vuestro rostro reencuentra su seguridad. Quince días, veinte días, decís, ¡bah!; de aquí a entonces, tengo el genio inventivo, me vendrá alguna idea; tengo el espíritu infernal y encontraré alguna víctima. De aquí a quince días, os decís, estaré fuera de aquí. ¡Ah, ah! Intentadlo.

Viéndose adivinada, Milady se hundió las uñas en la carne para domar todo movimiento que pudiera dar a su fisonomía una significación cualquiera distinta a la de la angustia.

Lord de Winter continuó:

—El oficial que manda aquí en mi ausencia —ya lo habéis visto y lo conocéis— sabe, como veis, observar una consigna, porque, os conozco, vos no habéis venido desde Portsmouth aquí sin haber tratado de hablarle. ¿Qué decís a eso? ¿Habría sido más impasible y muda una estatua de mármol? Habéis ensayado ya el poder de vuestras seducciones sobre muchos hombres, y desgraciadamente habéis triunfado siempre; pero ensayadlo con éste, diantre; si lo conseguís, os declaro el mismo demonio.

Fue hacia la puerta y la abrió bruscamente.

—¡Qué llamen al señor Felton! —dijo—. Esperad un instante, voy a recomendaros a él.

Entre los dos personajes se hizo un silencio extraño, durante el cual se oyó el ruido de un paso lento y regular que se acercaba; al punto, en la sombra del corredor se vio dibujarse una forma

humana, y el joven teniente con el que ya hemos trabado conocimiento se detuvo en el umbral, esperando las órdenes del barón.

—Entrad, mi querido John —dijo lord de Winter—, entrad y cerrad la puerta.

El joven oficial entró.

—Ahora —dijo el barón—, mirad a esta mujer: es joven, es bella, tiene todas las seducciones de la tierra; pues bien, es un monstruo que a sus veinticinco años se ha hecho culpable de tantos crímenes como podáis leer en

un año en los archivos de nuestros tribunales; su voz habla en su favor, su belleza sirve de cebo a las víctimas, su cuerpo mismo paga lo que ha prometido, es justicia que hay que hacerle; tratará de seduciros, quizá intente incluso mataros. Yo os he sacado de la miseria, Felton, os he hecho nombrar teniente, os he salvado la vida una vez, ya sabéis en qué ocasión; soy para vos no sólo un protector, sino un amigo; no sólo un bienhechor, sino un padre; esta mujer ha vuelto a Inglaterra a fin de conspirar contra mi vida; tengo a esta serpiente entre mis manos; pues bien, os hago llamar y os digo: amigo Felton, John, hijo mío, guárdame y sobre todo guárdate de esta mujer; jura por tu salvación que la conservarás para el castigo que ha merecido. John Felton, me fío de tu palabra; John Felton, creo en tu lealtad.

—Milord —dijo el joven oficial, cargando su mirada pura de todo el odio que pudo encontrar en su corazón—, milord, os juro que se hará como deseáis.

Milady recibió aquella mirada como víctima resignada: era imposible ver una expresión más sumisa y más dulce de la que reinaba entonces sobre su hermoso rostro. Apenas si el propio lord de Winter reconoció a la tigresa que un momento antes él se aprestaba a combatir.

—No saldrá jamás de esta habitación, ¿entendéis, John? —continuó el barón—. No se carteará con nadie, no hablará más que con vos, si es que tenéis a bien hacerle el honor de dirigirle la palabra.

—Basta, milord, he jurado.

—Y ahora, señora, tratad de hacer la paz con Dios, porque estáis juzgada por los hombres.

Milady dejó caer su cabeza como si se hubiera sentido aplastada por este juicio. Lord de Winter salió haciendo un gesto a Felton, que salió tras él y cerró la puerta.

Un instante después se oía en el corredor el paso pesado de un soldado de marina que hacía de centinela, el hacha a la cintura y el mosquete en la mano.

Milady permaneció durante algunos minutos en la misma posición, porque pensó que se la vigilaba por la cerradura; luego, lentamente, alzó su cabeza, que había recuperado una

expresión formidable de amenaza y desafío, corrió a escuchar a la puerta, miró por la ventana y volviendo a enterrarse en un amplio sillón, pensó.

CAPÍTULO LI

Oficial

Entre tanto, el cardenal esperaba nuevas de Inglaterra, pero ninguna nueva llegaba, ni siquiera enfadosa y amenazadora.

Aunque La Rochelle estuviera bloqueada, por cierto que pudiera parecer el éxito gracias a las precauciones tomadas y sobre todo al dique que no dejaba ya penetrar ningún barco en la ciudad asediada, sin embargo el bloqueo podía durar mucho tiempo todavía; y era una gran afrenta para las armas del rey y una gran molestia para el señor cardenal, que ya no tenía, por cierto, que malquistar a Luis XIII con Ana de Austria, ya estaba hecho, sino conciliar al señor de Bassompierre, que estaba malquistado con el duque de Angulema.

En cuanto a Monsieur, que había comenzado el asedio, dejaba al cardenal el cuidado de acabarlo.

La ciudad, pese a la increíble perseverancia de su alcalde, había intentado una especie de motín para rendirse; el alcalde había hecho colgar a los amotinados. Esta ejecución calmó a las peores cabezas, que entonces se decidieron a dejarse morir de hambre. Esta muerte les parecía siempre más lenta y menos segura que morir por estrangulamiento.

Por su parte, de vez en cuando, los sitiadores cogían mensajeros que los rochelleses enviaban a Buckingham, o espías que Buckingham enviaba a los rochelleses. En uno y otro caso el proceso se hacía deprisa. El señor cardenal decía esta sola palabra: ¡Colgadlo! Se invitaba al rey a ver el ahorcamiento. El rey venía lánguidamente, se ponía en primera fila para ver la operación en todos sus detalles: esto le distraía siempre algo y le hacía tomar el asedio con paciencia, pero no le impedía aburrirse mucho ni hablar en todo momento de volver a París, de suerte que, si hubieran faltado mensajeros y espías, Su Eminencia, a pesar de toda su imaginación, se habría encontrado en muchos apuros.

No obstante el paso del tiempo, los rochelleses no se rendían: el último espía que se había cogido era portador de una carta. Esta carta decía a Buckingham que la ciudad estaba en las últimas; pero en lugar de añadir: «Si vuestro socorro no llega antes de quince días, nos rendiremos», añadía siempre: «Si vuestro socorro no llega antes de quince días, habremos muerto todos de hambre cuando llegue».

Los rochelleses no tenían, pues, esperanza más que en Buckingham. Buckingham era su Mesías. Era evidente que si un día se enteraban con certeza de que no había que contar ya con Buckingham, con la esperanza caería su valor.

El cardenal esperaba, por tanto, con gran impaciencia las nuevas de Inglaterra que debían anunciar que Buckingham no vendría.

El tema de apoderarse de la ciudad a viva fuerza, debatido con frecuencia

en el consejo real, había sido descartado siempre; en primer lugar, La Rochelle parecía inconquistable, pues el cardenal, dijera lo que dijera, sabía de sobra que el horror de la sangre derramada en este encuentro, en que franceses debían combatir contra franceses, era un movimiento retrógrado de sesenta años impreso en la política, y el cardenal era en aquella época lo que hoy se denomina un hombre de progreso. En efecto, el saco de La Rochelle, el asesinato de tres mil o cuatro mil hugonotes que se habrían hecho matar se parecía demasiado, en 1628, a la matanza de San Bartolomé en 1572; y, además, por encima de todo esto, este medio extremo, que nada repugnaba al rey, buen católico, venía a estrellarse siempre contra este argumento de los generales sitiadores: La Rochelle era inconquistable de otro modo que por el hambre.

El cardenal no podía apartar de su espíritu el temor en que le arrojaba su terrible emisaria, porque también él había comprendido las proposiciones extrañas de esta mujer, tan pronto serpiente como león. ¿Lo había traicionado?

¿Estaba muerta? En cualquier caso la conocía lo bastante como para saber que actuando a su favor o contra él, amiga o enemiga, ella no permanecía inmóvil sin grandes impedimentos. Esto era lo que no podía saber.

Por lo demás, contaba, y con razón, con Milady: había adivinado en el pasado de esta mujer esas cosas terribles que sólo su capa roja podía cubrir; y sentía que por una causa o por otra, esta mujer le era adicta, al no poder encontrar sino en él un apoyo superior al peligro que la amenazaba.

Resolvió, por tanto, hacer la guerra completamente solo y no esperar cualquier éxito extraño más que como se espera una suerte afortunada. Continuó haciendo elevar el famoso dique que debía hacer padecer hambre a La Rochelle; mientras tanto, puso los ojos sobre aquella desgraciada ciudad que encerraba tanta miseria profunda y tantas virtudes heroicas y, acordándose de la frase de Luis XI, su predecesor político como él era predecesor de Robespierre, murmuró esta máxima del compadre de Tristán: «Dividir para reinar».

Enrique IV, al asediar París, hacía arrojar por encima de las murallas pan y víveres; el cardenal hizo arrojar pequeños billetes en los que manifestaba a los rochelleses cuán injusta, egoísta y bárbara era la conducta de sus jefes; estos jefes tenían trigo en abundancia, y no lo compartían; adoptaban la máxima, porque también ellos tenían máximas, de que poco importaba que las mujeres, los niños y los viejos muriesen, con tal que los hombres que debían defender sus murallas siguiesen fuertes y con buena salud. Hasta entonces, bien por adhesión, bien por impotencia para reaccionar contra ella, esta máxima, sin ser generalmente adoptada, pasaba, sin embargo, de la teoría a la práctica; pero los billetes vinieron a atentar contra

ella. Los billetes recordaban a los hombres que aquellos hijos, aquellas mujeres, aquellos viejos a los que se dejaba morir

eran sus hijos, sus esposas y sus padres; que sería más justo que todos fueran reducidos a la miseria común, a fin de que una misma posición hiciera adoptar resoluciones unánimes.

Estos billetes causaron todo el efecto que podía esperar quien los había escrito, dado que decidieron a un gran número de habitantes e iniciar negociaciones particulares con el ejército real.

Pero en el momento en que el cardenal veía fructificar ya su medio y se aplaudía por haberlo puesto en práctica, un habitante de La Rochelle, que había podido pasar a través de las líneas reales, Dios sabe cómo, pues tanta era la vigilancia de Bossompierre, de Schomberg y del duque de Angulema, vigilados ellos mismos por el cardenal, un habitante de La Rochelle, decíamos, entró en la ciudad procedente de Porstmouth y diciendo que había visto una flota magnífica dispuesta a hacerse a la vela antes de ocho días. Además, Buckingham anunciaba al alcalde que por fin iba a declararse la gran lucha contra Francia, y que el reino iba a ser invadido a la vez por los ejércitos ingleses, imperiales y españoles. Esta carta fue leída públicamente en todas las plazas, se pegaron copias en las esquinas de las calles y los mismos que habían

comenzado a iniciar las negociaciones las interrumpieron, resueltos a esperar este socorro tan pomposamente anunciado.

Esta circunstancia inesperada devolvió a Richelieu sus inquietudes primeras, y lo forzó a pesar suyo a volver nuevamente los ojos hacia el otro lado del mar.

Durante este tiempo, libre de las inquietudes de su único y verdadero jefe, el ejército real llevaba una existencia alegre; los víveres no faltaban en el campamento, ni tampoco el dinero; todos los cuerpos rivalizaban en audacia y alegría. Coger espías y colgarlos, hacer expediciones audaces sobre el dique o por el mar, imaginar locuras, ponerlas en práctica, tal era el pasatiempo que hacía encontrar cortos al ejército aquellos días tan largos no sólo para los rochelleses roídos por el hambre y la ansiedad, sino incluso por el cardenal que los bloqueaba con tanto ardor.

A veces, cuando el cardenal, siempre cabalgando como el último gendarme del ejército, paseaba su mirada pensativa sobre las obras, tan lentas a gusto de su deseo, que alzaban por orden suya los ingenieros que había hecho venir de todos los rincones de Francia, encontraba algún mosquetero de la compañía de Tréville, se acercaba a él, lo miraba de forma singular y al no reconocerlo por uno de nuestros compañeros, dejaba ir hacia otra parte su mirada profunda y su vasto pensamiento.

Cierto día en que, roído por un hastío mortal, sin esperanza en las negociaciones con la ciudad, sin nuevas de Inglaterra, el cardenal había salido sin más objeto que salir, acompañado solamente de Cahusac y de La

Houdinière, costeando las playas arenosas y mezclando la inmensidad de sus sueños a la inmensidad del océano, llegó al paso de su caballo a una colina desde cuya altura percibió detrás de un seto, tumbados sobre la arena y tomando de paso uno de esos rayos de sol tan raros en esa época del año, a siete hombres rodeados de botellas vacías. Cuatro de esos hombres eran nuestros mosqueteros disponiéndose a escuchar la lectura de una carta que uno de ellos acababa de recibir. Esta carta era tan importante que había hecho abandonar sobre un tambor cartas y dados.

Los otros tres se ocupaban en destapar una damajuana de vino de Collioure; eran los lacayos de aquellos señores.

Como hemos dicho, el cardenal estaba de sombrío humor, y nada, cuando se encontraba en esa situación de espíritu, redoblaba tanto su desabrimiento como la alegría de los demás. Por otro lado, tenía una preocupación extraña: era creer que las causas mismas de su tristeza excitaban la alegría de los extraños. Haciendo seña a La Houdinière y a Cahusac de detenerse, descendió de su caballo y se aproximó a aquellos reidores sospechosos, esperando que con la ayuda de la arena

que apagaba sus pasos, y del seto que ocultaba su marcha, podría oír algunas palabras de aquella conversación que tan interesante parecía; a diez pasos del seto solamente reconoció el parloteo gascón de D'Artagnan, y como ya sabía que aquellos hombres eran mosqueteros, no dudó que los otros tres fueran aquellos que llamaban los inseparables, es decir, Athos, Porthos y Aramis.

Júzguese si su deseo de oír la conversación aumentó con este descubrimiento; sus ojos adoptaron una expresión extraña, y con paso de ocelote avanzó hacia el seto; pero aún no había podido coger más que sílabas vagas y sin ningún sentido positivo cuando un grito sonoro y breve lo hizo estremecerse y atrajo la atención de los mosqueteros.

—¡Oficial! —gritó Grimaud.

—Habláis en mi opinión de forma rara —dijo Athos alzándose sobre un codo y fascinando a Grimaud con su mirada resplandeciente.

Por eso Grimaud no añadió ni una palabra, contentándose con tener el dedo índice en la dirección del seto y denunciando con este gesto al cardenal y a su escolta.

De un solo salto los cuatro mosqueteros estuvieron en pie y saludaron con respeto.

El cardenal parecía furioso.

—Parece que los señores mosqueteros se hacen cuidar —dijo—. ¿Acaso vienen los ingleses por tierra? ¿O no será que los mosqueteros se consideran

oficiales superiores?

—Monseñor —respondió Athos, porque en medio del terror general sólo él había conservado aquella calma y aquella sangre fría de gran señor que no lo abandonaban nunca—, Monseñor, los mosqueteros, cuando no están de servicio o cuando su servicio ha terminado, beben y juegan a los dados, y son oficiales muy superiores para sus lacayos.

—¡Lacayos! —masculló el cardenal—. Lacayos que tienen la orden de advertir a sus amos cuando pasa alguien no son lacayos, son centinelas.

—Su Eminencia ve, sin embargo, que si no hubiéramos tomado esta precaución, nos habríamos expuesto a dejarle pasar sin presentarle nuestros respetos y ofrecerle nuestra gratitud por la gracia que nos ha hecho de reunirnos. D'Artagnan —continuó Athos—, vos que hace un momento pedíais esta ocasión de expresar vuestra gratitud a Monseñor, hela aquí, aprovechadla.

Estas palabras fueron pronunciadas con aquella flema imperturbable que distinguía a Athos en las horas de peligro, y con aquella excesiva cortesía que hacía de él en ciertos momentos un rey más majestuoso que los reyes de nacimiento.

D’Artagnan se acercó y balbuceó algunas palabras de gratitud, que pronto expiraron bajo la mirada ensombrecida del cardenal.

—No importa, señores —continuó el cardenal, al parecer por nada del mundo apartado de su intención primera por el incidente que Athos había suscitado—; no importa, señores, no me gusta que simples soldados, porque tienen la ventaja de servir en un cuerpo privilegiado, hagan de esta forma los grandes señores, y la disciplina es la misma para ellos que para todo el mundo.

Athos dejó al cardenal acabar completamente su frase e, inclinándose en señal de asentimiento, replicó a su vez:

—La disciplina, Monseñor, no ha sido olvidada por nosotros de ninguna manera, eso espero al menos. No estamos de servicio y hemos creído que al no estar de servicio podíamos disponer de nuestro tiempo como bien nos pareciera. Si somos lo bastante afortunados para que Su Eminencia tenga alguna orden particular que darnos, estamos dispuestos a obedecerle. Monseñor ve —continuó Athos frunciendo el ceño porque aquella especie de interrogatorio comenzaba a impacientarlo— que, para estar dispuestos a la menor alerta, hemos salido con nuestras armas.

Y señaló con el dedo al cardenal los cuatro mosquetes en haz junto al tambor sobre el que estaban las cartas y los dados.

—Tenga a bien Vuestra Eminencia creer —añadió D'Artagnan— que nos habríamos dirigido a su encuentro si hubiéramos podido suponer que era ella

la que venía hacia nosotros con tan pequeña compañía.

El cardenal se mordió los mostachos y un poco los labios.

—¿Sabéis de qué tenéis aire, siempre juntos, como aquí ahora, armados como estáis, y guardados por vuestros lacayos? —dijo el cardenal—. Tenéis aire de cuatro conspiradores.

—¡Oh! En cuanto a eso, Monseñor, es cierto —dijo Athos—, y nosotros conspiramos, como Vuestra Eminencia pudo ver la otra mañana, sólo que contra los rochelleses.

—¡Vaya con los señores políticos! —prosiguió el cardenal frunciendo a su vez el ceño—. Quizá se encontraría en vuestros cerebros el secreto de muchas cosas que son ignoradas si se pudiera leer en ellos como leéis en esa cama que habéis ocultado cuando me habéis visto venir.

El rubor subió al rostro de Athos, que dio un paso hacia Su Eminencia.

—Se diría que sospecháis de nosotros verdaderamente, Monseñor, y que estamos sufriendo un auténtico interrogatorio; si es así, dígnese Vuestra Eminencia explicarse, y por lo menos sabremos a qué atenernos.

—Y aunque esto fuera un interrogatorio —replicó el cardenal—, otros distintos a vosotros los han sufrido, señor Athos, y han respondido.

—Por eso, Monseñor, he dicho a Vuestra Eminencia que no tenía más que preguntar, y que nosotros estábamos prestos para responder.

—¿De quién era esa carta que ibais a leer, señor Aramis, y que vos habéis ocultado?

—Una carta de mujer, Monseñor.

—¡Oh! Lo supongo —dijo el cardenal—; hay que ser discreto para esa clase de cartas; sin embargo, se pueden mostrar a un confesor; como sabéis, he recibido las órdenes.

—Monseñor —dijo Athos con una calma tanto más terrible cuanto que se jugaba la cabeza al dar esta respuesta—, la carta es de una mujer, pero no está firmada ni Marion de Lorme, ni señorita D'Aiguillon.

El cardenal se volvió pálido como la muerte, un destello leonado salió de sus ojos; se volvió como para dar una orden a Cahusac y a La Houdiniére. Athos vio el movimiento: dio un paso hacia los mosqueteros, sobre los que los tres amigos tenían fijos los ojos como hombres poco dispuestos a dejarse detener. Con el cardenal eran tres; los mosqueteros, comprendidos los lacayos, eran siete; juzgó que la partida sería muy desigual, que Athos y sus compañeros conspiraban realmente; y mediante uno de

esos giros rápidos que siempre tenía a su disposición, toda su cólera se fundió en una sonrisa.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. Sois jóvenes valientes, orgullosos a plena luz, fieles en la oscuridad; no hay mal alguno en vigilar sobre uno mismo cuando se vigila tan bien sobre los demás; señores, no he olvidado la noche en que me servisteis de escolta para ir al Colombier-Rouge; si hubiera algún peligro que temer en la ruta que voy a seguir os rogaría que me acompañaseis; pero como no lo hay, permaneced donde estáis, acabad vuestras botellas, vuestra partida y vuestra carta. Adiós, señores.

Y volviendo a montar en su caballo, que Cahusac le había traído, los saludó con la mano y se alejó.

Los cuatro jóvenes, de pie e inmóviles, lo siguieron con los ojos sin decir una sola palabra hasta que hubo desaparecido.

Luego se miraron.

Todos tenían el rostro consternado, porque pese al adiós amistoso de Su Eminencia comprendían que el cardenal se iba con la rabia en el corazón.

Sólo Athos sonreía con sonrisa potente y desdeñosa. Cuando el cardenal estuvo fuera del alcance de la voz y de la vista:

—¡Ese Grimaud ha gritado muy tarde! —dijo Porthos, que tenía muchas ganas de hacer caer su mal humor sobre alguien.

Grimaud iba a responder para excusarse. Athos alzó el dedo y Grimaud se calló.

—¿Habrías entregado la carta, Aramis? —dijo D'Artagnan.

—Estaba totalmente resuelto —dijo Aramis con su voz más aflautada—: si hubiera exigido que le fuera entregada la carta, le habría presentado la carta con una mano, y con la otra le habría pasado mi espada a través del cuerpo.

—Eso me esperaba —dijo Athos—; por eso me he lanzado entre vos y él. En verdad, ese hombre es muy imprudente al hablar así a otros hombres; se diría que no se las ha visto más que con mujeres y niños.

—Mi querido Athos —dijo D'Artagnan—, os admiro, pero después de todo estábamos en culpa.

—¿Cómo en culpa? —prosiguió Athos—. ¿De quién es este aire que respiramos? ¿De quién este océano sobre el que se extiende nuestras miradas?

¿De quién esta arena sobre la que estamos tumbados? ¿De quién esta carta de vuestra amante? ¿Son del cardenal? A fe mía que ese hombre se figura que el mundo le pertenece; estáis ahí, balbuceante, estupefacto, aniquilado; se hubiera dicho que la Bastilla se alzaba ante vos y que la gigantesca Medusa os convertía en piedra. Veamos, ¿es que acaso es conspirar estar enamorado? Vos estáis enamorado de una mujer a la que el cardenal ha hecho encerrar, queréis

apartarla de las manos del cardenal; es una partida que jugáis con Su Eminencia: esa carta es vuestro juego; ¿por qué ibais a mostrar vuestro juego a vuestro adversario? Eso no se hace. ¿Que él lo adivina? En buena hora. Nosotros adivinamos el suyo de sobra.

—De hecho —dijo D'Artagnan—, lo que vos decís, Athos, está lleno de sentido.

—En tal caso, que no vuelva a tratarse de lo que acaba de ocurrir, y que Aramis prosiga la carta de su prima donde el señor cardenal le ha interrumpido.

Aramis sacó la carta de su bolso, los tres amigos se acercaron a él y los tres lacayos se reunieron de nuevo junto a la damajuana.

—No habíais leído más que una o dos líneas —dijo D'Artagnan—; empezad, pues, la carta desde el principio.

—Encantado —dijo Aramis.

Querido primo, creo que me decidiré a partir para Stenay, donde mi hermana ha hecho entrar a nuestra pequeña criada en el convento de las Carmelitas; esa pobre muchacha está resignada, sabe que no se puede vivir en ninguna otra parte sin que esté en peligro la salvación de su alma. Sin embargo, si los asuntos de nuestra familia se arreglan como nosotros deseamos, creo que ella correrá el riesgo de condenarse, y que

volverá junto a aquellos a los que echa de menos, tanto más cuanto que sabe que se piensa siempre en ella. Mientras tanto, no es demasiado desdichada: todo cuanto desea es una carta de su pretendiente. Sé de sobra que esa clase de géneros pasa difícilmente por entre las verjas; mas, después de todo, como ya os he dado pruebas de ello, querido primo, no soy demasiado torpe y me haré cargo de esa comisión. Mi hermana os agradece vuestro recuerdo fiel y eterno. Ha sentido por un instante una gran inquietud; mas, finalmente, se ha tranquilizado algo ahora, tras haber enviado a su agente allá a fin de que nada imprevisto ocurra.

Adiós, mi querido primo, dadnos nuevas de vos con la mayor frecuencia que podáis, es decir, cuantas veces creáis poder hacerlo con seguridad. Recibid un abrazo.

MARIE MICHON.

—¡Cuánto os debo, Aramis! —exclamó D'Artagnan—. ¡Querida Constance! ¡Por fin tengo nuevas suyas! ¡Vive, está a buen seguro en un convento, está en Stenay! ¿Dónde pensáis que está Stenay, Athos?

—A algunas leguas de las fronteras; una vez levantado el asedio, podremos ir a dar una vuelta por ese lado.

—Y esperemos que no sea muy tarde —dijo Porthos—; esta mañana han colgado a un espía que ha declarado que los rochelleses estaban con los cueros de sus zapatos. Suponiendo

que tras haber comido el cuero se coman la suela, no sé qué les quedará para después, a menos que se coman unos a otros.

—¡Pobres imbéciles! —dijo Athos vaciando un vaso de excelente vino de Burdeos, que sin tener en aquella época la reputación que tiene hoy, no por eso la merecía menos—. ¡Pobres imbéciles! ¡Como si la religión católica no fuera la más ventajosa y agradable de las religiones! Da igual —prosiguió tras haber hecho chascar su lengua contra el paladar—, son gentes valientes. Mas ¿qué diablos hacéis, Aramis? —continuó Athos—. ¿Guardáis esa carta en vuestro bolsillo?

—Sí —dijo D'Artagnan—, Athos tiene razón, hay que quemarla.

Quién sabe si el señor cardenal no tiene un secreto para interrogar a las cenizas…

—Debe tener uno —dijo Athos.

—Pero ¿qué queréis hacer con esa carta? —preguntó Porthos.

—Venid aquí, Grimaud —dijo Athos. Grimaud se levantó y obedeció.

—Para castigaros por haber hablado sin permiso, amigo mío, vais a comer este trozo de papel; luego, para recompensar el servicio que nos habéis hecho, beberéis este vaso de vino; aquí tenéis la carta primero, masticad con energía.

Grimaud sonrió y con los ojos fijos sobre el vaso que Athos acababa de llenar hasta el borde, trituró el papel y lo tragó.

—¡Bravo, maese Grimaud! —dijo Athos—. Y ahora tomad esto; bien, os dispenso de dar las gracias.

Grimaud tragó silenciosamente el vaso de vino de Burdeos, pero sus ojos alzados al cielo hablaban durante todo el tiempo que duró esta dulce ocupación un lenguaje que no por ser mudo era menos expresivo.

—Y ahora —dijo Athos—, a menos que el señor cardenal tenga la ingeniosa idea de hacer abrir el vientre de Grimaud, creo que podemos estar casi tranquilos.

Durante este tiempo Su Eminencia continuaba su paseo melancólico murmurando entre sus mostachos.

—¡Decididamente es preciso que estos cuatro hombres sean míos!

C A P Í T U L O LII

Primera jornada de cautividad

Volvamos a Milady, a la que una mirada lanzada sobre las costas de Francia nos ha hecho perder la vista un instante.

La volvemos a encontrar en la posición desesperada en que lo hemos dejado, ahondando un abismo de sombrías reflexiones, sombrío infierno a cuya puerta ha dejado casi la esperanza; porque por primera vez duda, porque por vez primera siente miedo.

En dos ocasiones le ha fallado su fortuna, en dos ocasiones se ha visto descubierta y traicionada, y en estas dos ocasiones ha sido contra el genio fatal enviado sin duda por el Señor para combatirla contra lo que ha fracasado: D'Artagnan la ha vencido a ella, esa invencible potencia del mal.

Él la ha engañado en su amor, humillado en su orgullo, hecho fracasar en su ambición, y ahora la pierde en su fortuna, la golpea en su libertad, la amenaza incluso en su vida. Es más, ha alzado una punta de su máscara, esa égida con que ella se cubre y que la vuelve tan fuerte.

D'Artagnan ha alejado de Buckingham, a quien ella odia como odia a todo cuanto ha amado, la tempestad con que lo amenazaba Richelieu en la persona de la reina. D'Artagnan se

ha hecho pasar por de Wardes, hacia quien ella sentía una de esas fantasías de tigresa, indomables como las tienen las mujeres de ese carácter. D'Artagnan conocía ese terrible secreto que ella juró que nadie conocería sin morir. Finalmente, en el momento en que acaba de obtener una firma en blanco con cuya ayuda iba a vengarse de su enemigo, esa firma en blanco le es arrancada de las manos, y es D'Artagnan quien la tiene prisionera y quien va a enviarla a algún inmundo Botany-Bay, a algún Tyburn infame del océano Indico.

Porque indudablemente todo esto le viene de D'Artagnan; ¿de quién procederían tantas vergüenzas amontonadas sobre su cabeza si no es de él? Sólo él ha podido transmitir a lord de Winter todos esos horrendos secretos, que él ha descubierto uno tras otro por una especie de fatalidad. Conoce a su cuñado, le habrá escrito.

¡Cuánto odio destila! Allí inmóvil, con los ojos ardientes y fijos en su cuarto desierto, ¡cómo los destellos de sus rugidos sordos, que a veces escapan con su respiración del fondo de su pecho, acompañan perfectamente el ruido del oleaje que asciende, gruñe, muge y viene a romperse, como una desesperación eterna e impotente, contra las rocas sobre las cuales está construido ese castillo sombrío y orgulloso! ¡Cómo concibe, a la luz de los rayos que su cólera tormentosa hace brillar en su espíritu, contra la señorita

Bonacieux, contra Buckingham y, sobre todo, contra D'Artagnan, magníficos proyectos de venganza, perdidos en las lejanías del futuro!

Sí, pero para vengarse hay que ser libre, y para ser libre, cuando se está prisionero, hay que horadar un muro, desempotrar los barrotes, agujerear el suelo; empresas todas estas que puede llevar a cabo un hombre paciente y fuerte, pero ante las cuales deben fracasar las irritaciones febriles de una mujer. Por otra parte, para hacer todo esto hay que tener tiempo, meses, años, y ella…, ella tiene diez o doce días, según lo dicho por lord de Winter, su fraterno y terrible carcelero.

Y, sin embargo, si fuera hombre intentaría todo esto, y quizá triunfaría.

¿Por qué, pues, el cielo se ha equivocado de esta forma, poniendo esta alma viril en ese cuerpo endeble y delicado?

Por eso han sido terribles los primeros momentos de cautividad: algunas convulsiones de rabia que no ha podido vencer han pagado su deuda de debilidad femenina a la naturaleza. Pero poco a poco ha superado los relámpagos de su loca cólera, los estremecimientos nerviosos que han agitado su cuerpo han desaparecido, y ahora está replegada sobre sí misma como una serpiente fatigada que reposa.

—Vamos, vamos; estaba loca al dejarme llevar así —dice hundiendo en el espejo, que refleja en sus ojos su mirada brillante, por la que parece interrogarse a sí misma—. Nada de

violencia, la violencia es una prueba de debilidad. En primer lugar, nunca he triunfado por ese medio; quizá si usara mi fuerza contra las mujeres, tendría oportunidad de encontrarlas más débiles aún que yo, y por consiguiente vencerlas, pero es contra hombres contra los que yo lucho, y no soy para ellos más que una mujer. Luchemos como mujer, mi fuerza está en mi debilidad.

Entonces, como para rendirse a sí misma cuenta de los cambios que podía imponer a su fisonomía tan expresiva y tan móvil, la hizo adoptar a la vez todas las expresiones, desde la de la cólera que crispaba sus rasgos hasta la de la más dulce, afectuosa y seductora sonrisa. Luego sus cabellos adoptaron sucesivamente bajo sus manos sabias las ondulaciones que creyó que podían ayudar a los encantos de su rostro. Finalmente, satisfecha de sí misma, murmuró:

—Vamos, nada está perdido. Sigo siendo hermosa.

Eran, aproximadamente, las ocho de la noche; Milady vio una cama; pensó que un descanso de algunas horas refrescaría no sólo su cabeza y sus ideas, sino también su tez. Sin embargo, antes de acostarse, le vino una idea mejor. Había oído hablar de cena. Estaba ya desde hacía una hora en aquella habitación, no podían tardar en traerle su comida. La prisionera no quiso

perder tiempo, y resolvió hacer, desde aquella misma noche, alguna tentativa para sondear el terreno estudiando el carácter de las personas a las que su custodia estaba confiada.

Una luz apareció por debajo de la puerta; aquella luz anunciaba el regreso de sus carceleros. Milady, que se había levantado, se lanzó vivamente sobre su sillón, la cabeza echada hacia atrás, sus hermosos cabellos sueltos y esparcidos, su pecho medio desnudo bajo sus encajes chafados, una mano sobre el corazón y la otra colgando.

Descorrieron los cerrojos, la puerta chirrió sobre sus goznes, y en la habitación resonaron unos pasos que se aproximaron.

—Poned ahí esa mesa —dijo una voz que la prisionera reconoció como la de Felton.

La orden fue ejecutada.

—Traeréis antorchas y haréis el relevo del centinela —continuó Felton. Esta doble orden que dio a los mismos individuos el joven teniente probó a

Milady que sus servidores eran los mismos hombres que sus guardianes, es

decir soldados.

Las órdenes de Felton eran ejecutadas por los demás con una silenciosa rapidez que daba buena idea del floreciente estado en que mantenía la disciplina.

Finalmente, Felton, que aún no había mirado a Milady, se volvió hacia ella.

—¡Ah, ah! —dijo—. Duerme, está bien; cuando se despierte cenará. Y dio algunos pasos para salir.

—Pero, mi teniente —dijo un soldado menos estoico que su jefe, y que se había acercado a Milady—, esta mujer no duerme.

—¿Cómo que no duerme? —dijo Felton—. ¿Entonces, qué hace?

—Está desvanecida; su rostro está muy pálido, y por más que escucho no oigo su respiración.

—Tenéis razón —dijo Felton tras haber mirado a Milady desde el lugar en que se encontraba, sin dar un paso hacia ella—; id a avisar a lord de Winter que su prisionera está desvanecida porque no sé qué hacer: el caso no estaba previsto.

El soldado salió para cumplir las órdenes de su oficial: Felton se sentó en un sillón que por azar se encontraba junto a la puerta y esperó sin decir una palabra, sin hacer un gesto. Milady poseía ese gran arte, tan estudiado por las mujeres, de ver a través de sus largas pestañas sin dar la impresión de abrir los párpados: vislumbró a Felton que le daba la espalda, continuó mirándolo durante diez minutos aproximadamente, y durante esos diez minutos el impasible guardián no se volvió ni una sola vez.

Pensó entonces que lord de Winter iba a venir a dar, con su presencia, nueva fuerza a su carcelero: su primera prueba estaba perdida, adoptó su partido como mujer que cuenta con sus recursos; en consecuencia, alzó la cabeza, abrió los ojos y suspiró débilmente.

A este suspiro Felton se volvió por fin.

—¡Ah! Ya habéis despertado señora —dijo—; nada tengo que hacer ya aquí. Si necesitáis algo, llamad.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto he sufrido! —murmuró con aquella voz armoniosa que, semejante a la de las encantadoras antiguas, encantaba a todos a quienes quería perder.

Y al enderezarse en su sillón adoptó una posición más graciosa y más abandonada aún que la que tenía cuando estaba tumbada.

Felton se levantó.

—Seréis servida de este modo tres veces al día, señora —dijo—: por la mañana, a las nueve; durante el día, a la una, y por la noche, a las ocho. Si no os va bien, podéis indicar vuestras horas en lugar de las que os propongo, y en este punto obraremos conforme a vuestros deseos.

—Pero ¿voy a quedarme siempre sola en esta habitación grande y triste?

—preguntó Milady.

—Se ha avisado a una mujer de los alrededores, mañana estará en el castillo, y vendrá siempre que deseéis su presencia.

—Os lo agradezco, señor —respondió humildemente la prisionera.

Felton hizo un leve saludo y se dirigió hacia la puerta. En el momento en que iba a franquear el umbral lord de Winter apareció en el corredor, seguido del soldado que había ido a llevarle la nueva del desvanecimiento de Milady. Traía en la mano un frasco de sales.

—¿Y bien? ¿Qué es? ¿Qué es lo que pasa aquí? —dijo con una voz burlona viendo a su prisionera de pie y a Felton dispuesto a salir—. ¿Esta muerta ha resucitado ya? Demonios, Felton, hijo mío, ¿no has visto que te tomaba por un novicio y que representaba para ti el primer acto de una comedia cuyos desarrollos tendremos sin duda el placer de seguir?

—Lo he pensado, milord —dijo Felton—; pero como la prisionera es mujer después de todo, he querido tener los miramientos que todo hombre bien nacido debe a una mujer, si no por ella, al menos por uno mismo.

Milady sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Estas palabras de Felton pasaban como hielo por todas sus venas.

—O sea —prosiguió de Winter riendo—, esos hermosos cabellos sabiamente esparcidos, esa piel blanca y esa lánguida mirada, ¿no te han seducido aún, corazón de piedra?

—No, milord —respondió el impasible joven—, y creedme, se necesita algo más que tejemanejes y coqueterías de mujer para corromperme.

—En tal caso, mi bravo teniente, dejemos a Milady buscar otra cosa y vayamos a cenar. ¡Ah!, tranquilízate, tiene la imaginación fecunda, y el segundo acto de la comedia no tardará en seguir al primero.

Y a estas palabras lord de Winter pasó su brazo bajo el de Felton y se lo llevó riendo.

—¡Oh! Ya encontraré lo que necesitas —murmuró Milady entre dientes—; estate tranquilo pobre monje frustrado, pobre soldado convertido, que te has cortado el uniforme de un hábito.

—A propósito —prosiguió de Winter deteniéndose en el umbral de la puerta—, no es preciso, Milady, que este fracaso os quite el apetito. Catad ese pollo y ese pescado que no he hecho envenenar, palabra de honor. Me llevo bastante bien con mi cocinero, y como no tiene que heredar de mí, tengo en él plena y total confianza. Haced como yo. ¡Adiós, querida hermana! Hasta vuestro próximo desvanecimiento.

Era cuanto Milady podía soportar: sus manos se crisparon sobre su sillón, sus dientes rechinaron sordamente, sus ojos siguieron

el movimiento de la puerta que se cerró tras lord de Winter y Felton; y cuando se vio sola, una nueva crisis de desesperación se apoderó de ella; lanzó los ojos sobre la mesa, vio brillar un cuchillo, se abalanzó y lo cogió; pero su desengaño fue cruel: la hoja era redonda y de plata flexible.

Una carcajada resonó tras la puerta mal cerrada, y la puerta volvió a abrirse.

—¡Ja, ja! —exclamó lord de Winter—. ¡Ja, ja, ja! ¿Ves, mi valiente Felton, ves lo que te había dicho? Ese cuchillo era para ti; hijo mío, te habría matado.

¿Ves? Es uno de sus defectos, desembarazarse así, de una forma o de otra, de las personas que la molestan. Si te hubiera escuchado, el cuchillo habría sido puntiagudo y de acero: entonces se acabó Felton, te habría degollado y después de ti a todo el mundo. Mira, además, John, qué bien sabe empuñar su cuchillo.

En efecto, Milady empuñaba aún el arma ofensiva en su mano crispada, pero estas últimas palabras, este supremo insulto, destensaron sus manos, sus

fuerzas y hasta su voluntad. El cuchillo cayó a tierra.

—Tenéis razón, milord —dijo Felton con un acento de profundo disgusto que resonó hasta en el fondo del corazón de Milady—, tenéis razón y soy yo el que estaba equivocado.

Y los dos salieron de nuevo.

Pero esta vez Milady prestó oído más atento que la primera vez, y oyó alejarse sus pasos y apagarse en el fondo del corredor.

—Estoy perdida —murmuró—, heme aquí en poder de gentes sobre las que no tendré más ascendiente que sobre estatuas de bronce o granito; me conocen de memoria y están acorazados contra todas mis armas. Es, sin embargo, imposible que esto termine como ellos han decidido.

En efecto, como indicaba esta última reflexión, ese retorno instintivo a la esperanza, en aquella alma profunda el temor y los sentimientos débiles no flotaban demasiado tiempo. Milady se sentó a la mesa, comió de varios platos, bebió un poco de vino español, y sintió que le volvía toda su resolución.

Antes de acostarse ya había comentado, analizado, mirado por todas sus facetas, examinado desde todos los puntos de vista las palabras, los pasos, los gestos, los signos y hasta el silencio de sus carceleros, y de este estudio profundo, hábil y sabio, había resultado que Felton era, en conjunto, el más vulnerable de sus dos perseguidores.

Una frase sobre todo volvía a la mente prisionera:

—Si te hubiera escuchado —había dicho lord de Winter a Felton.

Por tanto, Felton había hablado en su favor, puesto que lord de Winter no había querido escuchar a Felton.

—Débil o fuerte —repetía Milady—, ese hombre tiene un destello de piedad en su alma; de ese destelló haré yo un incendio que lo devorará. En cuanto al otro, me conoce, me teme y sabe lo que tiene que esperar de mí si alguna vez me escapo de sus manos; es, pues, inútil intentar nada sobre él. Pero Felton es otra cosa: es un joven ingenuo, puro y que parece virtuoso; a éste hay un medio de perderlo.

Y Milady se acostó y se durmió con la sonrisa en los labios; quien la hubiera visto durmiendo la habría supuesto una muchacha soñando con la corona de flores que debía poner sobre su frente en la próxima fiesta.

C A P Í T U L O LIII

Segunda jornada de cautividad

Milady soñaba que por fin tenía a D'Artagnan, que asistía a su suplicio, y era la vista de su sangre odiosa corriendo bajo el hacha del verdugo lo que dibujaba aquella encantadora sonrisa sobre sus labios.

Dormía como duerme un prisionero acunado por su primera esperanza.

Al día siguiente, cuando entraron en su cuarto, estaba todavía en su cama. Felton estaba en el corredor: traía la mujer de que había hablado la víspera y que acababa de llegar; esta mujer entró y se aproximó a la cama de Milady ofreciéndole sus servicios.

Milady era habitualmente pálida; su tez podía, pues, equivocar a una persona que la viera por primera vez.

—Tengo fiebre —dijo ella—; no he dormido un solo instante durante toda esta larga noche, sufro horriblemente; ¿seréis vos más humana de lo que fueron ayer conmigo?

—¿Queréis que llame a un médico? —dijo la mujer. Felton escuchaba este diálogo sin decir una palabra.

Milady reflexionaba que cuanta más gente la rodease más gente tendría que apiadar y más se redoblaría la vigilancia de lord de Winter; además, el médico podría declarar que la enfermedad era fingida, y Milady, tras haber perdido la primera parte, no quería perder la segunda.

—Ir a buscar a un médico —dijo—, ¿para qué? Esos señores declararon ayer que mi mal era una comedia; sin duda ocurriría lo mismo hoy; porque desde ayer noche han tenido tiempo de avisar al doctor.

—Entonces —dijo Felton impacientado—, decid vos misma, señora, qué tratamiento queréis seguir.

—¿Lo sé yo acaso? ¡Dios mío! Siento que sufro, eso es todo; me den lo que me den, poco me importa.

—Id a buscar a lord de Winter —dijo Felton cansado de aquellas quejas eternas.

—¡Oh, no, no! —exclamó Milady—. No señor, no lo llaméis, os lo ruego; estoy bien, no necesito nada, no lo llaméis.

Puso una vehemencia tan prodigiosa, una elocuencia tan arrebatadora en esta exclamación, que Felton, arrobado, dio algunos pasos dentro de la habitación.

«Está emocionado», pensó Milady.

—Sin embargo, señora —dijo Felton—, si sufrís realmente se enviará a buscar un médico, y si nos engañáis, pues bien,

entonces tanto peor para vos, pero al menos por nuestra parte no tendremos nada que reprocharnos.

Milady no respondió; pero echando hacia atrás su hermosa cabeza sobre la almohada, se fundió en lágrimas y estalló en sollozos.

Felton la miró un instante con su impasibilidad ordinaria; luego, como la crisis amenazaba con prolongarse, salió; la mujer lo siguió. Lord de Winter no apareció.

—Creo que empiezo a verlo claro —murmuró Milady con una alegría salvaje, sepultándose bajo las sábanas para ocultar a cuantos pudieran espiarle este arrebato de satisfacción interior.

Transcurrieron dos horas.

—Ahora es tiempo de que la enfermedad cese —dijo—; levantémonos y obtengamos algunos éxitos desde hoy; no tengo más que diez días, y esta noche se habrán pasado dos.

Al entrar por la mañana en la habitación de Milady, le habían traído su desayuno; y ella había pensado que no tardarían en venir a levantar la mesa, y que en ese momento volvería a ver a Felton.

Milady no se equivocaba. Felton reapareció y, sin prestar atención a si Milady había tocado o no la comida, hizo una señal para que se llevasen fuera de la habitación la mesa, que ordinariamente traían completamente servida.

Felton se quedó el último, tenía un libro en la mano.

Milady, tumbada en un sillón junto a la chimenea, hermosa, pálida y resignada, parecía una virgen santa esperando el martirio.

Felton se aproximó a ella y dijo:

—Lord de Winter, que es católico como vos, señora, ha pensado que la privación de los ritos y de las ceremonias de vuestra religión puede seros penosa: consiente, pues, en que leáis cada día el ordinario de vuestra misa, y este es un libro que contiene el ritual.

Ante la forma en que Felton depositó aquel libro sobre la mesita junto a la que estaba Milady, ante el tono con que pronunció estas dos palabras: vuestra misa, ante la sonrisa desdeñosa con que las acompañó, Milady alzó la cabeza y miró más atentamente al oficial.

Entonces, en aquel peinado severo, en aquel traje de una sencillez exagerada, en aquella frente pulida como el mármol, pero dura e impenetrable

como él, reconoció a uno de esos sombríos puritanos que con tanta frecuencia había encontrado tanto en la corte del rey Jacobo como en la del rey de Francia, donde, pese al recuerdo de San Bartolomé, venían a veces a buscar refugio.

Tuvo, pues, una de esas inspiraciones súbitas como sólo las gentes de genios las reciben en las grandes crisis, en los momentos supremos que deben decidir su fortuna o su vida.

Estas dos palabras: vuestra misa, y una simple ojeada sobre Felton le habían revelado, en efecto, toda la importancia de la respuesta que iba a dar.

Pero con esa rapidez de inteligencia que le era peculiar, aquella respuesta se presentó completamente formulada a sus labios:

—¡Yo! —dijo con un acento de desdén, puesto al unísono con aquel que había observado en la voz del joven oficial—, yo, señor, ¿mi misa? Lord de Winter, el católico corrompido, sabe bien que yo no soy de su religión, y que es una trampa que quiere tenderme.

—¿Y de qué religión sois entonces, señora? —preguntó Felton con una sorpresa que, pese al dominio que sobre sí mismo tenía, no pudo ocultar por completo.

—Lo diré —exclamó Milady con exaltación fingida— el día en que haya sufrido lo suficiente por mi fe.

La mirada de Felton descubrió a Milady toda la extensión del espacio que acababa de abrirse con esta sola frase.

Sin embargo, el joven oficial permaneció mudo e inmóvil: sólo su mirada había hablado.

—Estoy en manos de mis enemigos —prosiguió ella con ese tono de entusiasmo que sabía familiar a los puritanos—. Pues

bien, ¡que mi Dios me salve o perezca yo por mi Dios! He ahí la respuesta que os suplico deis por mí a lord de Winter. Y en cuanto a ese libro —añadió ella señalando el ritual con la punta del dedo, pero sin tocarlo como si temiera mancillarse a tal contacto

—, podéis llevároslo y serviros de él vos mismo, porque sin duda sois doblemente cómplice de lord de Winter, cómplice en su persecución, cómplice en su herejía.

Felton no respondió, tomó el libro con el mismo sentimiento de repugnancia que ya había manifestado y se retiró pensativo. Lord de Winter vino hacia las cinco de la tarde; Milady había tenido tiempo durante todo el día de trazarse su plan de conducta; lo recibió como mujer que ya ha recuperado todas sus ventajas.

—Parece —dijo el barón sentándose en un sillón frente al que ocupaba

Milady y extendiendo indolentemente sus pies sobre el hogar—, parece que hemos cometido una pequeña apostasía.

—¿Qué queréis decir, señor?

—Quiero decir que desde la última vez que nos vimos hemos cambiado de religión; ¿os habréis casado por casualidad con un tercer marido protestante?

—Explicaos, milord —prosiguió la prisionera con majestad—, porque os declaro que oigo vuestras palabras pero que no las comprendo.

—Entonces es que no tenéis religión de ningún tipo; prefiero esto — prosiguió riéndose burlonamente lord de Winter.

—Es cierto que eso va mejor con vuestros principios —replicó fríamente Milady.

—¡Oh! Os confieso que me da completamente igual.

—Aunque no confesarais esa indiferencia religiosa, milord, vuestros excesos y vuestros crímenes darían fe de ella.

—¡Vaya! Habláis de excesos, señora Mesalina; habláis de crímenes, lady Macbeth. O yo he oído mal o, diantre, sois bien impúdica.

—Habláis así porque sabéis que nos escuchan, señor —respondió fríamente Milady—, y porque queréis interesar a vuestros carceleros y a vuestros verdugos contra mí.

—¡Mis carceleros! ¡Mis verdugos! Bueno, señora, lo tomáis en un tono poético y la comedia de ayer se vuelve esta noche tragedia. Por lo demás, dentro de ocho días estaréis donde debéis estar, y mi tarea habrá acabado.

—¡Tarea infame! ¡Tarea impía! —replicó Milady con la exaltación de la víctima que provoca a su juez.

—Palabra de honor que creo —dijo de Winter levantándose— que la bribona se vuelve loca. Vamos, vamos, calmaos, señora

puritana, u os hago meter en el calabozo. Diantre, es mi vino español el que se os sube a la cabeza,

¿no es así? Estad tranquila, esa embriaguez no es peligrosa y no tendrá consecuencias.

Y lord de Winter se retiró jurando, cosa que en aquella época era un hábito completamente caballeresco.

Felton estaba en efecto detrás de la puerta y no había perdido ni palabra de toda esta escena.

Milady había adivinado bien.

—¡Sí! ¡Vete, vete! —le dijo a su hermano—. Por el contrario, las

consecuencias se acercan, pero tú no las verás, imbécil, sino cuando sea tarde para evitarlas.

Se restableció el silencio, transcurrieron dos horas; trajeron la cena y encontraron a Milady ocupada en hacer sus oraciones, oraciones que había aprendido de un viejo servidor de su segundo marido, un puritano de los más austeros. Parecía en éxtasis y no pareció prestar atención siquiera a lo que pasaba en torno suyo. Felton hizo señal de que no se la molestara, y cuando todo quedó preparado él salió sin ruido con los soldados.

Milady sabía que podía ser espiada; continuó, pues, sus oraciones hasta el final, y le pareció que el soldado que estaba

de centinela a su puerta no caminaba con el mismo paso y que parecía escuchar.

Por el momento no pretendía más, se levantó, se sentó a la mesa, comió poco y no bebió más que agua.

Una hora después vinieron a levantar la mesa, pero Milady observó que esta vez Felton no acompañaba a los soldados.

Temía, por tanto, verla con demasiada frecuencia.

Se volvió hacia la pared para sonreír, porque en esa sonrisa había tal expresión de triunfo que esa sola sonrisa la habría denunciado.

Aún dejó transcurrir media hora, y como en aquel momento todo estaba en silencio en el viejo castillo, como no se oía más que el eterno murmullo del oleaje, esa respiración inmensa del océano, con su voz pura, armoniosa y vibrante comenzó la primera estrofa de este salmo que gozaba entonces de gran favor entre los puritanos:

Señor, si nos abandonas

es para ver si somos fuertes, mas luego eres tú quien das

con tu celeste mano la palma a nuestros esfuerzos.

Estos versos no eran excelentes, les faltaba incluso mucho para serlo; mas como todos saben, los protestantes no se las daban de poetas.

Al cantar, Milady escuchaba: el soldado de guardia a su puerta se había detenido como si se hubiera convertido en piedra. Milady pudo por tanto juzgar el efecto que había producido.

Entonces ella continuó su canto con un fervor y un sentimiento inexpresables; le pareció que los sonidos se desparramaban a lo lejos bajo las bóvedas a iban como un encanto mágico a dulcificar el corazón de sus carceleros. Sin embargo, parece que el soldado de centinela, celoso católico

sin duda, agitó el encanto, porque a través de la puerta dijo:

—¡Callaos, señora! Vuestra canción es triste como un De profundis, y si además de estar de guardia aquí hay que oír cosas semejantes, no habrá quien aguante.

—¡Silencio! —dijo una voz grave que Milady reconoció como la de Felton

—. ¿A qué os mezcláis, gracioso? ¿Os ha ordenado alguien impedir cantar a esta mujer? No. Se os ha ordenado custodiarla, disparar sobre ella si intenta huir. Custodiadla; si huye, matadla; pero no alteréis en nada las órdenes.

Una expresión de alegría indecible iluminó el rostro de Milady, mas esta expresión fue fugitiva como el reflejo de un rayo, y sin dar la impresión de haber oído el diálogo del que no se había perdido ni una palabra, siguió dando a su voz todo el encanto,

toda la amplitud y toda la seducción que el demonio había puesto en ella:

Para tantos lloros y miseria,

para mi exilio y para mis cadenas, tengo mi juventud, mi plegaria,

y Dios, que tendrá en cuenta los males que he sufrido.

Aquella voz, de una amplitud nunca oída y de una pasión sublime, daba a la poesía ruda e inculta de estos salmos una magia y una expresión que los puritanos más exaltados raramente encontraban en los cantos de sus hermanos, que ellos se veían obligados a adornar con todos los recursos de su imaginación: Felton creyó oír cantar al ángel que consolaba a los tres hebreos en el horno:

Milady continuó:

Mas para nosotros llegará el día

de la liberación, Dios justo y fuerte; y si nuestra esperanza es engañado

siempre nos queda el martirio y la muerte.

Esta estrofa, en la que la terrible encantadora se esforzó por poner toda su alma acabó de sembrar el desorden en el corazón del joven oficial; abrió bruscamente la puerta y Milady lo vio aparecer pálido como siempre, pero con los ojos ardientes y casi extraviados.

—¿Por qué cantáis así —dijo— y con semejante voz?

—Perdón, señor —dijo Milady con dulzura—, olvidaba que mis cantos no son de recibo en esta casa. Sin duda os he ofendido en vuestras creencias; pero ha sido sin querer, os lo juro, perdonadme, pues, una falta que quizá es grande, pero que desde luego es involuntaria.

Milady estaba tan bella en aquel momento, el éxtasis religioso en que parecía sumida daba tal expresión a su semblante que Felton, deslumbrado, creyó ver al ángel que hacía un instante sólo creía oír.

—Sí, sí —respondió—, sí: perturbáis, agitáis a las personas que viven en este castillo.

Y el pobre insensato no se daba cuenta de la incoherencia de sus frases, mientras Milady hundía su ojo de lince en lo más profundo de su corazón.

—Me callaré —dijo Milady bajando los ojos con toda la dulzura que pudo dar a su voz, con toda la resignación que pudo imprimir a su porte.

—No, no, señora —dijo Felton—; sólo que cantad menos alto, sobre todo por la noche.

Y a estas palabras, Felton, sintiendo que no podría conservar mucho tiempo su severidad para con la prisionera, se precipitó fuera de su habitación.

—Habéis hecho bien, teniente —dijo el soldado—; esos cantos perturban el alma; sin embargo, uno termina por acostumbrarse. ¡Es tan hermosa su voz!

C A P Í T U L O LIV

Tercera jornada de cautividad

Felton había venido, pero todavía tenía que dar un paso. Había que retenerlo, o mejor, era preciso que se quedase solo, y Milady sólo oscuramente veía aún el medio que debía conducirla a este resultado.

Se necesitaba más aún: había que hacerlo hablar, a fin de hablarle también. Porque Milady lo sabía de sobra, su mayor seducción estaba en su voz, que recorría con tanta habilidad toda la gama de tonos, desde la palabra humana hasta el lenguaje celeste.

Y, sin embargo, pese a toda su seducción, Milady podría fracasar porque Felton estaba prevenido, y esto contra el menor azar. Desde ese momento, vigiló todas sus acciones, todas sus palabras, hasta la más simple mirada de sus ojos, hasta su gesto, hasta su respiración, que se podía interpretar como un suspiro. En fin ella estudió todo, como hace un hábil cómico a quien se acaba de dar un papel nuevo en un puesto que no tiene la costumbre de ocupar.

Respecto a lord de Winter su conducta era más fácil: también estaba

decidida desde la víspera. Permanecer muda y digna en su presencia, irritarlo de vez en cuando por medio de un desdén afectado, por medio de una palabra despectiva, empujarlo a amenazas y a violencias que hicieran contraste con su resignación, tal era su proyecto. Felton vería: quizá no dijera nada; pero vería.

Por la mañana Felton vino como de costumbre; pero Milady le dejó presidir todos los preparativos del desayuno sin dirigirle la palabra. Por eso, en el momento en que iba él a retirarse, ella tuvo un rayo de esperanza; porque creyó que era él quien iba a hablar; pero sus labios se movieron sin que ningún sonido saliera de su boca, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, encerró en su corazón las palabras que iban a escapar de sus labios, y salió.

Hacia mediodía, entró lord de Winter.

Hacía un hermoso día de invierno, y un rayo de ese pálido sol de Inglaterra que ilumina pero no calienta, pasaba a través de los barrotes de la prisión.

Milady miraba por la ventana, y fingió no oír la puerta que se abría.

—¡Vaya vaya! —dijo lord de Winter—. Tras haber hecho comedia, tras haber hecho tragedia, ahora hacemos melancolía.

La prisionera no respondió.

—Sí, sí —continuó lord de Winter—, comprendo; de buena gana quisierais estar en libertad en esa orilla; de buena gana querríais, sobre un buen navío, hender las olas de ese mar verde como la esmeralda; querríais de buena gana, bien en tierra, bien sobre el océano, tenderme una de esas buenas emboscadas que tan bien sabéis combinar. ¡Paciencia, paciencia! Dentro de cuatro días os será permitida la orilla, os será abierto el mar, más abierto de lo que quisierais, porque dentro de cuatro días Inglaterra será desembarazada de vos.

Milady unió las manos, y alzando sus hermosos ojos al cielo:

—¡Señor, Señor! —dijo con una angélica suavidad de gesto y de entonación—. Perdonad a este hombre como yo lo perdono.

—Sí, reza, maldita —exclamó el barón—. Tu oración es tanto más generosa cuanto que, te lo juro, estás en poder de un hombre que no perdonará.

Y salió.

En el momento en que salía, una mirada penetrante se coló por la puerta entreabierta, y ella vislumbró a Felton que volvía a su sitio rápidamente para no ser visto por ella.

Entonces se arrojó de rodillas y se puso a rezar.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo—. Vos sabéis por qué santa causa sufro;

dadme, pues, la fuerza de sufrir.

La puerta se abrió suavemente; la hermosa suplicante fingió no haber oído, y con una voz llena de lágrimas continuó:

—¡Dios vengador, Dios de bondad! ¿Dejaréis que se cumplan los horribles proyectos de este hombre?

Sólo entonces fingió ella oír el ruido de los pasos de Felton y, alzándose rápida como el pensamiento, se ruborizó como si tuviera vergüenza de haber sido sorprendida de rodillas.

—No me gusta molestar a los que rezan, señora —dijo gravemente Felton

—; no os molestéis, pues, por mí, os lo suplico.

—¿Cómo sabéis que rezaba? Señor —dijo Milady, con una voz ahogada por los sollozos—, os equivocáis; señor, yo no rezaba.

—¿Pensáis acaso, señora —respondió Felton con su misma voz grave, aunque con un acento más dulce— que me creo con derecho de impedir a una criatura prosternarse ante su Creador? ¡No lo permita Dios! Por otra parte, el arrepentimiento sienta bien a los culpables; sea el que fuere el crimen que haya cometido, un culpable a los pies de Dios me parece sagrado.

—¡Culpable yo! —dijo Milady con una sonrisa que habría desarmado al ángel del juicio final—. ¡Culpable! ¡Dios mío, tú sabes bien si lo soy! Si decís que estoy condenada, señor, sea en buena hora; pero ya lo sabéis Dios, que ama a los mártires, permite que, a veces, se condene a los inocentes.

—Si estuvierais condenada, si fuerais mártir —respondió Felton—, razón de más para rezar, y yo mismo os ayudaría con mis plegarias.

—¡Oh! Vos sois justo —exclamó Milady, precipitándose a sus pies—; mirad, no puedo resistir por más tiempo, porque temo que me falten las fuerzas en el momento en que tenga que sostener la lucha y confesar mi fe; escuchad, pues, la súplica de una mujer desesperada. Os engañan, señor, pero no se trata de esto, no os pido más que una gracia, y si me la concedéis, os bendeciré en este mundo y en el otro.

—Hablad con el señor, señora —dijo Felton—; afortunadamente no estoy encargado ni de perdonar ni de castigar; y es alguien más alto que yo a quien Dios ha confiado esa responsabilidad.

—A vos, no, sólo a vos. Escuchadme, antes de contribuir a mi perdición, antes de contribuir a mi ignominia.

—Si habéis merecido esa vergüenza, señora, si habéis incurrido en esa ignominia, hay que sufrirla ofreciéndola a Dios.

—¡Qué decís! ¡Oh, no me comprendéis! Cuando yo hablo de ignominia,

creéis que hablo de un castigo cualquiera, de la prisión o de la muerte. ¡Ojalá plazca al cielo! ¿Qué me importan a mí la muerte o la prisión?

—Soy yo quien ahora no os comprende, señora.

—O quien finge no comprenderme, señor —respondió la prisionera con una sonrisa de duda.

—¡No, señora, por el honor de un soldado, por la fe de un cristiano!

—¡Cómo! ¿Ignoráis los designios de lord de Winter sobre mí?

—Los ignoro.

—Imposible, sois su confidente.

—Yo no miento nunca, señora.

—¡Oh! Se esconde demasiado poco para que no se le adivine.

—Yo no trato de adivinar nada, señora; yo espero que se confíe a mí; y aparte de lo que ante vos me ha dicho, lord de Winter nada me ha confiado.

—Mas —exclamó Milady con un increíble acento de verdad—, ¿no sois, pues, su cómplice, no sabéis, pues, que él me destina a una vergüenza que todos los castigos de la tierra no podrían igualar en horror?

—Os equivocáis, señora —dijo Felton enrojecido—; lord de Winter no es capaz de semejante crimen.

«Bueno —dijo Milady para sus adentros—, ¡sin saber lo que es, lo llama crimen!».

Y luego, en voz alta:

—El amigo del infame es capaz de todo.

—¿A quién llamáis infame? —preguntó Felton.

—¿Hay en Inglaterra dos hombres a quien un nombre semejante pueda convenir?

—¿Os referís a Georges Villiers? —dijo Felton, cuyas miradas se inflamaron.

—A quien los paganos, los gentiles y los infieles llaman duque de Buckingham —prosiguió Milady—. ¡No habría creído que hubiera un inglés en toda Inglaterra que necesitara una explicación tan larga para reconocer a aquel al que me refería!

—La mano del Señor está extendida sobre él —dijo Felton—, no escapará al castigo que merece.

Felton no hacía sino expresar respecto al duque el sentimiento de

execración que todos los ingleses habían consagrado a aquel a quien los mismos católicos llamaban el exactor, el concusionario, el disoluto, y a quien los puritanos llamaban simplemente Satán.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Milady—. Cuando os suplico enviar a ese hombre el castigo que le es debido, sabéis que no es por venganza propia por lo que lo persigo, sino que es la liberación de todo un pueblo lo que imploro.

—¿Lo conocéis entonces? —preguntó Felton.

«Por fin me pregunta», se dijo a sí misma Milady en el colmo de la alegría por haber llegado tan pronto a tan gran resultado.

—¡Oh! ¿Si lo conozco? ¡Claro que sí! ¡Para mi desgracia, para mi desgracia eterna!

Y Milady se torció los brazos como llegada al paroxismo del dolor. Felton sintió sin duda en sí mismo que su fuerza lo abandonaba, y dio algunos pasos hacia la puerta; la prisionera, que no lo perdía de vista, saltó en su persecución y lo detuvo.

—¡Señor! —exclamó—. Sed bueno, sed clemente, escuchad mi ruego: ese cuchillo que la fatal prudencia del barón me ha quitado, porque sabe el uso que quiero hacer de él. ¡Oh, escuchadme hasta el final! ¡Ese cuchillo dejádmelo un minuto solamente, por gracia, por piedad! Abrazo vuestras rodillas; mirad, cerraréis la puerta, no es en vos en quien quiero usarlo. ¡Dios!, en vos, el único ser justo, bueno y compasivo que he encontrado; en vos, mi salvador quizá; un minuto, ese cuchillo, un minuto, uno sólo, y os lo devuelvo por el postigo de la puerta; nada más que un minuto, señor Felton, ¡y habréis salvado mi honor!

—¡Mataros! —exclamó Felton con terror, olvidando retirar sus manos de las manos de la prisionera—. ¡Mataros!

—¡He dicho señor —murmuró Milady bajando la voz y dejándose caer abatida sobre el suelo—, he dicho mi secreto! Lo sabe todo, Dios mío, estoy perdida.

Felton permanecía de pie, inmóvil e indeciso.

«Aún duda —pensó Milady—, no he sido suficientemente verdadera».

Se oyó caminar en el corredor; Milady reconoció el paso de lord de Winter.

Felton lo reconoció también y se adelantó hacia la puerta.

Milady se abalanzó.

—¡Oh!, ni una palabra —dijo con voz concentrada—, ni una palabra de cuanto os he dicho a ese hombre, o estoy perdida, y seréis vos, vos…

Luego, como los pasos se acercaban, ella se calló por miedo a que su voz fuera oída, apoyando con un gesto de terror infinito su hermosa mano sobre la boca de Felton. Felton rechazó suavemente a Milady, que fue a caer sobre una tumbona.

Lord de Winter pasó ante la puerta sin detenerse, y se oyó el ruido de los pasos que se alejaban.

Felton, pálido como la muerte, permaneció algunos instantes con el oído tenso y escuchando; luego, cuando el ruido se hubo apagado por completo, respiró como un hombre que sale de un sueño, y se precipitó fuera de la habitación.

—¡Ah! —dijo Milady escuchando a su vez el ruido de los pasos de Felton, que se alejaban en dirección opuesta a los de lord de Winter—. ¡Por fin eres mío!

Luego su frente se ensombreció.

—Si le habla al barón —dijo—, estoy perdida, porque el barón, que sabe de sobra que no me mataré, me pondrá delante de él un cuchillo en las manos, y él verá que toda esta gran desesperación no era más que un juego.

Fue a situarse ante el espejo y se miró: jamás había estado tan bella.

—¡Oh, sí —dijo sonriendo—, pero él no hablará! Por la noche, lord de Winter vino con la cena.

—Señor —le dijo Milady—, ¿vuestra presencia es un accesorio obligado de mi cautividad, o podríais ahorrarme ese aumento de torturas que causan vuestras visitas?

—¡Cómo, querida hermana! —dijo de Winter—. ¿No me anunciasteis sentimentalmente, con esa linda boca tan cruel hoy para mí, que veníais a Inglaterra con el único fin de verme a vuestro gusto, goce cuya privación, según decíais, sentíais tanto que lo arriesgasteis todo por eso: mareo, tempestad, cautividad? Pues bien, aquí me tenéis, quedad satisfecha; además, esta vez mi visita tiene un motivo.

Milady se estremeció, creyó que Felton había hablado; nunca en toda su vida quizá aquella mujer, que había experimentado tantas emociones potentes y opuestas, había sentido latir su corazón tan violentamente.

Estaba sentada; lord de Winter cogió un sillón, lo acercó a su lado y se sentó junto a ella; luego, sacando de su bolso un papel que desplegó lentamente:

—Mirad —le dijo—, quería mostraros esta especie de pasaporte que yo mismo he redactado y que en adelante os servirá de número de orden en la

vida que consiento en dejaros.

Luego, volviendo sus ojos de Milady al papel, leyó:

Orden de conducir a…

—El nombre está en blanco —interrumpió lord de Winter—. Si tenéis alguna preferencia, indicádmela; y con tal que sea a un millar de leguas de Londres, se hará a vuestro gusto. Prosigo:

Orden de conducir a… la citada Charlotte Backson, marcada por la justicia del reino de Francia, mas liberada por el castigo; permanecerá en esa residencia, sin apartarse nunca de ella más de tres leguas. En caso de tentativa de evasión, le será aplicada la pena de muerte. Recibirá cinco chelines diarios para su alojamiento y alimentación.

—Esa orden no me concierne a mí —respondió fríamente Milady—, porque lleva un nombre distinto al mío.

—¡Un nombre! Pero ¿es que tenéis uno?

—Tengo el de vuestro hermano.

—Os equivocáis, mi hermano sólo es vuestro segundo marido, y el primero todavía vive. Decidme su nombre y lo pondré en vez del nombre de Charlotte Backson. ¿No? ¿No queréis?…

¿Guardáis silencio? ¡Está bien! Seréis inscrita bajo el nombre de Charlotte Backson.

Milady permaneció silenciosa; sólo que en esta ocasión no era ya por su afectación, sino por terror; creyó que la orden estaba dispuesta a ser ejecutada: pensó que lord de Winter había adelantado su partida; creyó que estaba condenada a partir aquella misma noche. En su mente todo lo vio, pues, perdido durante un instante cuando de pronto se dio cuenta de que la orden no estaba adornada con ninguna firma.

La alegría que sintió ante este descubrimiento fue tan grande que no la pudo ocultar.

—Sí, sí —dijo lord de Winter, que se dio cuenta de lo que ella pensaba—. Sí, buscáis la firma y os decís: no todo está perdido, porque ese acta no está firmada; me lo enseñan para asustarme, eso es todo. Os equivocáis: mañana esta orden será enviada a lord de Buckingham; pasado mañana volverá firmada por su puño y adornada con su sello, y veinticuatro horas después, y de eso yo soy quien os responde, recibirá su principio de ejecución. Adiós, señora, eso es todo lo que tenía que deciros.

—Y yo os responderé, señor, que ese abuso de poder y ese exilio bajo nombre supuesto son una infamia.

—¿Preferís ser colgada bajo vuestro verdadero nombre, Milady? Ya lo

sabéis, las leyes inglesas son inexorables cuando se abusa del matrimonio; explicaos con franqueza: aunque mi nombre, o mejor el nombre de mi hermano, se halle mezclado en todo esto, correré el riesgo del escándalo en un proceso público con tal de estar seguro de que al mismo tiempo me veré libre de vos.

Milady no respondió, pero se tornó pálida como un cadáver.

—¡Ah, ya veo que preferís la peregrinación! Divinamente, señora, y hay un viejo proverbio que dice que los viajes forman a la juventud. ¡A fe que no estáis equivocada después de todo: la vida es buena! Por eso no me preocupa que vos me la quitéis. Todavía queda por arreglar el asunto de los cinco chelines; me muestro algo parsimonioso, ¿no es así? Se debe a que no me preocupa que corrompáis a vuestros guardianes. Además, siempre os quedarán vuestros encantos para seducirlos. Usadlos si vuestro fracaso con Felton no os ha asqueado de las tentativas de ese género.

«Felton no ha hablado —se dijo Milady—, nada está perdido aún».

—Y ahora, señora, hasta luego. Mañana vendré para anunciaros la partida de mi mensajero.

Lord de Winter se levantó, saludó irónicamente a Milady y salió. Milady respiró: todavía tenía cuatro días por delante; cuatro días le bastaban para terminar de seducir a Felton.

Una idea terrible se le ocurrió entonces: que lord de Winter enviaría quizá al propio Felton a hacer firmar la orden a Buckingham; de esa suerte Felton se le escapaba, y para que la prisionera triunfase se necesitaba la magia de una seducción continua.

Sin embargo, como hemos dicho, una cosa la tranquilizaba: Felton no había hablado.

No quiso parecer conmocionada por las amenazas de lord de Winter, se sentó a la mesa y comió.

Luego, como había hecho la víspera, se puso de rodillas y repitió en voz alta sus oraciones. Como la víspera, el soldado dejó de caminar y se detuvo para escucharla.

Al punto oyó pasos más ligeros que los del centinela que venían del fondo del corredor y que se detenían ante su puerta.

—Es él —dijo.

Y comenzó el mismo canto religioso que la víspera había exaltado tan violentamente a Felton.

Mas, aunque su voz dulce, plena y sonora vibró más armoniosa y más

desgarradora que nunca, la puerta permaneció cerrada. En una de las miradas furtivas que lanzaba sobre un pequeño postigo, le pareció a Milady vislumbrar a través de la reja cerrada los

ojos ardientes del joven; pero fuera realidad o visión, esta vez él tuvo sobre sí mismo el poder de no entrar.

Sólo que instantes después de que ella terminara su canto religioso, Milady creyó oír un profundo suspiro; luego los mismos pasos que había oído acercarse se alejaron lentamente y como con pesar.

CAPÍTULO LV

Cuarta jornada de cautividad

Al día siguiente, cuando Felton entró en la habitación de Milady, la encontró de pie, subida sobre un sillón, teniendo entre sus manos una cuerda tejida con la ayuda de algunos pañuelos de batista desgarrados en tiras trenzadas unas con otras atadas cabo con cabo; al ruido que Felton hizo al abrir la puerta, lady saltó con presteza al pie de su sillón, y trató de ocultar tras ella aquella cuerda improvisada que sostenía en la mano.

El joven estaba aún más pálido que de costumbre, y sus ojos enrojecidos por el insomnio indicaban que había pasado una noche febril.

Sin embargo, su frente estaba armada de una serenidad más austera que nunca.

Avanzó lentamente hacia Milady, que se había sentado, y cogiendo un cabo de la trenza asesina que por descuido, o adrede quizá, ella había dejado ver:

—¿Qué es esto, señora? —preguntó fríamente.

—¿Esto? Nada —dijo Milady sonriendo con esa expresión dolorosa que tan bien sabía dar ella a su sonrisa—. El hastío es el enemigo mortal de los prisioneros, me aburría y me he divertido trenzando esta cuerda.

Felton dirigió los ojos hacia el punto del muro de la habitación ante el que había encontrado a Milady de pie sobre el sillón en que ahora estaba sentada, y por encima de su cabeza divisó un gancho dorado, empotrado en el muro, y que servía para colgar bien los uniformes, bien las armas.

Temblaba, y la prisionera vio aquel temblor; porque aunque tuviera los ojos bajos, nada se le escapaba.

—¿Y qué hacéis de pie sobre ese sillón? —preguntó.

—¿Qué os importa? —respondió Milady.

—Deseo saberlo —contestó Felton.

—No me preguntéis —dijo la prisionera—; vos sabéis de sobra que a nosotros, los verdaderos cristianos, nos está prohibido mentir.

—Pues bien —dijo Felton—; voy a deciros lo que hacíais, o mejor, lo que ibais a hacer: ibais a acabar la obra fatal que alimentáis en vuestro espíritu; pensad, señora, que si nuestro Dios prohíbe la mentira, prohíbe mucho más severamente aún el suicidio.

—Cuando Dios ve a una de esas criaturas injustamente perseguida, colocada entre el suicidio y el deshonor, creedme, señor, —respondió Milady con un tono de profunda convicción—, Dios le perdona el suicidio; porque entonces el suicidio es el martirio.

—Decís demasiado o demasiado poco; hablad, señora, en nombre del cielo, explicaos.

—¿Que os cuente mis desgracias para que las tratéis de fábulas? ¿Que os diga mis proyectos para que vayáis a denunciarlos a mi perseguidor? No, señor. Además, ¿qué os importa la vida o la muerte de una infeliz condenada? Vos no responderéis más que de mi cuerpo, ¿no es así? Y con tal que presentéis un cadáver que sea reconocido por el mío, no se os exigirá más y quizá incluso tengáis recompensa doble.

—¡Yo, señora, yo! —exclamó Felton—. ¿Suponer que aceptaré el premio de vuestra vida? ¡Oh, no pensáis en lo que decís!

—Dejadme hacer, Felton, dejadme hacer —dijo Milady exaltándose—; todo soldado debe ser ambicioso, ¿no es así? Vos sois teniente; pues bien, seguiréis mi cortejo con el grado de capitán.

—Pero ¿qué os he hecho yo —dijo Felton trastornado— para que me carguéis con semejante responsabilidad ante los hombres y ante Dios? Dentro de algunos días os marcharéis muy lejos de aquí, señora, vuestra vida no estará ya bajo mi custodia, y entonces —añadió él con un suspiro— haréis lo que queráis.

—O sea —exclamó Milady como si no pudiera resistir a una santa indignación—, vos, un hombre piadoso, vos a quien se llama un justo, no pedís otra cosa: no ser inculpado, no ser inquietado por mi muerte.

—Yo debo velar por vuestra vida, señora, y velaré por ella.

—Mas ¿comprendéis la misión que cumplís? Cruel ya, si yo fuera culpable, ¿qué nombre le daríais, qué nombre le dará el Señor si soy inocente?

—Yo soy soldado, señora, y cumplo las órdenes que he recibido.

—¿Creéis que el día del juicio final Dios separará los verdugos ciegos de

los jueces inicuos? Vos no queréis que yo mate mi cuerpo, y os hacéis el agente de quien quiere matar mi alma.

—Pero, os lo repito —prosiguió Felton trastornado—, ningún peligro os amenaza, y yo respondo por lord de Winter como de mí mismo.

—¡Insensato! —exclamó Milady—. Pobre insensato que se atreve a responder de otro hombre cuando los más sabios, cuando los más grandes, según Dios, dudan en responder de ellos mismos, y que se coloca en el partido más fuerte y más feliz para abrumar a la más débil y más desdichada.

—Imposible, señora, imposible —murmuró Felton, que en el fondo de su corazón sentía la justicia de este argumento—; prisionera, no recuperaréis por mí la libertad; viva, no perderéis por mí la vida.

—Sí —exclamó Milady—, pero perderé lo que es mucho más caro que la vida, perderé el honor, Felton, y seréis vos, vos, a

quien yo haré responsable ante Dios y ante los hombres de mi vergüenza y de mi infamia.

Esta vez Felton, por más impasible que fuera o que fingiera ser, no pudo resistir a la influencia secreta que ya se había apoderado de él: ver a aquella mujer tan hermosa, blanca como la más cándida visión, verla alternativamente desconsolada y amenazadora, sufrir a la vez el ascendiente del dolor y de la belleza, era demasiado para un visionario, era demasiado para un cerebro minado por los sueños ardientes de la fe extática, era demasiado para un corazón corroído a la vez por el amor del cielo que abrasa, por el odio de los hombres que devora.

Milady vio la turbación, sentía por intuición la llama de las pasiones opuestas que ardían con la sangre en las venas del joven fanático; y como un general hábil que, viendo al enemigo dispuesto a retroceder, marcha sobre él lanzando el grito de victoria, ella se levantó, bella como una sacerdotisa antigua, inspirada como una virgen cristiana, y con el brazo extendido, el cuello al descubierto, los cabellos esparcidos, reteniendo con una mano su vestido púdicamente recogido sobre su pecho, la mirada iluminada por ese fuego que ya había llevado el desorden a los sentidos del joven puritano, caminó hacia él, exclamando con un aire vehemente de su voz tan dulce, a la que, en aquella ocasión, prestaba un acento terrible:

Entrega a Baal su víctima, arroja a los leones el mártir:

¡Dios hará que te arrepientas!... A él clamo desde el abismo.

Felton se detuvo ante este extraño apóstrofe, como petrificado.

—¿Quién sois vos, quién sois vos? —exclamó él juntando las manos—.

¿Sois una enviada de Dios, sois un ministro de los infiernos, sois ángel o demonio, os llamáis Eloah o Astarté?

—¿No me has reconocido, Felton? Yo no soy ni un ángel ni un demonio, soy una hija de la tierra, soy una hermana de tu creencia, eso es todo.

—¡Sí, si! —dijo Felton—. Aún dudaba, pero ahora creo.

—¡Crees y, sin embargo, eres el cómplice de ese hijo de Belial que se llama lord de Winter! ¡Crees y, sin embargo, me dejas en manos de mis enemigos, del enemigo de Inglaterra, del enemigo de Dios! ¡Crees y, sin embargo, me entregas a quien llena y mancilla el mundo con sus herejías y sus desenfrenos, a ese infame Sardanápalo a quien los ciegos llaman duque de Buckingham y a quien los creyentes llaman el anticristo!

—¿Yo entregaros a Buckingham? ¿Yo? ¿Qué decís?

—Tienen ojos —exclamó Milady— y no verán; tienen oídos y no oirán.

—Sí, sí —dijo Felton pasándose las manos por la frente cubierta de sudor como para arrancar de ella su última duda—; sí, reconozco la voz que me habla en mis sueños: sí, reconozco los rasgos del ángel que se me aparece cada noche, gritando a mi

alma que no puede dormir: «¡Golpea, salva a Inglaterra, sálvate a ti mismo, porque morirás sin haber calmado a Dios!». ¡Hablad, hablad! —exclamó Felton—. Ahora puedo comprenderos.

Un destello de alegría terrible, pero rápido como el pensamiento, brotó de los ojos de Milady.

Por fugitiva que hubiera sido aquella luz homicida, Felton la vio y se estremeció como si aquella luz hubiera iluminado los abismos del corazón de aquella mujer.

Felton se acordó de pronto de las advertencias de lord de Winter, de las seducciones de Milady, de sus primeras tentativas desde su llegada; retrocedió un paso y bajó la cabeza, pero sin cesar de mirarla; como si, fascinado por aquella extraña criatura, sus ojos no pudieran desprenderse de sus ojos.

Milady no era mujer capaz de equivocarse en cuanto al sentido de aquella duda. Bajo sus aparentes emociones su sangre fría no la abandonaba. Antes de que Felton le hubiera respondido y de que ella se viera obligada a proseguir aquella conversación tan difícil de sostener en el mismo acento de exaltación, dejó caer sus manos y, como si la debilidad de la mujer se superpusiese al entusiasmo del instante:

—Mas no —dijo—, no me toca a mí ser la Judith que libró a Betulia de este Holofernes. La espada del Eterno es demasiado pesada para mi brazo. Dejadme, pues, rehuir el deshonor de la muerte, dejadme refugiarme en el

martirio. No os pido ni la libertad, como haría un culpable, ni la venganza, como haría una pagana. Dejadme morir, eso es todo. Os suplico, os imploro de rodillas: dejadme morir, y mi último suspiro será una bendición para mi salvador.

Ante esta voz dulce y suplicante, ante esta mirada tímida y abatida, Felton se acercó. Poco a poco la encantadora se había revestido de aquellos adornos mágicos que se ponía y quitaba a voluntad, es decir, la belleza, la dulzura, las lágrimas y, sobre todo, el irresistible atractivo de la voluptuosidad mística, la más devoradora de las voluptuosidades.

—¡Ay! —dijo Felton—. No puedo más que una cosa, compadeceros si me probáis que sois una víctima. Mas lord de Winter tiene crueles quejas contra vos. Vos sois cristiana, sois mi hermana en religión; me siento arrastrado hacia vos, yo que no he amado más que a mi bienhechor, yo, que no he encontrado en la vida más que traidores e impíos. Pero vos, señora, tan bella en realidad, tan pura en apariencia, para que lord de Winter os persiga, habréis cometido iniquidades.

—Tienen ojos —repitió Milady con un acento indecible de dolor— y no verán; tienen oídos y no oirán.

—Entonces —exclamó el joven oficial— hablad, hablad, pues.

—¡Confiaros mi vergüenza! —exclamó Milady con el rubor del pudor en el rostro—. Porque a menudo el crimen de uno es la vergüenza del otro.

¡Confiaros mi vergüenza a vos, un hombre; yo, una mujer! ¡Oh! —continuó ella llevando púdicamente su mano sobre sus hermosos ojos—. ¡Oh, jamás, jamás podré!

—¡A mí, a un hermano! —exclamó Felton.

Milady lo miró largo tiempo con una expresión que el joven oficial tomó por duda, y que, sin embargo, no era más que una observación y, sobre todo, voluntad de fascinar.

Felton, suplicante a su vez, juntó las manos.

—Pues bien —dijo Milady—, me fío de mi hermano, me atrevo.

En ese momento se oyó el paso de lord de Winter; pero esta vez el terrible cuñado de Milady no se contentó, como había hecho la víspera, con pasar delante de la puerta y alejarse: se detuvo, cambió dos palabras con el centinela, luego la puerta se abrió y apareció él.

Mientras se habían cambiado esas dos palabras, Felton había retrocedido vivamente, y cuando lord de Winter entró, él estaba a algunos pasos de la prisionera.

El barón entró lentamente y dirigió su mirada escrutadora de la prisionera al joven oficial.

—Hace mucho tiempo, John —dijo—, que estáis aquí. ¿Os ha contado esa mujer sus crímenes? Entonces comprendo la duración de la entrevista.

Felton temblaba, y Milady sintió que estaba perdida si no acudía en ayuda del puritano desconcertado.

—¡Ah! ¡Teméis que vuestra prisionera se os escape! —dijo ella—. Pues bien, preguntad a vuestro digno carcelero qué gracia solicitaba de él hace un instante.

—¿Pedíais una gracia? —dijo el barón suspicaz.

—Sí, milord —replicó el joven confuso.

—Y veamos, ¿qué gracia? —preguntó lord de Winter.

—Un cuchillo que ella me devolverá por el postigo un minuto después de haberlo recibido —respondió Felton.

—¿Hay aquí alguien escondido a quien esta graciosa persona quiera degollar? —prosiguió lord de Winter con su voz burlona y despreciativa.

—Estoy yo —respondió Milady.

—Os he dado a elegir entre América y Tyburn —replicó lord de Winter—; escoged Tyburn, Milady: la cuerda es todavía más segura que el cuchillo creedme.

Felton palideció y dio un paso adelante pensando que, en el momento en que él había entrado, Milady tenía una cuerda.

—Tenéis razón —dijo ésta—, y ya había pensado en ello —luego añadió con una voz sorda—: lo volveré a pensar.

Felton sintió correr un estremecimiento hasta en la médula de sus huesos; probablemente lord de Winter percibió este movimiento.

—Desconfía, John —dijo—. John, amigo mío, me he apoyado en ti, ten cuidado. ¡Te he prevenido! Además, ten valor, hijo mío, dentro de tres días nos veremos libres de esta criatura, y donde la envíen no perjudicará a nadie.

—¡Ya lo oís! —exclamó Milady con escándalo de tal forma que el barón creyó que ella se dirigía al cielo y que Felton comprendió que era para él.

Felton bajó la cabeza y meditó.

El barón tomó al oficial por el brazo volviendo la cabeza sobre su hombro, a fin de no perder de vista a Milady hasta haber salido.

—Vamos, vamos —dijo la prisionera cuando la puerta se hubo cerrado—, no estoy tan adelantada como creía. Winter ha cambiado su estupidez ordinaria por una prudencia desconocida. ¡Lo que es el deseo de venganza, y cuánto forma al hombre ese deseo! En cuanto a Felton, duda. ¡Ay, no es un hombre como ese maldito D’Artagnan! Un puritano no adora más que a las vírgenes, y las adora juntando las manos. Un mosquetero ama a las mujeres, y las ama juntado los brazos.

Sin embargo, Milady esperó con impaciencia, porque sospechaba que la jornada no pasaría sin volver a ver a Felton. Por fin una hora después de la escena que acabamos de contar, oyó que se hablaba en voz baja junto a la puerta, luego al punto la puerta se abrió y reconoció a Felton.

El joven avanzó rápidamente por el cuarto, dejando la puerta abierta tras él y haciendo señal a Milady de callarse; tenía el rostro alterado.

—¿Qué me queréis? —dijo ella.

—Escuchad —respondió Felton en voz baja—, acabo de alejar al centinela para poder permanecer aquí sin que se sepa que he venido, para hablaros sin que se pueda oír lo que os digo. El barón acaba de contarme una historia espantosa.

Milady adoptó una sonrisa de víctima resignada y sacudió la cabeza.

—O vos sois un demonio —continuó Felton—, o el barón, mi bienhechor, mi padre, es un monstruo. Os conozco desde hace cuatro días, le amo a él desde hace diez años; puedo, pues, dudar entre los dos; no os asustéis de lo que os digo, necesito estar convencido. Esta noche, después de las doce, vendré a veros, vos me convenceréis.

—No, Felton, no, hermano mío —dijo ella—, el sacrificio es demasiado grande, y siento cuánto os cuesta. No, estoy perdida, no os perdáis conmigo. Mi muerte será mucho más

elocuente que mi vida, y el silencio del cadáver os convencerá mucho mejor que las palabras de la prisionera.

—Callaos, señora —exclamó Felton—, y no me habléis así; he venido para que me prometáis bajo palabra de honor, para que me juréis por lo más sagrado para vos que no atentaréis contra vuestra vida.

—No quiero prometer —dijo Milady— porque nadie más que yo respeta el juramento y, si prometiera, tendría que cumplirlo.

—¡Pues bien! —dijo Felton—. Comprometeos sólo hasta el momento en que me volváis a ver. Si cuando me hayáis vuelto a ver persistís aún, ¡pues bien!, entonces seréis libre, y yo mismo os daré el arma que me habéis pedido.

—¡De acuerdo! —dijo Milady—. Esperaré por vos.

—Juradlo.

—Lo juro por nuestro Dios. ¿Estáis contento?

—Bien —dijo Felton—; hasta esta noche.

Y se precipitó fuera del cuarto, volvió a cerrar la puerta y esperó fuera, con el espontón del soldado en la mano, como si hubiera montado la guardia en su lugar.

Una vez vuelto el soldado, Felton le devolvió el arma.

Entonces, a través del postigo al que se había acercado, Milady vio al joven persignarse con un fervor delirante e irse por el corredor con un transporte de alegría.

En cuanto a ella, volvió a su puesto con una sonrisa de salvaje desprecio en sus labios, y repitió blasfemando ese nombre terrible de Dios por el que había jurado sin haber aprendido nunca a conocerlo.

—¡Mi Dios! —dijo ella—. ¡Fanático insensato! ¡Mi Dios soy yo, yo, y él quien me ayudará a vengarme!

C A P Í T U L O LVI

Quinta jornada de cautividad

Milady había llegado a la mitad del triunfo y el éxito obtenido redoblaba sus fuerzas.

No era difícil vencer, como lo había hecho hasta entonces, a hombres prontos a dejarse seducir y a quienes la educación galante de la corte arrastraba pronto a la trampa; Milady era bastante hermosa para no encontrar resistencia de parte de la carne, y era bastante hábil para pasar por encima de todos los obstáculos del espíritu.

Mas esta vez tenía que luchar contra una naturaleza salvaje, concentrada, insensible a fuerza de austeridad; la religión y la penitencia habían hecho de Felton un hombre inaccesible a las seducciones corrientes. Daba vueltas en aquella cabeza exaltada a planes tan vastos, a proyectos tan tumultuosos, que no quedaba en ella sitio para ningún amor, de capricho o de materia, ese sentimiento que se nutre de ocio y crece con la corrupción. Milady había abierto por tanto brecha, con su falsa virtud, en la opinión de un hombre horriblemente prevenido contra ella, y con su belleza en el corazón y los sentidos de un hombre casto y puro. Finalmente, se había mostrado a sí misma la medida de sus medios, desconocidos para ella misma hasta entonces,

mediante esta experiencia hecha sobre el sujeto más rebelde que la naturaleza y la religión podían someter a su estudio.

Sin embargo, durante la velada muchas veces había desesperado ella del destino y de sí misma; no invocaba a Dios, ya lo sabemos, pero tenía fe en el genio del mal, esa inmensa soberanía que reina en todos los detalles de la vida humana, y a la que, como en la fábula árabe, un grano de granada le basta para reconstruir un mundo perdido.

Milady, bien preparada para recibir a Felton, pudo montar sus baterías para el día siguiente. Sabía que no le quedaban más que dos días, que una vez firmada la orden por Buckingham (y Buckingham la firmaría tanto más fácilmente cuanto que la orden llevaba un nombre falso, y que no podría él reconocer a la mujer de que se trataba), una vez firmada aquella orden, decíamos, el barón la haría embarcar inmediatamente, y sabía también que las mujeres condenadas a la deportación usan armas mucho menos poderosas en sus seducciones que las pretendidas mujeres virtuosas cuya belleza ilumina el sol del mundo, cuyo espíritu alaba la voz de la moda y un reflejo de aristocracia adora con sus luces encantadas. Ser una mujer condenada a una pena miserable e infamante no es impedimento para ser bella, pero es un obstáculo para volverse alguna vez poderosa. Como todas las gentes de mérito real, Milady conocía el medio que convenía a su naturaleza, a sus recursos. La pobreza le repugnaba, la abyección disminuía dos

tercios de su grandeza. Milady no era reina sino entre las reinas; su dominación necesitaba el placer del orgullo satisfecho. Mandar a seres inferiores era para ella más una humillación que un placer.

Desde luego, habría vuelto de su exilio, eso no lo dudaba ni un instante; pero ¿cuánto tiempo podría durar ese exilio? Para una naturaleza activa y ambiciosa como la de Milady, los días que uno no se ocupa en subir son días nefastos. ¡Piénsese, pues, cuál es la palabra con que deben denominarse los días que uno emplea en descender! Perder un año, dos años, tres años; es decir, una eternidad, volver cuando D'Artagnan, feliz y triunfante, hubiera recibido de la reina, junto con sus amigos, la recompensa que se habían granjeado de sobra con los servicios que habían prestado: era ésta una de esas ideas devoradoras que una mujer como Milady no podía soportar. Por lo demás, la tormenta que bramaba en ella duplicaba su fuerza, y habría hecho estallar los muros de su prisión si su cuerpo hubiera podido tomar por un solo instante las proporciones de su espíritu.

Luego, lo que en medio de todo esto la aguijoneaba era el recuerdo del cardenal. ¿Qué debía pensar, qué debía decir de su silencio el cardenal, desconfiado, inquieto, suspicaz; el cardenal, no sólo su único apoyo, su único sostén, su único protector en el presente, sino además el principal instrumento de su fortuna y de su venganza futura? Ella lo conocía, ella sabía que a su

retraso tras un viaje inútil, por más que arguyese la prisión, por más que exaltase los sufrimientos soportados, el cardenal respondería con aquella calma burlona del escéptico potente a la vez por la fuerza y por el genio: «¡No teníais que haberos dejado coger!».

Entonces Milady reunía toda su energía, murmurando en el fondo de su pensamiento el nombre de Felton, el único destello de luz que penetraba hasta ella en el fondo del infierno en que había caído; y como una serpiente que enrolla y desenrolla sus anillos para darse ella misma cuenta de su fuerza, envolvía de antemano a Felton en los mil repliegues de su imaginación inventiva.

Sin embargo el tiempo transcurría, las horas, unas tras otras, parecían despertar la campana al pasar, y cada golpe del badajo de bronce repercutía en el corazón de la prisionera. A las nueve, lord de Winter hizo su visita acostumbrada, miró la ventana y los barrotes, sondeó el suelo y los muros, inspeccionó la chimenea y las puertas sin que durante esta larga y minuciosa inspección ni él ni Milady pronunciasen una sola palabra.

Indudablemente los dos comprendían que la situación se había vuelto demasiado grave para perder el tiempo en palabras inútiles y en cóleras sin efecto.

—Vamos, vamos —dijo el barón al dejarla—, ¡esta noche todavía no escaparéis!

A las diez vino Felton a colocar un centinela; Milady reconoció su paso. Ahora lo adivinaba ella como una amante adivina el del amado de su corazón, y, sin embargo, Milady detestaba y despreciaba a la vez a aquel débil fanático.

No era la hora convenida, Felton no entró.

Dos horas después, y cuando daban las doce, el centinela fue relevado.

Esta vez sí era la hora; por eso, a partir de ese momento Milady esperó con impaciencia.

El nuevo centinela comenzó a pasearse por el corredor. Al cabo de diez minutos llegó Felton.

Milady prestó oído.

—Escucha —dijo el joven al centinela— no te alejes de este puesto bajo ningún pretexto, porque sabes que la noche pasada un soldado fue castigado por milord por haber dejado su puesto un instante, aunque fui yo quien, durante su corta ausencia, vigiló en su puesto.

—Sí, lo sé —dijo el soldado.

—Te recomiendo, por tanto, la más exacta vigilancia. Yo —añadió— voy a entrar para inspeccionar por segunda vez la habitación de esta mujer, que según temo tiene siniestros proyectos contra sí misma y a la cual he recibido orden de cuidar.

—Bueno —murmuró Milady—, ¡ya tenemos al austero puritano mintiendo!

En cuanto al soldado, se contentó con sonreír.

—¡Diantre! Mi teniente —dijo—, no sois tan desgraciado por estar encargado de semejantes comisiones, sobre todo si milord os autoriza a mirar hasta en su cama.

Felton se ruborizó; en cualquier otra circunstancia hubiera reprendido al soldado que se permitía semejante broma; pero su conciencia murmuraba demasiado alto para que su boca osase hablar.

—Si llamo —dijo—, ven; igual que si alguien viene, llámame.

—Sí, mi teniente —dijo el soldado.

Felton entró en la habitación de Milady. Milady se levantó.

—¿Ya estáis aquí? —dijo ella.

—Os había prometido venir —dijo Felton— y he venido.

—Me habíais prometido otra cosa además.

—¿Qué? ¡Dios mío! —dijo el joven que, pese a su dominio sobre sí mismo, sentía sus rodillas temblar y comenzar a brotar el sudor en su frente.

—Habíais prometido traerme un cuchillo y dejármelo tras nuestra conversación.

—No habléis de eso, señora —dijo Felton— no hay situación por terrible que sea que autorice a una criatura de Dios a darse la

muerte. He reflexionado que no debo hacerme nunca culpable de semejante pecado.

—¡Ah, habéis reflexionado! —dijo la prisionera sentándose en su sillón con una sonrisa de desdén—. También yo he reflexionado.

—¿En qué?

—En que yo no tenía nada que decir a un hombre que no mantenía su palabra.

—¡Dios mío! —murmuró Felton.

—Podéis retiraros —dijo Milady—, no hablaré.

—¡Aquí está el cuchillo! —dijo Felton sacando de su bolsillo el arma que

según su promesa había traído, pero que dudaba en entregar a su prisionera.

—Veámoslo —dijo Milady.

—¿Qué vais a hacer?

—Palabra de honor, os lo devuelvo al momento; lo pondré sobre la mesa y vos quedaréis entre él y yo.

Felton tendió el arma a Milady, que examinó atentamente su temple y probó la punta en el extremo de su dedo.

—Bien —dijo ella devolviendo el cuchillo al joven oficial—, es un buen acero; sois un fiel amigo, Felton.

Felton cogió el arma y la puso sobre la mesa como acababa de ser acordado con su prisionera.

Milady lo siguió con los ojos e hizo un gesto de satisfacción.

—Ahora —dijo ella—, escuchadme.

La recomendación era inútil: el joven oficial estaba de pie ante ella esperando sus palabras para devorarlas.

—Felton —dijo Milady con una severidad llena de melancolía—, Felton, si vuestra hermana, la hija de vuestro padre, os dijera: «Joven aún, bastante hermosa por desgracia, me hicieron caer en una trampa, resistí; se multiplicaron en torno mío las emboscadas, resistí; se blasfemó la religión a la que sirvo, al Dios que adoro, porque llamaba en mi ayuda a ese Dios y a esa religión, resistí; entonces se me prodigaron los ultrajes, y como no podían perder mi alma, quisieron mancillar mi cuerpo para siempre; finalmente...».

Milady se detuvo, y una sonrisa amarga pasó por sus labios.

—Finalmente —dijo Felton—, finalmente, ¿qué han hecho?

—Finalmente, una noche decidieron paralizar esa resistencia que no se podía vencer: una noche mezclaron en mi agua un poderoso narcótico; apenas hube acabado mi cena, me sentí caer poco a poco en un entumecimiento desconocido. Aunque no sintiese desconfianza, un temor vago se apoderó de mí y traté de luchar contra el sueño; me levanté, quise correr a la ventana, pedir socorro, pero mis piernas se negaron a llevarme;

me parecía que el techo bajaba contra mi cabeza y me aplastaba con su peso; tendí los brazos, traté de hablar, no pude más que lanzar sonidos inarticulados; un embotamiento irresistible se apoderaba de mí, me agarré a un sillón, sintiendo que iba a caer, mas pronto aquel apoyo fue insuficiente para mi brazos débiles, caí sobre una rodilla, luego sobre las dos; quise gritar, mi lengua estaba helada; Dios no me vio ni me oyó sin duda, y me deslicé por el suelo, presa de un sueño que se parecía a la muerte. De todo cuanto pasó en este sueño y del tiempo que

transcurrió durante su duración, ningún recuerdo tengo; la única cosa que recuerdo es que me desperté acostada en una habitación redonda cuyo moblaje era suntuoso, y en la que la luz sólo penetraba por una abertura del techo. Por lo demás, ninguna puerta parecía dar entrada a ella: se hubiera dicho una prisión magnífica. Pasé mucho tiempo hasta que pude darme cuenta del lugar en que me encontraba y de todos los detalles que cuento, mi espíritu parecía luchar inútilmente para sacudir las pesadas tinieblas de aquel sueño al que no podía arrancarme; tenía percepciones vagas de un espacio recorrido, de la rodadura de un coche, de un sueño horrible en el que mis fuerzas se agotarían; pero todo aquello era tan sombrío y tan indistinto en mi pensamiento, que estos sucesos parecían pertenecer a otra vida distinta a la mía y, sin embargo, mezclada a la mía por una fantástica dualidad. A veces, el

estado en que me encontraba me pareció tan extraño, que creí que era un sueño. Me levanté vacilante, mis vestidos estaban junto a mí, sobre una silla: no recordaba ni haberme desnudado ni haberme acostado. Entonces poco a poco la realidad se presentó a mí llena de púdicos terrores: yo no estaba ya en la casa en que vivía; por lo que podía juzgar por la luz del sol, habían transcurrido ya dos tercios del día; había dormido desde la vigilia hasta la noche; mi sueño había durado, pues, casi veinticuatro horas. ¿Qué había pasado durante aquel largo sueño? Me vestí tan rápidamente como me fue posible. Todos mis movimientos lentos y embotados atestiguaban que la influencia del narcótico no se había disipado aún por completo. Por lo demás, aquel cuarto estaba amueblado para recibir a una mujer; y la coqueta más acabada no habría tenido un solo deseo que formular que, paseando su mirada por el cuarto, no hubiera visto completamente cumplido. Desde luego no era yo la primera cautiva que se había visto encerrada en aquella espléndida prisión; pero como comprenderéis, Felton, cuanto más bella era la prisión, más miedo me daba. Sí, era una prisión porque traté en vano de salir de ella. Tanteé todos los muros con objeto de descubrir una puerta: en todas las partes los muros devolvieron un sonido plano y sordo. Quizá quince veces di la vuelta a aquella habitación, buscando una salida cualquiera: no la había; caí agotada de fatiga y de terror en un sillón. Durante este tiempo, la noche se acercaba rápidamente y con la noche aumentaban mis terrores: no sabía si debía quedarme donde estaba sentada; me parecía que estaba

rodeada de peligros desconocidos en los que iba a caer a cada Paso. Aunque no hubiese comido nada desde la víspera, mis temores me impedían sentir hambre. Ningún ruido de fuera, que me permitiese medir el tiempo, llegaba hasta mí; presumía sólo que podían ser de las siete a las ocho de la noche; porque estábamos en el mes de octubre, y la oscuridad era total. De pronto, el chirrido de una puerta que gira sobre sus goznes me hizo temblar; un globo de fuego apareció encima de la abertura guarnecida de vidrios del techo arrojando una viva luz en mi habitación y vislumbré con terror que un hombre estaba de pie a algunos pasos de mí. Una mesa con dos

cubiertos, con una cena totalmente preparada, se había alzado como por magia en medio del cuarto. Aquel hombre era el que me perseguía desde hacía un año, el que había jurado mi deshonor y el que, a las primeras palabras que salieron de su boca, me hizo comprender que lo había cumplido la noche anterior.

—¡Infame! —murmuró Felton.

—¡Oh, sí, infame! —exclamó Milady viendo el interés que el joven oficial, cuya alma parecía suspendida de sus labios, se tomaba en este extraño relato

—. ¡Oh, sí, infame! Había creído que le bastaba con haber triunfado de mí en mi sueño para que todo estuviese dicho; venía esperando que yo aceptaría mi vergüenza, puesto que mi

vergüenza estaba consumada; venía a ofrecerme su fortuna a cambio de mi amor. Todo cuanto el corazón de una mujer puede contener de soberbio desprecio y de palabras desdeñosas lo arrojé sobre aquel hombre; sin duda estaba habituado a reproches semejantes porque me escuchó tranquilo, sonriente y con los brazos cruzados sobre el pecho; luego, cuando creyó que yo había dicho todo, se adelantó hacia mí: yo salté hacia la mesa, cogí un cuchillo y lo apoyé sobre mi pecho. «Dad un paso más —le dije— y además de mi deshonor tendréis también mi muerte que reprocharos». Sin duda, en mi mirada, en mi voz, en toda mi persona había esa verdad de gesto, de ademán y de acento que lleva la convicción a las almas más perversas, porque se detuvo. «¡Vuestro amor! —me dijo—. ¡Oh, no! Sois una amante encantadora para que consienta en perderos así, después de haber tenido la dicha de poseeros, una sola vez solamente. ¡Adiós, hermosa! Esperaré para volver a visitaros a que estéis en mejores disposiciones». Tras estas palabras, silbó; el globo de llama que iluminaba mi habitación subió y desapareció; volví a encontrarme en la oscuridad. El mismo ruido de una puerta que se abre y se cierra se reprodujo un instante después, el globo resplandeciente descendió de nuevo y volví a encontrarme sola. Aquel momento fue horrible; si aún tenía algunas dudas sobre mi desdicha, esas dudas se habían desvanecido en una desesperante realidad: estaba en poder de un hombre al que no sólo detestaba sino al que despreciaba; un hombre capaz de todo y que ya me había dado una prueba fatal de a lo que podía atreverse.

—Mas ¿quién era ese hombre? —preguntó Felton.

—Pasé la noche en una silla, estremeciéndome al menor ruido; porque a media noche más o menos, la lámpara se había apagado, y yo ya me había vuelto a encontrar en la oscuridad. Mas la noche pasó sin nuevas tentativas de mi perseguidor. Llegó el día, la mesa había desaparecido; sólo que yo tenía aún el cuchillo en la mano. Aquel cuchillo era toda mi esperanza. Yo estaba rota de fatiga; el insomnio quemaba mis ojos; no me había atrevido a dormir ni un solo instante: el día me tranquilizó, fui a echarme sobre mi cama sin abandonar el cuchillo liberador que oculté bajo mi almohada. Cuando me

desperté, una nueva mesa estaba servida. Esta vez, pese a mis terrores, a pesar de mis angustias, se hizo sentir un hambre devoradora; hacía cuarenta y ocho horas que no había tomado ningún alimento: comí pan y algunas frutas; luego, acordándome del narcótico mezclado al agua que había bebido, no toqué la que estaba en la mesa y fui a llenar mi vaso en una fuente de mármol adosada al muro, encima de mi lavabo. Sin embargo, pese a esta precaución, no permanecí menos tiempo en una angustia horrorosa; pero mis temores no estaban fundados esta vez: pasé la jornada sin experimentar nada que se pareciese a lo que temía. Había tenido la precaución de vaciar a medias la jarra para que no se dieran cuenta de mi desconfianza. Llegó la noche, y con ella la oscuridad; sin embargo, por profunda que fuese, mis ojos

comenzaban a habituarse a ella; vi en medio de las tinieblas hundirse la mesa en el suelo; un cuarto de hora después reapareció con mi cena; un instante después, gracias a la misma lámpara, mi habitación se iluminó de nuevo. Estaba resuelta a no comer más que objetos a los que fuera imposible mezclar ningún somnífero: dos huevos y algunas frutas compusieron mi comida; luego fui a tomar un vaso de agua de mi fuente protectora y lo bebí. A los primeros sorbos, me pareció que no tenía el mismo gusto que por la mañana: una sospecha rápida se apoderó de mí, me detuve, pero ya había tragado medio vaso. Tiré el resto con horror, y esperé, con el sudor del espanto en la frente. Sin duda, algún invisible testigo me había visto tomar el agua de aquella fuente, y había aprovechado mi confianza para asegurar mejor mi pérdida tan fríamente resuelta, tan cruelmente perseguida. No había transcurrido media hora cuando se produjeron los mismos síntomas; sólo que como aquella vez no había bebido más que medio vaso de agua, luché más tiempo, y en lugar de dormirme completamente, caí en un estado de somnolencia que me dejaba sentir lo que pasaba en torno mío, a la vez que me quitaba la fuerza de defenderme o de huir. Me arrastré hacia mi cama, para buscar allí la única defensa que me quedaba, mi cuchillo salvador; pero no pude llegar hasta la cabecera: caí de rodillas, con las manos aferradas a una de las columnas del pie; entonces comprendí que estaba perdida.

Felton palideció horrorosamente, y un estremecimiento convulsivo corrió por todo su cuerpo.

—Y lo que era más horroroso —continuó Milady con la voz alterada como si hubiera experimentado aún la misma angustia que en aquel momento terrible— es que aquella vez yo tenía conciencia del peligro que me amenazaba; es que mi alma, puedo decirlo, velaba en mi cuerpo adormecido; es que yo veía, es que oía; es cierto que todo aquello era como un sueño, pero no por ello menos espantoso. Vi la lámpara que ascendía y que poco a poco me dejaba en la oscuridad; luego oí el chirrido tan bien conocido de aquella puerta, aunque aquella puerta sólo se hubiera abierto dos veces. Sentí instintivamente que alguien se acercaba a mí; dicen que el desgraciado perdido

en los desiertos de América siente de este modo la cercanía de la serpiente. Quería hacer un esfuerzo, trataba de gritar; gracias a una increíble energía de voluntad me levanté, para volver a caer al punto… y volver a caer en los brazos de mi perseguidor.

—Decidme, pues, ¿quién era ese hombre? —exclamó el joven oficial. Milady vio de una sola mirada todo el sufrimiento que inspiraba a Felton,

sopesándolo en cada detalle de su relato; pero no quería hacerle gracia de ninguna tortura. Con mayor profundidad le rompería el corazón, con mayor seguridad la vengaría. Ella continuó, pues, como si no hubiera oído su exclamación, o

como si hubiera pensado que no había llegado aún el momento de responder a ella.

—Sólo que aquella vez el infame tenía que habérselas no ya con una especie de cadáver inerte, sin ningún sentimiento. Ya os lo he dicho: aunque no conseguía recuperar el ejercicio completo de mis facultades, me quedaba el sentimiento de mi peligro: luchaba, pues, con todas mis fuerzas, y, sin duda, pese a lo debilitada que estaba, oponía una larga resistencia, porque lo oí exclamar: «¡Estas miserables puritanas! Sabía que cansan a sus verdugos, pero las creía menos fuertes contra sus seductores». ¡Ay! Aquella resistencia desesperada no podía durar mucho tiempo, sentí que mis fuerzas se agotaban; y esta vez no fue de mi sueño de lo que el cobarde se aprovechó, fue de mi desvanecimiento.

Felton escuchaba sin hacer oír otra cosa que una especie de rugido sordo; sólo el sudor corría sobre su frente de mármol, y su mano oculta bajo su uniforme desgarraba su pecho.

—Mi primer movimiento al volver en mí fue buscar bajo mi almohada aquel cuchillo que no había podido alcanzar; si no había servido para la defensa podía servir al menos para la expiación. Pero al coger aquel cuchillo, Felton, me vino una idea terrible. He jurado decíroslo todo y os lo diré todo; os he prometido la verdad, la diré aunque me pierda.

—Os vino la idea de vengaros de aquel hombre, ¿no es eso? —exclamó Felton.

—¡Pues, sí! —dijo Milady—. Aquella idea no era de cristiana, lo sé; sin duda ese eterno enemigo de nuestra alma, ese león que ruge sin cesar en torno de nosotros la soplaba a mi espíritu. En fin, ¿qué puedo deciros Felton? — continuó Milady con el tono de una mujer que se acusa de un crimen—. Me vino esa idea y sin duda ya no me dejó. Hoy llevo el castigo de ese pensamiento homicida.

—Continuad, continuad —dijo Felton—, tengo prisa por veros llegar a la venganza.

—¡Oh! Resolví que tenía que llegar lo antes posible, no dudaba de que él volvería a la noche siguiente Por el día no tenía nada que temer. Por eso, cuando vino la hora del almuerzo, no dudé en comer y beber: estaba resuelta a fingir que cenaba, pero no tomaría nada; debía por tanto, combatir mediante la nutrición de la mañana el ayuno de la noche. Sólo que oculté un vaso de agua sustraída a mi desayuno, dado que había sido la sed la que más me había hecho sufrir cuando había permanecido cuarenta y ocho horas sin beber ni comer. El día transcurrió sin tener otra influencia sobre mí que afirmarme en la resolución tomada: sólo que tuve cuidado de que mi rostro no traicionase en nada el pensamiento de mi corazón, porque no dudaba de que era observada; varias veces incluso sentí una sonrisa en mis labios. Felton, no me atrevo a deciros ante qué idea sonreía, sentiríais horror de mí...

—Continuad, continuad —dijo Felton—, ya veis que escucho y que tengo prisa por llegar.

—Llegó la noche, los acontecimientos habituales se produjeron; en la oscuridad, como de costumbre, fue servida mi cena, luego la lámpara se iluminó, y me senté a la mesa. Comí sólo algunas frutas: fingí que me servía agua de la jarra, pero sólo bebí de la que había conservado en mi vaso; la sustitución, por lo demás, fue hecha con la maña suficiente para que mis espías, si los tenía, no concibiesen sospecha alguna. Tras la cena, ofrecí las mismas señales de embotamiento que la víspera; pero esta vez, como si sucumbiese a la fatiga o como si me familiarizase con el peligro, me arrastré hacia la cama a hice semblante de adormecerme. En esta ocasión había encontrado mi cuchillo bajo la almohada y, al tiempo que fingía dormir, mi mano apretaba convulsivamente la empuñadura. Transcurrieron dos horas sin que ocurriese nada nuevo. ¡Aquella vez, Dios mío! ¡Quién me hubiera dicho esto la víspera: comenzaba a temer que no viniese! Por fin, vi la lámpara elevarse suavemente y desaparecer en las profundidades del techo; mi habitación se llenó de tinieblas, pero hice un esfuerzo por horadar con la mirada la oscuridad. Aproximadamente pasaron diez minutos. No oía yo otro ruido que el del latido de mi corazón. Yo imploraba al cielo para que viniese. Por fin oí el ruido tan conocido de la puerta que se abría y volvía a cerrarse; oí, pese al espesor de la alfombra, un paso que hacía chirriar el suelo; vi, pese a la oscuridad, una sombra que se acercaba a mi cama.

—¡Daos prisa daos prisa! —dijo Felton—. ¿No veis que cada una de vuestras palabras me quema como plomo derretido?

—Entonces —continuó Milady— entonces reuní todas mis fuerzas, me acordé de que el momento de la venganza, o, mejor dicho, de la justicia había sonado; me consideraba otra Judith; me recogí sobre mí misma, con mi cuchillo en la mano, y cuando lo vi junto a mí tendiendo los brazos para buscar a su víctima, entonces, con el último grito del dolor y de la

desesperación, le golpeé en medio del pecho. ¡Miserable! ¡Lo había previsto todo: su pecho estaba cubierto de una cota de malla! El cuchillo se embotó.

«¡Ay, ay! —exclamó cogiéndome el brazo y arrancándome el arma que tan mal me había servido—. ¡Queréis mi vida, hermosa puritana! Mas esto es más que odio, esto es ingratitud. ¡Vamos, vamos, calmaos, calmaos, niña mía! Había creído que os habíais dulcificado. No soy de esos tiranos que conservan las mujeres por la fuerza: no me amáis, dudaba de ello con mi fatuidad ordinaria; ahora estoy convencido. Mañana seréis libre». Yo no tenía más que un deseo: era que me matase. «¡Tened cuidado! —le dije—. Mi libertad es vuestro deshonor. Sí, porque apenas salga de aquí diré todo, diré la violencia que habéis usado contra mí, diré mi cautividad. Denunciaré este palacio de infamia; estáis colocado muy alto, milord, mas temblad. Por encima de vos está el rey, por encima del rey está

Dios». Por dueño que pareciese de sí mismo, mi perseguidor dejó traslucir un movimiento de cólera. Yo no podía ver la expresión de su rostro, pero había sentido estremecerse su brazo sobre el que estaba puesta mi mano. «Entonces, no saldréis de aquí», dijo. «¡Bien, bien! —exclamé yo—. Entonces el lugar de mi suplicio será también el de mi tumba. Yo moriré aquí y ya veréis si un fantasma que acusa no es más terrible aún que un vivo que amenaza». «No se os dejará ningún arma». «Hay una que la desesperación ha puesto al alcance de toda criatura que tenga el valor de servirse de ella. Me dejaré morir de hambre». «Veamos —dijo el miserable—,

¿no vale más la paz que una guerra como ésta? Os devuelvo la libertad ahora

mismo, os proclamo una virtud, os denomino la Lucrecia de Inglaterra». «Y yo, yo digo que vos sois Sextus, yo os denuncio a los hombres como os he denunciado ya a Dios; y si hace falta que, como Lucrecia, firme mi acusación con mi sangre, la firmaré». «¡Ah, ah! —dijo mi enemigo en un tono burlón—. Entonces es distinto. A fe que a fin de cuentas estáis bien aquí: nada os faltará, y si os dejáis morir de hambre, será culpa vuestra». Tras estas palabras se retiró, oí abrirse y volverse a cerrar la puerta y permanecí abismada, menos aún, lo confieso, en mi dolor que en la vergüenza de no haberme vengado. Mantuvo su palabra. Todo el día, toda la noche transcurrieron sin que volviese a verlo. Pero yo también mantuve mi palabra, y no comí ni bebí; como le había dicho, estaba resuelta a dejarme

morir de hambre. Pasé el día y la noche rezando, porque esperaba que Dios me perdonase mi suicidio. La segunda noche la puerta se abrió; estaba tumbada en el suelo, las fuerzas comenzaban a abandonarme. Ante el ruido, me levanté sobre una mano. «Y bien —me dijo una voz que vibraba de una forma demasiado terrible a mi oído para que no la reconociese—; y bien, nos hemos dulcificado un poco, y pagaremos nuestra libertad con la sola promesa del silencio. Mirad, soy buen príncipe —añadió

—, y aunque no me gustan los puritanos, les hago justicia, así como a las

puritanas, cuando son hermosas. Vamos, hacedme un pequeño juramento sobre la cruz, no os pido más». «¡Sobre la cruz! —exclamé yo levantándome,

porque al oír aquella voz aborrecida había vuelto a encontrar todas mis fuerzas

—. ¡Sobre la cruz! Juro que ninguna promesa, ninguna amenaza, ninguna tortura me cerrará la boca. ¡Sobre la cruz! Juro denunciaros por todas partes como asesino, como ladrón del honor, como cobarde. ¡Sobre la cruz! Juro, si alguna vez consigo salir de aquí, pedir venganza contra vos al género humano entero». «¡Tened cuidado! —dijo la voz con un acento de amenaza que yo no había oído todavía—. Tengo un recurso supremo, que no emplearé más que en último extremo, de

cerraros la boca o al menos de impedir que alguien crea una sola palabra de lo que digáis». Reuní todas mis fuerzas para responder con una carcajada. El vio que entre nosotros había adelante una guerra eterna, una guerra a muerte. «Escuchad —dijo—, os doy aún el resto de esta noche y el día de mañana; reflexionad: si prometéis callaros, la riqueza, la consideración, los honores incluso os rodearán; si amenazáis con hablar, os condeno a la infamia». «¡Vos! —exclamé yo—. ¡Vos!». «¡A la infamia eterna, indeleble!».

«¡Vos!», repetí yo. ¡Oh, os lo digo, Felton, le creía insensato! «Sí, yo»,

contestó él. «¡Ah, dejadme! —le dije—. Salid si no queréis que ante vuestros ojos me rompa la cabeza contra la pared». «Está bien —replicó él—, vos lo habéis querido, hasta mañana por la noche». «Hasta mañana por la noche», respondí yo dejándome caer y mordiendo la alfombra de rabia…

Felton se apoyaba sobre un mueble y Milady vela con alegría de demonio que quizá le faltara la fuerza antes del fin del relato.

CAPÍTULO LVII

Un recurso de tragedia clásica

Tras un momento de silencio, empleado por Milady en observar al joven que la escuchaba, continuó su relato:

—Hacía casi tres días que no había comido ni bebido, sufría torturas atroces: a veces pasaban por mí como nubes que me apretaban la frente, que me tapaban los ojos: era el delirio. Llegó la noche; estaba tan débil que a cada instante me desvanecía y cada vez que me desvanecía daba gracias a Dios, porque creía que iba a morir. En medio de unos de estos desvanecimientos, oí abrirse la puerta; el terror me volvió en mí. Mi perseguidor entró seguido de un hombre enmascarado: él también estaba enmascarado; pero yo reconocí su paso, yo reconocí aquel aire imponente que el infierno ha dado a su persona para desgracia de la humanidad. «Y bien —me dijo—, ¿estáis decidida a hacerme el juramento que os he pedido?» «Vos lo habéis dicho, los puritanos no tienen más que una palabra: la mía ya la habéis oído, ¡y es llevaros en la tierra ante el tribunal de los hombres; en el cielo, ante el tribunal de Dios!».

«¿Así que persistís?» «Juro ante Dios que me oye: tomaré el mundo entero por testigo de vuestro crimen, y esto hasta que

encuentre un vengador». «Sois una prostituta —dijo con voz tonante—, y sufriréis el suplicio de las prostitutas. Marcada a los ojos del mundo que invocaréis, ¡tratad de probar a ese mundo que no sois culpable ni loca!». Luego, dirigiéndose al hombre que le acompañaba: «Verdugo —dijo—, cumple tu deber».

—¡Oh, su nombre, su nombre! —exclamó Felton—. ¡Su nombre, decídmelo!

—Entonces, pese a mis gritos, pese a mi resistencia, porque yo comenzaba a comprender que para mí se trataba de algo peor que la muerte, el verdugo me cogió, me volcó sobre el suelo, me magulló con sus agarrones y, ahogada por los sollozos, casi sin conocimiento, invocando a Dios que no me escuchaba, lancé de pronto un espantoso grito de dolor y de vergüenza: un hierro ardiendo, un hierro candente, el hierro del verdugo, se había impreso en mi hombro.

Felton lanzó un rugido.

—Mirad —dijo Milady, levantándose entonces con una majestad de reina

—, mirad, Felton, ved cómo han inventado un nuevo martirio para la doncella pura y, sin embargo, víctima de la brutalidad de un malvado. Aprended a conocer el corazón de los hombres, y en adelante haceos con menos facilidad instrumento de sus injustas venganzas.

Con rápido gesto, Milady abrió su vestido, desgarró la batista que cubría su seno y, ruborizada por una fingida cólera y una

vergüenza teatral, mostró al joven la huella indeleble que deshonraba aquel hombro tan bello.

—Pero —exclamó Felton— es una flor de lis lo que ahí veo.

—Precisamente ahí es donde está la infamia —respondió Milady—. La marca de Inglaterra… había que probar qué tribunal me la había impuesto, yo habría hecho una apelación pública a todos los tribunales del reino; mas la marca de Francia…, ¡oh!, con ella estaba bien marcada.

Aquello era demasiado para Felton.

Pálido, inmóvil, aplastado por esta revelación espantosa, deslumbrado por la belleza sobrehumana de aquella mujer que se desnudaba ante él con un impudor que le pareció sublime, terminó cayendo de rodillas ante ella como hacían los primeros cristianos ante aquellas puras y santas mártires que la persecución de los emperadores libraba en el circo a la sanguinaria lubricidad del populacho. La marca desapareció, sólo quedó la belleza.

—¡Perdón, perdón! —exclamó Felton—. ¡Oh, perdón! Milady leyó en sus ojos: amor, amor.

—¿Perdón de qué? —preguntó ella.

—Perdón por haberme unido a vuestros perseguidores. Milady le tendió la mano.

—¡Tan bella, tan joven! —exclamó Felton cubriendo aquella mano de besos.

Milady dejó caer sobre él una de esas miradas que de un esclavo hacen un rey.

Felton era puritano: dejó la mano de esta mujer para besar sus pies. El ya no la amaba más, la adoraba.

Cuando aquella crisis hubo pasado, cuando Milady pareció haber recobrado su sangre fría, que no había perdido nunca; cuando Felton hubo visto volverse a cerrar bajo el velo de la castidad aquellos tesoros de amor que no se le ocultaban sino para hacérselos desear más ardientemente:

—¡Ah! Ahora —dijo— no tengo más que una cosa que pediros, es el nombre de vuestro verdadero verdugo; porque para mí no hay más que uno; el otro era el instrumento nada más.

—¿Cómo, hermano? —exclamó Milady—. ¿Es preciso que todavía te lo nombre, no lo has adivinado?

—¿Qué? —contestó Felton—. ¡El…, también él…, siempre él! ¿Qué? El verdadero culpable…

—El verdadero culpable —dijo Milady— es el estragador de Inglaterra, el perseguidor de los verdaderos creyentes, el cobarde rapaz del honor de tantas mujeres, el que por un capricho de su corazón corrompido va a hacer derramar tanta sangre a dos reinos, el que protege a los protestantes hoy y que mañana los traicionará…

—¡Buckingham! ¡Entonces es Buckingham! —exclamó Felton exasperado.

Milady ocultó su rostro en sus manos, como si no hubiera podido soportar la vergüenza que este hombre le recordaba.

—¡Buckingham el verdugo de esta angélica criatura! —exclamó Felton—. Y tú, Dios mío, no lo has fulminado, y tú lo has dejado noble, honrado, poderoso para la perdición de todos nosotros.

—Dios abandona a quien se abandona a sí mismo —dijo Milady.

—Pero, entonces, ¡quiere atraer sobre su cabeza el castigo reservado a los malditos! —continuó Felton con exaltación creciente—. ¡Quiere que la

venganza humana anticipe la justicia celeste!

—Los hombres lo temen y lo protegen.

—¡Oh, yo —dijo Felton—, yo no lo temo y no lo protegeré!... Milady sintió su alma bañada por una alegría infernal.

—Pero ¿cómo lord de Winter, mi protector, mi padre —preguntó Felton—, está mezclado en todo esto?

—Escuchad, Felton —prosiguió Milady—, porque al lado de hombres cobardes y despreciables todavía hay naturalezas grandes y generosas. Yo tenía un prometido, un hombre al que yo amaba y que me amaba; un corazón como el vuestro, Felton, un hombre como vos. Fui a él y le conté todo; me conocía y no

dudó ni un solo instante. Era un gran señor, era un hombre en todo el igual de Buckingham. No me dijo nada, se ciñó solamente su espada, se envolvió en su capa y se dirigió a Buckingham Palace.

—Sí, sí —dijo Felton—, comprendo; aunque con semejantes hombres no sea la espada lo que hay que emplear, sino el puñal.

—Buckingham se había ido la víspera, enviado como embajador a España, donde iba a pedir la mano de la infanta para el rey Carlos I, que no era entonces más que príncipe de Gales. Mi prometido volvió. «Escuchad —me dijo—, ese hombre ha partido y, por consiguiente, por ahora, escapa a mi venganza; pero, mientras tanto, unámonos, como debíamos estarlo; luego, confiad en lord de Winter para sostener su honor y el de su mujer».

—¡Lord de Winter! —exclamó Felton.

—Sí —dijo Milady— lord de Winter, y ahora debéis comprenderlo todo,

¿no es así?: Buckingham permaneció ausente más de un año. Ocho días antes de su llegada lord de Winter murió súbitamente, dejándome única heredera.

¿De dónde venía el golpe? Dios, que todo lo sabe, lo sabe sin duda, yo a nadie acuso…

—¡Oh, qué abismo, qué abismo! —exclamó Felton.

—Lord de Winter había muerto sin decir nada a su hermano. El secreto terrible debía quedar oculto a todos hasta que estallase como el rayo sobre la cabeza del culpable. Vuestro protector había visto con pesar este matrimonio de su hermano mayor con una joven sin fortuna. Sentí que no podía esperar de un hombre engañado en sus esperanzas de herencia apoyo alguno. Pasé a Francia resuelta a permanecer allí durante todo el resto de mi vida. Pero toda mi fortuna está en Inglaterra; cerradas las comunicaciones por la guerra, todo me faltó: me vi obligada entonces a volver; hace seis días arribé a Portsmouth.

—¿Y bien? —dijo Felton.

—Y bien. Buckingham se enteró sin duda de mi regreso, habló de él a lord de Winter, ya prevenido contra mí, y le dijo que su cuñada era una prostituida, una mujer marcada. La voz pura y noble de mi marido no estaba allí para defenderme. Lord de Winter creyó todo cuanto se le dijo, con tanta mayor facilidad cuanto que tenía interés en creerlo. Me hizo detener, me condujo aquí, me puso bajo vuestra custodia. El resto vos lo sabéis: pasado mañana me destierra, me deporta; pasado mañana me relega entre los infames. ¡Oh!, la trampa está bien urdida, la conspiración es hábil y mi honor no sobrevivirá a ella. De sobra veis que es preciso que yo muera, Felton; ¡Felton, dadme ese cuchillo!

Y tras estas palabras, como si todas sus fuerzas estuvieran agotadas, Milady se dejó ir débil y lánguida entre los brazos del joven oficial que, ebrio de amor, de cólera y de voluptuosidades desconocidas, la recibió con transporte, la apretó contra su corazón, todo tembloroso ante el aliento de aquella boca tan bella, todo extraviado al contacto de aquel seno tan palpitante.

—No, no —dijo—; no, tú vivirás honrada y pura, vivirás para triunfar de tus enemigos.

Milady lo rechazó lentamente con la mano atrayéndolo con la mirada; mas Felton, a su vez, se apoderó de ella, implorándola como a una divinidad.

—¡Oh! ¡La muerte, la muerte! —dijo ella, velando su voz y sus párpados

—. ¡Oh, la muerte antes que la vergüenza! Felton, hermano mío, amigo mío, te lo ruego.

—No —exclamó Felton—, no, ¡tú vivirás y serás vengada!

—Felton, llevo la desgracia a todo lo que me rodea. ¡Felton, abandóname!

¡Felton, déjame morir!

—Pues bien, muramos entonces juntos —exclamó él apoyando sus labios sobre los de la prisionera.

Varios golpes sonaron en la puerta; esta vez, Milady lo rechazó realmente.

—Escucha —dijo—, nos han oído; alguien viene. ¡Se acabó, estamos perdidos!

—No —dijo Felton—, es el centinela que me previene sólo de que llega una ronda.

—Entonces, corred a la puerta y abrid vos mismo.

Felton obedeció: aquella mujer era ya todo su pensamiento, toda su alma. Se encontró frente a un sargento que mandaba una patrulla de vigilancia.

—¡Y bien! ¿Qué ocurre? —preguntó el joven teniente.

—Me habíais dicho que abriese la puerta si oía pedir ayuda —dijo el soldado—, pero habéis olvidado dejarme la llave; os he oído gritar sin comprender lo que decíais, he querido abrir la puerta, estaba cerrada por dentro y entonces he llamado al sargento.

—Y aquí estoy —dijo el sargento.

Felton, extraviado, casi loco, permanecía sin voz.

Milady comprendió que le correspondía coger las riendas de la situación; corrió a la mesa y cogió el cuchillo que había depositado Felton:

—¿Y con qué derecho queréis impedirme morir? —dijo ella.

—¡Gran Dios! —exclamó Felton viendo brillar el cuchillo en su mano. En aquel momento, una carcajada irónica resonó en el corredor.

El barón, atraído por el ruido, en bata, con la espada bajo el brazo, estaba de pie en el umbral de la puerta.

—¡Ah, ah! —dijo—. Ya estamos ante el último acto de la tragedia; ya lo veis, Felton el drama ha seguido todas las fases que yo había indicado; pero estad tranquilo, la sangre no correrá.

Milady comprendió que estaba perdida si no daba a Felton una prueba inmediata y terrible de su valor.

—Os equivocáis, milord, la sangre correrá. ¡Ojalá esa sangre caiga sobre los que la hacen correr!

Felton lanzó un grito y se precipitó hacia ella; era demasiado tarde: Milady se había golpeado.

Pero el cuchillo había encontrado, afortunadamente, deberíamos decir que hábilmente, la ballena de hierro que en esa época defendía como una coraza el pecho de las mujeres; se había deslizado desgarrando el vestido y había penetrado al bies entre la carne y las costillas.

El vestido de Milady no por ello quedó menos manchado de sangre en un segundo.

Milady había caído de espaldas y parecía desvanecida. Felton arrancó el cuchillo.

—Ved, milord —dijo con aire sombrío—. ¡Ahí tenéis una mujer que estaba bajo mi custodia y que se ha matado!

—Estad tranquilo, Felton —dijo lord de Winter—, no está muerta, los

demonios no mueren tan fácilmente, tranquilizaos e id a esperarme en mi cuarto.

—Pero, milord.

—Id, os lo ordeno.

A esta conminación de su superior, Felton obedeció; pero, al salir, puso el cuchillo en su pecho.

En cuanto a lord de Winter, se contentó con llamar a la mujer que servía a Milady, y cuando hubo venido le recomendó a la prisionera que seguía desvanecida, y la dejó sola con ella.

Sin embargo, como en conjunto, pese a sus sospechas, la herida podía ser grave, envió al instante un hombre a caballo a buscar un médico.

C A P Í T U L O LVIII

Evasión

Como había pensado lord de Winter, la herida de Milady no era peligrosa; por eso, cuando se encontró sola con la mujer que el barón se había hecho llamar y que se afanaba en desnudarla, volvió a abrir los ojos.

Sin embargo, había que jugar a la debilidad y al dolor; no eran cosas difíciles para una comedianta como Milady; por eso la pobre mujer fue víctima completa de su prisionera a la que, pese a sus protestas, se obstinó en velar toda la noche.

Pero la presencia de aquella mujer no le impedía a Milady pensar.

No había ninguna duda, Felton estaba convencido, Felton era suyo: si un ángel se apareciese al joven para acusar a Milady, desde luego lo tomaría, en la disposición de espíritu en que se encontraba, por un enviado del demonio.

Milady sonreía a este pensamiento porque Felton era en lo sucesivo su única esperanza, su único medio de salvación.

Pero lord de Winter podía sospechar, y Felton podía ser ahora vigilado.

Hacia las cuatro de la mañana llegó el médico; pero desde que Milady se había apuñalado la herida estaba ya cerrada: el médico no pudo, por tanto medir ni la dirección ni la profundidad; reconoció sólo por el pulso de la enferma que el caso no era grave.

Por la mañana, Milady, so pretexto de que no había dormido por la noche y

que necesitaba descanso, despidió a la mujer que velaba a su lado.

Tenía una esperanza, y es que Felton llegara a la hora del desayuno; pero Felton no vino.

¿Sus temores se habían vuelto realidad? Felton, sospechoso del barón, ¿iba a fallarle en el momento decisivo? No tenía más que un día: lord de Winter le había anunciado su embarque para el 23 y estaba en la mañana del 22.

No obstante, esperó aún con bastante paciencia hasta la hora de la cena. Aunque no comió por la mañana la cena le fue traída a la hora habitual;

Milady se dio entonces cuenta con terror que el uniforme de los soldados que

la custodiaban había cambiado.

Entonces se aventuró a preguntar qué había sido de Felton. Le respondieron que Felton había montado a caballo hacía una hora y había partido.

Se informó de si el barón seguía en el castillo; el soldado respondió que sí, y que tenía la orden de avisarlo en caso de que la prisionera deseara hablarle.

Milady respondió que estaba demasiado débil por el momento, y que su único deseo era permanecer sola.

El soldado salió dejando la cena servida.

Felton había sido alejado, los soldados de marina habían sido cambiados; desconfiaba, por tanto, de Felton.

Era el último golpe dado a la prisionera.

Al quedar sola, se levantó; aquella cama, en la que estaba por prudencia y para que se la creyese gravemente enferma, le quemaba como un brasero ardiente. Lanzó una mirada a la puerta: el barón había hecho clavar una plancha sobre el postigo; temía sin duda que por aquella abertura consiguiese, mediante algún recurso diabólico, seducir a los guardias.

Milady sonrió de alegría; podría, pues, entregarse a sus transportes sin ser observada: recorría la habitación con la exaltación de una loca furiosa o de una tigresa encerrada en una jaula de hierro. Desde luego, si le hubiese quedado el cuchillo, habría pensado no en matarse a sí misma, sino esta vez en matar al barón.

A las seis, lord de Winter entró; estaba armado hasta los dientes. Aquel hombre, en el que hasta entonces Milady no había visto sino un gentleman bastante necio, se había vuelto un magnífico carcelero: parecía preverlo todo, adivinarlo todo, prevenirlo todo.

Una sola mirada lanzada sobre Milady le informó de lo que pasaba en su

alma.

—Sea —dijo él—, mas no me mataréis hoy todavía; no tenéis ya armas, y además estoy sobre aviso. Habíais comenzado a pervertir a mi pobre Felton: sufría ya vuestra infernal influencia, mas quiero salvarlo, no os verá más, todo ha terminado. Recoged vuestro vestuario; mañana partiréis. Había fijado el embarque el 24, pero he pensado que cuanto más adelante la cosa, más segura será. Mañana a mediodía tendré la orden de vuestro exilio firmada por Buckingham. Si decís una sola palabra a quien quiera que sea antes de estar en el navío, mi sargento os levantará la tapa de los sesos, tiene esa orden; si ya en el navío decís una palabra a quien quiera que sea antes de que el capitán os lo permita, el capitán os hará arrojar al mar, está así acordado. Hasta luego: eso es todo lo que por hoy tenía que deciros. Mañana os volveré a ver para deciros adiós.

Y con estas palabras el barón salió.

Milady había escuchado toda esta amenazante parrafada con la sonrisa de desdén sobre los labios, pero con la rabia en el corazón.

Sirvieron la cena; Milady sintió que necesitaba fuerzas, no sabía qué podía pasar durante aquella noche que se aproximaba amenazante, porque gruesas nubes voltejeaban en el cielo y los relámpagos lejanos anunciaban una tormenta.

La tormenta estalló hacia las diez de la noche: Milady sentía un consuelo al ver a la naturaleza compartir el desorden de su corazón: el trueno bramaba en el aire como la cólera en su pensamiento; le parecía que al pasar la ráfaga desmelenaba su frente como los árboles cuyas ramas curvaba y cuyas hojas se llevaba; ella aullaba como el huracán, y su voz se perdía en el clamor de la naturaleza que parecía, también ella, gemir y desesperarse.

De pronto oyó golpear un cristal y a la claridad de un relámpago, vio el rostro de un hombre aparecer tras los barrotes.

Corrió a la ventana y la abrió.

—¡Felton! —exclamó—. ¡Estoy salvada!

—Sí —dijo Felton—; pero ¡silencio, silencio! Necesito tiempo para serrar vuestros barrotes. Tened cuidado solamente de que no os vean por el postigo.

—¡Oh, es una prueba de que el Señor está con nosotros, Felton! — prosiguió Milady—. Han cerrado el postigo con una plancha.

—Está bien, ¡Dios los ha vuelto insensatos! —dijo Felton.

—Pero ¿qué tengo que hacer? —preguntó Milady.

—Nada, nada; volved a cerrar la ventana solamente. Acostaos, o al menos

meteos en vuestra cama completamente vestida; cuando haya terminado, golpearé en los cristales. Mas ¿podréis seguirme?

—¡Oh, sí!

—¿Y vuestra herida?

—Me hace sufrir, pero no me impide caminar.

—Estad, pues, preparada a la primera señal.

Milady volvió a cerrar la ventana, apagó la lámpara y fue, como le había recomendado Felton, a hacerse un ovillo en su cama. En medio de las quejas de la tormenta, ella oía el chirrido de la lima contra los barrotes, y a la claridad de cada relámpago vislumbraba la sombra de Felton tras los cristales.

Pasó una hora sin respirar, jadeante, con el sudor sobre la frente y el corazón oprimido por una angustia espantosa a cada movimiento que oía en el corredor.

Hay horas que duran un año.

Al cabo de una hora, Felton golpeó de nuevo.

Milady saltó fuera de su cama y fue a abrir. Dos barrotes de menos formaban una abertura para que un hombre pasase.

—¿Estáis preparada? —preguntó Felton:

—Sí. ¿Tengo que llevar alguna cosa?

—Oro si tenéis.

—Sí, por suerte me han dejado el que tenía.

—Tanto mejor, porque he gastado todo lo mío en fletar un barco.

—Tomad —dijo Milady poniendo en las manos de Felton una bolsa llena de oro.

Felton cogió la bolsa y la arrojó al pie del muro.

—Ahora —dijo—, ¿queréis venir?

—Aquí estoy.

Milady se subió a un sillón y pasó la parte superior de su cuerpo por la ventana: vio al joven oficial suspendido sobre el abismo por una escala de cuerda.

Por primera vez, un movimiento de terror le recordó que era mujer. El vacío la espantaba.

—Me lo temía —dijo Felton.

—No es nada, no es nada —dijo Milady—, bajaré con los ojos cerrados.

—¿Tenéis confianza en mí? —dijo Felton.

—¿Y lo preguntáis?

—Juntad vuestras dos manos; cruzadlas, está bien.

Felton le ató las dos muñecas con un pañuelo; luego, por encima del pañuelo, con una cuerda.

—¿Qué hacéis? —preguntó Milady con sorpresa.

—Pasad vuestros brazos alrededor de mi cuello y no temáis nada.

—Pero os haré perder el equilibrio y nos estrellaremos los dos.

—Tranquilizaos, soy marino.

No había un segundo que perder; Milady pasó sus dos brazos en torno al cuello de Felton y se dejó deslizar fuera de la ventana.

Felton comenzó a descender los escalones lentamente y uno a uno.

Pese al peso de los dos cuerpos, el soplo del huracán los balanceaba en el aire.

De pronto Felton se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Milady.

—Silencio —dijo Felton—, oigo pasos.

—¡Estamos descubiertos!

Se hizo un silencio de algunos instantes.

—No —dijo Felton—, no es nada.

—Pero ¿qué es ese ruido?

—El de la patrulla que va a pasar por el camino de ronda.

—¿Dónde está ese camino de ronda?

—Justo debajo de nosotros.

—Nos van a descubrir.

—No, si no hay relámpagos.

—Tropezarán con el final de la escala.

—Por suerte le faltan seis pies para llegar al suelo.

—¡Ahí están, Dios mío!

—¡Silencio!

Los dos permanecieron colgados, inmóviles y sin aliento a veinte pies del suelo; durante este tiempo los soldados pasaban por debajo riendo y hablando.

Fue para los fugitivos un momento terrible.

La patrulla pasó; se oyó el ruido de los pasos que se alejaban y el murmullo de las voces que iba debilitándose.

—Ahora —dijo Felton—, estamos salvados. Milady lanzó un suspiro y se desvaneció.

Felton continuó descendiendo. Llegado al final de la escala, y cuando sintió que faltaba apoyo para sus pies, se pegó como

una lapa con las manos; llegado por fin al último escalón se dejó colgar en la fuerza de las muñecas y tocó el suelo. Se agachó, recogió la bolsa de oro y lo cogió entre sus dientes.

Luego levantó a Milady en sus brazos y se alejó con presteza por el lado opuesto al que había tomado la patrulla. Pronto dejó el camino de ronda, descendió por entre las rocas y llegado a la orilla del mar, dejó oír un toque de silbato.

Una señal parecida le respondió y cinco minutos después vio aparecer una barca ocupada por cuatro hombres.

La barca se aproximó tan cerca como pudo a la orilla, pero no había suficiente fondo para que pudiera tocar tierra; Felton se metió en el agua hasta la cintura, porque no quería confiar a nadie su precioso peso.

Afortunadamente la tempestad comenzaba a calmarse, y, sin embargo, el mar estaba todavía violento; la barquilla saltaba sobre las olas como una cáscara de nuez.

—¡A la balandra! —dijo Felton—. Remad con rapidez.

Los cuatro hombres se pusieron a los remos; pero la mar estaba demasiado gruesa para que los remos hicieran mucha labor.

Sin embargo, se iban alejando del castillo; era lo principal. La noche era profundamente tenebrosa y resultaba ya casi imposible distinguir la orilla desde la barca; con mayor razón no se habría podido distinguir la barca desde la orilla.

Un punto negro se balanceaba en el mar. Era la balandra.

Mientras la barca avanzaba por su parte con toda la fuerza de sus cuatro remadores, Felton desataba la cuerda, luego el pañuelo que ataba las manos de

Milady.

Luego, cuando sus manos estuvieron desatadas, cogió agua del mar y se la arrojó al rostro.

Milady lanzó un suspiro y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —dijo.

—A salvo —respondió el joven oficial.

—¡Oh, a salvo, a salvo! —exclamó ella—. Sí ahí está el cielo, aquí el mar.

Este aire que respiro es el de la libertad. ¡Ah…, gracias, Felton, gracias!

El joven la apretó contra su corazón.

—Pero ¿qué tengo en las manos? —preguntó Milady—. Parece como si me hubieran quebrado las muñecas en un torno.

En efecto, Milady alzó los brazos; tenía las muñecas magulladas.

—¡Ay! —dijo Felton mirando aquellas hermosas manos y moviendo suavemente la cabeza.

—¡Oh, no es nada, no es nada! —exclamó Milady—. ¡Ahora me acuerdo! Milady buscó con los ojos a su alrededor.

—Está ahí —dijo Felton, empujando con el pie la bolsa de oro.

Se acercaban a la balandra. El marinero de guardia dio una voz a la barca, la barca respondió.

—¿Qué barco es ése? —preguntó Milady.

—El que he fletado para vos.

—¿Dónde va a conducirme?

—Donde vos queráis, con tal que a mí me dejéis en Portsmouth.

—¿Qué vais a hacer en Portsmouth? —preguntó Milady.

—Cumplir las órdenes de lord de Winter —dijo Felton con una sombría sonrisa.

—¿Qué órdenes? —preguntó Milady.

—Entonces, ¿no comprendéis? —dijo Felton.

—No; explicaos, os lo suplico.

—Como si desconfiase de mí, ha querido custodiaros él mismo y me ha mandado en su lugar a hacer firmar a Buckingham la orden de vuestra deportación.

—Pero si desconfiaba de vos, ¿cómo os ha confiado esa orden?

—¿Creía acaso que yo sabía lo que llevaba?

—¡Ah, claro! ¿Y vais a Portsmouth?

—No tengo tiempo que perder: mañana es 23, y Buckingham parte mañana con la flota.

—¿Parte mañana para dónde?

—Para La Rochelle.

—¡Es preciso que no parta! —exclamó Milady, olvidando su presencia de ánimo acostumbrada.

—Tranquilizaos —respondió Felton—, no partirá.

Milady temblaba de alegría. Acababa de leer en lo más profundo del corazón del joven: la muerte de Buckingham estaba escrita en él con todas las letras.

—¡Felton… —dijo—, sois grande como Judas Macabeo! Si morís, moriré con vos: he ahí todo lo que puedo deciros.

—¡Silencio! —dijo Felton—. Hemos llegado. En efecto, tocaban la balandra.

Felton subió el primero a la escala y dio la mano a Milady, mientras los marineros la sostenían porque el mar estaba todavía muy agitado.

Un instante después estaban sobre el puente.

—Capitán —dijo Felton—, esta es la persona de quien os he hablado y a quien hay que conducir sana y salva a Francia.

—Mediante mil pistolas —dijo el capitán.

—Os he dado ya quinientas.

—Es cierto —dijo el capitán.

—Y aquí están las otras quinientas —añadió Milady, llevando la mano a la bolsa de oro.

—No —dijo el capitán—, yo no tengo más que una palabra y se la he dado a este joven; las otras quinientas pistolas no se me deben hasta llegar a Boulogne.

—¿Y llegaremos?

—Sanos y salvos —dijo el capitán—, tan cierto como que me llamo Jack Buttler.

—Pues bien —dijo Milady—, si mantenéis vuestra palabra, no serán quinientas pistolas, sino mil lo que os daré.

—¡Hurra por vos, hermosa dama! —exclamó el capitán—. ¡Y ojalá Dios me envié con frecuencia clientes como Vuestra Señoría!

—Mientras tanto —dijo Felton—, conducidnos a la pequeña bahía de Chichester, antes de Portsmouth; ya sabéis qué hemos convenido que nos llevaréis allí.

El capitán respondió ordenando la maniobra necesaria, y hacia las siete de la mañana el pequeño navío arrojaba el ancla en la bahía designada.

Durante esta travesía, Felton había contado todo a Milady: cómo, en lugar de ir a Londres, había fletado el pequeño navío, cómo había vuelto, cómo había escalado la muralla colocando en los intersticios de las piedras, a medida que subía, crampones, para asegurar sus pies, y cómo, finalmente, llegado a los barrotes, había atado la escala. Milady sabía lo demás.

Por su parte, Milady trató de alentar a Felton en su proyecto; pero a las primeras palabras que salieron de su boca, vio de sobra que el joven fanático tenía más necesidad de ser moderado que reafirmado.

Convinieron que Milady esperaría a Felton hasta las diez; si a las diez no estaba de vuelta, ella partiría.

En tal caso, suponiendo que estuviera libre, se reuniría con ella en Francia, en el convento de las Carmelitas de Béthume.

C A P Í T U L O LIX

Lo que pasó en Portsmouth el 23 de agosto de 1628

Felton se despidió de Milady como un hermano que va a dar un simple paseo se despide de su hermana besándole la mano.

Toda su persona aparecía en un estado de calma ordinaria: sólo un resplandor desacostumbrado brillaba en sus ojos, semejante a un reflejo de fiebre; su frente estaba más pálida aún que de costumbre; sus dientes estaban apretados, y su palabra tenía un acento cortado y convulso que indicaba que algo sombrío se agitaba en él.

Mientras estuvo sobre la barca que lo conducía a tierra, permaneció con el rostro vuelto hacia Milady que, de pie sobre el puente, lo seguía con los ojos. Los dos estaban bastante tranquilos sobre el temor a ser perseguidos: nunca se entraba en la habitación de Milady antes de las nueve; y se necesitaban tres

horas para llegar desde el castillo a Londres:

Felton puso el pie en tierra, escaló la pequeña cresta que conducía a lo alto del acantilado, saludó a Milady por última vez y tomó su camino hacia la ciudad.

Al cabo de cien pasos, como él terreno iba descendiendo, no podía ya ver más que el mástil de la balandra.

En seguida corrió en dirección de Portsmouth, cuyas torres y casas veía dibujarse frente a él, a media milla aproximadamente, en la bruma de la mañana.

Más allá de Portsmouth, el mar estaba cubierto de bajeles, cuyos mástiles se veían, semejantes a un bosque de álamos despojados por el invierno, balancearse bajo el soplo del viento.

En su marcha rápida, Felton repasaba lo que diez años de meditaciones ascéticas y una larga estancia en medio de los puritanos le habían proporcionado de acusaciones verdaderas o falsas contra el favorito de Jacobo VI y de Carlos I.

Cuando comparaba los crímenes públicos de este ministro, crímenes brillantes, crímenes europeos, si así se podía decir, con los crímenes privados y desconocidos con que lo había cargado Milady, Felton encontraba que el más culpable de los dos hombres que en sí contenía Buckingham era aquel cuya vida no conocía el público. Es que su amor tan extraño, tan nuevo, tan ardiente, le hacía ver las acusaciones infames e imaginarias de lady de Winter como se ve a través de un cristal de aumento, en el estado de monstruos espantosos, los imperceptibles átomos en realidad comparados con una hormiga.

La rapidez de su carrera encendía aún su sangre: la idea de que detrás de sí dejaba, expuesta a una venganza espantosa, a la mujer que amaba o mejor, la que adoraba como a una santa, la

emoción pasada, su fatiga presente, todo exaltaba su alma por encima de los sentimientos humanos.

Entró en Portsmouth hacia las ocho de la mañana; toda la población estaba en pie; el tambor batía en las calles y en el puerto; las tropas de embarque descendían hacia el mar.

Felton llegó al palacio del Almirantazgo cubierto de polvo y chorreando de sudor; su rostro, ordinariamente tan pálido, estaba púrpura de calor y de cólera. El centinela quiso rechazarlo; pero Felton llamó al jefe del puesto y sacó del bolso la carta de que era portador.

—Mensaje urgente de parte de lord de Winter —dijo.

Al nombre de lord de Winter, a quien se sabía uno de los íntimos de Su

Gracia, el jefe del puesto dio la orden de dejar pasar a Felton, que por lo demás, llevaba el uniforme del oficial de marina.

Felton se precipitó en el palacio.

En el momento en que entraba en el vestíbulo entraba también un hombre lleno de polvo, sin aliento, dejando a la puerta un caballo de posta que al llegar cayó sobre sus rodillas.

Felton y él se dirigieron al mismo tiempo a Patrick, el ayuda de cámara de confianza del duque. Felton nombró al barón de Winter, el desconocido no quiso nombrar a nadie, y pretendió

que sólo podía darse a conocer al duque. Los dos insistían para pasar uno antes que el otro.

Patrick, que sabía que lord de Winter estaba en tratos de servicio y en relaciones de amistad con el duque, dio preferencia a quien venía en su nombre. El otro fue obligado a esperar, y fue fácil ver cuánto maldecía aquel retraso.

El ayuda de cámara hizo atravesar a Felton una gran sala en la que esperaban los diputados de La Rochelle, encabezados por el príncipe de Soubise, y lo introdujo en un gabinete donde Buckingham, que salía del baño, acababa su aseo, al que en esta ocasión como en cualquier otra concedía una atención extraordinaria.

—El teniente Felton —dijo Patrick—, de parte de lord de Winter.

Felton entró. En aquel momento Buckingham arrojaba sobre un canapé una rica bata recamada de oro, para ponerse un jubón de terciopelo azul completamente bordado de perlas.

—¿Por qué no ha venido el propio barón? —preguntó Buckingham—. Lo esperaba esta mañana.

—Me ha encargado decir a Vuestra Gracia —respondió Felton que lamentaba mucho no tener ese honor, pero que se hallaba impedido por la custodia que está obligado a hacer del castillo.

—Sí, sí —dijo Buckingham—, ya sé eso, hay una prisionera.

—Precisamente de esa prisionera quería yo hablar a Vuestra Gracia- prosiguió Felton.

—¡Bien, hablad!

—Lo que tengo que deciros sólo puede ser oído de vos, milord.

—Dejadnos, Patrick —dijo Buckingham—, pero estad cerca de la campanilla; os llamaré en seguida.

Patrick salió.

—Estamos solos, señor —dijo Buckingham—; hablad.

—Milord —dijo Felton—, el barón de Winter os ha escrito el otro día para rogaros que firmaseis una orden de embarco relativa a una joven llamada Charlotte Backson.

—Sí, señor, y le he contestado que me trajera o me enviara esa orden y que yo la firmaría.

—Hela aquí, Milord.

—Dadme —dijo el duque.

Y tomándola de las manos de Felton, lanzó sobre el papel una ojeada rápida. Entonces, dándose cuenta de que era lo que se le había anunciado, la puso sobre la mesa, cogió una pluma y se dispuso a firmar.

—Perdón, milord —dijo Felton deteniendo al duque—. ¿Vuestra Gracia sabe que el nombre de Charlotte Backson no es el nombre verdadero de esa mujer?

—Sí, señor, lo sé —respondió el duque mojando la pluma en el tintero.

—¿Entonces Vuestra Gracia conoce su verdadero nombre? —preguntó Felton con voz cortada.

—Lo conozco.

El duque acercó la pluma al papel.

—Y conociendo ese nombre verdadero —prosiguió Felton—, ¿monseñor lo firmará?

—Claro que sí —dijo Buckingham—, y mejor dos veces que una.

—No puedo creer —continuó Felton con una voz que se hacía cada vez más cortante y brusca— que Su Gracia sepa que se trata de lady de Winter…

—¡Lo sé perfectamente, aunque estoy asombrado de que lo sepáis vos!

—¿Y Vuestra Gracia firmará esa orden sin remordimientos? Buckingham miró al joven con altivez.

—Vaya, señor, ¿sabéis —le dijo— que me estáis haciendo preguntas extrañas y que soy muy tonto por responder a ellas?

—Respondedme, monseñor —dijo Felton—, la situación es más grave de lo que quizá penséis.

Buckingham pensó que el joven, viniendo de parte de lord de Winter, hablaba sin duda en su nombre y se sosegó.

—Sin ningún remordimiento —dijo—, y el barón sabe como yo que

Milady de Winter es una gran culpable y que es casi otorgarle gracia militar su pena al destierro.

El duque posó su pluma sobre el papel.

—¡No firmaréis esa orden, milord! —dijo Felton dando un paso hacia el duque.

—¿Que no firmaré esta orden? —dijo Buckingham—. ¿Y por qué?

—Porque haréis examen de conciencia y haréis justicia a Milady.

—Se le hará justicia enviándola a Tyburn —dijo Buckingham—; Milady es una infame.

—Monseñor, Milady es un ángel, vos lo sabéis de sobra, y yo os exijo su libertad.

—¡Vaya! —dijo Buckingham—. Estáis loco al hablarme así.

—Milord, perdonadme; hablo como puedo; me contengo. Sin embargo, milord, pensad en lo que vais a hacer, ¡y tened cuidado con pasaros de la raya!

—¿Cómo?... ¡Dios me perdone! —exclamó Buckingham—. ¡Pero creo que me está amenazando!

—No, milord, aún ruego, y os digo: una gota de agua basta para hacer desbordarse el vaso lleno, una falta ligera puede

atraer el castigo sobre la cabeza perdonada a pesar de tantos crímenes.

—Señor Felton —dijo Buckingham—, vais a salir de aquí y consideraros arrestado inmediatamente.

—Vais a escucharme hasta el final, milord. Habéis seducido a esa joven, la habéis ultrajado y mancillado: reparad vuestros crímenes para con ella, dejadla partir libremente; y no exigiré otra cosa de vos.

—¿Vos no exigiréis? —dijo Buckingham mirando a Felton con asombro y haciendo hincapié en cada una de las sílabas de las tres palabras que acababa de pronunciar.

—Milord —continuó Felton exaltándose a medida que hablaba—, milord, tened cuidado, toda Inglaterra está harta de vuestras iniquidades; milord, habéis abusado del poder real que casi habéis usurpado; milord, habéis horrorizado a los hombres y a Dios; Dios os castigará más tarde, pero yo, yo os castigaré hoy.

—¡Ah! ¡Esto es demasiado fuerte! —grito Buckingham dando un paso hacia la puerta.

Felton le cerró el paso.

—Os lo pido humildemente —dijo—, firmad la orden de puesta en libertad de lady de Winter; pensad que es la mujer que habéis deshonrado.

—Retiraos, señor —dijo Buckingham—, o llamo y hago que os pongan cadenas.

—Vos no llamaréis —dijo Felton arrojándose entre el duque y la campanilla colocada sobre un velador incrustado de plata—; tened cuidado, milord, estáis entre las manos de Dios.

—En las manos del diablo, querréis decir —exclamó Buckingham alzando la voz para atraer a gente, sin llamar, sin embargo, directamente.

—Firmad, milord, firmad la libertad de lady de Winter —dijo Felton empujando un papel hacia el duque.

—¡A la fuerza! ¿Os burláis de mí? ¡Eh, Patrick!

—¡Firmad, milord!

—¡Jamás!

—¿Jamás?

—¡A mí! —gritó el duque, y al mismo tiempo saltó sobre su espada.

Pero Felton no le dio tiempo de sacarla: tenía abierto y oculto en su jubón el cuchillo con que se había herido Milady; de un salto estuvo sobre el duque.

En ese momento Patrick entraba en la sala gritando:

—¡Milord, una carta de Francia!

—¡De Francia! —exclamó Buckingham olvidando todo al pensar de quién le venía aquella carta.

Felton aprovechó el momento y le hundió en el costado el cuchillo hasta el mango.

—¡Ah, traidor! —gritó Buckingham—. Me has matado…

—¡Al asesino! —aulló Patrick.

Felton lanzó los ojos en torno a él para huir, y al ver la puerta libre se precipitó en la habitación vecina que era aquella donde esperaban, como hemos dicho, los diputados de La Rochelle, la atravesó corriendo y se precipitó hacia la escalera; pero en el primer escalón se encontró con lord de Winter, que al verlo pálido, extraviado, lívido, manchado de sangre en la mano y en el rostro, saltó a su cuello exclamando:

—¡Lo sabía, lo había adivinado y llego un minuto tarde! ¡Oh, desgraciado de mí!

Al grito lanzado por el duque, a la llamada de Patrick, el hombre al que Felton había encontrado en la antecámara se precipitó en el gabinete.

Encontró al duque tumbado sobre un sofá, cerrando su herida con su mano crispada.

—La Porte —dijo el duque con voz moribunda—, La Porte, ¿vienes de su parte?

—Sí, monseñor —respondió el fiel servidor de Ana de Austria—, pero quizá demasiado tarde.

—¡Silencio, La Porte, podrían oíros! Patrick, no dejéis entrar a nadie. ¡Oh, no llegaré a saber lo que me manda decir! ¡Dios mío, me muero!

Y el duque se desvaneció.

Sin embargo, lord de Winter, los diputados, los jefes de la expedición, los oficiales de la casa de Buckingham, habían irrumpido en su habitación; por todas partes sonaban gritos de desesperación. La nueva que llenaba el palacio de quejas y gemidos pronto se desparramó por doquier y se esparció por la ciudad.

Un cañonazo anunció que acababa de pasar algo nuevo e inesperado. Lord de Winter se mesaba los cabellos.

—¡Un minuto tarde! —exclamó—. ¡Un minuto tarde! ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué desgracia!

En efecto, a las siete de la mañana habían ido a decirle que una escala de cuerda flotaba en una de las ventanas del castillo; había corrido al punto a la habitación de Milady, había encontrado la habitación vacía y la ventana abierta los barrotes serrados, se había acordado de la recomendación verbal que le había hecho transmitir D’Artagnan por su mensajero, había temblado por el duque, y corriendo a la cuadra, sin perder tiempo siquiera de hacer ensillar su caballo, había saltado sobre el primero que encontró, había corrido a galope tendido y, saltando a tierra en el patio, había subido precipitadamente la

escalera, y en el primer escalón se había encontrado, como hemos dicho, con Felton.

Sin embargo, el duque no estaba muerto; volvió en sí, abrió los ojos y la esperanza volvió a todos los corazones.

—Señores —dijo— dejadme solo con Patrick y La Porte.

—¡Ah, sois vos, de Winter! Esta mañana me habéis enviado un singular loco, ved el estado en que me ha puesto.

—¡Oh, milord! —exclamó el barón—. No me consolaré nunca.

—Y cometerás un error, mi querido de Winter —dijo Buckingham tendiéndole la mano—. No sé de ningún hombre que merezca ser lamentado durante toda la vida por otro hombre; mas déjanos, te lo ruego.

El barón salió sollozando.

No se quedaron en el gabinete más que el duque herido, La Porte y Patrick. Se buscaba a un médico, al que no podían encontrar.

—Viviréis, milord, viviréis —repetía de rodillas ante el sofá del duque el mensajero de Ana de Austria.

—¿Qué me escribía ella? —dijo débilmente Buckingham chorreando sangre y dominando, para hablar de aquella a la que amaba, atroces dolores—.

¿Que me escribía ella? Léeme su carta.

—¡Oh, milord! —dijo La Porte.

—Obedece, La Porte; ¿no ves que no tengo tiempo que perder?

La Porte rompió el sello y puso el pergamino bajo los ojos del duque; mas Buckingham trató en vano de distinguir la escritura.

—Lee, pues —dijo—, lee, yo no veo ya; lee, porque pronto quizá no oiga y moriré entonces sin saber lo que me ha escrito.

La Porte no puso más dificultades, y leyó:

Milord:

Por cuanto he sufrido de vos y por vos desde que os conozco, os conjuro, si tenéis alguna preocupación por mi descanso, que interrumpáis el gran armamento que hacéis contra Francia y ceséis una guerra de la que en voz alta se dice que la religión es la causa visible, y en voz baja que vuestro amor por mí es la causa oculta. Esta guerra no sólo puede acarrear a Francia y a Inglaterra grandes catástrofes, sino incluso a vos, milord, desgracias de las que nunca me consolaré.

Velad por vuestra vida, que amenazan y que me será cara en el momento en que no esté obligada a ver en vos un enemigo.

Vuestra afectísima, ANA.

Buckingham reunió los restos de su vida para escuchar esta lectura; luego, cuando hubo terminado, como si hubiera encontrado en aquella carta un amargo desencanto:

—¿No tenéis otra cosa que decirme de viva voz, La Porte? —preguntó.

—Sí, monseñor; la reina me había encargado deciros que velaseis por vos, porque había recibido el aviso que os querían asesinar.

—¿Y eso es todo, eso es todo? —prosiguió Buckingham con impaciencia.

—También me había encargado deciros que os amará siempre.

—¡Ah! —dijo Buckingham—. ¡Dios sea loado! Mi muerte no será para ella la muerte de un extraño…

La Porte se fundió en lágrimas.

—Patrick —dijo el duque—, traedme el cofre donde estaban los herretes de diamantes.

Patrick trajo el objeto pedido, que La Porte reconoció por haber pertenecido a la reina.

—Ahora, la bolsita de satén blanco, donde están bordadas en perlas sus iniciales.

Patrick volvió a obedecer.

—Mirad, La Porte —dijo Buckingham—, estas son las únicas prendas que tengo de ella, este cofre de plata y estas dos cartas. Las devolvéis a Su Majestad; y como último recuerdo… —buscó a su alrededor algún objeto precioso— añadiréis…

Siguió buscando; pero sus miradas oscurecidas por la muerte no encontraron más que el cuchillo caído de las manos de Felton echando aún el vaho de la sangre bermeja extendida en la hoja.

—Y añadiréis este cuchillo —dijo el duque apretando la mano de La Porte.

Aún pudo poner la bolsita en el fondo del cofre de plata, dejó caer allí el cuchillo haciendo seña a La Porte de que no podía ya hablar; luego, en la última convulsión, para la cual esta vez no tenía fuerzas ya de combatir, se deslizó del sofá al suelo.

Patrick lanzó un grito.

Buckingham quiso sonreír por última vez; pero la muerte detuvo su pensamiento, que quedó grabado sobre su frente como un último beso de amor.

En aquel momento el médico del duque llegó completamente espantado; estaba ya a bordo del bajel almirante, habían tenido que ir a buscarlo allí.

Se acercó al duque, cogió su mano, la conservó un instante en la suya y la dejó caer.

—Todo es inútil —dijo—, está muerto.

—¡Muerto, muerto! —exclamó Patrick.

Ante este grito toda la multitud entró en la sala, y por doquiera no hubo más que consternación y tumulto.

Tan pronto como lord de Winter vio a Buckingham muerto, corrió a por Felton, a quien los soldados seguían custodiando en la terraza del palacio.

—¡Miserable! —dijo al joven que desde la muerte de Buckingham había encontrado aquella calma y aquella sangre fría que ya no iban a abandonarlo

—. ¡Miserable! ¿Qué has hecho?

—Me he vengado —dijo.

—¡Tú! —dijo el barón—. Di que has servido de instrumento a esa maldita mujer; pero, te lo juro, este crimen será su último crimen.

—No sé lo que queréis decir —contestó tranquilamente Felton—, e ignoro de quién queréis hablar, milord: he matado al señor de Buckingham porque ha rehusado en dos ocasiones, a vos mismo, nombrarme capitán: lo he castigado por su injusticia, eso es todo.

De Winter, estupefacto, miraba a las, personas que ataban a Felton y no sabía qué pensar de semejante sensibilidad.

Una sola cosa ponía, sin embargo, una nube sobre la frente pura de Felton. A cada ruido que oía, el ingenuo puritano creía reconocer los pasos y la voz de Milady viniendo a arrojarse en sus brazos para acusarse y perderse con él.

De pronto se estremeció, su mirada se fijó en un punto del mar, que desde la terraza en que se encontraba se dominaba completamente; con aquella mirada de águila de marino había reconocido, allí donde otro no hubiera visto más que una gaviota balanceándose sobre las olas, la vela de la balandra que se dirigía a las costas de Francia.

Palideció, se llevó la mano al corazón, que se rompía, y comprendió toda la traición.

—Una última gracia, milord —le dijo al barón.

—¿Cuál? —preguntó éste.

—¿Qué hora es?

El barón sacó su reloj.

—Las nueve menos diez —dijo.

Milady había adelantado su partida una hora y media; desde que oyó el cañonazo que anunciaba el fatal suceso, había dado la orden de levar el ancla.

El barco bogaba bajo un cielo azul a gran distancia de la costa.

—Dios lo ha querido —dijo Felton con la resignación del fanático, pero sin poder, sin embargo, separar los ojos de aquel esquife a bordo del cual creía sin duda distinguir el blanco fantasma de aquella a quien su vida iba a ser sacrificada.

De Winter siguió su mirada, interrogó su sufrimiento y adivinó todo.

—Sé castigado solo primero, miserable —dijo lord de Winter a Felton, que se dejaba arrastrar con los ojos vueltos hacia el mar—; pero lo juro, por la memoria de mi hermano a quien tanto amé, que tu cómplice no se ha salvado.

Felton bajó la cabeza sin pronunciar una palabra.

En cuanto a de Winter, bajó rápidamente la escalera y se dirigió al puerto.

CAPÍTULO LX

En Francia

El primer temor del rey de Inglaterra, Carlos I, al enterarse de esta muerte, fue que una noticia terrible desalentase a los rochelleses; trató, dice Richelieu en sus Memorias, de ocultársela el mayor tiempo posible, haciendo cerrar los puertos por todo su reino y teniendo especial cuidado de que ningún bajel saliese hasta que el ejército que Buckingham aprestaba hubiera partido, encargándose él mismo, a falta de Buckingham, de supervisar la marcha.

Llevó incluso la severidad de esta orden hasta mantener en Inglaterra al embajador de Dinamarca, que se había despedido, y al embajador ordinario de Holanda, que debía llevar al puerto de Flessingue los navíos de Indias que Carlos I había hecho devolver a las Provincias Unidas.

Mas como pensó dar esta orden sólo cinco horas después del suceso, es decir, a las dos de la tarde, ya habían salido del puerto dos navíos: el uno llevando, como sabemos, a Milady, la cual, sospechando ya el acontecimiento, fue confirmada en su creencia al ver el pabellón negro desplegarse en el mástil del bajel almirante.

En cuanto al segundo navío, más tarde diremos a quién llevaba y cómo partió.

Durante este tiempo, por lo demás, nada nuevo en el campo de La Rochelle; sólo el rey, que se aburría mucho, como siempre, pero quizá aún un poco más en el campamento que en otra parte, resolvió ir de incógnito a pasar las fiestas de San Luis a Saint-Germain, y pidió al cardenal hacerle preparar una escolta de veinte mosqueteros solamente. El cardenal, a quien a veces ganaba el aburrimiento del rey, concedió con gran placer aquel permiso a su real lugarteniente, que prometió estar de regreso hacia el 15 de septiembre.

El señor de Tréville avisado por Su Eminencia, hizo su maletín de grupa, y como, sin saber el motivo, conocía el vivo deseo e incluso la imperiosa necesidad que sus amigos tenían de volver a París, los designó, por supuesto, para formar parte de la escolta.

Los cuatro jóvenes supieron la noticia un cuarto de hora después que el señor de Tréville, porque fueron los primeros a quienes se la comunicó. Fue entonces cuando D’Artagnan apreció el favor que le había otorgado el cardenal al hacerle formar parte por fin de los mosqueteros: sin esta circunstancia, se habría visto obligado a permanecer en el campamento mientras sus compañeros partían.

Más tarde se verá que esta impaciencia de dirigirse a París tenía por causa el peligro que debía correr la señora Bonacieux al encontrarse en el convento de Béthune con Milady, su enemiga mortal. Por eso, como hemos dicho, Aramis había escrito inmediatamente a Marie Michon, aquella costurera de Tours que tan buenos conocimientos tenía, para que obtuviese que la reina diese autorización a la señora Bonacieux de salir del convento y retirarse bien a Lorraine, bien a Bélgica. La respuesta no se había hecho esperar, y ocho o diez días después, Aramis había recibido esta carta:

Mi querido primo:

Aquí va la autorización de mi hermana para retirar a nuestra pequeña criada del convento de Béthune, cuyo aire vos pensáis que es malo para ella. Mi hermana os envía esta autorización con gran placer, porque quiere mucho a esa muchacha, a la que se reserva serle útil más tarde.

Os abrazo,

MARIE MICHON.

A esta carta iba unida una autorización así concebida:

La superiora del convento de Béthune entregará a la persona que le entregue este billete la novicia que entró en su convento bajo mi recomendación y patronazgo.

En el Louvre, el 10 de agosto de 1628. ANNE.

Como se comprenderá, estas relaciones de parentesco entre Aramis y una costurera que llamaba a la reina hermana suya habían amenizado la cháchara de los jóvenes; pero Aramis, después de haberse ruborizado dos o tres veces hasta el blanco de los ojos ante las gruesas bromas de Porthos, había rogado a sus amigos que no volvieran a tocar el tema, declarando que si se le volvía a decir una sola palabra, no imploraría más a su prima como intermediaria en este tipo de asuntos.

No volvió, pues, a tratarse de Marie Michon entre los cuatro mosqueteros, que, por otra parte, teman lo que querían: la orden de sacar a la señora Bonacieux del convento de las Carmelitas de Béthune. Es cierto que esta orden no les serviría de gran cosa mientras estuvieran en el campamento de La Rochelle, es decir, en la otra esquina de Francia; por eso D’Artagnan iba a pedir un permiso al señor de Tréville, confiándole buenamente la importancia de su partida, cuando le fue transmitida esta buena nueva tanto a él como a sus tres compañeros: que el rey iba a partir para París con una escolta de veinte mosqueteros, y que ellos formaban parte de la escolta.

La alegría fue grande. Enviaron a los criados por delante con los equipajes, y partieron el 16 por la mañana.

El cardenal condujo a Su Majestad de Surgères a Mauzé, y allí el rey y su ministro se despidieron uno de otro con grandes demostraciones de amistad.

Sin embargo, el rey, que buscaba distracción, aunque caminando lo más deprisa que le era posible, porque deseaba llagar a París para el 23, se detenía de vez en cuando para cazar la picaza, pasatiempo cuyo gusto le fuera inspirado antaño por De Luynes, y por el que siempre había conservado gran predilección. De los veinte mosqueteros, dieciséis, cuando eso ocurría, se alegraban del descanso; pero otros cuatro maldecían cuanto podían. D'Artagnan, sobre todo, tenía zumbidos perpetuos en las orejas, cosa que Porthos explicaba así:

—Una gran dama me enseñó que eso quiere decir que se habla de vos en alguna parte.

Finalmente, la escolta cruzó París el 23 por la noche; el rey dio las gracias al señor de Tréville, y le permitió distribuir permisos por cuatro días, a condición de que ninguno de los favorecidos apareciese en algún lugar público, so pena de la Bastilla.

Los cuatro primeros permisos otorgados, como se supondrá, fueron para nuestros cuatro amigos. Es más, Athos obtuvo del señor de Tréville seis días en lugar de cuatro e hizo añadir a estos seis días dos noches de más, porque partieron el 24, a las cinco de la mañana, y, por complacencia aún, el señor de Tréville posdató el permiso hasta el 25 por la mañana.

—Dios mío —decía D'Artagnan, que como se sabe nunca dudaba de nada

—, me parece que ponemos muchas pegas a una cosa bien simple: en dos días, y reventando dos o tres caballos (poco me importa: tengo dinero), estoy en Béthume, entrego la carta de la reina a la superiora, y dejo al querido tesoro

que voy a buscar no en Lorraine, tampoco en Bélgica, sino en París, donde estará mejor oculto, sobre todo mientras el señor cardenal esté en La Rochelle. Luego, una vez de retorno a la campaña, mitad por la protección de su prima, mitad por el favor de lo que personalmente hemos hecho por ella, obtendremos de la reina cuanto queramos. Quedaos, pues, aquí, no os agotéis de fatiga inútilmente: yo y Planchet, es todo cuanto se necesita para una expedición tan simple.

A lo cual Athos respondió tranquilamente.

—También nosotros tenemos dinero; porque aún no he bebido completamente el resto del diamante, y Porthos y Aramis no se lo han comido todo. Reventaremos, por tanto, cuatro caballos mejor que uno. Mas pensad, D'Artagnan —dijo con una voz tan sombría que su acento dio escalofríos al joven—, pensad que Béthune es una villa donde el cardenal ha citado a una mujer que por doquiera que va lleva la desgracia consigo. Si no tuvierais que habéroslas más que con cuatro hombres, D'Artagnan, os dejaría ir solo; tenéis que habéroslas con esa

mujer, vayamos los cuatro, y pliega al cielo que con nuestros cuatro criados seamos en número suficiente.

—Me asustáis, Athos —exclamó D'Artagnan—. ¿Qué teméis, pues, Dios mío?

—¡Todo! —respondió Athos.

D'Artagnan examinó los rostros de sus compañeros, que, como el de Athos, llevaban la huella de una inquietud profunda, y continuaron camino al mayor trote que podían los caballos, pero sin añadir una sola palabra.

El 25 por la noche, cuando entraban en Arras, y cuando D'Artagnan acababa de echar pie a tierra en el albergue de la Herse d'Or para beber un vaso de vino un caballero salió del patio de la posta, donde acababa de hacer el relevo tomando a todo galope, y con un caballo fresco, el camino de París. En el momento en que pasaba del portalón a la calle, el viento entreabrió la capa en que estaba envuelto, aunque fuese el mes de agosto, y se llevó su sombrero, que el viajero retuvo con su mano en el momento en que ya había abandonado su cabeza, y lo hundió rápidamente hasta los ojos.

D'Artagnan, que tenía fijos los ojos sobre aquel hombre, palideció y dejó caer su vaso.

—¿Qué os ocurre, señor?... —dijo Planchet—. ¡Eh, eh! Acudid, señores, que mi amo se encuentra mal.

Los tres amigos acudieron y encontraron a D'Artagnan que, en lugar de encontrarse mal, corría hacia su caballo. Lo detuvieron en el umbral.

—¡Eh! ¿Dónde diablos vas? —le gritó Athos.

—¡Es él! —exclamó D'Artagnan, pálido de cólera y con el sudor sobre la frente—. ¡Es él! ¡Dejadme que le siga!

—Pero él, ¿quién? —preguntó Athos.

—El, ese hombre.

—¿Qué hombre?

—Ese hombre maldito, mi genio malo, a quien he visto siempre cuando estaba amenazado por alguna desgracia; el que acompañaba a la horrible mujer cuando la encontré por primera vez, aquel a quien buscaba cuando provoqué a Athos, aquél a quien vi la mañana del día en que la señora Bonacieux fue raptada. ¡El hombre de Meung! ¡Lo he visto, es él! ¡Lo he reconocido cuando el viento ha entreabierto su capa!

—¡Diablos! —dijo Athos pensativo.

—A caballo, señores, a caballo, persigámoslo y lo alcanzaremos.

—Querido —dijo Aramis—, pensad que él va hacia el lado opuesto al que nosotros vamos; que tiene un caballo fresco y que nuestros caballos están fatigados; que, por consiguiente, reventaremos nuestros caballos sin tener siquiera la posibilidad

de alcanzarlo. Dejemos al hombre, D’Artagnan, salvemos a la mujer.

—¡Eh, señor! —gritó un mozo de cuadra corriendo tras el desconocido—.

¡Eh, señor, se os ha caído del sombrero este papel! ¡Eh, señor, eh!

—Amigo —dijo D’Artagnan—, media pistola por ese papel.

—Con mucho gusto, señor; aquí lo tenéis.

El mozo de cuadra, encantado del buen día que había hecho, regresó al patio del hostal; D’Artagnan desplegó el papel.

—¿Y bien? —preguntaron sus amigos rodeándolo.

—¡Nada más que una palabra! —dijo D’Artagnan.

—Sí —dijo Aramis—, pero ese nombre es un nombre de villa o de aldea.

—Armentières —leyó Porthos—. Armentières, no conozco eso.

—¡Y ese nombre de villa o de aldea está escrito de su mano! —exclamó Athos.

—Vamos, vamos, guardemos cuidadosamente este papel —dijo D’Artagnan—, quizá no haya perdido mi última pistola. A caballo, amigos míos, a caballo.

Y los cuatro compañeros se lanzaron al galope por la ruta de Béthune.

C A P Í T U L O LXI

El convento de las Carmelitas de Béthune

Los grandes criminales llevan con ellos una especie de predestinación que los hace superar todos los obstáculos, que los hace escapar de todos los peligros, hasta el momento en que la Providencia, cansada, ha marcado por escollo de su fortuna impía.

Así ocurría con Milady; pasó a través de los cruceros de las dos naciones, y arribó a Boulogne sin ningún accidente.

Y si al desembarcar en Portsmouth Milady era una inglesa a quienes las persecuciones de Francia echaban de La Rochelle, al desembarcar en Boulogne, tras dos días de travesía, se hizo pasar por una francesa a quien los ingleses molestaban en Portsmouth, por el odio que habían concebido contra Francia.

Milady tenía por otro lado el más eficaz de los pasaportes: su belleza, su gran aspecto y la generosidad con que repartía las pistolas. Eximida de las formalidades de costumbre por la sonrisa afable y las maneras galantes de un viejo gobernador del puerto que le besó la mano, no se quedó en Boulogne más que el tiempo de poner en la posta una carta concebida en estos términos:

A Su Eminencia Monseñor el Cardenal de Richelieu, en su campamento ante La Rochelle.

Monseñor que Vuestra Eminencia se tranquilice; Su Gracia el duque de Buckingham no partirá hacia Francia.

Boulogne, 25 por la noche. MILADY

P. S. Según los deseos de Vuestra Eminencia, me dirijo al convento de las Carmelitas de Béthune, donde esperaré sus órdenes.

Efectivamente, aquella misma noche Milady se puso en camino; la cogió la noche: se detuvo y durmió en un albergue; luego, al día siguiente, a las cinco de la mañana, partió, y tres horas después entró en Béthune.

Se hizo indicar el convento de las Carmelitas, y entró en él al punto.

La superiora vino ante ella: Milady le mostró la orden del cardenal, la abadesa le hizo dar la habitación y servir de desayunar.

Todo el pasado se había borrado ya a los ojos de esta mujer, y, con la

mirada puesta en el porvenir, no veía más que la alta fortuna que le reservaba el cardenal, a quien tan felizmente había servido, sin que su nombre se hubiera mezclado para nada con aquel sangriento asunto. Las pasiones siempre nuevas que la

consumían daban a su vida las apariencias de esas nubes que vuelan en el cielo, reflejando tan pronto el azul, tan pronto el fuego, tan pronto el negro opaco de la tempestad, y que no dejan más rastros sobre la tierra que la devastación y la muerte.

Tras el desayuno, la abadesa vino a visitarla: hay pocas distracciones en el claustro, y la buena superiora tenía prisa por trabar conocimiento con su nueva pensionista.

Milady quería agradar a la abadesa; ahora bien, era cosa fácil para aquella mujer tan realmente superior; trató de ser amable: fue encantadora y sedujo a la buena superiora por su conversación tan variada y por las gracias esparcidas en toda su persona.

A la abadesa, que era una hija de la nobleza, le gustaban sobre todo las historias de corte, que rara vez llegan hasta las extremidades del reino y que, sobre todo, tanto les cuesta franquear los muros de los conventos, a cuyo umbral vienen a expirar los rumores mundanales.

Milady, por el contrario, estaba muy al corriente de todas las intrigas aristocráticas, en medio de las cuales había vivido constantemente desde hacía cinco o seis años; se puso, pues, a entretener a la buena abadesa con las prácticas mundanas de la corte de Francia, mezcladas a las devociones extremadas del rey, le hizo la crónica escandalosa de los señores y las damas de la corte, que la abadesa conocía perfectamente de nombre,

tocó de refilón los amores de la reina y de Buckingham, hablando mucho para que se hablase poco.

Mas la abadesa se contentó con escuchar todo y sonreír sin responder. Sin embargo, como Milady vio que este género de relato le divertía mucho, continuó; sólo que hizo recaer la conversación sobre el cardenal.

Pero se hallaba en apuros: ignoraba si la abadesa era realista o cardenalista: se mantuvo en un punto medio prudente; pero la abadesa, por su parte, se mantuvo en una reserva más prudente aún, contentándose con hacer una profunda inclinación de cabeza todas las veces que la viajera pronunciaba el nombre de Su Eminencia.

Milady comenzó a creer que se aburriría mucho en el convento; resolvió, pues, arriesgar algo para saber luego a qué atenerse. Queriendo ver hasta dónde iría la discreción de aquella buena abadesa, se puso a hablar mal, muy disimulado primero, luego más circunstanciado, del cardenal, contando los amores del ministro con la señora de D'Aiguillon, con Marion de Lorme y con

algunas otras mujeres galantes.

La abadesa escuchó más atentamente, se animó poco a poco y sonrió.

—Bueno —se dijo Milady—, le toma gusto a mi discurso; si es cardenalista, no pone mucho fanatismo que digamos.

Luego pasó a las persecuciones ejercidas por el cardenal sobre sus enemigos. La abadesa se contentó con persignarse, sin aprobar ni desaprobar.

Esto confirmó a Milady en su opinión de que la religiosa era más realista que cardenalista. Milady continuó, ponderando cada vez más.

—Soy muy ignorante en todas estas materias —dijo por fin la abadesa—, pero por alejadas que estemos de la corte, por marginadas y apartadas de los intereses del mundo tenemos ejemplos muy tristes de cuanto nos contáis, y una de nuestras pensionistas ha sufrido muchas venganzas y persecuciones del señor cardenal.

—Una de vuestras pensionistas —dijo Milady—. ¡Oh, Dios mío, pobre mujer! La compadezco entonces.

—Y tenéis razón, porque es muy de compadecer: prisión, amenazas, malos tratos, ha sufrido todo. Pero después de todo —prosiguió la abadesa—, quizá el señor cardenal tuviera motivos plausibles para actuar así, y aunque ella tiene el aire de un ángel, no hay que juzgar siempre a las personas por el aspecto.

«Bueno —se dijo Milady—, quién sabe; quizá voy a descubrir algo aquí, estoy en vena».

Y se dedicó a dar a su rostro una expresión de candor perfecta.

—¡Ay! —dijo Milady—. Yo lo sé; se dice que no hay que creer en las fisonomías; pero ¿en qué creer entonces, si no es en la más bella obra del Señor? En cuanto a mí, quizá esté equivocada toda mi vida; pero me fiaré siempre de una persona cuyo rostro me inspire simpatía.

—¿Seríais tentada, pues, de creer que esta joven es inocente? —dijo la abadesa.

—El señor cardenal no castiga sólo los crímenes —dijo ella—; hay ciertas virtudes que persigue con más severidad que ciertas fechorías.

—Permitidme, señora, expresaros mi extrañeza —dijo la abadesa.

—Y ¿de qué? —preguntó Milady con ingenuidad.

—Del lenguaje que tenéis.

—¿Qué encontráis de sorprendente en este lenguaje? —preguntó Milady sonriendo.

—Vos sois amiga del cardenal, puesto que os envía aquí, y sin embargo...

—Y, sin embargo, hablo mal de él —prosiguió Milady, acabando el pensamiento de la superiora.

—Al menos no habláis bien.

—Es que yo no soy su amiga —dijo ella suspirando—, sino su víctima.

—Pero, sin embargo, ¿esa carta por la que os recomienda a mí?

—Es una orden contra mí de mantenerme en una especie de prisión de la que me hará sacar por algunos de sus satélites.

—Mas ¿por qué no habéis huido?

—¿Dónde iría? ¿Creéis que hay un lugar en la tierra que no pueda alcanzar el cardenal si quiere molestarme en tender la mano? Si yo fuera hombre, en rigor, todavía sería posible; pero mujer, ¿qué queréis que haga una mujer? Esa joven pensionista que tenéis aquí, ¿ha tratado de huir?

—No, cierto, pero ella es otra cosa, creo que está retenida en Francia por algún amor.

—Entonces —dijo Milady con un suspiro—, si ama no es completamente desgraciada.

—¿O sea —dijo la abadesa mirando a Milady con interés creciente—, que lo que estoy viendo es también una pobre perseguida?

—¡Ay, sí! —dijo Milady.

La abadesa miró un instante a Milady con inquietud, como si un nuevo pensamiento surgiese en su mente.

—¿Vos no sois enemiga de nuestra santa fe? —dijo ella balbuceando.

—¡Yo! —exclamó Milady—. ¿Yo protestante? ¡Oh, no, pongo por testigo al Dios que nos oye de que, por el contrario, soy ferviente católica!

—Entonces —dijo la abadesa sonriendo—, tranquilizaos; la casa en que estáis no será una prisión muy dura, y haremos todo lo necesario para haceros amar la cautividad. Hay más, encontraréis aquí a esa joven perseguida sin duda a consecuencia de alguna intriga cortesana. Es amable, graciosa.

—¿Cómo la llamáis?

—Me ha sido recomendada por alguien situado muy arriba, bajo el nombre de Ketty. No he tratado de saber su otro nombre.

—¡Ketty! —exclamó Milady—. ¿Cómo? ¿Estáis segura?

—¿Que se hace llamar así? Sí, señora. ¿La conoceríais?

Milady sonrió para sí misma y ante la idea que le había venido de que aquella mujer pudiera ser su antigua doncella. Al recuerdo de esta joven se mezclaba un recuerdo de cólera, y un deseo de venganza había alterado los rasgos de Milady, que, por lo demás, casi al punto adoptaron la expresión calma y benévola que esta mujer de cien rostros les había hecho perder momentáneamente.

—¿Y cuándo podré ver a esa joven dama, por la que siento una simpatía tan grande? —preguntó Milady.

—Pues esta noche —dijo la abadesa—, hoy mismo. Pero habéis viajado durante cuatro horas, como vos misma me habéis dicho; esta mañana os habéis levantado a las cinco, debéis necesitar descanso. Acostaos y dormid, a la hora de la cena os despertaremos.

Aunque Milady hubiera podido prescindir muy bien del sueño, sostenida como estaba por todas las excitaciones que una nueva aventura hacía experimentar a su corazón ávido de intrigas, no por eso dejó de aceptar el ofrecimiento de la superiora: desde hacía doce o quince días había pasado por tantas emociones diversas que, aunque su cuerpo de hierro podía aún soportar la fatiga, su alma necesitaba reposo.

Se despidió, pues, de la abadesa y se acostó, dulcemente acunada por las ideas de venganza que naturalmente le había traído el nombre de Ketty. Recordaba aquella promesa casi ilimitada que le había hecho el cardenal si triunfaba en su empresa. Había triunfado; podría, pues, vengarse de D'Artagnan.

Sólo una cosa espantaba a Milady: era el recuerdo de su marido, el conde de La Fère, a quien había creído muerto o al menos expatriado, y que ahora volvía a encontrar bajo el nombre de Athos, el mejor amigo de D'Artagnan.

Pero, también, si era amigo de D'Artagnan, había debido prestarle ayuda en todas las intrigas, con ayuda de las cuales la reina había desbaratado los proyectos de Su Eminencia; si era

amigo de D'Artagnan, era enemigo del cardenal, y sin duda conseguiría ella envolverlo en la venganza en cuyos pliegues contaba con ahogar al joven mosquetero.

Todas estas esperanzas eran dulces pensamientos para Milady; por eso, acunada por ellos, se durmió al punto.

Fue despertada por una voz dulce que resonó al pie de su cama. Abrió los ojos y vio a la abadesa acompañada de una joven de cabellos rubios, de tez delicada, que fijaba sobre ella una mirada llena de benevolente curiosidad.

El rostro de aquella joven le era completamente desconocido: las dos se examinaron con una atención escrupulosa, al tiempo que cambiaban los saludos de uso; las dos eran muy bellas, pero de belleza completamente distinta. Sin embargo, Milady sonrió al reconocer que aventajaba con mucho a la joven mujer en clase y modales aristocráticos. Es cierto que el hábito de novicia que llevaba la joven no era muy ventajoso para sostener una lucha de este género.

La abadesa las presentó una a otra; luego, cuando fue cumplida esta formalidad, como sus deberes la llamaban a la iglesia, dejó a las dos jóvenes mujeres solas.

La novicia, al ver a Milady acostada, quería seguir a la superiora, mas Milady la retuvo.

—¿Cómo señora? —le dijo ella—. ¿Apenas os he visto y ya queréis privarme de vuestra presencia, con la cual, sin embargo, contaba yo, os lo confieso, para el tiempo que tengo que pasar aquí?

—No, señora —respondió la novicia— sólo que temía haber escogido mal el momento; dormid, estáis fatigada.

—Bueno —dijo Milady—, ¿qué pueden pedir las personas que duermen? Un buen despertar. Este despertar vos me lo habéis dado; dejadme gozar de él a mi gusto.

Y cogiéndole la mano, la atrajo sobre un sillón que estaba junto a su lecho. La novicia se sentó.

—¡Dios mío —dijo ella—, qué desgraciada soy! Hace ya seis meses que estoy aquí, sin la sombra de una distracción; llegáis vos, vuestra presencia iba a ser para mí una compañía encantadora, y he aquí que lo más probable es que de un momento a otro vaya a dejar el convento.

—¡Cómo! —dijo Milady—. ¿Os marcháis en seguida?

—Al menos eso espero —dijo la novicia con una expresión de alegría que no trataba de disfrazar por nada del mundo.

—Creo haber entendido que habéis sufrido por parte del cardenal — continuó Milady—; hubiera sido un motivo más de simpatía entre nosotras.

—Ya me lo ha dicho nuestra buena madre. ¿Es, por tanto, verdad que también vos erais una víctima de ese malvado cardenal?

—¡Chiss! —dijo Milady—. Incluso aquí no hablemos así de él; todas mis desgracias proceden de haber dicho más o menos lo que vos acabáis de decir, delante de una mujer a quien yo creía amiga mía y que me ha traicionado. Y vos, ¿sois también vos víctima de una traición?

—No —dijo la novicia—, sino de mi desvelo por una mujer a la que yo

quería, por quien hubiera dado mi vida, por la que aún la daría.

—Y que os ha abandonado, ¿no es eso?

—He sido lo bastante injusta para creerlo, pero desde hace dos o tres días he obtenido prueba de lo contrario, y se lo agradezco a Dios; me habría costado creer que me había olvidado. Pero vos, señora —continuó la novicia

— me parece que estáis libre, y que si quisierais huir, no dependería más que de vos.

—¿Dónde queréis que vaya sin amigos, sin dinero, en una parte de Francia que no conozco, adonde no he venido nunca?...

—¡Oh! —exclamó la novicia—. En cuanto a amigos, los tendréis por todas partes donde os mostréis. Parecéis tan buena y sois tan bella...

—Esto no me impide —prosiguió Milady endulzando su sonrisa de manera que le daba una expresión angelical— que yo esté sola y perseguida.

—Escuchad —dijo la novicia—, hay que tener esperanza en el cielo, como veis; siempre viene en el momento en que el bien que se ha hecho defiende nuestra causa ante Dios, y mirad, quizá sea una suerte para vos, por humilde y sin poder que yo sea, que me hayáis encontrado; porque si yo salgo de aquí, pues bien, tendré algunos amigos poderosos que, después de haberse puesto en campaña por mí, podrán también ponerse en campaña por vos.

—¡Oh! Cuando he dicho que estaba sola —dijo Milady, esperando hacer hablar a la novicia hablando de ella misma—, no es por falta de tener algunos conocimientos situados arriba; pero estos conocimientos tiemblan ante el cardenal: la reina misma no se atreve a sostener a alguien contra el cardenal; tengo pruebas de que su majestad, pese a su excelente corazón, ha sido obligada más de una vez a abandonar a la cólera de Su Eminencia a personas que la habían servido.

—Creedme, señora, la reina puede parecer haber abandonado a esas personas; pero no hay que creer en las apariencias; cuanto más perseguidas son, más piensa en ellas, y con frecuencia, en el momento en que ellas menos lo piensan, tienen pruebas de su buen recuerdo.

—¡Ay! —dijo Milady—. Lo creo. Es tan buena la reina…

—¡Oh, entonces conocéis a esa bella y noble reina, puesto que habláis así!

—exclamó la novicia con entusiasmo.

—Es decir —replicó Milady, acorralada en sus posiciones—, a ella personalmente no tengo el honor de conocerla; pero conozco a buen número de sus amigos más íntimos: conozco al señor de Putange, he conocido en Inglaterra al señor Dujart, conozco al señor de Tréville.

—¡El señor de Tréville! —exclamó la novicia—. ¿Conocéis al señor de Tréville?

—Sí, perfectamente, mucho incluso.

—¿El capitán de los mosqueteros del rey?

—El capitán de los mosqueteros del rey.

—¡Oh, vais a ver —exclamó la novicia— cómo dentro de un momento vamos a ser muy conocidas, casi amigas! Si conocéis al señor de Tréville habréis debido ir a su casa.

—¡Con frecuencia! —dijo Milady, que una vez entrada en esta vía y dándose cuenta de que la mentira triunfaba, quería llevarla hasta el final.

—En su casa habréis debido ver a algunos de sus mosqueteros…

—¡A todos los que habitualmente recibe! —respondió Milady, para quien esta conversación empezaba a tener un interés real.

—Nombradme a algunos de los que vos conozcáis y veréis que estarán entre mis amigos.

—Conozco —dijo Milady embarazada— al señor de Louvigny, al señor de Courtivron, al señor de Férussac.

La novicia la dejó decir; luego, viendo que se detenía:

—¿Y no conocéis —le dijo— a un gentilhombre llamado Athos?

Milady se puso tan pálida como las sábanas entre las que se acostaba, y por dueña que fuera de sí misma no pudo impedirse lanzar un grito cogiendo la mano de su interlocutora y devorándola con la mirada.

—¿Qué, qué os ocurre? ¡Oh, Dios mío! —preguntó aquella pobre mujer—.

¿He dicho algo que os haya herido?

—No, pero ese nombre me ha sorprendido porque también yo he conocido a ese gentilhombre, y porque me parece extraño encontrar a alguien que le conozca mucho.

—¡Oh, sí, mucho, no solamente a él, sino también a sus amigos, los señores Porthos y Aramis!

—De veras, también a ellos los conozco —exclamó Milady, que sintió el frío penetrar hasta su corazón.

—Pues bien, si los conocéis, debéis saber que son buenos y francos compañeros. ¿Por qué no os dirigís a ellos si necesitáis apoyo?

—Es decir —balbuceó Milady—, yo no estoy vinculada realmente a

ninguno de ellos; los conozco por haber oído hablar mucho de ellos a uno de mis amigos, el señor D'Artagnan.

—¡Conocéis al señor D'Artagnan! —exclamó la novicia a su vez, cogiendo la mano de Milady y devorándola con los ojos.

Luego notando la extraña expresión de la mirada de Milady:

—Perdón, señora —dijo—, ¿a título de qué lo conocéis?

—Pues —replico Milady en apuros— a título de amigo.

—Me engañáis, señora —dijo la novicia—; habéis sido su amante.

—Sois vos quien lo habéis sido, señora —exclamó Milady a su vez.

—¡Yo! —dijo la novicia.

—Sí, vos; ahora os conozco, vos sois la señora Bonacieux. La joven retrocedió, llena de sorpresa y de terror.

—¡Oh, no lo neguéis! Responded —prosiguió Milady.

—Pues bien: sí, señora; yo le amo —dijo la novicia—, ¿somos rivales?

El rostro de Milady se encendió de un fuego tan salvaje que en cualquier otra circunstancia la señora Bonacieux habría huido de espanto; pero estaba totalmente dominada por los celos.

—Veamos: ¿decís, señora —prosiguió la señora Bonacieux con una energía de la que se la hubiera creído incapaz—, qué habéis sido o sois su amante?

—¡Oh, oh! —exclamó Milady con un acento que no admitía duda sobre su verdad—. ¡Jamás, jamás!

—Os creo —dijo la señora Bonacieux—; mas ¿por qué entonces habéis gritado así?

—¿Cómo, no comprendéis? —dijo Milady, que se había repuesto de su turbación y que había recuperado toda su presencia de ánimo.

—¡Cómo queréis que comprenda! Yo no sé nada.

—¿No comprendéis que, por ser mi amigo, D'Artagnan me había tomado por confidente?

—¿De veras?

—¡No comprendéis que lo sé todo: vuestro rapto de la casita de Saint- Germain, su desaparición, la de sus amigos, sus búsquedas inútiles desde ese momento! Y ¿cómo no queréis que me sorprenda, cuando sin sospechármelo me encuentro con vos, de quien hemos hablado con tanta frecuencia juntos,

con vos, a quien él ama con toda la fuerza de su alma, con vos, a quien él me había hecho amar antes de haberos visto? ¡Ay, querida Constance, ahora os encuentro, por fin os veo!

Y Milady tendió sus brazos a la señora Bonacieux, que, convencida por lo que acababa de decirle, no vio ya en esta mujer, en quien un instante antes había creído su rival, más que una amiga sincera y abnegada.

—¡Oh, perdonadme, perdonadme! —exclamó ella dejándose ir sobre su hombro—. ¡Lo amo tanto!

Las dos mujeres estuvieron un instante abrazadas. Desde luego, si las fuerzas de Milady hubieran estado a la altura de su odio, la señora Bonacieux sólo hubiera salido muerta de aquel abrazo. Pero no pudiendo ahogarla, le sonrió.

—¡Oh, querida, querida muchacha —dijo Milady—, cuán feliz soy al veros! Dejadme miraros —y diciendo estas palabras la devoraba inquisitivamente con la mirada—. Sí, sois vos. ¡Ah y, por cuanto me ha dicho, os reconozco ahora, os reconozco perfectamente!

La pobre joven no podía sospechar lo que de horrorosamente cruel pasaba tras la muralla de aquella frente pura, tras aquellos ojos tan brillantes donde no leía otra cosa sino interés y compasión.

—Entonces sabéis cuánto he sufrido —dijo la señora Bonacieux—, puesto que os he dicho lo que él sufría; pero sufrir por él es felicidad.

Milady replicó maquinalmente.

—Sí, es felicidad.

Ella pensaba en otra cosa.

—Y, además —continuó la señora Bonacieux—, mi suplicio toca a su término; mañana, quizá esta noche, lo volveré a ver, y entonces el pasado no existirá.

—¿Esta noche? ¿Mañana? —exclamó Milady sacada de su ensoñación por aquellas palabras—. ¿Qué queréis decir? ¿Esperáis alguna nueva de él?

—Lo espero a él.

—A él. ¿D'Artagnan aquí?

—El mismo.

—¡Pero es imposible! Está en el sitio de La Rochelle con el cardenal; no volverá a París sino después de la toma de la ciudad.

—Vos creéis eso, pero ¿es que hay algo imposible para mi D'Artagnan el

noble y leal gentilhombre?

—¡Oh, no puedo creeros!

—¡Buenos entonces leed! —dijo en el exceso de su orgullo y de su alegría la desventurada joven presentando una carta a Milady.

«¡La escritura de la señora Chevreuse! —se dijo para sus adentros Milady

—. ¡Ay, estaba segura de que tenía conocimientos por ese lado!».

Y leyó ávidamente estas pocas líneas:

Mi querida niña, estad preparada: nuestro amigo os verá muy pronto, y no os verá más que para arrancaros de la prisión en que vuestra seguridad exigía que estuvieseis oculta; preparaos, pues, para la partida y no desesperéis jamás de nosotros.

Vuestro encantador gascón acaba de mostrarse valiente y fiel como siempre; decidle que se le agradece en alguna parte el aviso que ha dado.

—Sí, sí —dijo Milady—, sí, la carta es precisa. ¿Sabéis cuál es ese aviso?

—No, sospecho solamente que haya prevenido a la reina de alguna nueva maquinación del cardenal.

—Sí, eso es sin duda —dijo Milady, devolviendo la carta a la señora Bonacieux y dejando caer su cabeza pensativa sobre su pecho.

En aquel momento se oyó el galope de un caballo.

—¡Oh! —exclamó la señora Bonacieux precipitándose a la ventana—.

¿Será ya él?

Milady había permanecido en su cama, petrificada por la sorpresa; tantas cosas inesperadas le llegaban de golpe que por primera vez la cabeza le fallaba.

—¡EI, él! —murmuró ella—. ¿Será él?

Y permanecía en la cama con los ojos fijos.

—¡Ay, no! —dijo la señora Bonacieux—. Es un hombre que no conozco y que, sin embargo, parece que viene hacia aquí; sí, aminora su carrera, se detiene en la puerta, llama.

Milady saltó fuera de su cama.

—¿Estáis completamente segura de que no es él? —dijo ella.

—¡Oh, sí, completamente segura!

—Quizá hayáis visto mal.

—¡Oh! Aunque no viera más que la pluma de su sombrero, la punta de su

capa, lo reconocería.

Milady seguía vistiéndose.

—No importa, ¿decís que ese hombre viene hacia aquí?

—Sí, ha entrado.

—Es para vos o para mí.

—¡Oh, Dios mío, qué agitada parecéis!

—Sí, lo confieso, yo no tengo vuestra confianza, temo cualquier cosa del cardenal.

—¡Chis! —dijo la señora Bonacieux—. Alguien viene.

Efectivamente, la puerta se abrió y entró la superiora.

—¿Sois vos la que llegáis de Boulogne? —preguntó a Milady.

—Sí, soy yo —respondió ésta tratando de recuperar su sangre fría—.

¿Quién pregunta por mí?

—Un hombre que no quiere decir su nombre, pero que viene de parte del cardenal.

—¿Y qué quiere decirme? —preguntó Milady.

—Que quiere hablar con una dama que ha llegado de Boulogne.

—Entonces hacedlo entrar, señora, os lo ruego.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo la señora Bonacieux—. ¿Será alguna mala noticia?

—Tengo miedo.

—Os dejo con ese extraño, pero tan pronto como se marche, volveré si me lo permitís.

—¡Cómo no! Os lo suplico.

La superiora y la señora Bonacieux salieron.

Milady se quedó sola, fijos los ojos en la puerta; un instante después se oyó el ruido de espuelas que resonaban en las

escaleras, luego los pasos se acercaron, luego la puerta se abrió y apareció un hombre.

Milady lanzó un grito de alegría: aquel hombre era el conde de Rochefort, el instrumento ciego de Su Eminencia.

C A P Í T U L O LXII

Dos variedades de demonios

—¡Ah! —exclamaron al mismo tiempo Rochefort y Milady—. ¡Sois vos!

—Sí, soy yo.

—¿Y llegáis?… —preguntó Milady.

—De La Rochelle. ¿Y vos?

—De Inglaterra.

—¿Buckingham?

—Muerto o herido peligrosamente; cuando yo partía sin haber podido obtener nada de él, un fanático acababa de asesinarlo.

—¡Ah! —exclamó Rochefort con una sonrisa—. ¡He ahí un azar muy feliz! Y que satisfará mucho a Su Eminencia. ¿Le habéis avisado?

—Le escribí desde Boulogne. Pero ¿cómo estáis aquí?

—Su Eminencia, inquieto, me ha enviado en vuestra busca.

—Llegué ayer.

—¿Y qué habéis hecho desde ayer?

—No he perdido mi tiempo.

—¡Oh! Eso me lo sospecho de sobra.

—¿Sabéis a quién he encontrado aquí?

—No.

—Adivinad.

—¿Cómo queréis…?

—A esa joven a quien la reina ha sacado de prisión.

—¿La amante del pequeño D'Artagnan?

—Sí, a la señora Bonacieux, cuyo retiro ignoraba el cardenal.

—Bueno —dijo Rochefort—, ahí tenemos un azar que puede igualarse con el otro. El señor cardenal es realmente un hombre privilegiado.

—¿Comprendéis mi asombro —continuó Milady— cuando me he encontrado cara a cara con esta mujer?

—¿Ella os conoce?

—No.

—Entonces, ¿os mira como a una extraña? Milady sonrió.

—¡Soy su mejor amiga!

—Por mi honor —dijo Rochefort—, no hay como vos, mi querida condesa, para hacer milagros.

—Y vale la pena, caballero —dijo Milady—, porque ¿sabéis qué pasa?

—No.

—Van a venir a buscarla mañana o pasado mañana con una orden de la reina.

—¿De verdad? ¿Y quién?

—D'Artagnan y sus amigos.

—Realmente harán tanto que nos veremos obligados a enviarlos a la Bastilla.

—¿Por qué no se ha hecho ya?

—¡Qué queréis! Porque el señor cardenal tiene por esos hombres una debilidad que yo no comprendo.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues bien, decidle esto, Rochefort, decidle que nuestra conversación en el albergue del Colombier-Rouge fue oída por esos cuatro hombres; decidle que después de su partida uno de ellos subió y me arrancó mediante la violencia el salvoconducto que me había dado; decidle que habían hecho avisar a lord de Winter de mi paso a Inglaterra; que también en esta ocasión han estado a punto de hacer fracasar mi misión, como hicieron fracasar la de los herretes; decidle que entre esos cuatro hombres, sólo dos son de temer, D'Artagnan y Athos; decidle

que el tercero, Aramis, es el amante de la señora de Chevreuse: hay que dejar vivir a éste, sabemos su secreto, puede ser útil; en cuanto al cuarto, Porthos, es un tonto, un fatuo y un necio: que no se preocupe siquiera.

—Pero esos cuatro hombres deben estar en este momento en el asedio de La Rochelle.

—Eso creía como vos; pero una carta que la señora Bonacieux ha recibido de la señora de Chevreuse, y que ha cometido la imprudencia de comunicarme, me lleva a creer que por el contrario estos cuatro hombres están

de camino y vienen a llevársela.

—¡Diablos! ¿Qué hacer?

—¿Qué os ha dicho el cardenal a mi respecto?

—Que reciba vuestros partes escritos o verbales, que vuelva al puesto, y cuando él sepa lo que habéis hecho, pensará en lo que debéis hacer.

—¿Debo entonces quedarme aquí? —preguntó Milady.

—Aquí o en los alrededores.

—¿No podéis llevarme con vos?

—No, la orden es formal; en los alrededores del campamento podríais ser reconocida, y vuestra presencia, como comprenderéis, comprometería a Su Eminencia, sobre todo

después de lo que acaba de pasar allá. Sólo que decidme por adelantado dónde esperaréis noticias del cardenal, que yo sepa siempre dónde encontraros.

—Escuchad, es probable que no pueda permanecer aquí.

—¿Por qué?

—Olvidáis que mis enemigos pueden llegar de un momento a otro.

—Cierto; pero entonces, ¿esa mujercita va a escapársele a Su Eminencia?

—¡Bah! —dijo Milady con una sonrisa que no pertenecía más que a ella—.

Olvidáis que yo soy su mejor amiga.

—¡Ah, es cierto! Puedo, por tanto, decir al cardenal que, respecto a esa mujer…

—Que esté tranquilo.

—¿Eso es todo?

—El sabrá lo que quiere decir.

—Lo adivinará. Ahora, veamos, ¿qué debo hacer yo?

—Salir al instante; me parece que las nuevas que lleváis bien merecen que nos demos prisa.

—Mi silla se ha partido al entrar en Lillers.

—¡Estupendo!

—¿Cómo estupendo?

—Sí, necesito vuestra silla —dijo la condesa.

—¿Y cómo iré yo entonces?

—A todo galope.

—Os tienen sin cuidado esas ciento ochenta leguas.

—¿Qué es eso?

—Se harán. ¿Y luego?

—Luego, al pasar por Lillers, me devolvéis la silla con orden a vuestro criado de ponerse a mi disposición.

—Bien.

—Indudablemente, tendréis encima de vos alguna orden del cardenal...

—Tengo mi pleno poder.

—Lo mostraréis a la abadesa diciendo que vendrán a buscarme, bien hoy, bien mañana, y que yo tendré que seguir a la persona que se presente en vuestro nombre.

—¡Muy bien!

—No olvidéis tratarme duramente cuando habléis de mí a la abadesa.

—¿Por qué?

—Yo soy una víctima del cardenal. Tengo que inspirar confianza a esa pobre señora Bonacieux.

—De acuerdo. Ahora, ¿queréis hacerme un informe de todo lo que ha pasado?

—Ya os he contado los acontecimientos, tenéis buena memoria, repetid las cosas tal como os las he dicho, un papel se pierde.

—Tenéis razón; basta con saber dónde encontraros, para que no vaya a recorrer inútilmente por los alrededores.

—Es cierto, esperad.

—¿Tenéis un mapa?

—¡Oh! Conozco esta región de maravilla.

—¿Vos? ¿Cuándo habéis venido aquí?

—Fui criada aquí.

—¿De verdad?

—Siempre sirve de algo, como veis, haber sido criada en alguna parte.

—Entonces me esperáis…

—Dejadme pensar un instante; claro, mirad, en Armentières.

—¿Qué es Armentières?

—Una pequeña aldea junto al Lys; no tendré más que cruzar el río y estoy en un país extranjero.

—¡De maravilla! Pero que quede claro que no atravesaréis el río más que en caso de peligro.

—Por supuesto.

—Y en ese caso, ¿cómo sabré dónde estáis?

—¿Necesitáis a vuestro lacayo?

—No.

—¿Es un hombre seguro?

—A toda prueba.

—Dádmelo; nadie lo conoce, lo dejo en el lugar del que me voy y él os lleva adonde estoy.

—¿Y decís que me esperáis en Armentières?

—En Armentières —respondió Milady.

—Escribidme ese nombre en un trozo de papel, no vaya a ser que lo olvide; un nombre de aldea no es comprometedor, ¿no es así?

—¿Quién sabe? No importa —dijo Milady escribiendo el nombre en media hoja de papel—, me comprometo.

—¡Bien! —dijo Rochefort cogiendo de las manos de Milady el papel, que plegó y metió en el forro de su sombrero—. Por otra parte, tranquilizaos; voy a hacer como los niños, y en caso de que pierda ese papel, repetiré el nombre durante todo el camino. Y ahora, ¿eso es todo?

—Creo que sí.

—Intentaremos recordar: Buckingham, muerto o gravemente herido; vuestra conversación con el cardenal, oída por los cuatro mosqueteros; lord de Winter avisado de vuestra llegada a Portsmouth; D'Artagnan y Athos, a la Bastilla; Aramis, amante de la señora de Chevreuse; Porthos, un asno; la señora Bonacieux, vuelta a encontrar; enviaros la silla lo antes posible; poner mi lacayo a vuestra disposición; hacer de vos una víctima del cardenal para que la abadesa no sospeche; Armentières, a orillas del Lys. ¿Es eso?

—Realmente, mi querido caballero, sois un milagro de memoria. A propósito, añadid una cosa.

—¿Cuál?

—He visto bosques muy bonitos que deben lindar con el jardín del convento, decid que me está permitido pasear por esos bosques. ¿Quién sabe? Quizá tenga necesidad de salir por una puerta de atrás.

—Pensáis en todo.

—Y vos, vos olvidáis una cosa.

—¿Cuál?

—Preguntarme si necesito dinero.

—Tenéis razón, ¿cuánto queréis?

—Todo el oro que tengáis.

—Tengo aproximadamente quinientas pistolas.

—Yo tengo otro tanto; con mil pistolas se hace frente a todo; vaciad vuestros bolsillos.

—Aquí están, condesa.

—Bien, mi querido conde. ¿Cuándo partís?

—Dentro de una hora: el tiempo de tomar un bocado, durante el cual enviaré a buscar un caballo de posta.

—¡De maravilla! ¡Adiós, caballero!

—Adiós, condesa.

—Recomendadme al cardenal —dijo Milady.

—Recomendadme a Satán —replicó Rochefort.

Milady y Rochefort cambiaron una sonrisa y se separaron.

Una hora después, Rochefort partió a galope tendido en su caballo; cinco horas más tarde pasaba por Arras. Nuestros lectores ya saben cómo había sido reconocido por D'Artagnan, y cómo este reconocimiento, inspirando temores a los cuatro mosqueteros, habían dado nueva actividad a su viaje.

C A P Í T U L O LXIII

Gota de agua

Apenas había salido Rochefort, volvió a entrar la señora Bonacieux.

Encontró a Milady con el rostro risueño.

—Y bien —dijo la joven— lo que vos temíais ha llegado, por tanto; esta

noche o mañana el cardenal os envía a recoger.

—¿Quién os ha dicho eso, niña mía? —preguntó Milady.

—Lo he oído de la boca misma del mensajero.

—Venid a sentaros aquí a mi lado —dijo Milady.

—Ya estoy aquí.

—Esperad que me asegure de si alguien nos escucha.

—¿Por qué todas estas precauciones?

—Ahora vais a saberlo. Milady se levantó y fue a la puerta la abrió, miró en el corredor y volvió a sentarse junto a la señora Bonacieux.

—Entonces —dijo ella—, ha interpretado bien su papel.

—¿Quién?

—El que se ha presentado a la abadesa como enviado del cardenal.

—¿Era entonces un papel que representaba?

—Sí, niña mía.

—Ese hombre no es entonces…

—Ese hombre —dijo Milady bajando la voz— es mi hermano.

—¡Vuestro hermano! —exclamó la señora Bonacieux.

—Pues sí, sólo vos sabéis este secreto, niña mía; si lo confiáis a alguien, sea el que sea, estaré perdida, y quizá vos también.

—¡Oh, Dios mío!

—Escuchad, lo que pasa es esto: mi hermano, que venía en mi ayuda para sacarme de aquí a la fuerza si era preciso, se ha encontrado con el emisario del cardenal que venía a buscarme; lo ha seguido. Al llegar a un lugar del camino solitario y apartado, ha sacado la espada conminando al mensajero a entregarle los papeles de que era portador; el mensajero ha querido defenderse, mi hermano lo ha matado.

—¡Oh! —exclamó la señora Bonacieux temblando.

—Era el único medio, pensad en ello. Entonces mi hermano ha resuelto sustituir la fuerza por la astucia: ha cogido los papeles y se ha presentado aquí como el emisario mismo del cardenal, y

dentro de una hora o dos, un coche debe venir a recogerme de parte de Su Eminencia.

—Comprendo; ese coche es vuestro hermano quien os lo envía.

—Exacto; pero eso no es todo: esa carta que habéis recibido y que creéis

de la señora de Chevreuse…

—¿Qué?

—Es falsa.

—¿Cómo?

—Sí, falsa: es una trampa para que no hagáis resistencia cuando vengan a buscaros.

—Pero si vendrá D'Artagnan.

—Desengañaos, D'Artagnan y sus amigos están retenidos en al asedio de La Rochelle.

—¿Cómo sabéis eso?

—Mi hermano ha encontrado a los emisarios del cardenal con traje de mosqueteros. Os habrían llamado a la puerta, vos habríais creído que se trataba de amigos os raptaban y os llevaban a París.

—¡Oh, Dios mío! Mi cabeza se pierde en medio de este caos de iniquidades. Siento que si esto durase —continuó la señora Bonacieux llevando sus manos a su frente— me volvería loca.

—Esperad.

—¿Qué?

—Oigo el paso de un caballo, es el de mi hermano que se marcha; quiero decirle el último adiós, venid.

Milady abrió la ventana e hizo señas a la señora Bonacieux de reunirse con ella. La joven fue allí.

Rochefort pasaba al galope.

—¡Adiós, hermano! —exclamó Milady.

El caballero alzó la cabeza, vio a las dos jóvenes y, mientras seguía corriendo, hizo a Milady una seña amistosa con la mano.

—¡Este buen Georges! —dijo ella volviendo a cerrar la ventana con una expresión de rostro llena de afecto y melancolía.

Y volvió a sentarse en su sitio, como si se sumiera en reflexiones completamente personales.

—Querida señora —dijo la señora Bonacieux—, perdón por interrumpiros, pero ¿qué me aconsejáis hacer? ¡Dios mío! Vos tenéis más experiencia que yo; hablad, os escucho.

—En primer lugar —dijo Milady—, puede que yo me equivoque y que

D’Artagnan y sus amigos vengan realmente en vuestra ayuda.

—¡Oh, hubiera sido demasiado hermoso! —exclamó la señora Bonacieux

—. Y tanta felicidad no está hecha para mí.

—Entonces, atended; será simplemente una cuestión de tiempo, una especie de carrera para saber quién llegará primero. Si son vuestros amigos los que los aventajan en rapidez, estaréis salvada; si son los satélites del cardenal, estaréis perdida.

—¡Oh sí, perdida sin remisión! ¿Qué hacer entonces? ¿Qué hacer?

—Habría un medio muy simple, muy natural…

—¿Cuál? Decid.

—Sería esperar oculta en los alrededores y aseguraros de quiénes son los hombres que vienen a buscaros.

—Pero ¿dónde esperar?

—¡Oh, eso sí que no es un problema! Yo misma me detendré y me ocultaré a algunas leguas de aquí, a la espera de que mi hermano venga a reunirse conmigo; pues bien, os llevo conmigo, nos escondemos y esperamos juntas.

—Pero no me dejarán partir, aquí estoy casi prisionera.

—Como creen que yo me marcho por orden del cardenal, no creerán que estéis deseosa de seguirme.

—¿Y?

—Pues lo siguiente: el coche está en la puerta, vos me despedís, subís al estribo para estrecharme en vuestros brazos por última

vez; el criado de mi hermano que viene a recogerme está avisado, hace una señal al postillón y partimos al galope.

—Pero D’Artagnan, D’Artagnan, ¿sí viene?

—¿No hemos de saberlo?

—¿Cómo?

—Nada más fácil. Hacemos regresar a Béthune a ese criado de mi hermano, del cual, ya os lo he dicho, podemos fiarnos; se disfraza y se aloja frente al convento; si son los emisarios del cardenal los que vienen, no se mueve; si es el señor D’Artagnan y sus amigos, los lleva adonde estamos nosotras.

—Entonces, ¿los conoce?

—Claro, ha visto al señor D’Artagnan en mi casa.

—¡Oh, sí, sí, tenéis razón! De esta forma todo va de la mejor manera posible; pero no nos alejemos de aquí.

—A siete a ocho leguas todo lo más, nos situamos junto a la frontera, por ejemplo, y a la primera alerta, salimos de Francia.

—Y hasta entonces, ¿qué hacer?

—Esperar.

—Pero ¿y si llegan?

—El coche de mi hermano llegará antes que ellos.

—¿Si estoy lejos de vos cuando vengan a recogernos, comiendo o cenando, por ejemplo?

—Haced una cosa.

—¿Cuál?

—Decid a vuestra buena superiora que para dejarnos lo menos posible le pedís permiso de compartir mi comida.

—¿Lo permitirá?

—¿Qué inconveniente hay en eso?

—¡Oh, muy bien de esta forma no nos dejaremos un instante!

—Pues bien, bajad a su cuarto para hacerle saber vuestra petición; siento mi cabeza pesada, voy a dar una vuelta por el jardín.

—Id, pero ¿dónde os volveré a encontrar?

—Aquí, dentro de una hora.

—Aquí, dentro de una hora. ¡Oh, cuán buena sois! Os lo agradezco.

¿Cómo no interesarme de vos? Aunque no fuerais hermosa y encanta ora, ¿no sois la amiga de uno de mis mejores amigos?

—Querido D'Artagnan. ¡Oh, cómo os lo agradecerá!

—Eso espero. Vamos, todo está convenido, bajemos.

—¿Vais al jardín?

—Sí.

—Seguid este corredor, una escalerita os conduce allí.

—¡De maravilla! ¡Gracias!

Y las dos mujeres se separaron cambiando una encantadora sonrisa. Milady había dicho la verdad, tenía la cabeza pesada porque sus proyectos mal

clasificados entrechocaban como en un caos. Necesitaba estar sola para poner un poco de orden en sus pensamientos. Veía vagamente en el futuro; pero le hacía falta un poco de silencio y de quietud para dar a todas sus ideas, aún confusas, una forma nítida, un plan fijo.

Lo más acuciante era raptar a la señora Bonacieux, ponerla en lugar seguro y allí, llegado el caso, hacer de ella un rehén. Milady comenzaba a temer el resultado de aquel duelo terrible en que sus enemigos ponían tanta perseverancia como ella encarnizamiento.

Por otra parte, sentía, como se siente venir una tormenta, que aquel resultado estaba cercano y no podía dejar de ser terrible.

Lo principal para ella, como hemos dicho, era por tanto tener en sus manos a la señora Bonacieux. La señora Bonacieux era la vida de D'Artagnan; era más que su vida, era la de la mujer que él amaba; era, en caso de mala suerte, un medio de tratar y obtener con toda seguridad buenas condiciones.

Ahora bien, este punto estaba fijado: la señora Bonacieux, sin desconfianza, la seguía; una vez oculta con ella en Armentières, era fácil hacerle creer que D'Artagnan no había venido a Béthune. Dentro de quince días como máximo, Rochefort estaría de vuelta; durante esos quince días, por otra parte, pensaría sobre lo que tenía que hacer para vengarse de los cuatro amigos. No se aburriría, gracias a Dios, porque tendría el pasatiempo más dulce que los sucesos pueden conceder a una mujer de su carácter: una buena venganza que perfeccionar.

Al tiempo que pensaba, ponía los ojos a su alrededor y clasificaba en su cabeza la topografía del jardín. Milady era como un general que prevé juntas la victoria y la derrota, y que está preparado, según las alternativas de la batalla, para ir hacia adelante o batirse en retirada.

Al cabo de una hora oyó una voz dulce que la llamaba: era la señora Bonacieux. La buena abadesa había consentido naturalmente en todo y, para empezar, iban a cenar juntas.

—Al llegar al patio, oyeron el ruido de un coche que se detenía en la puerta.

—¿Oís? —dijo ella.

—Sí, el rodar de un coche.

—Es el que mi hermano nos envía.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Vamos, valor!

Llamaron a la puerta del convento, Milady no se había engañado.

—Subid a vuestra habitación —le dijo a la señora Bonacieux—, tendréis algunas joyas que desearéis llevaros.

—Tengo sus cartas —dijo ella.

—Pues bien, id a buscarlas y venid a reuniros conmigo a mi cuarto, cenaremos de prisa; quizá viajemos una parte de la noche, hay que tomar fuerzas.

—¡Gran Dios! —dijo la señora Bonacieux llevándose la mano al pecho—.

El corazón me ahoga, no puedo caminar.

—¡Valor, vamos, valor! Pensad que dentro de un cuarto de hora estaréis salvada, y pensad que lo que vais a hacer, lo hacéis por él.

—¡Oh sí, todo por él! Me habéis devuelto mi valor con una sola palabra; id, yo me reuniré con vos.

Milady subió rápidamente a su cuarto, encontró allí al lacayo de Rochefort y le dio sus instrucciones.

Debía esperar a la puerta; si por casualidad aparecían los mosqueteros, el coche partía al galope, daba la vuelta al convento e iba a esperar a Milady a una pequeña aldea situada al otro lado del bosque. En este caso, Milady cruzaba el jardín y

ganaba la aldea a pie; ya lo había dicho, Milady conocía de maravilla esta parte de Francia.

Si los mosqueteros no aparecían, las cosas marcharían como estaba convenido: la señora Bonacieux subía al coche so pretexto de decirle adiós y Milady raptaba a la señora Bonacieux.

La señora Bonacieux entró y, para quitarle cualquier sospecha, si es que la tenía, Milady repitió ante ella al lacayo toda la última parte de sus instrucciones.

Milady hizo algunas preguntas sobre el coche: era una silla tirada por tres caballos, guiada por un postillón; el lacayo de Rochefort debía precederla como correo.

Era un error de Milady su temor a que la señora Bonacieux tuviera sospechas: la pobre joven era demasiado pura para sospechar en otra mujer semejante perfidia; además, el nombre de la condesa de Winter, que había oído pronunciar a la abadesa, le era completamente desconocido, e ignoraba incluso que una mujer hubiera tenido parte tan grande y tan fatal en las desgracias de su vida.

—Ya lo veis —dijo Milady cuando el lacayo hubo salido—, todo está dispuesto. La abadesa no sospecha nada y cree que viene a buscarme de parte del cardenal. Ese hombre va a dar las últimas órdenes: tomad algo, bebed una

gota de vino y partamos.

—Sí —dijo maquinalmente la señora Bonacieux—, sí, partamos.

Milady le hizo señas de sentarse ante ella, le puso un vasito de vino español y le sirvió una pechuga.

—Ved —le dijo—, todo nos ayuda: la oscuridad llega; al alba habremos llegado a nuestro refugio y nadie podrá sospechar dónde estamos. Vamos, valor, tomad algo.

La señora Bonacieux comió maquinalmente algunos bocados y templó sus labios en el vaso.

—Vamos, vamos —dijo Milady llevando el suyo a sus labios—, haced como yo.

Pero en el momento en que lo acercaba a su boca, su mano quedó suspendida: acababa de oír en la ruta como el rodar lejano de un galope que se iba aproximando; luego, casi al mismo tiempo, le pareció oír relinchos de caballos.

Aquel ruido la sacó de su alegría como un ruido de tormenta despierta en medio de un hermoso sueño; palideció y corrió a la ventana mientras la señora Bonacieux, levantándose toda temblorosa, se apoyaba sobre su silla para no caer.

No se veía nada aún, sólo se oía el galope que continuaba acercándose.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la señora Bonacieux—. ¿Qué es ese ruido?

—El de nuestros amigos o de nuestros enemigos —dijo Milady con su terrible sangre fría—; quedaos donde estáis; voy a decíroslo.

La señora Bonacieux permaneció de pie, muda, inmóvil y pálida como una estatua.

El ruido se hacía más fuerte, los caballos no debían estar a más de ciento cincuenta pasos; si no se los divisaba todavía, es porque la ruta formaba un codo. Sin embargo, el ruido se hacía tan nítido que se hubieran podido contar los caballos por el ruido irregular de sus herraduras.

Milady miraba con toda la potencia de su atención. Necesitó poco tiempo para poder reconocer a los que llegaban.

De pronto, en el recodo del camino, vio relucir los sombreros galonados y flotar las plumas; contó dos, después cinco, luego ocho caballeros; uno de ellos precedía a todos los demás en dos cuerpos de caballo.

Milady lanzó un rugido ahogado. En el que venía a la cabeza reconoció a D'Artagnan.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó la señora Bonacieux—. ¿Qué pasa?

—Es el uniforme de los guardias del señor cardenal; no hay un momento que perder —exclamó Milady—. ¡Huyamos, huyamos!

—Sí, sí, huyamos —repitió la señora Bonacieux, pero sin poder dar un paso, clavada como estaba en su sitio por el terror.

Se oyó a los caballeros que pasaban bajo la ventana.

—¡Venid, pero venid! —exclamaba Milady tratando de arrastrar a la joven por el brazo—. Gracias al jardín, aún podemos huir, tengo la llave; pero démonos prisa, dentro de cinco minutos será demasiado tarde.

La señora Bonacieux trató de caminar, dio dos pasos y cayó de rodillas. Milady trató de levantarla y de llevársela, pero no pudo conseguirlo.

En aquel momento se oyó el rodar de un coche, que, a la vista de los mosqueteros partió al galope. Luego, tres o cuatro disparos sonaron.

—Por última vez, ¿queréis venir? —exclamó Milady.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! Veis que las fuerzas me faltan, veis que no puedo caminar: huid sola.

—¡Huir sola! ¡Dejaros aquí! No, no nunca —exclamó Milady.

De pronto, un destello lívido brotó de sus ojos; de un salto, como loca, corrió a la mesa, echó en el vaso de la señora Bonacieux el contenido de un engaste de anillo que abrió con una presteza singular.

Era un grano rojizo que se fundió al punto. Luego, cogiendo el vaso con una mano firme:

—Bebed —dijo—, este vino os dará fuerzas, bebed.

—¡Ah! No es así como quería vengarme —murmuró Milady, dejando con una sonrisa infernal el vaso encima de la mesa—, pero a fe que se hace lo que se puede.

Y se precipitó fuera de la habitación.

La señora Bonacieux la vio huir, sin poder seguirla; estaba como esas gentes que sueñan que las persiguen y que tratan en vano de caminar.

Transcurrieron algunos minutos, un ruido horrible resonaba en la puerta; a cada instante la señora Bonacieux esperaba ver reaparecer a Milady, que no reaparecía.

Varias veces, de terror sin duda, el sudor frío subió a su frente ardiente.

Por fin, oyó el rechinar de las verjas que se abrían, el ruido de las botas y de las espuelas resonó por las escaleras: había un gran murmullo de voces que iban acercándose, en medio de las cuales le parecía oír pronunciar su nombre.

De pronto lanzó un gran grito de alegría y se lanzó hacia la puerta, había reconocido la voz de D'Artagnan.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —exclamó ella—. ¿Sois vos? Por aquí, por aquí.

—¡Constance, Constance! —respondió el joven—. ¿Dónde estáis? ¡Dios mío!

En el mismo momento, la puerta de la celda cedió al choque más que se abrió; varios hombres se precipitaron en la habitación; la señora Bonacieux había caído en un sillón sin poder hacer un movimiento.

D'Artagnan arrojó una pistola aún humeante que tenía en la mano y cayó de rodillas ante su dueña, Athos volvió a poner la suya en su cintura; Porthos y Aramis, que tenían desnudas sus espadas, las envainaron.

—¡Oh, D'Artagnan! ¡Mi bien amado D'Artagnan! ¡Vienes por fin, no me habían engañado, eres tú!

—¡Sí, sí, Constance! ¡Juntos!

—¡Oh! Por más que ella decía que no vendrías yo esperaba en secreto; no he querido huir. ¡Ay, qué bien he hecho, qué feliz soy!

A la palabra de ella, Athos, que estaba sentado tranquilamente, se levantó de un salto.

—¡Ella! ¿Quién es ella? —preguntó D'Artagnan.

—Mi compañera; la que, por amistad hacia mí, quería sustraerme a mis perseguidores; la que tomándoos por guardias del cardenal acaba de huir.

—Vuestra compañera —exclamó D'Artagnan volviéndose más pálido que el velo blanco de su amante—. ¿A qué compañera os referís?

—A aquella cuyo coche estaba a la puerta, a una mujer que se dice vuestra amiga, D’Artagnan; a una mujer a quien vos habéis contado todo.

—¡Su nombre, su nombre! —exclamó D’Artagnan—. ¡Dios mío! ¿No sabéis vos su nombre?

—Sí, lo han pronunciado delante de mí; esperad…, pero es extranjero…

¡Oh, Dios mío! Mi cabeza se turba, ya no veo.

—¡Ayudadme, amigos ayudadme! Sus manos están heladas —exclamó D’Artagnan—. Se encuentra mal. ¡Gran Dios! ¡Pierde el conocimiento!

Mientras Porthos pedía ayuda con toda la potencia de su voz, Aramis corrió a la mesa para coger un vaso de agua; pero se detuvo al ver la horrible alteración del rostro de Athos que, de pie ante la mesa, con los pelos erizados, los ojos helados de estupor, miraba uno de los vasos y parecía presa de la duda más horrible.

—¡Oh! —decía Athos—. ¡Oh, no, es imposible! ¡Dios no permitiría semejante crimen!

—¡Agua, agua! —gritaba D’Artagnan—. ¡Agua!

—¡Oh, pobre mujer, pobre mujer! —murmuraba Athos con la voz quebrada.

La señora Bonacieux volvió a abrir los ojos bajo los besos de D'Artagnan. Y acercó el vaso a los labios de la joven, que bebió maquinalmente.

—¡Vuelve en sí! —exclamó el joven—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, gracias!

—Señora —dijo Athos—, señora, en nombre del cielo, ¿de quién es este vaso vacío?

—Mío, señor… —respondió la joven— con voz moribunda.

—Pero ¿quién os ha echado el vino que estaba en ese vaso?

—Ella.

—Pero ¿quién es ella?

—¡Ah, ya me acuerdo! —dijo la señora Bonacieux—. La condesa de Winter…

Los cuatro amigos lanzaron un solo y mismo grito, pero el de Athos dominó todos los demás.

En aquel momento, el rostro de la señora Bonacieux se volvió lívido, un dolor sordo la abatió y cayó jadeante en los brazos de Porthos y de Aramis.

D'Artagnan cogió las manos de Athos con una angustia difícil de describir.

—¿Y qué? —dijo—. Tú crees… Su voz se extinguió en un sollozo.

—Lo creo todo —dijo Athos mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —exclamó la señora Bonacieux—. ¿Dónde estás? No me dejes, ya ves que voy a morir.

D'Artagnan soltó las manos de Athos, que tenía aún entre sus manos crispadas, y corrió hacia ella.

Su rostro tan hermoso estaba todo trastornado, sus ojos vidriosos no teman ya mirada, un estremecimiento convulsivo agitaba su cuerpo, el sudor corría por su frente.

—¡En nombre del cielo! ¡Corred a llamar! Porthos, Aramis, ¡pedid ayuda!

—Inútil —dijo Athos—, inútil, para el veneno que ella echa no hay contraveneno.

—¡Sí, sí, socorro, socorro! —murmuró la señora Bonacieux—. ¡Socorro!

Luego, reuniendo todas su fuerzas, cogió la cabeza del joven entre sus dos manos, lo miró un instante como si toda su alma hubiera pasado a su mirada y, con un grito sollozante, apoyó sus labios sobre los de él.

—¡Constance! ¡Constance! —exclamó D'Artagnan.

Un suspiro escapó de la boca de la señora Bonacieux rozando la de D'Artagnan; aquel suspiro era aquella alma tan casta y tan amante que subía al cielo.

D'Artagnan no estrechaba más que un cadáver entre sus brazos.

El joven lanzó un grito y cayó junto a su amante, tan pálido y helado como ella.

Porthos lloró, Aramis mostró el puño al cielo, Athos hizo el signo de la cruz.

En aquel momento un hombre apareció en la puerta, casi tan pálido como los que estaban en la habitación, miró todo en torno suyo, vio a la señora Bonacieux muerta y a D'Artagnan desvanecido.

Apareció justo en ese instante de estupor que sigue a las grandes catástrofes.

—No me había equivocado —dijo—, he ahí al señor D'Artagnan y sus tres amigos, los señores Athos, Porthos y Aramis.

Estos cuyos nombres acababan de ser pronunciados miraban al extranjero con asombro, y a los tres les parecía reconocerlo.

—Señores —prosiguió el recién llegado—, vos estáis como yo a la búsqueda de una mujer que —añadió con una sonrisa terrible— ha debido pasar por aquí, ¡porque veo un cadáver!

Los tres amigos permanecieron mudos; sólo que tanto la voz como el rostro les recordaba a un hombre que ya habían visto; sin embargo, no podían acordarse de en qué circunstancias.

—Señores —continuó el extranjero—, puesto que no queréis reconocer a

un hombre que probablemente os debe la vida dos veces, tendré que dar mi nombre: soy lord de Winter, el cuñado de esa mujer.

Los tres amigos lanzaron un grito de sorpresa. Athos se levantó y le tendió la mano.

—Sed bienvenido, milord —dijo—, sois de los nuestros.

—Salí de Portsmouth cinco horas después que ella —dijo lord de Winter

—, llegué a Boulogne tres horas después que ella, no la alcancé por veinte minutos en Saint-Omer; finalmente, en Lillers perdí su rastro. Iba al azar, informándome con todo el mundo, cuando os he visto pasar al galope; he reconocido al señor D'Artagnan. Os he llamado, no me habéis respondido; he querido seguiros, pero mi caballo estaba demasiado cansado para ir a la misma velocidad que los vuestros. Y, sin embargo, parece que pese a la diligencia que habéis puesto, ¡habéis llegado demasiado tarde!

—Ya lo veis —dijo Athos señalando a lord de Winter a la señora Bonacieux muerta y a D'Artagnan, al que Porthos y Aramis trataban de que recobrara el conocimiento.

—¿Están muertos los dos? —preguntó fríamente lord de Winter.

—Afortunadamente no —respondió Athos—; el señor D'Artagnan sólo está desvanecido.

—¡Ah, tanto mejor! —dijo lord de Winter.

En efecto, en aquel momento D'Artagnan volvió a abrir los ojos.

Se arrancó de los brazos de Porthos y de Aramis y se precipitó como un insensato sobre el cuerpo de su amante.

Athos se levantó, se dirigió hacia su amigo con paso lento y solemne, lo abrazó tiernamente y, como él estallaba en sollozos, le dijo con su voz tan notable y tan persuasiva:

—Amigo, sé hombre: las mujeres lloran los muertos; los hombres los vengan.

—¡Oh, sí! —dijo D'Artagnan—. Sí; si es para vengarla estoy dispuesto a seguirte.

Athos aprovechó aquel momento de fuerza que la esperanza de la venganza daba a su desdichado amigo para hacer señas a Porthos y Aramis de que fueran a buscar a la superiora.

Los dos amigos la encontraron en el corredor, completamente impresionada aún y extraviada por tantos acontecimientos; llamó a algunas religiosas que, contra todos los hábitos monásticos, se encontraron en

presencia de cinco hombres.

—Señora —dijo Athos pasando el brazo de D'Artagnan bajo el suyo—, abandonamos a vuestros piadosos cuidados el cuerpo de esta desgraciada mujer. Fue un ángel sobre la tierra antes

de ser un ángel en el cielo. Tratadla como a una de vuestras hermanas; nosotros volveremos un día a rezar sobre su tumba.

D'Artagnan ocultó su rostro en el pecho de Athos y estalló en sollozos.

—¡Llora —dijo Athos—. Llora, corazón lleno de amor, de juventud y de vida! ¡Ay, de buena gana quisiera poder llorar como tú!

Y se llevó a su amigo afectuoso como un padre, consolador como un cura, grande como hombre que ha sufrido mucho.

Los cinco, seguidos de sus criados, que llevaban sus caballos de la brida, avanzaron hacia la villa de Béthune, cuyo arrabal se divisaba, y se detuvieron ante el primer albergue que encontraron.

—Pero ¿no seguimos a esa mujer? —dijo D'Artagnan.

—Más tarde —dijo Athos—, tengo que tomar medidas.

—Se nos escapará —replicó el joven—, se nos escapará, Athos, y será por tu culpa.

—Respondo de ella —dijo Athos.

D'Artagnan tenía tal confianza en la palabra de su amigo, que bajó la cabeza y entró en el albergue sin responder nada.

Porthos y Aramis se miraban sin comprender nada de la seguridad de Athos.

Lord de Winter creía que hablaba así para adormecer el dolor de D'Artagnan.

—Ahora, señores —dijo Athos cuando estuvo seguro de que había cinco habitaciones libres en el hotel—, nos retiraremos cada uno a su cuarto; D'Artagnan necesita estar solo para llorar y vos para dormir. Yo me encargo de todo, estad tranquilos.

—Sin embargo, me parece —dijo lord de Winter— que si hay alguna medida que tomar contra la condesa, eso me afecta: es mi cuñada.

—Y a mí también —dijo Athos—: es mi mujer.

D'Artagnan se estremeció porque comprendió que Athos estaba seguro de la venganza, puesto que revelaba semejante secreto; Porthos y Aramis se miraron palideciendo. Lord de Winter pensó que Athos estaba loco.

—Retiraos, pues —dijo Athos—, y dejadme hacer. Veis de sobra que en mi calidad de marido me corresponde a mí. Sólo que, D'Artagnan si no lo habéis perdido, entregadme ese papel que se escapó del sombrero de aquel hombre y sobre el que está escrito el nombre de la villa…

—¡Ah! —dijo D'Artagnan—. Comprendo, ese nombre escrito por su puño…

—¡Ya ves —dijo Athos— que hay un Dios en el cielo!

C A P Í T U L O LXIV

El hombre de la capa roja

La desesperación de Athos había dejado sitio a un dolor concentrado que hacía más lúcidas aún las brillantes facultades de espíritu de aquel hombre.

Concentrado por entero en un solo pensamiento, el de la promesa que había hecho y de la responsabilidad que había tomado, se retiró el último a su habitación, pidió al hostelero que le procurase un mapa de la provincia, se inclinó encima, interrogó a las líneas trazadas, advirtió que cuatro caminos diferentes se dirigían de Béthune a Armentières, e hizo llamar a los criados.

Planchet, Grimaud, Mosquetón y Bazin se presentaron y recibieron las órdenes claras, puntuales y graves de Athos.

Debían partir al alba al día siguiente, y dirigirse a Armentières, cada uno por una ruta diferente. Planchet, el más inteligente de los cuatro, debía seguir aquella por la que había desaparecido el coche contra el que los cuatro amigos habían disparado y que, como se recordará, iba acompañado por el doméstico de Rochefort.

Athos puso en campaña primero a los criados porque desde que estos hombres estaban a su servicio y al de sus amigos

había advertido en cada uno de ellos cualidades diferentes y esenciales.

En segundo lugar, criados que preguntan inspiran a los transeúntes menos desconfianza que sus amos, y hallan más simpatía en aquellos a quienes se dirigen.

Por último, Milady conocía a los amos, mientras que no conocía a los criados; y, por el contrario, los criados conocían perfectamente a Milady.

Los cuatro debían hallarse al día siguiente, a las once, en el lugar indicado; si habían descubierto el refugio de Milady, tres permanecerían custodiándola, el cuarto regresaría a Béthune para avisar a Athos y servir de guía a los cuatro amigos.

Tomadas estas disposiciones, los criados se retiraron a su vez.

Athos se levantó entonces de su silla, se ciñó la espada, se envolvió en su capa y salió de la hostería; eran las diez aproximadamente. A las diez de la noche, como se sabe, en provincias las calles están poco frecuentadas. Athos, sin embargo, buscaba visiblemente a alguien a quien pudiera dirigir una pregunta. Por fin encontró un transeúnte rezagado, se acercó a él, le dijo algunas palabras; el hombre al que se dirigía retrocedió con terror, sin embargo respondió a las palabras del mosquetero con una indicación. Athos ofreció a

aquel hombre media pistola por acompañarlo, pero el hombre rehusó.

Athos se metió en la calle que el indicador había designado con el dedo; pero, llegado a la encrucijada, se detuvo de nuevo visiblemente apurado. No obstante, como más que cualquier otro lugar la encrucijada le ofrecía la posibilidad de encontrar a alguien, se detuvo. En efecto, al cabo de un instante, pasó un vigilante nocturno. Athos le repitió la misma pregunta que ya había hecho a la primera persona que había encontrado; el vigilante nocturno dejó percibir el mismo terror, rehusó también acompañar a Athos y le mostró con la mano el camino que debía seguir.

Athos caminó en la dirección indicada y alcanzó el arrabal situado en el extremo opuesto de la villa, aquel por el que él y sus compañeros habían entrado. Allí pareció de nuevo inquieto y embarazado, y se detuvo por tercera vez.

Afortunadamente pasó un mendigo que se acercó a Athos para pedirle limosna. Athos le ofreció un escudo por acompañarlo donde iba. El mendigo dudó un instante pero, a la vista de la moneda de plata que brillaba en la oscuridad, se decidió y caminó delante de Athos.

Llegado a la esquina de una calle, le mostró de lejos una casita aislada, solitaria, triste; Athos se acercó mientras el mendigo, que había recibido su salario, se alejaba a todo correr.

Athos dio una vuelta a la casa antes de distinguir la puerta en medio del color rojizo con que aquella casa estaba pintada; ninguna luz se colaba por las cortaduras de las contraventanas, ningún ruido dejaba suponer que estuviese habitada, era sombría y muda como una tumba.

Tres veces llamó Athos sin que le contestasen. A la tercera llamada, sin embargo, pasos interiores se acercaron; finalmente, la puerta se entreabrió, y un hombre de talla alta, tez pálida, pelo y barba negros, apareció.

Athos y él cambiaron algunas palabras en voz baja, luego el hombre de talla alta hizo señas al mosquetero de que podía entrar. Athos aprovechó al

momento el permiso y la puerta se cerró tras él.

El hombre al que Athos había venido a buscar tan lejos y al que había encontrado con tanto esfuerzo, lo hizo entrar en su laboratorio, donde estaba ocupado en sujetar con alambres ruidosos huesos de un esqueleto. Todo el cuerpo estaba ya ajustado: sólo la cabeza estaba puesta sobre una mesa.

El resto del moblaje indicaba que aquél en cuya casa se hallaba se ocupaba en ciencias naturales: había tarros llenos de serpientes, etiquetados según las especies; lagartos disecados relucían como esmeraldas talladas en grandes marcos de madera negra; en fin, botes de hierbas silvestres, odoríferas y

sin duda dotadas de virtudes desconocidas al vulgo, estaban pegadas al techo y bajaban por las esquinas del cuarto.

Athos lanzó una ojeada fría e indiferente sobre todos estos objetos que acabamos de describir y, a invitación de aquel al que venía a buscar, se sentó a su lado.

Entonces le explicó la causa de su visita y el servicio que reclamaba de él; mas apenas hubo expuesto su demanda, el desconocido, que estaba de pie ante el mosquetero, retrocedió con terror y rehusó. Entonces Athos sacó de su bolsillo un breve papel sobre el que había escritas dos líneas acompañadas de una firma y un sello, y lo presentó a aquel que daba demasiado prematuramente aquellas señales de repugnancia. El hombre de alta estatura, apenas hubo leído aquellas dos líneas, visto la firma y reconocido el sello, se inclinó en señal de que no tenía ya ninguna objeción que hacer, y que estaba dispuesto a obedecer.

Athos no pidió más; se levantó, saludó, salió, tomó al irse el mismo camino que había seguido para venir, volvió a entrar en la hostería y se encerró en su cuarto.

Al alba, D'Artagnan entró en su habitación y preguntó qué iba a hacer.

—Esperar —respondió Athos.

Algunos instantes después, la superiora del convento hizo avisar a los mosqueteros de que el entierro de la víctima de Milady tendría lugar a mediodía. En cuanto a la envenenadora, no

había habido noticias; sólo que debía haber huido por el jardín, en cuya arena habían reconocido la huella de sus pasos, y cuya puerta habían encontrado cerrada; en cuanto a la llave, había desaparecido.

A la hora indicada, lord de Winter y los cuatro amigos se dirigieron al convento; las campanas tocaban a duelo, la capilla estaba abierta, la verja del coro estaba cerrada. En medio del coro estaba puesto el cuerpo de la víctima, revestida de sus hábitos de novicia. A cada lado del coro, y tras las verjas que se abrían sobre el convento, estaba toda la comunidad de Carmelitas, que escuchaba desde allí el servicio divino y mezclaba su canto al canto de los sacerdotes, sin ver a los profanos ni ser vista por ellos.

A la puerta de la capilla, D'Artagnan sintió que su valor huía nuevamente; se volvió en busca de Athos, pero Athos había desaparecido.

Fiel a su misión de venganza, Athos se había hecho conducir al jardín; y allí, sobre la arena, siguiendo los pasos ligeros de aquella mujer que había dejado un rastro ensangrentado por donde había pasado, avanzó hasta la puerta que daba al bosque, se la hizo abrir y se metió en el bosque.

Entonces todas sus dudas se confirmaron: el camino por el que el coche había desaparecido contorneaba el bosque. Athos siguió el camino algún tiempo con los ojos fijos en el suelo;

ligeras manchas de sangre, que provenían de una herida hecha o al hombre que acompañaba el coche como correo o a uno de los caballos, salpicaban el camino. Al cabo de tres cuartos de legua aproximadamente, a cincuenta pasos de Festubert, aparecía una mancha de sangre más amplia; el suelo estaba pisoteado por los caballos. Entre el bosque y aquel lugar desnudo, un poco antes de la tierra lastimada, se encontraba la misma huella de breves pasos que en el jardín; el coche se había detenido.

En aquel lugar, Milady había salido del bosque y había montado en el coche.

Satisfecho por este descubrimiento que confirmaba todas sus sospechas, Athos volvió a la hostería y encontró a Planchet que lo esperaba con impaciencia.

Todo era como Athos había previsto.

Planchet había seguido la ruta, había observado, como Athos, las manchas de sangre, como Athos había reconocido el lugar en que los caballos se habían detenido; pero había ido más lejos de Athos, de suerte que en la aldea de Festubert, mientras bebía en un albergue, sin haber tenido necesidad de preguntar, había sabido que la víspera, a las ocho y media de la noche, un hombre herido, que acompañaba a una dama que viajaba en una silla de posta, se había visto obligado a detenerse, sin poder seguir delante. El accidente habría sido cargado en la cuenta de ladrones que habían detenido la silla en el bosque. El

hombre había quedado en la aldea, la mujer había hecho el relevo y continuado su camino.

Planchet se puso a buscar al postillón que había conducido la silla, y lo encontró. Había conducido a la señora hasta Fromelles, y de Fromelles ella había partido hacia Armentières. Planchet tomó la trocha, y a las siete de la mañana estaba en Armentières.

No había más que una hostería, la de la posta. Planchet fue a presentarse allí como lacayo sin trabajo que buscaba una plaza. No había hablado diez minutos con las gentes del albergue cuando ya sabía que una mujer sola había llegado a las once de la noche, había alquilado una habitación, había hecho venir al dueño de la hostería y le había dicho que deseaba permanecer algún tiempo por aquellos alrededores.

Planchet no tenía necesidad de saber más. Corrió al lugar de la cita, encontró a los tres lacayos puntuales en su puesto, los colocó como centinelas en todas las salidas de la hostería y volvió en busca de Athos, que acababa de recibir los informes de Planchet cuando sus amigos regresaron.

Todos los rostros estaban sombríos y crispados, incluso el dulce rostro de Aramis.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó D’Artagnan.

—Esperar —respondió Athos. Cada uno se retiró a su habitación.

A las ocho de la noche, Athos dio la orden de ensillar los caballos e hizo avisar a lord de Winter y a sus amigos de que se preparasen para la expedición.

En un instante todos estuvieron preparados. Cada uno inspeccionó las armas y las puso a punto. Athos bajó el primero y encontró a D'Artagnan ya a caballo e impacientándose.

—Paciencia —dijo Athos—, nos falta todavía uno.

Los cuatro caballeros miraron en torno suyo con sorpresa, porque buscaban inútilmente en su mente quién era aquel que podía faltarles.

En aquel momento Planchet trajo el caballo de Athos; el mosquetero saltó con ligereza a la silla.

—Esperadme —dijo—, vuelvo. Y partió a galope.

Un cuarto de hora después volvió, efectivamente, acompañado de un hombre enmascarado y envuelto en una gran capa roja.

Lord de Winter y los tres mosqueteros se interrogaron con la mirada. Ninguno de ellos pudo informar a los otros, porque todos ignoraban quién era aquel hombre. Sin embargo, pensaron que aquello debía ser así, puesto que se hacía por orden de Athos.

Era triste al aspecto de aquellos seis hombres corriendo en silencio, sumidos cada cual en su pensamiento, taciturnos como la desesperación,

sombríos como el castigo.

C A P Í T U L O LXV

El juicio

Era una noche tormentosa y lúgubre, gruesas nubes corrían por el cielo velando la claridad de las estrellas; la luna no debía aparecer hasta medianoche.

A veces, a la luz de un relámpago que brillaba en el horizonte, se vislumbraba la ruta que se desarrollaba blanca y solitaria; luego, apagado el relámpago, todo volvía a la oscuridad.

A cada momento Athos invitaba a D'Artagnan, siempre a la cabeza de la pequeña tropa, a ocupar su puesto, que al cabo de un instante abandonaba de nuevo; no tenía más que un pensamiento: ir hacia adelante, e iba.

Cruzaron en silencio la aldea de Festubert, donde se había quedado el doméstico herido, luego bordearon el bosque de Richebourg; llegados a Herlies, Planchet, que seguía dirigiendo la columna, torció a la izquierda.

Varias veces, lord de Winter, Porthos o Aramis, habían tratado de dirigir la palabra al hombre de la capa roja; pero a cada pregunta que le había sido hecha, él se había inclinado sin responder. Los viajeros habían comprendido entonces que había una razón para que el desconocido guardase silencio, y habían dejado de dirigirle la palabra.

Además, la tormenta crecía, los relámpagos se sucedían rápidamente, el trueno comenzaba a gruñir, y el viento, precursor del huracán, silbaba en la llanura, agitando las plumas de los caballeros.

La cabalgada se lanzó a galope tendido.

Un poco más allá de Fromelles, la tormenta estalló; desplegaron las capas; quedaban aún tres leguas por hacer: las hicieron bajo torrentes de lluvia.

D'Artagnan se había quitado su sombrero de fieltro y no se había puesto la capa; sentía placer en dejar correr el agua sobre su frente ardiente y sobre su cuerpo agitado por escalofríos febriles.

En el momento que la pequeña tropa hubo pasado Goskal e iba a llegar a la posta, un hombre, refugiado bajo un árbol, se separó del tronco con el que había permanecido confundido en la oscuridad, y avanzó hasta el medio de la ruta, poniendo sus dedos sobre sus labios.

Athos reconoció a Grimaud.

—¿Qué pasa? —exclamó D'Artagnan—. ¿Habrá dejado Armentières?

Grimaud hizo con la cabeza un signo afirmativo. D'Artagnan rechinó los dientes.

—¡Silencio D’Artagnan! —dijo Athos—. Soy yo quien me he encargado de todo, a mí me toca interrogar a Grimaud.

—¿Dónde está? —preguntó Athos.

Grimaud tendió la mano en dirección del Lys.

—¿Lejos de aquí? —preguntó Athos. Grimaud hizo señal de que sí.

—Señores —dijo Athos—, está solo a media legua de aquí, en dirección al

río.

—Está bien —dijo D’Artagnan—; llévanos, Grimaud. Grimaud tomó campo a través y sirvió de guía a la cabalgada.

Al cabo de quinientos pasos aproximadamente, se encontraron un

riachuelo que vadearon.

A la luz de un relámpago divisaron la aldea de Erquinghem.

—¿Es ahí? —preguntó D’Artagnan.

Grimaud movió la cabeza en señal de negación.

—¡Silencio, pues! —dijo Athos. Y la tropa continuó su camino.

Otro relámpago brilló; Grimaud extendió el brazo, y a la luz azulada de la serpiente de fuego se distinguió una casita aislada, a orillas del río, a cien pasos de una barcaza. Una ventana estaba iluminada.

—Hemos llegado —dijo Athos.

En aquel momento, un hombre tumbado en el foso se levantó. Era Mosquetón, quien señaló con el dedo la ventana iluminada.

—Está ahí —dijo.

—¿Y Bazin? —preguntó Athos.

—Mientras que yo vigilaba la ventana, él vigilaba la puerta.

—Bien —dijo Athos—, todos sois fieles servidores.

Athos saltó de su caballo, cuya brida puso en manos de Grimaud, y avanzó

hacia la ventana tras haber hecho señas al resto de la tropa de virar hacia el lado de la puerta.

La casita estaba rodeada por un seto vivo, de dos o tres pies de alto. Athos franqueó el seto, llegó hasta la ventana privada de contraventanas, pero cuyas semicortinas estaban completamente echadas.

Se subió sobre el reborde de piedra, a fin de que su mirada pudiera sobrepasar la altura de las cortinas.

A la luz de una lámpara vio a una mujer envuelta en un manto de color oscuro sentada en un escabel, junto a un fuego moribundo: sus codos estaban apoyados sobre una mala mesa, y apoyaba su cabeza en sus dos manos blancas como el marfil.

No se podía distinguir su rostro, pero una sonrisa siniestra pasó por los labios de Athos: no podía equivocarse, era la que buscaba.

En aquel momento un caballo relinchó. Milady alzó la cabeza, vio, pegado al cristal, el rostro pálido de Athos y lanzó un grito.

Athos comprendió que lo había reconocido, empujó la ventana con la rodilla y con la mano, la ventana cedió, los cristales se rompieron.

Y Athos, como el espectro de la venganza, saltó a la habitación.

Milady corrió a la puerta y la abrió; más pálido y más amenazador aún que Athos, D'Artagnan estaba en el umbral.

Milady retrocedió lanzando un grito. D'Artagnan, creyendo que tenía algún medio de huir y temiendo que se le escapase, sacó una pistola de su cintura; pero Athos alzó la mano.

—Devuelve esa arma a su sitio, D'Artagnan —dijo—. Importa que esta mujer sea juzgada y no asesinada. Espera aún un momento, D'Artagnan, y quedarás satisfecho. Entrad, señores.

D'Artagnan obedeció, porque Athos tenía la voz solemne y el gesto poderoso de un juez enviado por el Señor mismo. Luego,

detrás de D'Artagnan entraron Porthos, Aramis, lord de Winter y el hombre de la capa roja.

Los cuatro criados guardaban la puerta y la ventana.

Milady estaba caída sobre su silla con las manos extendidas como para conjurar aquella horrible aparición; al ver a su cuñado, lanzó un grito terrible.

—¿Qué queréis? —exclamó Milady.

—Queremos —dijo Athos— a Charlotte Backson, que se llamó primero condesa de La Fère, y luego lady Winter, baronesa de Sheffield.

—¡Yo soy, yo soy! —murmuró ella en el colmo del terror—. ¿Qué me queréis?

—Queremos juzgaros por vuestros crímenes —dijo Athos—; seréis libre de defenderos, justificaos si podéis. El señor D'Artagnan os va a acusar el primero.

D'Artagnan se adelantó.

—Ante Dios y ante los hombres —dijo—, acuso a esta mujer de haber envenenado a Constance Bonacieux, muerta ayer tarde.

Se volvió hacia Porthos y hacia Aramis.

—Nosotros somos testigos —dijeron con un solo movimiento los dos mosqueteros.

D'Artagnan continuó:

—Ante Dios y ante los hombres, acuso a esta mujer de haber querido envenenarme a mí mismo, con vino que había enviado de Villeroy, con una falsa carta como si el vino fuera de mis amigos; Dios me salvó, pero un hombre, que se llamaba Brisemont, murió en mi lugar.

—Nosotros somos testigos —dijeron con la misma voz Porthos y Aramis.

—Ante Dios y ante los hombres, acuso a esta mujer de haberme empujado a asesinar al barón de Wardes; y como nadie estuvo allí para atestiguar la verdad de esta acusación, lo atestiguo yo mismo. He dicho.

Y D'Artagnan pasó al otro lado de la habitación con Porthos y Aramis.

—¡Os toca a vos, milord! —dijo Athos. El barón se acercó a su vez.

—Ante Dios y ante los hombres —dijo—, acuso a esta mujer de haber hecho asesinar al duque de Buckingham.

—¿El duque de Buckingham asesinado? —exclamaron a un solo grito todos los asistentes.

—Sí —dijo el barón—. ¡Asesinado! Ante la carta de aviso que me escribisteis, hice detener a esta mujer, y la di para guardarla a un leal servidor; ella corrompió a aquel hombre, ella le puso el puñal en la mano, ella le obligó a matar al duque, y quizá en

este momento Felton pague con su cabeza el crimen de esta furia.

Un estremecimiento corrió entre los jueces ante la revelación de estos crímenes aún desconocidos.

—Eso no es todo —prosiguió lord de Winter—; mi hermano, que os había

hecho su heredero, murió en tres horas de una extraña enfermedad que deja manchas lívidas en todo el cuerpo. Hermana mía, ¿cómo murió vuestro marido?

—¡Horror! —exclamaron Porthos y Aramis.

—Asesina de Buckingham, asesina de Felton, asesina de mi hermano, pido justicia contra vos, y declaro que, si no me la hacen, me la haré yo.

Y lord de Winter fue a colocarse junto a D'Artagnan dejando el puesto libre a otro acusador.

Milady dejó caer su frente en sus dos manos y trató de recordar sus ideas confundidas por un vértigo mortal.

—Me toca a mí —dijo Athos, temblando como el león tiembla a la vista de la serpiente—, me toca a mí. Yo desposé a esta mujer cuando era joven, la desposé a pesar de toda mi familia; yo le di mis bienes, le di mi nombre; un día me di cuenta de que esta mujer estaba marcada; esta mujer estaba marcada con una flor de lis en el hombro izquierdo.

—¡Oh! —dijo Milady levantándose—. Desafío a que al quien encuentre el tribunal que pronunció sobre mí esa sentencia infame. Desafío a que alguien encuentre a quien la ejecutó.

—Silencio —dijo una voz—. A esta me toca a mí responder. Y el hombre de la capa roja se aproximó a su vez.

—¿Quién es este hombre, quién es este hombre? —exclamó Milady sofocada por el terror y cuyos cabellos se soltaron y se erizaron sobre su lívida cabeza como si hubieran estado vivos.

Todos los ojos se volvieron hacia aquel hombre, porque para todos, excepto para Athos, era desconocido.

Incluso Athos lo miraba con tanta estupefacción como los otros, porque ignoraba cómo podía estar él mezclado en algo en el horrible drama que se desarrollaba en aquel momento.

Tras haberse acercado a Milady con paso lento y solemne, de modo que sólo la mesa lo separaba de ella, el desconocido se quitó la máscara.

Milady miró algún tiempo con un tenor creciente aquel rostro pálido enmarcado entre cabellos y patillas negras, cuya única expresión era una impasibilidad helada. Luego, de pronto:

—¡Oh, no, no! —dijo ella levantándose y retrocediendo hasta la pared—. No, no, ¡es una aparición infernal! ¡No es él! ¡Auxilio! ¡Auxilio! —exclamó con una voz ronca y volviéndose hacía el muro, como si hubiera podido

abrirse un paso con sus manos.

—Pero ¿quién sois vos? —exclamaron todos los testigos de aquella escena.

—Preguntádselo a esa mujer —dijo el hombre de la capa roja—, porque ya habéis visto que me ha reconocido.

—¡El verdugo de Lille, el verdugo de Lille! —exclamó Milady presa de un terror insensato y aferrándose con las manos al muro para no caer.

Todo el mundo se apartó, y el hombre de la capa roja permaneció solo de pie en medio de la sala.

—¡Oh, gracia, gracia! ¡Perdón! —exclamó la miserable cayendo de rodillas.

El desconocido dejó que se hiciera el silencio de nuevo.

—¡Ya os decía yo que me había reconocido! —prosiguió—. Sí, yo soy el verdugo de la ciudad de Lille, y ésta es mi historia.

Todos los ojos estaban fijos en aquel hombre cuyas palabras esperaban con una ávida ansiedad.

—Esta joven era en otro tiempo una muchacha tan bella como bella es hoy. Era religiosa en el convento de las Benedictinas de Templemar. Un joven cura, de corazón sencillo y creyente, servía la iglesia de aquel convento; ella emprendió la tarea de seducirlo y triunfó, sedujo a un santo. Los votos de los dos eran sagrados, irrevocables; su relación no podía durar mucho tiempo sin perderlos a los dos. Consiguió de él que se

marcharan ambos de la región; pero para marcharse de la región, para huir juntos, para alcanzar otra parte de Francia donde pudieran vivir tranquilos porque serían desconocidos, hacía falta dinero; ni el uno ni la otra lo tenían. El cura robó los vasos sagrados, los vendió; pero, cuando se aprestaban a huir juntos, los dos fueron detenidos. Ocho días después, ella había seducido al hijo del carcelero y se había escapado. El joven sacerdote fue condenado a diez años de grilletes y a la marca. Yo era el verdugo de la ciudad de Lille, como dijo esta mujer. Fui obligado a marcar al culpable, y el culpable, señores, ¡era mi hermano! Juré entonces que esta mujer que lo había perdido, que era más que su cómplice, puesto que lo había empujado al crimen, compartiría por lo menos el castigo. Sospeché el lugar en que estaba oculta, la perseguí, la alcancé, la agarroté y le imprimí la misma marca que había impreso en mi hermano. Al día siguiente de mi regreso a Lille, mi hermano consiguió escaparse, se me acusó de complicidad y se me condenó a permanecer en prisión en su puesto mientras no se constituyera él prisionero. Mi pobre hermano ignoraba aquel juicio; se había reunido con esta mujer, habían huido juntos al Berry; y allí, él había obtenido un pequeño curato. Esta mujer pasaba por hermana suya. El señor de

la tierra en que estaba situada la iglesia del curato vio aquella pretendida hermana y se enamoró de ella, enamorándose hasta el punto de que le propuso desposarla. Entonces ella dejó al que

había perdido por aquel al que iba a perder, y se convirtió en condesa de La Fère…

Todos los ojos se volvieron hacia Athos, cuyo verdadero nombre era aquél, y que hizo señal con la cabeza de que cuanto había dicho el verdugo era cierto.

—Entonces —prosiguió aquél—, loco, desesperado, decidido a quitarse su existencia, a quien ella había quitado todo, honor y felicidad, mi hermano regresó a Lille, y, enterándose del juicio que me había condenado en su lugar, se constituyó prisionero y se colgó la misma noche del tragaluz de su calabozo. Por lo demás, debo hacerles justicia, quienes me condenaron mantuvieron su palabra. Apenas fue comprobada la identidad del cadáver me devolvieron mi libertad. Ese es el crimen de que la acuso, era la causa por la que la marqué. Señor D'Artagnan —dijo Athos—, ¿cuál es la pena que exigís contra esta mujer?

—La pena de muerte —respondió D'Artagnan.

—Milord de Winter —continuo Athos—, ¿cuál es la pena que exigís contra esta mujer?

—La pena de muerte —contestó lord de Winter.

—Señores Porthos y Aramis —continuó Athos—, vosotros que sois sus jueces, ¿cuál es la pena a que condenáis a esta mujer?

—La pena de muerte —respondieron con voz sorda los dos mosqueteros.

Milady lanzó un aullido horroroso y dio algunos pasos hacia sus jueces arrastrándose de rodillas.

Athos extendió las manos hacia ella.

—Anne de Breuil, condesa de La Fère, Milady de Winter —dijo—, vuestros crímenes han cansado a los hombres en la tierra y a Dios en el cielo. Si sabéis alguna oración, decidla, porque estáis condenada y vais a morir.

A estas palabras que no dejaban ninguna esperanza, Milady se alzó en toda su estatura y quiso hablar, pero las fuerzas le faltaron; sintió que una mano potente e implacable la cogía por los pelos y la arrastraba tan irrevocablemente como la fatalidad arrastra al hombre: no trató siquiera de hacer resistencia y salió de la cabaña.

Lord de Winter, D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis salieron detrás de ella. Los criados siguieron a sus amos y la habitación quedó solitaria con su ventana rota, su puerta abierta y su lámpara humeante que ardía tristemente sobre la mesa.

C A P Í T U L O LXVI

La ejecución

Era medianoche aproximadamente; la luna, escoltada por su menguante y ensangrentada por las últimas huellas de la tormenta, se alzaba tras la pequeña aldea de Armentières, que destacaba sobre su claridad macilenta la silueta sombría de sus casas y el esqueleto de su alto campanario recortado a la luz. Enfrente, el Lys hacía rodar sus aguas semejantes a un río de estaño fundido, mientras que en la otra orilla se veía la masa negra de los árboles perfilarse sobre un cielo tormentoso invadido por gruesas nubes de cobre que hacían una especie de crepúsculo en medio de la noche. A la izquierda se alzaba un viejo molino abandonado, de aspas inmóviles, en cuyas ruinas una lechuza dejaba oír su grito agudo, periódico y monótono. Aquí y allá, en la llanura, a izquierda y derecha del camino que seguía el lúgubre cortejo, aparecían algunos árboles bajos y achaparrados que parecían enanos disformes acuclillados para acechar a los hombres en aquella hora siniestra.

De vez en cuando un largo relámpago abría el horizonte en toda su amplitud, serpenteaba por encima de la masa negra de árboles y venía como una espantosa cimitarra a cortar el cielo y el agua en dos partes. Ni un soplo de viento pasaba por la pesada atmósfera. Un silencio de muerte aplastaba toda la

naturaleza; el suelo estaba húmedo y resbaladizo por la lluvia que acababa de caer, y las hierbas reanimadas despedían su olor con más energía.

Dos criados arrastraban a Milady, teniéndola cada uno por un brazo; el verdugo caminaba detrás, y lord de Winter, D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis caminaban detrás del verdugo.

Planchet y Bazin venían los últimos.

Los dos criados conducían a Milady por la orilla del río. Su boca estaba muda; pero sus ojos hablaban con una elocuencia inexpresable, suplicando ya a uno ya a otro de los que ella miraba.

Cuando se encontraba a algunos pasos por delante, dijo a los criados:

—Mil pistolas a cada uno de vosotros si protegéis mi fuga; pero si me entregáis a vuestros amigos, tengo aquí cerca vengadores que os harán pagar cara mi muerte.

Grimaud dudaba. Mosquetón temblaba con todos sus miembros.

Athos, que había oído la voz de Milady, se acercó rápidamente; lord de Winter hizo otro tanto.

—Que se vuelvan estos criados —dijo—, les ha hablado, no son ya seguros.

Llamaron a Planchet y Bazin, que ocuparon el sitio de Grimaud y Mosquetón.

Llegados a la orilla del agua, el verdugo se acercó a Milady y le ató los pies y las manos.

Entonces ella rompió el silencio para exclamar:

—Sois unos cobardes, sois unos miserables asesinos, os hacen falta diez para degollar a una mujer; tened cuidado, si no soy socorrida, seré vengada.

—Vos no sois una mujer —dijo fríamente Athos—, no pertenecéis a la especie humana, sois un demonio escapado del infierno y vamos a devolveros a él.

—¡Ay, señores virtuosos! —dijo Milady—. Tened cuidado, aquel que toque un pelo de mi cabeza es a su vez un asesino.

—El verdugo puede matar sin ser por ello un asesino, señora —dijo el hombre de la capa roja golpeando sobre su larga espada—; él es el último juez, eso es todo: Nachrichter, como dicen nuestros vecinos alemanes.

Y cuando la ataba diciendo estas palabras, Milady lanzó dos o tres gritos salvajes que causaron un efecto sombrío y extraño volando en la noche y perdiéndose en las profundidades del bosque.

—Pero si soy culpable, si he cometido los crímenes de los que me acusáis

—aullaba Milady—, llevadme ante un tribunal; no sois jueces, no lo sois para condenarme.

—Os propuse Tyburn —dijo lord de Winter—. ¿Por qué no quisisteis?

—¡Porque no quiero morir! —exclamó Milady debatiéndose—. Porque soy demasiado joven para morir.

—La mujer que envenenasteis en Béthune era más joven aún que vos, señora, y, sin embargo, está muerta —dijo D'Artagnan.

—Entraré en un claustro, me haré religiosa —dijo Milady.

—Estabais en un claustro —dijo el verdugo— y salisteis de él para perder a mi hermano.

Milady lanzó un grito de terror y cayó de rodillas. El verdugo la alzó y quiso llevarla hacia la barca.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío! ¿Vais a ahogarme?

Aquellos gritos tenían algo tan desgarrador que D'Artagnan, que al principio era el más encarnizado en la persecución de Milady, se dejó deslizar sobre un tronco e inclinó la cabeza, tapándose las orejas con las palmas de sus manos; sin embargo, pese a todo, todavía oía amenazar y gritar.

D'Artagnan era el más joven de todos aquellos hombres y el corazón le falló.

—¡Oh, no puedo ver este horrible espectáculo! ¡No puedo consentir que esta mujer muera así!

Milady había oído algunas palabras y se había recuperado a la luz de la esperanza.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —gritó—. ¡Acuérdate de que te he amado! El joven se levantó y dio un paso hacia ella.

Pero Athos, bruscamente, sacó su espada y se interpuso en su camino.

—Si dais un paso más, D'Artagnan —dijo—, cruzaremos las espadas. D'Artagnan cayó de rodillas y rezó.

—Vamos —continuó Athos—, verdugo, cumple tu deber.

—De buena gana, monseñor —dijo el verdugo—, porque, tan cierto como que soy católico, creo firmemente que soy justo al cumplir mi función en esta mujer.

—Está bien.

Athos dio un paso hacia Milady.

—Yo os perdono —dijo— el mal que me habéis hecho; os perdono mi futuro roto, mi honor perdido, mi honor mancillado y mi salvación eterna comprometida por la desesperación a que me habéis arrojado. Morid en paz.

Lord de Winter se adelantó a su vez.

—Yo os perdono —dijo— el envenenamiento de mi hermano, el asesinato de Su Gracia lord de Buckingham, yo os perdono la

muerte del pobre Felton, yo os perdono las tentativas contra mi persona. Morid en paz.

—Y a mí —dijo D'Artagnan— perdonadme, señora, haber provocado vuestra cólera con un engaño indigno de un gentilhombre; y a cambio, yo os perdono el asesinato de mi pobre amiga y vuestras venganzas crueles contra mí, yo os perdono y lloro por vos. Morid en paz.

—I am lost! —murmuró Milady en inglés—. I must die.

Entonces se levantó por sí misma y lanzó en torno suyo una de esas

miradas claras que parecían brotar de unos ojos de llama.

No vio nada.

No escuchó ni oyó nada.

En torno suyo no tenía más que enemigos.

—¿Dónde voy a morir? —dijo.

—En la otra orilla —respondió el verdugo.

Entonces la hizo subir a la barca, y cuando iba a poner él el pie en ella, Athos le entregó una suma de dinero.

—Toma —dijo—, ése es el precio de la ejecución; que se vea bien que actuamos como jueces.

—Está bien —dijo el verdugo—; y ahora, a su vez, que esta mujer sepa que no cumplo con mi oficio, sino con mi deber.

Y arrojó el dinero al río.

La barca se alejó hacia la orilla izquierda del Lys, llevando a la culpable y al ejecutor; todos los demás permanecieron en la orilla derecha, donde habían caído de rodillas.

La barca se deslizaba lentamente a lo largo de la cuerda de la barcaza, bajo el reflejo de una nube pálida que estaba suspendida sobre el agua en aquel momento.

Se la vio llegar a la otra orilla; los personajes se dibujaban en negro sobre el horizonte rojizo.

Milady, durante el trayecto, había conseguido soltar la cuerda que ataba sus pies; al llegar a la orilla, saltó con ligereza a tierra y tomó la huida.

Pero el suelo estaba húmedo; al llegar a lo alto del talud, resbaló y cayó de rodillas.

Una idea supersticiosa la hirió indudablemente; comprendió que el cielo le negaba su ayuda y permaneció en la actitud en que se encontraba, con la cabeza inclinada y las manos juntas.

Entonces, desde la otra orilla, se vio al verdugo alzar lentamente sus dos brazos; un rayo de luna se reflejó sobre la hoja de su larga espada; los dos brazos cayeron y se oyó el silbido de la cimitarra y el grito de la víctima. Luego, una masa truncada se abatió bajo el golpe.

Entonces el verdugo se quitó su capa roja, la extendió en tierra, depositó allí el cuerpo, arrojó allí la cabeza, la ató por las cuatro esquinas, se la echó al hombro y volvió a subir a la barca.

río:

Llegado al centro del Lys, detuvo la barca, y, suspendido su fardo sobre el

—¡Dejad pasar la justicia de Dios! —gritó en voz alta.

Y dejó caer el cadáver a lo más profundo del agua, que se cerró sobre él. Tres días después, los cuatro mosqueteros entraban en París; estaban

dentro de los límites de su permiso, y la misma noche fueron a hacer su visita

acostumbrada al señor de Tréville.

—Y bien, señores —les preguntó el bravo capitán—, ¿os habéis divertido en vuestra excursión?

—Prodigiosamente —respondió Athos con los dientes apretados.

C A P Í T U L O LXVII

Conclusión

El 6 del mes siguiente, el rey, cumpliendo la promesa que había hecho al cardenal de dejar París para volver a La Rochelle, salió de su capital todo aturdido aún por la nueva que acababa de esparcirse de que Buckingham acababa de ser asesinado.

Aunque prevenida de que el hombre al que tanto había amado corría un peligro, la reina, cuando se le anunció esta muerte, no quiso creerla; ocurrió incluso que exclamó imprudentemente:

—¡Es falso! Acaba de escribirme.

Pero al día siguiente tuvo que creer en aquella fatal noticia: La Porte, retenido como todo el mundo en Inglaterra por las órdenes del rey Carlos I, llegó portador del último y fúnebre presente que Buckingham enviaba a la reina.

La alegría del rey había sido muy viva; no se molestó siquiera en disimularla e incluso la hizo estallar con afectación ante la reina. A Luis XIII, como a todos los corazones débiles, le faltaba generosidad.

Mas pronto el rey se volvió sombrío y con mala salud; su frente no era de aquellas que se aclaran durante mucho tiempo; sentía que al volver al campamento iba a recuperar su esclavitud, y, sin embargo, volvía allí.

El cardenal era para él la serpiente fascinadora; y él, él era el pájaro que revolotea de rama en rama sin poder escapar.

En torno suyo no tenía más que enemigos.

Por eso el regreso hacia La Rochelle era profundamente triste. Nuestros cuatro amigos causaban el asombro de sus camaradas; viajaban juntos, codo con codo, la mirada sombría, la cabeza baja. Athos alzaba de vez en cuando sólo su amplia frente: un destello brillaba en sus ojos, una sonrisa amarga pasaba por sus labios; luego, semejante a sus camaradas, se dejaba ir de nuevo en sus ensoñaciones.

Tan pronto como llegaba la escolta a una villa, cuando habían conducido al rey a su alojamiento, los cuatro amigos se retiraban o a la habitación de uno de ellos o a alguna taberna apartada, donde ni jugaban ni bebían; sólo hablaban en voz baja mirando con cuidado si alguien los escuchaba.

Un día en que el rey había hecho un alto en la ruta para cazar la picaza y en que los cuatro amigos, según su costumbre, en vez de seguir la caza, se habían detenido en una taberna sobre la carretera, un hombre que venía de La Rochelle a galope tendido se detuvo a la puerta para beber un vaso de vino y hundió su mirada en el interior de la habitación donde estaban sentados a la mesa los cuatro mosqueteros.

—¡Hola! ¡El señor D'Artagnan! —dijo—. ¿No sois vos quien veo ahí?

D’Artagnan alzó la cabeza y soltó un grito de alegría. Aquel hombre que él llamaba su fantasma era su desconocido de Meung, de la calle des Fossoyeurs y de Arras.

—¡Ah, señor! —dijo el joven—. Por fin os encuentro; esta vez no escaparéis.

—No es esa mi intención tampoco, señor, porque esta vez os buscaba; en nombre del rey os detengo, y digo que tenéis que entregarme vuestra espada, señor, y sin resistencia; os va en ello la cabeza, os lo advierto.

—¿Quién sois vos? —preguntó D’Artagnan bajando su espada, pero sin entregarla aún.

—Soy el caballero de Rochefort —respondió el desconocido—, el escudero del señor cardenal de Richelieu, y tengo orden de llevaros junto a Su Eminencia.

—Volvemos junto a Su Eminencia, señor caballero —dijo Athos adelantándose— y aceptaréis la palabra del señor D’Artagnan, que va a dirigirse en línea recta a La Rochelle.

—Debo ponerlo en manos de los guardias, que lo llevarán al campamento.

—Nosotros lo llevaremos, señor, por nuestra palabra de gentileshombres; pero por nuestra palabra de gentileshombres también —añadió Athos,

frunciendo el ceño—, el señor D’Artagnan no nos abandonará.

El caballero de Rochefort lanzó una ojeada hacia atrás y vio que Porthos y Aramis se habían situado entre él y la puerta; comprendió que estaba completamente a merced de aquellos cuatro hombres.

—Señores —dijo—, si el señor D'Artagnan quiere entregarme su espada y unir su palabra a la vuestra, me contentaré con vuestra promesa de conducir al señor D'Artagnan al campamento del señor cardenal.

—Tenéis mi palabra, señor —dijo D'Artagnan—, y aquí está mi espada.

—Eso está mejor —añadió Rochefort—, porque es preciso que continúe mi viaje.

—Si es para reuniros con Milady —dijo fríamente Athos—, es inútil, no la encontraréis.

—¿Qué le ha pasado entonces? —preguntó vivamente Rochefort.

—Volved al campamento y lo sabréis.

Rochefort se quedó un instante pensativo, luego, como no estaba más que a una jornada de Surgères, hasta donde el cardenal debía ir ante el rey, resolvió seguir el consejo de Athos y volver con ellos.

Además, aquel retraso le ofrecía una ventaja: vigilar por sí mismo a su prisionero.

Volvieron a ponerse en ruta.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, llegaron a Surgères. El cardenal esperaba allí a Luis XIII. El ministro y el rey intercambiaron muchas caricias, se felicitaron por el venturoso azar que desembarazaba a Francia del encarnizado enemigo que amotinaba a Europa contra ella. Tras lo cual, el cardenal, que había sido avisado por Rochefort de que D'Artagnan estaba detenido, y que tenía prisa por verlo, se despidió del rey invitándolo a ver al día siguiente los trabajos del dique que estaban acabados.

Al volver aquella noche a su acampada del puente de La Pierre, el cardenal encontró de pie, ante la puerta de la casa que habitaba, a D'Artagnan sin espada y a los tres mosqueteros armados.

Aquella vez, como él era más fuerte, los miró con severidad y, con los ojos y con la mano, hizo a D'Artagnan una seña de que lo siguiera.

D'Artagnan obedeció.

—Te esperaremos, D'Artagnan —dijo Athos lo suficientemente alto para que el cardenal lo oyese.

Su Eminencia frunció el ceño, se detuvo un instante, luego continuó su camino sin pronunciar una sola palabra.

D'Artagnan entró detrás del cardenal, y Rochefort detrás de D'Artagnan; la puerta fue vigilada.

Su Eminencia se dirigió a la habitación que le servía de gabinete e hizo seña a Rochefort de introducir al joven mosquetero.

Rochefort obedeció y se retiró.

D'Artagnan permaneció solo frente al cardenal; era su segunda entrevista con Richelieu, y él confesó después que estaba convencido de que sería la última.

Richelieu permaneció de pie, apoyado contra la chimenea, con una mesa entre él y D'Artagnan.

—Señor —dijo el cardenal—, habéis sido detenido por orden mía.

—Eso me han dicho, monseñor.

—¿Sabéis por qué?

—No, monseñor; porque la única cosa por la que podría ser detenido es aún desconocida de Su Eminencia.

Richelieu miró fijamente al joven.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo—. ¿Qué quiere decir eso?

—Si monseñor quiere decirme primero los crímenes que se me imputan, yo le diré luego los hechos que he realizado.

—¡Se os imputan crímenes que han hecho caer cabezas más altas que la vuestra, señor! —dijo el cardenal.

—¿Cuáles, monseñor? —preguntó D'Artagnan con una calma que asombró al propio cardenal.

—Se os imputa haber mantenido correspondencia con los enemigos del reino, se os imputa haber sorprendido los secretos de Estado, se os imputa haber tratado de hacer abortar los planes de vuestro general.

—¿Y quién me imputa eso, monseñor? —dijo D'Artagnan, que sospechaba que la acusación venía de Milady—. Una mujer marcada por la justicia del país, una mujer que ha desposado a un hombre en Francia y a otro en Inglaterra, una mujer que ha envenenado a su segundo marido y que ha intentado envenenarme a mí mismo.

—¿Qué decís, señor? —exclamó el cardenal asombrado—. ¿Y de qué mujer habláis de ese modo?

—De Milady de Winter —respondió D'Artagnan—; sí, de Milady de Winter, de la que sin duda Vuestra Eminencia ignoraba todos los crímenes cuando la ha honrado con su confianza.

—Señor —dijo el cardenal—, si Milady de Winter ha cometido todos los crímenes que decís, será castigada.

—Ya lo está, monseñor.

—Y ¿quién la ha castigado?

—Nosotros.

—¿Está en prisión?

—Está muerta.

—¿Muerta? —repitió el cardenal, que no podía creer lo que oía—. ¡Muerta! ¿Habéis dicho que está muerta?

—Tres veces trató de matarme, y la perdoné; pero mató a la mujer que yo amaba. Entonces, mis amigos y yo la hemos cogido, juzgado y condenado.

D'Artagnan contó entonces el envenenamiento de la señora Bonacieux en el convento de las Carmelitas de Béthune, el juicio de la casa aislada y la ejecución a orillas del Lys.

Un temblor corrió por todo el cuerpo del cardenal, que, sin embargo, no temblaba fácilmente.

Pero, de pronto como sufriendo la influencia de un pensamiento mudo, la fisonomía del cardenal, sombrío hasta entonces, se aclaró poco a poco y llegó a la más perfecta serenidad.

—Así —dijo con una voz cuya dulzura contrastaba con la severidad de sus palabras—, así que os habéis constituido en jueces, sin pensar que quienes no tienen la misión de castigar y castigan son asesinos.

—Monseñor, os juro que ni por un instante he tenido la intención de defender mi cabeza contra vos. Sufriré el castigo que Vuestra Eminencia quiera infligirme. No amo tanto la vida como para temer la muerte.

—Sí, lo sé, sois un hombre de corazón, señor —dijo el cardenal con una voz casi afectuosa—; puedo deciros, pues, de antemano que seréis juzgado, condenado incluso.

—Cualquier otro podría responder a Vuestra Eminencia que tiene su perdón en el bolsillo; yo me contentaré con deciros: Ordenad, monseñor, estoy dispuesto.

—¿Vuestro perdón? —dijo Richelieu sorprendido.

—Sí, monseñor —dijo D'Artagnan.

—¿Y firmado por quién? ¿Por el rey?

Y el cardenal pronunció estas palabras con una singular expresión de desprecio.

—No, por Vuestra Eminencia.

—¿Por mí? Estáis loco, señor.

—Monseñor reconocerá sin duda su escritura.

Y D'Artagnan presentó al cardenal el preciso papel que Athos había arrancado a Milady, y que había dado a D'Artagnan para que le sirviera de salvaguardia.

Su Eminencia cogió el papel y leyó con voz lenta apoyándose en cada sílaba:

El portador de la presente ha «hecho lo que ha hecho» por orden mía y para bien del Estado.

En el campamento de La Rochelle, a 5 de agosto de 1628.
RICHELIEU.

El cardenal, tras haber leído estas dos líneas, cayó en una meditación profunda, pero no devolvió el papel a D'Artagnan.

«Medita con qué clase de suplicio me hará morir —se dijo en voz baja D'Artagnan—; pues a fe que verá cómo muere un gentilhombre».

El joven mosquetero estaba en excelente disposición de morir heroicamente.

Richelieu seguía pensando, enrollaba y desenrollaba el papel en sus manos. Finalmente, alzó la cabeza, fijó su mirada de águila sobre aquella fisonomía leal, abierta, inteligente, leyó en aquel rostro surcado por las lágrimas todos los sufrimientos que había enjugado desde hacía un mes, y pensó por tercera o cuarta vez cuánto futuro tenía aquel muchacho de veintiún años, y qué recursos podría ofrecer a un buen amo su actividad, su valor y su ingenio.

Por otro lado, los crímenes, el poder, el genio infernal de Milady le habían espantado más de una vez. Sentía como una alegría secreta haberse liberado para siempre de aquella cómplice peligrosa.

Desgarró lentamente el papel que D'Artagnan tan generosamente le había entregado.

«Estoy perdido», dijo para sí mismo D'Artagnan.

Y se inclinó profundamente ante el cardenal como hombre que dice:

«¡Señor, que se haga vuestra voluntad!».

El cardenal se acercó a la mesa y, sin sentarse, escribió algunas líneas sobre un pergamino cuyos dos tercios estaban ya cubiertos y puso su sello.

«Esa es mi condena —dijo D'Artagnan—; me ahorra el aburrimiento de la Bastilla y la lentitud de un juicio. Encima es demasiado amable».

—Tomad, señor —dijo el cardenal al joven—, os he cogido un salvoconducto y os devuelvo otro. El nombre falta en ese despacho: escribidlo vos mismo.

D'Artagnan cogió el papel dudando y puso los ojos encima. Era un tenientazgo en los mosqueteros.

D'Artagnan cayó a los pies del cardenal.

—Monseñor —dijo—, mi vida es vuestra; disponed de ella en adelante; pero este favor que me otorgáis no lo merezco; tengo tres amigos que son más merecedores y más dignos…

—Sois un muchacho valiente, D'Artagnan —interrumpió el cardenal palmeándolo familiarmente en el hombro, encantado por haber vencido a aquella naturaleza rebelde—. Haced de ese despacho lo que os plazca. Sólo que recordad que, aunque el nombre esté en blanco, os lo he dado a vos.

—No lo olvidaré jamás —respondió D'Artagnan—. Vuestra Eminencia puede estar segura de ello.

El cardenal se volvió y dijo en voz alta:

—¡Rochefort!

El caballero, que sin duda estaba detrás de la puerta, entró al punto.

—Rochefort —dijo el cardenal—, ahí veis al señor D'Artagnan; lo recibo entre mis amigos; así pues, que se le abrace y que si alguien quiere conservar su cabeza sea prudente.

Rochefort y D'Artagnan se besaron con la punta de los labios; pero el cardenal estaba allí, observándolos con su ojo vigilante.

Salieron de la habitación al mismo tiempo.

—Nos encontraremos, ¿no es cierto, señor?

—Cuando os plazca —contestó D'Artagnan.

—Ya llegará la ocasión —respondió Rochefort.

—¿Qué? —dijo Richelieu abriendo la puerta.

Los dos hombres sonrieron, se estrecharon la mano y saludaron a Su Eminencia.

—Empezábamos a impacientarnos —dijo Athos.

—¡Ya estoy aquí, amigos míos! —respondió D'Artagnan—. No solamente libre, sino favorecido.

—¿Nos contaréis eso?

—Esta noche.

En efecto, aquella misma noche D'Artagnan se dirigió al alojamiento de Athos, a quien encontró a punto de vaciar su

botella de vino español, ocupación que realizaba religiosamente todas las noches.

Le contó lo que había pasado entre el cardenal y él, y sacando el despacho de su bolso:

—Tomad, mi querido Athos —dijo—, a vos os corresponde, naturalmente. Athos sonrió con su dulce y encantadora sonrisa.

—Amigo —dijo—, para Athos es demasiado; para el conde de La Fère es demasiado poco. Guardad ese despacho, os corresponde. ¡Ay, Dios mío, qué caro lo habréis comprado!

D'Artagnan salió de la habitación de Athos y entró en la de Porthos.

Lo encontró vestido con un magnífico traje, cubierto de espléndidos brocados y mirándose a un espejo.

—¡Ah, ah! —dijo Porthos—. ¡Sois vos, querido amigo! ¿Qué tal me va este traje?

—De maravilla —dijo D'Artagnan—, pero vengo a proponeros un traje que aún os iría mejor.

—¿Cuál? —preguntó Porthos.

—El de teniente de mosqueteros.

D'Artagnan contó a Porthos su entrevista con el cardenal, y sacando el despacho de su bolso:

—Tomad, querido —dijo—, escribid vuestro nombre ahí, y sed buen jefe para mí.

Porthos puso los ojos en el despacho y se lo devolvió a D’Artagnan, con gran sorpresa del joven.

—Sí —dijo—, me halagaría mucho, pero no tendría tiempo para gozar de ese favor. Durante nuestra expedición a Béthune, el marido de mi duquesa ha muerto; de suerte que, querido amigo, dado que el cofre del difunto me tiende los brazos, me caso con la viuda. Mirad, me estoy probando mi traje de boda; guardad el tenientazgo, querido, guardadlo.

Y entregó el despacho a D’Artagnan.

El joven entró en la habitación de Aramis.

Lo encontró arrodillado en un reclinatorio, con la frente apoyada contra su libro de horas abierto.

Le contó su entrevista con el cardenal, y sacando por tercera vez el despacho de su bolso:

—Vos, nuestro amigo, nuestra luz, nuestro protector invisible —dijo—, aceptad este despacho; lo habéis merecido más que nadie, por vuestra sabiduría y vuestros consejos siempre seguidos con tan felices resultados.

—¡Ay, querido amigo! —dijo Aramis—. Nuestras últimas aventuras me han hecho tomar un disgusto total por la vida del hombre de espada. Esta vez mi decisión está irrevocablemente tomada: tras el asedio, entraré en los Lazaristas. Guardad ese

despacho, D’Artagnan: el oficio de las armas os va bien, y seréis un valiente y afortunado capitán.

D’Artagnan, con los ojos húmedos de gratitud y resplandecientes de alegría, volvió a Athos, a quien encontró aún en la mesa y mirando su último vaso de málaga a la luz de la lámpara.

—¡Y bien! —dijo—. También ellos han rehusado.

—Es que nadie, querido amigo, era más digno de él que vos.

Cogió una pluma, escribió en el despacho el nombre de D’Artagnan y se lo entregó.

—Ya no tendré más amigos —dijo el joven—, ¡ay!, ni nada más que amargos recuerdos.

Y dejó caer su cabeza entre sus dos manos, mientras dos lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

—Sois joven —respondió Athos—, y vuestros amargos recuerdos tienen tiempo de cambiarse en dulces recuerdos.

EPÍLOGO

La Rochelle, privada del socorro de la flota inglesa y de la división

prometida por Buckingham, se rindió tras el asedio de un año. El 28 de octubre de 1628 se firmó la capitulación.

El rey hizo su entrada en París el 23 de diciembre del mismo año. Se le acogió en triunfo como si volviese de vencer al enemigo y no a franceses. Entró por el barrio Saint-Jacques bajo arcos cubiertos de vegetación.

D’Artagnan tomó posesión de su grado. Porthos abandonó el servicio y desposó, durante el año siguiente, a la señora Coquenard; el cofre tan ambicionado contenía ochocientas mil libras.

Mosquetón tuvo una librea magnífica y además la satisfacción, que había ambicionado toda su vida, de subir detrás de una carroza dorada.

Aramis, tras un viaje a Lorraine, desapareció de pronto y dejó de escribir a sus amigos. Más tarde se supo, por la señora Chevreuse, que lo dijo a dos o tres de sus amantes, que había tomado el hábito en un convento de Nancy.

Bazin se convirtió en hermano lego.

Athos siguió siendo mosquetero a las órdenes de D'Artagnan, hasta 1663, época en la que, tras un viaje que hizo a Touraine, dejó también el servicio so pretexto de que acababa de recoger una pequeña herencia en el Rousillon.

Grimaud siguió a Athos.

D'Artagnan se batió tres veces con Rochefort y lo hirió tres veces.

—Os mataré probablemente a la cuarta —le dijo tendiéndole la mano para levantarlo.

—Mejor sería, para vos y para mí, que nos quedásemos por aquí — respondió el herido—. ¡Diantre! Soy más amigo vuestro que lo que pensáis, porque desde el primer encuentro habría podido, diciendo una palabra al cardenal, haceros cortar la cabeza.

Aquella vez se abrazaron, pero de buen corazón y sin segundas intenciones.

Planchet obtuvo de Rochefort el grado de sargento en los guardias. El señor Bonacieux vivía muy tranquilo, ignorando completamente lo que había sido de su mujer y no inquietándose apenas. Un día tuvo la imprudencia de acordarse del cardenal; el cardenal le hizo responder que iba a encargarse de que no le faltara nada en adelante.

En efecto, al día siguiente, habiendo salido el señor Bonacieux a las siete de la noche de su casa para dirigirse al Louvre, no volvió a aparecer más en la calle des Fossoyeurs; la opinión de

quienes parecían mejor informados fue que era alimentado y alojado en algún castillo real a expensas de su generosa Eminencia.

